B. G. Trigger, B. J. Kemp, D. O'Connor, A. B. Lloyd

Historia del Egipto Antiguo

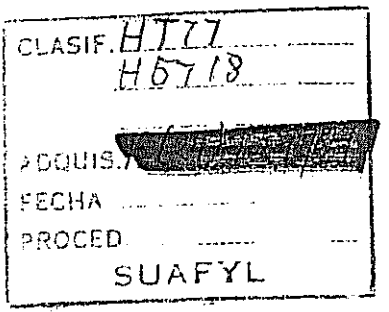
Editorial Crítica

B. G. TRIGGER, B. J. KEMP,
D. O'CONNOR, A. B. LLOYD

HISTORIA DEL EGIPTO ANTIGUO

Nota a la edición castellana de
JOSEP PADRÓ

EDITORIAL CRÍTICA
Grupo editorial Grijalbo
BARCELONA


CLASIF. HT77 H6718
ADQUIS.
FECHA
PROCED
SUAFYL

CC BY NC ND

Título original:
ANCIENT EGYPT: A SOCIAL HISTORY

Traducción castellana de JUAN FACI

Cubierta: Enric Satué
© 1983: Cambridge University Press
© 1985 de la traducción castellana para España y América:
Editorial Crítica, S. A., calle Pedró de la Creu, 54, 08034 Barcelona
ISBN: 84-7423-270-8
Depósito legal: B. 33.870-1985
Impreso en España
1985. — HUROPE, S. A., Recaredo, 2, 08005 Barcelona

NOTA A LA EDICIÓN CASTELLANA

Uno de los problemas más arduos de resolver a la hora de presentar al público de habla castellana una obra de egiptología es el de la transcripción de los antiguos nombres propios. De hecho, la cuestión de la transcripción de los nombres propios egipcios a cualquier lengua moderna de origen indoeuropeo sigue siendo un problema irresoluble a gusto de todos, debido no sólo a la necesidad de pasar de un sistema de escritura bien distinto —como es la escritura jeroglífica— al nuestro propio, sino también al hecho de que los antiguos egipcios no escribían las vocales, de modo que no sabemos a ciencia cierta cómo pronunciaban sus nombres propios. Esta espinosa cuestión ha originado encontradas polémicas y abundante literatura,[1] *sin que se haya podido alcanzar una solución definitiva. De momento, los egiptólogos franceses, ingleses, alemanes e italianos parecen estar de acuerdo simplemente en transcribir los nombres propios de acuerdo con la fonética y las posibilidades ortográficas de sus respectivas lenguas. También están por lo general de acuerdo en utilizar las transcripciones griegas cuando existen, debido no sólo a que se trata de las únicas formas genuinas que nos ha legado la antigüedad por tradición ininterrumpida, sino también por ser en definitiva más seguras que cualquier hipotética reconstrucción que podamos intentar nosotros, puesto que los griegos, como mínimo, oyeron pronunciar estos nombres a los egipcios, si es que quien escribía en griego no era él mismo un egipcio, como es el caso de Manetón.*

La duda surge, sin embargo, cuando las transcripciones griegas están notoriamente distorsionadas —variando entonces el grado de

1. Ver, por ejemplo, Alan Gardiner, *Egyptian Grammar*, Oxford, 1957³, pp. 434-437.

permisibilidad tolerable según el criterio de cada egiptólogo— o, simplemente, cuando no hay transcripción griega y no nos queda otro remedio que transcribir el nombre de manera más o menos artificiosa, llegando a ser entonces grandes las vacilaciones. Los resultados conseguidos son, finalmente, tan provisionales que no puede evitarse la proliferación de formas distintas para escribir un mismo nombre, a veces incluso en un mismo libro, como es el caso de la versión original inglesa de la obra que el lector tiene en las manos, obra escrita por cuatro autores en la que, a pesar de un evidente esfuerzo de uniformización, hemos podido detectar la existencia de nombres propios escritos de manera diferente de un capítulo a otro, circunstancia que se ha reflejado incluso en el índice de nombres al final del libro, y a la que hemos intentado poner remedio en la versión castellana.

Todas estas circunstancias se agravan aún más en el caso del castellano, debido especialmente a la total ausencia de tradición egiptológica en este idioma hasta ahora, y al hecho —corolario lógico de lo que queda dicho— de que tan problemática cuestión ha sido sólo abordada por traductores o aficionados autodidactas, carentes de los mínimos conocimientos necesarios, que se han limitado a adaptar, con mejor o peor fortuna, las formas de transcripción usuales en otros idiomas foráneos. El resultado ha sido una serie de formas aberrantes, carentes muchas veces de toda autoridad o justificación científica, pero que en ocasiones han llegado a adquirir cierta carta de naturaleza en el idioma. Se trata sin embargo de usos viciosos que, con un mínimo de criterio objetivo, se hace necesario desterrar.

Conscientes de que el problema no podría ser resuelto sin un análisis global del mismo, que terminase proponiendo soluciones concretas, aunque flexibles, a las que poder atenerse en el futuro, y que quedasen suficientemente justificadas (basadas en criterios objetivos estrictamente científicos), hemos emprendido esta labor con el proyecto de publicarla en una revista especializada para que pueda ser conocida de todos aquellos a quienes pueda interesar.[2] *En curso de publicación este trabajo, hemos sido requeridos por Editorial Crítica para revisar la traducción de la presente obra y para normalizar*

2. Josep Padró, «La transcripción castellana de los nombres propios egipcios», *Aula Orientalis*, 4 (en prensa). En este trabajo se encontrará la justificación de los casos más importantes, así como una serie de listas de nombres propios egipcios con su ortografía castellana que nos parece más correcta.

la transcripción al castellano de los nombres propios que en ella aparecen. Asimismo, se nos ha pedido que justifiquemos nuestros criterios en esta nota introductoria. La ocasión no podía ser mejor para nosotros para poner a prueba nuestro sistema, al tiempo que nos ha parecido utilísimo que una obra de gran calidad científica como ésta, destinada sin lugar a dudas a alcanzar una gran difusión, aparezca con la transcripción de los nombres propios egipcios normalizada, contribuyendo así a divulgar de modo eficaz la forma que nos parece más correcta.

Las reglas en las que nos hemos basado para nuestra tarea de normalización no son sino las mismas usadas corrientemente en otras lenguas modernas, adaptadas al castellano, lo que obliga a algunos cambios, mínimos pero lógicos. Hay que advertir en primer lugar que hemos transcrito los nombres propios egipcios... ¡en castellano! Aunque parezca un hecho obvio, hay que insistir en ello puesto que significa, ni más ni menos, que hay que adaptar los nombres a la fonética y a los recursos ortográficos del castellano, exactamente igual que se ha hecho en francés, inglés, alemán e italiano, prescindiendo por consiguiente del fácil recurso de los signos diacríticos diseminados más o menos estratégicamente aquí y allá, y que no es sino pedantería superflua. Como ha escrito un eminente egiptólogo francés, «erizar nuestros libros de signos diacríticos, que la mayor parte de lectores no identifican, no sirve de nada»; sólo sirve para desconcertar al lector y causar molestias al impresor.[3] *Quede, pues, bien sentado que los signos diacríticos deben quedar reservados para las transliteraciones, pero que son gratuitos en las transcripciones, al castellano o a cualquier otra lengua.*

En segundo lugar, siempre que existe transcripción griega generalizada por el uso o suficientemente próxima a la forma original egipcia del nombre, usamos la misma, pero teniendo la precaución de transcribir las formas griegas correctamente al castellano, de acuerdo con las normas aceptadas hoy día por los helenistas, y sistematizadas hace pocos años.[4]

En tercer lugar, cuando no existe transcripción griega conocida, transcribimos de forma más o menos artificiosa, apoyándonos espe-

3. François Daumas, *Les Dieux de l'Égypte*, París, 1970², p. 6, nota 1.

4. Manuel F. Galiano, *La transcripción castellana de los nombres propios griegos*, Madrid, 1969².

cialmente en el esquema consonántico original y utilizando la vocalización del copto, siempre que ello es posible. Resaltemos además que en la adaptación al castellano hemos reducido la w *a* u, *y las aspiradas guturales a* j *—sólo en algún caso especial hemos usado del dígrafo* kh *usual para estos menesteres en las otras lenguas europeas—, y que el dígrafo* sh *debe ser pronunciado como en inglés, el dígrafo* dy *como* dj *en francés —se trata de sonidos inexistentes en castellano— mientras que* ch *será pronunciado precisamente como en castellano.*

Finalmente, en los casos que plantean dudas al ser la transcripción griega una forma más o menos distorsionada del original egipcio, nos hemos atenido en esta obra al criterio de sus autores ingleses.

Confiamos, en definitiva, que el lector culto de habla hispana se adaptará rápidamente a las formas genuinas de determinados nombres, tales como Quéope, Quefrén, Rameses, Tutmosis o Re, desechando otras formas de uso corriente en la actualidad para estos mismos nombres pero que son totalmente inadecuadas.

JOSEP PADRÓ
Profesor de Historia Antigua
de la Universidad de Barcelona

PRÓLOGO

El antiguo Egipto se ha mostrado siempre esquivo a aquellos autores que pretenden escribir una historia no tradicional, es decir, cuyo objetivo fundamental no son las listas de reyes y la mención de sus hazañas. La historia tradicional, narrativa, constituye la clave imprescindible del pasado histórico del hombre, pero junto a ella el siglo XX ha asistido al desarrollo de una serie de enfoques alternativos y fecundos que permiten el análisis de aspectos tales como el cambio social y económico y la estructura de las formaciones políticas. Estos enfoques alternativos reflejan las múltiples formas en que analizamos nuestras sociedades contemporáneas y, de esta forma, comienzan a ofrecer una continuidad entre el pasado y el presente. Si nos remontamos lo bastante lejos en el pasado siguiendo el hilo de la continuidad en las instituciones de la sociedad, llegamos hasta las primeras civilizaciones, una de las cuales es Egipto. Aunque la imagen superficial del antiguo Egipto es, en gran parte, la de un mundo remoto y ajeno —y en ello reside su atractivo popular— Egipto fue uno entre el reducido núcleo de asentamientos donde primero se desarrolló, a escala significativa, el aparato de explotación y de gobierno burocrático junto con una ideología de coherencia social, sentándose las bases de todos los estados modernos. Egipto presenta un interés particular porque es posible seguir, sin apenas interrupciones, el curso del desarrollo desde la sociedad primitiva hasta la época en que el país se convirtió en una parte del mundo más amplio de la cultura mediterránea, donde se habían asimilado hacía mucho tiempo las innovaciones de los períodos formativos.

No obstante, las dificultades que se plantean a la hora de escribir una historia «alternativa» de Egipto son enormes. Por un lado, las listas cronológicas completas de reyes que poseemos, gracias al traba-

jo de varias generaciones de investigadores modernos, crean una imagen de conocimiento detallado que otras evidencias no pueden igualar. La abundancia de arte y arquitectura real producen una ilusión de familiaridad. Pero lo cierto es que los nombres y los rostros de los faraones no son sino máscaras que ocultan un vacío. Cuando retiramos esas máscaras desaparece de los registros escritos cualquier continuidad significativa que pudiera interesar al historiador aventurero. Lo que sobrevive ilumina tan sólo pequeños fragmentos de un tapiz de esfuerzos humanos durante 3.000 años, planteando inevitablemente, en cada caso, este interrogante: ¿es un aspecto típico, podemos generalizar a partir de él?

No obstante, los restos materiales susceptibles de ser examinados por el arqueólogo ofrecen una continuidad de tipo diferente. Pero en Egipto la arqueología ha permanecido siempre al servicio de la historia, siendo considerada en todo momento como un medio para proveer a los especialistas de nuevos textos y monumentos reales, y a los museos con muestras de cultura material que ilustran los aspectos típicos. La idea de que la arqueología, si se presta la necesaria atención a la estratigrafía y al contexto espacial, puede ofrecer un panorama de cambio social y económico válido en sí mismo y similar al que ofrecen las fuentes escritas no ha sido considerada hasta hace muy poco tiempo e incluso ahora sólo consigue nueva fuerza en algunos medios. Una serie de razones técnicas peculiares del valle del Nilo pueden servir a modo de excusa. Pero la razón fundamental de esta carencia es el poder hipnótico de las imágenes que provocan los monumentos y textos del antiguo Egipto. La necesidad de escribir algo nuevo queda rápidamente eclipsada.

Los tres primeros capítulos de este libro se escribieron para el primer volumen de la Cambridge History of Africa. *Como resultado de la preferencia individual de los autores y de la paciencia del editor del volumen, J. Desmond Clark, los autores siguieron su propio criterio al intentar analizar los aspectos más amplios en el estudio del pasado que existen fuera de la egiptología y, asimismo, en consideración de que el conjunto, del que ese volumen no era sino una parte, analizaba la relación de Egipto con sus vecinos africanos. Si se hubiera tratado de escribir una obra con el título del libro que presentamos, sus aportaciones hubieran variado ligeramente en contenido, aunque no en la orientación, aspecto que es el que consideramos de la mayor importancia.*

El primer capítulo abarca la etapa formativa de los Períodos Predinástico y Protodinástico. Comienza con la introducción en el valle del Nilo de una economía de subsistencia según el modelo del sudoeste de Asia, el desarrollo de comunidades agrícolas que desembocaron en una serie de centros urbanos, la aparición del arte cortesano y, a través de una fase de conflicto interno, la aparición de un estado político. El segundo capítulo estudia las características del Egipto faraónico en la fase posterior de un estado maduro todavía relativamente aislado del mundo exterior. Comprende los períodos a los que convencionalmente se da los nombres de Imperio Antiguo e Imperio Medio, así como de Primero y Segundo Períodos Intermedios. Un tema de la mayor importancia durante todos esos períodos era la resolución de las tensiones internas entre la corte y las provincias y, en un nivel personal, entre el servicio leal y la acumulación de riqueza en manos privadas. Terminó en un breve período de dominio extranjero del norte de Egipto y del enclave egipcio en Nubia. La reacción ante la dominación extranjera provocó la rápida creación de un imperio en Nubia y en el Próximo Oriente. El tercer capítulo estudia la época imperial (el Imperio Nuevo) y su complejo corolario (el Tercer Período Intermedio). Gracias a la existencia de unas fuentes más completas es posible escribir con mayor seguridad sobre la estructura del gobierno, que contenía una corte muy amplia y una clase sacerdotal cada vez más poderosa. El período postimperial conoció la reaparición de las tensiones políticas internas como factor de gran importancia, mientras que un nuevo grupo exterior, los libios, presionaban en el norte del país. El último capítulo, que ha sido escrito específicamente para este volumen, describe la sociedad en el período final, las últimas centurias de gobierno indígena y de cultura faraónica cuando Egipto, que había dejado ya de ser un poder militar dominante, conoció períodos de derrota y dominación por parte de gobernantes de Sudán, Asiria y Persia. Pero paralelamente a los fracasos militares, se produjeron una serie de cambios en la ideología y en la sociedad que constituyen un reajuste importante de las formas tradicionales a las nuevas circunstancias, profundamente diferentes. Por primera vez, contamos con descripciones de Egipto a cargo de otro pueblo, los griegos, cuyos relatos se utilizan al máximo en ese capítulo. El período termina con la conquista de Egipto por Alejandro Magno y el ingreso formal de Egipto en el mundo helenizado.

Capítulo 1

LOS COMIENZOS DE LA CIVILIZACIÓN EGIPCIA

Orientación

África reclama el crédito de ser, a través del Egipto faraónico, la cuna de una de las más tempranas y espectaculares civilizaciones de la Antigüedad. El objetivo de este capítulo es el de seguir el desarrollo de esta civilización desde la introducción en el valle del Nilo de una economía de subsistencia del tipo de la que existía en el sudoeste de Asia, hasta su florecimiento a comienzos del Imperio Antiguo, que se sitúa hacia el 2700 a.C. Los egiptólogos dividen convencionalmente este espacio de tiempo en un Período Predinástico, anterior a la Dinastía I tradicional del cronista egipcio Manetón, y un Período Protodinástico, que corresponde a las dos primeras dinastías de Manetón. Esta división se ha justificado sobre la base de que el comienzo de la Dinastía I correspondía a la unificación política de Egipto y supuso un hito decisivo en la historia egipcia. Es cierto que la unificación política desempeñó un papel importante en la formación del modelo cultural del antiguo Egipto, pero fue un aspecto más de un continuo cambio social y cultural que se hallaba ya muy avanzado al final del Período Predinástico y que alcanzó su culminación en el Imperio Antiguo. En consecuencia, parece adecuado considerar como una sola entidad todo el período formativo de la civilización egipcia.

Aunque la escritura egipcia se desarrolló durante el Período Protodinástico, las fuentes escritas de este período son muy escasas y presentan numerosas dificultades epigráficas. En muchos casos, incluso la sucesión de reyes y las identificaciones de los nombres

reales de Horus que aparecen en los monumentos de este período con los nombres *nebty-* o *insibya-* de las listas de reyes posteriores no son seguras (véase apéndice, p. 96).[1] Tanto para el Período Predinástico como para el Período Protodinástico, los datos arqueológicos se limitan casi exclusivamente a los cementerios del Alto Egipto (Sur), mientras que en el Norte, el Período Predinástico está representado por núcleos que se han encontrado en asentamientos marginales y sobre los cuales tenemos muy pocas noticias. Son muy pocos los yacimientos estratificados donde se ha llevado a cabo un trabajo cuidadoso de excavación y carecemos de datos paleobotánicos o paleozoológicos fiables. Una serie de autores se han referido recientemente a las deficiencias de los datos arqueológicos, lo que hace innecesario que repitamos aquí sus conclusiones (véase Arkell y Ucko, 1965). En consecuencia, he preferido subrayar los aspectos positivos, antes que los negativos, del trabajo que se ha realizado hasta la fecha.

Esta síntesis difiere de otras anteriores en dos aspectos importantes. En primer lugar, se han rechazado todas las conclusiones sobre la prehistoria egipcia basadas en los mitos, textos religiosos y en la distribución de los cultos religiosos en un período posterior. Considerando estos aspectos como reflejo de los acontecimientos políticos ocurridos en los tiempos prehistóricos, Sethe (1930) postuló la existencia de un reino en la región del delta, cuyo dominio se extendía por todo Egipto mucho antes de la Dinastía I. Sin embargo, otros autores (Griffiths, 1960, pp. 119-148) han ofrecido muchas interpretaciones históricas alternativas y mutuamente excluyentes de los mitos mientras que algunos especialistas, en especial Frankfort, han negado que esos mitos tengan una base histórica (Frankfort, 1948, pp. 15-23). Sin embargo, los acontecimientos históricos que hayan podido influir en las tradiciones egipcias sólo pueden ser interpretados a la luz de lo que conocemos sobre el desarrollo de la cultura egipcia a partir de otras fuentes. Así pues, este estudio se limita a los datos arqueológicos y epigráficos contemporáneos.

En segundo lugar, se han rechazado las interpretaciones, tan en boga en otro tiempo, que asumían automáticamente que en la Antigüedad todos los cambios culturales eran consecuencia de la intrusión de nuevos grupos de pobladores en una zona determinada. Petrie

1. Véase un bosquejo de lo que sabemos acerca de la historia dinástica de las dos primeras dinastías en Edwards (1971, pp. 1-35).

argumentó que la cultura de El Fayum A representaba una «migración solutrense procedente del Cáucaso» que, afirmó, era también el lugar de origen del pueblo Badariense. La cerámica Amratiense de líneas blancas fue introducida en Egipto por «invasiones libias», mientras que la Cultura Guerzeense fue llevada allí por el «Pueblo del Desierto Oriental» que asoló y dominó Egipto. Finalmente, Egipto fue unificado por la «Tribu del Halcón» o «Raza Dinástica», que «ciertamente era originaria de Elam» y que llegó a Egipto a través de Etiopía y del mar Rojo (Petrie, 1939, pp. 3, 7, 77). En cada caso, los argumentos de Petrie se basaban en supuestas conexiones entre un número limitado de rasgos hallados en Egipto y en otros lugares, mientras que se ignoraban las continuidades en el modelo cultural egipcio como un todo.

Las ideas de este tipo siguen ejerciendo una fuerte influencia en las interpretaciones de la historia primitiva egipcia. Sobre la base de una serie de similitudes limitadas entre la Cultura Badariense y el Neolítico de Jartum, Arkell (Arkell y Ucko, 1965) y Baumgartel (1970, p. 471) han afirmado el origen meridional de aquélla. Vandier ha afirmado la necesidad de una invasión para explicar el desarrollo de la Cultura Guerzeense (Vandier, 1952, pp. 330-332) y Emery (1961, pp. 38-42) ha dicho recientemente que la cultura del Período Protodinástico fue introducida por una «raza madre» procedente de Oriente. Cada una de estas sugerencias ha sido rechazada específicamente por otros egiptólogos (véase Arkell y Ucko, 1965). No obstante, en la actualidad son cada vez más los egiptólogos que siguen a Frankfort y Kantor, subrayando la continuidad, antes que la discontinuidad, en la Prehistoria egipcia (véase de nuevo Arkell y Ucko, 1965). Ciertamente, vemos cómo una serie de rasgos culturales externos se difunden en Egipto y se integran en el modelo cultural egipcio durante el período que estamos considerando, pero no existen pruebas arqueológicas o físico-antropológicas convincentes sobre la existencia de migraciones a gran escala en Egipto en esa época. Por otra parte, los historiadores aceptan actualmente que la difusión cultural no implicó necesariamente migraciones a gran escala y que para comprender por qué se incorporaron una serie de aspectos externos en un período concreto es fundamental poseer un conocimiento completo de la cultura receptora. Esto justifica que concentremos nuestra atención en la continuidad de desarrollo de la cultura egipcia ante la ausencia de una clara ruptura en la documentación arqueológica.

Con anterioridad a la última década del siglo XIX, no se conocían hallazgos arqueológicos anteriores a la Dinastía III. Fue en 1894, después de una campaña en Coptos, cuando Petrie y Quibell comenzaron a excavar los grandes cementerios de Nagada y El-Ballas (Petrie y Quibell, 1895). Estas excavaciones aportaron los primeros datos fidedignos sobre las culturas Amratiense (o Nagada I) y Guerzeense (o Nagada II). Las excavaciones posteriores revelaron que estas culturas se hallaban profusamente difundidas por todo el Alto Egipto. No obstante, hubo que esperar a los trabajos realizados por Brunton y Caton-Thompson en las proximidades de El-Qaw, entre 1922 y 1925, para que se identificara la Cultura Badariense, aún más antigua (Brunton y Caton-Thompson, 1928). Los asentamientos de la secuencia predinástica del Norte de Egipto se descubrieron todavía más tarde. Los yacimientos del Fayum A, los únicos para los cuales poseemos informes definitivos, fueron excavados por Caton-Thompson y Gardner entre 1924 y 1926 (Caton-Thompson y Gardner, 1934); Merimda, en la zona occidental del delta, por Junker entre 1928 y 1939; Maadi por Menghin y Amer después de 1930 y El-Omari por Debono entre 1943 y 1952 (para referencias a esta bibliografía véase Hayes, 1965, pp. 139-146). La convicción de que Egipto no era un centro importante de domesticación de plantas y animales y la consecuente desviación de la atención hacia el Asia sudoccidental son responsables, en parte, de la ausencia de trabajos de campo en los yacimientos predinásticos en la época reciente. Desde 1952, el trabajo más importante sobre este período ha consistido en la reinterpretación de estudios anteriores a cargo de Baumgartel (1955, 1960), Kaiser (1956, 1957) y Kantor (1965).

Los estudios sobre el Egipto Protodinástico comenzaron con las rudimentarias excavaciones de Amélineau en el cementerio real de Abido, pertenecientes a las Dinastías I y II, excavaciones que comenzaron en 1895 (Amélineau, 1889-1905). Luego, siguió la reexcavación y publicación sistemática de este yacimiento por Petrie entre 1899 y 1901 (Petrie, 1900, 1901 *a*). En 1896-1897, de Morgan excavó una amplia tumba de Nagada perteneciente a la Dinastía I, y en 1897-1898 Quibell y Green llevaron a cabo excavaciones en Hieracómpolis, en el curso de las cuales se descubrieron, entre otros grandes hallazgos, la famosa paleta de pizarra del rey Narmer (B. Adams, 1974, Quibell, 1900, Quibell y Green, 1902). Petrie hizo nuevos descubrimientos en Tarjan y en otros lugares, y en 1912 Quibell encontró

restos de grandes tumbas protodinásticas cerca de la Pirámide Escalonada, en Saqqara. Firth comenzó a excavar estas tumbas en 1932 y, a su muerte, Emery continuó estos trabajos entre 1936 y 1956 (Emery, 1949-1958). Entre 1942 y 1954, Saad excavó un gran cementerio protodinástico, que contenía numerosas tumbas de funcionarios secundarios, en Heluan, en la orilla oriental del Nilo frente a Saqqara (Saad, 1969).

Cronología

A diferencia de lo que ocurre en el sudoeste de Asia, son pocos los yacimientos estratificados que se han descubierto en el valle del Nilo que pudieran servir como base para elaborar una cronología cultural del Egipto Predinástico. Uno de esos yacimientos parece haber sido Merimda, pero, en su mayor parte, su estratigrafía ha quedado sin registrar. Como consecuencia, queda el pequeño núcleo de El-Hammamiya, habitado de forma intermitente entre el Badariense y el Guerzeense, como único yacimiento predinástico estratificado de alguna significación cronológica.

Impulsado por la idea de establecer una cronología para las tumbas de las culturas Amratiense y Guerzeense, Petrie creó su sistema de *sequence dating*, que constituyó la primera aplicación importante de los principios de seriación a la arqueología (Petrie, 1901 *b*, pp. 4-8: para un análisis reciente de la seriación de Petrie véase Kendall, 1969, 1971). Este sistema se basaba en la mayor o menor abundancia de diferentes tipos de cerámica en un conjunto de 900 tumbas, en cada una de las cuales aparecían, al menos, cinco tipos diferentes. Partiendo de esa base, Petrie situó cada tumba en una de las cincuenta divisiones temporales que ideó y que numeró desde el 30 hasta el 80. La escala de tiempos es incierta, de forma que todo lo que podemos decir, por ejemplo, es que la SD (*Sequence Date*) 40 es teóricamente anterior a la SD 41; por otra parte, el intervalo entre las SD 49 y 50 no es necesariamente el mismo que el que existe entre las SD 60 y 61. Al parecer, cuanto más nos acercamos al período histórico, las divisiones de Petrie representan períodos de tiempo más reducidos. Petrie situó la transición entre las culturas Amratiense y Guerzeense hacia SD 40 y afirmó que la transición entre el Guerzeense y el Período Protodinástico (su Período

Semainiense) habría comenzado hacia SD 65. El comienzo del Período Protodinástico se sitúa aproximadamente en esa etapa. En términos de desarrollo cultural, el rasgo más importante del sistema de Petrie es la convicción acerca de la continuidad estilística y un cambio ininterrumpido suficientes como para permitir la construcción de una sola secuencia de desarrollo desde el Amratiense hasta los tiempos protodinásticos. Esta continuidad es difícil de armonizar con la importancia que Petrie adjudicaba a las migraciones como fuente fundamental de cambio cultural.

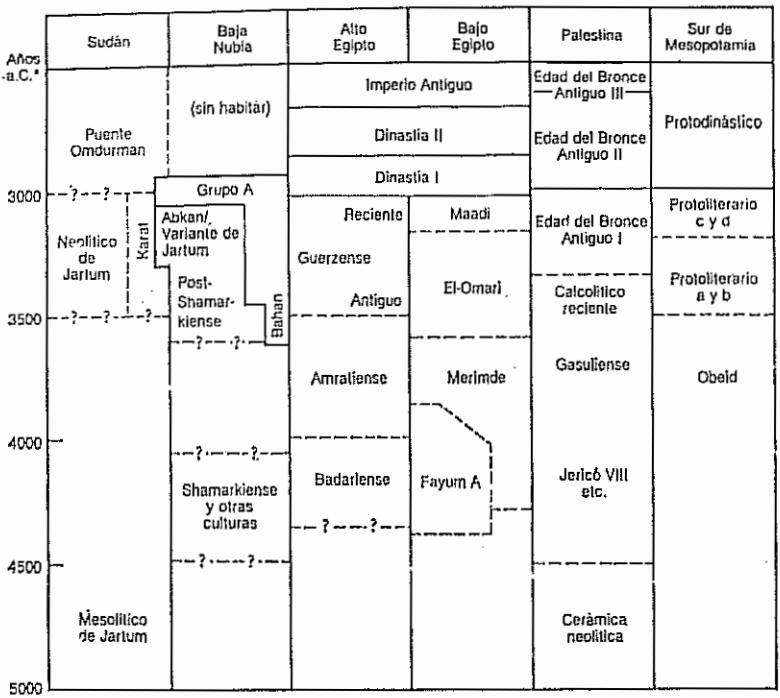
La continuidad existente en diferentes tipos de utensilios parece indicar que la Cultura Badariense fue anterior y predecesora de la Amratiense. El yacimiento de El-Hammamiya ofrece pruebas estratigráficas de que la Cultura Badariense terminó antes de que llegara a su fin el Amratiense. Kaiser sugiere, sin embargo, que el hallazgo de ciertos tipos de cerámica amratiense en algunos yacimientos badarienses indica que ambos períodos son probablemente contemporáneos y representan culturas paralelas, o grupos étnicos que habitaron partes diferentes del Alto Egipto (Kaiser, 1956, pp. 96-97; véase también Hays, 1976). Arkell y Ucko (1965) han indicado que la mezcla de cerámica podría ser resultado de la contaminación de un yacimiento anterior con fragmentos de época posterior, y para Kantor, las similitudes entre las dos culturas hay que interpretarlas como demostración de que el Badariense evolucionó hasta dar lugar al Amratiense (Kantor, 1965, pp. 3-4). Por su parte, Brunton afirmó también la existencia de una Cultura Tasiense que, según él, constituía una fase primitiva del Badariense. En la actualidad, la mayor parte de los especialistas concuerdan en que las tumbas que se atribuyen a esta cultura y que en ningún caso han aparecido aisladas de las del Badariense y de las del Imperio Antiguo, no constituyen un punto de unión válido (Arkell y Ucko, 1965; Kantor, 1965, p. 4). Esto deja al Badariense como cultura predinástica más antigua conocida en el Alto Egipto.

Se ha dicho que la clasificación de la cerámica de Petrie era la «parafernalia de las épocas oscuras» y la cronología cultural derivada de su sistema de *sequence dating* parece muy sospechosa en algunos detalles (Lucas y Harris, 1962, p. 385, n. 3; Ucko, 1967). Kaiser (1957) ha desarrollado un sistema alternativo, basándose en un nuevo estudio del cementerio predinástico de Armant. Este sistema difiere del de Petrie en numerosos aspectos de detalle y divide la secuencia Amratiense-Guerzeense en tres períodos y once subperíodos. Con

todo, hay que decir que en conjunto la secuencia cultural elaborada por Petrie ha resistido admirablemente el paso del tiempo (Vandier, 1952, p. 233).

Hasta el momento no se ha publicado material suficiente como para poder realizar una seriación de utensilios de los núcleos de habitación que corresponden a la secuencia predinástica del Norte de Egipto. Basándose en similitudes en tipos específicos de utensilios, se ha relacionado la cultura del Fayum A con el Badariense, el yacimiento de Merimda, aparentemente deshabitado durante mucho tiempo, con el Amratiense y los de El-Omari y Maadi con etapas sucesivas del Guerzeense (Kantor, 1965, pp. 4-6). El argumento fundamental que ha llevado a afirmar que El Fayum A era anterior al Badariense fue la ausencia total de metal en El Fayum A. Sin embargo, tampoco han aparecido utensilios de metal en Merimda y El-Omari, que son sin ninguna duda coetáneos de la secuencia del Alto Egipto. Aunque Baumgartel ha afirmado que la secuencia del Norte de Egipto es posterior desde el punto de vista cultural y que, por tanto, todos estos yacimientos corresponden a una época muy posterior, las dataciones obtenidas por el procedimiento del radiocarbono corroboran la secuencia aceptada generalmente y las correlaciones propuestas con el Sur (Baumgartel, 1955, pp. 14-17, 120-122). Estas fechas corroboran también la mayor antigüedad del Fayum dentro de la secuencia del Norte de Egipto, ya que las fechas del Fayum A coinciden sólo en parte con las fechas más antiguas de Merimda. Las fechas avanzadas de Merimda coinciden con las dos que poseemos para el Amratiense, mientras que la fecha de El-Omari coincide con las de la Cultura Guerzeense (fig. 1.1).

Desde que se obtuvieron las primeras dataciones por el procedimiento del radiocarbono, se observó que las fechas del material histórico del Egipto primitivo son mucho más recientes que las establecidas sobre la base de las cronologías dinásticas. Esto llevó a algunos egiptólogos a dudar acerca de la posibilidad de aplicar este sistema de datación o a utilizarlo sólo para establecer fechas relativas, mientras que otros comenzaron a pensar que la cronología histórica pudiera ser demasiado larga (Hayes, 1970, pp. 192-193; H. S. Smith, 1964; Trigger, 1968, p. 64). Las calibraciones recientes de anillos de pino fechados mediante las dataciones obtenidas por el análisis del radiocarbono, extraídas a partir de esos anillos, han indicado la existencia de fluctuaciones importantes en la formación de C 14, que se



* Fechas anteriores a 3.000 a. C. basadas en las dataciones C_{14}, utilizando una vida media de 5.568 años.

FIGURA 1.1

Cronología relativa de Egipto y de las regiones vecinas

han estudiado ahora hasta el 5200 a.C. Estos estudios indican que las fechas obtenidas por el sistema del radiocarbono son aproximadamente 200 años demasiado recientes a mediados del segundo milenio a.C. y unos 800 o 900 años demasiado recientes a comienzos del sexto milenio. Aunque estas calibraciones se hallan en una fase experimental, situarían la mayor parte de las fechas del radiocarbono para el Período Protodinástico entre los años 3400 y 2650 a.C. Tradicionalmente, los egiptólogos han datado el comienzo de este período entre 3100 y 2900 a.C. y el final de la Dinastía II hacia 2686 a.C. (Derricourt, 1971; Suess, 1970).

Si se aceptan las calibraciones sugeridas para las fechas anterio-

res al año 3000 a.C., se extendería la duración de las secuencias predinásticas conocidas a lo largo de un período mucho más largo. Las fechas conocidas por el radiocarbono para El Fayum A se situarían aproximadamente entre los años 4700 y 5200 a.C.; las de Merimda entre 3500 y 5200 a.C. (y, rechazando una fecha, entre 4600 y 5200 a.C.); y la única fecha que poseemos para El-Omari entre 4000 y 4200 a.C. Sólo contamos con dos fechas para la Cultura Amratiense, pero se sitúan entre 4500 y 4700 a.C., mientras que las tres fechas del Guerzeense quedan entre los años 3500 y 4600 a.C. Dos fragmentos de cerámica procedentes del nivel Badariense inferior en El-Hammamiya han dado recientemente fechas termoluminiscentes del 5580 ± 420 y del 5495 ± 405 a.C. Otros cinco fragmentos presumiblemente badarienses, procedentes de niveles superiores en el yacimiento, datan, según la profundidad del depósito, de entre 4360 ± 355 y 4690 ± 365 a.C.; mientras que un fragmento guerzeense de un nivel superior (80 cm.) ha de ser fechado en 3775 ± 330 a.C.[2] Debemos esperar a obtener más fechas termoluminiscentes antes de considerar sus implicaciones.

Las fechas obtenidas por medio del radiocarbono dan una duración mucho más larga para la Cultura Guerzeense de lo que indican los datos arqueológicos. Las calibraciones de radiocarbono anteriores al año 3000 a.C. pueden ser demasiado antiguas. Por otra parte, la muestra del Guerzeense es pequeña y las fechas se obtuvieron en las primeras etapas de desarrollo del sistema de datación del radiocarbono, utilizando ejemplares cuyo contenido de radiocarbono pudo haber sido alterado por la combinación con combustibles fósiles durante largos períodos de almacenamiento en los museos, sin ninguna protección. A este respecto, puede ser significativo el hecho de que la fecha de una muestra hallada no hace mucho en el yacimiento Kom K del Fayum es varios cientos de años más reciente que la de dos muestras recogidas por Caton-Thompson. Serán necesarias más

2. Para detalles de estas determinaciones véase Derricourt (1971). Para la correcta atribución de fechas a las Culturas Amratiense y Guerzeense véanse Arkell i Ucko (1965) y Kantor (1965, p. 5). Para las dataciones termoluminiscentes véase Caton-Thompson y Whittle (1975) y Whittle (1975). Hay que decir también que la cronología de la historia egipcia primitiva, generalmente aceptada, pero un tanto especulativa, ha sido cuestionada recientemente por Mellaart (1979). Sobre la base de los análisis del radiocarbono, Mellaart propone fechar el comienzo de la Dinastía I hacia 3400 a. C. y el final de la Dinastía II hacia 2950 a. C. Paralelamente, se elevan también las fechas de los períodos mesopotámicos.

precisiones desde Egipto y las calibraciones propuestas habrán de ser comprobadas cuidadosamente antes de establecer una cronología del radiocarbono aceptable anterior al año 3000 a.C.

El medio ambiente

Con anterioridad se creía que la llanura del Nilo era un gran pantano, inadecuado para que se establecieran asentamientos permanentes. Se creía que al principio los seres humanos sólo vivían a lo largo de los límites del valle, situando sus campamentos al pie de los acantilados o en promontorios rocosos. Sólo cuando las zonas montañosas se convirtieron en terreno desértico se habría visto obligado el hombre a asentarse en el terreno selvático del fondo del valle y a comenzar la ardua tarea de limpiarlo. Passarge y Butzer han llegado a la conclusión de que dada la topografía del valle, los pantanos fueron siempre un aspecto secundario del paisaje, excepto en el norte del delta. En su mayor parte, la llanura consistía en cuencas naturales que se inundaban estacionalmente y en las que durante la estación seca crecían hierba y matorrales. Las zonas más elevadas a lo largo del río se hallaban cubiertas de árboles, acacias, tamariscos y sicomoros, y aquellas que se hallaban permanentemente al margen de las aguas eran los lugares ideales para una habitación permanente. Asimismo, Butzer ha hallado pruebas que indican que el delta no se ha extendido hacia el mar en los milenios recientes y que las condiciones físicas que prevalecían en esa zona en la época predinástica eran muy similares a las que existen en la actualidad. Los depósitos de arena elevados habrían constituido el lugar ideal de asentamiento en la zona interior del delta, inmediatamente adyacentes a los ricos suelos de esa zona (Butzer, 1959; Passarge, 1940). Estas afirmaciones contradicen por completo el argumento de Baumgartel en el sentido de que el delta era inadecuado para la ocupación humana antes del Período Protodinástico (Baumgartel, 1955, p. 3).

En lugar de producirse una desecación permanente en el nordeste de África a finales de la última glaciación, hay pruebas de que hubo varios intervalos de incremento de las precipitaciones en las estepas próximas a Egipto. El primero de ellos se extendió entre 9200 y 6000 a.C. aproximadamente, mientras que otro intervalo húmedo habría comenzado hacia 5000 a.C. y, tras un período de sequía, con-

tinuaría hasta el año 4000 a.C. Una vegetación abundante cubría los uadis del norte y este de Egipto hasta 2350 a.C., período en el que sobrevino una aridez comparable a la de la época actual (Butzer, 1971, p. 584). En los intervalos de máxima precipitación, las colinas del mar Rojo estaba cubiertas de árboles y tierra de pasto, mientras que los árboles y la hierba crecían también en los uadis situados a ambos lados del Nilo y existía una población piscícola en las pequeñas lagunas de esos uadis (Murray, 1951; W. A. Fairservis, comunicación personal). Cantidades importantes de elefantes, jirafas, rinocerontes, avestruces, asnos salvajes y vacas, así como antílopes, gacelas, íbices y ciervos vivían en las tierras altas y en los uadis durante esos períodos. El hecho de que los desiertos adyacentes presentaran condiciones de habitabilidad mucho mejores que en la actualidad durante el período que contempló el florecimiento de la civilización egipcia constituye un argumento que se opone a la hipótesis de que el incremento demográfico, consecuencia del deterioro climático en las estepas vecinas, desempeñó un papel fundamental en el desarrollo de la civilización del valle del Nilo (Butzer, 1971, p. 594). La existencia de un clima más húmedo parece haber facilitado el movimiento de poblaciones hacia y a través del desierto y esto, a su vez, pudo impulsar una mayor comunicación y un cambio cultural más rápido en el Sáhara.

Hay pruebas abundantes de que tanto el lecho del río como la llanura del Nilo en Egipto han experimentado una lenta acumulación a lo largo del período histórico como resultado del depósito anual de una delgada capa de aluviones. Aunque frecuentemente se apunta un incremento medio de 10 cm por siglo, Butzer ha puesto en evidencia que el índice de acumulación ha variado considerablemente de un período a otro. Entre los años 4000 y 3000 a.C., la llanura del Nilo en la Baja Nubia tenía entre 6 y 7 m más de altura que en la actualidad (Butzer, 1959; Butzer y Hansen, 1968, pp. 276-278). El registro de la altura de las inundaciones anuales que aparece en la piedra de Palermo, en el Imperio Antiguo, indica una disminución en la altura media y en el volumen de la inundación del Nilo durante la Dinastía I. Bell (1970) ha estimado que entre la Dinastía I y el período transcurrido entre las Dinastías II y V se produjo una disminución de la altura de los depósitos no menor de 0,7 m.

Al parecer, durante toda la historia de Egipto la mayor parte de los asentamientos humanos se construyeron en la llanura aluvial,

mientras que, al menos en el Alto Egipto, los cementerios se sitúan, con frecuencia, en el desierto, inmediatamente más allá de la tierra cultivada. La mayor parte de los asentamientos humanos, excepto aquellos situados en un terreno elevado o construidos, como Kom Ombo, en tells formados por los restos de aldeas anteriores, han quedado enterrados por los depósitos de aluviones más recientes o han sido arrastrados por los cambios ocurridos en el curso del río. Esto explica que en el Alto Egipto sean muy escasos los asentamientos humanos de época predinástica y posterior que han sido recuperados, en relación a los cementerios localizados (Butzer, 1966). Parece también que entre los años 8000 y 5000 a.C. la llanura aluvial egipcia era más baja que en la actualidad y el valle más estrecho. Como consecuencia, son muchos los lugares donde incluso los cementerios que se hallaban situados en los márgenes de la zona aluvial han quedado enterrados bajo depósitos de aluviones más recientes (Butzer, 1971, p. 587; Wendorf, Said y Schild, 1970). Butzer ha puesto de relieve que en el Egipto Medio —que hasta ahora se creía que había estado deshabitado en la época predinástica— es muy probable que diferentes cementerios de esa época hayan sido destruidos por variaciones en el curso del río o enterrados bajo depósitos posteriores de arena y aluviones. Las dunas han sido particularmente activas en la orilla occidental del Nilo en esa zona de Egipto, mientras que en la orilla oriental resulta difícil hallar al norte de Deir el-Gabrawi formaciones de terreno que en la época predinástica se hallaban próximas al límite del valle y que no hayan sido enterradas por la acumulación posterior de aluviones (Butzer, 1961). Los núcleos habitados de época predinástica que se han conservado se hallan situados, en todos los casos, en elevaciones o terraplenes varios metros por encima de la presente capa de aluviones. Según Butzer, su preservación es fortuita, ya que son únicamente los asentamientos situados a esta altura los que han podido escapar a las inundaciones y a la expansión lateral de la irrigación en años recientes.

Esto nos induce a pensar que la distribución de las culturas predinásticas puede responder más a factores geológicos que culturales. Por ejemplo, es posible que las Culturas Badariense y Amratiense alcanzaran la misma expansión, por el Norte, que la Cultura Guerzeense. Además, si bien se asume que en el Alto Egipto se enterraba siempre a los muertos en los márgenes del valle, es probable que la mayor parte de los asentamientos más ricos y más avanzados desde el

punto de vista cultural fueran construidos sobre elevaciones a lo largo de las orillas del río, que ahora han sido enterradas, y que, por tanto, no han sido descubiertas por los arqueólogos. Así se plantea la posibilidad de que los pequeños asentamientos badarienses estudiados por Brunton, o el yacimiento de El-Hammamiya, fueran los campamentos de meros grupos de pastores, que vivían tanto geográfica como culturalmente en los límites de una sociedad más avanzada. Existen sólidas pruebas en el sentido de que una parte importante del asentamiento predinástico de Hieracómpolis se extendía hacia la llanura aluvial, lugar que ocupaba este yacimiento en la época histórica (Butzer, 1966; Vandier, 1952, p. 519).

La lengua

Desde hace largo tiempo se han evidenciado numerosas similitudes en la gramática, el léxico y la fonología del egipcio antiguo y de las lenguas semíticas. Por ello, se afirma muchas veces que el egipcio es una lengua semítica cuyo origen quedó oscurecido debido a los cambios experimentados, o una lengua mestiza resultado de la mezcla de una lengua «africana» y otra semítica en la época predinástica. Esa lengua africana se identifica a veces como una lengua camítica (que en ocasiones se considera que guarda una relación lejana con el semítico) y en ocasiones como una lengua «negra» (Lambdin, 1961; Vergote, 1970). Esta especulación guarda estrecha relación con las teorías que afirman que hubo varias migraciones en Egipto procedentes del sudoeste de Asia en época prehistórica y que produjeron una serie de cambios étnicos y culturales.

Las deudas para con una o varias lenguas semíticas están atestiguadas en época histórica. Muy probablemente, Kees y otros autores están en lo cierto al afirmar que esas lenguas ejercieron una fuerte influencia sobre el egipcio en las postrimerías de la época predinástica, momento en que se produjo también una influencia del sudoeste asiático en los terrenos del arte y la cultura material en general (Kees, 1961, p. 42). Sin embargo, no hay pruebas de la existencia de un «substrato africano» en el antiguo egipcio, en el sentido de que pueda demostrarse que todas las similitudes con las lenguas semíticas halladas en el egipcio sean influencias impuestas sobre una lengua identificable, específicamente africana. Por el contrario, Greenberg (1955,

pp. 43-61) ha puesto de relieve que muchas de esas similitudes no son incorporaciones de una lengua con respecto a otra, sino que indican que tanto el egipcio como las lenguas semíticas derivan de un antepasado común. Ha demostrado también que el semítico, el antiguo egipcio y el kushítico, que encontramos al este del Nilo (principalmente en Etiopía), y el bereber y el cádico, del oeste del Sudán, constituyen cinco ramas coordinadas de la familia lingüística afroasiática (o camito-semítica). Hoy en día se cree que las lenguas kushíticas constituyen no una sino dos ramas importantes del afroasiático (kushítico propiamente dicho y omótico) junto al bereber, egipcio, cádico y semítico (Fleming, 1969). Para Greenberg, entre el egipcio del Imperio Antiguo y el acadio existía una diferencia algo mayor que entre el rumano y el portugués, lo cual nos lleva a pensar que sería hacia 5500 o 6000 a.C. cuando se separaron entre sí las ramas de la lengua afroasiática (Trigger, 1968, p. 74, que se basa en J. H. Greenberg, comunicación personal). Si bien no se han realizado estudios de aspectos léxicos del protoafroasiático para dilucidar el lugar de origen de estas lenguas, las zonas más probables parecen el Sudán Oriental o, tal vez, Egipto (Fleming, 1969). Por otra parte, si el África occidental parece un punto de origen poco probable, no hay que desechar la idea de que si en el sudoeste de Asia se dieron condiciones económicas especiales o presiones demográficas, esa familia lingüística se hubiera trasladado hacia el oeste, hacia África desde esa región. Aunque por el momento resulta imposible establecer la difusión de la lengua afroasiática a través de los datos arqueológicos, no parece imposible que el cádico y el bereber hubieran sido introducidos en el Sahara occidental durante la «fase húmeda» que comenzó hacia 5000 a.C.

En cualquier caso, lo más probable es que las culturas predinásticas de Egipto estuvieran asociadas con una población que hablaba ya el egipcio y que posteriormente se hicieran incorporaciones específicamente semíticas de un grupo de lenguas estrechamente relacionadas. No obstante, esas incorporaciones son mucho menos espectaculares de lo que antes se pensaba y no pueden citarse como prueba de una mezcla masiva de población. Con respecto a la hipótesis de un «substrato africano» no afroasiático, no se ha encontrado indicio alguno.

Antropología física

De la misma manera que algunos lingüistas han intentado descubrir un «substrato africano» en la lengua egipcia, algunos egiptólogos han asumido que la población de la época predinástica era negroide y han visto en la presencia de cualquier elemento caucasoide la evidencia de una migración posterior de individuos «camito-semitas» en el país. Con demasiada frecuencia se ha atribuido el desarrollo cultural de Egipto a las incursiones repetidas de elementos de estos grupos. Ahora bien, Batrawi ha demostrado, basándose en un cuidadoso estudio osteológico, que en realidad hubo muy pocos cambios en la constitución física de la población en el Alto Egipto entre la época predinástica y el período histórico (Batrawi, 1945, 1946). Aunque existían determinadas variaciones, por lo general la población del Alto Egipto era de pequeña estatura y tenía un cráneo estrecho y alargado, pelo oscuro ondulado y piel morena. Esa continuidad en el aspecto físico no aporta argumentos en el sentido de una migración, aunque no puede desecharse la posibilidad de que a intervalos se introdujeran en el Alto Egipto nuevos grupos con una constitución física similar.

Los esqueletos hallados en Merimda, El-Omari y Maladi sugieren que los habitantes predinásticos del delta eran de mayor estatura y más sólida complexión que los individuos del Alto Egipto y que sus cráneos eran más anchos. Para Morant (1925) esos esqueletos demuestran la existencia, en una época muy antigua, de un «individuo típico del Bajo Egipto» que perduró en el Norte hasta el Período Helenístico y que modificó gradualmente el aspecto físico de la población del Alto Egipto. Ha sido Emery quien más recientemente se ha servido de los hallazgos de la antropología física para apuntar argumentos culturales-históricos, al aceptar la teoría de Derry respecto a la existencia de una «raza dinástica», como prueba de que la civilización del Período Protodinástico fue llevada a Egipto por una «aristocracia civilizada o raza madre». Según Emery, este grupo podía tener su origen en el océano Índico y pudo haber sentado también los cimientos de la civilización sumeria (Emery, 1961, pp. 39-40). Edwards ha sugerido más cautelosamente que «los conocimientos nuevos que llevaron consigo» pueden explicar la «aceleración en el progreso cultural que puede observarse en esa época» (Edwards,

1971, pp. 40-41). Según Derry (1956), a comienzos de la Dinastía I penetró en Egipto un grupo de individuos de gran complexión, mesocéfalos, procedentes probablemente de Asia, ya que pueden ser identificados con el tipo armenoide que se encuentra en esa región. A finales de la Dinastía I habían penetrado por el Sur hasta Ábido y gradualmente se mezclaron con la población indígena. De hecho, parece más bien que la población predinástica del Bajo Egipto constituía los antepasados de la «raza dinástica» de Derry y que este autor interpreta una diferencia básicamente geográfica como una irrupción de nuevos pobladores en el valle del Nilo (Berry, Berry y Ucko, 1967; Hayes, 1965, p. 135). Probablemente, la población del delta estaba en contacto con el sudoeste de Asia en época prehistórica, período en el cual —como ocurrió más tarde— pudieron penetrar en la región nuevos grupos de pobladores que se habrían mezclado con la población local. Este proceso puede explicar algunas de las semejanzas que Derry observó entre esos individuos y el tipo armenoide, común en Siria y en el Líbano. No obstante, parece prudente concluir que fuera cual fuese la aportación genética en el norte de Egipto, al menos al final de la época predinástica, no tuvo influencia en el desarrollo cultural. Ir más allá y atribuir la cultura del Período Protodinástico, o cualquier cultura anterior, a la aparición de un nuevo grupo étnico, supone traspasar los límites aceptables de la deducción.

El Egipto Predinástico

Los modelos de subsistencia predinásticos

La zona inferior de los valles del Nilo y del Tigris-Éufrates son áreas extensas, pero circunscritas de tierras aluviales muy apropiadas para el cultivo. En su calidad de tales, compartieron el potencial de convertirse en centros con una gran densidad de población y cuna de civilizaciones tempranas. A pesar de esto, las diferencias entre ambas zonas eran considerables. La llanura aluvial natural del valle del Nilo era más amplia y más rica que la mesopotámica y la inundación anual más predecible y menos difícil de controlar. Además, la salinización no planteaba un serio problema al agricultor egipcio como ocurría en Mesopotamia. Modificando simplemente las cuencas

naturales para retener las aguas de la inundación durante períodos más prolongados, era posible convertir las márgenes de la llanura aluvial del Nilo en tierra agrícola de gran productividad. Este sistema resultaba especialmente fácil de practicar a partir de Ábido hacia el Sur, donde estas cuencas eran más reducidas y más fáciles de manejar que en el Egipto Medio o en el delta. Los cereales eran una de las principales exportaciones del antiguo Egipto y Heródoto, viajero infatigable, afirmaba que el delta era la tierra más fácil de trabajar en todo el mundo conocido (Butzer, 1976, pp. 18-22; Frankfort *et al.*, 1949, pp. 39-51, 138-139). Durante todo el Período Predinástico, la precipitación periódica en los uadis que desembocaban en el Nilo parece haber facilitado la práctica limitada de la agricultura en las márgenes del valle del Nilo. Este tipo de agricultura pudo haber tenido una notable importancia en las primeras fases de desarrollo de una economía agrícola en esa zona.

La configuración general de Egipto y Mesopotamia era todavía más diferente que sus valles fluviales. En Mesopotamia existía una serie de áreas muy diversificadas con una gran variedad de altitudes, modelos de precipitación y distribuciones de vegetación. Particularmente en el Norte y en el Oeste, existían zonas que habían conocido el desarrollo más temprano de la vida agrícola sedentaria. Esa diversidad estimulaba el comercio y la comunicación y, bajo la presión de la población en expansión, inducía a introducir innovaciones en los modelos de subsistencia. La relativa uniformidad ecológica del Sahara y su potencial limitado para sostener una población abundante, incluso en las condiciones más favorables, suponen un marcado contraste con la región mesopotámica y explica el elemental desarrollo cultural de esa región en una época incluso posterior. Aunque es cierto que las relaciones políticas, económicas y culturales del valle del Nilo con su hinterland sahariano merecen un estudio cuidadoso, parece indudable que las poblaciones del Sahara desempeñaron un papel mucho menos importante en el desarrollo de la civilización egipcia que el que desempeñaron en Mesopotamia los pueblos que bordeaban esa región.

Con el desarrollo de una agricultura intensiva en el valle del Nilo, sus habitantes se apartaron cada vez más de sus vecinos del Sahara, al crear un estilo de vida peculiar y muy diferenciado. Los egipcios tenían muy pocos motivos, económicos o de otro tipo, para relacionarse con ellos. En no escasa medida, el poder del estado egipcio

debía descansar en el desprecio y en la desconfianza que el campesino egipcio sentía hacia los habitantes del desierto y en su incapacidad para adaptarse a un sistema de vida que no fuera el del valle del Nilo. La civilización del Egipto Antiguo refleja en diversos aspectos esta independencia económica y cultural respecto a las culturas del desierto circundante, independencia que fue responsable, en gran medida, de la autosuficiencia y etnocentrismo, que en mucho mayor grado que en el caso de las restantes civilizaciones antiguas, constituye su rasgo característico (Frankfort *et al.*, 1949, p. 45).

La ausencia de depósitos geológicos en el valle del Nilo al norte de Asuán, que puedan ser datados entre 8000 y 5000 a.C. entorpece la comprensión de los comienzos de una economía productora en esta zona. Además, el estudio de las culturas predinásticas que se ha realizado hasta la fecha puede haber ignorado, incluso, algunos centros de economía productora, más recientes, en los que no existían utensilios de cerámica o eran muy sencillos. Se ha señalado, con toda razón, que no hay motivos para creer que las del Fayum A y la Badariense son necesariamente las culturas de economía productora más antiguas en esa zona del valle del Nilo (Arkell y Ucko, 1965). En un artículo reciente, Clark ha mencionado los argumentos en favor de un origen independiente de la producción de alimentos en el valle del Nilo. Hace hincapié en los ricos recursos faunísticos de la región a comienzos del Holoceno y llama la atención sobre el gran número de árboles y plantas comestibles y potencialmente domesticables que existen en esa área (entre los que se incluye posiblemente la cebada silvestre). Clark se pregunta si este medio ambiente de tanta riqueza constituyó la base para un incremento de población que había impulsado la subsiguiente manipulación de esos recursos o si, como ocurrió en algunas zonas del África subsahariana, la misma riqueza de los recursos naturales impidió, más que estimuló, la innovación. Sugiere también que la adopción rápida de un sistema agrícola, que en gran medida era de origen externo, pudo desarrollarse más fácilmente si las experiencias locales anteriores hicieron tomar conciencia a los egipcios de las ventajas que suponía ese sistema (Clark, 1971).

Pese a todo, en el período anterior al año 5000 a.C., sólo poseemos noticias directas del proceso que estaba ocurriendo por lo que respecta al sur y al oeste del valle del Nilo. Como ha apuntado P. E. L. Smith (Smith, 1982), Wendorf afirma que al final del Pleis-

toceno, mucho antes del año 10000 a.C., existían una serie de grupos en Nubia y el Alto Egipto cuya subsistencia dependía por completo de una serie de plantas silvestres. Aunque existen pruebas circunstanciales, consistentes en piedras para moler, hasta las últimas fases del Paleolítico (hacia 6000-5000 a.C.), no existen pruebas definitivas de una mayor sedentarización ni del aumento de tamaño de los grupos de población. En consecuencia, Wendorf ha apuntado que la tendencia a un sistema incipiente de cultivo se vio interrumpida cuando la creciente aridez provocó la escasez de especies silvestres antes de que la población de Egipto y Nubia llegara a depender por completo de ellas para su subsistencia (Wendorf, 1968, vol. II, p. 1.059; Wendorf *et al.*, 1970). Hobler y Hester (1969) apuntan que tal vez, hacia el año 6000 a.C., en el oasis de Dungul, en la orilla occidental del Nilo, se practicaba ya un sistema de recolección especializada o de cultivo incipiente de especies reconocidas (tal vez el mijo, *Panicum turgidum*), mediante el sistema de inundación. Asimismo, afirman que desde esta región pudo haberse difundido por todo el valle del Nilo la idea de la producción de alimentos. La aparición de granos de polen de *Pennisetum* en Amekni, fechados entre 6100 y 4800 a.C., así como de «un tipo de hierba cultivada» en Meniet, de la primera mitad del cuarto milenio a.C., indican la posibilidad de que se practicara el cultivo en el Ahaggar (Camps, 1969, p. 188; asimismo, Camps, 1982, pp. 566-569; Hugot, 1968). Por muy importante que pueda ser esta evidencia, lo cierto es que la recolección de hierba silvestre o la incipiente producción de alimentos no desembocó en la aparición de comunidades sedentarias en el Sahara; más bien, este sistema parece haber dejado paso al pastoreo nómada cuando comenzaron a existir animales domésticos y cuando se deterioró el clima del Sahara (P. E. L. Smith, 1976).

La prueba más concluyente acerca del desarrollo del sedentarismo durante el Holoceno en el valle del Nilo es la cultura preagrícola del «Mesolítico de Jartum», cuyo yacimiento arquetípico parece haber sido habitado, al menos estacionalmente, durante un período de tiempo considerable. En ese yacimiento se encontraron una gran variedad de huesos de animales, arpones de hueso que indican que se practicaba la pesca y piedras de moler, aunque Arkell considera que sólo se utilizaban para moler ocre. La población, aparentemente negroide, que habitaba este yacimiento recolectaba también el fruto de los árboles silvestres como el *Celtis integrifolia*. Las casas se construían

de cañas cubiertas de arcilla y los recipientes de cerámica marrón se decoraban con líneas onduladas y posteriormente también con puntos (Arkell, 1949). Este tipo de cerámica se ha encontrado en el norte, en Dongola y desde Kassala, en el este, hasta el oeste en Ennedi, Teneré y Ahaggar. La datación del radiocarbono ha situado algunos de estos utensilios de cerámica entre 6000 y 5000 a.C. (Arkell y Ucko, 1965; Clark, 1971; Marks, 1968). Sin embargo, esta cerámica está asociada con diferentes industrias líticas y, por tanto, parece haberse difundido entre grupos locales preestablecidos. Su amplia distribución puede reflejar un sedentarismo creciente posibilitado por la existencia de una economía recolectora muy desarrollada que floreció a lo largo del límite sur del Sahara, durante un período de precipitaciones abundantes, en el cuarto milenio o antes. Hay que recordar, sin embargo, que los ricos recursos del valle del Nilo parecen haber permitido, ya en el Paleolítico Superior, la aparición de algunos asentamientos permanentes en Egipto (Clark, 1971).

Las plantas y animales domesticados de mayor trascendencia económica en el Egipto predinástico parecen haber sido utilizados en el sudoeste de Asia en un período anterior (Wright, 1971). Las plantas domésticas más importantes eran el trigo, la cebada y el lino (todos ellos cultivos típicos de un clima de precipitaciones invernales) mientras que los animales domésticos eran la oveja, la cabra, el perro, la vaca y el cerdo. El único animal domesticado localmente era el asno (*Equus asinus*), animal del que existen buenas representaciones en la producción artística del final del Período Predinástico (Zeuner, 1963, pp. 375-376). Algunos autores han apuntado también la posibilidad de que existieran manadas de gacelas en el Período Guerzeense, basándose en la representación de estos animales, aunque no conocemos con seguridad el verdadero significado de estos modelos (Reed, 1966). No se han hallado indicios del cultivo del *Panicum* o del *Pennisetum* en Egipto en una época temprana, a pesar de la supuesta utilización del mijo más al oeste; sin embargo, se han hallado granos de *Echinochloa colonum*, un tipo de *Panicum*, en los intestinos de cadáveres procedentes del cementerio predinástico de Naga ed-Deir y algunos autores han sugerido que esa planta se cultivaba como cereal en la época predinástica (Clark, 1971; Dixon, 1969). Se ha dicho también que el *Ensete edule* etíope domesticado pudo ser un cultivo importante en Egipto antes de ser desplazado por el trigo; no obstante, las supuestas representaciones de esa planta en la cerá-

mica guerzeense son interpretadas ahora como áloes por la mayoría de los especialistas (Simoons, 1965). Fuera cual fuese el proceso de domesticación de plantas y animales que se desarrolló localmente, esos especímenes domesticados quedaron eclipsados por los ejemplares domesticados superiores que se desarrollaron en el sudoeste de Asia.

Sobre la base de los hallazgos del Fayum, Wendorf afirma que las diferencias tecnológicas y tipológicas entre la industria local del Paleolítico final y la del Fayum A, que según la datación del radiocarbono es sólo un milenio posterior, son tan importantes que resulta difícil creer que El Fayum A se desarrollara a partir de una cultura paleolítica local. En consecuencia, indica que las primeras culturas predinásticas pudieron asistir a la llegada de una nueva población a Egipto que llevó consigo la base cultural a partir de la cual se desarrolló la civilización egipcia (Wendorf *et al.*, 1970). Si es cierto que la familia de lenguas afroasiáticas se originó fuera de Egipto, la aparición de esa «nueva población» podría corresponder con la llegada a su patria histórica de los primeros individuos que hablaron el egipcio. Lamentablemente, el yacimiento del Fayum es un tanto periférico con respecto al valle del Nilo, de forma que la transición entre el Paleolítico y las culturas predinásticas pudo ser algo posterior a la del valle del Nilo. Dada la variedad de industrias paleolíticas del valle del Nilo y la gran laguna que presentan las fuentes arqueológicas, nos parece que lo más adecuado es dejar la puerta abierta a la posibilidad de que, de alguna manera, las tradiciones líticas del Período Predinástico se hubieran desarrollado a partir de una cultura paleolítica originaria del valle del Nilo. Se ha dicho que la técnica bifacial del trabajo de la piedra pudo haberse difundido hacia el norte a partir de un núcleo originario situado en el Congo y en el Sudán occidental, durante un período de mejora de las condiciones climáticas en el Sáhara (Clark, 1962). Es posible también que al proceso de domesticación en la península del Sinaí contribuyera la fase húmeda que comenzó hacia el 5000 a.C., aunque la relación —no confirmada— entre la industria microlítica hallada cerca de Heluan y la de la Cultura Natufiense (hacia 9500-7500 a.C.) puede indicar la existencia de lazos entre Egipto y Palestina en un momento en que se desarrollaba una agricultura incipiente y la domesticación animal en Palestina. Aunque el Natufiense corresponde a un período de mejoría climática, no se han hallado restos de animales domesticados, si bien han aparecido huesos de cerdo en montones de desechos (Reed, 1966).

El trigo, la cebada y el lino aparecen ya en El Fayum A. La única especie de trigo predominante en esa época era la espelta (*Triticum dicoccum*). En Merimda y El-Omari se ha encontrado una pequeña cantidad de trigo compacto (*Triticum compactum*), pero Helbaek opina que su existencia se dio acompañando a otros cultivos y que no arraigó en Egipto (Dixon, 1969). El antecesor salvaje del trigo almidonero (*Triticum dicoccoides*) aparece en el alto valle del Jordán, mientras que el carraón (*Triticum monococcum*) parece haber sido domesticado en la zona occidental del centro de Turquía hacia el año 6000 a.C. Aunque tanto el trigo almidonero como el carraón han sido identificados en Jericó hacia 6500 a.C., sólo el primero llegó hasta Egipto (J. M. Renfrew, 1969). La cebada fue un cultivo importante en Egipto desde el primer momento y ha aparecido en el contenido abdominal de un número importante de cuerpos humanos de época predinástica hallados en Naga ed-Deir en el Alto Egipto (Dixon, 1969). El antepasado silvestre de la cebada (*Hordeum spontaneum*) alcanzó gran difusión por todo el Creciente Fértil. No hay muchas menciones de la existencia de cebada sin envoltura en el antiguo Egipto, siendo al parecer las especies más comunes las de cuatro y seis carreras con envoltura. La cebada con envoltura de seis carreras requiere gran cantidad de agua y, en consecuencia, era un cultivo idóneo para el valle del Nilo. Su presencia ha sido detectada en Ali Kosh, en el Irán, hacia el 6000 a.C., pero por lo que respecta al sudoeste de Asia no se incorporó hasta hacia el 5500, con el comienzo de la irrigación (Wright, 1971). El antepasado silvestre del lino (*Linum bienne*) se da en las colinas kurdas y tal vez fue domesticado allí (J. M. Renfrew, 1969). Aunque los datos que poseemos apuntan al origen asiático de los principales cultivos egipcios, Vavilov y Sauer mantienen que el trigo y la cebada fueron domesticados en Etiopía (Simoons, 1965; Wright, 1971). Ciertamente, esto parece muy improbable, pero no hay que apresurarse a negar la posibilidad de que los regímenes de precipitación produjeran en los comienzos del Holoceno distribuciones de plantas silvestres diferentes de las que se suponen a partir de la distribución actual. Es posible, pues, que se produzcan algunas sorpresas.

En cuanto a los animales domésticos, se hallaban presentes en toda su variedad, a excepción del asno, en el Egipto Predinástico. Sin embargo, faltan estudios osteológicos para la mayor parte de los yacimientos. Según Reed, la existencia de huesos de cabras domés-

ticas no está atestiguada hasta el Período Amratiense, en tanto que la oveja y el perro domesticado están atestiguados en el Querzeense, así como el ganado vacuno y el cerdo domesticado. No obstante, se ha señalado la existencia de pieles de cabra en yacimientos badarienses; el perro, de una raza similar al galgo o al saluki, está representado en una vasija de cerámica amratiense, mientras que en diferentes tumbas de ese período se han encontrado también lo que parecen ser modelos de ganado vacuno domesticado (Reed, 1966; Zeuner, 1963, pp. 138, 222).

No poseemos pruebas de que el antepasado salvaje de la cabra (*Capra hircus aegagras*) viviera en África ni de que la oveja salvaje (*Ovis orientalis*) se encontrara alguna vez al sur de Siria. De igual forma, no hay datos que apoyen la teoría de Arkell (en Wright, 1971) en el sentido de que la cabra enana, hallada en el yacimiento guerzeense de Tukh y en Esh-Shaheinab, descendiera de la llamada «cabra enana nativa» encontrada en Argelia y en el Zaire (Reed, 1966; Wright, 1971). La oveja y la cabra fueron domesticadas en el sudoeste de Asia mucho antes de que se desarrollaran las primeras culturas predinásticas conocidas y la primera aparición fechada de uno de esos animales, o de ambos, en el nordeste de África se da en los niveles neolíticos de Haua Fteah (fechado por el radiocarbono hacia 4800 a.C.), mientras que la primera aparición al sur de Egipto hay que situarla en el yacimiento de Esh-Shaheinab, en el «Neolítico de Jartum» (fechado por el radiocarbono hacia 3100-3500 a.C.) (Arkell, 1953, pp. 15-18; Higgs, 1967). Aunque es posible que estos animales domesticados llegaran a Haua Fteah a través del Mediterráneo y del noroeste de África, parece incluso más probable que se difundieran hacia el Sur y el Oeste después de alcanzar el norte de Egipto a través de la península del Sinaí. La ausencia de otros animales domesticados en Haua Fteah y Esh-Shaheinab induce a pensar que la oveja y la cabra alcanzaron el nordeste de África antes que otros animales domésticos. Con anterioridad al Imperio Medio, la oveja egipcia era de una variedad velluda, con cuernos en espiral, conocida también en Mesopotamia. En cuanto a la cabra, exhibía unos cuernos similares a los de los ejemplares encontrados en yacimientos del Neolítico y del Bronce en Palestina (Zeuner, 1963, pp. 138, 178).

Zeuner sostiene que los bueyes domésticos de Egipto, tanto del tipo de cuernos largos como de cuernos cortos, descendían del ejem-

plar salvaje de cuernos largos originario del norte de África (*Bos primigenius*), aunque Gaillard afirma que a finales del Pleistoceno existía en el Alto Egipto una subespecie diferente de buey de cuernos cortos (Zeuner, 1963, p. 222).[3] También el cerdo salvaje abundaba en la zona del delta. Reed considera más plausible la idea de que el cerdo fuera domesticado por los egipcios que la de su traslado a través del desierto del Sinaí. Con todo, incluso en el caso de que el cerdo y el buey egipcios descendieran de los antepasados salvajes norteafricanos, la idea de su domesticación debe haber procedido del sudoeste de Asia, en donde es anterior la existencia del cerdo doméstico y, probablemente también, del buey. Aunque en la actualidad no se consume la leche de vaca en algunas zonas del África occidental, sabemos con seguridad que se consumía en Egipto al menos desde el Imperio Antiguo.

Aunque la economía de Egipto en el Neolítico final parece ser una extensión de la del Oriente Próximo, el modelo indígena de caza, pesca y recolección de plantas silvestres desempeñó un papel importante en la economía de subsistencia de Egipto hasta la última fase del Período Predinástico. Con el incremento demográfico y el comienzo de la aridez de los desiertos adyacentes, los recursos en forma de plantas naturales disminuyeron y muchas especies de animales comenzaron a desaparecer o su número se redujo drásticamente. Los elefantes, avestruces y jirafas desaparecieron tanto del desierto como de la llanura aluvial a finales de la época predinástica, mientras que las restantes especies típicas de la sabana, entre las que se incluyen el antílope, el íbice y la gacela, quedaron diezmadas antes del inicio del Imperio Medio (Butzer, 1958, p. 114). En cambio, los grandes ejemplares que habitaban en los pantanos y en el río, los hipopótamos y cocodrilos, consiguieron sobrevivir durante todo el período faraónico, aunque su hábitat se redujo como consecuencia de la utilización de la tierra. La desaparición de animales de la llanura aluvial se debió, en gran parte, a la utilización de su hábitat natural para conseguir tierras de cultivo y pasto para los animales domésticos. Esta tendencia se habría intensificado después de la Dinastía I al disminuir los niveles de inundación, lo que hizo que la llanura aluvial tuviera menor extensión. Los datos arqueológicos no nos permiten afirmar con seguridad en qué momento el incremento de la población hizo necesario com-

3. Casi con toda seguridad se trata de hembras del *Bos primigenius* (Reed, 1966).

plementar la simple agricultura de inundación con la modificación creciente de las cuencas naturales. Ciertamente, las obras de drenaje que, según Heródoto, fueron realizadas a comienzos de la Dinastía I sugieren una gran familiaridad con los problemas relacionados con los grandes proyectos de regadío (Baumgartel, 1970, p. 482), pero carecemos de pruebas más contundentes a este respecto. La agricultura basada en el regadío y los cultivos primitivos basados en la inundación pueden practicarse a pequeña escala y todo parece indicar que, al igual que en Mesopotamia, los trabajos a gran escala fueron consecuencia de un control centralizado más que un factor importante en el establecimiento de ese control (Frankfort, 1956, p. 33; Nims, 1965, p. 34).

La secuencia predinástica en el Norte de Egipto

Muy escaso es el conocimiento de los yacimientos predinásticos en el Norte de Egipto. Hasta el momento no se ha descubierto ningún yacimiento de este período en la zona central del delta, que en el Período Predinástico —como en las épocas posteriores— era la zona más poblada del norte de Egipto (Wilson, 1955). La mayor parte de esos yacimientos se hallan en la actualidad bajo el subsuelo acuífero o han sido cubiertos por otros asentamientos más recientes. Un pequeño número de yacimientos hallados en el vértice superior del delta y en torno a sus márgenes indica que el modelo cultural de esa región en el Período Predinástico era diferente del que existía en el Alto Egipto. No obstante, los principales asentamientos eran escasos en número y se hallaban situados a cierta distancia unos de otros, por lo cual no siempre es posible distinguir con claridad las variaciones culturales temporales y geográficas. Todos estos yacimientos se caracterizan por una cerámica negra o roja, sin decorar o con decoración simplemente incisa. En los inicios del Período Predinástico, la cerámica carece, en todo Egipto, de asas, pitorros o bordes elaborados y adopta la forma de cuencos abiertos, tazas y platos. Posteriormente, son más comunes las vasijas cerradas de formas variadas. Con todo, en la secuencia predinástica del norte de Egipto existe una ausencia total de la cerámica decorada que encontramos en el Alto Egipto (Baumgartel, 1955, pp. 17-18).

Los componentes más antiguos conocidos de la secuencia predi-

nástica del norte de Egipto parecen ser los yacimientos habitados de la cultura del Fayum A.[4] Estos asentamientos se hallaban situados en las orillas norte y nordeste de un antiguo lago en la depresión del Fayum. Los campamentos consistían en cabañas de esteras o de cañas levantadas al abrigo de elevaciones cerca de las tierras fértiles de las orillas del lago. Posiblemente para evitar la humedad del suelo, los graneros subterráneos comunales asociados con estos asentamientos se hallaban situados en elevaciones del terreno a cierta distancia de los asentamientos. Se ha descrito el hallazgo de huesos de oveja, cabra y posiblemente también, de bueyes domesticados, aunque en ningún caso fueron examinados por especialistas. En los graneros se hallaron restos de trigo almidonero y de cebada de seis carreras.

Aunque los habitantes del Fayum A eran agricultores y tal vez poseían animales domésticos, lo cierto es que dependían en gran medida de la caza y de la pesca. Cazaban grandes mamíferos, elefantes, cocodrilos e hipopótamos y obtenían pescado y mejillones del lago. Se han hallado pequeños arpones y puntas biseladas de hueso, pero no anzuelos. Los arpones son más parecidos a los de Palestina que a los que se han hallado en la república del Sudán y en el África oriental. Las conchas, que se utilizaban como adorno, se obtenían en el Mediterráneo y en el mar Rojo. La aparición de algunas cuentas de amazonita no indica necesariamente que existiera un contacto con la región de Tibesti, en el Oeste, ya que este mineral existe también en la cuenca del Nilo (Lucas y Harris, 1962, pp. 393-394).

Muchos de los utensilios de piedra consisten en lascas gruesas y de gran tamaño con muescas y denticulados. Las hoces de sílex tenían mangos de madera y las puntas de flecha de aletas y las piezas en forma de hoja eran bifaciales, mientras que los punzones tenían bordes cortantes pulidos. Se conocía el uso de las cestas que se utilizaban para revestir los graneros y se fabricaban toscas telas de lino. La cerámica se fabricaba con una arcilla basta mezclada con paja y consistía fundamentalmente en vasijas en forma de saco y platos de fondo plano. Algunas vasijas tenían una banda roja bruñida mientras que en otras la superficie aparecía sin decorar. McBurney afirma que la cerámica, así como otros aspectos de la cultura del Fayum A,

4. Para un resumen de los datos arqueológicos referentes al Norte de Egipto en la época predinástica, véase Hayes (1965, pp. 91-146); para el Alto Egipto, véanse Baumgartel (1955, 1960) y Vandier (1952, pp. 167-466, 497-609).

muestra ciertas relaciones con la del Mediterráneo oriental (McBurney, 1960, pp. 233-238). Aunque el yacimiento más importante (Kom W) tenía 600 m de longitud, la ausencia de casas parece indicar que no existía un sedentarismo muy acusado. Se ha especulado con la posibilidad de que esos asentamientos fueran estacionales. Es difícil decir hasta qué punto los asentamientos del Fayum son representativos de la vida en el valle del Nilo. Los graneros comunales aparecen en muchos (aunque no en todos) asentamientos predinásticos de Egipto, lo que induce a pensar que los grupos locales desempeñaban un importante papel corporativo en la distribución de los recursos. Aunque en la mayor parte de los casos las aldeas estaban formadas simplemente por familias amplias, esas actividades corporativas debieron fortalecer la posición de los jefes locales (Baumgartel, 1970, pp. 482-483).

El yacimiento de Merimda, en el borde occidental del delta, constituye el primer ejemplo de una aldea completamente sedentaria en el valle del Nilo. Se ha estimado que tenía una extensión de unos 180.000 m^2 con una acumulación de restos materiales de hasta 2 m de profundidad (Butzer, 1966; Kemp, 1968 *a*). Aunque el yacimiento fue excavado en niveles arbitrarios y su estratigrafía no se registró adecuadamente, las fechas obtenidas mediante el análisis del radiocarbono indican que pudo haber estado habitado durante 600 años. En general, los utensilios de cerámica y de piedra son semejantes a los del Fayum A, aunque las formas y la decoración de la cerámica son más variadas y elaboradas. La cerámica negra pulida aparece tan sólo en las capas superiores del yacimiento. Las cabezas de maza de piedra en forma de pera halladas en Merimda, pueden derivar de modelos asiáticos y son, probablemente, prototipos de los ejemplares Guerzeenses posteriores. Un tipo especial de vasija que se apoya sobre cuatro pies de hombre ha aparecido también en la Cultura Amratiense (Kantor, 1965, p. 5).

En las primeras fases, los habitantes de Merimda vivían, al parecer, en paravientos muy dispersos o en cabañas fabricadas con palos de madera. Con frecuencia, estas «granjas» quedaban enterradas por la arena y sabemos que en una ocasión se produjo una gran inundación como consecuencia de la lluvia (Butzer, 1966). En los niveles superiores del asentamiento la ocupación es más densa y han aparecido restos de cabañas de adobe parcialmente excavadas en el suelo, cuyos muros se elevaban algunos metros por encima del suelo y

estaban cubiertas por un techo inclinado. Ninguna de estas casas tenía más de tres metros de diámetro y algunas eran tan reducidas, que en ellas sólo puede haber vivido un adulto o una mujer con sus hijos. En diversos lugares del África subsahariana existen en la actualidad grupos de habitaciones para un solo adulto, ocupadas por lo general por grupos de parientes patrilineales, polígamos, y asentamientos análogos han aparecido en el curso de las excavaciones arqueológicas del Natufiense y de las culturas neolíticas precerámicas de Palestina (hacia 9000-6500 a.C.). Flannery se pregunta si los núcleos africanos no son supervivencias de un tipo de asentamiento que en una época determinada se extendió desde Palestina hasta el África nororiental (Flannery, 1972; Trigger, 1965, p. 60). En Merimda se encontraron una serie de cabañas dispuestas más o menos en filas a ambos lados de lo que se creyó que era una calle, pero el plano sugiere que podía tratarse de un círculo doble de cabañas (Vandier, 1952, pp. 117-119). Los graneros, que consistían en cestos o vasijas de arcilla enterrados hasta el cuello, se hallaban dispersos por toda la aldea y parecen haber estado asociados con las viviendas individuales. Se ha mencionado también la existencia de lo que parecen ser eras de forma circular con el suelo revestido de arcilla. Butzer ha estimado la población de Merimda en unas 16.000 almas, aunque no es seguro que todo el yacimiento estuviera ocupado al mismo tiempo o que la ocupación fuera lo bastante densa como para que pueda apoyarse esa estimación. Kemp afirma la probabilidad de que Merimda fuera una comunidad relativamente pequeña. Asimismo, pone de relieve que carecemos de datos suficientes para demostrar que en Merimda existía la costumbre de enterrar a los muertos dentro de la aldea, en una posición tal que quedaran de cara al hogar de su antigua casa. Kemp (1968 *a*) afirma que un pequeño número de adultos pudieron haber sido enterrados en los espacios vacíos que existían entre las casas en un período determinado. Prácticas similares están atestiguadas en el Alto Egipto, a pesar de la importancia que parecen tener en esa región los cementerios y el equipamiento de las tumbas en la época predinástica. Las tumbas halladas en los límites de Merimda apenas contenían utensilios funerarios.

Contemporáneo aproximadamente con la fase final de ocupación de Merimda es un grupo de asentamientos y cementerios que se conocen en conjunto con el nombre de El-Omari. Se hallan situados en torno a la desembocadura del Uadi Hof, entre El Cairo y Heluan.

Probablemente, en el Período Predinástico ese uadi permitía la práctica de la agricultura. La cerámica es predominantemente roja o negra y carece, casi por completo, de decoración, aunque las vasijas en forma de jarro cerrado y con borde realzado son más comunes que en Merimda. En su casi totalidad, los objetos de piedra hallados en Merimda aparecen también en El-Omari, aunque hay una mayor abundancia de lascas y de hojas, que parecen anunciar el predominio de los utensilios sobre hoja en el asentamiento posterior de Maadi. Por desgracia, El-Omari no ha sido estudiado tan a fondo como El Fayum o Ferimda y sólo se han publicado pobres informes de las excavaciones. El yacimiento principal, que al igual que Merimda parece haber estado habitado durante un largo período, ocupa una terraza de grava que desciende hacia el estuario del Uadi Hof. En la superficie del asentamiento se encontraron restos de numerosas viviendas de forma oval construidas con postes de madera y esteras, así como pozos de diferentes tamaños recubiertos con esteras o con cestería. Probablemente se trataba de graneros, aunque los arqueólogos que realizaron la excavación creyeron que los de mayor tamaño eran cabañas semisubterráneas (Vandier, 1952, p. 156). Otras zonas de mayor tamaño rodeadas con cercas de caña debían utilizarse como rediles para los animales domésticos. En el extremo del yacimiento se identificó una zona dedicada al trabajo del sílex. Un pequeño yacimiento, aparentemente contemporáneo del anterior, se encontró cerca de dos zonas naturales de captación de lluvia en una de las terrazas más elevadas del Dyebel Hof. La existencia de numerosos núcleos de sílex y de percutores de piedra son prueba de un intenso trabajo del sílex, aunque la aparición de gran número de tumbas dentro y alrededor del asentamiento, así como de piedras de moler, indican que también era un asentamiento. La relación entre los núcleos superior e inferior no está clara, aunque no es imposible que el primero se estableciera como avanzada del segundo, defendido de forma natural. Otra pequeña aldea, posiblemente posterior, se descubrió en un brazo del estuario del Uadi Hof.

En ambos asentamientos existían cuerpos enterrados. En el de mayor tamaño, los enterramientos se efectuaron en el curso de un largo período; algunos fueron destruidos por las construcciones posteriores, mientras que los últimos se hallaban situados en graneros de un período anterior. Por lo general, los cuerpos yacían sobre el costado izquierdo, mirando al sur, al igual que en el Alto Egipto,

aunque no como en Merimda. Uno de los esqueletos mantenía entre sus manos un bastón de unos 35 cm de largo, similar al cetro *ames*, asociado con los reyes y divinidades del período histórico. Se ha dicho que podría tratarse de un jefe local. El equipamiento de las tumbas era escaso, al igual que en Merimda. Dos cementerios con tumbas dispersas cubiertas con túmulos de piedra, parecen haber existido en esta última aldea.

Maadi se halla situada a 10 km al noroeste de El-Omari. En ese lugar floreció un asentamiento de 2 m de potencia y cuya extensión era de 18 ha, desde el final del Predinástico hasta la época protodinástica. En Maadi, las casas se hallaban concentradas en la zona central del yacimiento. En su mayor parte, consisten en cabañas ovaladas o en paravientos en forma de herradura construidos con postes clavados profundamente en la tierra para soportar los muros de cañas y ramas recubiertas de barro. En el interior de las casas, o inmediatamente al lado de ellas, se encontraron piedras de moler y vasijas o pozos de almacenamiento, que continuaron siendo construidos durante todo el tiempo que duró la vida del asentamiento. Se descubrieron también dos estructuras rectangulares, una con muros de cañas y paja y la otra construida con troncos dispuestos horizontalmente. Una serie de cámaras subterráneas espaciosas habían sido excavadas en el suelo arenoso hasta una profundidad de más de 2 m. Su plano era circular o rectangular, se accedía a ellas por medio de escalones y, evidentemente, se trataba de viviendas, ya que poseían hogares y se hallaron restos de vigas del techo. En la periferia del asentamiento existían zonas especiales de almacenamiento, que recuerdan a los graneros —separados también de la zona central— de los asentamientos de El Fayum A. En el extremo septentrional del asentamiento, se encontraron vasijas de almacenamiento de aproximadamente 1 m de altura y enterradas en el suelo arenoso hasta el cuello. En la parte meridional había numerosos pozos de almacenamiento con paredes verticales o inclinadas y revestidas, en ocasiones, con arcilla o cestería. Muchos de esos pozos de almacenamiento contenían restos de cereales carbonizados, así como vasijas de basalto, cuentas de carnelina y otros objetos valiosos. Se ha sugerido que el asentamiento estaba protegido por empalizadas y zanjas. En el yacimiento se enterraban únicamente —con algunas excepciones— los cuerpos de los niños que no llegaban a nacer y en las proximidades de la aldea se descubrieron tres cementerios. En el cemen-

terio del Uadi Digla las tumbas estaban más profusamente equipadas que en los otros dos. En esos cementerios existían tumbas especiales para los perros y gacelas.

La caza y la recolección parecen haber tenido menos importancia en Maadi que en los yacimientos anteriores del Norte de Egipto. Los restos de animales salvajes son escasos y se limitan a los íbices y especies acuáticas, como hipopótamos, tortugas, peces y moluscos. Por contra, en Maadi no sólo hay indicios de que se practicaba la agricultura y la ganadería, sino también de una importante especialización artesanal. Una cabeza de hacha de cobre deteriorada en el momento de la fundición y la existencia de este mineral indican que el cobre se trabajaba ya en Maadi. Maadi es el yacimiento más antiguo del Norte de Egipto donde se han hallado instrumentos de cobre. Aunque los utensilios y armas de cobre no han sobrevivido en gran número, con cierta frecuencia aparecen en el yacimiento restos de instrumentos de cobre desintegrados. Maadi se halla situada en la desembocadura del principal uadi que corre en dirección este, hacia los depósitos de cobre de Dyebel Ataqa y del Sinaí y Baumgartel ha sugerido que la existencia de una industria del cobre, relacionada con la primera explotación de las minas del Sinaí, puede explicar la existencia de Maadi. Sin embargo, no se han aportado pruebas que demuestren que los egipcios extraían cobre en la península del Sinaí en ese período o en grado significativo en la época faraónica (Baumgartel, 1955, p. 122; Hayes, 1965, p. 129; Rothenberg, 1970). Con más probabilidad, Maadi era una importante factoría que controlaba el comercio entre el valle del Nilo, la península del Sinaí y Palestina. El hallazgo de cerámica y utensilios de piedra guerzeenses en Maadi ha servido para afirmar la creciente influencia cultural desde el Sur, que puede ser advertida ya en El-Omari. Por otra parte, en la época histórica, la ruta principal desde Egipto a Palestina pasaba por Maadi, antes de cruzar el delta oriental. Kantor (1965, p. 9) ha demostrado la existencia en Maadi de un conjunto importante de cerámica importada de la cultura de comienzos de la Edad del Bronce I de Palestina, contemporánea del Predinástico final egipcio. En consecuencia, es posible que el cobre se importara desde el Este en esa época, y que los egipcios no lo extrajeran de la península del Sinaí. Estas explicaciones alternativas deben ser consideradas con mayor atención, pero en todo caso es posible que la influencia del Alto Egipto en el Norte fuera resultado del comercio a larga distan-

cia en el que, al menos a comienzos del Período Guerzeense, los habitantes de Maadi y de otros yacimientos del nordeste de Egipto desempeñaban un papel fundamental.

Aunque la secuencia cultural predinástica está todavía mal definida en el Norte de Egipto, los asentamientos de esa región se distinguen de los del Alto Egipto por su cerámica monocroma, en su mayor parte sin decoración, y por la escasez de joyas, escultura y decoración. Por otra parte, la afirmación de que en el Norte de Egipto, pero no en el Sur, se consumía carne de cerdo, de que en el Norte se enterraba a los muertos dentro de los asentamientos en lugar de hacerlo en los cementerios y de que los asentamientos del Norte de Egipto son notablemente mayores que los del Alto Egipto, son distinciones entre las dos zonas que nos parecen poco fundamentadas. La secuencia de asentamientos que conocemos en la actualidad parece indicar que en el Período Protodinástico la población dependía cada vez menos de la caza, para prestar una mayor atención a la agricultura y la ganadería. Es posible, no obstante, que en el delta la transición fuera más lenta que en el Alto Egipto debido a los ricos recursos naturales. Es cierto que comunidades como Maadi desempeñaron un papel importante como factorías a través de las cuales penetraban en el valle del Nilo mercancías e ideas procedentes del sudoeste de Asia en los últimos tiempos prehistóricos. Ahora bien, la tradición política y cultural esencial que desembocó en el modelo cultural del Egipto del Período Protodinástico, hay que encontrarla no en el Norte sino en el Sur. Para comprender por qué esto fue así, debemos analizar el desarrollo cultural del Alto Egipto.

La secuencia predinástica del Alto Egipto

A lo largo del borde oriental del valle del Nilo, entre El-Matmar y El-Etmanieh, se han excavado una serie de cementerios de la Cultura Badariense. Además, se han encontrado asentamientos badarienses en los yacimientos estratificados de El-Hammamiya, El-Matmar, El-Mostaguedda y al pie de los acantilados de El-Badari. Por lo general, estos yacimientos sólo tienen un espesor de algunos centímetros. Aunque Kaiser cree que la Cultura Badariense quedó circunscrita a esta área, instrumentos típicos badarienses han sido hallados en Armant, Hieracómpolis y en el Uadi Hammamat (Kantor, 1965,

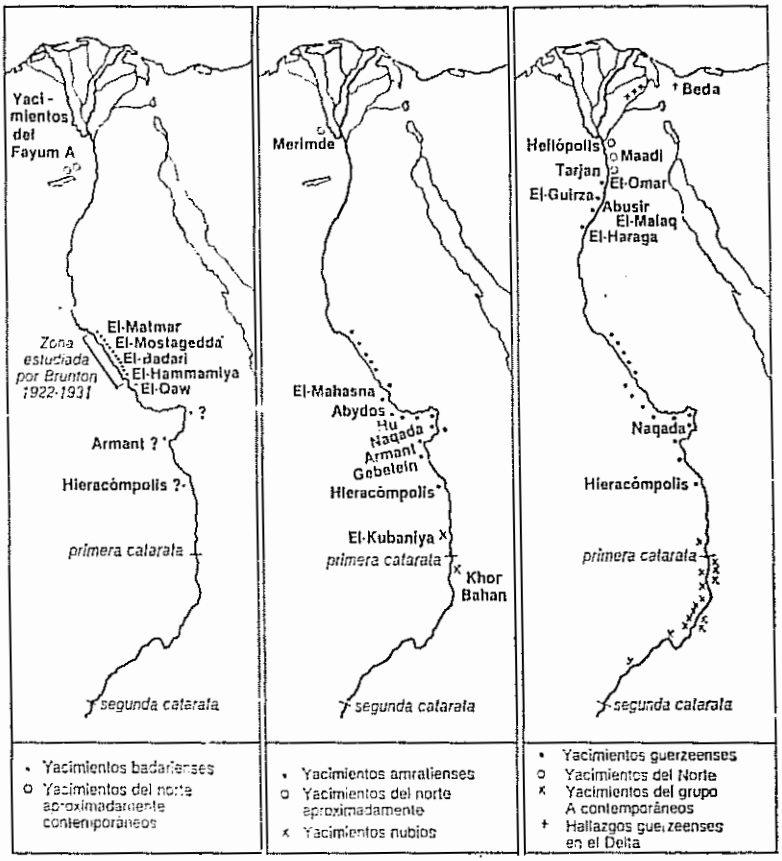


FIGURA 1.2

Mapas que indican la distribución de los asentamientos predinásticos en Egipto y en la Baja Nubia en diferentes períodos

p. 4; Hayes, 1965, p. 147; para Hieracómpolis, W. A. Fairservis, comunicación personal). Por tanto, es probable que se encuentren otros yacimientos badarienses en alguna otra parte del Alto Egipto (fig. 1.2).

Los restos de la Cultura Badariense parecen reflejar un sistema de vida semi-sedentario. No se han encontrado restos seguros de

viviendas en ninguno de los asentamientos badarienses, cuyos habitantes vivían, con toda probabilidad, en tiendas fabricadas con pieles o en cabañas que hacían con esteras colgadas de unos postes. El yacimiento de El-Mostaguedda consistía en un círculo de pozos para el almacenamiento del grano, algunos de los cuales tenían el suelo revestido de cestos o esteras, y que perfilaban un área de ceniza y arena. Los cementerios se hallaban situados en el desierto detrás del asentamiento. La típica tumba badariense era un pozo oval o rectangular cubierto de palos o esteras. Las tumbas contenían uno o más cuerpos, contraídos sobre su costado izquierdo y mirando al sur. El cuerpo se cubría con esteras o pieles y se colocaban alimentos y otras ofrendas en las tumbas. Las ofrendas incluían paletas de piedra de forma rectangular, cucharas de marfil y pequeños vasos de marfil o piedra. Todos estos instrumentos estaban relacionados con la molienda y la utilización de pintura verde para la cara. Estos objetos continúan apareciendo en el equipamiento funerario del Período Predinástico. En las tumbas se colocaban también bellos peines de marfil y figuritas humanas de marfil y de arcilla. Aunque las tumbas eran de tamaños diferentes, la ausencia en ellas de diferencias evidentes por motivos de riqueza puede indicar —aunque no necesariamente— la ausencia de una estratificación social en esa época. Aunque se asume que toda la población que vivía en la orilla oriental del río utilizaba los cementerios adyacentes a la llanura aluvial, parece haber existido una estrecha relación entre los cementerios y los asentamientos hallados en el borde del desierto (O'Connor, 1972). Esto nos lleva a concluir que o bien los badarienses ocupaban tan sólo la llanura aluvial con carácter estacional o que no se han hallado todavía los cementerios pertenecientes a la población del valle. Hasta que se resuelva este problema, cualquier interpretación de la Cultura Badariense seguirá siendo problemática.

Se cultivaba el trigo y la cebada y en algunas tumbas se han hallado restos de pan. Se recolectaban semillas castóreas, probablemente silvestres, de las que se obtenía aceite. Las prendas de vestir se tejían con lino, aunque también se utilizaban vestidos de pieles, con el pelo hacia adentro, y de cuero. Entre las listas de hallazgos de los asentamientos badarienses figuran huesos de ganado vacuno, ovejas y cabras, aunque no han sido estudiados por expertos. Una serie de animales, algunos supuestamente domesticados, aparecieron envueltos en esteras o telas y enterrados en tumbas separadas, como

los seres humanos, en los cementerios de las aldeas. Las puntas de flecha de sílex, los palos arrojadizos (no boomerangs) y los anzuelos perforados de marfil y de concha atestiguan que la recolección de alimentos seguía siendo importante. Además, en los yacimientos badarienses se han hallado restos de animales salvajes, peces y pájaros. En conjunto, sin embargo, no parece que existiera una dependencia tan estrecha de la caza de animales salvajes como en otros yacimientos contemporáneos situados más al Norte.

El trabajo del sílex de los yacimientos badarienses no es de gran calidad. Era ante todo una industria de núcleos que utilizaba fundamentalmente nódulos hallados en la superficie del desierto. Han aparecido gran número de pequeños raspadores y hoces de piedra bifaciales, mientras que las puntas de flecha tenían foma de hoja y eran de base cóncava. El hecho de que los badarienses no utilizaran el sílex tabular de los acantilados circundantes ha llevado a algunos autores a afirmar que no procedían de esa parte del valle (porque no conocían sus recursos) y que venían del Sur, ya que la arenisca que contiene sílex desaparece al sur de Esna (Brunton y Caton-Thompson, 1928, p. 75). Por contraste, la cerámica badariense es muy sofisticada, aunque las formas tienden a ser simples, predominando los cuencos semicirculares. Los vasos ordinarios son de color marrón, lisos u ondulados, pero la cerámica de mejor calidad es más delgada que ninguna otra producida en la época predinástica. La superficie de muchos vasos se combaba y se bruñía antes de someterla al fuego. La vajilla más fina se pulía y era de color rojo o negro, pero el tipo más característico era rojo con el interior y el borde negros, lo que se conseguía retirando el vaso del horno cuando estaba al rojo vivo y colocándolo boca abajo sobre un material carbonizado (Lucas y Harris, 1962, pp. 377-381).

En los yacimientos badarienses se han hallado un pequeño número de leznas y alfileres de cobre, así como cuentas de esteatita cubiertas con una pasta azul verdosa. Se ha dicho que estos objetos podían proceder de comerciantes itinerantes procedentes de Palestina o del otro lado del mar Rojo (Arkell y Ucko, 1965). Aparte de las conchas procedentes del mar Rojo, la turquesa, que se cree que procedía de la península del Sinaí, constituye otra supuesta prueba de la existencia de un comercio de larga distancia. En el mismo sentido hay que citar el pino, el cedro y otros tipos de madera procedentes, al parecer, de Siria, así como un curioso vaso de cuatro asas parecido a

algunos vasos gasulienses (Kantor, 1965, p. 6). No obstante, dado que el clima del Norte de África era más húmedo que en la actualidad, la madera podía proceder de las colinas del mar Rojo y la existencia de mejores condiciones climáticas habría permitido que la explotación de esa región fuera más fácil que en la actualidad. Mineral de cobre se encuentra también a escasa distancia hacia el este del valle del Nilo y se ha sugerido que la turquesa podía proceder de los macizos de Libia. Aunque todos los especialistas concuerdan en que el conocimiento de la metalurgia se transmitió a Egipto desde Palestina, la ausencia total de cobre en los yacimientos del Norte de Egipto con anterioridad a la época predinástica hace pensar que el uso del cobre se desarrolló de forma independiente en el Alto Egipto. Los primeros utensilios pueden haberse construido a partir del cobre extraído en Egipto, aunque no podemos afirmarlo con seguridad. En cualquier caso, el uso atestiguado de mineral de cobre (malaquita) para la pintura del rostro sugiere que en la Cultura Badariense existían unas condiciones favorables para el descubrimiento de la obtención del cobre fundiendo el mineral (Lucas y Harris, 1962, pp. 201, 404). En el desierto oriental existe una cantidad suficiente de malaquita como para cubrir la demanda en el Período Predinástico. También existe esteatita en Egipto, lo cual permitiría que el esmaltado se realizara localmente. Esto puede interpretarse como una prueba de que la Cultura Badariense, como en los demás lugares del Alto Egipto o en yacimientos de la llanura aluvial, era tecnológicamente más avanzada de lo que parecen infundir los yacimientos marginales descubiertos hasta ahora.

Por lo general, los yacimientos amratienses parecen ser mayores y más prósperos que los badarienses y se sitúan desde Deir Tasa hasta la frontera nubia en el sur. Hay pruebas de una ocupación amratiense en Hieracómpolis y en Nagada, que al parecer fueron asentamientos clave en el desarrollo del Alto Egipto Predinástico. La concentración de una serie de yacimientos amratienses entre Ábido y Nagada sugiere también que esta zona del río pudo haber desempeñado un papel importante en el desarrollo de la Cultura Amratiense (Kaiser, 1957, pp. 74-75). Las únicas casas identificadas claramente como amratienses son nueve cabañas de forma oval de El-Hammamiya, e incluso éstas continuaron habitadas en época guerzeense. Las cabañas tenían uno o dos metros de diámetro y, si bien una de ellas se utilizaba para almacenar estiércol, al menos otra contenía un hogar

y estaba destinada, sin ninguna duda, a servir de vivienda. Los cimientos consistían en piedras y fragmentos de arenisca unidos con barro, mientras que las partes superiores parecen haber sido de cañas recubiertas de barro. Como en el caso de las cabañas de Merimde, no se encontraron restos de puertas, que probablemente se hallaban en los muros de las casas a cierta distancia por encima del nivel del suelo, tal como ocurre en las cabañas construidas en algunas zonas del Sudán meridional en la actualidad. La existencia de palos de madera en una zona del asentamiento se ha interpretado como restos de paravientos. La existencia de este tipo de paravientos se ha constatado también en El-Mahasna, y en Armant se encontraron *in situ* recipientes para cocinar. Aunque estos dos asentamientos parecen haber estado habitados tanto en el Período Amratiense como en el Guerzeense, no se han encontrado en ellos más estructuras permanentes. La economía de subsistencia de la Cultura Amratiense era muy similar a la del Período Badariense. El arte de ese período demuestra que seguían existiendo elefantes y jirafas (Vandier, 1952, p. 270).

En cuanto a los rasgos esenciales, los cementerios no parecen haber cambiado mucho desde el Período Badariense. La aparición de cuerpos sin cabeza y de numerosos cráneos sugiere la posibilidad de que en esa época se practicara la caza de cabezas, que podría anunciar la venganza de sangre asociada con la sociedad tribal. Sin embargo, es posible que estos hallazgos estén relacionados con una costumbre más extendida de desmembrar los cadáveres. No existen datos arqueológicos que confirmen la existencia de una tradición de canibalismo en la época predinástica (Vandier, 1952, p. 248).

Un importante perfeccionamiento se observa en la manufactura de los utensilios de piedra, la mayor parte de los cuales son bifaciales. Los cuchillos de sílex de mejor calidad se adelgazaban antes del desbastado final para producir un borde cortante. Los más notables de estos instrumentos son los utensilios de cola de pez (de uso incierto) y los cuchillos romboidales. Se han hallado algunos vasos de basalto con un pequeño pie aplastado o cónico y, dado que se conocen en Mesopotamia algunos vasos similares de la misma época, se ha sugerido que los vasos egipcios podrían ser importados o imitaciones locales de los mesopotámicos (Arkell y Ucko, 1965; Vandier, 1952, pp. 366-368). No obstante, durante el Período Badariense se producían ya vasos de piedra, que parecen constituir el comienzo

de una tradición del trabajo de la piedra que llegaría a ser una parte integrante de la cultura egipcia. La habilidad de los egipcios para dar forma a las piedras más duras durante el Período Amratiense se observa también en las cabezas de maza en forma de disco. Los amratienses fabricaron también paletas romboidales de pizarra y continuaron la tradición badariense de la talla y el modelado. Los peines de marfil tienen largos dientes y sus mangos están decorados con figuras de hombres y de animales. Los colmillos de marfil de hipopótamo, adornados a veces con cabezas humanas provistas de barba, pueden haber tenido un significado ritual. Un número importante de figuritas humanas, en marfil y arcilla, parecen datar de este período (Arkell y Ucko, 1965; Ucko, 1968). Perrot ha afirmado que las formas alargadas de los tobillos y los rostros, así como los agujeros que aparecen en las estatuillas de marfil, sugieren una afinidad cultural con la Cultura Gasuliense (Kantor, 1965, pp. 6-7). No obstante, estas similitudes son de escasa importancia y todavía hay que demostrar la naturaleza de los posibles contactos en ese período.

La cerámica con la parte alta de color negro declina en calidad y la cerámica alisada desaparece a comienzos del Período Amratiense, mientras que sigue siendo abundante la cerámica de color rojo. En ocasiones, esta cerámica se pintaba con líneas blancas cruzadas y, posteriormente, con escenas en las que aparecían seres humanos y animales en un estilo libre y vívido. Con frecuencia, los hombres llevan plumas en el pelo, como ocurría en el caso de los nubios y los libios en la época histórica, así como estuches para el pene, que también se utilizaron ocasionalmente en el período histórico. Ucko ha estudiado los estuches de pene prehistóricos que se conservan en el cementerio de Naga ed-Deir y ha realizado una clasificación provisional (Ucko, 1967). Baumgartel ha indicado que la cerámica roja de líneas blancas cruzadas puede haberse inspirado en la cerámica pintada de Susa I y en las culturas contemporáneas mesopotámicas e iranias. Sin embargo, las similitudes mencionadas por Baumgartel son muy generales, por lo cual muy pocos especialistas aceptan sus argumentos (Baumgartel, 1955, pp. 54-71; Vandier, 1952, pp. 294-296). La ausencia de una cerámica pintada de similares características en el delta parece oponerse, también, al origen asiático de la cerámica pintada amratiense. Los objetos de metal son tan raros en los yacimientos amratienses como en los badarienses. Se han hallado alfileres de cobre del Período Amratiense, período al que se han intentado ads-

cribir también dos cuentas de oro. No obstante, en general, el nivel del desarrollo cultural parece no haber variado mucho del de la época badariense. En ambos períodos, las aldeas del Alto Egipto poseían una economía autosuficiente, cuyo recurso básico era el valle del Nilo y el desierto oriental adyacente. Sin embargo, es posible que los escasos datos de que disponemos en la actualidad no reflejan adecuadamente el desarrollo cultural de ambos períodos.

Por contraste, el Período Guerzeense parece haber conocido un rápido cambio, señalado por numerosos contactos con el sudoeste de Asia y por la evolución de instituciones sociales y económicas complejas. Por primera vez, aparecen pruebas definidas de la influencia del sudoeste de Asia en el Alto Egipto. A comienzos del Guerzeense, esas influencias se limitaban a la imitación en la fabricación de la cerámica. Las incorporaciones más importantes en este terreno fueron los vasos con asa estrecha u ondulada, que parecen derivar del Bronce I de Palestina. En Egipto, esos vasos no tienen prototipos, pero en Palestina, las asas estrechas aparecen a comienzos del Calcolítico (4000 a 3600 a.C.) y en el Bronce I se utilizaban en una serie de tipos diferentes de vasos. El tipo introducido en el Alto Egipto hizo surgir una clase de cerámica que a partir de ese momento se desarrolló siguiendo sus propias líneas. El punto exacto en que esos vasos comenzaron a ser producidos en el Alto Egipto sigue siendo incierto, pero ya no se asume que ocurrió a comienzos del Período Guerzeense (Kantor, 1965, pp. 7-8; Ucko, 1967). Los vasos con pitorro y, con menor certeza, los que poseen asa triangular, parecen haber sido también imitaciones de formas que se desarrollaron en Mesopotamia durante el período de El-Obeid o a comienzos del Protoliterario. Los vasos con pitorro proceden de la zona de Amuq, cuando esa región era una avanzada occidental de influencia del Protoliterario, y también de los comienzos de la cultura de la Edad del Bronce I de Palestina. La localización de estos materiales prefigura, probablemente, la ruta por la que pasaron esas formas desde Mesopotamia hasta el Alto Egipto. Maadi funcionaba ya como una factoría entre Palestina y el Alto Egipto y pudo desempeñar un papel de cierta importancia en su transmisión. Parece que fue poco antes de que comenzara el Período Guerzeense, cuando la cabeza de maza piriforme, que en último extremo procedía del sudoeste de Asia, se difundió hasta el Alto Egipto a partir de la zona del delta, donde se conocía ya en el yacimiento de Merimda.

Poseemos pruebas de que durante el Guerzeense se desarrolló la especialización artesanal y se ampliaron los mercados. Hasta esa época, toda la cerámica se fabricaba con la arcilla depositada por el río Nilo, y probablemente, la mayor parte de ella se difundía por un área muy reducida. En cambio, en el Período Guerzeense, comenzaron a fabricarse vasos de un color claro utilizando como materia prima una mezcla de arcilla y de carbonato de calcio que se obtenía de las colinas de caliza que bordeaban el valle del Nilo. Dos zonas donde sabemos que se obtenía este tipo de arcilla eran Qena y El-Ballas, donde los depósitos se explotaron desde un período muy temprano; sin embargo, en el Egipto Medio existen otros depósitos menos importantes (Lucas y Harris, 1962, pp. 383-384). Las vasijas de asa estrecha y otros tipos de recipientes decorados con pintura roja en diferentes diseños y, posteriormente, con representaciones de barcas sagradas, árboles e hileras de pájaros y animales, se fabricaron con este mismo tipo de arcilla. Las formas estandarizadas de estos mismos vasos que aparecen por todo Egipto son prueba, no de una uniformidad cultural, sino de la producción en masa de esta cerámica en uno o, a lo sumo, varios centros. Las formas de muchos vasos de cerámica roja reflejan también el impacto de la producción en masa durante el Período Guerzeense. Aunque las opiniones sobre este punto son divergentes, es posible que se utilizara ya para dar forma a algunas partes de los vasos un torno de alfarero movido a mano (Baumgartel, 1970, p. 488; Lucas y Harris, 1962, p. 369). Si eso es cierto, esta innovación coincidió con el incremento de la manufactura de cerámica en ese período. El florecimiento de la cerámica pintada, antes de su declive a finales del Guerzeense, indica que, pese a la producción en gran escala, la cerámica ornamental seguía sirviendo como vehículo de expresión artística, tal como había ocurrido en el Período Amratiense.

Los utensilios de cobre se generalizan durante el Guerzeense y a comienzos del Período Protodinástico. Dagas, cuchillos, azuelas hachas, puntas de lanza, arpones, anzuelos, agujas, anillos, pequeños instrumentos y ornamentos de cobre se fabricaban batiendo o fundiendo el cobre, y el mineral utilizado procedía, al parecer, del desierto oriental y de la península del Sinaí, lugar en donde la cultura calcolítica contemporánea de Nawamis (Petrie, 1906, p. 243) tiene algunos elementos en común con el Egipto Predinástico (Lucas y

Harris, 1962, p. 209).[5] Posiblemente, las técnicas de fundición utilizadas por los egipcios deben algo a la experiencia metalúrgica palestina, aunque todavía hay que determinar hasta qué punto (Kantor, 1965, p. 7). En esa época se trabajaba también el oro y algunos productos de lujo se adornaban con láminas de oro. En cuanto a los objetos de plata, se han descrito como «más abundantes de lo que cabría esperar», aunque no es probable que Baumgartel (1960, pp. 6-7) tenga razón cuando sugiere que la plata debía ser importada. Con anterioridad al Imperio Medio, la «plata» parece haber sido fundamentalmente una aleación de oro y plata rica en plata, aleación que se obtenía en el desierto oriental. Hasta finales del Imperio Medio, ese «oro blanco» era más valorado por los egipcios que el oro amarillo (Lucas y Harris, 1962, pp. 246-248).

Hubo también un notable desarrollo en otros aspectos. La decoración se concebía más bellamente que nunca hasta entonces y la ejecución de los diseños era, a menudo, de gran calidad. Las hojas de sílex comenzaron a abundar, aunque los objetos de sílex más elaborados se siguieron fabricando utilizando cuidadosamente técnicas bifaciales. A finales del Período Guerzeense se producían, mediante delicados retoques paralelos, delgados cuchillos en forma de cimitarra, que reflejan la habilidad de algunos artesanos especializados. Las paletas de pizarra adoptaban formas de peces, aves y animales y, asimismo, se producían vasos zoomorfos utilizando como material piedras de gran dureza. Aumentó también el número y la calidad de las cuentas y amuletos que se producían en piedras exóticas, entre ellas el lapislázuli, así como en oro y plata. Estos objetos dan fe no sólo de los adelantos artísticos y tecnológicos, sino también de la aparición de una clientela interesada en poseer esos productos de lujo.

Se ha observado que la cerámica de los períodos de Nagada, hallada en los cementerios, varía notablemente de la que se ha encontrado en los asentamientos. Gran parte de la cerámica de lujo, así como muchos otros productos suntuarios, pueden haber sido fabricados específicamente con propósitos funerarios. A menudo se apunta que la existencia de un culto muy desarrollado en el que tenían gran importancia las ofrendas funerarias, tal vez estimuló la producción

5. Basándose en trabajos recientes, Bar-Yosef *et al.* (1977) han podido fechar tumbas de este tipo en torno a la Edad del Bronce Antiguo I de la cronología palestina.

(por ejemplo, C. Renfrew, 1972, pp. 489-494). Por tanto, parece lógico atribuir un papel importante a las costumbres funerarias del Alto Egipto en la intensificación de la división del trabajo y en el desarrollo de la complejidad social, desde la época predinástica hasta el período histórico.

Si bien es cierto que los asentamientos guerzeeenses se extienden desde los límites del delta hasta la frontera nubia por el sur, los centros principales de actividad cultural estaban situados al sur de Ábido. A juzgar por sus cementerios, Nagada, el Nubet de la época histórica, parece haber sido un importantísimo centro de población. Existía también un asentamiento guerzeense importante con aldeas satélites en Hieracómpolis (fig. 1.3). No creemos que sea una mera coincidencia el hecho de que en la época histórica ambas comunidades fueran los centros de culto de los dioses Set y Horus respectivamente, que ocupan un lugar tan preeminente en los mitos egipcios de la realeza. Si bien la mayor parte de los egipcios vivían en pequeñas comunidades y se contentaban con cabañas de cañas, incluso en estos pequeños asentamientos existían hornos comunales para secar el grano, en cuya construcción se utilizaba el ladrillo (Baumgartel, 1960, pp. 134-135; Vandier, 1952, pp. 503-508). En la Aldea Sur de Nagada hay una serie de casas de ladrillo que datan de este período. Petrie registró también un muro en Nagada, aunque no está claro cuál puede ser su relación con las casas. Un modelo de arcilla hallado en una tumba en Hu muestra una parte de la muralla rodeando un edificio guardado por centinelas. Un modelo de una casa rectangular hallado en una tumba de El-Amra parece consistir en una sola habitación y un patio cerrado, mientras que una casa con un plano similar fue encontrada bajo el templo de El-Badari y se atribuye al Período Predinástico o al Protodinástico (Baumgartel, 1960, pp. 133-135). Se ha dicho que éstas podrían ser las casas de la clase más rica y más urbanizada. Bajo el templo histórico de Hieracómpolis existía un muro de contención de forma oval, construido con bloques de arenisca. Este muro de contención medía al menos 50 m y recuerda muy de cerca el jeroglífico tradicional egipcio para aldea. Se ha dicho que el muro de contención podía haber soportado una capa de arena sobre la cual se erigió un templo. Todo parece indicar que esta estructura fue construida en época predinástica. Si ello es así, constituye el único resto de arquitectura monumental que sobrevive de ese período (Vandier, 1952, pp. 518-525).

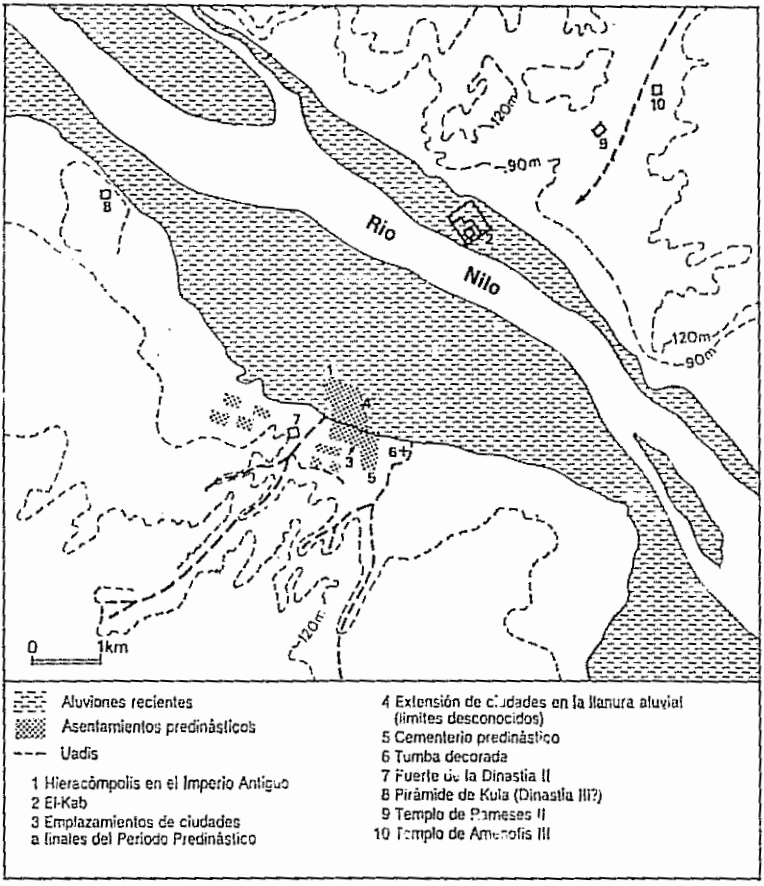


FIGURA 1.3

Mapa general de la zona de Hieracómpolis (según Butzer, 1960)

La variación en el tamaño y el diseño de las tumbas guerzeenses, así como en el tipo de productos con que se equipaban es indicio de una creciente estratificación social. Algunas tumbas estaban revestidas con planchas de madera y poseían nichos especiales para colocar las ofrendas o los cuerpos de los muertos. En el cementerio T en Nagada y en Hieracómpolis se han hallado una serie de cámaras

mortuorias de ladrillo, cada una de las cuales mide aproximadamente cinco por dos metros. Su estructura es la de un patio con una sola habitación o bien una cámara rectangular dividida en dos habitaciones. El interior de la tumba de Hieracómpolis estaba enlucido y cubierto de pinturas, en las cuales aparecen motivos guerzeenses junto a otros que parecen proceder del sudoeste de Asia. Se ha dicho que tanto el cementerio T como la tumba decorada de Hieracómpolis eran los lugares de enterramiento de los reyes predinásticos (Kemp, 1973).

A finales del Período Guerzeense hay evidencias de un corto período de contactos directos o indirectos con las culturas del Protoliterario B final y del Protoliterario C inicial de Mesopotamia. Hay una serie de vasos y algunos sellos cilíndricos de tipo mesopotámico hallados en Egipto que parecen haber sido importados de Mesopotamia (Kantor, 1952, 1965, p. 10). Además, en ese período se adoptó una selección de motivos artísticos mesopotámicos (y en algunos casos más concretamente de Susa), especialmente para la decoración de las paletas de piedra, mangos de cuchillos de marfil y otros productos suntuarios. Estos motivos incluyen serpientes entrelazadas, panteras con cuello de serpiente, un grifo alado, un carnívoro atacando a una presa impávida, un hombre que domina a dos animales, tocados y largas túnicas características y, posiblemente, un barco de casco elevado, aunque este último parece haber sido representado ya en un fragmento de cerámica amratiense (fig. 1.4) (Frankfort, 1956, pp. 121-137; Kantor, 1965, p. 10; Vandier, 1952, pp. 280-281). Sin embargo, Kelley (1974) ha negado la existencia de influencias mesopotámicas. Aunque estos motivos desaparecen tras los primeros años de la Dinastía I, su influencia sobre la producción artística de élite del período de transición parece haber sido muy importante y sugiere un intenso contacto con Mesopotamia. La arquitectura de entrantes y salientes y de ladrillos utilizada en las tumbas y en otros edificios y que aparece súbitamente a comienzos de la Dinastía I procedió también, probablemente, del sudoeste de Asia. Aunque las estructuras egipcias no son copias exactas de los originales mesopotámicos, el plano y los nichos exteriores de las tumbas recuerdan a los de los templos mesopotámicos de comienzos del Período Protoliterario. No obstante, en Mesopotamia los prototipos de esos edificios aparecen ya en el Período de El-Obeid y el estilo fue un componente duradero de la tradición arquitectónica regional; en contraste, en Egipto la

FIGURA 1.4

Empuñadura de cuchillo de marfil de Dyebel el-Araq

Este cuchillo, de procedencia incierta, se atribuye, por razones estilísticas, a las postrimerías del Guerzeense. En el anverso se representa una batalla naval; en el reverso un héroe dominando a dos leones, que recuerda al motivo del Guilgamesh mesopotámico, «Señor de las bestias». Se ha dicho que este cuchillo demuestra la influencia mesopotámica, aunque en él se representan aves y animales de tipo egipcio. El tema de «Guilgamesh» aparece también en la tumba decorada de Hieracómpolis. (Dibujo de Susan Weeks.)

construcción de nichos dejó de ser importante en la Dinastía II (Frankfort, 1956, pp. 126-129). En esta época se desarrolla la escritura egipcia a partir de unos principios muy rudimentarios y sin similitud específica con la de Mesopotamia. Sin embargo, la existencia de unas semejanzas generales en los dos sistemas de escritura han llevado a pensar que el estímulo de Mesopotamia pudo influir en el origen de la escritura egipcia (Frankfort, 1956, pp. 129-132; Pope, 1966). Se ha dicho también que algunos signos parecen haber sido inventados por individuos que hablaban una lengua semítica y no la

lengua egipcia. Este hecho, junto a una posible incorporación de palabras de origen semítico y sumerio, así como de formas gramaticales semíticas, abundan en el argumento de la influencia del Próximo Oriente (Baumgartel, 1955, p. 48; Meltzer, 1970). Es significativo que no se hayan descubierto pruebas de influencia egipcia en Mesopotamia en esa misma época.

Lo que no es seguro es la ruta a través de la cual llegaron estas influencias hasta el Alto Egipto. Helck (1962, pp. 6-9) no cree que existieran contactos directos entre Egipto y Mesopotamia y afirma que las influencias mesopotámicas llegaron al Alto Egipto a través del Levante y del delta. Sellos de vasijas de tipo mesopotámico se han encontrado en el Calcolítico final de Palestina, lo cual indica, probablemente, que existía un intercambio comercial entre estas dos regiones (Kenyon, 1960, p. 98). Dado que en ese período existía también intercambio comercial entre Palestina y Egipto, es posible que los palestinos actuaran como intermediarios en la difusión de ideas de Mesopotamia hacia Egipto. Sin embargo, otros autores se muestran partidarios de la existencia de una ruta marítima directa en torno a la península arábiga hasta un punto en el mar Rojo, frente al Uadi Hammamat. Esto explicaría por qué las influencias mesopotámicas se limitan al Alto Egipto y no son muy fuertes al sur o al oeste del Amuq y del valle de Orontes en el Norte. Explicaría también por qué esas influencias alcanzaron Egipto durante un corto período de tiempo y por qué muchos de los elementos de diseño parecen ser originarios de Susa más que de Mesopotamia propiamente. Kantor (1965, pp. 11-14) y otros autores, aunque reconocen que la cerámica importada de Maadi demuestra la existencia de contactos comerciales con Palestina en ese período, afirman que el contacto independiente con Mesopotamia es necesario para explicar el tipo de influencia que esta primera fase de la civilización mesopotámica ejercía sobre el valle del Nilo.

Con todo, es difícil establecer el tipo de relaciones que existían entre Egipto y el sudoeste de Asia a finales del Período Guerzeense, sin analizar las motivaciones de esos contactos. El Período Protoliterario es considerado como una fase vigorosa y expansiva de la historia mesopotámica, y en los sellos mesopotámicos de la época parecen estar representados barcos de gran tamaño. Sin embargo esto no explica por qué los mesopotámicos, o sus intermediarios, habrían estado interesados en comerciar, ya fuera directa o indirectamente,

con el Sur de Egipto o por qué la región situada entre Ábido y Asuán se convirtió en el centro económico y político del Egipto faraónico (Wilson, 1955).

El principal producto del Sur de Egipto que podría haber interesado a los comerciantes extranjeros era el oro. La región productora de oro de Egipto es la que existe entre el valle del Nilo y el mar Rojo, en la parte del desierto oriental que se extiende desde la carretera Qena-El Quseir hacia el sur, hasta la frontera del Sudán (Baumgartel, 1960, p. 143; Lucas y Harris, 1962, p. 244). Tal vez no sea una mera coincidencia el hecho de que Nagada, cuyo nombre egipcio significaba literalmente «la Ciudad de Oro», estuviera situada frente a Coptos, que se levantaba en la desembocadura del Uadi Hammamat, controlando el oro y otros minerales procedentes del desierto oriental. De hecho, en una época posterior al oro de Egipto se le llamaba el «Oro del Desierto de Coptos», para distinguirlo del que procedía de Nubia. Hieracómpolis mantenía una relación similar con respecto a El-Kab, su ciudad gemela en la orilla oriental del Nilo, que en la época histórica estaba dedicada a la diosa tutelar del Alto Egipto. Detrás de El-Kab, un uadi daba acceso a las minas de oro del desierto oriental (Kees, 1961, pp. 125-126). Otras rutas similares conducían al desierto al este de Kom Ombo y Edfu, que eran también centros importantes en el período histórico.

El conocimiento de la riqueza mineral del desierto occidental a comienzos del Período Guerzeense pudo inducir a los comerciantes del sudoeste de Asia a establecer relaciones comerciales con el Alto Egipto para obtener oro y otros minerales valiosos. El contacto directo pudo establecerse a través del mar Rojo, aunque es posible también que los comerciantes penetraran en Egipto a través del delta, pero tendían a pasar de largo por esa región porque no proporcionaba los productos de lujo, caros y fácilmente transportables, que buscaban. El esfuerzo por controlar este comercio y explotar las riquezas del desierto oriental de forma más efectiva pudo ser un factor importante en el establecimiento de un control centralizado mayor y pudo significar la aparición de pequeños estados en puntos estratégicos del Sur de Egipto. Los núcleos de estos estados parecen haber sido las comunidades situadas en las proximidades de puntos de fácil acceso al desierto; estas aldeas se hicieron cada vez mayores, hasta convertirse en pequeñas ciudades cuando pasaron a ser los centros administrativos de los estados. A finales del Período Guerzeense, el poder y la riqueza de

los gobernantes del Alto Egipto atrajeron a su corte a individuos asiáticos, cuya capacidad utilizaron, tanto para la administración como para satisfacer un creciente apetito de productos de lujo. Algunos de estos asiáticos debían ser afamados artesanos que continuaron utilizando motivos originarios del Asia occidental al tiempo que explotaban su habilidad para producir obras de arte que se adaptaran al gusto de sus nuevos patronos. Por otra parte, las formas arquitectónicas y otros adelantos como la escritura pudieron ser introducidos por aventureros o comerciantes que sólo conocían de forma muy superficial estas artes, tal como se practicaban en Mesopotamia. El influjo de estos especialistas extranjeros parece haber sido efímero y los cánones egipcios del arte de la corte, que surgieron a comienzos de la Dinastía I, rechazaron la mayor parte de las influencias exteriores que habían introducido.

La Nubia prehistórica

En el Dyebel Silsila, cerca de Asuán, las formaciones calizas de Egipto dejan paso a la arenisca nubia. Hacia el sur, el Nilo penetra más fácilmente en la roca y, como resultado, la llanura aluvial se hace mucho más estrecha y discontinua. El río Nilo queda interrumpido, además, como arteria de comunicación por una serie de cataratas que continúan por el Sur hasta Sabaloka, cerca de Jartum. Aunque las precipitaciones eran más abundantes al final de la época prehistórica, especialmente en la zona sur de esa región, Nubia sólo pudo sostener a una población escasa en comparación con Egipto.

Los yacimientos más antiguos de la Baja Nubia que parecen haber producido cerámica corresponden a la industria shamarkiense. Estos yacimientos se hallan a lo largo del Nilo, cerca del Uadi Halfa, y han sido datados aproximadamente entre el 4000 y 4500 a.C. En ellos se han obtenido tan sólo pequeñas cantidades de cerámica. Los yacimientos «post-shamarkienses» de la misma zona son mucho mayores y también contienen cerámica. Algunos autores han afirmado que puede tratarse de yacimientos «neolíticos»; sin embargo, no se han obtenido pruebas directas de que existiera una economía agrícola y ganadera en esos yacimientos, por lo cual, su condición de productores de alimentos es problemática. En los yacimientos post-shamarkienses han aparecido cantidades importantes de sílex importado de

Egipto, que se han datado entre aproximadamente 3300 y 3000 a.C. por el radiocarbono (Schild, Chmielewska y Wieckowska, 1968).

La cultura más antigua que sabemos, con seguridad, que pertenece a la fase de economía de producción es la del Neolítico de Jartum, cuyo yacimiento típico, Esh-Shaheinab, se halla situado en la orilla occidental del Nilo a unos 48 km al norte de Omdurman. Por los datos que poseemos, esta cultura parece haber quedado circunscrita al valle del Nilo y las estepas adyacentes. La cerámica, pulida y decorada con impresiones superficiales de puntos, constituye una evolución de la del Mesolítico de Jartum. El hallazgo de punzones de piedra en Esh-Shaheinab parece indicar que se produjo una intensificación del trabajo de la madera, y los arpones de hueso, los anzuelos y el consumo de mejillones demuestran que se utilizaban más profusamente los recursos del río que en épocas anteriores. Sabemos también que se cazaba una gran variedad de animales, entre los que se incluye la jirafa. Aunque no se encontraron restos que implicaran la práctica de la agricultura en Esh-Shaheinab, el 2 por 100 de los huesos de animales hallados en el yacimiento pertenecían a ovejas y cabras. El análisis del radiocarbono ha permitido datar el yacimiento entre 3100 y 3500 a.C., lo que lo hace contemporáneo, aproximadamente, de la Cultura Guerzeense. Parece que tanto las ovejas como las cabras, así como la cerámica de bordes negros se difundió hacia el sur desde Egipto, siendo adoptada por la población local. En las excavaciones realizadas en el yacimiento de Kadero, fechado hacia 4000 a.C., se han descubierto huellas de cereales domesticados, en particular el *Sorghum vulgare* y varios tipos de mijo (Arkell, 1953, 1972; Klichowska, 1978; Otto, 1963).

En una serie de yacimientos de la región de Dongola (el grupo de Karat) y en la parte meridional de la Baja Nubia (variante de Jartum) se ha hallado cerámica que recuerda a la del Neolítico de Jartum (Marks, 1968; Wedorf, 1968, vol. II, pp. 1053-1054). Por otra parte, la industria lítica asociada con esta cerámica varía profundamente en cada una de estas tres zonas, lo que parece sugerir que se produjo una difusión de la cerámica del Neolítico de Jartum entre grupos de individuos que vivían en el Norte. Aunque carecemos de pruebas directas de la producción de alimentos en esas dos culturas septentrionales, el predominio de asentamientos pequeños en la variante de Jartum, tanto a lo largo del río como, cuando menos, a unos 20 km al oeste del Nilo, se ha interpretado como eviden-

cia de la existencia de una economía pastoril. Todos estos yacimientos se han fechado, de forma aproximada, hacia finales del cuarto milenio a.C.

Otra cultura productora de alimentos era la de Abkan, a ambos lados del Nilo, en las proximidades de la segunda catarata. La industira lítica de Abkan parece haberse desarrollado a partir de la industria de Qadan, del Paleolítico final. La cerámica de Abkan toma la forma de cuencos abiertos, simples y de un color marrón-rojizo. Un gran número de asentamientos cubren áreas importantes, lo que parece indicar que la población era mucho más numerosa que en el período anterior. La caza parece haber tenido escasa importancia, pero no poseemos otros datos acerca del modelo de subsistencia. La aparición, en números pequeños, de fragmentos de cerámica de la variante de Jartum en asentamientos de la cultura Abkan, y de fragmentos de cerámica de esta última cultura en los asentamientos de la variante de Jartum parece indicar que ambas culturas fueron, al menos en parte, contemporáneas. No podemos afirmar con certeza hasta qué punto pueda estar relacionada la cerámica de Abkan con la de los grupos prehistóricos de Tergis y El-Melik de la zona de Dongola, grupos que poseen una cerámica roja, en la que la decoración se limita a una serie de líneas incisas (Marks, 1968; Wendorf, 1968, vol. II, p. 1.053). Las investigaciones posteriores revelarán también si existe o no contacto histórico entre la cerámica de Abkan y la de la secuencia predinástica del Norte. No parece imposible que con anterioridad al Período Badariense se extendiera desde el delta, por el sur, hacia Nubia, una cerámica de color rojo, de la que todavía no se han descubierto restos en el Alto Egipto.

El desarrollo cultural más importante en la Baja Nubia, durante la última parte del cuarto milenio, fue la aparición de la Cultura del Grupo A, que perduró hasta el Período Protodinástico (Nordström, 1972, pp. 17-32). Las culturas de Abkan y la variante de Jartum parecen haber desempeñado un papel importante en el desarrollo del Grupo A, en cuyos yacimientos, especialmente en el sur de la Baja Nubia, ha aparecido cerámica derivada de ambas culturas. Sin embargo, más notable es la penetración gradual en la Baja Nubia de rasgos culturales de la secuencia predinástica del Alto Egipto. La primera manifestación de esta penetración cultural es la cerámica del Amratiense final y de comienzos del Guerzeense hallada en Jor Bahan, inmediatamente al sur de Asuán. Durante el Período Guerzeense, la

cerámica del Alto Egipto se difundió gradualmente hacia el Sur, a lo largo del Nilo. Esta cerámica tiene rasgos peculiares que ya en los primeros asentamientos del Grupo A la distinguen de la cerámica egipcia. Un ejemplo en este sentido es la llamada variante de boca negra de la cerámica de borde negro de Petrie. Se trataba de recipientes en forma de cuenco que habían desaparecido de Egipto hacía ya largo tiempo. Otras formas de cerámica, como las vasijas, se importaban de Egipto. Probablemente, estas vasijas contenían queso, miel, aceite y otros productos alimenticios muy apreciados por los nubios. Los utensilios de cobre, paletas de pizarra y vestidos de lino eran otros productos de lujo que se importaban de Egipto en esa época (Trigger, 1965, pp. 68-73).

La mayoría de los especialistas concuerdan en que el modelo de subsistencia de la Baja Nubia en ese período se basaba en la agricultura mixta, como ocurría en el Alto Egipto. Sin embargo, Firth subraya el aspecto pastoril de esa economía y sugiere que los nubios se hallaban más próximos a las tribus saharianas que a los egipcios (Trigger, 1965, pp. 67-68). Sabemos con certeza que se cultivaban el trigo, la cebada y las plantas leguminosas, en tanto que las semillas de algodón (*Gossypium arboreum* o *G. herbaceum*) se utilizaban como alimento para los animales domésticos (Chowdhury y Buth, 1971). En el Imperio Antiguo, los egipcios mencionaban el ganado vacuno y las cabras en las listas del botín obtenido de Nubia. No han aparecido restos de casas en ninguno de los yacimientos de ese período que, al parecer, eran pequeños campamentos habitados por no más de media docena de familias. Cada grupo debía ocupar su propia parcela de tierra cultivable. Probablemente, sus campamentos se hallaban situados a orillas del río durante la mayor parte del año, pero se trasladaban al borde de la llanura aluvial durante el período de la inundación. Aunque los individuos del Grupo A parecen haber sido físicamente similares a los egipcios, ignoramos su identidad étnica y tampoco sabemos si hablaban egipcio, camita o sudanés oriental (Edwards, 1971, p. 50). Las diferencias culturales entre la Baja Nubia y Egipto pueden explicarse en razón del limitado potencial agrícola de aquélla, más que en términos de diferencias étnicas.

¿Cómo es posible que los nubios pudieran importar de Egipto tan ingente cantidad de productos de lujo? Probablemente, la creciente riqueza y prosperidad de la Cultura Guerzeense abrió un mercado para los productos de marfil, ébano, etc., procedentes del África

subsahariana. Tal vez los habitantes de la Baja Nubia realizaron un comercio a pequeña escala con este tipo de productos, obteniendo importantes beneficios. Se ha dicho también que el yacimiento de Jor Daud, situado cerca de la desembocadura del Uadi el-Allaqi, era un enclave comercial ribereño para los pastores del desierto oriental (Nordström, 1972, p. 26); otra cuestión es si ese comercio de ganado servía para sostener un intercambio importante con los egipcios. Es posible también que muchos de los objetos hallados en la Baja Nubia fueran regalados a los nubios como presentes de buena voluntad por parte de comerciantes egipcios que trataban de conseguir derecho de paso hacia y desde el Sur. No hay que destacar tampoco la posibilidad de que los nubios obtuvieran esos objetos trabajando como mano de obra emigrante en el Norte, tal como ha ocurrido en las centurias recientes. Más en concreto, podían constituir el pago a los destacamentos de nubios que servían en los ejércitos egipcios a final del Período Guerzeense.

El Egipto Protodinástico

El desarrollo del estado egipcio

Por desgracia, los datos arqueológicos de que disponemos en la actualidad arrojan escasa luz sobre la historia política de Egipto en la época prehistórica. En la Piedra de Palermo, un registro anual de los reyes de Egipto compilado en la Dinastía V, se menciona una serie de gobernantes predinásticos que llevan la corona roja del Bajo Egipto, a los que siguen otros que se tocan con la doble corona («los dos poderosos» *) de un país unificado; no obstante, solamente se registran los nombres de estos reyes predinásticos, mientras que a partir de la Dinastía I, la Piedra de Palermo ofrece un crónica anual del reinado, recogiendo toda la información importante. Aunque no existen pruebas de que la doble corona existiera antes de mediados de la Dinastía I, Kaiser ha puesto de relieve que estos primeros reyes y los gobernantes prehistóricos, a los que se alude en el Papiro de Turín y en la historia de Manetón, son todos ellos variantes de

* A partir de esta página los términos con asterisco remiten a un apéndice final del libro donde se reproducen las transliteraciones de cada uno de ellos.

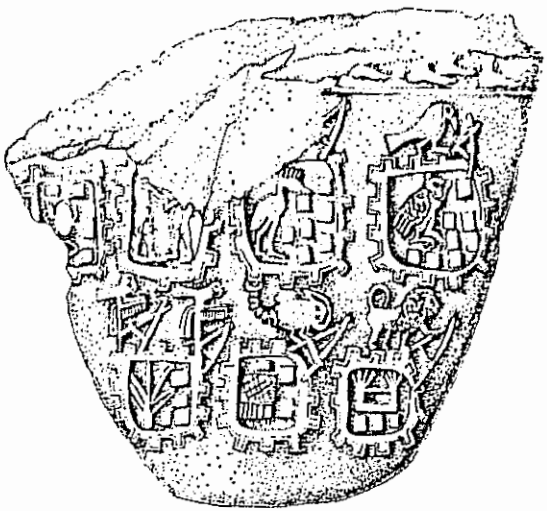


FIGURA 1.5

Anverso de la llamada «paleta libia»

Por razones estilísticas, ésta y otras paletas de piedra similares se han datado en la última fase del Guerzeense y se afirma, con frecuencia, que ilustran el proceso de unificación del Egipto predinástico. No obstante, se desconoce el significado exacto de las murallas y de las aves y animales que los destruyen. Los muros han sido interpretados como fuertes, ciudades o como sinónimos de un solo fuerte o ciudad. En cuanto a las figuras, se ha dicho que representan una confederación de clanes o distritos, dioses que ayudan al rey a obtener la victoria, o al propio rey. Si los egiptólogos no están de acuerdo respecto al significado de esos elementos clave, es indudable que el significado de las paletas sigue siendo incierto. (Dibujo de Susan Weeks.)

una sola tradición (Edwards, 1971, p. 26; Kaiser, 1964). En un tiempo se creyó que esto avalaba la teoría de Sethe acerca de la aparición, en la época predinástica, de un reino en el delta que habría conquistado todo Egipto. Sin embargo, en la actualidad, los egiptólogos ven en estos reyes predinásticos —como también los egipcios de épocas posteriores— a semidioses que gobernaban Egipto entre la época de los dioses y los primeros seres humanos. Posiblemente, pues, no tuvieron existencia histórica. Esto ha inducido a la mayoría de los egiptólogos a considerar que la primera unificación política de Egipto tuvo lugar a comienzos de la Dinastía I. En consecuencia, las escenas

que aparecen en algunas paletas guerzeenses (fig. 1.5) bellamente decoradas, así como en las cabezas de maza votivas y en las paletas de los reyes Escorpión y Narmer, han sido interpretadas como un registro de la conquista de la zona norte del país por una serie de reyes procedentes del Alto Egipto. No hace mucho tiempo, la mayor discrepancia sobre este período se centraba en la discusión acerca de si fue Narmer, o su supuesto predecesor, Escorpión, el primer monarca que gobernó sobre todo Egipto (Arkell, 1963). Se ha dicho en muchas ocasiones que los cánones artísticos desarrollados en esa época, y que muestran al rey como una figura cada vez más apartada de sus súbditos, constituyen un fiel reflejo del creciente poder del rey.

Asimismo, se ha afirmado repetidamente que los estados egipcios originales eran pequeñas unidades equivalentes a los nomos o distritos que constituían las divisiones administrativas del país en la época histórica. De la unión de estos pequeños estados habrían surgido dos reinos coherentes, independientes, uno de ellos en el delta y el otro en Alto Egipto. Ambos reinos habrían controlado todo el valle del Nilo a partir de Asuán. Después de que se constituyeran estos estados, la unificación de Egipto se habría producido como consecuencia de la conquista del Bajo Egipto por el Alto Egipto (Edwards, 1971, p. 1). Frankfort se ha opuesto a esta interpretación afirmando que la idea de un reino del Norte surgió como contrapartida simbólica al reino del Sur a raíz de la conquista paulatina de una serie de pequeños estados por parte de los reyes del Alto Egipto. Según Frankfort, la idea de la existencia de dos reinos refleja la visión egipcia del todo formado por opuestos que se hallan en una oposición equilibrada (Frankfort, 1948, pp. 15-23). Sean cuales fueran los estados existentes en el Norte, el riguroso paralelismo en las instituciones y símbolos atribuidos a los dos reinos apoya la teoría de Frankfort en el sentido de que más que realidades históricas, esos reinos fueron creación del dogma político-teológico. Hoy en día, muchos egiptólogos, sin subestimar la contribución de las instituciones políticas y religiosas del delta en un Egipto unificado, descartan la idea de que existiera un reino prehistórico del Bajo Egipto.

Se ha asumido también, con carácter general, que el florecimiento cultural que se desarrolló a comienzos de la Dinastía I fue consecuencia de la unificación política de Egipto. Sin embargo, Kaiser se ha opuesto, recientemente, a esta conclusión. Este autor interpreta la tradición de la existencia de reyes de un Egipto unificado con

anterioridad a la Dinastía I, como demostración de que la conquista del delta por el Alto Egipto tuvo lugar mucho antes de que comenzara la Dinastía I. La victoria conmemorada en la famosa paleta de Narmer haría referencia, por tanto, a la reconquista de un región del Norte o a la sofocación de una rebelión, más que a la anexión original de esa zona. En opinión de Kaiser, la unificación de Egipto en fecha tan temprana explicaría la difusión de diversos aspectos de la cultura del Alto Egipto a través del delta a finales del Período Guerzeense. Grandes vasijas de cerámica, halladas no sólo en Tura y Abusir el-Meleq, cerca del Cairo, sino también en Beda, en el noreste del delta, llevan serejs, que parecen dar los nombres de Horus a reyes que gobernaban con anterioridad a los que están atestiguados en los cementerios reales de Ábido. Comparando la extensión del cementerio predinástico de Tura con las secciones que datan del Período Protodinástico, Kaiser (1964, p. 114) estima que la unificación de Egipto pudo efectuarse entre 100 y 150 años antes de que subiera al trono el rey Narmer.

La teoría de Kaiser ha originado interesantes especulaciones. Ciertamente, Nagada era un centro importante en la época prehistórica y durante mucho tiempo se ha dicho que la leyenda de Horus y Set podría referirse a una crisis política en el Alto Egipto, en la que los gobernantes de ese asentamiento habrían sido vencidos por los seguidores del dios Horus (Baumgartel, 1955, p. 47). Tal vez, las hermosas tumbas de ladrillo del Cementerio T de Naganda pertenezcan a los primeros reyes de un Egipto unificado, antes de que fueran suplantados por los habitantes de Hieracómpolis, la ciudad consagrada al dios Horus (Kemp, 1973). El último rey de la dinastía hieracompolitana pudo haber sido Escorpión, cuyos monumentos se conocen gracias a ese lugar, pero no gracias a Ábido (Kaiser, 1964, pp. 102-105). Desde el punto de vista estilístico, Escorpión parece haber precedido tan sólo en un corto espacio de tiempo a Ka y a Narmer, los primeros reyes atestiguados hasta ahora en el cementerio real de Ábido de la Dinastía I. Según esta interpretación, los faraones de la Dinastía I serían herederos de tradiciones políticas desarrolladas en el curso de la centuria anterior. Por otra parte, Kaiser considera que la unidad política de Egipto, a finales del Período Predinástico, constituyó la base de la unidad cultural que se desarrolló en el período en que transcurren las primeras dinastías. Sin embargo, hay que señalar que la unidad política no hace surgir, inevitablemente, la

unidad cultural y que en Maadi, la tradición cultural del Norte de Egipto parece haber sobrevivido, a pesar de la influencia del Sur, hasta el Período Protodinástico.

Egipto pudo estar unido, desde el punto de vista político, a final del Período Predinástico, aunque esta unidad no se expresara en el arte monumental, en la arquitectura ni en ninguna forma de creación literaria, en definitiva, en la formación de una gran tradición como las que distinguieron a las civilizaciones de la Antigüedad. La existencia de este tipo de «reinos primitivos» está bien atestiguada en el África subsahariana: el Imperio Zulú y Buganda constituyen dos buenos ejemplos en el siglo pasado. Ahora bien, por su misma naturaleza, las entidades de este tipo son difíciles de rastrear en la investigación arqueológica y, en la actualidad, las pruebas de la existencia de un gobierno unificado para todo Egipto, con anterioridad a la Dinastía I, han de ser consideradas insuficientes. Desconocemos el contexto en que se descubrieron la mayor parte de los utensilios guerzeenses en el delta y, en cualquier caso, es posible que todo este material llegara al Bajo Egipto en concepto de productos de intercambio, más que como resultado de la difusión de la influencia política del Alto Egipto. En el período histórico se exportaron frecuentemente fuera de Egipto instrumentos de cerámica con inscripciones reales; así, las vasijas halladas en el supuesto almacén de Beda no demuestran que este yacimiento estuviera bajo el control del Alto Egipto o que existiera, en época predinástica, un Egipto unificado. No sabemos con certeza hasta qué punto la zona nordoriental del delta se hallaba incorporada al estado egipcio, incluso en el Imperio Antiguo (Goedicke, 1969-1970). Es posible que los reyes predinásticos, cuyos serejs aparecen en estas vasijas de cerámica, fueran los gobernantes de pequeños estados que comerciaran con el delta y, directa o indirectamente, con el sudoeste de Asia. Hay que decir también que Baumgartel interpreta la roseta y el escorpión en la mayor de las cabezas de maza de Hieracómpolis como un título, más que como el nombre de un monarca, negando, por tanto, la existencia del rey Escorpión (Baumgartel, 1960, p. 103; 1966). Hasta que poseamos pruebas más concretas, hay que poner en duda la misma existencia del único rey anterior a la necrópolis de Ábido, al que se atribuyen importantes monumentos.

En definitiva, los estudios recientes sobre el desarrollo político de Egipto en el Período Predinástico más que descartar las inter-

pretaciones antiguas, han planteado nuevas alternativas. No es sorprendente que esto sea así ante la ausencia de nuevas pruebas documentales. Dadas las circunstancias, lo único que es posible hacer es esbozar la que, teóricamente, parece ser la secuencia más probable de los acontecimientos, aunque siempre subrayando la escasez de datos en los que ha de basarse cualquier interpretación sobre este período.

Se ha dicho que en los comienzos del Período Predinástico cada aldea era autónoma y tenía un jefe, cuyo poder descansaba en su reputación como «rey productor de lluvias» y que, presumiblemente, podía controlar la inundación del Nilo (Frankfort, 1948, pp. 18, 33-35). Este tipo de productores de lluvia ha aparecido también entre tribus africanas, como los dinka, ngonde y yukun, en época reciente y, en algunas tribus, se les daba muerte cuando se creía que sus poderes mágicos comenzaban a desvanecerse. Los egiptólogos han visto una manifiestación de ideas similares en la fiesta Sed del período histórico, durante la cual se renovaban los poderes del faraón reinante mediante una serie de ritos en los que moría simbólicamente para volver a nacer. Quienes leyeron los relatos de Seligman sobre el Sudán, vieron en este rito un prototipo del regicidio ritual practicado, al parecer, entre los shilluk. La validez de estas analogías descansa, en gran manera, en la aceptación de que las prácticas predinásticas se difundieron hacia el alto Nilo, donde sobrevivieron, o de que las culturas egipcias y nilóticas se desarrollaron a partir de un sustrato cultural común (Seligman y Murray, 1911). Ciertamente, estas ideas son interesantes, pero carecemos de datos que las confirmen, por lo cual parece lo más adecuado afirmar categóricamente que no conocemos en detalle las instituciones sociales o políticas específicas del Egipto Predinástico.

En el futuro, los nuevos hallazgos pueden llevarnos a modificar la idea de que al comienzo del Período Predinástico, la estructura social de Egipto era simple y poco estratificada. No deja de ser probable que la aparición de las instituciones monárquicas precediera el desarrollo de la iconografía por la que, posteriormente, se reconocían estas instituciones. No obstante, lo cierto es que desde nuestra perspectiva actual, la existencia de una especialización artesanal importante, de un comercio a larga distancia dentro de las fronteras de Egipto y de contactos prolongados con el sudoeste de Asia sólo son evidentes en las primeras fases de la Cultura Guerzeense. La nece-

sidad de integrar y administrar esta nueva economía contribuyó, probablemente, a la ruptura de las estructuras tribales relativamente igualitarias que habían regulado hasta entonces la vida en el valle del Nilo e impulsó el desarrollo de una sociedad más jerarquizada, así como la aparición de ciudades que actuaran como núcleos de organización económica y centros de control político. Las divinidades y cultos asociados con estos centros de poder debieron contribuir notablemente a apuntalar su creciente importancia y a facilitar las relaciones con las comunidades subordinadas. En consecuencia, podemos designar estas comunidades como centros de culto, en el sentido en que Wheatly (1971) utiliza este término. En un período posterior, estos cultos constituyeron una de las principales fuentes de identidad de tales comunidades y constituyeron un mecanismo importante mediante el cual se expresaban los intereses locales con respecto al gobierno central. Hasta donde hemos visto, el desarrollo social siguió en Egipto el mismo proceso que en Mesopotamia. En esta última cultura, ese modelo dio lugar a la aparición, en los comienzos del período histórico, de una serie de ciudades-estado en permanente situación de conflicto.

Aunque en el Norte florecieron algunas comunidades, como Maadi, en su calidad de factorías que comerciaban con Palestina y el Alto Egipto, la zona donde el nuevo proceso se desarrolló con más intensidad fue el Sur de Egipto, donde el río Nilo se aproxima más a las colinas del mar Rojo. En esa región, la obtención de minerales del desierto oriental y, muy especialmente, la organización de la extracción de oro parece haber constituido un estímulo particularmente poderoso para el desarrollo de estados locales o de ciudades-estado. Los gobernantes de Nagada y Hieracómpolis debían ser enterrados en las llamadas tumbas reales de los cementerios predinásticos asociados con esas ciudades.

Con el incremento del intercambio con el sudoeste de Asia, todos esos gobernantes locales intentaron por todos los medios controlarlo y monopolizar los beneficios de él derivados. El resultado fue un enfrentamiento y competitividad cada vez mayores, en la medida en que los gobernantes más importantes del Alto Egipto trataban de obtener la hegemonía sobre toda la región. El deseo de proteger las rutas comerciales y de eliminar los intermediarios en el Bajo Egipto debió impulsar también a esos gobernantes a extender su poder hacia el norte. En el curso de esos conflictos, los gobernan-

tes de Nagada perdieron la independencia, aunque sus descendientes aristocráticos tal vez fueron enterrados en las grandes tumbas «reales» erigidas allí a comienzos de la Dinastía I (Kemp, 1967, 1973). Aunque se ha dicho que tal vez los gobernantes de Hieracómpolis trasladaron su capital a Ábido durante la conquista del Norte de Egipto (Vandier, 1952, pp. 613-614), esto no explica la importancia que los faraones de la Dinastía I otorgaban a Ábido como centro de enterramiento real. Parece más probable que los gobernantes de Hieracómpolis se convirtieran también en clientes de los reyes que fundaron la Dinastía I y que estos reyes descendieran de los jefes locales, cuyas tumbas no han sido reconocidas en Ábido (sobre otras tumbas revestidas de ladrillos en el cementerio real, véase Kemp, 1966).

Ignoramos si otros gobernantes, al margen de los de Ábido, extendieron su poder hacia el norte, aunque no es imposible que se produjeran cambios drásticos en el equilibrio de poder en el Alto Egipto a final del Período Guerzeense. El respeto que demostraban los faraones de las primeras dinastías hacia los dioses Set y Horus y los suntuosos regalos que hicieron los faraones de la Dinastía I al santuario de Hieracómpolis parecen indicar que esos reyes deseaban honrar a los dioses de importantes centros rivales, atrayendo así a esos centros a constituir una coalición que facilitaría la extensión del poder real hacia el norte. El establecimiento de alianzas con los gobernantes de las diferentes ciudades-estado del Alto Egipto pudo haber cumplido un papel tan importante como la conquista militar en la creación de una base de poder en el Sur de Egipto, que permitiera la conquista de todo el país.

No sabemos con seguridad si el rey Escorpión (si existió) gobernó desde Hieracómpolis o, simplemente, depositaba ofrendas votivas en ese lugar, como hicieron otros gobernantes de Ábido. Sin embargo, como ya hemos señalado, si Arkell está en lo cierto al leer el nombre de Escorpión en una cabeza de maza muy deteriorada en la que aparece un rey con la corona roja del Bajo Egipto, Escorpión puede haberse presentado como el rey de un Egipto unificado. Al parecer, a Escorpión le siguió Ka y, posteriormente, Narmer y Aha, siendo los tres enterrados en el cementerio real de Ábido. Los dos últimos afirmaban ser los reyes de un estado egipcio unificado, aunque no hay acuerdo respecto a si alguno de ellos —y en ese caso quién— ha de ser identificado con Menes, el fundador tradicional de la Dinastía I (Emery, 1961, pp. 32-37).

Estos reyes, cuyos reinados se suceden poco después de la fase de fugaz influencia mesopotámica de finales del Período Guerzeense, no sólo crearon una administración real capaz de mantener unido el valle del Nilo al norte de Asuán, sino que además convirtieron a esta administración en el mecenas bajo cuyo impulso se desarrolló la cultura egipcia en las centurias siguientes. Es muy significativo el hecho de que no se desarrollara una gran tradición coherente con anterioridad a la unificación de Egipto. Además, las instituciones urbanas y el patriotismo cívico, rasgos tan esenciales de la cultura mesopotámica, que sobrevivirían al establecimiento de imperios en esa región, no parecen haberse desarrollado en el mismo grado en Egipto antes de la Dinastía I. Con la aparición de un fuerte gobierno centralizado, todas las nacientes instituciones económicas y políticas del país quedaron sometidas a la autoridad y el control real. El gobierno central, ya fuera directamente o a través de sus funcionarios, se convirtió en patrono de soldados, servidores, burócratas y artesanos, cuyos bienes y servicios beneficiaron a las clases altas y a los dioses oficiales. Los grandes muros de ladrillo de barro que existían ya en torno a los edificios principales de Hieracómpolis (Fairservis, Weeks y Hoffman, 1971-1972) y en otros lugares servían para delimitar y proteger los núcleos centrales de la administración real.

A lo largo del Período Protodinástico, los artesanos y funcionarios que trabajaban para el gobierno central crearon las sofisticadas tradiciones artísticas y culturales que, a partir de entonces, constituirían el modelo básico de la civilización faraónica. A su vez, este modelo cultural se convirtió en un factor trascendental para la estabilidad del nuevo orden político. Ignoramos hasta qué punto la experiencia cultural del sudoeste de Asia influyó en la creación de la Cultura Protodinástica, pero es indudable que fue uno de los factores que contribuyeron a la creación de una gran cultura duradera por parte del estado desarrollado en la Dinastía I, a partir de la conquista. La gran peculiaridad de esta civilización y la rápida desaparición de toda huella de influencia mesopotámica indican, no obstante, el dinamismo interno de la sociedad egipcia de la época.

Son sorprendentes también las diferencias estructurales existentes entre el Egipto de las primeras dinastías y el sudoeste de Asia por lo que se refiere a la organización social, a partir de esa época. Los frutos de la civilización mesopotámica se dividían entre una serie

de ciudades-estado y entre diversos grupos de intereses dentro de cada uno de esos centros urbanos. En contraste, los beneficios de la civilización egipcia se invertían en la corte real y, en un grado que resulta sorprendente —como lo demuestra la importancia de los complejos mortuorios regios—, en la persona del monarca. Es cierto que Mesopotamia no produjo ningún monumento de las características de las pirámides del Imperio Antiguo, pero probablemente fueron más numerosos que en Egipto los mesopotámicos que se beneficiaron y participaron de la gran tradición cultural de su sociedad. Por otra parte, la creación de un gobierno estable y centralizado en Egipto disipó la inseguridad que impulsó en Mesopotamia la aparición rápida de centros urbanos fortificados (R. A. Adams, 1972; Frankfort, 1956). Esto contribuyó a perpetuar el esquema de aldeas dispersas junto a unos pocos centros regionales administrativos de reducido tamaño. Esta evolución puede explicar la preocupación con respecto a la vida rural, como oposición a la vida urbana, que fue un rasgo distintivo de la cultura egipcia.

Después de la unificación, los egipcios no debieron encontrar cambios sustanciales en la vida cotidiana con respecto al período anterior. Tal vez, se recaudarían más impuestos en especie y se incrementarían las prestaciones personales. A cambio de esto, la paz y una mayor seguridad contra el hambre permitieron a la población aumentar su prosperidad, al tiempo que el desarrollo agrícola debió impulsar el crecimiento demográfico. Mientras que al final del Período Predinástico, la población estimada de Egipto era de 100.000 a 200.000 habitantes (Butzer, 1966), la referencia a 120.000 hombres tomados como prisioneros u ofrecidos a un templo, que aparece en una cabeza de maza del faraón Narmer, parece indicar que la población se había incrementado notablemente a comienzos del Período Protodinástico (Emery, 1961, pp. 44-45). Probablemente, en ese momento la población de Egipto superaría los dos millones de almas.

La organización política

Según Manetón, los reyes de las dos primeras dinastías procedían del nomo tinita del Alto Egipto. Las tumbas de los faraones de la Dinastía I se hallaban situadas en la zona Umm el-Qaab de los cementerios de Abido, a unos dos kilómetros al oeste del límite de

la zona cultivada (fig. 1.6). Estas tumbas, la mayor de las cuales tenía una superficie de unos 340 m^2, consistían en cámaras subterráneas de ladrillo revestidas con paneles de madera. Cada tumba estaba cubierta por un pequeño túmulo de arena o de gravilla que rellenaba un muro de contención de ladrillo. Se erigían también dos estelas de piedra que llevaban el nombre de Horus atribuido al rey muerto. Las primeras tumbas consistían en una o más habitaciones individuales, mientras que las posteriores poseían una cámara central rodeada de habitaciones dedicadas al almacenamiento. A partir del reinado del faraón Udimu, el acceso a la cámara mortuoria se realizaba a través de una escalera. En la tumba de Udimu, la cámara mortuoria estaba pavimentada con bloques de granito de Asuán. El tamaño relativamente reducido de estas tumbas y su proximidad entre ellas sugiere que Umm el-Qaab era un centro especialmente sagrado para los faraones de la Dinastía I. Tal vez, como en el caso del cementerio, muy posterior, de los reyes nubios en Kurru, era reverenciado como lugar de enterramiento de sus antepasados. Más próximo a la zona cultivada, inmediatamente detrás de Ábido, cada faraón levantó también un amplio recinto rectangular de ladrillo que, según Kemp (1966, 1967), era un palacio funerario. Tanto los palacios funerarios como las tumbas reales se hallaban rodeados por otras filas de tumbas menores, muchas de las cuales tenían un techo común. Las estelas en torno a las tumbas reales indican que contenían miembros del círculo real. Muchos de ellos son mujeres, posiblemente miembros del harén real, mientras que otros eran funcionarios secundarios de palacio, enanos de la corte o, incluso, perros favoritos. Por otra parte, al menos algunas de las tumbas que rodean a los palacios funerarios parecen haber sido de artesanos. Aunque no tenemos pruebas directas de cómo se produjo su muerte, cuando menos algunos de ellos murieron inmediatamente antes de que se cerrara la cámara mortuoria real. Esto nos lleva a pensar que se daba muerte a esos artesanos para que pudieran seguir sirviendo al faraón después de la muerte. Esta costumbre parece haber alcanzado su punto culminante en el reinado del faraón Dyer, a quien le acompañaron 580 servidores, pero de hecho, se mantuvo con menos intensidad en las tumbas reales durante todo el Período Protodinástico.

Aparte de la enigmática figura de Merneit (Kaplan, 1979), que tal vez fue una reina que gobernó, no hay indicios de que otros miembros de la familia real, o funcionarios de alto rango, fueran

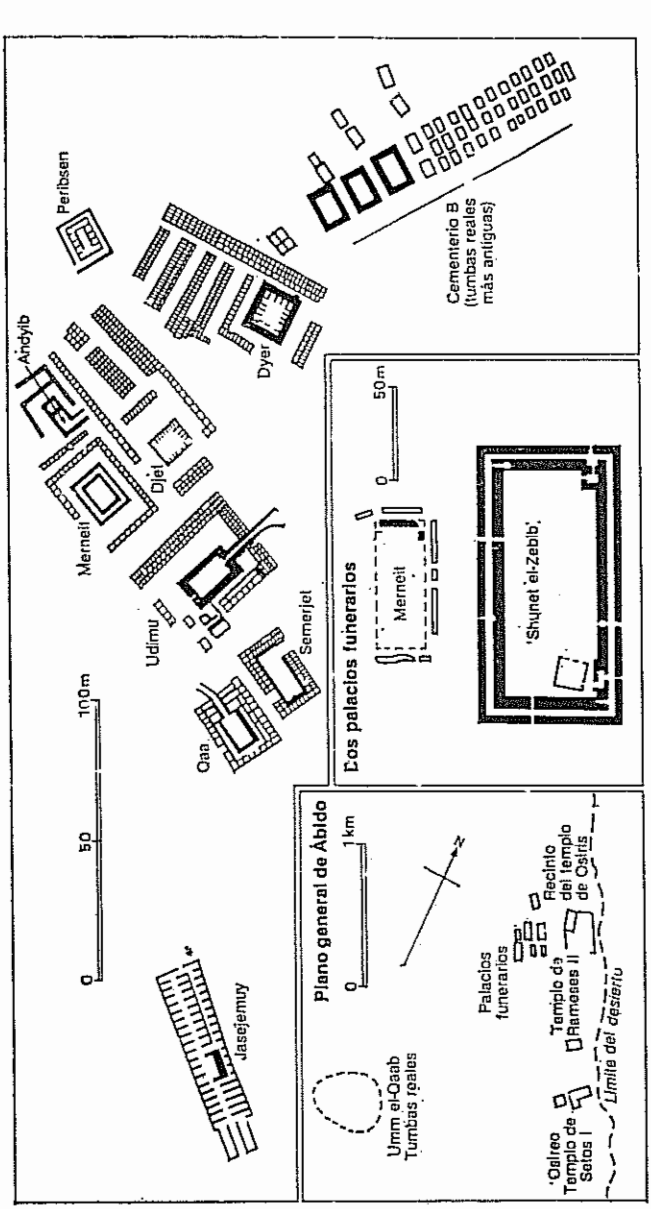


FIGURA 1.6

Las tumbas y palacios funerarios reales de Abido

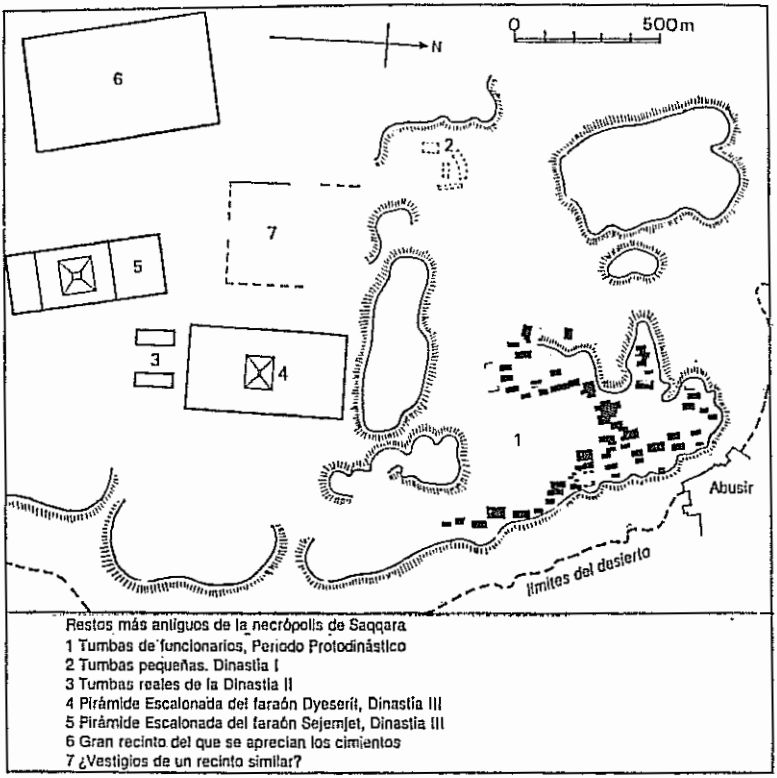


FIGURA 1.7

Primeros restos en la necrópolis de Saqqara (según Kemp, 1967)

enterrados en Ábido. Dos conjuntos de galerías subterráneas, situadas aproximadamente a 1 km al sur del cementerio principal de Saqqara, del Período Protodinástico, parecen pertenecer a tumbas reales de la Dinastía II (fig. 1.7) (Kemp, 1967). A diferencia de los gobernantes de la Dinastía I, estos faraones prefirieron ser enterrados cerca de Menfis, en lugar de su ciudad natal de Ábido. Las disensiones que parecen haber dividido a Egipto a finales de la Dinastía II llevaron a los faraones Peribsen y Jasejemuy a construir sus tumbas en Ábido, en tanto que el llamado «fuerte» de Hieracómpolis fue,

tal vez, construido también en esa época como palacio funerario (Kaiser, 1964, p. 104, n. 4).

Según Heródoto, Menes, fundador de la Dinastía I, construyó diques para desviar el Nilo y, tras levantar esta protección, construyó la ciudad de Menfis y su templo principal, dedicado al dios Ptah. Sea o no cierta esta historia, lo cierto es que Menfis fue un importante centro administrativo a partir de la Dinastía I y, posteriormente, se consideraba que el palacio y el templo de Ptah estaban estrechamente asociados con la unificación de Egipto (Kees, 1961, p. 148). Aunque esta parte del valle del Nilo no era especialmente rica desde el punto de vista agrícola, se hallaba cerca de la ramificación del Nilo y, por tanto, gozaba de una posición estratégica para la comunicación por el río (Wilson, 1955). En el saliente norte de la meseta de Saqqara, detrás de Menfis, se creó un cementerio en el reinado de Aha, que llegó a contener las tumbas de muchos funcionarios importantes del Período Protodinástico. Estas tumbas, llamadas mastabas, poseían superestructuras rectangulares de ladrillo que se llenaban con gravilla o que contenían cámaras de almacenamiento. Su disposición interna se complicó cada vez más, al igual que la de las tumbas reales, al multiplicarse las salas de almacenamiento y, a finales del período, se excavaban cámaras subterráneas en la roca (Vandier, 1952, pp. 644-672). Aunque las tumbas más grandes de Saqqara eran mayores que las tumbas reales de Ábido, su tamaño no excedía al de los palacios reales funerarios. Los túmulos que se han hallado ocultos en el interior de las superestructuras de algunas tumbas de Saqqara indican que trataban de combinar los elementos de una tumba y de un palacio funerario en una sola estructura (Kemp, 1966).

Un número reducido de mastabas de gran tamaño se han hallado también en Nagada, Tarjan, Guiza y Abu Roash. Algunas de estas tumbas estaban acompañadas de enterramientos subsidiarios; más de sesenta se han señalado en el caso de una de esas tumbas, aunque por lo general, el número es mucho más reducido. Esta costumbre parece haber desaparecido a finales de la Dinastía I, junto con la marcada reducción del sacrificio de sirvientes en las tumbas reales. Más de 10.000 tumbas han sido excavadas en el cementerio de Heluan, en la orilla oriental del Nilo frente a Menfis, que data del Período Protodinástico (fundamentalmente de la Dinastía I). En su mayor parte se trata de tumbas humildes, pero hay también

FILOSOFÍA Y LETRAS UAM

tumbas de numerosos funcionarios. Aunque son más pequeñas que las de Saqqara, estas tumbas pertenecían también a individuos que poseían fácil acceso al trabajo de artesanos especializados y a los productos de lujo. Durante la Dinastía I, se construían en Heluan cámaras mortuorias con grandes bloques de roca caliza bastante bien tallados, pero no aparecen en las tumbas reales hasta finales de la Dinastía II (Saad, 1969, pp. 36-37). Mientras que las tumbas del pueblo común diferían muy poco de las de la época predinástica, los cementerios provinciales más prósperos contenían una serie de versiones más reducidas y sencillas de las mastabas de las clases superiores. Estas tumbas parecen haber pertenecido a los jefes de esas comunidades (Reisner, 1932, pp. 185-192).

De los hábitos funerarios del Período Protodinástico parece posible deducir la siguiente jerarquía social: rey; grandes nobles o altos funcionarios (incluyendo a otros miembros de la familia real); funcionarios menores (incluyendo a los jefes locales); artesanos y sirvientes, y campesinado, siendo este último grupo el más numeroso. Si bien las estructuras mortuorias del faraón eran de un tamaño considerablemente mayor que las de los grandes funcionarios y estaban rodeadas de muchas más tumbas de sus seguidores, de hecho, las diferencias entre los dos tipos de enterramiento eran mucho menos marcadas de lo que lo serían más tarde, durante el Imperio Antiguo. Esto nos lleva a pensar que o bien el poder de los reyes para acumular recursos para su propio uso era más limitado en el Período Protodinástico de lo que lo sería posteriormente, o que los reyes de ese período no deseaban destacar de esta forma las diferencias que existían entre ellos y los restantes personajes destacados de la comunidad. La disposición de las tumbas de mayor tamaño, de los funcionarios, en torno a la pirámide del faraón reinante durante el Imperio Antiguo se interpreta, en general, como un indicador de la fuerza de la autoridad real en ese período. Siguiendo este razonamiento, podría argumentarse que el enterramiento de los altos funcionarios, no sólo en su propia necrópolis en Saqqara, sino también en otros cementerios por todo Egipto, es un signo de mayor independencia respecto al poder real. Por otra parte, el hecho de que las tumbas, incluso las de la alta nobleza, estuvieran apartadas de los cementerios reales durante el Período Protodinástico, tanto en Ábido como en Saqqara, puede indicar que en ese período se otorgaba un *status* sagrado a los

faraones que no permitía que otras tumbas ocuparan el lugar reservado para sus enterramientos (Kemp, 1967).[6]

Lamentablemente, nuestro conocimiento de la historia dinástica y de la organización administrativa de Egipto durante el Período Protodinástico es extraordinariamente escaso. La información acerca del gobierno deriva fundamentalmente de los sellos, impresiones de sellos y etiquetas inscritas de madera y marfil. Naturalmente, este material subraya la propiedad de productos y el aprovisionamiento, y, por tanto, da una visión del gobierno de Egipto en esa época, que resulta lejos de ser equilibrada. Finalmente, la forma arcaica de la escritura egipcia que se realiza con este material plantea numerosos problemas al traductor. A pesar del trabajo de Kaplony (1963), extraordinariamente valioso, interpretando estos primeros documentos, no se ha intentado todavía un análisis sistemático de la organización política del Período Protodinástico.

Sin embargo, no hay duda de que, desde un principio, los faraones egipcios reclamaron el *status* de dioses. A través de sus nombres de Horus, que fueron los que utilizaron habitualmente en las inscripciones contemporáneas, afirmaron ser la encarnación terrenal de esa divinidad. Peribsen se apartó de esta costumbre sólo para identificarse con Set en lugar de Horus (Edwards, 1971, p. 35). El papel supremo del monarca se subrayaba presentándole como la única fuerza capaz de mantener unidos al Alto y al Bajo Egipto. Este hecho se destacaba presentando al faraón con diversos atributos que simbolizaban cada reino y con su nombre *nebty*, que subrayaba su relación dual con la diosa buitre Nejbet, del Alto Egipto, y la diosa cobra Uto, del Bajo Egipto. Se pensaba que este nombre indicaba que El-Kab y Buto, las ciudades respectivas de esas diosas, habían sido las capitales del Alto y del Bajo Egipto. No obstante, Wilson afirma que las diosas de esas dos ciudades fueron erigidas como símbolo del Alto y del Bajo Egipto porque sus centros de culto eran los que mejor representaban los contrastes extremos entre la aridez del Sur de Egipto. y las tierras pantanosas del delta (Wilson, 1955). El cuarto nombre del faraón, *insibya*, atestiguado por primera vez en el reinado del faraón Udimu, le da su título de rey del Alto y del Bajo Egipto y, por tanto, al igual que el nombre *nebty*, es un título dual. Este último parece

6. Sin embargo, hay que señalar que en el cementerio del Imperio Antiguo de Naga ed-Deir, las tumbas de los notables estaban situadas aparte de las demás.

estar relacionado con el culto de Neit, la diosa de Sais en el delta occidental (Edwards, 1971, p. 53). Existe mención de una serie de fiestas Sed en este período, que dan fe de la antigüedad de este ritual. Poco es lo que podemos decir acerca de la estructura de la familia real o de las reglas por las que se regía la sucesión al trono. No obstante, la duración que se atribuye a los reinados de este período induce a pensar que normalmente el trono pasaba de una generación a otra y, probablemente, de padre a hijo, como ocurría en las épocas posteriores.

Los títulos del Período Protodinástico se refieren casi siempre a la posición ocupada en la jerarquía administrativa más que al rango hereditario. Los hijos de los faraones raramente son identificados como tales explícitamente, pero si es cierto, como afirma Kaplony, que la aparición de los nombres de los poseedores de sellos junto a los de los faraones expresa filiación, muchos altos funcionarios pudieron ser miembros de la familia real. Al parecer, numerosos cargos pasaban de padre a hijo, aunque ignoramos si este tipo de transmisiones estaba establecido legalmente o si para cada una de ellas tenía que existir la aprobación real específica. Los funcionarios servían a faraones sucesivos y tenían propiedades cuyo producto constituía una parte importante de los objetos que se depositaban en sus tumbas (Kaplony, 1963, pp. 25, 58-59, 71). No sabemos si estas propiedades eran otorgadas a los funcionarios por el rey para recompensarles por sus servicios o si algunas de ellas eran hereditarias en el seno de algunas familias, con anterioridad a la Dinastía I. No obstante, aunque nominalmente el faraón era propietario de toda la tierra, no parece que modificara los esquemas previos de estructura de la propiedad en las aldeas y, posiblemente, entre las clases altas. A pesar de los controles que ejercía el gobierno central sobre la economía egipcia, esos controles no podían producir un vacío económico. Por tanto, es un error subestimar la complejidad de la estructura de la propiedad y de las actividades económicas en la sociedad egipcia de esa época.

Sólo se han conservado algunos títulos que hacen referencia específica a la administración regional de Egipto en este período. Sería interesante saber si los funcionarios provinciales importantes poseían derechos hereditarios en zonas concretas o si eran transferidos de un distrito a otro en el curso de su carrera, como ocurría durante el Imperio Antiguo. El hecho de que en Nagada y en otros lugares, a excepción de Menfis, sólo existen grandes tumbas en una fecha rela-

tivamente temprana, sugiere la posible supresión de cualquier tendencia hacia una descentralización del poder de tipo feudal. Aunque el traslado de los funcionarios de un distrito a otro pudiera dificultar la eficacia de la administración, ayudaría a proteger la autoridad del gobierno central, sentando así las bases del espectacular ejercicio de esa autoridad desde comienzos del Imperio Antiguo.

Más noticias poseemos sobre la administración del palacio y de las propiedades reales, incluyendo los viñedos del delta occidental. Existía también una burocracia numerosa y bien organizada que recaudaba los impuestos en especie por todo el país, almacenaba esos productos en los almacenes del gobierno y supervisaba su distribución a aquellos que gozaban del privilegio de la generosidad real. La altura de la crecida del Nilo se registraba cuidadosamente cada año y, probablemente, servía como base para calcular las tasas anuales de gravamen sobre las cosechas, mientras que el viaje de inspección que se realizaba cada dos años permitía establecer un censo general de los recursos imponibles. No sabemos si el faraón participaba personalmente en ese viaje de inspección que se conocía como el «Séquito de Horus»* y, junto con la crecida del río, quedó registrado en la Piedra de Palermo (Edwards, 1971, p. 38).

La necesidad de llevar una contabilidad, junto con el deseo de registrar las hazañas reales, parece haber sido la causa fundamental del desarrollo de la escritura en Egipto. No han sobrevivido papiros escritos del Período Protodinástico, por lo que la historia primitiva de la escritura egipcia ha de seguirse, fundamentalmente, a través de los sellos de las vasijas, etiquetas e inscripciones de objetos monumentales (fig. 1.8). Éstos indican que la evolución de la escritura estuvo estrechamente asociada con la corte real. Por lo general, hasta el reinado de Udimu, los sellos registraban tan sólo los nombres de los faraones y funcionarios, en tanto que más tarde aparecen con profusión títulos y epítetos burocráticos (Kaplony, 1963, p. XXXII). Al mismo tiempo, los jeroglíficos dejaron de servir tan sólo como leyendas en las representaciones pictóricas y comenzaron a aparecer listados cuya superficie estaba en gran parte o totalmente escrita. Hacia finales de la Dinastía I se escribían frases enteras mediante secuencias de signos (Gardiner, 1961, p. 415; Vandier, 1952, p. 859). Sin embargo, es significativo el hecho de que en el pequeño cementerio de Naga ed-Deir no se hallaran documentos escritos con anterioridad a la Dinastía V (Reisner, 1932).

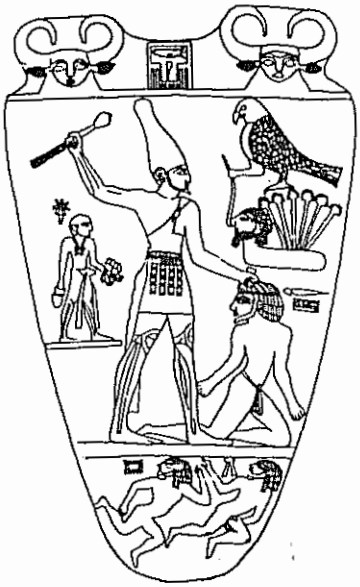


FIGURA 1.8

Anverso de la paleta de pizarra del rey Narmer

Aparece aquí, por primera vez, el motivo clásico del monarca que domina a un enemigo vencido. Una serie de jeroglíficos, algunos oscuros debido a la fase primitiva en que se hallaba el desarrollo del sistema de escritura, identifican las figuras. El nombre de Narmer está escrito dentro del serej real que aparece en el centro, arriba (según Gardiner, 1927).

El gobierno central utilizaba una parte de los excedentes alimentarios y productos manufacturados para realizar un comercio exterior. Ciertamente, no existen pruebas en el sentido de que el faraón pretendiera conservar el monopolio de ese comercio, aunque las necesidades y la riqueza de la corte impulsaban al palacio a realizar una actividad comercial mucho más intensa que la de cualquier individuo o institución del país. Parece, pues, lo más probable que fuera la corte la vía a través de la cual penetraban en el país la mayor parte de los productos de importación, antes de ser distribuidos gracias a la liberalidad real. En las tumbas reales de la Dinastía I, así como

en las de los altos funcionarios, se han hallado gran cantidad de vasos de cerámica que procedían de la cultura del Bronce Antiguo II de Palestina y de la costa de Siria. A la inversa, se ha hallado cerámica de la Dinastía I en yacimientos tales como Tell Gath, en el sur de Palestina, de donde se obtuvo una vasija con el nombre del rey Narmer. Los faraones de Egipto no sólo importaban vasijas de aceite de oliva del sur de Palestina, sino que importaban grandes cantidades de madera para fabricar barcos, pavimentar las tumbas y construir sarcófagos y muebles para el hogar, de Siria y el Líbano. Asimismo, otros productos exóticos, que procedían de tierras más lejanas en el norte o el oeste, como la obsidiana y el lapislázuli, debieron entrar en Egipto por la misma vía. Este comercio se desarrollaba tanto por tierra como por mar y continuó durante la Dinastía II y durante el Imperio Antiguo (Kantor, 1965, pp. 16-17). No hay datos en el sentido de que en ese período se mantuvieran todavía contactos con Mesopotamia; de hecho, el comercio egipcio parece haberse limitado a aquellas zonas del sudoeste asiático menos desarrolladas que Egipto en el plano económico y cultural. Los faraones egipcios enviaron también expediciones hacia el desierto oriental para explotar los recursos minerales de esa región. Una inscripción de Narmer en el Uadi el-Qash y otra de Uadyi en el Uadi Mia, a 24 km al este de Edfu, parecen conmemorar expediciones comerciales o de castigo (Edwards, 1971, pp. 22, 24-25; Emery, 1961, pp. 47, 49). El cobre se utilizaba abundantemente en el Período Protodinástico, así como la turquesa, pero no poseemos pruebas de que los egipcios comenzaran a enviar expediciones a la península del Sinaí en esa época.

La corte real parece haber tenido a su servicio a gran número de artistas y artesanos, capaces de producir una gran variedad de productos de lujo. Estos artesanos, la mayor parte de los cuales debían trabajar en las proximidades de Menfis, desarrollaron un estilo coherente e impusieron una serie de cánones artísticos que habrían de perdurar en la cultura de élite del antiguo Egipto. Una parte de las joyas, muebles y otros productos de lujo que fabricaban esos artesanos se distribuían entre los funcionarios que servían al rey para recompensarles y reforzar su lealtad. Las donaciones a los templos reforzaban también los lazos entre el rey y la localidad o la región en la que se hallaban ubicados. Ignoramos si los templos eran todavía los santuarios de escasa consistencia que aparecen en las representaciones del Período Protodinástico, o si habían sido sustituidos

por edificios más amplios y sólidos.[7] Sin duda, la administración real contribuía directamente al mantenimiento de los templos principales y las visitas de los faraones a los santuarios de las divinidades importantes, así como la construcción de estatuas de culto de los dioses, son anotadas en la Piedra de Palermo como asuntos de gran importancia (Gardiner, 1961, p. 414). Aunque por lo general, a los artesanos se les enterraba únicamente con alimentos, bebidas y algunos utensilios de su oficio, no hay duda de que participaban, al menos en un grado limitado, de la liberalidad del faraón y de sus funcionarios. Probablemente, incluso el campesinado recibía donaciones en forma de carne y bebida con ocasión de las festividades, aunque no poseemos pruebas directas a este respecto, para el Período Protodinástico. Aunque estas clases recibieran menos de lo que debían aportar en impuestos y servicios, esas prácticas debían mantener vivas las ideas antiguas de reciprocidad y contribuían a mantener la buena disposición de las masas, además de su obediencia y reverencia. Por otra parte, en este período cualquier hombre capaz podía tener aspiraciones razonables de escalar en la jerarquía administrativa (Frankfort, 1956, pp. 107-108). Esto es particularmente probable si la población se incrementó y se crearon nuevos puestos en una sociedad cada vez más compleja.

Las relaciones exteriores

Aunque es poco lo que sabemos acerca de la organización militar en este período, la fuerza debió ser importante para mantener la unidad del estado egipcio y regular sus relaciones con los vecinos. Las referencias a la eliminación de «enemigos del Norte» en monumentos del faraón Jasejem sugieren la sofocación de una rebelión o de una dinastía rival en el Norte de Egipto hacia finales de la Dinastía II (Edwards, 1971, p. 33), aunque otros las interpretan como una campaña contra los libios, que vivían a lo largo de las fronteras del Bajo Egipto y contra los que los faraones de Egipto habían luchado en un período anterior (Gardiner, 1961, p. 418). Los faraones Dyer y Udimu dicen haber combatido con enemigos situados al

7. Sobre la función y la fecha del llamado templo de Jenty-amentiu en Abido, véase Kemp (1968 *b*).

este de Egipto, pero ignoramos la situación de la frontera oriental y la identidad de esos enemigos y la hipótesis de que en ese período pudo producirse la intervención militar en Palestina carece de confirmación (Yadin, 1955).

Conocemos mejor las relaciones con Nubia. Con el desarrollo de la cultura cortesana del Período Protodinástico, la demanda de productos del África subsahariana, particularmente ébano y marfil, parece haberse incrementado notablemente. Por otra parte, los faraones egipcios intentaron asegurar la frontera meridional en la Primera Catarata, río arriba desde el Dyebel Silsila. Se ha dicho que la expedición a Nubia durante el reinado de Aha conmemora la incorporación al estado egipcio de esa parte del río (Säve-Söderbergh, 1941, p. 7). A comienzos de la Dinastía I se realizó, probablemente, una expedición egipcia hacia el sur hasta Uadi Halfa y en Debel Sheij Suliman se esculpió una escena que proclama la victoria sobre dos aldeas o grupos locales de nubios (Arkell, 1950).[8] Ésta es la evidencia más meridional, que se ha hallado hasta la fecha, de la penetración egipcia durante el Período Protodinástico.

En los comienzos de la Dinastía I continuaron floreciendo las comunidades del Grupo A, especialmente en la mitad meridional de la Baja Nubia. La existencia de grandes cantidades de cerámica egipcia, en la que se incluyen vasijas de vino, así como de instrumentos de cobre, joyas, colgantes y amuletos indica que durante este período los nubios siguieron teniendo acceso a los productos egipcios, tal como había ocurrido en la época predinástica. La existencia de casas rectangulares con toscos muros de piedra en una aldea de Afyeh es prueba de un mayor sedentarismo (Lal, 1963), mientras que los recipientes cónicos bellamente pintados, de manufactura local, demuestran que se había alcanzado un desarrollo cultural más importante. Uno de los hallazgos más notables de este período es la tumba de un jefe nubio en un cementerio situado cerca de Sayala, que data de la primera parte de la Dinastía I. Entre los productos importados encontrados en esa tumba hay grandes hachas de cobre, cinceles, un mirlo de pizarra y varios vasos de piedra, dos grandes paletas en forma de doble ave y dos mazas con mangos de oro, uno de ellos decorado con una serie de animales en bajorrelieve (Kantor, 1944).

8. Si la escena data, sin duda alguna, de comienzos de la Dinastía I, hay discrepancias sobre su unidad y su atribución a Dyer: véase Helck (1970).

Desconocemos la fuente de esa riqueza, aunque probablemente en el Período Protodinástico los nubios tenían menos posibilidades de actuar como intermediarios o de imponer tributos que en la época predinástica. Esos utensilios pueden haber sido recompensas otorgadas a un jefe que había servido como mercenario en el ejército egipcio. En el cementerio L de Qustul, cerca de la frontera egipcio-sudanesa, se han hallado tumbas todavía más ricas que datan de la Dinastía I. En este período, el Grupo A, en la Baja Nubia, parece haber alcanzado el cenit cultural, aunque la población no superaba todavía unas decenas de miles de habitantes, organizados sobre una base tribal.

En el curso de la Dinastía I, el flujo de productos egipcios de intercambio hacia Nubia se interrumpió y la cultura del Grupo A comenzó a eclipsarse. Parece razonable pensar que este proceso guarda relación con el desarrollo de la monarquía egipcia y la centralización de su economía. En lugar de utilizar a los elementos del Grupo A como intermediarios en el comercio con el África subsahariana, la corte egipcia prefirió realizar ese comercio directamente. Las repetidas invasiones egipcias de la Baja Nubia parecen haber formado parte de ese proceso y, sin duda, explican la desaparición de una población sedentaria en la Baja Nubia antes de que finalizara la Dinastía I (Nordström, 1972, pp. 29-32).

El asentamiento egipcio más antiguo que se conoce en la Baja Nubia se hallaba en Buhen, cerca de la Segunda Catarata. Los grandes bloques de ladrillo utilizados para construir los niveles inferiores del asentamiento indican que tal vez fue establecido a comienzos de la Dinastía II, aunque no podemos afirmarlo con seguridad (Trigger, 1965, pp. 79-80). No está claro cuál pudo haber sido el objetivo que llevó a los egipcios a establecer ese asentamiento, aunque pudo servir como punto de partida de una ruta comercial terrestre que rodeaba la Segunda Catarata y se dirigía hacia el Sur, hasta Dongola. H. S. Smith (1968) ha demostrado que las tumbas que Reisner atribuyó al Grupo B, supuestamente contemporáneas del Imperio Antiguo, son, de hecho, tumbas del Grupo A, más pobres o que fueron terriblemente saqueadas.

No sabemos prácticamente nada acerca de la situación de Sudán en ese período. La cerámica procedente de Omdurman Bridge recuerda a la del Grupo A, mientras que otros utensilios de cerámica decorados con incisiones rellenadas con pigmento blanco son similares

a la cerámica N del Egipto Predinástico y a la del Grupo C posterior (Arkell, 1949, pp. 99-107). Es probable que el Nilo sudanés y las estepas adyacentes estuvieran ocupados en esos momentos por pequeñas comunidades agrícolas y grupos de pastores. Si las expediciones comerciales egipcias llegaban ya hasta Dongola, es posible que la necesidad de obtener materias primas del sur para intercambiarlas con los egipcios estimulara el desarrollo de una mayor complejidad en la sociedad, de forma similar a lo que ocurrió en Egipto a comienzos del Período Guerzeense (Trigger, 1965, pp. 81-83).

Artes y oficios

Algunos de los importantes cambios que se produjeron en la sociedad egipcia a comienzos del Período Protodinástico, se concretaron en nuevos modelos de cultura material, especialmente por cuanto esos nuevos modelos estaban en relación con la producción de bienes a gran escala y con los productos manufacturados especialmente para las clases superiores. Ambos tipos de materiales aparecen abundantemente en los cementerios, donde en las tumbas más ricas se enterraban grandes cantidades y diferentes variedades de productos. La disposición de tan gran número de productos de lujo en las tumbas incrementó de forma muy importante la demanda de materias primas y los servicios de los artesanos especializados.

La cerámica se siguió produciendo a escala masiva, al igual que en el Período Guerzeense. Por todo el país se han hallado vasos con las mismas marcas, que indicaban, al parecer, el equipo o el taller que los había fabricado (Emery, 1961, p. 203). La cerámica pintada y de bordes negros del Período Predinástico no sobrevivió en el Período Protodinástico, en el que el modelado de la cerámica era de buena calidad, pero ésta tenía un carácter estrictamente utilitario. Esto no implica una decadencia de tipo cultural o estético. Simplemente, significa que la cerámica no servía ya como medio de expresión artística, como ocurría anteriormente. Las vasijas de cerámica se utilizaban para almacenar el vino y otros productos alimenticios, entre ellos el queso, mientras que los cuencos, tazas y platos se utilizaban como vajilla. En su mayor parte, la cerámica era de un color marrón rojizo, fabricándose con arcilla del Nilo (Emery, 1961, pp. 206-214). Aunque los artesanos que trabajaban para los ricos

disponían de gran número de instrumentos de cobre, se utilizaba todavía el sílex para fabricar cuchillos, raederas, puntas de flecha y de lanza, hojas de hoz, perforadores y otras herramientas. Hasta bien entrada la Dinastía I, se siguieron fabricando magníficos cuchillos de sílex en forma de cimitarra. Estos cuchillos, aunque posiblemente se fabricaban con finalidades rituales, confirman sin duda la maestría en el trabajo del sílex que se había conseguido durante el Período Guerzeense (Emery, 1961, p. 233; Saad, 1969, láms. 40-42).

En otros aspectos, la cultura del Período Protodinástico manifestó un sustancial avance con respecto a la de la época predinástica. La carpintería parece haber alcanzado un rápido desarrollo a comienzos de la Dinastía I, sin duda gracias a la proliferación de herramientas de cobre. Especialmente, en las técnicas de ensamblaje, tallado e incrustación se manifiesta una sofisticación desconocida en el Período Predinástico. El mobiliario de las casas más ricas incluía ahora camas, sillas, taburetes y numerosos cofres y cajas, en ocasiones embellecidos con guarniciones de marfil o de cobre. Frecuentemente, las patas de los muebles se tallaban representando los miembros de bueyes. Se fabricaban también estatuas de madera de tamaño casi natural, ya en el reinado de Dyer (Emery, 1961, pp. 170-171). Se producían palanganas, cuencos, platos y otros recipientes de metal, así como espejos, por el procedimiento del batido y luego el vaciado del cobre. En estos recipientes se remachaban pitorros y a veces se les dotaba de mangos que se ataban con alambre de cobre. En general, los recipientes de cobre reproducían las formas de los de piedra. Aunque no se han conservado estatuas de cobre, existe la mención de una estatua de este metal del faraón Jasejemuy, del año 15 de su reinado (Edwards, 1971, p. 34). Las joyas se realizaban en oro, turquesa y lapislázuli. Se utilizaban láminas de oro talladas y estampadas en relieve para cubrir la empuñadura de las armas y adornar otros objetos. La cámara central de una tumba de Saqqara se hallaba recubierta desde el suelo hasta el techo de láminas de oro; esto nos permite hacernos una idea de las cantidades de este metal que podían obtenerse en esa época (Emery, 1961, p. 228). Por otra parte, el hueso y el marfil se utilizaban para realizar incrustaciones, joyas, puntas de flecha, cucharas, piezas para juegos y estatuillas. El modelado y el dibujo de los detalles en algunos de los objetos de marfil de mejor calidad es de una gran perfección. Cuentas, colgantes, amu-

letos e incrustaciones se realizaban también con fayenza, en una gran variedad de formas (Emery, 1961, pp. 228-231).

Los productos más característicos del Período Protodinástico son un gran número de vasos fabricados con esteatita, esquisto, alabastro, mármol, cuarzo, basalto, diorita y muchos otros tipos de piedra. Aunque la manufactura de estos vasos suponía la continuación de una larga tradición del trabajo de la piedra en el Alto Egipto, los niveles estéticos alcanzados no tienen parangón en una época anterior o posterior. Con las piedras menos duras, en especial el esquisto y el alabastro, se modelaban vasos de un diseño extraordinariamente plástico, mientras que las piedras más duras se utilizaban para fabricar vasos de formas más sencillas. En ocasiones, en los vasos de un tipo de piedra se realizaban incrustaciones de otra piedra. Muchos de los millares de vasos de piedra que se enterraron en la Pirámide Escalonada a comienzos de la Dinastía III fueron fabricados en el Período Protodinástico (Emery, 1961, pp. 214-217).

Las cabezas de maza votivas y las paletas del Guerzeense final, que son testimonio del desarrollo de la escultura en bajorrelieve con anterioridad a la Dinastía I, no perduraron durante mucho tiempo. Sin embargo, siguieron realizándose esculturas en bajorrelieve, como lo demuestran la estela funeraria de Ábido y un friso de leones en un dintel de caliza de la tumba de la reina Merneit. En cuanto a las estelas reales, muestran una gran desigualdad en el diseño y la ejecución. Algunas resultan primitivas en ambos aspectos, mientras que otras están bien talladas, pero carecen de equilibrio en el diseño. Por otra parte, la estela del rey Uadyi se cuenta entre los logros artísticos más importantes de la cultura egipcia antigua. En las postrimerías del período, las estelas rectangulares de Saqqara y Heluan retratan a los muertos sentados ante una mesa y rodeados de ofrendas funerarias (Vandier, 1952, pp. 724-774). De una jamba de granito de Jasejemuy, con inscripciones, se ha dicho que muestra el diseño y la simetría del Imperio Antiguo, pese al duro material con el que se realizó (Emery, 1961, p. 169).

La escultura de piedra también se desarrolló durante el Período Protodinástico. Entre las representaciones animalísticas hay que destacar un mandril de alabastro que lleva grabado el nombre de Narmer y un león de granito. Es posible que el famoso león de cerámica de Hieracómpolis date también de este período, aunque se ha dicho que podría pertenecer a la Dinastía III (Vandier, 1952, p. 977).

Una serie de figuras humanas, talladas en caliza y en granito y de tamaño menor que el natural, parecen pertenecer a la Dinastía II. Se trata de funcionarios arrodillados o de figuras sentadas. De finales del período datan dos estatuillas de Jasejem, una en esquisto y la otra en caliza. Desde el punto de vista estilístico, anuncian el arte clásico del Imperio Antiguo. La escultura del Período Protodinástico, con sus líneas nítidas, su creciente simetría y su intento de conseguir un efecto monumental, independientemente del tamaño, representa el período formativo en el desarrollo de un componente fundamental del arte egipcio clásico.

Ya hemos hecho referencia al desarrollo de la arquitectura funeraria durante este período. Si los llamados fuertes de la Dinastía II son, de hecho, palacios reales funerarios, poco es lo que se conserva de la arquitectura funeraria. No obstante, parece plausible que los nichos de ladrillo se utilizaran también en edificios no funerarios. Un muro con nichos, descubierto recientemente en la ciudad de Hieracómpolis, del Período Protodinástico, puede haber formado parte de alguna construcción real de la Dinastía I (Fairservis *et al.*, 1971-1972). La Piedra de Palermo registra la construcción de un templo de piedra a finales de la Dinastía II (Edwards, 1971, p. 66).

Son pocos los datos que poseemos acerca de los logros intelectuales del Período Protodinástico. Sin duda, existían archivos, que más tarde serían utilizados para compilar el texto de la Piedra de Palermo. Asimismo se han atribuido a este período, en base a evidencias internas, dos tratados. Uno de ellos, que recibe el nombre de Teología Menfita, atribuye la creación del mundo a Ptah, el dios protector de Menfis. El otro es una obra sorprendentemente empírica que trata de aspectos médicos (Aldred, 1965, pp. 63-64).

El Período Protodinástico parece haber sido una época de gran creatividad e inventiva, en el curso del cual fue tomando forma la cultura de élite del Egipto faraónico. Aunque esta creatividad continuaría durante la Dinastía III, lo cierto es que a finales del Período Protodinástico se hallaban ya bien asentados los principales elementos de la cultura cortesana del Imperio Antiguo. El desarrollo de nuevas capacidades y el florecimiento de tantas artes y oficios a comienzos de la Dinastía I, ha sido interpretado por algunos egiptólogos como una «prueba irrefutable» de que se produjo una incursión en el valle del Nilo que llevó consigo la cultura del Período Protodinástico (Emery, 1961, p. 165). Ya nos hemos referido a la influen-

cia mesopotámica, influencia que sólo fue transitoria y que fue sustituida por convenciones estilísticas de origen indígena y que caracterizaron la cultura egipcia en épocas posteriores. Las continuidades entre las culturas de los Períodos Predinástico y Protodinástico son tan numerosas que se hace necesaria una explicación que no sea la de la migración o la difusión cultural, para explicar las diferencias entre ambos períodos.

El factor fundamental en la aparición de nuevas tradiciones artesanales parece haber sido el hecho de que fue a comienzos del Período Protodinástico, o un poco antes, cuando una serie de artesanos quedaron bajo el patrocinio y control de la corte real. Ciertamente, hasta entonces había habido en Egipto artesanos cuya obra era de gran calidad. Sin embargo, parece que estos artesanos consideraban que el mercado para sus productos era su comunidad, su región o Egipto como un todo, más que una clase concreta de la sociedad egipcia. Si bien algunos de los productos que fabricaban podían estar destinados a los templos o a los miembros más ricos y poderosos de la comunidad, éstos eran tan sólo algunos de sus clientes. En los tiempos primitivos, probablemente los gobernantes se contentaban con conseguir los servicios de estos artesanos generales.

Pero a comienzos de la Dinastía I, los faraones egipcios comenzaron a emplear a un número creciente de especialistas a jornada completa. Conforme fue creciendo el estado egipcio, la corte y la jerarquía de funcionarios aumentaron, constituyendo un mercado más amplio para productos especializados y servicios y esto facilitó, a su vez, un alto grado de especialización. Una de las consecuencias de esta especulación fue el incremento notable en la calidad de los productos fabricados. Comenzaron a existir artesanos cuyo único trabajo consistía en fabricar productos de lujo para las clases altas. La necesidad de coordinar las actividades de los grupos de especialistas impulsó también el desarrollo de la escritura y de numerosas especialidades administrativas relacionadas con el gobierno real. Dentro del sistema general, los artesanos estaban sometidos al control de los escribas y burócratas encargados de abastecerles y de coordinar sus actividades. Una de las consecuencias de este control de la producción por parte de contables y administradores debió ser la de desalentar las innovaciones una vez que se consiguieron métodos aceptables de producción. El corolario de este hecho ha sido subrayado por Aldred cuando afirma que, a pesar de las experimentaciones que se realizaron

durante el Período Protodinástico, cuando se alcanzó una solución el desarrollo se detuvo, añadiéndose una nueva convención a las tradiciones existentes (Aldred, 1965, p. 53).

Dado que Egipto se hallaba unificado bajo un solo gobierno, cuando menos a partir de la Dinastía I, se creó una red común de artesanos altamente especializados para servir a un grupo de patronos en una escala sin parangón entre las ciudades-estado de Mesopotamia, incluso aunque algunas ciudades mesopotámicas detentaron en ocasiones la hegemonía sobre las demás. En consecuencia, no es sorprendente que en el Imperio Antiguo se emprendieran proyectos de construcción imposibles de realizar en Mesopotamia y que en los oficios especializados, como los del trabajo de la piedra, la habilidad de los artesanos egipcios superara con mucho la de sus contemporáneos mesopotámicos. Por contra, Egipto quedó a la zaga del sudoeste asiático por lo que respecta a las innovaciones tecnológicas básicas. Este hecho queda demostrado por la tardía introducción del bronce y el hierro. Los productos de lujo de la cultura egipcia, patrocinada por la corte, iban dirigidos únicamente a una élite y eran los símbolos materiales de su *status* superior en la sociedad egipcia. Ocasionalmente, las obras menores de los artesanos especializados podían llegar a elementos situados más abajo en la escala social, o ser adquiridas por algún individuo excepcionalmente rico residente en la zona rural. Parece, asimismo, que poco a poco se difundieron hasta el pueblo común versiones simplificadas y de menos calidad de las modas de la corte. No obstante, en conjunto, la producción y el comercio locales continuaron satisfaciendo las necesidades de la gran mayoría de los egipcios, como había ocurrido en el Período Predinástico.

Conclusión

Aunque no se debe excluir la posibilidad de que determinadas plantas y animales fueron domesticados localmente, el modelo de producción de alimentos en Egipto a partir del Período Predinástico fue, sin duda, una extensión del modelo vigente en el sudoeste de Asia. Al norte de la Primera Catarata, el valle del Nilo abarcaba una llanura aluvial de mayor amplitud y más fácil de cultivar que ninguna de las existentes en el sudoeste de Asia. La abundancia de caza y de plantas silvestres para el consumo pudo frenar la producción de ali-

mentos y sólo a finales del Período Predinástico la población pasó a depender casi por completo de la agricultura y la ganadería. Además, los recursos naturales del delta, extraordinariamente rico, pudo ser causa de que en esa región se desarrollara más lentamente que en el Alto Egipto todo el potencial de una economía productora de alimentos. Sin embargo, tanto en el Alto como en el Bajo Egipto, la llanura aluvial poseía potencial suficiente para soportar un gran incremento demográfico y para el desarrollo de una sociedad más compleja, consecuencia de una mayor productividad inherente a la economía agrícola. Más al sur, en Nubia, la llanura aluvial, angosta y discontinua, no permitía mantener esas esperanzas. En esa región, la producción de alimentos parece simplemente haber compensado la disminución de los productos naturales. La población siguió siendo allí escasa y organizada sobre una base tribal.

El desarrollo de una sociedad compleja en Egipto se vio impulsado, además, por la proximidad de la zona meridional del Alto Egipto respecto a los recursos minerales del desierto oriental. Se ha dicho que el oro se convirtió en un producto importante para el intercambio con el sudoeste de Asia, probablemente en el Período Guerzeense. Este comercio fortaleció el poder regulador de aquellos dirigentes cuyas comunidades se hallaban bien situadas para explotar estos recursos y pudo haber sido un factor fundamental en el proceso que llevó a esas comunidades a convertirse en centros económicos y políticos importantes. La competencia comercial pudo desembocar en conflictos políticos entre los nacientes estados del Sur de Egipto y el deseo de proteger el comercio con Palestina y el resto del sudoeste de Asia, o de eliminar a los intermediarios, pudo llevar a la conquista del Norte de Egipto, a comienzos de la Dinastía I o quizás antes.

La consolidación del estado egipcio fue consecuencia de la aparición de un sistema administrativo centralizado y de una gran tradición centrada en la corte, proclamada en un Egipto unificado que, a partir de entonces, incluso en las épocas de crisis políticas, dominarían el pensamiento de la élite egipcia. La pronta aparición de un fuerte gobierno centralizado eliminó muchos de los factores que en el sudoeste de Asia condujeron a la formación de centros urbanos con objetivos defensivos. En Egipto, los centros administrativos regionales no fueron necesariamente núcleos densamente poblados y el campesinado permaneció disperso en pequeñas aldeas. La corte real estableció las pautas culturales de todo el país, convirtiendo al

faraón en la fuente de todo poder y promoción y, asimismo, de un sistema de vida que la élite, y hasta cierto punto todos los egipcios, deseaban compartir. La ausencia de enemigos poderosos en la periferia fue, en los primeros tiempos, una fuente de estabilidad para la sociedad egipcia en comparación con la situación existente en Mesopotamia. No obstante, las tradiciones de élite, combinadas con las dimensiones de la sociedad, fueron capaces, más tarde, de sobrevivir a períodos de inestabilidad interna y de conquista exterior durante más de 3.000 años. Sin duda, el mayor logro del Período Protodinástico fue la creación de una tradición de élite en tan amplia escala.

Apéndice

CRONOLOGÍA DEL PERÍODO PROTODINÁSTICO

Reyes predinásticos

La Piedra de Palermo, en su registro superior, tiene siete nombres que se han conservado completamente, y dos parcialmente. Todos llevan la corona del Bajo Egipto. Hay indicios de más determinativos en ambos extremos. El principal fragmento del Cairo posee diez determinativos; seis llevan la doble corona de un Egipto unificado.

Rey Escorpión (?)
Ka

Dinastía I (desde 3000 ± 100 hasta *c.* 2890 a.C.)

Narmer
Aha
Dyer (Zer, Sejti)
Uadyi (Zet, Dyet, Edyo)
Udimu (Den)
Andyib (Anedyeb, Enezib)
Semerjet
Qaa (Kaa)
(Merneit pudo haber sido una reina gobernante en la primera parte de la dinastía)

Dinastía II (desde c. 2890 hasta 2686 a.C.)

Hotepsejemuy
Raneb (Nebre)
Nineter (Ninecher)
— Uneg [1]
— Sened [1]
Sejemib
Peribsen [2] } ¿el mismo gobernante?
Jasejem
Jasejemuy [3] } ¿el mismo gobernante?

NOTAS: 1. Nombre personal, nombre de Horus desconocido. 2. Nombre de Set. 3. Nombre de Horus y Set.

FUENTE: Orden basado en la *Cambridge Ancient History*, 3.ª ed., vol. I, parte 2.ª, p. 994. Para las correlaciones de Horus y los nombres personales, véase *ibidem*, y para otras interpretaciones de la cronología de este período, Gardiner (1961, pp. 429-432).

Capítulo 2

EL IMPERIO ANTIGUO, EL IMPERIO MEDIO Y EL SEGUNDO PERÍODO INTERMEDIO (c. 2686-1552 a.C.)

El Imperio Antiguo y el Imperio Medio representan conjuntamente una importante fase unitaria en el desarrollo político y cultural de Egipto. El Período Protodinástico había asistido al desarrollo y consolidación de un tipo de gobierno y de una cultura cortesana que, con la Dinastía III, alcanzó una eficacia que señaló el comienzo del cenit en la civilización del antiguo Egipto. Transcurridos cinco siglos y después de la Dinastía VI (*c.* 2181 a.C.), el sistema parece haberse tambaleado, siguiendo un siglo y medio de afirmación provincial y de guerra civil, el Primer Período Intermedio. Pero el restablecimiento de un gobierno central poderoso que siguió hacia 2040 a.C. parece haber sido, con ciertos cambios de matiz, el restablecimiento de los modelos del Imperio Antiguo. Hay, pues, no pocos argumentos para tratar conjuntamente algunos aspectos importantes del Imperio Antiguo y del Imperio Medio.

La monarquía divina

La monarquía divina es el rasgo más destacado de Egipto en estos períodos. Su culto tuvo expresión monumental en forma de grandes complejos religiosos centrados en las pirámides, alcanzando una grandeza no superada en ningún otro lugar del Próximo Oriente. No obstante, pese a su enorme influencia en la civilización egipcia, no es fácil presentar un relato coherente de sus doctrinas, especial-

mente si se pretende evitar mezclar material procedente de períodos muy alejados unos de otros. Una razón que explica este hecho es el sistema egipcio de comunicación, que presenta la doctrina no en forma de tratados con sólidos argumentos que intentan convencer, sino como una serie de afirmaciones concisas que a menudo resultan profundamente crípticas. Las atribuciones básicas son que el rey detenta un cargo divino, él es «el dios bueno»; que es una encarnación particular de Horus, un antiguo dios-cielo y dios-halcón que se vinculó estrechamente con el culto solar de Re; que es un hijo de Re, el dios-sol, aspecto incorporado en la titulación real a partir de la Dinastía IV. A finales del Imperio Antiguo, el dios fallecido se identificaba con Osiris, dios de los muertos, con una especial relación con la monarquía.

Para los períodos que estamos estudiando, hay tres textos —o grupos de textos— importantes que tratan de la monarquía divina. Uno es la Teología Menfita, conocida a partir de una copia del siglo VIII a.C. de un documento muy anterior, posiblemente del Imperio Antiguo o antes, aunque éste es un aspecto controvertido. Intenta explicar la dualidad geográfica de la monarquía egipcia, la posición de los dioses Horus y Set y la supremacía de la capitalidad de Menfis y, en último extremo, de su dios creador, Ptah. Se presenta a Horus como el primer rey del Alto y del Bajo Egipto. Antes era sólo rey del Bajo Egipto, pero consiguió el *status* de rey de todo el Egipto unificado después de que el dios Gueb le concediera también la monarquía del Alto Egipto, que hasta entonces detentaba Set. El elemento mítico es tan evidente que no tiene sentido buscar rasgos estrictamente históricos, especialmente porque la imagen que presenta está en total desacuerdo con los datos aportados por la investigación arqueológica. El segundo es el Papiro Dramático del Rameseo, que data del reinado de Sesostris I (*c.* 1971 a.C.). Contiene 46 escenas ilustradas por 31 dibujos e incluye instrucciones para la realización de actos rituales. Los rituales, acompañados por notas acerca de su significado místico, parecen corresponder al acceso del faraón al trono o a su ceremonia de jubileo y, por tanto, hay que pensar que en este texto encontramos las ideas fundamentales de los egipcios sobre la monarquía. Vemos que se refiere fundamentalmente a la relación del faraón con Horus, Osiris y Set, a la misma situación para la que ofrece su explicación «histórica» la Teología Menfita. La tercera fuente fundamental son los Textos de las Pirámides, grabados

en las secciones subterráneas de las pirámides de los faraones, desde Onos hasta Fiope II, y Aba de la Dinastía VIII, y de las tres últimas reinas de la Dinastía VI. Aunque su lenguaje parece arcaico, quienes elaboraron los textos para una pirámide concreta debían tener el suficiente conocimiento del lenguaje para adaptar esos textos a las revelaciones cambiantes e incluso para realizarlos. Las alusiones a Osiris y Set, cada vez más numerosas y de diferente naturaleza, constituyen la demostración de que representan una tradición viva. Su objetivo es afirmar la supremacía del faraón como un dios, después de su renacimiento, en la vida de ultratumba. Aunque las menciones de Horus y Osiris aparece en todas partes, el punto cenital de los textos se alcanza con la identificación del faraón con Re y una vida cósmica en el cielo.

Dado que en el pensamiento egipcio, que trataba de explicar el presente a través de mitos históricos, tenía tanta fuerza el elemento etiológico, y dada la naturaleza del pensamiento egipcio que no exigía que se hiciera explícita la conexión entre afirmaciones, es difícil tanto reconstruir a partir de un texto un estudio anterior de desarrollo como hacer algo más que describir las diferentes facetas teológicas de la monarquía en los propios términos de los egipcios. Sin embargo, es evidente que cualquier explicación debe comenzar con el tema Osiris-Horus-Set, que reforzaba la monarquía y uno de cuyos temas principales era relacionar, en la forma más estrecha posible, la persona del rey viviente con sus antepasados reales, asegurando así que el proceso histórico de sucesión real permanecía siempre dentro de un cuerpo mítico central y autoritario. La relación con Re, el dios sol, era presumiblemente un cumplido abstracto a la majestad y poder del rey viviente. En definitiva, los dogmas servían para reforzar el proceso histórico por el cual una autoridad central había llegado a controlar una red de comunidades políticas establecidas desde hacía largo tiempo, y se veían reforzadas continuamente por el ritual y por la iconografía del ritual que, por ejemplo, hacía que el rey fuera responsable de las ceremonias de los templos de las provincias.

La prominencia y consistencia con que se proclamaba la teología divina descarta que se pueda contemplar la función del faraón como un cargo político y, por tanto, que se escribieran relatos de historia, de la que apenas sabemos nada por lo que respecta al Imperio Antiguo y al Imperio Medio. Las fuentes son tan escasas que la historia

narrativa puede ser considerada como una forma literaria inadecuada, especialmente si comenzamos a pensar que la impresionante fachada de uniformidad y continuidad que presentan las inscripciones y monumentos destinados a presentar la teología de la monarquía divina ocultan un escenario político complejo y cambiante.

Las realidades del poder terrenal —las usurpaciones y las complejas relaciones familiares, de las que conocemos un ejemplo bien estudiado de la Dinastía IV (Goedicke, 1954, 1955; Reisner y Smith, 1955, pp. 1-2)— implican que la monarquía debía ser percibida en más de un nivel y que era necesaria una cierta racionalización. Se ha dicho (Goedicke, 1954) que esto puede observarse en los diferentes términos utilizados para referirse al faraón, distinguiendo el individuo humano del detentador del cargo divino (las justificaciones antiguas para la sucesión real han sido analizadas por Brunner, 1955; Otto, 1969, y Tanner, 1974). En una serie de textos del Imperio Medio y del período inmediatamente anterior, se presenta a la monarquía como un factor importante en la vida de los hombres. En algunos de ellos, se admite libremente el carácter político de la monarquía, especialmente en dos textos, que pretenden ser tratados en los que un faraón aconseja a su hijo y sucesor. Estos textos, escritos de forma introspectiva, dan consejos para el mantenimiento del poder y lamentan la perfidia a la que se ve sometida la monarquía. Uno de ellos es la Instrucción del rey Amenemes (véase Lichtheim, 1973, pp. 135-139; Pritchard, 1969, pp. 418-419; Simpson, 1973, pp. 193-197). El texto más antiguo, la Instrucción para Merikare (Lichtheim, 1973, pp. 97-109; Pritchard, 1969, pp. 414-418; Simpson, 1973, pp. 180-192) es particularmente notable por su humanidad, por su visión racional de la monarquía y por su énfasis en la responsabilidad regia:

> Bien guardados están los hombres, el ganado de dios.
> Él hizo el cielo y la tierra según su deseo,
> y rechazó al demonio de las aguas.
> Hizo el aliento de vida para sus narices.
> Ellos que han salido de su cuerpo son sus imágenes.
> Él aparece en el cielo según sus deseos.
> Hizo para ellos las plantas, los animales, las aves y los peces para alimentarlos...
> Hizo para ellos dirigentes (incluso) en el huevo,
> un soporte para soportar la espalda de los incapacitados.

> Hizo para ellos magia en forma de un arma para prevenir lo que pudiera ocurrir (líneas 130-137).[1]

La posición del rey desde este punto de vista está bien resumida en un texto más formal del faraón Sesostris I:

> Él (el dios Haractes) me creó para que hiciera lo que él había hecho, para que llevara a cabo lo que él ordenara que se hiciera. Me nombró pastor de esta tierra, porque sabía que la mantendría en orden para él.[2]

En la concepción egipcia de la monarquía era fundamental el concepto de *maat*, que aunque en ocasiones pueda traducirse como «justicia» o «verdad», es un término cuyo significado va mucho más allá de la justicia legal o la exactitud factual. Se utilizaba para referirse al estado ideal del universo y de la sociedad y se personificaba en la diosa Maat. Aunque su existencia era eterna, su funcionamiento en el mundo de los hombres era responsabilidad del faraón y, como tal, debe haber actuado como freno al ejercicio arbitrario del poder: una moralidad «natural» en lugar de controles institucionales.

Este tema fue utilizado en el Imperio Medio. La profecía del lector-sacerdote Neferti (Neferit) (Helck, 1970; Pritchard, 1969, pp. 444-446; Simpson, 1973, pp. 234-240) se refiere a él con un sencillo recurso literario: se esboza una imagen de caos, calamidades naturales y anarquía en la sociedad. Luego, se describe la llegada de un faraón, probablemente Amenemes I, en forma de una época en la que todos los males desaparecerán: «la justicia (*maat*) ocupará de nuevo su lugar y la iniquidad, el caos, es superado» (líneas 68-69).[3] El tema de la sociedad caótica —caracterizada por la revuelta social, la perversión de la justicia, la falta de seguridad frente a la intervención extranjera, las calamidades naturales, el abandono del hombre

1. Una noción relacionada sobre la igualdad de la humanidad se expresa en un pasaje contemporáneo de los Textos de los Sarcófagos, parágrafo 1.130 (*CT* VII, 461 ss.); véase la literatura citada en Grieshammer (1974, p. 167); también Lichtheim (1973, pp. 131-132) y Pritchard (1969, pp. 7-8).

2. El llamado Rollo de Cuero de Berlín (P. Berlín, 3029); véase Goedicke (1974), Lichtheim (1973, pp. 115-118). Sobre la metáfora «pastor» de la humanidad, aplicada tanto a los dioses como al faraón, véase Blumenthal (1970, pp. 27-37), D. Müller (1961).

3. El estrecho e ilustrativo paralelismo entre Neferti y el Oráculo del alfarero, muy posterior, ha sido analizado por Koenen (1970); Goedicke (1977) sigue una línea de interpretación algo diferente.

por parte de dios y el alejamiento personal del mundo— parece haber sido en este período una preocupación literaria.[4] En ninguna parte se analiza con mayor detalle y sentido de la inmediatez que en las Admoniciones del sabio Ipuur, que presenta una imagen negativa cuidadosamente estudiada de la sociedad ideal, en la que, presumiblemente, no existía ya *maat* (Helck y Otto, 1972, cols. 65-66; Lichtheim, 1973, pp. 149-163; Pritchard, 1969, pp. 441-444; Simpson, 1973, pp. 210-229). La capacidad imaginativa de su autor ha llevado una y otra vez a considerar este texto como una crónica que describe un período de decadencia política y social a finales del Imperio Antiguo o del Imperio Medio.[5] Aparentemente, las lamentaciones de Ipuur se dirigen a un faraón a quien se considera responsable de los males que se describen: «la autoridad, el conocimiento y la verdad son tuyas y, sin embargo, es confusión lo que has sembrado por toda la tierra» (líneas 12, 12-12, 13). Se ha perdido el comienzo del texto, pero probablemente el escenario debía ser la corte de un faraón muerto mucho tiempo antes, como en el caso de la profecía de Neferti, o la historia escandalosa de Neferkare y el general Sasenet (Posener, 1957 *a*). No obstante, hay una parte del contenido que tiene un carácter positivo y al ensalzar las obligaciones piadosas de los reyes, parece reflejar la creencia, muy extendida, de que la piedad iba de la mano del éxito en el gobierno (líneas 10, 12-11, 10).

Esta literatura filosófica es característica del Imperio Medio y del Primer Período Intermedio, y se ha dicho que contiene un elemento de propaganda de la monarquía y del orden establecido de la sociedad, difundida a través de las escuelas de los escribas. Debe reflejar también el hecho de que la relación entre la humanidad y la divinidad de los reyes era un problema intelectual importante para los egipcios, aunque dado que su forma natural de pensamiento y expresión era particular más que abstracto, la forma que adoptaban sus discusiones puede parecer poco familiar y ser fácilmente mal interpretada. Por otra parte, debido a la ausencia de un cuerpo de textos similar, resulta

4. Otro texto importante es la fragmentaria lamentación de Jajeperre-seneb, cuyo nombre, compuesto con el nombre propio de Sesostris II, ayuda a su datación; véase Kadish (1973), Lichtheim (1973, pp. 145-149) y Simpson (1973, pp. 230-233).

5. Respecto a la segunda fecha, véase van Seters (1964, 1966, pp. 103-120). Una complicada historia de redacción se sugiere en Barta (1974) y Fecht (1972, 1973); estos estudios asumen también que los discursos clave se dirigen, en todos los casos, al dios creador, y en ningún caso a un faraón. Recientemente, una serie de especialistas han expresado muchas reservas acerca de la historicidad detallada del texto.

difícil realizar un juicio equilibrado acerca de las diferencias que existían en la monarquía de esta época con respecto a la del Imperio Antiguo, aunque en una primera impresión esta última puede parecer una época heroica de poder real absoluto, que no está matizado por las dudas y cuidados que se expresan en los textos posteriores. Sin embargo, aparece ya el concepto de *maat*, como fuerza que asegura un universo ordenado (por ejemplo, Textos de las Pirámides, §§ 1.582, 1.774-1.776) y cuya realización era responsabilidad de los faraones (Textos de las Pirámides, §§ 265, 1.774-1.776; los nombres de Horus de los faraones Esnofru y Userkaf eran, respectivamente, «Señor de *maat*» y «Realizador de *maat*»). Además, la asociación entre *maat* y la sociedad justa encuentra expresión en las Instrucciones del visir Ptahhotep de la Dinastía V: «la justicia (*mact*) es grande, su valor es duradero. No ha sido perturbada desde los días de quien la creó. El que transgrede las leyes es castigado» (líneas 88-90).[6] Así pues, los conceptos fundamentales estaban ya presentes en esa época temprana, aunque algunas de sus implicaciones más amplias no hallaran expresión literaria que haya sobrevivido. Sin embargo, el hecho de que durante el Imperio Medio se percibía la monarquía con diferentes matices se hace evidente en las estatuas reales del período, algunas de las cuales reflejan aspectos de la monarquía que resultan más complejos e intelectuales que el idealismo positivo del Imperio Antiguo. Es difícil evitar la conclusión de que el Primer Período Intermedio y su guerra civil tuvieron un efecto intelectual perturbador.

La familia real

Es tan poco lo que conocemos sobre la historia de estos períodos que en muchos casos desconocemos, incluso, la razón de los cambios dinásticos. Sin embargo, no hay duda de que con la excepción de los reyes hicsos palestinos del Segundo Período Intermedio, eran determinados por cuestiones de política interna centradas en gran medida en torno a la corte. La usurpación era una causa evidente, como en

6. El texto alternativo dice «desde la época de Osiris». El texto completo aparece traducido en Lichtheim (1973, pp. 61-80), Pritchard (1969, pp. 412-418) y Simpson (1973, pp. 159-176). Compárese también el texto corto del visir Neferseshemre en Lichtheim (1973, p. 17) y Sethe (1932-1933, p. 198).

el caso de Amenemes I, fundador de la Dinastía XII, a quien se ha identificado con un visir del mismo nombre en la corte del faraón anterior. Ahora bien, ignoramos las circunstancias que rodeaban a este tipo de acontecimientos. El estudio detallado de la gran necrópolis de Guiza nos ha permitido conocer un ejemplo de las complejas relaciones familiares que subyacían en la sucesión de los faraones, en este caso los de la Dinastía IV, y tal vez también en los primeros faraones de la Dinastía V (véase Goedicke, 1954, 1955; Helck, 1968; Pirenne, 1932-1935, vol. II, pp. 14-23; vol. III, II, pp. 401-402; Reisner y Smith, 1955, pp. 1-12). Un texto literario de finales del Imperio Medio, el Papiro Westcar, parece cubrir los mismos aspectos y narrar las circunstancias que rodearon los orígenes de la Dinastía V, a cuyos tres primeros faraones se presenta como hijos del dios sol y de la esposa de uno de sus sacerdotes (Lichtheim, 1973, pp. 215-222; Simpson, 1973, pp. 15-30). La profecía de su accesión y de la piedad de su futuro gobierno se realiza ante el rey Quéope, constructor de la Gran Pirámide, que al parecer tuvo en la Antigüedad una reputación de impiedad y crueldad. En esta historia, su impiedad se caracteriza por una búsqueda de información sagrada (ignoramos cuál exactamente; véase Hornung, 1973), que pueda utilizar en la construcción de su propia tumba. La historia, a la que podríamos llamar «El destino de la casa de Quéope» ejemplifica, una vez más, el tema de que la piedad y la impiedad tienen consecuencias históricas y sirve, por tanto, para ilustrar el abismo entre la historiografía antigua y moderna.

La Dinastía IV es, virtualmente, el único período en el Imperio Antiguo y el Imperio Medio en el que es posible obtener una información bastante completa acerca de la familia real, especialmente por lo que respecta a la línea masculina. La prominencia de la familia real en la gran necrópolis de Guiza, en grandes tumbas próximas a la pirámide de Quéope, encuentra paralelo en la prominencia de los hijos del faraón en la administración. Durante toda la Dinastía IV existe una línea de visires, la mayor parte de los cuales se ocupaba también de los proyectos de construcción del faraón, y que eran los hijos de los faraones, aunque no estaban destinados a sucederles en el trono. El último de ellos, Sejemkare, hijo del faraón Quefrén, sirvió probablemente en el reinado de Sahure de la Dinastía V, pero a partir de entonces (aunque con una excepción) ningún visir lleva el título de «hijo del faraón», aunque estuviera casado con una princesa

(Pirenne, 1932-1935, vol. II, pp. 106-108; vol. III, I, pp. 58-65; Weil, 1908).[7] Realmente, resulta muy difícil llegar a saber algo acerca de los hijos del faraón. El problema se complica aún más por la utilización ocasional del término para referirse al nieto del faraón, así como por su eventual uso como indicador de rango (Baer, 1960, p. 45; Von Beckerath, 1964, pp. 100-101; Nims, 1938). Al parecer, se han localizado en Saqqara cinco tumbas de príncipes de las Dinastías V y VI. Ni por su tamaño ni por la posición que ocupan en la necrópolis se distinguen de la gran masa de tumbas de los funcionarios y en la medida en que las tumbas eran símbolo de *status*, no indican que sus propietarios tuvieran un nivel de vida destacado. Los títulos de este grupo de príncipes los sitúan en la administración, aunque no en un puesto muy elevado de la jerarquía. Uno de ellos, Nefer-seshem-seshat (Baer, 1960, n.º 275; Gauthier, 1907, p. 198) era visir y director de las obras del faraón; otros dos príncipes (Izezi-anj: Baer, 1960, n.º 64; Gauthier, 1907, p. 138; y Ka-em-chenent: Baer, 1960, n.º 530; Gauthier, 1907, p. 197) eran directores de las obras del faraón y comandantes del ejército, mientras que los otros dos (Ra-em-ka: Baer, 1960, n.º 303; Gauthier, 1907, p. 197; y Sachu: Baer, 1960, n.º 419; Gauthier, 1907, p. 198) ocupaban puestos de menor importancia, uno de ellos de carácter sacerdotal. Un sexto príncipe (Jesu: Baer, 1960, n.º 395; Gauthier, 1907, p. 168) respecto al cual es problemática la localización de la tumba, era «inspector de sacerdotes» en uno de los templos de las pirámides, y un príncipe de finales de la Dinastía IV o de comienzos de la Dinastía V, sin títulos ejecutivos, fue probablemente enterrado en Abu Roash (Fischer, 1961 *a*). La relativa insignificancia de los príncipes en la administración de finales del Imperio Antiguo, durante un período de unos tres siglos, se deduce también de su ausencia total en los textos referentes a la administración, así como de las listas de la corte que se han conservado en los relieves de los templos de las pirámides del Imperio Antiguo. Aunque en este caso los príncipes ocupan un lugar de honor, no tienen ningún título, o en todo caso, un título sacerdotal: «sacerdote de Min», o «lector-sacerdote».

7. Yoyotte (1950) cita un ejemplo de otras princesas que contrajeron matrimonio con otros altos funcionarios; también Pirenne se renere al mismo tema (1932-1935, vol. III, II, p. 497). Otro caso de un visir que también era «hijo del faraón» es el de Teti, enterrado cerca de la pirámide de Fiope II, pero muy posiblemente hay que situarlo después de finalizada la Dinastía VI (Kees, 1940, pp. 48-49).

Su existencia pasa todavía más inadvertida en el Imperio Medio. Si, como parece por los resultados negativos de los exámenes de los recintos de las pirámides reales, sus tumbas eran iguales que las de los funcionarios y se hallaban dispersas entre las de éstos, la gran destrucción que han sufrido estas necrópolis pueden explicar este hecho. Una estela reutilizada de Dahshur y que corresponde al príncipe Amenemes-ankh, menciona una serie de títulos, pero todos ellos son sacerdotales (De Morgan, 1903, figs. 111, 128).[8] También es notable su ausencia de los archivos administrativos, entre ellos en un largo fragmento de un diario de la corte (Papiro Bulaq, 18; Scharff, 1920), donde se mencionan como miembros de la familia real a un príncipe, una reina, tres princesas y no menos de nueve «hermanas reales».

Sin duda, el papel insignificante reservado a los príncipes contribuyó a la estabilidad del gobierno, especialmente en el difícil momento de la sucesión. En la Dinastía XII se aseguró el sistema de sucesión recurriendo a la asociación al trono, nombrándose faraón al heredero cuando su padre vivía todavía, contándose su reinado a partir de ese momento. Por ejemplo, la asociación de Amenemes I y de Sesostris I duró diez años. No obstante, la Historia de Sinuhé, que data de este período, describe la muerte de Amenemes como un momento de inestabilidad (líneas R 17-24, traducidas en Lichtheim, 1973, p. 224; Pritchard, 1969, pp. 18-19, y Simpson, 1973, pp. 58-59).

El *status* de los príncipes, tal como se refleja en las prácticas funerarias, contrasta notablemente con el de las princesas, reinas y madres de los faraones. Aunque la tumba monumental de Guiza, que pertenece a la reina Jentkaus, figura ancestral de la Dinastía V, es ciertamente excepcional, es un rasgo típico del Imperio Antiguo y del Imperio Medio que aparezcan tumbas importantes para las damas reales inmediatamente adyacentes a la pirámide del faraón. En el Imperio Antiguo, algunas de estas tumbas tienen también forma piramidal. A pesar de que se utilizan títulos como «hija del faraón» o «esposa del faraón», no sabemos con certeza si quienes las detentaban eran realmente reinas, o hijas, concubinas o hermanas del faraón. En la pirámide de Sesostris III en Dahshur, las tumbas de las

8. Señalemos también la estela del príncipe Hepu (aún sin publicar), procedente de el-Lisht, a la que se hace referencia en Gauthier (1907, vol. II, p. 130, n. 25).

damas reales constituían una catacumba cuidadosamente planeada con cuatro capillas por encima del nivel del suelo, conformándose al diseño general del complejo de la pirámide. Esto sugiere que sus preparativos funerarios se habían realizado sin tener en cuenta cuáles pudieran ser sus perspectivas de matrimonio. Otro aspecto que confirma la importancia de las damas de la corte en el culto funerario es el culto a determinadas estatuas que, en algunos casos, realizaban los sacerdotes asignados a algunas de las pirámides reales. Los archivos administrativos de las pirámides de Neferirkare de la Dinastía V, en Abusir, y de Sesostris II de la Dinastía XII, en Illahun, atestiguan la existencia de cultos, en el primer caso para la reina Jentkaus (Posener-Krieger y de Cenival [1968, láms. III, XXXXV]; estos textos han sido traducidos por Posener-Krieger [1976]), y en el segundo caso, para una casa real predominantemente femenina (Borchardt, 1899; Kaplony-Heckel, 1971, n.os 3, 42, 73, 81, 107, 271, 287, 307, 311, 421).

Con quién se casaba el rey era un hecho que debía tener implicaciones políticas importantes, aunque por lo que respecta al Imperio Antiguo y al Imperio Medio no poseemos datos que permitan afirmar que existiera la costumbre —como en épocas posteriores— de que el faraón aceptara en matrimonio a la hija de un rey extranjero —o cuando menos del Asia occidental— como parte de un arreglo diplomático. Se afirmaba anteriormente que los primeros faraones de la Dinastía XII eran de sangre nubia, pero esta deducción no es ya segura (Posener, 1956, pp. 47-48). Una interpretación errónea, de alguna forma similar, de los escasos datos disponibles llevó a afirmar el origen libio de una de las principales esposas del faraón Quéope (Reisner y Smith, 1955, p. 7). Lo cierto es que resulta muy difícil descubrir algún dato acerca de las reinas. En consecuencia, es problemático afirmar hasta qué punto es singular el caso de dos esposas de Fiope I de la Dinastía VI, madres de los futuros faraones Merenre y Fiope II. Ambas eran hijas de una dama de la corte casada con un individuo del pueblo llamado Jui. Uno de sus hermanos, Dyau, llegó a ser visir, y un hijo de éste alcanzó el cargo de gobernador provincial (Gardiner, 1954; Goedicke, 1955). Ahora bien, resulta difícil concluir —como se ha dicho— si este hecho constituyó un hito histórico importante en el debilitamiento de la monarquía con respecto a los gobernadores provinciales, o bien si se trata meramente

de un ejemplo más de cómo el poder se mantenía fuera del alcance de los príncipes y cortesanos.[9]

La administración central

Durante todo el Imperio Antiguo, la capital de Egipto siguió siendo Menfis. Aunque una parte —posiblemente no muy grande— de la ciudad antigua y del cementerio adyacente sobreviven todavía en Mit Rahina, no se ha realizado un trabajo arqueológico importante en Menfis, por lo cual son pocos los datos que podemos añadir al hecho de su capitalidad (Kemp, 1976 *b*; Montet, 1957, pp. 27-34). En especial, carecemos por completo de datos respecto al aspecto, e incluso al tamaño, del palacio real. En las Dinastías XII y XIII, aparece un término para la capital, «Amenemes-Ittauy» («El rey Amenemes [I] conquista los dos países»), abreviado frecuentemente en Ittauy, y escrito dentro de un símbolo que representa un recinto fortificado. Más de un milenio después, existía todavía una ciudad del mismo nombre, situada en algún lugar entre Meidum y Menfis, y que aportó la primera prueba específica de que Ittauy podía estar separada de Menfis, aunque fuera únicamente un suburbio meridional, o tal vez más próxima a El-Lisht. Muy pocos documentos administrativos se conservan del Imperio Antiguo y del Imperio Medio, demasiado pocos para poder comprender la estructura total del gobierno en un momento determinado y menos aún para seguir con cierto detalle su desarrollo histórico. Ante esta ausencia, debemos apoyarnos sobre todo en los numerosos títulos de los funcionarios. Una dificultad importante a este respecto es el hecho de que los títulos no indicaban necesariamente un tipo de trabajo, sino que podían servir para situar a un individuo en la jerarquía del poder, indicando así su rango con relación a los demás. Ignoramos por completo qué tipo de obligaciones tenían, o se esperaba de, por ejemplo, «la boca de Nejen» (Hieracómpolis), o de un «superior del portal». A juzgar por lo que ocurría en otras culturas, para las que poseemos una documentación

9. La madre de Fiope I, Iuput, tenía una estatua de culto en Coptos, pero no sabemos si este hecho indica que era de origen provincial (Gardicke, 1967, pp. 41-54). Otro caso de conexiones de la familia real con las provincias es tratado en Habachi (1958).

más completa, cabe pensar que, en efecto, en la corte existían cortesanos, cuyo papel en la toma de decisiones en el proceso administrativo no estaba claramente definido, aunque podía ser importante. En las listas cortesanas del Imperio Antiguo parecen existir muchos individuos que podían pertenecer a esta categoría. Hay que tener en cuenta también la versatilidad administrativa que, con la experiencia organizativa, era una apreciada cualidad y que podía situar un hombre capaz al frente de los ejércitos que luchaban en el exterior, de expediciones a las canteras, o como responsable de los procedimientos legales en la corte. Al mismo tiempo, no hay que considerar automáticamente a los poseedores de títulos como funcionarios civiles sin otra ocupación. A partir de la información que nos proporcionan las inscripciones, podemos afirmar que la sociedad egipcia se hallaba dividida en tres grupos: hombres cultos que ejercían una autoridad derivada del faraón, aquellos que les estaban subordinados (guardianes de las puertas, soldados, canteros, etc.) y el campesinado analfabeto. Los títulos servían para situar al individuo en la sección de la sociedad donde se encontraban los que tenían privilegios y autoridad. Este hecho aparece reflejado en las composiciones literarias (especialmente en la Sátira de los Oficios). Ahora bien, no sabemos con precisión hasta qué punto las tareas administrativas ocupaban a esos individuos. Naturalmente, el servicio en el gobierno era una fuente fundamental de ingresos, que no consistían únicamente en lo necesario para cubrir las necesidades diarias, sino que incluían además tierras y equipamiento (incluso elementos arquitectónicos) para la tumba, aunque en ocasiones se proclamaba también la obtención independiente de estos bienes (Helck, 1956 *a*, 1975, caps. 7 y 8). No obstante, el resto de la información acerca de la riqueza privada es un tanto ambigua, pues la actividad comercial privada no aparece reflejada en las inscripciones formales que constituyen nuestra fuente principal de información. Con todo, la propiedad privada de la tierra está bien documentada para el Imperio Antiguo y el Imperio Medio, frecuentemente en forma de un monopolio o fundación piadosa y, en ocasiones, a una escala tal que situaba al propietario en el centro de un gran complejo agrícola con un importante mercado. A mayor abundamiento, los descubrimientos arqueológicos parecen indicar un sistema de mercado complejo y amplio, que en ocasiones satisfacía, incluso, la apetencia local de productos de lujo importados, produciendo imitaciones. En estas condiciones, es difícil aceptar que ese

mercado dependía totalmente, o al menos en gran parte, de un sistema cerrado de redistribución controlado por el gobierno.

Un documento único en su clase es un largo fragmento de un diario de la corte (Papiro Bulaq, 18) procedente del reinado de un faraón de comienzos de la Dinastía XIII (B. Adams, 1956, pp. 76-88; Scharff, 1920). Contiene aspectos contables de la corte y, al mismo tiempo, registra una serie de asuntos oficiales: la llegada de grupos del desierto (Medyau), presumiblemente para parlamentar con el faraón; la recogida de imágenes de culto de un templo local para una fiesta o la sofocación de un alzamiento en una ciudad acompañada de ejecuciones. Abarca un período en el que una parte de la corte residía en Tebas, por lo cual no hay que pensar que refleja la actividad normal de la corte en la capital. Por lo que respecta a la familia real, aparece una reina, un príncipe, tres hijas del faraón y nueve hermanas del mismo, algunos de los cuales poseían, probablemente, sus propias casas. Esta preponderancia de los parientes femeninos del faraón refuerza los datos que hemos analizado anteriormente con respecto a los hábitos funerarios. En cuanto a los funcionarios, un grupo de entre 8 y 13 aparecen mencionados regularmente, pero otros sólo son citados ocasionalmente, aumentando la lista de los libros de la corte hasta 66 personas, incluido el visir, en un día de fiesta. Estas listas de personal son, fundamentalmente, registros diarios de productos distribuidos, sobre todo pan y cerveza, pero también carne, hortalizas y pasteles de dátiles. La corte proveía también de animales e incienso para el culto del dios Montu en el vecino Medamud, cuya estatua, junto con la de «Horus, protector de su padre», era llevada al palacio cuando se celebraba una fiesta. Lamentablemente, sólo se citan en términos generales las fuentes de los ingresos de la corte, mencionando básicamente tres departamentos administrativos: «el departamento de la Cabeza del Sur»,[10] «la oficina de trabajo del gobierno» y «el Tesoro». En consecuencia, ignoramos si la fuente fundamental eran los impuestos o los recursos propiedad del estado. Otra fuente de ingresos era el templo de Amón en Tebas.

Una importante función del gobierno era la localización y recau-

10. Expresión referida a la zona más meridional del Valle del Nilo egipcio, que tenía un grado notable de coherencia política (véase pp. 177-178; también, Gardiner, 1957).

dación de los recursos necesarios para el mantenimiento de la corte y la realización de sus proyectos. Los recursos agrícolas de Egipto se dividían en tres clases de propiedades: aquellas poseídas directamente por la corona; las que pertenecían a fundaciones piadosas cuya relación con la corona era muy sutil; y en tercer lugar, aquellas que se hallaban en manos de individuos privados y que estaban sujetas a impuestos. El aspecto más importante en la recaudación de los impuestos era la estimación de la riqueza del país. Según la Piedra de Palermo (el principal fragmento se halla publicado, con comentario, en Schäfer, 1902), que cubre la mayor parte del Imperio Antiguo, el censo bianual de ganado es uno de los acontecimientos fundamentales para describir cualquier año de reinado y el mismo término traducido como «año de reinado» * deriva probablemente de este acontecimiento (von Beckerath, 1969). No obstante, una serie de decretos de exención del Imperio Antiguo muestran que las exigencias del estado afectaban a todo tipo de bienes, de forma que los impuestos podían calcularse sobre la base de los «canales, lagos, pozos y árboles» de una propiedad (Goedicke, 1967, pp. 56, 72). Asimismo, se podía obligar a las personas a trabajar para el gobierno y, posiblemente, a realizar el servicio militar (Goedicke, 1967, pp. 48-54; Helck, 1975, cap. 21). La información que poseemos sobre los impuestos en el Imperio Medio es muy escasa y se refiere en parte al ganado y en parte a la tierra y las cosechas, e incluye un fragmento de un diario que registra el trabajo de un equipo que mide la extensión de parcelas de tierra en una estimación para el tesoro (Helck, 1975, cap. 25; Simpson, 1965, p. 48; Smither, 1941). Algunos papiros de Kahun pueden ser interpretados como listas de censos de hogares y otros como inventarios detallados de posesiones personales, cuyo propósito habría sido la estimación para prestaciones personales o impuestos, y en cualquier caso, debían poner en manos del gobierno un cúmulo impresionante de información personal. Otro papiro (Hayes, 1955), de la Dinastía XIII, posee extractos de un registro de una prisión en la que se enumeran egipcios que, al no haber cumplido con sus obligaciones de trabajo para con el gobierno, habían sido adscritos a granjas y campos de trabajo del gobierno, incrementando así los recursos directos de la corona.

Cabe pensar que existía una red de agencias del gobierno difundidas por todo el país, que intentaban por métodos burocráticos la estimación y administración total de los recursos, y supervisando

en grados diferentes el funcionamiento semiautónomo de las fundaciones religiosas y de las propiedades privadas, cuyos propios «funcionarios» habrían tenido como principal preocupación no el facilitar la transferencia de la riqueza a la corona, sino más bien la operación efectiva de la fundación o de la explotación, de los que eran los principales beneficiarios. La tensión o división de lealtades resultante, que se hará más patente cuando analicemos el gobierno provincial y que tal vez encontró una vía de escape en las cartas de inmunidad, no se explicita en los textos formales porque éstos responden a una visión particular de la sociedad ideal, donde el servicio leal al rey era lo más importante.

El segundo aspecto importante de gobierno era la administración de la ley y la justicia, obligación para la que se encontraba justificación en el concepto egipcio de *maat*, hasta el punto de que algunos altos funcionarios contaban, entre sus títulos, el de «sacerdote de Maat». La escasa documentación que ha llegado hasta nosotros trata, en gran parte, de la propiedad, su posesión y su transmisión. Pero una vez más, parece típico del sistema egipcio que la función judicial no fuera prerrogativa de un cuerpo profesional, especialista, reflejado en una categoría claramente definida de títulos oficiales. Es cierto que los títulos de determinados funcionarios y cuerpos, como el de «director de las seis grandes casas», parecen referirse por completo al aspecto judicial, pero la capacidad básica de juzgar parece haberse extendido en general a todos aquellos individuos que ocupaban una posición de autoridad, incluso en los casos en que esos títulos parecen fundamentalmente administrativos.[11] Otras veces, las decisiones judiciales y administrativas (distinción moderna que no existía en la Antigüedad) se realizaban de forma colectiva, por consejos o comités, tal vez creados *ad hoc* (S. Gabra, 1929; Goedicke, 1967, pp. 133, 170; Hayes, 1955, pp. 45-46). La solución de los litigios, con todo lo que esto implicaba en términos de favoritismo, debía ser una de las

11. Cf. las afirmaciones respecto a juicios imparciales realizadas por diferentes funcionarios, por ejemplo Anthes (1928, n.º 14, ll. 9-10; Sethe, 1932-1933, vol. I, p. 133, ll. 4, 5). Ptahhotep, líneas 264-276, parece ser un consejo sobre la conducta que para con los que realizan peticiones deben observar los funcionarios, generalmente «a los cuales se les hacen las peticiones». En la Historia del Campesino Elocuente, el campesino dirige sus locuaces peticiones a un «gran intendente», en la «puerta»* y en la «entrada del templo».* Un útil comentario sobre la «puerta» aparece en Gardiner (1925, p. 65). La Historia del Campesino Elocuente está traducida en Lichtheim (1973, pp. 169-184), Pritchard (1969, pp. 407-410) y Simpson (1973, pp. 31-49).

atribuciones fundamentales de las autoridades provinciales. La cuestión de hasta qué punto eran responsables ante una autoridad superior en las épocas en las que el gobierno central era débil, está estrechamente vinculada con el importante factor de la autonomía provincial, respecto a la cual nos extenderemos más adelante. No obstante, no sabemos si realmente existía un código legal o consuetudinario que rigiera en general la conducta, un código criminal. El documento más importante es probablemente el mismo papiro del Imperio Medio con el registro de prisión que hemos mencionado más arriba y que registra la incoación de procesos criminales contra aquellos que intentaban escapar a las prestaciones personales impuestas por el gobierno. Por lo que respecta a las «leyes» cita variaciones concretas de la ofensa general, lo que implica la existencia de un código de derecho muy detallado que, por lo demás, no ha llegado hasta nosotros.

La forma concreta en que actuaban los diferentes agentes del gobierno central varió con el curso del tiempo y, así, los nombres que reciben los cargos y departamentos en el Imperio Antiguo difieren notablemente de los del Imperio Medio. El cargo más importante que se perpetúa a lo largo del tiempo es el visir. La fuente fundamental para el conocimiento de este cargo es un conjunto de «instrucciones» que, aunque se conocen tan sólo gracias a una serie de tumbas de la Dinastía XVIII, están expresadas en la terminología administrativa de finales del Imperio Medio. Estas instrucciones nos permiten saber que, junto al rey, el visir era el responsable último de los asuntos fiscales, administrativos y judiciales. Esta responsabilidad general se hace patente también en diferentes cartas que escribía y recibía en diferentes momentos durante los períodos que consideramos y que han llegado hasta nosotros.[12] Carecemos realmente de pruebas consistentes que nos permitan asegurar la existencia de dos visires —como ocurrió en períodos posteriores— cada uno de los cuales se responsabilizaba de una parte del país.

12. Véase Hayes (1955, pp. 71-85), Simpson (1965, pp. 20-23) y Théodoridès (1960, pp. 108-116). En la Estela de Ameninseb aparece una orden verbal (Breasted, 1906, pp. 342-343). Sobre la reacción burocrática a una carta de este tipo, véase Smither (1948), Théodoridès (1959); una respuesta hostil a otra carta ha sido publicada por Gardiner (1929) y Grdseloff (1948).

Las fundaciones piadosas

Constituían éstas un rasgo fundamental de la sociedad del antiguo Egipto y su objetivo era el de asegurar el mantenimiento perpetuo de los cultos de las estatuas: de los dioses, de los reyes y de los individuos privados. Tomaban la forma de un fondo creado por una donación inicial de propiedad o por contratos que aseguraban ingresos de otras fuentes, que podían pertenecer, incluso, a otra fundación. Este fondo debía mantenerse intacto, a no ser que fuera modificado por un contrato legal específico y, en teoría, se establecía a perpetuidad. La renta se asignaba a quienes mantenían el culto y a un personal de mantenimiento específico pero, si se establecía un acuerdo legal, podía ser asignada a cualquier otro. La idea fundamental subyacente en este tipo de organización, que trataba de dar a las fuentes de riqueza una permanencia e inviolabilidad mayor de la que la ley terrenal podía conseguir, tiene una larga historia en el Próximo Oriente, y está presente en la ley musulmana como el *waqf*. Al igual que el *waqf*, era objeto de una segunda muestra de piedad: la exención tributaria.

A corto plazo, al menos, las fundaciones piadosas en el Imperio Antiguo y en el Imperio Medio eran los templos de las pirámides para el culto de la estatua real. Aunque, por lo general, se subraya el carácter funerario de las pirámides y se considera que son fundamentalmente tumbas con templos auxiliares, la forma en que estaban organizadas y en que se hacía referencia a ellas sugiere, de hecho, que habría que considerarlas ante todo como templos para las estatuas reales con una tumba real en cada una de ellas que, en su calidad de gran relicario, prestaba una enorme autoridad a lo que era, en esencia, un culto a los antepasados y un factor importante en la estabilidad del gobierno. Este fenómeno se repetía a escala diferente en los diversos escalones de la sociedad egipcia en forma de cultos funerarios privados. Sin embargo, las fundaciones piadosas eran también la base en la que se apoyaban los templos provinciales y, al implicar a los administradores locales, se convirtieron en otro aspecto importante de la autoridad provincial. En consecuencia, volveremos a ocuparnos de ellas tanto en el próximo apartado sobre los templos de las pirámides como en el subsiguiente, sobre el gobierno provincial.

Los cementerios reales menfitas

Nuestra impresión acerca del Imperio Antiguo procede, en gran medida, de los cementerios reales, y en especial de los complejos de las pirámides. Otro tanto podríamos decir acerca del Imperio Medio si hubieran sobrevivido un mayor número de construcciones funerarias de este período. Ciertamente, parece imposible referirse al Imperio Antiguo sin utilizar de alguna forma los cementerios reales como índice del poder del rey. En verdad, esta actitud es válida desde el punto de vista de los propios egipcios, pues la gradación en el tamaño de las tumbas simbolizaba y reforzaba los modelos existentes de autoridad: «la misma existencia de impresionantes sepulcros en los que eran enterrados algunos escogidos reforzaba probablemente el poder de los líderes vivos, tanto más si tenemos en cuenta que pretendían basar su poder en la relación con los muertos enterrados en la tumba» (Fleming, 1973), caso que se daba en Egipto a través del mito de Horus-Osiris. Por otra parte, dado que su construcción y equipamiento era la principal producción económica de la corte, los cementerios de las pirámides constituyen el único índice constante y cuantificable de la actividad económica que ha llegado hasta nosotros.

La canalización de una parte tan importante de los recursos del país en la construcción y equipamiento de los monumentos funerarios, que representó, sin duda, la industria más importante que se desarrolló sin solución de continuidad durante todo el Imperio Antiguo y, tras una interrupción —y tal vez con menor intensidad—, durante el Imperio Medio, puede parecer improductiva a la luz de nuestra escala de valores y era regulada, sin duda, por una mezcla de ambición y de reconocimiento del papel real en la sociedad. Sin embargo, la construcción de las pirámides debió de ser un factor esencial para el desarrollo y la perduración de la civilización faraónica. En las sociedades antiguas, las innovaciones tecnológicas y otras formas de conocimiento práctico (especialmente por lo que respecta al control administrativo de los recursos), así como el perfeccionamiento de las capacidades ya existentes, fueron fruto no tanto de una investigación deliberada como de la necesidad de obtener los medios adecuados para llevar a cabo los refinados proyectos de la corte. El reclutamiento de una mano de obra tan numerosa, la preparación de

tantos artistas y artesanos para la producción en masa con una gran calidad (rasgo muy notable de la civilización egipcia), la promoción y las recompensas materiales concedidas a quienes pudieran alcanzar esos fines explican los importantes resultados obtenidos. Había que poner al día las técnicas de extracción y trabajo de la piedra, conseguir un transporte adecuado, obtener los conocimientos suficientes para la manipulación y disposición de los materiales y para la planificación precisa del edificio y, lo que quizás era más importante, crear un aparato administrativo capaz de dirigir la mano de obra, la capacidad técnica y los recursos hacia un solo objetivo, identificado con la cabeza de la estructura de poder del país: el faraón. Igualmente importante es el hecho de que el constante consumo de tanta riqueza y de los productos de la artesanía, tanto durante la construcción como durante el equipamiento subsiguiente de las tumbas, debió tener como resultado el mantenimiento de la maquinaria que los había producido al incrementar la demanda un reinado tras otro, estímulo económico equivalente, aproximadamente, a la «obsolescencia provocada» de las sociedades tecnológicas modernas. Dado que en la Antigüedad el comercio con el mundo exterior consistía fundamentalmente en asegurarse las importaciones más que en la búsqueda de mercados para la exportación, el consumo interno debía tener una enorme importancia en la economía del país. Ahora bien, si es verdad que la construcción de pirámides fue un elemento fundamental en la prosperidad de Egipto, sería un grave error introducir el altruismo entre los motivos y considerar que se intentaban alcanzar —o que se planteaban siquiera a un nivel superficial— efectos económicos y sociales positivos. La teología y la demostración de poder eran una justificación suficiente.

Durante todo el Imperio Antiguo, los cementerios reales se construyeron en localidades situadas en una franja de 35 km del borde del desierto occidental (con la excepción de Meidum), situándose ligeramente al norte de Menfis el núcleo fundamental de concentración. Algunos autores han dicho que el cambio de emplazamiento corresponde, en realidad, a la nueva situación y reconstrucción del palacio real, pero parece más razonable pensar que se trataba de buscar un lugar que resultara adecuadamente llano y firme. En el Imperio Medio se eligieron nuevos emplazamientos más al Sur, utilizándose también el ya antiguo de Dahshur. Inevitablemente, esto ha

influido en la discusión sobre la localización de la residencia contemporánea de Amenemes-Ittauy (véase p. 109).

En la figura 2.1 se registra el tamaño relativo de las pirámides reales, expresado en volumen. Las pirámides de la Dinastía IV están construidas en su totalidad con grandes bloques, originalmente con un revestimiento de caliza y, en ocasiones, también de granito. Pero desde el reinado de Sahure, en la Dinastía V, el núcleo tras la fachada estaba constituido por piedras más pequeñas y sueltas e incluso por gravilla. En la Dinastía XII y a partir del reinado de Sesostris I, la estructura consistía en una serie de casamatas de piedra calcárea rellenas de ladrillos de barro, interesante método de construcción reforzada con el que se conseguía un volumen, un acabado y una estabilidad satisfactorias con menor gasto. Es cierto que el abandono de la estructura megalítica constituye, en cierto sentido, una disminución de la calidad de la construcción, pero si lo analizamos a la luz de la historia más reciente de la tecnología de la construcción, con su búsqueda constante de formas más económicas de conseguir un determinado resultado, tiene una innegable base racional. Cada pirámide formaba parte de un complejo más amplio, que debía representar un volumen de construcción considerable, aunque más difícil de calcular, y en el que gran parte de sus muros interiores estaban decorados con bajorrelieves pintados. Al considerar las pirámides de la Dinastía V, debemos incluir también el templo solar que parece haber sido una extensión de cada pirámide y que demuestra que los templos de las pirámides eran considerados como centros importantes de culto en sí mismos. Los templos y otros edificios circundantes de las pirámides del Imperio Medio han desaparecido casi por completo, pero los escasos restos que se han conservado no parecen indicar que se produjera una reducción del tamaño de las construcciones. En efecto, el gran edificio que el mundo clásico conoció como el Laberinto Egipcio fue, al parecer, el templo funerario de la pirámide de Amenemes III en Hawara. Ahora bien, aun considerando todos estos factores, sigue existiendo todavía una enorme diferencia en cuanto a los recursos utilizados en las pirámides de la Dinastía IV. En efecto, si bien su tamaño es doble, su volumen es nueve veces mayor; así, por ejemplo, la Gran Pirámide de Quéope tiene un volumen cerca de treinta veces superior al de la pirámide de Userkaf. Las razones que se ocultan tras la disminución del tamaño de las pirámides a partir del reinado de Quefrén son desconocidas, y probablemente no

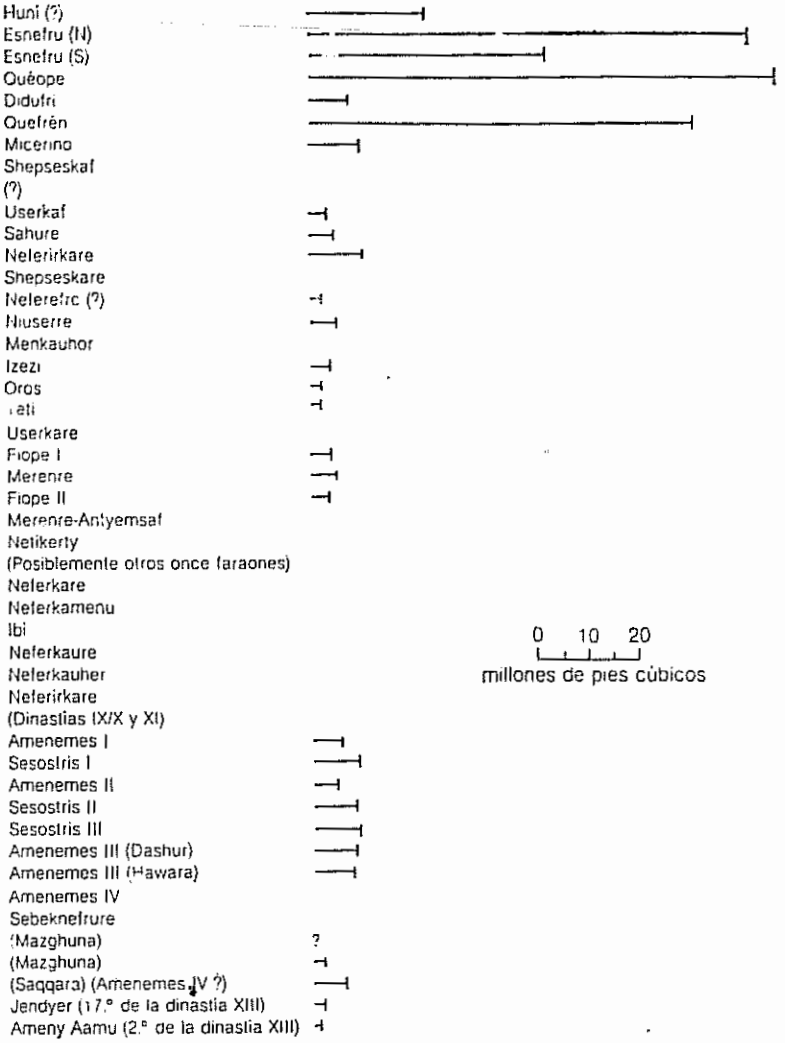


FIGURA 2.1

Volúmenes de las pirámides desde las Dinastías IV a XIII

(Dimensiones basadas en Edwards, 1961 *a*; los restos de la pirámide de Ameny Aamu en Dahshur están publicados en Maragioglio y Rinaldi, 1968.) Se asumió un ángulo estándar de 52°, pero en la práctica el ángulo variaba entre 49° y 57° aproximadamente, aunque las consecuencias apenas se advertirían a esta escala (véase Lauer, 1974, pp. 342-343).

llegaremos a conocerlas nunca. No obstante, no parece que las consecuencias fueran negativas para el país, posiblemente porque los recursos sobrantes fueron absorbidos por las provincias, cuyo nivel de prosperidad y cuya identidad local parecen haberse elevado a finales del Imperio Antiguo. En cierto sentido, la civilización del Imperio Antiguo y del Imperio Medio giró en torno al aparato creado a través de la construcción de las primeras pirámides, que permitió que los adelantos y la maquinaria administrativa se difundieran más ampliamente

En los templos de las pirámides, el culto estaba a cargo de las fundaciones piadosas. Han llegado hasta nosotros dos conjuntos de documentos que hacen referencia a la administración diaria de dos de ellos: el del faraón Neferirkare de la Dinastía V, en Abusir (Posener-Kriéger, 1976; Posener-Kriéger y de Cenival, 1968) y el del faraón Sesostris II de la Dinastía XII en Illahun (Borchardt, 1899; Kaplony-Heckel, 1971 *a*), en ambos casos correspondientes a un período en el que los cultos existían ya desde hacía cierto tiempo. El archivo de Neferirkare abre ante nuestros ojos un mundo de administración detallada y muy profesional. En un cuadro muy completo aparece una lista de las obligaciones mensuales: para la custodia del templo, para la colecta de los ingresos diarios (u «ofrendas») y para realizar las ceremonias, incluyendo las de las estatuas, con una lista especial para la importante festividad de Seker. En otros cuadros similares se menciona el equipo del templo, objeto por objeto y agrupados por materiales, con los detalles de los datos advertidos en la inspección mensual. Otras actas de inspección se refieren a las puertas y las habitaciones en el edificio del templo. Los ingresos mensuales se desglosan en tipos de bienes, procedencia y cantidad recibida diariamente. Los objetos son, fundamentalmente, tipos de pan y cerveza, carne y aves, cereales y frutos. La procedencia se menciona como: propiedades *r-š* de Neferirkare y del ya fallecido faraón Quéope;[13] propiedades *pr* de la fallecida reina Jentkaus y de una princesa de nombre Irenre; posiblemente, algunas propiedades de los faraones Neferefre y Dyedefre (Posener-Kriéger y de Cenival, 1968, lám. 45), el palacio, el templo solar próximo de Neferirkare y las ciudades de Iushedefui y Dyed-Esnofru (Maragioglio y Rinaldi,

13. No está clara la definición técnica de este tipo de propiedad; véase Goedicke (1967, pp. 69-72), Helck (1974 *a*, p. 66), Kaplony (1972, pp. 56-57).

1971). Esta multiplicidad de elementos en la fundación piadosa, que implica compartir propiedades con otras fundaciones, parece típica de Egipto en este y otros períodos. En el esquema decorativo formal de los templos de las pirámides, las concesiones de tierra o de dominios funerarios incluidos en la fundación se personifican como portadores de ofrendas y nos permiten hacernos una idea del número de unidades implicadas. El conjunto más completo procede del templo de Esnofru en Dahshur, donde se agrupan también en nomos, o distritos administrativos. En el Alto Egipto, 34 propiedades están distribuidas entre 10 nomos (faltan los datos para ocho de los nomos); en el Bajo Egipto sólo se conservan al completo los datos de un nomo, para el que se citan cuatro propiedades (fig. 2.2). Sólo raramente se menciona la extensión de la propiedad que varía de 2 aruras (aproximadamente 0,5 ha)[14] a 110 1/3 aruras (unas 28 ha) (Goedicke, 1976 *a*, pp. 351-369; Helck, 1975, pp. 42-44; Jacquet-Gordon, 1962, pp. 3, n. 2, 151).

La práctica de las rentas compartidas se daba también en el caso de los cultos funerarios privados, algunos de los cuales enumeran, en el Imperio Antiguo, dominios reales entre las fuentes de sus propias fundaciones. Un fragmento del archivo de Neferirkare contiene una lista de esos beneficiarios fallecidos, que encabeza la reina Jentkaus, aunque en los demás casos se trata de funcionarios cuyos cultos reciben porciones de carne (Helck, 1974 *a*, p. 85; Posener-Kriégel y de Cenival, 1968, láms. 45 B, 65). Se menciona también el palacio como receptor, aunque en este caso nominal, y aparece también el templo solar. Por lo demás, las ofrendas se distribuían diariamente al personal del templo en concepto de salario, en forma de pan, cerveza, carne, vestidos, etc.

Lamentablemente, los restos del archivo de Illahun sólo se han publicado en parte, pero la información de que disponemos da a la luz un tipo de administración y archivo muy similar, con un esquema mensual del personal de servicio, músicos masculinos y femeninos, cantores, esclavos, listas del equipamiento del templo agrupados según el material con notas sobre la inspección y contabilidad de los ingresos del templo. Destacan una serie de listas fragmentarias de estatuas que incluyen no sólo el faraón para quien se construyó el

14. Hay que señalar que Baer (1956) propone unidades mucho mayores de medida de tierra, con una arura de 8,2 ha.

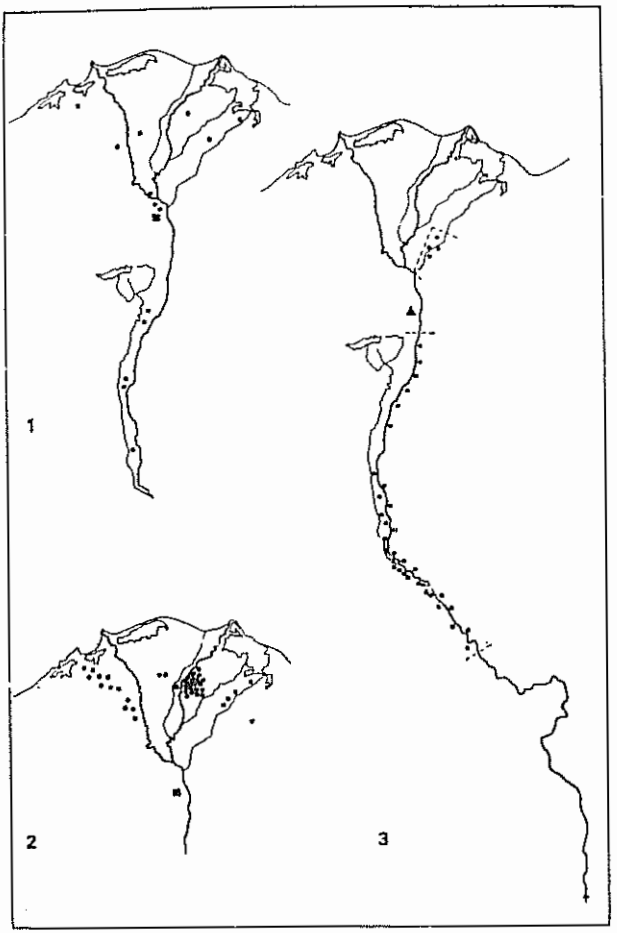


FIGURA 2.2

Tres ejemplos de la distribución, por nomos, de las propiedades en las fundaciones piadosas para los cultos mortuarios

(1) De Jnumenty, un funcionario de la Dinastía V con tumba en Guiza, uno de cuyos títulos era el de «director de todas las obras del rey»; (2) de Mehu, un funcionario de comienzos de la Dinastía VI con tumba en Saqqara, cuyos títulos incluían los de «visir» y «gobernador del Alto Egipto», pese a la enorme concentración de propiedades en el Delta; (3) del faraón Esnofru, primer faraón de la Dinastía IV. La lista procede de su pirámide meridional en Dahshur, y está incompleta (véanse pp. 121 y 144). (Ejemplos tomados de Jacquet-Gordon, 1962, pp. 310-312, 419-426.)

templo (Sesostris II) y fundamentalmente a miembros femeninos de su familia, sino también a otros faraones, individuos privados y el faraón reinante (Sesostris III) y su familia (Borchardt, 1899; Kaplony-Heckel, 1971 *a*, n.os 3, 42, 73, 81, 107, 108, 271, 287, 307, 311, 421), una multiplicidad de receptores que encontramos duplicada en los templos provinciales. La arqueología nos ha permitido conocer el asentamiento de la importante comunidad a la que se hace referencia en el archivo de Illahun. Se trata de una ciudad construida con ladrillos de barro a la que se da comúnmente el nombre de Kahun, que parece haber tenido un tamaño mucho mayor de lo habitual y que, probablemente, debe ser considerada como parte de una antigua conurbación centrada en torno al asentamiento de la ciudad moderna de Illahun. Por lo general, los centros urbanos asociados a las pirámides eran mucho más reducidos.

La extensión y monumentalidad de las pirámides no fueron garantía de la permanencia del culto. Dos ejemplos ilustran su historia posterior y cómo las circunstancias hacían variar el resultado final de los complejos de las pirámides con respecto al proyecto formal.

Micerino de la Dinastía IV en Guiza[15]

Sin duda, se había proyectado que la pirámide y los templos del valle fueran construidos según la tradición megalítica en boga, y su realización utilizando ladrillos de barro debió de ser consecuencia de la muerte prematura del faraón. Las excavaciones realizadas no han abarcado un área lo suficientemente extensa como para poder determinar si junto a la pirámide existía una zona de habitación. No obstante, los fragmentos de dos inscripciones —probablemente decretos— que llevan el nombre de Horus del faraón Merenre de la Dinastía VI indican que el templo se utilizaba a finales del Imperio Antiguo. El templo del valle, aunque en su mayor parte de ladrillos de barro, se había conservado notablemente y tiene una extraña historia que ilustra perfectamente el abismo que podía existir entre los proyectos y la práctica y entre los productos de la más alta calidad

15. Véase Hassan (1943, pp. 53-62), Reisner (1931) y Wildung (1969 *a*, pp. 213-217). No está clara la relación con la pirámide de Micerino del asentamiento aparentemente grande que existía al sur de su calzada (A.-A. Saleh, 1974). Véase también Goedicke (1967, pp. 16-21, 78-80) y Helck (1957, p. 108).

y el destino que se les daba (fig. 2.3). Junto a la fachada principal del templo se construyó un anexo, parte del cual fue ocupado por un grupo irregular de casas. No mucho tiempo después se construyeron también casas en el gran patio abierto del templo. Desde entonces, la mayor parte del templo, a excepción del santuario, fue abandonado y en algunos lugares demolido como consecuencia del gran crecimiento de la aldea, que poco a poco cubrió las partes inferiores del templo. Los excavadores encontraron todavía en los almacenes originales una gran parte del equipamiento del templo, enterrado entre el polvo y los escombros. Allí aparecieron las tríadas de pizarra que se cuentan entre las obras de mayor calidad de los escultores del Imperio Antiguo. Gran parte de ese equipamiento había sido totalmente maltratado. Muchas estatuas habían sido destruidas para obtener material para fabricar los vasos que figuraban habitualmente entre los objetos de enterramiento del Imperio Antiguo en el área menfita. Esto parece indicar la existencia de una cierta actividad industrial para complementar los ingresos de la comunidad. El proceso de decadencia se había visto acelerado por una inundación producida por una súbita tempestad. Hubo un intento de reconstrucción, pero sobre todos esos escombros. La reconstrucción partió de la existencia de la aldea, la rodeó con una nueva muralla y se construyó un nuevo santuario y casa de la puerta en los lugares que habían ocupado anteriormente. En consecuencia, todavía se entraba en el santuario, inmediatamente después de pasar la puerta de la casa por un sendero que discurría entre los dos grupos de chozas irregulares. En el suelo de barro de la antecámara del nuevo santuario se situaron cuatro bellas estatuas de Micerino de tamaño natural. La sala de las ofrendas fue hallada más o menos intacta. Consistía en un altar de alabastro de unos 50 cm de alto que descansaba sobre dos toscas piedras colocadas verticalmente. Junto al altar había un tosco recipiente para las libaciones. No lejos de allí se hallaron cuatro estatuillas de diorita inacabadas que mostraban al faraón tumbado de costado. Tal vez originalmente estaban situadas en el altar, siendo, pues, objeto de culto en esa última fase de la existencia del templo.

Conocemos la fecha y las circunstancias de ese primitivo culto que se desarrollaba en una cámara sombría situada en la parte posterior de la aldea de casas apiñadas construidas en barro, gracias al material arqueológico encontrado, que en ningún caso parece posterior al Imperio Antiguo, y a un decreto del faraón Fiope II de la

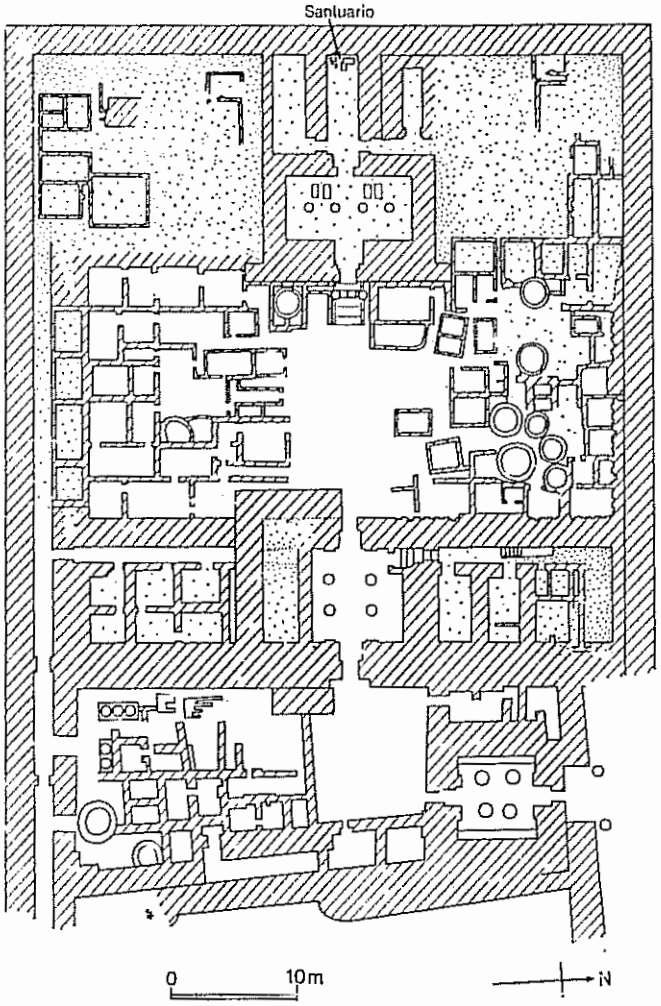


FIGURA 2.3

El templo del valle del faraón Micerino en su fase final, hacia finales del Imperio Antiguo

Las zonas rayadas son aquellas en las que el nivel del suelo debía haberse elevado considerablemente como consecuencia de la acumulación de elementos de desecho.

Dinastía VI, hallado entre los restos del suelo de la puerta, en el que declara a la aldea exenta de determinadas obligaciones, al tiempo que destina a ella a un funcionario. Esto constituye el reconocimiento oficial de que ese lugar formaba parte de la pirámide a finales del Imperio Antiguo.

Parece que a partir de este período, el asentamiento fue abandonado, desapareciendo por completo el culto del faraón Micerino.

Esnofru de la Dinastía IV en Dahshur

Parece que el faraón Esnofru poseyó dos pirámides en Dahshur, atendidas por más de una comunidad (Fakhry, 1959, 1961; Helck, 1957, pp. 106-107; Wildung, 1969 *a*, pp. 105-152). La única que ha sido documentada hasta ahora gracias a las excavaciones se hallaba unida al templo del valle de la pirámide meridional o romboidal. Al igual que en el templo de Micerino, una parte, al menos, de la aldea había sido construida dentro del recinto principal, en este caso en el escaso espacio entre el muro y el templo. La cerámica corresponde en su mayor parte al Imperio Antiguo, aunque algunas piezas pueden ser de época posterior. Está atestiguada la existencia de sacerdotes de Esnofru a finales del Imperio Antiguo, la mayor parte de ellos enterrados en Guiza y en Dahshur. No obstante, a diferencia de Micerino, el faraón Esnofru llegó a convertirse en un miembro secundario del extenso panteón egipcio, llegando incluso a ser objeto de culto en las minas de turquesa del Sinaí. En Dahshur, su nombre comenzó a ser invocado en plegarias funerarias sobre objetos privados y se sabe que al menos diez individuos detentaron un puesto en su culto durante el Imperio Medio. Uno de ellos, Teti-em-saf, se ocupó también de los cultos de los faraones Fiope II y Teti del Imperio Antiguo, así como de Amenemes I y Sesostris I de la Dinastía XII y perteneció a una familia aparentemente rica enterrada junto a la pirámide de Teti en Saqqara. Desconocemos la naturaleza de los ingresos del culto en esa época pero, sin duda, las extensas propiedades que había poseído en un principio la fundación de Esnofru se habrían reducido considerablemente.

El culto de Esnofru siguió celebrándose en la capilla de las ofrendas delante de la pirámide, al parecer sin ningún tipo de estatuas. Aunque la destrucción y las modificaciones habían producido una cierta confusión, la pequeña capilla seguía intacta y fue descu-

bierta todavía con dos altares de ofrendas de piedra toscamente cortada con los nombres y los títulos de los sacerdotes del Imperio Medio, así como un plato de cerámica del Imperio Medio que todavía contenía carbón. El culto de Dahshur no sobrevivió más tiempo.

Otro caso interesante es el del culto de Teti de la Dinastía VI (Firth y Gunn, 1926; Helck, 1957, p. 110; Porter y Moss, 1927, vol. III, pp. 129-146; Quibell, 1907). Una secuencia de sacerdotes —hombres que, por el reducido tamaño de sus tumbas sabemos que tenían escasos medios— cubre el Primer Período Intermedio.[16] A comienzos de la Dinastía XII, los intereses de la acomodada familia Teti-em-saf, mencionada más arriba y enterrada junto a la pirámide de Teti en Saqqara, se ampliaron durante un tiempo para incluir a los sacerdotes de otros cultos supervivientes del Imperio Antiguo. Como divinidad menor (en forma de Teti-Mineptah) este faraón es conocido por una estela votiva y una estatua del Período Ramésida, más de un milenio posterior a su muerte.

Sería imposible describir otros casos de este tipo, siendo éste un tema sobre el que se ha investigado relativamente poco, aunque constituye un reflejo importante de la capacidad y de las prioridades del gobierno central. Ciertamente, las características varían considerablemente de un caso a otro, jugando un papel no desdeñable la popularidad local. Las obras de piedra se utilizaron en diferentes períodos como canteras. Así, el recinto cerrado de la pirámide de Amenemes I contenía bloques procedentes de los complejos de otras pirámides del Imperio Antiguo, concretamente de Quéope, Quefrén, Onos y, posiblemente, de Fiope II (Goedicke, 1971). El final del Imperio Antiguo constituyó una importante etapa terminal, como ocurrió con el final del Imperio Medio respecto a las pirámides de la Dinastía XII, aunque su historia está mucho peor documentada. Es indudable que muchos gobiernos débiles, ante la imposibilidad de recaudar grandes cantidades en las provincias, cayeron en la tentación de recurrir a los tesoros acumulados en los cementerios reales para complementar sus ingresos, aspecto éste que no está documentado.[17]

16. Son notables las dificultades que existen para la datación de muchas estelas, aunque probablemente es demasiado negativo aceptar la opinión de Schenkel (1965, p. 91). Simpson (1963 *a*) apunta una fecha para la tumba de Ihy y Hetep, de la familia de Teti-em-saf.

17. Según el testimonio de una inspección oficial realizada en el reinado de

El Egipto provincial

Los datos arqueológicos respecto a la naturaleza y distribución de los asentamientos primitivos en Egipto son escasos e insatisfactorios, especialmente en lo que respecta a aquellos que —como las aldeas asociadas a las pirámides— no eran núcleos artificiales. No obstante, a juzgar por los textos conservados, parece probable que la política administrativa egipcia tuviera una importante influencia sobre la forma, la extensión y la localización de los asentamientos, aunque no sabemos, por ejemplo, si los grupos de propiedades de las fundaciones piadosas más importantes se formaban en torno a los asentamientos existentes o en su interior. Por lo que respecta al Alto Egipto, poseemos datos bastante precisos respecto a cuatro ciudades de importancia regional. En cada uno de los casos, se trata de un importante centro de culto con una larga historia posterior, aunque uno de ellos, Ábido, no era la capital de un nomo.

1. *Hieracómpolis.* Casi inmediatamente por debajo del nivel actual se ha localizado una ciudad del Período Protodinástico y del Imperio Antiguo, con una extensión de al menos 200 por 300 m (fig. 2.4), que, al parecer, alcanzó su máxima extensión durante el Imperio Antiguo (Kemp, 1977 *b*). Consiste en un conjunto de casas muy apiñadas con calles muy estrechas y protegidas por una gran muralla de 9,5 m de espesor en su etapa final, y que sigue un curso rectilíneo irregular. En el extremo meridional, apareció un montículo de arena detrás de un tosco muro de piedra, y que correspondía, probablemente, a los cimientos del templo. El templo había desaparecido en las reconstrucciones posteriores, pero se encontraron enterrados en diversos lugares próximos, especialmente en el «almacén principal», una parte de una puerta de granito del rey Jasejemuy de finales de la Dinastía II, así como diversas estatuas y objetos votivos. Algunas de las casas situadas en el centro habían incorporado los

Rameses IX (*c.* 1103 a. C.), dos tumbas reales de la Dinastía XI estaban todavía en perfecto estado después de nueve siglos. Si hemos de creer esto, hay que recordar también que Tebas conoció un cierto grado de continuidad administrativa que no existió en la zona menfita (Peet, 1930, pp. 28-45). Especialmente, la tumba de Nebhepetre Mentuhotep II, una de las dos a las que antes hemos hecho referencia, se convirtió en un centro de culto de cierta importancia (Arnold, 1974 *a*, pp. 92-95).

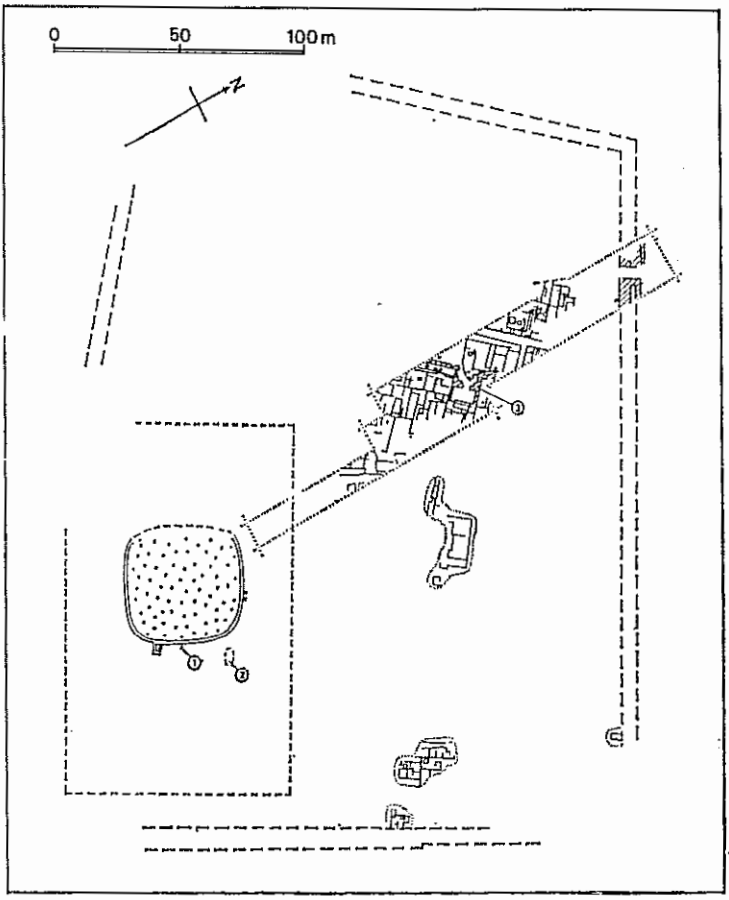


FIGURA 2.4

Plano de la ciudad de Hieracómpolis durante el Imperio Antiguo, tal como aparece a raíz de las excavaciones parciales realizadas

1. Parte de una puerta de granito del faraón Jasejemuy, de finales de la Dinastía II. 2. Lugar donde apareció el «depósito principal» del material desechado del templo. 3. Puerta de ladrillos de barro del palacio del Período Protodinástico, incorporada a las casas de épocas posteriores.

restos de un gran pórtico de ladrillo del Período Protodinástico que, a juzgar por el estilo decorativo con nichos, había formado parte de un palacio.

2. *Abido.* Los estratos más antiguos se remontan al Período Protodinástico. Ahora bien, al igual que en Hieracómpolis, el Imperio Antiguo asistió a una rápida expansión y a la construcción de recintos fuertemente amurallados, en este caso dos: uno para el templo (dedicado al dios local Jenty-amentiu), constituido por un complejo de pequeños edificios de ladrillo, y otro para la ciudad que gradualmente, hasta finales del Imperio Medio, se convirtió en un túmulo estratificado (fig. 2.5).

3. *Elefantina.* Este núcleo desempeñaba un papel especial como ciudad frontera y centro comercial, y se levantaba en el extremo meridional de la isla más septentrional de granito que forma la Primera Catarata.[18] Se hallaba construida parcialmente sobre y en torno a una serie de plataformas irregulares de granito que la elevaban por encima del río y que le daban un plano oval irregular (fig. 2.6). Contaba con un muro de ladrillo y, cuando menos, un pórtico revestido de piedra. Hacia el oeste, se hallaba lo que parece haber sido un núcleo de asentamiento separado y carente de murallas. A partir del Imperio Antiguo, la ciudad creció de forma constante y se construyeron nuevos muros, incorporando posiblemente la sección septentrional. Aparte de un templo de proporciones modestas, que comenzó en el Período Protodinástico como una hendidura entre dos bloques y que más tarde encontramos dedicado a la diosa Satis, existía un santuario popular dedicado a un dignatario local fallecido de finales del Imperio Antiguo, llamado Heka-ib. La necrópolis más importante de Elefantina se hallaba en los acantilados de la orilla occidental, Qubbet el-Haua, pero se han hallado también en la isla algunas tumbas procedentes del Imperio Medio.

4. *Tell Edfu.* La evolución es más difícil de seguir en este caso, aunque como la ciudad se halla construida sobre una baja colina rocosa, la base de la secuencia estratigráfica resulta perfecta-

18. Edel hace referencia a Elefantina como «la puerta de las tierras extranjeras» donde se recaudaba el tributo procedente de Nubia (1962, 1971, p. 11).

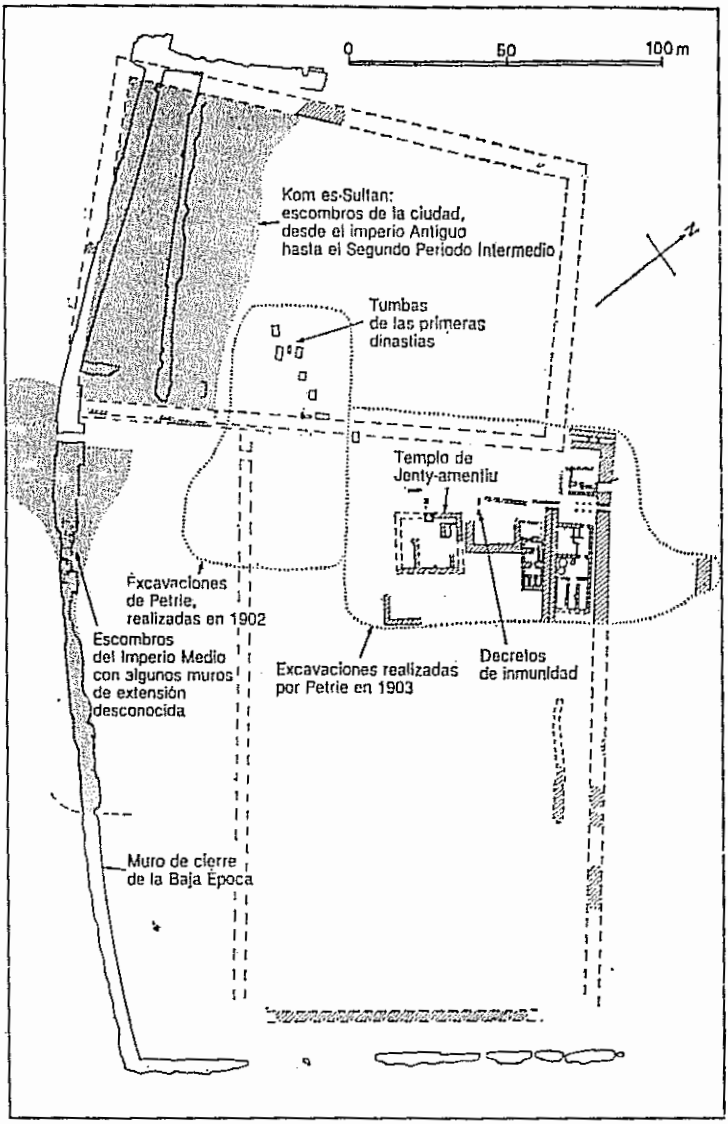


FIGURA 2.5

Plano de los restos del recinto de la ciudad y el templo de Abido

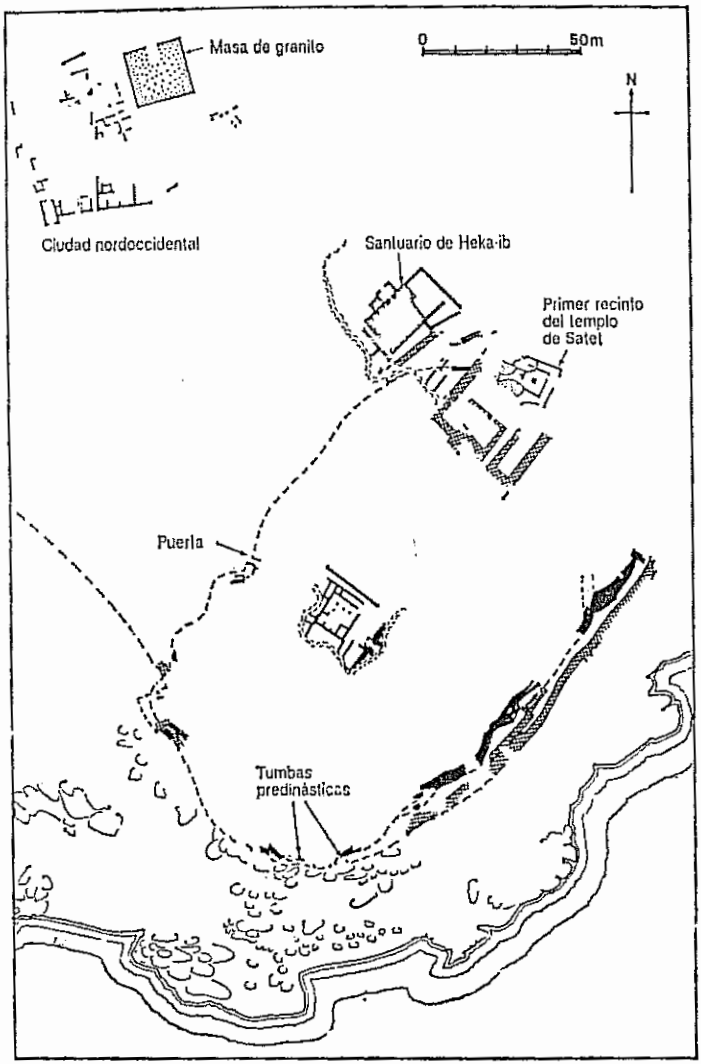


FIGURA 2.6

Plano de la ciudad de Elefantina del Imperio Antiguo

Gran parte del interior del recinto amurallado se hallaba cubierto todavía con los restos de épocas posteriores.

mente accesible (fig. 2.7). Los restos visibles más antiguos pertenecen a la ciudad del Imperio Antiguo y su muro circundante que aparece a escasa distancia hacia el oeste corresponde al gran templo ptolemaico que se eleva, probablemente, sobre el núcleo más antiguo. Con la expansión de la ciudad se construyó un nuevo muro según un complicado plano con secciones curvas, una parte del cual discurría por encima del cementerio del Imperio Antiguo. Posteriormente, se construyó un nuevo muro, aunque con un trazado menos tortuoso. En el interior de las murallas se acumuló un túmulo estratificado hasta comienzos del Imperio Nuevo. Edfu poseía también el equivalente del santuario de Heka-ib, situado en la tumba del visir Isi de comienzos de la Dinastía VI (Alliot, 1937-1938; Edel, 1934; Yoyotte, 1952).

La documentación es más pobre aún en el delta del Nilo, pero se han hallado datos suficientes en núcleos muy dispersos (principalmente Abu Ghalib, Mendes, Tell Basta y Ezbet Rushdi) que demuestran que existían núcleos de una cultura de carácter totalmente egipcio.

Todos estos asentamientos parecen muy pequeños en términos absolutos, tomando en consideración el urbanismo de la época clásica y moderna (fig. 2.8). Ahora bien, el tamaño absoluto de esos núcleos no suscita ningún comentario especial si consideramos que la población total de Egipto parece haber fluctuado durante el Imperio Antiguo y el Imperio Medio entre un millón y un millón y medio de almas (Butzer, 1976, pp. 81-85). Tal vez, destaca en el conjunto la gran extensión relativa de Kahun, núcleo creado por el gobierno, y contrasta con otras comunidades de pirámides conocidas. En las sociedades preindustriales es un esquema habitual la división de la población (aunque no en partes iguales) entre una ciudad de gran tamaño y numerosas aldeas rurales de pequeña extensión. Aunque en la actualidad resulta muy difícil evaluar la población de Menfis en un período determinado, los datos que poseemos indican que en el antiguo Egipto se daba una distribución mucho más uniforme de la población, que viviría en asentamientos de tamaño progresivamente menor, siendo los más extensos las ciudades provinciales a que hemos hecho referencia más arriba y que estarían distribuidas de manera bastante uniforme a lo largo del valle del Nilo. No obstante, este modelo debió implantarse durante el Imperio Antiguo, período en el que, cuando

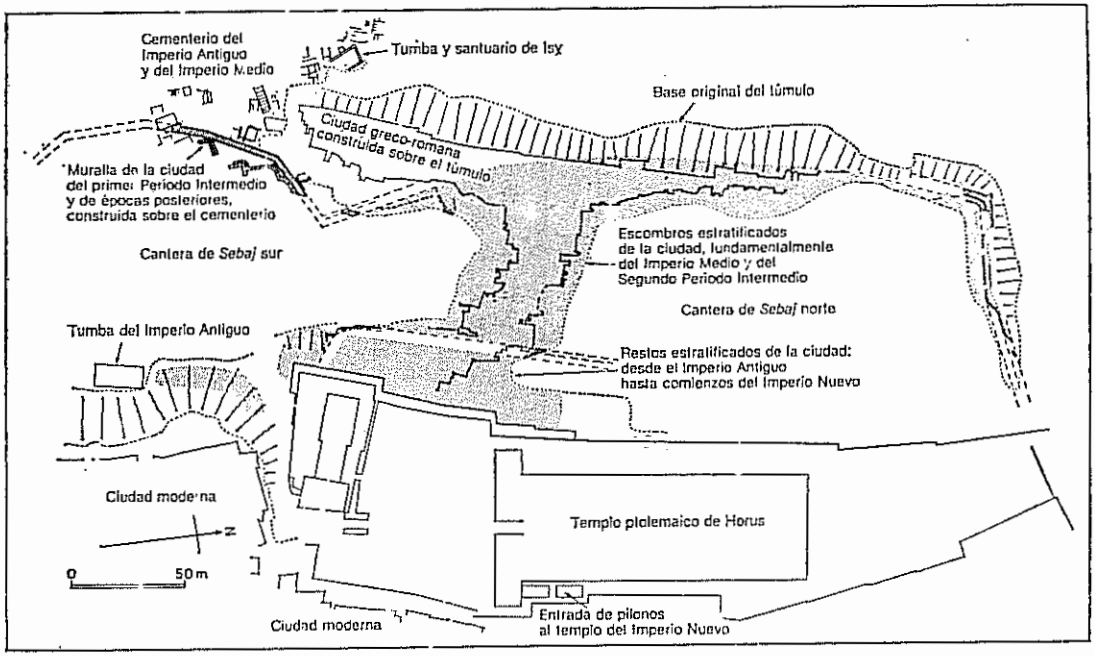


FIGURA 2.7

Restos de Tell Edfu

Enterrados parcialmente bajo la ciudad moderna y destruidos, en parte, para ser utilizados como *sebaj* (fertilizante). Se ha excavado una pequeña sección del complejo del cementerio y el muro de la ciudad de los períodos más antiguos.

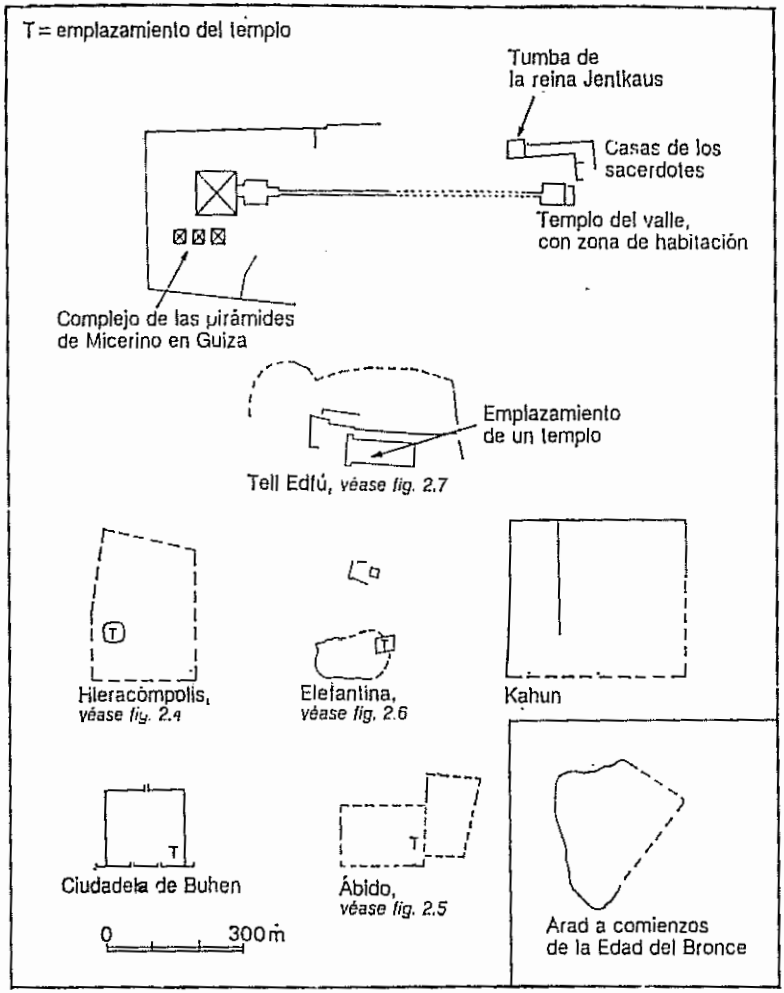


FIGURA 2.8

Extensión comparativa de asentamientos del Imperio Antiguo y del Imperio Medio

Dibujo del perfil del yacimiento de Arad (de la Edad del Bronce Antiguo) en el sur de Palestina, para establecer una comparación con el urbanismo de Palestina. T, emplazamiento del templo.

menos en el Alto Egipto, las ciudades atravesaron una fase expansiva que, sin duda, debió corresponder al desarrollo de la autonomía local (véanse pp. 140-144). En contraste, el Período Predinástico debió caracterizarse por una distribución desigual de la población que, en el Alto Egipto, debía concentrarse en un número muy escaso de ciudades (por ejemplo, Nagada y Hieracómpolis).

En otros países donde la civilización se desarrolló en una llanura aluvial, el rasgo político más destacado fue la autonomía provincial, que dio lugar a una civilización de ciudades-estado. En Egipto, las aspiraciones provinciales quedaban normalmente constreñidas dentro de un sistema centrado sobre un único gobierno real, cuya autoridad suprema se expresaba a través de las doctrinas de la divinidad de la realeza, que contenía elementos derivados de diferentes partes del país, a través de la arquitectura monumental y de los cultos de las estatuas en los templos de las provincias. Los templos provinciales, en tanto que centros locales representativos de la cultura y la autoridad de la corte, y centros de fundaciones piadosas y, por tanto, de ciclos económicos importantes, eran elementos de gran importancia en las ciudades. Sin embargo, existe un gran contraste entre el tamaño y la monumentalidad de los templos de las pirámides y esos templos para los cultos provinciales, rasgo que probablemente no varió hasta el Imperio Nuevo. Este aspecto era evidente en las ciudades a las que hemos hecho referencia más arriba, especialmente en Ábido y Elefantina, y puede observarse también en otros lugares. En Tell Basta y Ezber Rushdi, en el delta del Nilo, se han hallado templos de ladrillo de barro de un tamaño relativamente modesto, correspondientes respectivamente a Fiope I, de la Dinastía VI, y a Amenemes I, de la Dinastía XII. En el primero de ellos existían pilares de caliza que soportaban el techo. En Medamud, por debajo del nivel del Imperio Medio, se han hallado los restos de un extraño santuario, que consisten en muros y puertas de ladrillos de barro y en dos túmulos de tierra cada uno de los cuales cubre una cámara y un pasadizo.[19] Por otra parte, el hecho de que en los templos de época posterior se reutilizaran los bloques de piedra confirma el hecho de que las estructuras eran fundamentalmente de ladrillos de barro, utilizándose

19. Robichon y Varille (1940); los objetos asociados parecen datar del período comprendido entre finales del Imperio Antiguo y comienzos del Imperio Medio. Sobre las formas de los primeros templos, véase también Reymond (1969, pp. 264-266).

la piedra tan sólo para las columnas, pórticos, estelas y estatuas. El rasgo más impresionante eran, probablemente, los macizos muros de ladrillo, con monumentales pórticos de piedra, rasgo permanente en el templo egipcio, de significado teológico (Reymond, 1969, pp. 239-240, 280-281, 326).[20] Un papiro de comienzos del Imperio Medio, que contiene la contabilidad de la construcción de un templo provincial, parece confirmar este hecho (Simpson, 1963 *b*, cap. 5). Podemos destacar tres excepciones: un quiosco de Sesostris I en Karnak (Porter y Moss, 1972, vol. II, pp. 61-63), un santuario de Sanjkare Mentuhotep en las montañas del oeste de Tebas (Porter y Moss, 1972, vol. II, p. 340; Vandersleyen, 1975, pp. 155-156) y el templo de Medinet Maadi, en El Fayum, que data de la Dinastía XII (Naumann, 1939; Vandersleyen, 1975, pp. 159-160). Ahora bien, estos templos, aunque totalmente de piedra, son de tamaño muy reducido.[21]

Son muy escasas las inscripciones existentes en las que se menciona la constitución o incremento de propiedades que constituían las fundaciones para las divinidades locales, posiblemente porque en su mayor parte se crearon en un período muy temprano. Sin embargo, la Piedra de Palermo registra, junto a donaciones importantes de tierra para el culto de Re en la Dinastía V, otras donaciones para los cultos de Ptah, Nejbet, Uto y Hathor. Asimismo, destaca como acontecimiento importante la fabricación de imágenes divinas, y la escasez de estatuas de dioses que han sobrevivido del período anterior al Imperio Nuevo indica que normalmente se realizaban con metales preciosos, aunque eran de tamaño reducido.[22] Mucho más numerosos son los datos referentes a las fundaciones para estatuas de reyes e individuos privados. Cuando se situaban en el templo local,

20. Legrain (1905) publicó una conmemoración del Imperio Medio de la construcción de un gran muro en El-Kab, considerado como una manifestación de piedad real. El extraño nombre real es, sin duda, una transformación errónea del nombre de Horus de Sesostris I en un nombre propio. Véase también n. 41.

21. Hay que considerar como un caso especial el templo de piedra de Qasr el-Sagha (sin inscripciones), que puede atribuirse también al Imperio Medio (véase Vandersleyen, 1975, p. 160), y que está situado cerca de una cantera.

22. Posibles excepciones aparecen en Ertman (1972), H. W. Müller (1960) y Wildung (1972), pero posiblemente proceden de templos de pirámides. Evers (1929, fig. 26) ofrece un posible ejemplo del Imperio Medio, pero puede tratarse de una estatua del propio Amenemes III. Sobre el uso de metales preciosos en las imágenes divinas véase la inscripción de Ijernefret (Breasted, 1906, p. 299) y la imagen de oro de Horus procedente de Hieracómpolis (Quibell, 1900, láms. XLI-XLIII; Quibell y Green, 1902, p. 27, lám. XLVII).

podían tener su pequeño santuario; otras veces, se hallaban en un templo construido especialmente para ellas, llamado en ambos casos «casa del alma» * (Goedicke, 1967, p. 44; Helck, 1965, pp. 46-47; Fischer, pp. 21-22). Así se designa al pequeño templo de Fiope I en Tell Basta (Fischer, 1968; Habachi, 1957). Otro ejemplo ha sido hallado en Dandara (Daressy, 1917). Sabemos que existían numerosas estatuas de faraones en los templos de las provincias [23] y las disposiciones a que daban lugar quedan ejemplificadas por un decreto de Fiope II estableciendo una fundación piadosa para una estatua de cobre de este faraón en el templo de Min en Coptos. Una disposición económica de tipo diferente —recíproca entre el templo y el gobierno central— está atestiguada para el templo de Amón en Tebas en la Dinastía XIII (Scharff, 1920), pero ignoramos hasta qué punto eran habituales este tipo de disposiciones.

La naturaleza y el funcionamiento de las fundaciones piadosas en las provincias se revela con toda claridad en una serie de textos, procedentes en su mayor parte de tumbas privadas, que muestran también el estrecho lazo que podía existir entre un templo local y los cultos a las estatuas que existían en las tumbas. Tanto para el control como para la obtención de beneficios de esas fundaciones, debía resultar muy ventajoso que permanecieran en una familia local con carácter prácticamente hereditario, caso que ocurría con gran frecuencia. Ciertamente —ya lo veremos más abajo— en la mayor parte del período que consideramos en este capítulo debía ser muy difícil llegar a ser un personaje importante en las provincias sin estar asociado, de alguna forma, con el templo local. Un buen ejemplo de participación familiar lo tenemos en Nika-anj, en Tehneh, en la Dinastía V, un personaje que conjugaba el servicio al gobierno central con el cargo de gran sacerdote en el templo local de Hathor (Breasted, 1906, pp. 99-107; Goedicke, 1970, pp. 131-148; Helck, 1974 *a*, pp. 31-34; Mrsich, 1968, pp. 70-85; Pirenne, 1932-1935, vol. II, pp. 372-378; Pirenne y Stracmans, 1954). Había sido nombrado sacerdote

23. En Hieracómpolis se encontraron ejemplos en piedra y cobre (Quibell, 1900, láms. XXXIX-XLI; Quibell y Green, 1902, láms. L-LVI). Otros ejemplos proceden de Dandara (Daumas, 1973) y una estatua doble de Sahure posiblemente de Coptos (Hayes, 1953 *a*, pp. 70-71, fig. 46). A las inscripciones existentes hacen referencia Goedicke (1967, pp. 81-86), Helck (1978) y Petrie (1903, lám. XXIV). Es posible que en el culto de los primeros faraones en Karnak, que se registra en la lista de reyes, hubiera estatuas individuales (Bothmer, 1974, Wildung, 1969 *b*, 1974).

principal por un decreto del faraón Userkaf y se le había encargado la recaudación de los ingresos de la fundación del templo. En un cuadro se menciona a doce de sus hijos, a su esposa, y un período de tiempo (fundamentalmente un mes) durante el cual, cada uno serviría en el templo, lo que, sin duda, le daría derecho a participar en los ingresos del templo. Se menciona, además, la división entre ellos de una parcela de tierra (aproximadamente 16,5 ha), concedida por el rey Micerino 25 años antes para el mantenimiento de los sacerdotes de este templo. Un segundo cuadro atribuye a los mismos hijos un mes de servicio en una fundación privada separada, constituida para un dignatario local fallecido llamado Jenuka, posiblemente un antepasado de Nika-anj, y se menciona a otros hijos como encargados de la fundación del propio Nika-anj. Una serie de extractos de las escrituras de las fundaciones mortuorias sitúan al frente a su hijo mayor, dan a los cargos el carácter de hereditario, prohíben la división de las fundaciones y declaran exentos a esos hijos de cualquier obligación que no sea la provisión de ofrendas.

Existe un segundo conjunto de documentos que aportan gran cantidad de información y que pertenecen a la tumba de Hapdyefa (I) en Asiut, del reinado de Sesostris I (Goedicke, 1971-1972; Reisner, 1918; Théodoridès, 1968-1972, 1971 *a*). Hapdyefa era «gobernador de una ciudad» * y gran sacerdote del templo local de Upuaut. Hapdyefa establece una clara distinción entre las propiedades obtenidas como consecuencia de su cargo de gobernador y las que había heredado de su padre. Estas últimas incluían el cargo de gran sacerdote, encargado de las rentas del templo, pero ya Hapdyefa había realizado un legado al templo de una parte de la cosecha anual que obtenía, en concepto de impuesto, de las tierras arrendadas que pertenecían a su distrito, siguiendo una práctica local de la población común. Mediante diez contratos legales creó una fundación piadosa centrada en una o más estatuas de él mismo, que permanecerían en el templo, al menos durante un tiempo, pero que se refería también a su tumba. A cambio de realizar ceremonias en los días festivos y de hacer ofrendas (lo que incrementaba los ingresos del templo), una serie de personas eran recompensadas con donaciones de tierra de sus propiedades paternas, diversos ingresos del templo y una parte de los impuestos en especie. Los documentos explican cómo aquellos que realizaban un período de servicio en el templo obtenían de él un ingreso regular: cada día de servicio al año daba derecho a obtener

1/360 de los ingresos diarios (ejemplificado también en los papiros de Kahun; véase Helck [1975, pp. 164-165]). Hapdyefa había incluido una serie de veintisiete «días del templo» en la fundación. Sus beneficiarios eran fundamentalmente el personal del templo, incluido el gran sacerdote, cargo que, como muestra la secuencia de tumbas de Asiut, permaneció en la familia de Hapdyefa durante varias generaciones. No es difícil deducir que la mayor parte de esas personas eran miembros de la familia de Hapdyefa. Pero aunque no lo fueran, sin duda se hallaban bajo su patrocinio, hecho que debió contribuir a incrementar notoriamente su autoridad.

Al igual que sucede con la extensión de las propiedades que formaban las fundaciones mortuorias reales, las propiedades de las fundaciones piadosas privadas podían variar notablemente de extensión, desde 4 o 5 aruras hasta más de 200 (es decir, desde 1 a más de 50 ha). En último extremo, todos estos recursos parecen haber estado a disposición del gobierno central. Esto llevaba a un segundo acto de piedad: la concesión de una carta real de inmunidad de todo tipo de imposición. Todos los ejemplos conocidos proceden del Imperio Antiguo, lo que puede llevar a pensar que en un período posterior, ese expediente fue considerado como una fuente innecesaria de abuso o de conflicto. Los casos que conocemos se refieren al templo de Jenty-amentiu en Ábido, a un culto de la estatua de la madre del faraón, Iuput, en Coptos, al templo de la pirámide de Esnofru en Dahshur, al templo del valle de Micerino y a los cultos de las estatuas de las reinas Meryre-anjnes y Neit. Ahora bien, antes de concluir que mediante este procedimiento los faraones renunciaban a una parte de sus ingresos, hay que considerar la efectividad de esas cartas de inmunidad a la luz de una carta atribuida al faraón Fiope II, en la que la orden de procurar recursos a una misión comercial de regreso de Nubia se dirige, entre otras organizaciones, a «todos los templos, sin hacer una excepción entre ellos».[24] De igual forma, el gran ejército nacional organizado por Uni en el reinado de Fiope I incluía contingentes bajo el mando de los grandes sacerdotes de los

24. Breasted (1906, p. 161). Lichtheim (1973, p. 27) traduce: «todo templo que no ha quedado exento», pero es difícil sostener esta traducción desde el punto de vista gramatical; véase Edel (1964, p. 457). La posibilidad de que los decretos de exención no siempre hubieran sido obligatorios parece reflejarse en un decreto de Coptos de Fiope II; véase Goedicke (1967, pp. 88, 107 n. 59 y 246), que cita el pasaje que hemos citado, procedente de la biografía de Herjuf (véase p. 164).

templos del Alto y del Bajo Egipto. La relación entre esas fundaciones y el gobierno central debía ser sumamente delicada.

Todo parece indicar que la existencia de una red de fundaciones piadosas para divinidades locales, estatuas de los faraones en las pirámides y en los templos locales y para las estatuas de individuos privados debía desempeñar un papel de primera importancia en la vida económica del antiguo Egipto, implicando a las familias de muchos individuos. Naturalmente, el templo se convirtió en un centro importante de actividad económica y de administración, especialmente ante los estrechos lazos que se desarrollaron entre el templo y los individuos locales de mayor poder e influencia. Es interesante destacar que los decretos de Coptos, que se refieren exclusivamente a nombramientos, fueron hallados entre un conjunto de decretos, algunos de los cuales contienen la instrucción explícita de ser expuestos ante el pórtico del templo. Ciertamente, los templos provinciales eran objeto de decretos del gobierno central referentes a su condición y mantenimiento.

Desde hace tiempo se acepta que los cambios en los títulos referentes a la administración provincial del Alto Egipto ocultan importantes acontecimientos históricos. Por lo general, se interpreta que durante la primera parte del Imperio Antiguo las diversas ramas de la administración provincial estaban a cargo de diferentes funcionarios del gobierno central, de forma que la administración de todo un distrito (o nomo) no recaía en un solo hombre. En ocasiones, estos hombres eran enterrados en el cementerio real e, inevitablemente, debían participar en la industria de la construcción de las pirámides que, con su gran demanda de mano de obra, debían extender su influencia por todo el país. Un ejemplo en este sentido podemos hallarlo en un sacerdote del templo de la pirámide de Esnofru, en la Dinastía IV, en Dahshur. Se trata de Necher-aperef, que detentó también los cargos de «director de las comisiones en los nomos de Coptos, Hu y Dandara» (Fischer, 1968, pp. 8-9). Pero durante las Dinastías V y VI, esta responsabilidad central de todo el gobierno provincial se diluyó gradualmente por la aparición de auténticos gobernadores provinciales o nomarcas, cuya posición se vio formalizada por la aparición de un nuevo título, «gran jefe de un nomo». Este título está atestiguado por primera vez en Edfu, en el reinado del faraón Teti, a comienzos de la Dinastía VI (Alliot, 1937-1938; Edel, 1954; Yoyotte, 1952) y en el curso de esta dinastía apareció

por la mayor parte del Alto Egipto. Este hecho parece coincidir más o menos con la aparición en determinadas localidades de tumbas rupestres bellamente decoradas, frecuentemente para el enterramiento de esos magnates locales.

No obstante, este mismo hecho apunta a una fuente de desequilibrio en los datos. Las mastabas provinciales de ladrillo de barro se conocen desde comienzos del Imperio Antiguo, siendo en ocasiones de gran tamaño (Arnold, 1973; Garstang, 1902, 1904), pero dado que las inscripciones que hacen referencia a la posición de sus propietarios son más vulnerables, raramente han sobrevivido. No obstante, algunas de estas tumbas pueden haber constituido un complemento de los grandes cementerios reales de Guiza, que se ha dicho que no podían contener a todos los altos funcionarios administrativos que, de esta forma, debían ser enterrados en algún otro lugar. Podemos citar dos excepciones significativas al habitual anonimato de estas mastabas provinciales. Una de ellas ocurre en Dandara donde, entre un grupo de mastabas de las Dinastías IV y V, la única identificable pertenece a un sacerdote del culto local de Hathor, un tal Nibunisut, al parecer sin títulos civiles (Fischer, 1968, pp. 14-21). La otra excepción se refiere a El-Kab, donde, en una situación similar, las únicas mastabas identificables pertenecen a un «inspector de sacerdotes», Nefer-shemen y a un «gran sacerdote», Kameni, ambos del culto local de Nejbet (Fischer, 1968, pp. 18-19, n. 82; Quibell, 1898). Sobre la base de sus características estilísticas, sus estatuas se han datado en la Dinastía IV (Stevenson Smith, 1946, p. 45; Vandier, 1958, pp. 56-57). Ninguno de ellos tenía títulos estrictamente administrativos. Los sacerdotes de un templo del desierto de El-Kab son conocidos también a partir de grupos de grafitos pertenecientes a individuos cuyos nombres indican que el grupo debió extenderse hasta bien entrada la Dinastía VI.[25] En parte, su interés radica en la naturaleza eminentemente sacerdotal de sus títulos. De sus otros títulos, incluso en el caso del gran sacerdote, son muy pocos los que parecen estrictamente funcionales o de importancia en la administración civil, diferentes de los títulos honorarios e indicadores de rango.

25. Porter y Moss (1927, vol. V, p. 190) da las referencias. Para el título «inspector de Nejbet», la diosa de El-Kab, en sellos de barro procedentes de la ciudad, véase *Fouilles de El-Kab* (1954).

Pero en los demás lugares, aunque de forma un tanto irregular, el título de «gran sacerdote» era detentado ya por individuos que eran también «nomarcas» o su equivalente. Estos individuos son conocidos por las tumbas provinciales de la Dinastía VI en varios yacimientos del Alto Egipto. Dos de ellos, procedentes del nomo en el que se hallaba Ábido, fueron enterrados en el cementerio real de Saqqara, en tanto que un tercer hombre pudo haber sido enterrado en su ciudad natal (Fischer, 1954, 1962). Esta combinación parece totalmente lógica por lo que se ha dicho ya acerca del papel económico de los templos y de las fundaciones piadosas. Si interpretamos este hecho como evidencia de que Egipto fue gobernado por sacerdotes o de que éstos constituyeron una parte fundamental del aparato del gobierno es una cuestión de matiz moderno. Ciertamente, en ningún momento durante el Imperio Antiguo o el Imperio Medio, encontramos individuos de destacada posición y poder, cuyos títulos sean estrictamente, o incluso fundamentalmente, de carácter sacerdotal. La historia del título del gran sacerdote de Re en Heliópolis parece confirmar este punto de vista. Este título fue detentado fundamentalmente por cortesanos, príncipes o altos funcionarios, como uno más entre otros varios títulos.

Los datos en torno a los sacerdotes provinciales de las Dinastías IV y V, mencionados más arriba, son demasiado escasos para permitirnos conocer el papel que desempeñaron en sus comunidades. Igualmente oscura es la importante cuestión del origen familiar de los nomarcas de la Dinastía VI: ¿eran originarios de familias locales cuya influencia se había visto limitada hasta entonces a los círculos sacerdotales o se trataba más bien de individuos que habían formado parte de la administración civil de la corte y que habían maniobrado hasta controlar los templos locales? El caso del duodécimo nomo, cuyo nomarca, nombrado por el faraón, era un miembro de la influyente familia del visir Dyau de Ábido en el octavo nomo, es tal vez excepcional, pero ilustra la forma en que los altos funcionarios del gobierno central establecían lazos en las provincias; en efecto, Dyau poseía una fundación piadosa para su estatua en el templo de Jenty-amentiu en Ábido. Nika-anj, a quien nos hemos referido más arriba, debe representar otra etapa de transición. La desigualdad de los datos que poseemos y las dificultades para seguir la historia de cada funcionario individual debe inducir a la prudencia a la hora de sacar conclusiones. Pero, cuando menos, podemos concluir que hacia finales de la

Dinastía VI, el gobierno provincial se había convertido en una parte importante de la sociedad egipcia y no hay que descartar la posibilidad de vincular su evolución a la disminución del tamaño de las pirámides.

Cuanto hemos dicho hasta ahora se refiere totalmente al Alto Egipto. El material procedente del delta del Nilo correspondiente al Imperio Antiguo es tan escaso que es difícil sacar ningún tipo de conclusiones. Se ha descubierto un cementerio de las postrimerías del Imperio Antiguo en el importante núcleo de Mendes, y los cargos desempeñados por los individuos enterrados en ese lugar suscitan escasos comentarios, aunque podemos mencionar dos grandes sacerdotes del templo local sin títulos civiles importantes. En ningún lugar están atestiguados nomarcas para el Bajo Egipto; de igual forma, el título de «gobernador del Alto Egipto», que constituye un intento de mediados de la Dinastía V para coordinar los asuntos de los nomos no tiene (con una posible excepción)[26] equivalente en el Bajo Egipto hasta el Imperio Medio. En consecuencia, parece posible concluir que la aparición de la figura del nomarca a finales del Imperio Antiguo sólo ocurrió en el Alto Egipto. La idea de que el Alto Egipto, especialmente la parte más meridional, se hallaba menos estrechamente asociada al círculo de la corte que el Bajo Egipto parece verse corroborada por la distribución de las propiedades que constituían las fundaciones piadosas de los cultos funerarios privados en la necrópolis menfita. Sólo en un número muy reducido de tumbas se adoptó la costumbre de enumerar las propiedades por nomos. En las que eso ocurrió, muestran una preponderancia en el Bajo Egipto, mientras que en el Alto Egipto hay muy pocas más al sur del nomo decimoquinto, por tanto en auténtico territorio de nomarca (fig. 2.2). Incluso admitiendo la posibilidad de que en el Norte hubo un potencial agrícola natural más importante para crear nuevas propiedades, esto parece implicar que la corte dependía muy estrechamente de individuos con estrechas conexiones en la zona más septentrional del país, especialmente el delta.

El Primer Período Intermedio conoció variaciones en el gobierno provincial que pertenecen a la difícil historia local del período y a las que haremos referencia en las pp. 146-151. Es significativo el

26. El funcionario es Userkaf-anj, y el título probablemente «director de los nomos del Bajo Egipto» (Pirenne, 1932-1935, vol. II, p. 470 y n. 1).

hecho de que el gobernador provincial, en su doble papel de encargado del templo local y de diferentes asuntos civiles, sobrevivió hasta generalizarse en el Imperio Medio. La combinación habitual pasó a ser la de «gran sacerdote» y «gobernador de una ciudad», originalmente un importante título de la corte, pero que ahora se aplicaba regularmente al individuo que gobernaba una ciudad y que estaba encargado de mantener el orden siendo, además, responsable de entregar sus impuestos al visir. La traducción de «gobernador de ciudad» parece la más adecuada. Estos gobernadores son conocidos por todo el Alto Egipto y ahora también en el Bajo Egipto. Muchos de ellos poseían grandes tumbas excavadas en la roca ricamente decoradas, y las de Qau-el-Kebir, con templos construidos según el modelo de las pirámides reales, eran, probablemente, las tumbas provinciales de mayor tamaño construidas en Egipto hasta la Dinastía XXV. Sus propietarios reciben a menudo el nombre de «nomarcas» por parte de los autores modernos, pero lo cierto es que el título, cuya traducción más adecuada sería la de nomarca, no fue utilizado por ellos en absoluto o, a lo sumo, de manera muy irregular. La principal excepción la hallamos en Beni Hasan, donde los propietarios de las tumbas parecen haber sido auténticos nomarcas, en conjunto sin conexiones con el templo local. Una consideración global de la posición de los «gobernadores de ciudades», incluyendo el hecho de que existían en lugares que no eran capitales de los nomos, caso de Ábido, Armant y Kahun, puede llevar a la conclusión de que en el Imperio Medio, la autoridad provincial y la forma de recompensarla seguía el modelo «natural» del desarrollo urbano en el valle del Nilo. La división más artificial del país en nomos pudo haber tenido un carácter meramente formal, siendo los cargos de quienes los gobernaban puramente honorarios, detentados por un gobernador de una ciudad o, en un caso excepcional como en Beni Hasan, por familias aristocráticas que quedaban un tanto al margen del modelo habitual de la autoridad provincial.

Muchos historiadores han puesto el énfasis en el hecho de que tras el reinado de Sesostris III no existen ya grandes tumbas en las provincias (con la excepción de una gran tumba en Qau el-Kebir, que data del reinado de Amenemes III). Se ha dicho que los dignatarios de las provincias perdieron su poder como consecuencia de una reforma administrativa que situó al país entero bajo una burocracia centralizada. No obstante, hay que mostrarse prudente ante esta afirmación.

En primer lugar, el grado de independencia que implica la demostración de grandeza a nivel local no es —necesariamente— directamente proporcional a la exhibición de esa grandeza. Por ejemplo, en el cenit de esa etapa de prosperidad del gobierno local, en el año 38 del reinado de Sesostris I, veinte gobernadores de ciudades, entre los que se incluían los de la zona más meridional de Egipto, fueron obligados a tomar parte en una gran expedición para el rey de extracción en las canteras del Uadi Hammamat, bajo la autoridad de un «heraldo», siendo requerida su presencia en virtud de su obligación de aportar mano de obra del área bajo su jurisdicción para la *corvée* real. Esto parece indicar que existía un estricto control del gobierno provincial por parte del rey. En segundo lugar, aunque a finales de la Dinastía XII pudieron ocurrir cambios en el gobierno local, conocemos la existencia de individuos con los títulos de «gobernador de ciudad» y «gran sacerdote» a finales de la Dinastía XII y durante la Dinastía XIII. Así, en las postrimerías del reinado de Amenemes III, Kahun estaba gobernado por uno de estos individuos; en El-Kab esos cargos pertenecían a una familia que descendía de un visir de la Dinastía XIII y que mantuvo esa posición hasta las etapas finales de la Dinastía XVII, cuando uno de ellos, Sebek-najt, se hizo construir una tumba decorada en la roca. Un esquema similar es aparente en Edfu y la hija de un gobernador de Armant aparece en un papiro administrativo de comienzos de la Dinastía XIII (Scharff, 1920). Lo que es cierto es que se interrumpe la secuencia de grandes tumbas provinciales, pero la deducción de que se debe a una cuestión económica, consecuencia de la intervención real, es plenamente moderna. En el plazo de una generación, el tamaño de las tumbas reales experimentó también un importante declive, sin duda como consecuencia de la inestabilidad de la monarquía. Pero, a diferencia de lo que ocurrió a finales del Imperio Antiguo, este hecho no se vio acompañado por una transferencia de riqueza hacia las provincias del Alto Egipto.

El Primer Período Intermedio

El Imperio Antiguo terminó con el reinado de Fiope II que, según las fuentes antiguas, duró más de noventa años. La manifestación externa de este hecho es que el suyo fue el último en la

secuencia de grandes complejos de las pirámides, aunque estaba rodeado también por un cementerio de sus cortesanos, tumbas modestas de tipo provincial de ladrillos de barro, que demuestran elocuentemente el empobrecimiento de los individuos más allegados al rey. Los cementerios menfitas continuaron siendo utilizados, a este modesto nivel, como lo pone de relieve la existencia de una serie de tumbas de sacerdotes del culto del faraón Teti en Saqqara, que probablemente abarcan todo el período. Ahora bien, lo cierto es que la corte perdió la capacidad de construir a una escala auténticamente monumental. Sin embargo, el país no quedó sin sus faraones. Éstos nos son conocidos a partir de las listas reales de Turín y Ábido que, en conjunto, parecen indicar la existencia de dieciocho faraones y posiblemente una reina, que gobernaron durante un período de unos veinte años. Tan larga sucesión de reyes demuestra una inestabilidad en el gobierno que explica, en gran medida, la ausencia de grandes pirámides. Sería posible identificar a estos faraones con los de la Dinastía VIII de Manetón, no habiendo pruebas en el sentido de la existencia de una Dinastía VII intermedia, mientras que la lista de Turín no indica que hubiera solución de continuidad en la sucesión real entre la Dinastía VI y el último faraón de este grupo. En Saqqara se ha hallado una pirámide de muy modestas proporciones (véase fig. 2.1) perteneciente a uno de estos reyes, Aba, que reinó durante dos o cuatro años, en los cuales se llevó a cabo su construcción.

En una serie de catorce decretos de estos faraones encontrado en Coptos, en el Alto Egipto, se nombra a individuos de una familia local destacada para ocupar diversos puestos en la administración provincial y de los templos. Esto parece indicar que seguía funcionando el aparato de gobierno del Imperio Antiguo, sugiriendo que aunque el poder de esos faraones para influir sobre los acontecimientos fuera reducido, seguían otorgando autoridad, aprobación general e importancia a las carreras de las autoridades provinciales.

Posteriormente, la dinastía menfita dejó paso a una dinastía de 18 faraones procedentes, al parecer, de la ciudad provincial de Heracleópolis y a los que en ocasiones se hace referencia en las inscripciones contemporáneas como «la casa de Ácroes», nombre tomado del primer faraón de la dinastía. Ignoramos (en realidad lo ignoramos prácticamente todo sobre estos faraones) si ocuparon la corte menfita o continuaron gobernando desde Heracleópolis. Constituyen la Dinastía IX/X duplicada de Manetón (Von Beckerath, 1966;

Goedicke, 1969; Schenkel, 1962, pp. 139-145). La supervivencia más importante de estos faraones es el texto literario llamado las Instrucciones para Merikare (véase p. 101), pero debido a las lagunas que existen en el texto, a las numerosas incertidumbres en la traducción y, en especial, a su carácter didáctico, hay que adoptar una postura de gran prudencia a la hora de utilizarlo como fuente histórica.[27]

Nuestra ignorancia acerca de la sucesión real y de los asuntos de la corte en esta época refleja, básicamente, la gran importancia que tienen los cementerios de las pirámides a la hora de formar nuestra opinión sobre estos primeros períodos de la historia de Egipto. Cuando las pirámides son de gran tamaño y están bien conservadas, nos parece que conocemos algo acerca de sus creadores; cuando desaparecen, tenemos la ilusión de que nos encontramos ante una «Edad Oscura». No obstante, por lo que respecta a los acontecimientos en el Alto Egipto, sabemos mucho más acerca de esta época que de los momentos de mayor auge del Imperio Antiguo. El estudio detallado de algunos cementerios nos permite conocer algunas fortunas provinciales. Así, en Moalla, en la frontera septentrional del nomo de Hieracómpolis, la tumba de Anjtifi contiene importantes textos biográficos. Al igual que su padre Hetep, Anjtifi llevaba, entre otros títulos, los de «nomarca» y «gran sacerdote» y vivió, probablemente, a comienzos o mediados de la Dinastía IX/X. Registra su ocupación del nomo vecino de Edfu, hasta entonces bajo la «casa de Juu», una importante familia de nomarcas, y parece que durante un tiempo un tercer nomo, presumiblemente Elefantina, fue objeto también de sus ambiciones. Pero en el Norte, este tipo de ambiciones habían provocado una alianza hostil entre los nomos de Tebas y Coptos, desembocando en ataques mutuos contra las fortalezas. A continuación, toda la parte meridional del Alto Egipto pasó a ser controlada por Tebas. En Moalla, esto viene señalado, presumiblemente, por el hecho de que dos sucesores conocidos de Anjtifi llevan únicamente el título de «príncipe de Hieracómpolis». En Dandara, existe una larga secuencia de tumbas que cubren virtualmente todo el período. Del período transcurrido entre finales de la Dinastía VI y un momento más o menos contemporáneo de Anjtifi datan dos tumbas

27. Contrástese el valor histórico atribuido al texto por Ward (1971) y por Björkman (1964)

pertenecientes a individuos que detentan los dos cargos de «nomarca» y «gran sacerdote» y otra de otro personaje con las mismas ambiciones de Anjtifi, pues era nomarca de los tres nomos de Tinis, Dióspolis y Dandara. Su relativa independencia fue una vez más sofocada por Tebas. Conocemos este detalle a través de un funcionario de Dandara que registra el hecho de que ha servido al «gobernador del Alto Egipto, Inyotef el Grande», un tebano. A partir de ese momento, las tumbas de Dandara pertenecen únicamente a «grandes sacerdotes».

Es en este momento cuando Tebas pasa, por primera vez, a ocupar el primer plano. Los momentos finales del Imperio Antiguo están representados aquí por un grupo de cinco tumbas excavadas en la roca (M. Saleh, 1977), dos de ellas pertenecientes a nomarcas, y en cuanto al período subsiguiente, los nombres de tres «gobernadores de ciudades» y «grandes sacerdotes» aparecen en diversas inscripciones (Björkman, 1964; Schenkel, 1965, pp. 29-32, especialmente n.° 19; Winlock, 1947, pp. 5-6), pero su relación —si es que existía— con la familia de Inyotef, inmediatamente posterior, nos es por completo desconocida. Los primeros personajes importantes de esta última familia, que finalmente pasaría a convertirse en la Dinastía XI, son un «nomarca» y un «gran sacerdote», de nombre Inyotef (estela del Cairo, 20.009; véase Fischer, 1968, pp. 200, 203; Schenkel, 1965, pp. 64-65), así como Inyotef el Grande, al que hemos hecho referencia más arriba.[28] El éxito conseguido por esta familia al sofocar las ambiciones de los gobernadores provinciales del Norte y del Sur les llevó a proclamarse reyes y a construir tumbas mucho más impresionantes en la zona de El-Tarif, en la sección occidental de Tebas. Adoptaron los nombres de Inyotef y Mentuhotep y formaron la Dinastía XI de Manetón. Posteriormente se creyó que eran un total de siete faraones que gobernaron durante 143 años. Sin embargo, las fuentes contemporáneas —especialmente la biografía de Hetepi procedente de El-Kab (Gabra, 1976)— [29] ponen de relieve que el auténtico poder tebano no alcanzó su base territorial hasta el

28. Véase esta página y Schenkel (1965, p. 66, n.° 46, también, tal vez, n.° 45). Es posible que este Inyotef y el anteriormente mencionado, así como «Inyotef el Grande, el hijo de Ikui» de documentos posteriores, sean realmente la misma persona; cf. Schenkel (1962, pp. 145-149).

29. Data del reinado de Uahanj Inyotef y parece sugerir que no fue hasta su reinado cuando los nomos más meridionales fueron totalmente dominados por Tebas. También describe la gran hambre.

reinado del tercer faraón, Uahanj Inyotef, e inducen a pensar que tal vez a los dos primeros faraones se les adjudicó el título real por motivos piadosos. Su posición condujo a una guerra civil con los reyes de la Dinastía IX/X en el Norte. Las referencias a este conflicto proceden tanto de Tebas como de las tumbas de Deir Rifeh, cerca de Asiut, que corresponden una vez más a «gobernadores de ciudad» o «nomarcas» y «grandes sacerdotes». Dos de ellas (pertenecientes a It-ibi y Áctoes II) contienen inscripciones narrativas donde se menciona el papel desempeñado por sus propietarios en la guerra civil, luchando a favor de los faraones de la Dinastía IX/X.

Ambos grupos de inscripciones, de Tebas y de Deir Rifeh, sitúan la zona de conflicto entre Tinis y diversos lugares más al Norte.[30] En ninguna inscripción se hace mención a una victoria final, aunque parece seguro que la misma correspondió a Nebhepetre Mentuhotep II, como parece indicarlo el hecho de que dos de sus funcionarios sirvieron en la propia Heracleópolis (Fischer, 1959 *a*, 1960; Helck, 1955; Schenkel, 1965). El reinado de Mentuhotep II fue testigo de la construcción de un complejo funerario monumental en Deir el Bahari, ricamente decorado en un estilo que, aunque basado en los modelos del Imperio Antiguo, poseía una gran fuerza original. Podemos afirmar que con este monumento comienza el Imperio Medio.

El Primer Período Intermedio constituye fundamentalmente la ruptura del equilibrio entre una corte poderosa y las aspiraciones de las provincias e indica claramente dónde residía la principal fuente de poder. Los cementerios del Alto Egipto ponen de relieve que en esa zona, quienes más se beneficiaron de la incapacidad de la corte para recaudar y consumir una gran parte de los recursos del país fueron los gobernadores provinciales, cuya identidad se había hecho cada vez más clara durante la Dinastía VI. Ciertamente, existieron enfrentamientos civiles, pero sólo entre aquellos hombres cuyas aspiraciones, por lo que podemos ver, eran de carácter totalmente tradicional y que reconocían el papel de la monarquía tradicional, aunque no permitieran que actuara sino como una influencia de escasa importancia en la conclusión de sus propios asuntos. Por lo que respecta al norte del país, carecemos de datos históricos fiables, aunque, pro-

30. Es posible que el grafito n.º 3 de los grafitos de Abisko en Nubia se refiera a una extensión del conflicto en el área del Fayum; véase Brovarski y Murnane (1969) y cf. Posener (1952).

bablemente, las Instrucciones para Merikare reflejan, de alguna forma, los acontecimientos de la época. Por otra parte, como veremos en las páginas 177-178, durante cierto tiempo existió en el delta oriental una amenaza procedente de Asia de escasa magnitud.

Un aspecto del Primer Período Intermedio que ha ejercido una fascinación especial sobre los historiadores es el hecho de que pudiera haberse producido de alguna forma una revolución social. Esta convicción implica aceptar que, tras las reflexiones filosóficas de la literatura de ese período y del Imperio Medio a que hemos hecho referencia en las pp. 101-102, especialmente el texto de las Amonestaciones de Ipuur, subyace una realidad histórica que se manifestó en una forma dramática, incluso revolucionaria. De hecho, es cierto que en la religión funeraria hubo una serie de conceptos y símbolos, pensados originalmente para uso exclusivo de los reyes, que alcanzaron una mayor difusión (Fischer, 1963), hecho que ha sido interpretado como demostración de la «democratización de la vida de ultratumba» y como expresión de lo que ocurría, al mismo tiempo, en la sociedad de los vivos. A mayor abundamiento, el tono de la literatura filosófica indica la aparición de una conciencia nueva por parte de sus autores, preocupados por la fragilidad del Estado y, especialmente en las Instrucciones para Merikare (véase p. 101) y en otra obra literaria de la época, el Cuento del Campesino, por la necesidad de asegurar que el Estado satisfacía las expectativas del hombre común. Pero suponer que esos elementos nuevos sólo podían expresarse mediante una acción revolucionaria implica adoptar una visión excesivamente simplista del proceso histórico y tiende a negar a los egipcios la capacidad de especular e interrogarse racionalmente sobre la naturaleza de su sociedad, aunque su forma de pensamiento y comunicación fueran sumamente concretas.

Respecto a la cuestión de cuáles fueron las circunstancias que desembocaron en el Primer Período Intermedio, varias posibilidades serán analizadas en el apartado final de este capítulo, que dedicaremos a explicar el cambio histórico en Egipto.

El hinterland africano

Un fenómeno importante que destaca en las culturas antiguas del Noreste de África es el proceso de separación cultural que llevó

a una serie de pueblos asentados en una zona determinada del valle del Nilo a iniciar, por razones todavía no muy bien comprendidas, un proceso de enriquecimiento y diversidad cultural que les apartó de la vida del desierto. En especial, la vida sedentaria en el valle del Nilo parece haber impulsado la aparición de líderes ansiosos de extender su control sobre otros grupos vecinos del valle y de una cultura funeraria muy desarrollada. En Egipto, este proceso había sido el origen de la cultura predinástica, a partir de la cual se desarrolló la civilización faraónica. Pero en Nubia, el menor potencial natural de esta parte del valle y la política agresiva adoptada por Egipto significaron que el proceso tuviera un futuro limitado y que pudiera interrumpirse cuando se hallaba todavía en una fase incipiente, e incluso invertirse.

Por su misma naturaleza, este fenómeno diluye las afinidades externas de los grupos del valle del Nilo. A la luz de los datos actuales, todavía muy escasos, parece posible concluir que en los desiertos que rodean Egipto existió un conjunto de grupos de pueblos muy dispersos, en cuyas vidas el nomadismo tuvo una importancia variable y cuyas culturas materiales, muy sencillas, muestran muchas veces similitudes generales entre sí y con las del valle del Nilo, pero que poseen su propia historia, complicada, probablemente, cuando se examina en detalle y sobre una base regional.[31] En sus últimas fases, destacan los productos de cerámica, fundamentalmente cuencos hechos a mano, con la parte interior bruñida y de color negro, mientras que la parte externa es de color rojo, aunque se pintaba de negro la parte superior; otras veces, el exterior está sin bruñir y es de color oscuro, decorado con motivos simples incisos o impresos; ocasionalmente, el exterior puede estar bruñido y con líneas onduladas. Destacan también las piedras de moler. En los casos en que las similitudes con las culturas nubias resultan particularmente claras, hay que pensar en algún tipo de relación entre los pueblos implicados, pero hasta que poseamos mucha más información acerca de las culturas del desierto y comprendamos mejor el proceso de desarrollo cultural en el valle del Nilo, hay que mostrar una gran prudencia a la hora de atribuir un origen en el desierto a los diferentes grupos culturales del

31. Las referencias son muy dispersas, pero incluyen: Bagnold *et al.* (1939), Caton-Thompson (1952), Hays (1975 *a*, *b*), Hester y Hobler (1969), Hobler y Hester (1968), Hölscher (1955), Huard (1965, 1967-1968), Huard y Allard (1970), Huard y Leclant (1972), McHugh (1974 *a* y *b*, 1975), Shaw (1936 *a* y *b*).

valle del Nilo. La tentación de atribuir una asociación infundada a partir de la existencia de rasgos generales similares en un área geográfica amplia es particularmente evidente en la aplicación del término «Grupo C» (véanse más adelante, pp. 163-164), a una serie de culturas del desierto occidental que, en realidad, no pertenecen al auténtico Grupo C, que parece haber sido una creación específica de la Baja Nubia. Además, la evaluación reciente de los datos arqueológicos y de antropología física de la Baja Nubia tiende a abandonar la teoría de oleadas migratorias repetidas y a aceptar la de una continuidad cultural y étnica fundamental a partir de los primeros momentos.

Las pinturas rupestres que aparecen tanto en el valle del Nilo como en los desiertos constituyen otra aportación importante de estos pueblos, pero los problemas de datación limitan su valor como datos históricos. Sin embargo, existe acuerdo general en el sentido de que un gran número de las representaciones de bovinos, que predominan en el arte rupestre de Nubia y del desierto oriental y que aparecen también con gran profusión en los desiertos occidentales, pertenecen a los períodos que estamos estudiando y atestiguan la existencia de una cultura muy difundida centrada en el ganado bovino y a la que habría pertenecido el Grupo C nubio. Ahora bien, en este momento no parece posible ir más allá de esta conclusión general, aunque podemos observar que la terminología étnica del antiguo Egipto y los primeros resultados antropológicos de un cementerio de un pueblo de las *Pan-grave*, que se cree asociado con los nómadas medyau del desierto oriental (véase más abajo, p. 216) sugieren la existencia de más de un grupo de pueblos. Se conoce la existencia de un antiguo cementerio de bovinos en el nordeste del Uadi el-Allaqi (Murray, 1962) y, asimismo, se han hallado cráneos de bovinos en un yacimiento de la Baja Nubia (Hall, 1962).

Cabe pensar que los contactos entre el desierto y el valle del Nilo se basaron siempre en el intercambio de ganado. Por lo demás, estos contactos debieron ser constantes, aunque esporádicos; los grupos de seminómadas se asentarían en campamentos efímeros en el borde del desierto, entrando en una relación simbiótica con los grupos sedentarios del valle del Nilo. El único ejemplo de este tipo de actividad que ha sido investigado procede del límite del desierto, al oeste de Armant, en el Alto Egipto, donde se hallaron los siguientes grupos después de un cuidadoso examen de la superficie del desier-

to:[32] 1) un cementerio de 77 tumbas, con cerámica egipcia que permite datarlo en el Período Protodinástico. Se hallaron otros vasos de cerámica bruñida ondulada, algunos de ellos con dibujos incisos en forma de *chevron* por debajo del borde. Veinte de las tumbas contenían restos de bueyes. Un cementerio de este tipo parece corresponder a un asentamiento más permanente, y no a un campamento estacional; 2) varios campamentos pequeños («Yacimientos Saharianos») con utensilios de sílex y fragmentos de cerámica con decoraciones incisas e impresas. En uno de ellos (Yacimiento Sahariano 15) se hallaron siete fragmentos de recipientes de cerámica bruñida de color naranja procedente del Imperio Antiguo, y una sección de un vaso que recuerda a una forma común del Imperio Medio; 3) un cementerio de tipo *Pan-grave*, posiblemente para individuos originarios del desierto oriental (véanse más abajo, pp. 214-216). Se localizaron, además otros Yacimientos Saharianos hacia el sur, hasta Edfu, pero ninguno más al norte, al menos hasta Farshut. La práctica de los grupos nómadas de acampar en los bordes del desierto, que condujo en ocasiones a asentamientos permanentes, se ha perpetuado en esta área hasta época reciente.[33] El impacto cultural general de este proceso apenas ha sido investigado.

Resulta sorprendentemente difícil rastrear, en zonas situadas más al Sur todavía, este tipo de campamentos provisionales de pueblos contemporáneos con los grupos nubios, establecidos desde hacía mucho tiempo. Cabe preguntarse si las prioridades de los primeros trabajos arqueológicos, realizados con el objetivo de encontrar hallazgos, y la tendencia a enfatizar una visión unilineal del desarrollo cultural no han hecho que se pasen por alto los yacimientos de tipo sahariano, especialmente porque la cerámica podía presentar ciertas similitudes con los objetos domésticos de cerámica del valle nubio (véase p. 161).

32. Los principales resultados están aún sin publicar. Los documentos de Myers están en los archivos de la Egypt Exploration Society, y en el momento de su muerte estaban en una fase de preparación adelantada. La Egypt Exploration Society nos ha dado amablemente el permiso para citar una parte de ese material. Pueden encontrarse también discusiones preliminares en Bagnold *et al.* (1939) y Mion y Myers (1937).

33. La actual aldea de Naga el-Arab, en la parte del desierto del Birket Habu en la Tebas occidental, alberga a los descendientes de un grupo nómada que se asentaron allí a comienzos de este siglo. Una fotografía de uno de sus campamentos de tiendas aparece en Borchardt y Ricke (1930, p. 191). Se afirmaba que algunos de estos pueblos, o sus vecinos, procedían del oasis del Jarga (Bonomi, 1906).

El desierto y los oasis occidentales

En numerosas localidades del desierto occidental se ha mencionado la aparición de hallazgos arqueológicos que rara vez han sido investigados sobre una base científica. En un lugar tan alejado como Gilf el-Kebir se ha hallado cerámica que recuerda a la que poseían algunas culturas del valle nubio (específicamente del Grupo C). Los trabajos más detallados, que han sido publicados, se han realizado en las proximidades de los oasis de Dongul y Kurkur, que ya no están habitados de forma permanente (Hester y Hobler, 1969; Hobler y Hester, 1968). Se descubrieron una serie de yacimientos, la mayor parte de ellos cerca de los oasis de Dongul y Dineigil, pero también algunos otros en Kurkur, Najlai, Taklis y Sheb. Los más importantes de ellos se hallaban dispuestos en torno a cursos de agua que todavía existen en la actualidad, pero pese a ello, no correspondían a una sola ocupación, sino que habían sido ocupados en diversas ocasiones por grupos que poseían básicamente la misma cultura material, aunque existían pequeñas variaciones de un yacimiento a otro. Dos yacimientos próximos a Dongul consistían en grupos de habitaciones de tosca construcción de piedra; muchas de esas habitaciones eran tan reducidas que parecían destinadas a almacenamiento o para ser utilizadas como aprisco de animales. Al parecer, de la misma época eran una serie de trampas de piedra halladas en valles poco profundos en Dongul y Kurkur, tal vez para la caza de gacelas y avestruces. Los ocupantes de estos yacimientos se dedicaban a la cría de ovejas domesticadas y, tal vez, también cabras, y criaban o cazaban ganado bovino (especialmente *Bos*). En cuanto a la cultura material, consistía en una serie de utensilios de sílex, molinos de piedra y fragmentos fundamentalmente de cuencos y vasos de cerámica de diversos tipos: cerámica fina bruñida con la parte alta negra, con el interior pintado en negro y el exterior en rojo; cerámica fina sin bruñir de color gris y con una decoración simple incisa o impresa en el exterior; cerámica fina de color rojo-marrón sin decorar; asimismo, en un yacimiento de Kurkur se hallaron cuatro fragmentos de cerámica bruñida ondulada. En ninguno de los yacimientos se encontró ningún cementerio, rasgo importante que los distingue (probablemente al igual que a la mayor parte que los yacimientos del desierto)

de los del valle del Nilo.[34] En uno de los yacimientos, se ha podido establecer, mediante el procedimiento del carbono 14, la fecha de 1690 ± 180 a.C. (la corrección de MASCA[35] situaría esa fecha en 2050 a.C.; véase Butzer y Hansen, 1968, p. 390; Hobler y Hester, 1968), lo que situaría los vestigios de esas culturas en los períodos que estamos considerando.

Cuando los egipcios entraron en contacto con estos pueblos del desierto occidental, se refirieron a ellos con una terminología muy imprecisa. Un término general utilizado era el de chemehu, del país de Chemeh y son mencionados ellos o su tierra como objeto de las correrías de los egipcios y los nubios en latitudes tan separadas como los 30° y 20° N. Una referencia muy posterior (Yoyotte, 1951), del reinado de Rameses II, a comienzos del siglo XIII a.C., menciona la captura de prisioneros chemehu para la construcción del templo rupestre de Uadi es-Sebua, que se halla a orillas del Nilo, hacia el este y sudeste de la zona de Dongul-Najlai. Se ha dicho que en términos estrictamente étnicos, los egipcios distinguían entre ellos y los chehenu, entre los cuales, los egipcios reconocían príncipes o líderes y cuyas tierras se hallaban, tal vez, más hacia el Mediterráneo, al oeste del delta del Nilo, en el borde de una región costera que, en época muy posterior a la que analizamos en este capítulo, habría experimentado también la separación cultural de la civilización del desierto.

Los núcleos de asentamiento más importantes de la zona occidental debían hallarse en los grandes oasis, aunque hasta ahora no se han realizado los necesarios trabajos de excavación que confirmen esta hipótesis. Jarga y Bahariya proporcionaban vino para la corte egipcia (Helck, 1975, pp. 180) y en unas minas cerca de Bahariya (Fakhry, 1973) se han localizado tres grafitos del Imperio Medio. Ahora bien, probablemente, el interés más importante respecto a esos lugares era su importancia estratégica para salvaguardar las diferentes rutas del desierto que proporcionan alternativas para el comercio

34. Aunque en el Uadi Howar se ha advertido la existencia de algunos centenares de piedras de tumbas, pero al parecer para enterramientos sin objetos funerarios, o con muy pocos (Shaw, 1936 *a* y *b*). En este último caso, lleva a confusión aplicar a estas tumbas el término de badarienses, dada la historia incompleta de los diferentes grupos culturales de los desiertos, que de vez en cuando recurrían a la manufactura de cerámica bruñida peinada.

35. Las correcciones de MASCA, de uno de los varios esquemas existentes para calibrar las fechas del radiocarbono, son publicadas por los Museums Applied Science Center for Archeology, en Ralph, Michael y Han (1973).

y para otro tipo de contactos con Nubia y las tierras situadas más al Sur. Dos fuentes ilustran la utilización de esas rutas. Una de ellas es la biografía de Herjuf de la Dinastía VI, donde se menciona la utilización de caravanas de asnos para el comercio con la Alta Nubia, tomando en una ocasión la «ruta de los oasis». La segunda referencia es la Estela de Kamose de la Dinastía XVII, donde se dice que la correspondencia diplomática era enviada hacia el Sur por la misma área (Habachi, 1972, p. 39; Pritchard, 1969, p. 555; Säve-Söderbergh, 1956; H. S. Smith y A. Smith, 1976). En ambos casos, se debía utilizar la ruta caravanera de Darb el-Arbain (fig. 2.14) y una extensión hacia el Norte a través del oasis Bahariya. Kamose menciona en la misma estela la captura de ese oasis. El valor estratégico del control de esas rutas se refleja, probablemente, en la vinculación de la conquista del «oasis» (considerando probablemente a Jarga y Dajla como un todo) con la de la Baja Nubia en la inscripción de Ballas de Nebhepetre Mentuhotep de la Dinastía XI (Fischer, 1964, pp. 112-118, n.º 45; Schenkel, 1965, pp. 214-216) (véase p. 168).

Ya en la Dinastía VI, cuando Herjuf realizaba esos viajes a los que hemos hecho referencia, había funcionarios egipcios o egipcianizados en algunos de los oasis. Probablemente, esos funcionarios contaban con algún apoyo militar. En Dajla (en el yacimiento de Balat) se ha descubierto un extenso núcleo egipcio del Imperio Antiguo (Vercoutter, 1977 *a*), asociado con mastabas que pertenecían a individuos que llevaban el título de «gobernador del oasis» (Fakhry, 1973; Leclant, 1974, lám. XXXIV), uno de los cuales afirmaba ser hijo de Fiope II y fue enterrado con algunos objetos de oro. De la Dinastía V procede, probablemente, una estatua de un egipcio que detentaba el título de «gobernador del país de los bueyes» (Edel, 1956), nombre evocador que sabemos que fue utilizado para el oasis de Farafra. Del Imperio Medio poseemos noticia de varios funcionarios que llevaban títulos referentes al desierto occidental y, en especial, a los oasis de Jarga y Dajla. Entre ellos, había un «director del ejército del oasis», ejército que tal vez estaría formado por mercenarios del desierto (Fischer, 1957). Una estela de un funcionario del Imperio Medio ha sido hallada en Bir Nejeila, al sudeste de Jarga (Fakhry, 1973).

El desierto oriental

El rasgo esencial de esta zona es la cadena de colinas y montañas que separan el valle del Nilo del mar Rojo. Estas colinas posibilitan una ligera precipitación anual, cuya intensidad y regularidad se incrementa cuanto más al sur. Gracias a la precipitación, en los uadis existen pozos, vegetación e incluso en las partes más elevadas de algunos de los de mayor extensión, es posible un cultivo irregular (Gleichen, 1905, pp. 86-88). Esta zona es cuna de una serie de pueblos de pastores nómadas y seminómadas, los más meridionales de los cuales son los beja. Desde la Antigüedad, se consideró que entre los beja existían grupos de pueblos más importantes que los del desierto occidental. Los antiguos egipcios realizaron con regularidad expediciones para explotar los recursos minerales de esas montañas y, al concentrarse en algunos de los mismos uadis, debieron estar en permanente contacto con la población local.[36]

La necesidad de encontrar referencias a estos pueblos de esta importante zona en los textos egipcios lleva a identificarlos, sin que exista una alternativa sólida, con los medyau. En el Imperio Medio, cuando se identificó en las montañas orientales la actividad egipcia, los medyau aparecen en los textos como habitantes del desierto, pero relacionados con el Nilo, siendo objeto de la vigilancia y de la agresión de los egipcios. Asimismo, en diversas ocasiones entraron al servicio de Egipto. El papiro de comienzos de la Dinastía XIII a que hemos hecho referencia más arriba (véase p. 110) registra la llegada y estancia en la corte de una delegación de ocho hombres y mujeres medyau y, posteriormente, de un príncipe medya. En esta referencia, al igual que en los Textos de Execración (véase más adelante, p. 174), los medyau aparecen subdivididos en diversos grupos. Los nombres utilizados están escritos como si se tratara de topónimos, pero es posible que, como ocurre en las fuentes medievales, los egipcios utilizaran la terminología de un pueblo asentado para unos nombres que realmente correspondían a tribus que abarcaban exten-

36. Ocasionalmente, se hacía referencia a ellos como «asiáticos», cuyo origen, si el término era utilizado siempre correctamente por los egipcios, podía ser el pueblo de cultura palestina en el sur del Sinaí en el Calcolítico y en la Edad del Bronce Antiguo (véanse pp. 179-183). Los beja modernos no son semitas, en contraste con los pueblos que viven en las montañas del mar Rojo, más al Norte.

sos territorios. A este argumento general de probabilidad acerca de la localización de los medyau en las zonas más montañosas del desierto oriental de Nubia, hay que añadir la información específica procedente de una estela del Uadi el-Hudi, que parece situar esta región concreta en territorio medyau (Bietak, 1966, pp. 77-78). Lamentablemente, carecemos por completo de información arqueológica respecto a esta zona.

El interés egipcio

El valle de la Baja Nubia constituía a modo de un corredor de transporte que daba acceso a las importantes minas y canteras situadas en el desierto, tanto a Oriente como a Occidente. Eran éstas fundamentalmente (además de las situadas al este de Egipto):

1. Uadi el-Allaqi-Uadi Gabgaba, una extensa red de amplios uadis llanos que, tanto en la época antigua como en el período medieval, constituían importantes fuentes de extracción de oro que se obtenía a escasa profundidad. Probablemente, se extraía también cobre, mineral con el cual deben estar relacionados los grandes montones de escoria que se han hallado cerca de la antigua fortaleza de Kubban. Dos grafitos de la Dinastía VI han sido hallados a 60 km del Nilo, en el Uadi el-Allaqi (Piotrovsky, 1966, 1967)[37] y, posiblemente, otros tres procedentes del Imperio Medio (Cerny, 1947). Hay que pensar que ésta debía ser la zona de contacto principal con los medyau.

2. Uadi el-Hudi, donde se obtenía amatista y tal vez también oro. Las inscripciones que se han encontrado allí mencionan a los faraones Nebtauyre Mentuhotep IV (último faraón de la Dinastía XI), Sesostris I, Sesostris III, Amenemes III, todos ellos de la Dinastía XII, y Janeferre Sebekhotep de la Dinastía XIII. Una aldea fortificada con construcciones de piedra y cuyo plano se percibe claramente se ha fechado, aproximadamente, en el Imperio Medio.

3. Las canteras del desierto occidental, al noroeste de Toshka, de las que se extraían diorita y, posiblemente, cornalina.[38] Los nom-

37. No es necesario asumir que el Uni de uno de esos grafitos sea el mismo que el famoso Uni de la inscripción de Abido. Sus títulos no son los mismos.

38. El segundo producto que se buscaba era llamado mejenet, sustancia mineral para la que se ha sugerido la traducción de 'cornalina' (o 'jaspe') (Simpson, 1963 *c*, páginas 50-51).

bres reales hallados aquí son: Quéope y Didufri de la Dinastía IV, Sahure y Dyedkare Izezi de la Dinastía V, Sesostris I, Amenemes I/ Sesostris I corregentes, Amenemes II, y Amenemes III de la Dinastía XII. Un documento referente a las canteras afirma que en las expediciones participaban mil asnos y más de mil hombres.

El oro se obtenía también de otros yacimientos situados en el río o junto a él, entre Buhen y Kerma, y tres grafitos del Imperio Antiguo, pertenecientes a unos funcionarios encargados específicamente de la importación de minerales, han sido hallados en Kulb, cerca de Dal (Hintze, 1965). Una serie de minas faraónicas en el río han sido localizadas en Saras y Duweishat, la primera de las cuales corresponde, al parecer, a la Dinastía XII. Se ha dicho también que se obtenía madera de la Alta y de la Baja Nubia para completar las modestas reservas de Egipto.

Por otra parte, se debían adoptar las medidas necesarias para comerciar con las regiones situadas más al sur y de las que los egipcios obtenían productos exóticos. Una fuente de la Dinastía VI (Herjuf) menciona los productos de ese comercio: «incienso, ébano, aceite * ..., pieles de pantera, colmillos de elefante y palos arrojadizos». Dado que los lugares donde podían obtenerse algunos de estos productos eran imposibles de alcanzar para los egipcios por el río o por medio de las caravanas, era necesario llegar a algún tipo de acuerdo con los intermediarios nubios, para conseguirlos y también para proteger las rutas comerciales. Como hemos subrayado más arriba, ello implicaba el control de los oasis occidentales.

De vez en cuando, se consideraba necesario controlar los acontecimientos políticos de los pueblos ribereños. El proceso de separación cultural del desierto y la aparición de jefes ambiciosos era un factor siempre posible, más plenamente en la Alta Nubia, donde los recursos eran mucho mayores. Dado que el desequilibrio demográfico entre Egipto y sus vecinos africanos era mucho menor en la Antigüedad que en la época moderna, esos acontecimientos eran considerados con mucha mayor preocupación. La política egipcia fue siempre una política de agresión, aunque es cierto que al mismo tiempo los egipcios tenían que comerciar con esos pueblos, especialmente con los de la Alta Nubia. No obstante, es posible que los egipcios mantuvieran siempre la esperanza de que finalmente podrían acceder por el río o por tierra a las fuentes de los productos exóticos y a las minas de

oro, que, alternativamente, sólo podían obtener directamente mediante la navegación hasta Opone (véanse pp. 176-177).

La región nubia del valle del Nilo

La desaparición de la cultura del Grupo A en Nubia durante la primera parte de la Dinastía V, parece haber marcado el comienzo de un hiato de casi cinco siglos en la documentación referente al desarrollo cultural de la Baja Nubia. Durante un tiempo, los arqueólogos llenaron esta laguna con una cultura de un Grupo B, representada fundamentalmente por materiales procedentes de un conjunto de tumbas muy pobres. Pero un análisis detallado de los datos revela la inexistencia de argumentos sólidos para reconocer en ninguno de los cementerios de la Baja Nubia una fase homogénea que pueda encajar en este período, que corresponde en Egipto a una buena parte del Imperio Antiguo. La interpretación más plausible es que como resultado de la agresión egipcia, que pudo suponer incluso la captura de prisioneros y posiblemente también de la interrupción de la hasta entonces estrecha relación comercial con Egipto, los habitantes de la Baja Nubia se refugiaron en un sistema de vida seminómada en una zona situada entre el valle del Nilo y los manantiales y oasis de los desiertos adyacentes.

Uno de los rasgos de las culturas del desierto a que hemos hecho referencia más arriba es la escasez de cementerios bien definidos. Si la presencia temporal, y tal vez estacional, de estos pueblos en la Baja Nubia se vio señalada únicamente por la existencia de campamentos de tipo sahariano, tal como han sido identificados en Armant, es comprensible que los métodos y puntos de vista de algunos de los principales estudios nubios ignoraran o infravaloraran esos asentamientos de superficie, sin importancia, especialmente porque la cerámica puede presentar similitudes superficiales con los utensilios domésticos del Grupo C. Sin embargo, uno de los estudios recientes más exhaustivos ha localizado algunos yacimientos de este tipo, aunque en la zona —más marginal desde el punto de vista ecológico— de la Segunda Catarata. Uno de ellos, en Saras Este, ofreció, además de los fragmentos de cerámica relacionados con las culturas del Grupo A y del Grupo C, un fragmento de cerámica, bruñida de color naranja, de un cuenco del Imperio Antiguo, que recordaba, por tanto, la cerá-

mica del Yacimiento Sahariano 15 en Armant (Mills y Nordström, 1966).[39] La necesidad de buscar una explicación de este tipo se ve intensificada cuando consultamos las inscripciones egipcias que proclaman la captura de números importantes de hombres y animales en Nubia (Breasted, 1906, p. 66; Helck, 1974 *c*; Schäfer, 1902, p. 30).

Uno de los descubrimientos más importantes de las excavaciones realizadas en Nubia en la década de 1960 fue la de que ya en el Imperio Antiguo hubo un intento egipcio de controlar la Baja Nubia estableciendo centros de ocupación permanente. Este hecho pudo ser conocido tras la excavación de Buhen Norte. Allí, no lejos del extremo septentrional de la Segunda Catarata, existió un asentamiento, marcado por un tosco muro de piedra, cuya cultura material era casi exclusivamente egipcia. En la zona mejor conservada se había llevado a cabo la trituración y fundición de lo que se afirmaba que era material de cobre procedente de una mina que aún no ha sido localizada. Los nombres reales, especialmente en impresiones realizadas con sellos de barro, correspondían a los faraones Quefrén y Micerino de la Dinastía IV y Userkaf, Sahure, Neferirkare y Dyedkare Izezi de la Dinastía V. No obstante, los niveles más antiguos se situaron en la Dinastía II sobre la base del tamaño de los ladrillos de barro y de los sellos de las vasijas, muy deteriorados. Esa fecha tan temprana parece verse corroborada por algunas fechas obtenidas por el procedimiento del carbono 14,[40] y un grafito de una colina próxima da, asimismo, una fecha del Período Protodinástico (H. S. Smith, 1972). Buhen

39. Gratien (1978, p. 134) afirma que elementos de su fase Kerma antiguo aparecen en Aniba, Serra, Faras y Saras en la Baja Nubia, así como en Akasha, Dal, Sai y Kerma en la Alta Nubia. Véase también Nordström (1966).

40. Las diferentes fechas del radiocarbono están publicadas en *Radiocarbon*, 1963, 5, 21, 288-289; 1965, 7, 352; 1966, 8, 3-4; 1968, 10, 1. Siete de las ocho fechas de Arizona dan una imagen bastante consistente cuando se las somete a la corrección de la media de vida y a calibración (por ejemplo, por la escala de MASCA, véase n. 33), con dos muestras procedentes del estrato situado bajo el nivel del Imperio Antiguo (A-333, 334) de 2920 ± 60 a. C y 2830-2700 ± 50 a. C. Las cinco fechas de California (tres de ellas utilizadas también en las dataciones de Arizona) y la fecha que adelanta el Museo Británico son menos consistentes. Tienden a dar fechas muy anteriores a lo que cabía pensar para el nivel superior, aunque una muestra procedente de un corte efectuado en el centro del yacimiento (UCLA-247) dio la fecha de 2910 ± 60 a. C. H. S. Smith (1964), cuya opinión sustenta también Säve-Söderbergh y Olsson (1970) ve en las inconsistencias internas una razón para poner en duda la correcta interpretación de la estratigrafía. De todas formas, el grado de inconsistencia no es mayor, probablemente, que el que se da en algunas dataciones de la Edad del Bronce Egeo por el procedimiento del radiocarbono.

Norte representa una política de asentamientos egipcios ejemplificada ahora en Balat, en el oasis de Dajla (véase p. 158) y arroja una importante luz sobre el descubrimiento, mucho más temprano, de algunos fragmentos de cerámica del Imperio Antiguo en Kubban, que posteriormente fue el asentamiento de una fortaleza del Imperio Medio situada estratégicamente frente a la entrada del Uadi el-Allaqi (Emery y Kirwan, 1935). La aparente inexistencia de una población sedentaria en la Baja Nubia pudo hacer innecesaria la creación de una cadena de fuertes para establecer guarniciones según el modelo del Imperio Medio, pero los fragmentos de Kubban parecen indicar que el yacimiento de Buhen Norte no era el único en la Baja Nubia. Asimismo, Buhen Norte dio a los egipcios la posibilidad —como ocurriría en el Imperio Medio— de penetrar hacia la Alta Nubia, donde las recompensas debieron ser en todo momento mucho mayores y esto introduce un matiz de incertidumbre geográfica en el documento de la Dinastía IV que menciona la obtención de botín por parte del faraón Esnofru durante una expedición realizada en Nubia. Asimismo, la situación de Buhen Norte habría sido muy adecuada para el comercio con la Alta Nubia, sustituyendo a los intermediarios de la Baja Nubia.

En Buhen, al igual que en las canteras de diorita, la secuencia de inscripciones termina en la Dinastía V, para reanudarse únicamente a comienzos de la Dinastía XII. No obstante, por lo que respecta a la Dinastía VI, existen importantes inscripciones que dejaron las expediciones egipcias en Nubia, expediciones conducidas a menudo por funcionarios a los que se daba el título de «directores de las tropas extranjeras» (L. Bell, 1973; Edel, 1971 *b*, 1973; Fischer, 1964, pp. 29-30; Goedicke, 1966 *a*). Estas expediciones están registradas en el Uadi el-Allaqi y en la zona de Tomas-Toshka, junto al Nilo. En dos grafitos de Tomas, los líderes de las expediciones llevan también los interesantes títulos de «director del ejército de Satyu» y «director de las tropas extranjeras de Satyu», que hacen referencia a una comunidad nubia situada junto al río Nilo que, sin duda, debía aportar tropas de mercenarios. La inscripción más larga es la biografía de Herjuf en su tumba de Asuán. En ella se mencionan tres expediciones, al parecer con el objetivo fundamental de desarrollar relaciones comerciales. Estas expediciones habrían partido de Menfis para tomar la ruta a lo largo del río o a través del desierto occidental siguiendo los oasis. Un aspecto importante de esta pieza narrativa

son las referencias a una serie de grupos nubios establecidos aparentemente en la Baja Nubia, los más importantes de ellos en territorios llamados Sachu, Irchet y Uauat, al parecer en este orden Sur-Norte y cubriendo gran parte de esa zona del valle del Nilo. En el segundo viaje que menciona la biografía de Herjuf, Irchet y Sachu se hallaban bajo la dirección de un hombre y en el tercer viaje se les había unido Uauat. Nos sentimos inclinados a ver reflejado en esta narración el proceso real de concentración política que acompaña a un asentamiento permanente y que en este caso habría dado lugar a la aparición de un auténtico rey de la Baja Nubia a finales del Imperio Antiguo. El componente arqueológico de este proceso hay que encontrarlo en la primera fase de la cultura del Grupo C, próxima etapa importante de vida sedentaria en la Baja Nubia. En un número reducido de cementerios de la orilla occidental, fundamentalmente en la parte central de la Baja Nubia, se hallaron algunas tumbas de la fase más primitiva que contenían «sellos planos» importados de Egipto y que en este país se utilizaron a finales del Imperio Antiguo. Es imposible determinar si la aparición de la cultura del Grupo C fue causa o consecuencia del aparente abandono del asentamiento egipcio en Nubia después de la Dinastía V. En esa época, los gobernadores de Elefantina llevaban el título de «director de las tierras extranjeras»; en un caso «director de las tierras extranjeras de su señor: Yam, Irchet y Uauat» y esto, junto con la fuerte presencia de soldados mercenarios, que hemos mencionado más arriba, parece indicar la existencia de un cierto acuerdo político con esos grupos nubios en beneficio de Egipto. La cultura del Grupo C (o de la Nubia Media) perduró en la Baja Nubia hasta comienzos de la Dinastía XVIII, pasando por una serie de fases que no son otra cosa sino modificaciones y elaboraciones del esquema básico. Dado que el asentamiento a lo largo del río era un estímulo importante para el desarrollo y diversidad cultural que implicaban la aparición de una elaborada cultura necrológica, probablemente no tiene sentido tratar de buscar una cultura del Grupo C plenamente desarrollada fuera de la Baja Nubia y, como se ha dicho más arriba, la continuidad y la migración permiten dos interpretaciones distintas respecto a los orígenes del Grupo C. Hasta la penúltima fase (II *b*) en el Segundo Período Intermedio, los únicos centros de ocupación de la cultura del Grupo C que se conocen son pequeños conjuntos de cabañas, construidas con postes de madera cubiertos posiblemente de pieles o, más habitualmente, de muros de

escasa altura construidos con piedras colocadas verticalmente y con techos inclinados sobre soportes de madera. Los cementerios estaban muy perfeccionados; en ocasiones contenían bloques de piedra verticales decorados con representaciones de bueyes. Cada tumba poseía una superestructura circular de piedra bien construida y en ocasiones, el cuerpo yacía dentro de una cista de piedra o bajo una bóveda de cañón construida con ladrillos de barro. Pero también en este caso, hasta la penúltima fase no existen tumbas de dimensiones diferentes como reflejo de la posición social o política, rasgo negativo que en general se da también en la cultura anterior del Grupo A.

En cuanto a la cultura material, que conocemos en su mayor parte a partir de los cementerios, la cerámica es el rasgo más aparente, particularmente un conjunto variado de recipientes negros fabricados a mano con una compleja decoración geométrica incisa; existen también recipientes rojos pulimentados con la parte alta negra, una serie de utensilios domésticos más toscos y vasijas importadas de Egipto, posiblemente para el almacenamiento de agua. En general, el número de objetos egipcios encontrados parece relativamente limitado y el desarrollo de la cultura del Grupo C parece haber progresado independientemente de la reconquista egipcia de la Baja Nubia durante el Imperio Medio. No obstante, la reconquista debió frustrar las ambiciones políticas que hubieran podido surgir durante la Dinastía VI y el Primer Período Intermedio, pero aparte de eso, los pueblos del Grupo C continuaron con su sistema de vida en el que, a juzgar por su limitado repertorio artístico, el buey desempeñaba una parte importante. Se practicaba también un modesto intercambio de productos entre individuos, familias y aldeas, aunque insuficiente para producir una gran concentración de riqueza.

La cultura del Grupo C ha sido hallada en numerosos yacimientos en la Baja Nubia, en especial en las fértiles áreas en torno a Faras, Aniba y Dakka, habiéndose encontrado además un núcleo en tierra egipcia, en Kubaniya, a 13 km al norte de Asuán. En este último yacimiento, los elementos del Grupo C parecen pertenecer a una fase primitiva, presumiblemente del Primer Período Intermedio. Durante el Imperio Medio, los descendientes de esta comunidad adoptaron la cultura y las prácticas de enterramiento egipcias. En el Sur, no se han hallado enterramientos más allá de Semna, en la Segunda Catarata. Más al sur, aparece la continuación meridional del Batn el-Hagar, una zona particularmente árida del valle del Nilo de la que se ha sabido,

gracias a un pormenorizado estudio, que en la Antigüedad no estuvo habitada por una población sedentaria (Geus y Labre, 1974; Vila, 1975). Todavía más al sur, más allá de Dal, la arqueología de la Alta Nubia sólo está documentada de forma provisional.

El yacimiento de mayor interés en esa zona es Kerma, en la ribera oriental por encima de la Tercera Catarata (W. Y. Adams, 1977 *a*; Hintze, 1964; O'Connor, 1974; el-Rayah, 1974; Reisner, 1923; Säve Söderbergh, 1941, pp. 103-116; Trigger, 1976 *a*).[41] Como veremos más adelante (pp. 185-186, 206-211) los vestigios más notables —el castillo de ladrillos y los grandes túmulos— estaban ocupados, con toda probabilidad, por los reyes de Cush, que gobernaron gran parte de Nubia a finales del siglo XVII y comienzos del siglo XVI a.C. Su afición a los productos egipcios, que abarca piezas con inscripciones antiguas y estatuaria, ha conducido a una cierta confusión en las interpretaciones modernas. En el análisis inicial del cementerio, que se pensó que estaba reservado para el enterramiento de los funcionarios egipcios encargados de las actividades comerciales, se estableció una cronología relativa, en la cual los grandes túmulos del extremo meridional constituían la fase clásica primitiva. No obstante, como ocurre con todas las secuencias relativas de este tipo, en teoría es reversible y la conclusión moderna de que los grandes túmulos constituyen las construcciones más recientes implica que la sección norte del cementerio contiene los enterramientos y cultura de Kerma que cronológicamente corresponde al Segundo Período Intermedio y al Imperio Medio. Lamentablemente, no se han publicado las excavaciones realizadas en una pequeña área de esta sección, aunque las escasas noticias proporcionadas por los excavadores sugieren, como cabía esperar, la aparición de elementos comunes al Grupo C de la Baja Nubia y, tal vez también, al Grupo A. Este enfoque alternativo de la necrópolis de Kerma parece verse corroborado por las excavaciones realizadas en la isla de Sai, en donde existen cementerios tan extensos como el de Kerma aunque no existan tumbas que puedan compararse en tamaño con los túmulos reales.

41. La Estela de Inyotef, un documento clave en la interpretación de Kerma, encuentra un estrecho paralelismo en una estela de El-Kab (véase n. 20), lo que da mayor peso a la idea de que la Estela de Inyotef no describe una estructura fortificada desarrollada localmente en Kerma. Hay que señalar también que una estatua que habría pertenecido a un hombre llamado Hapdyefa ha sido hallada en Tell Hizzin, en el Líbano.

Sobre la base de los cementerios de Sai (Gratien, 1978) se ha avanzado un esquema provisional de clasificación arqueológica para la Alta Nubia. La fase clásica de Kerma, de finales del Segundo Período Intermedio (el período de los hicsos en el Norte de Egipto), está precedida por otras dos: una fase Kerma intermedia con hábitos funerarios comunes también a la fase clásica de Kerma y cuyas tumbas contenían, entre otros materiales, dagas de cobre procedentes de Egipto; una fase Kerma primitiva posterior a una variante de la Alta Nubia de la cultura del Grupo A de la Baja Nubia. Las fases intermedia y primitiva de Kerma deben ser identificadas con partes del sector septentrional de la gran necrópolis de Kerma, y la fase intermedia de Kerma debe ser el equivalente local del Grupo C de la Baja Nubia y, en consecuencia, contemporánea del Imperio Medio. Así pues, a juzgar por los primeros resultados publicados, la Alta Nubia posee una secuencia cultural mucho más continua que la de la Baja Nubia, sin ese gran hiato entre los Grupos A y C.

Si es cierto que no es posible seguir considerando a Kerma como una «colonia comercial» egipcia del Imperio Medio, no hay que pensar que todo el material egipcio que se ha encontrado pertenezca a una época posterior. Éste es el caso, en especial, de un conjunto de vasos de piedra rotos que han sido hallados en el patio del castillo y en las habitaciones adyacentes, probablemente bajo el nivel del suelo, y en los que aparecen los nombres de Fiope I y Fiope II de la Dinastía VI y de Amenemes I y Sesostris I de la Dinastía XII (Reisner, 1923, pts. I-III, pp. 30-32, pts. IV-V, pp. 507-510).[42] En algunos aspectos, Kerma se convirtió en una especie de Biblo africana en el Segundo Período Intermedio: un estado independiente más allá de las fronteras políticas de Egipto con una monarquía que miraba hacia Egipto por la sofisticación de su corte. En el caso de Biblo, la conexión con Egipto se debía en gran parte a la actividad comercial. Respecto a Kerma, el mecanismo de contacto es más oscuro, aunque lo cierto es que Kerma se halla próxima a un atajo, a través del

42. Vercoutter (1967) revisa las conclusiones de Trigger (1965) y cita un vaso del Imperio Antiguo con el cartucho de Fiope II, vaso procedente de una tumba de Mirgissa del Segundo Período Intermedio. De esta forma, pone en duda la importancia del hallazgo de Kerma. De cualquier forma, un ejemplar aislado como éste no puede ser comparado con el depósito de la importancia del que se halló en Kerma, que, según Reisner, incluía al menos 25 vasos diferentes con el nombre de Fiope I. El vaso de Mirgissa está publicado en Vercoutter (1975 *a*, p. 98, fig. 31).

desierto, hacia la gran ruta caravanera de Darb el-Arbain. Pero es a la luz de esta historia subsiguiente como hay que ver el relato de Herjuf de sus expediciones comerciales. Su objetivo era el reino de Yam. La evidencia interna de la narración de Herjuf es, pese a lo que haya podido decirse, demasiado débil como para poder situar ese lugar, siendo posible afirmar únicamente que se encontraba más lejos de Egipto que los reinos de la Baja Nubia antes mencionados. Pero los vasos de la Dinastía VI que han sido hallados en Kerma y de los que existe réplica exacta en Biblo, así como los contactos y el desarrollo político de épocas posteriores, dan prioridad a la zona de Kerma como asentamiento del reino de Yam. Por otra parte, se ha tratado de identificar el nombre de Yam en la escritura egipcia con el de Irem, con el que se designa en época posterior a un país situado en esa misma región (Priese, 1974; Zibelius, 1972, pp. 18-81).[43] Es interesante subrayar que ya en la época de Herjuf se consideraba que Yam se hallaba bajo la protección de la diosa egipcia Hathor (Lichteim, 1973, p. 26),[44] que, al igual que Horus, asumiría en el Imperio Medio ese papel en varios lugares que Nubia, incluyendo las canteras de diorita del desierto occidental, así como en las minas del Sinaí y en el puerto de Biblo.

La reconquista de la Baja Nubia parece haber comenzado durante el reinado de Nebhepetre Mentuhotep II (*c.* 2010 a.C.). Una inscripción fragmentaria procedente de El-Ballas, en el Alto Egipto, fechada en ese reinado a partir de argumentos epigráficos, contiene un relato de conquista que incluye las palabras «Uauat (Baja Nubia) y el oasis, los anexioné al Alto Egipto» (Fischer, 1964, pp. 112-118; Schenkel, 1965, pp. 214-216). De la fraseología de un grupo de grafitos de su reinado en Abisko, a 10 km al sur de Asuán, se deduce que Buhen

43. El hecho de que al oeste de Yam se extienda una zona ocupada por individuos chemehu no constituye una ayuda tan decisiva como podría parecer a primera vista, ya que los descubrimientos arqueológicos demuestran que en la Antigüedad hubo una difusión de pueblos en los desiertos occidentales mucho más importante que en la actualidad (véase Strouhal y Jungwirth, 1971). Por lo que respecta a la proximidad a la ruta caravanera de Darb el-Arbain, la isla de Sai está mejor situada que Kerma. En el siglo XVI d. C., el rey de Sai recaudaba derechos de aduana de las caravanas que tomaban esa ruta, pero cien años después eso ocurría en Argo, cerca de Kerma, en nombre del rey de Dongola (Crawford, 1951, pp. 140-141, 197).

44. El título exacto es «Hathor, señora de Imaau», tal vez una parte de Yam (Zibellius, 1972, p. 81).

fue conquistada en el curso de una campaña.[45] No se ha hallado en Nubia material arqueológico que pueda fecharse con seguridad durante su reinado y que permitiría saber si había comenzado una política de asentamiento. Ahora bien, las dificultades que existen a la hora de fechar el material egipcio en un reinado determinado deben inducirnos a la prudencia a la hora de adoptar una actitud negativa. Otro tanto cabe decir acerca del reinado de Amenemes I, primer faraón de la Dinastía XII. En efecto, en Korosko ha sido hallado un grafito de conquista en Uauat correspondiente al año 29 de su reinado.

En contraste, desde comienzos del reinado de Sesostris I poseemos una gran cantidad de restos arqueológicos que atestiguan la presencia egipcia en la Baja Nubia en forma de núcleos fuertemente fortificados. Podemos dividirlos en dos grupos, que representan, en parte, dos tipos diferentes de terreno y, asimismo, dos grandes fases de construcción. El primer grupo puede ser calificado de «tipo llano» y su construcción se realizaba en las riberas llanas o en declive del Nilo en la Baja Nubia, al norte de la Segunda Catarata. El más meridional de estos asentamientos, Buhen, parece haber existido ya en el año 5 del reinado de Sesostris I; la existencia de rasgos arquitectónicos comunes con otros núcelos de Aniba (fase II) y Kubban (fase II) permite fechar estos últimos en el mismo período. No obstante, cuando se examinan detalladamente, se aprecia que cada uno de esos fuertes tuvo su propia historia y experimentó un proceso más continuo de mejora y modificación independiente. Por desgracia, carecemos de elementos de datación precisos para la mayor parte de los fuertes, pero hay que señalar que la fase I de Aniba y Kubban ha de ser fechada, por razones arquitectónicas, en un momento anterior que el núcleo de Buhen de Sesostris I, y otro tanto cabe decir de la fase I de Ikkur. En consecuencia, los niveles inferiores de esos asentamientos deben corresponder a las conquistas de Nebhepetre Mentuhotep y Amenemes I.

Esos fuertes estaban defendidos por un macizo de ladrillos de barro con torres exteriores en todos sus lados y en los extremos. En el lado de tierra poseían un foso, en Buhen con contraescarpa y glacis. Su rasgo más destacado era la existencia de una segunda línea

45. Véase n. 30, y Zibellius (1972, pp. 11-12). H. S. Smith (1976, p. 63) lo pone en duda.

defensiva en la base de la muralla, entre ésta y el foso. A lo largo del borde interior del foso existía un parapeto bajo con aspilleras, interrumpido a intervalos por bastiones semicirculares. Este conjunto parecía diseñado para frustrar un tipo de asedio muy sofisticado y, así, nos lleva a pensar en la posibilidad de que constituya un tipo de fortificación urbana desarrollado en Egipto durante las guerras civiles del Primer Período Intermedio. Cada uno de los fuertes poseía también una fachada al río con muelles, mientras que en Serra Este, un fuerte de época posterior donde se consideró innecesaria la línea secundaria en defensa, se construyó un pequeño puerto en el interior de las murallas. En Buhen y Aniba (posiblemente también en Kubban) estos fuertes se convirtieron en ciudadelas situadas en el interior de una zona fortificada mucho más extensa, aunque no sabemos si existían muchas construcciones en esta zona exterior. Excepcionalmente, en Buhen se encontraron los cimientos de un gran edificio rectangular de varios pisos, inmediatamente al norte de la muralla de la ciudadela.

Sabemos que estos fuertes contenían una guarnición con efectivos modestos (Vila, 1970), que contaban con una administración que constituía una variante especializada de la que existía en Egipto y que constituían una puerta para el tráfico ribereño egipcio, pero lo ignoramos casi todo acerca de quiénes vivían en ellos, su número y sus actividades. Posiblemente, no se dedicaban en todos los lugares a los mismos menesteres. Así, en Buhen y Kubban y tal vez también en Mirgissa, se desarrolló el trabajo del cobre,[46] mientras que en algunos otros lugares practicaban el comercio local, aspecto al cual nos referiremos más adelante. Un grupo de estelas de Buhen se han atribuido a elementos que procedían de El-Rizeikat, en el Alto Egipto, aunque no existe una certeza total respecto a este punto.

Un segundo grupo de fuertes se construyó tras la anexión egipcia de toda la zona de la Segunda Catarata en el reinado de Sesostris III, proceso sobre el cual poseemos testimonios específicos en forma de inscripciones y de material arqueológico. En este terreno abrupto, cada uno de los nuevos fuertes se construyó en forma de un polígono irregular para adaptarse a una prominencia natural irregular. En la

46. Respecto a Buhen, véase Emery (1961) y Lucas y Harris (1962, pp. 207-209); los datos que disponemos acerca de Mirgissa consisten en una referencia a un sello de un «director de los trabajadores del cobre», citado por Hesse (1971); cf. Vercoutter (1977 *b*).

mayor parte de los casos la configuración del terreno eliminaba la necesidad de construir un foso. Los constructores de estos fuertes ponían buen cuidado en asegurarse el aprovisionamiento de agua dulce mediante la construcción de un pasadizo de piedra que conducía hasta el río, elemento que aparece también en algunos de los fuertes de la Baja Nubia. Si exceptuamos el fuerte de la isla de Askut, situado en la zona media del área de la Segunda Catarata (y posiblemente algunos puestos intermedios de señalización), estos fuertes se agrupan en torno a la zona meridional y forman un conglomerado defensivo a través de la estrecha garganta de Semna (fig. 2.9). Dos inscripciones del reinado de Sesostris III halladas en Semna confirman que el objetivo era establecer una auténtica frontera. En una de ellas se describe el objetivo como: «impedir que cualquier nubio pueda atravesarla cuando se dirige hacia el Norte, ya sea a pie o en barco, así como al ganado de los nubios, excepto a un nubio que venga a comerciar a Iqen o como enviado». Sabemos ahora que Iqen era el gran fuerte de Mirgissa que por su posición, historia y diseño era intermedio entre los dos grandes grupos de fuertes. La mención de los enviados se refiere a los grupos de medyau que eran recibidos en la corte y que son mencionados en el Papiro Bulaq 18 (véase p. 111) y sirve a modo de recordatorio de que, a pesar del tono agresivo de los textos oficiales, los egipcios necesitaban, por razones comerciales y políticas, alcanzar un cierto entendimiento con sus vecinos del Sur. Dos estelas privadas parecen indicar que también los egipcios se aventuraban hacia el Sur, a Cush, en misión oficial.[47]

Las medidas defensivas de los egipcios no se limitaban a la erección de murallas y almenas. También se instalaban puestos de observación en prominencias rocosas en la zona de la Segunda Catarata, se recurría a prácticas mágicas para frustrar las intenciones del enemigo (Reisner, Wheeler y Dunham, 1967, láms. 31, 32; Vila, 1963, 1973) y tal como lo revelan las copias de un grupo de despachos enviados a Tebas (los Despachos de Semna) se intentaba obtener la mayor información posible mediante un detallado sistema de vigilancia. Un tema que se repite en estos comunicados es el de las actividades de los medyau, algunos de los cuales aparecen al mismo tiempo al servicio de los egipcios. En uno de estos despachos se comunica que se ha

47. El Cairo, 20086, Berlín, 19500. El término 'comisiones'* en el segundo parece especialmente adecuado para el contacto diplomático.

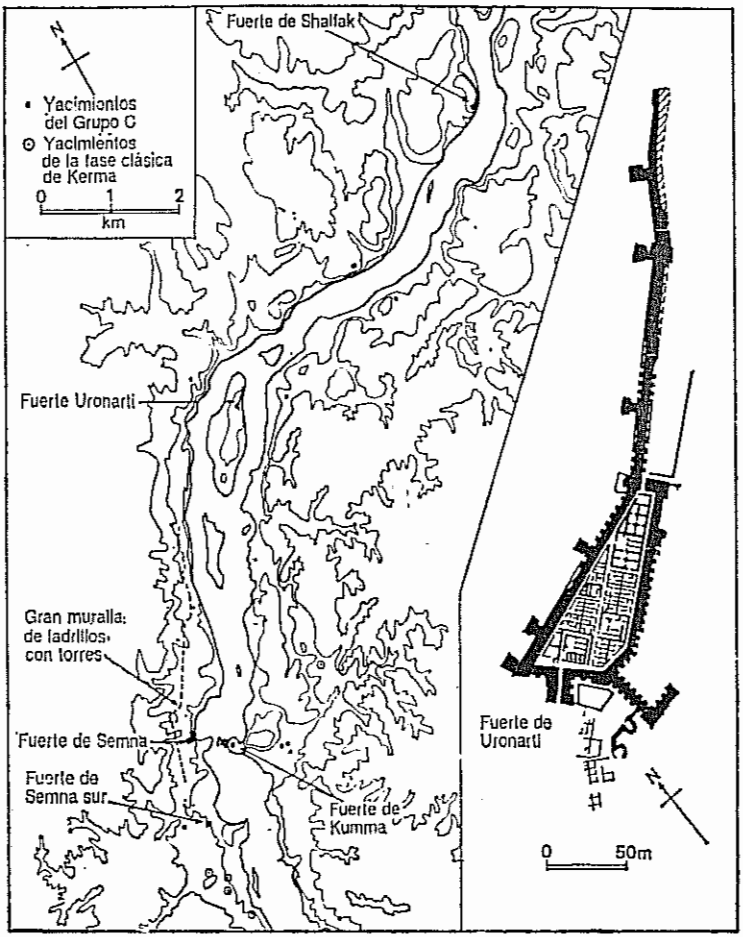


FIGURA 2.9

La frontera egipcia en Semna durante el Imperio Medio, con el plano de la frontera de Uronarti

seguido un rastro, se ha hallado a tres individuos medyau y se les ha interrogado sobre su origen; en otro se menciona que se ha seguido el rastro de 32 hombres y tres mulos; en un tercero (de la fortaleza de Elefantina) un pequeño grupo de individuos medyau ha descendido desde el desierto para solicitar entrar al servicio de los egipcios, afirmando que «el desierto se muere de hambre». Si los medyau eran considerados como una amenaza, éste puede haber sido un factor que explique la preferencia de los egipcios a situar las fortalezas en la orilla opuesta, con las excepciones importantes de Kubban y Serra Este, situadas respectivamente frente a la entrada al Uadi el-Allaqui y al Uadi Hagar Shams, los cuales conducían a zonas con minas de oro.

No obstante, la preocupación por los nómadas del desierto oriental no explica la orientación hacia el sur del grupo de fortalezas de Semna (fig. 2.9). El hecho de que estas fortalezas miraban hacia el sur, hacia reinos ribereños, potencialmente hostiles, situados más allá del Batn el-Hagar, en la Alta Nubia, resulta evidente por las informaciones que nos ofrecen otras inscripciones. Se ha dicho que entre los reinados de Sesostris I y Sesostris III el blanco más importante de las campañas nubias era Cush. Es éste un término geográfico que se aplicaba con dos acepciones: como término geográfico general para designar la Alta Nubia, que se utilizó como tal durante todo el Imperio Nuevo, y como el nombre de un reino concreto en esa región, presumiblemente el más poderoso de ellos ya que los egipcios utilizaron su nombre para referirse a una zona mucho más amplia, lo cual puede implicar también que ese reino detentaba una supremacía política reconocida a nivel local. Las referencias a las campañas contra Cush contienen muy pocos elementos episódicos, aunque una de ellas, del año 19 del reinado de Sesostris III, que registra el regreso de una expedición contra Cush y la dificultad de llevar de vuelta a los barcos a través de las cataratas, por su posición en Uronarti demuestra que en este caso se había realizado una expedición por el río más al Sur del desfiladero de Semna. Guarda relación con estos documentos un grafito de Sesostris III que ha sido hallado en Dal (B. Bell, 1975, p. 238; Leclant, 1969, p. 282). Cush, en la acepción restringida como nombre de un reino, aparece al frente de las listas de núcleos conquistados y hostiles en Nubia, signo probable de su importancia más que de su proximidad geográfica respecto a Egipto. Con una sola excepción, estas listas pertenecen a un tipo de

documentos a los que se ha dado el nombre de Textos de Execración.[48] Estos textos, escritos sobre vasijas o en estatuillas que representaban a prisioneros y que se utilizaban para realizar un rito mágico que permitiera conjurar la actuación de fuerzas malignas, mencionan individuos y objetos potencialmente hostiles, entre los que se incluyen reyes extranjeros y sus súbditos. Uno de estos textos de la Dinastía VI incluye a los países nubios de Irchet, Uauat, Yam, Medya y Sachu (Abu Bakr y Osing, 1973; Posener, 1971) y por lo que respecta al Imperio Medio, son al menos cuatro grupos de estos documentos los que se refieren a Nubia. Muy pocos de esos lugares pueden ser localizados, aunque a partir del hecho de que al menos en dos de los grupos no aparece la Baja Nubia (Uauat), es posible deducir que las mayores preocupaciones egipcias se centraban en la Alta Nubia. Por otra parte, aunque la relación entre la arqueología y la estructura política siempre es delicada, parece improbable, sobre la base de la naturaleza del país y de la ausencia de vestigios arqueológicos, que la zona entre Semna y Ukma —la parte meridional de Batn el-Hagar— hubiera tenido una gran importancia. En el Imperio Nuevo, los templos fundados por los egipcios en la Alta Nubia, y que seguían la política existente, comenzaron únicamente en Amara, a unos 10 km al sur de Sai. La isla de Sai ha sido identificada como el reino de Shaat, que también aparece en el principio de las listas. Si seguimos estrictamente el orden de enumeración de los lugares, la zona de Amara-Ukma parece el emplazamiento más probable de Cush. Pero si consideramos los acontecimientos históricos desarrollados en Nubia durante el Segundo Período Intermedio y la posibilidad de que la posición de Cush en las listas sea consecuencia de su importancia política, podemos concluir que desde un principio Cush se hallaba situada en Kerma. Algunos otros nombres de las listas parecen ser compuestos que contienen el nombre antiguo de Yam, y los reinos medyau se incluyen también, siendo uno de ellos Aushek, de donde partieron los enviados a los que se hace referencia en el Papiro Bulaq 18.

Queda por considerar la cuestión de la participación egipcia en el comercio. Podemos pensar que, aparte de Iqen, cada fortaleza realizaba pequeñas transacciones a nivel local, especialmente para conse-

48. La excepción radica en la Estela de Mentuhotep de Buhen (Bosticco, 1959, n.º 29; H. S. Smith, 1976, pp. 39-41).

guir bueyes tanto del Grupo C como —especialmente en el caso de Kubban— del pueblo medya, aunque no han llegado hasta nosotros inscripciones que reflejen esta actividad. Es sabido que los bueyes alcanzaban en Egipto altos precios. Algunos de los Despachos de Semna registran la llegada de grupos de nubios (seis individuos en un caso) para comerciar con una serie de productos no especificados en las fortalezas. A cambio, obtenían pan y cerveza, aunque no es seguro si recibían estos productos como una parte de la transacción o como regalo. Un lugar en la Primera Catarata que poseía su propia fortaleza, llamado Senmet, era utilizado como centro de comercio de oro con el pueblo medya bajo la supervisión del gobernador de Elefantina (Edel, 1962, 1971 *a*, p. 11). Importante era también la adquisición de productos de la zona meridional para llevarlos a Egipto, productos entre los cuales se incluía el incienso para el que existía un mercado importante en Egipto por su uso generalizado en las ceremonias de ofrendas en los cultos a las estatuas de los templos y tumbas. Sin embargo, en ningún lugar se dice si los reinos de la Alta Nubia actuaban como intermediarios o simplemente recaudaban tributo de las caravanas que atravesaban su territorio. La estela de Semna que hemos mencionado más arriba dirigía a los nubios desde el Sur hasta el centro comercial de Iqen (Mirgissa), pero para las caravanas que procedían de lugares más remotos parece más adecuado que se hubiera utilizado Darb el-Arbain, tal vez abandonando el Nilo en Sai y contactando con los egipcios en uno de los oasis, posiblemente para tomar una escolta. Igualmente hipotética es la cuestión de qué era lo que obtenían los nubios en el intercambio comercial. A partir de los datos que poseemos de las fases primitivas en Kerma y Sai no podemos pensar que, como ocurriera en el Segundo Período Intermedio, los productos acabados tuvieran gran importancia, aunque si los egipcios mantenían muy alto su valor, los nubios habrían obtenido menos beneficios por su comercio de los que conseguirían más tarde, cuando la iniciativa quedó más directamente en sus manos. Tampoco es posible saber si los productos perecederos, como el maíz y el tejido, ocupaban un lugar importante, aunque podemos mencionar la existencia de millares de sellos de barro de Mirgissa y Uronarti procedentes de saqueos (Reisner, 1955; Vercoutter, 1970, pp. 171-172).

El carácter inevitablemente hipotético de las conclusiones sobre el modelo de comercio nubio no debe hacernos olvidar que su volu

men era, sin duda alguna, importante. En efecto, la demanda egipcia de oro e incienso era el equivalente en el Sur de la demanda de madera que se obtenía en el Norte a través de Biblo. El intercambio comercial debe ser considerado como un factor de primera importancia en el desarrollo político de la Alta Nubia durante el Segundo Período Intermedio.

El país de Opone

La importancia del país de Opone parece residir en el hecho de que era el único lugar donde los egipcios podían comerciar directamente con una región que producía determinados artículos de valor (fundamentalmente mirra o incienso, o ambos),* y que al mismo tiempo estaba demasiado alejado de Egipto como para que pudiera resultar peligroso desde el punto de vista político. Los reinos de la Alta Nubia y de los pueblos medyau debían bloquear con eficacia el contacto directo de los egipcios por tierra y por el río, pero la navegación por el mar Rojo les debía permitir alcanzar la zona deseada, tal vez un emporio establecido. El punto exacto de contacto no ha sido todavía localizado, pero las posibilidades son limitadas por la probable distribución antigua de las diferentes características de Opone escritas y retratadas por los egipcios. Sobre la base de que los egipcios concedían escasa importancia a ese trayecto, la zona más probable es la de Sudán-Eritrea, pareciendo posible descartar una región más alejada en la costa e incluso al otro lado de los estrechos de Bab el-Mandeb. Un emporio establecido, no importa donde estuviera situado, podría permitir también el acceso a los árboles del sur de Arabia que producían el incienso.

La primera mención concreta de la existencia de un contacto con Opone es una referencia en la Piedra de Palermo del reinado de Sahure de la Dinastía V: la llegada en un año desde Opone de 80.000 unidades de mirra o incienso y determinadas cantidades de electro y dos productos cuya lectura no es segura. Hay dos referencias indirectas de contactos —o intentos de contactos— con Opone en inscripciones biográficas privadas: una de ellas es una alusión a un enano llevado a Egipto desde Opone en el reinado de Dyedkare Izezi, y otra un intento fracasado de construir un barco en la costa del mar Rojo para el viaje hacia Opone en el reinado de Fiope II.

Un individuo de la Dinastía VI afirma haber seguido a su jefe, un gobernador de Elefantina, a Opone y Biblo. Posteriormente, de las Dinastías XI y XII poseemos otras referencias, que se han hallado en el camino del desierto que une Coptos con el mar Rojo y en el Uadi Gasus, cerca del mar Rojo. En el curso de trabajos recientes parece haberse descubierto el emplazamiento del puerto del Imperio Medio, en Mersa Gawasis (Sayed, 1977).

Egipto y el mundo mediterráneo

Las relaciones de Egipto con Palestina y Siria han de enmarcarse con todo cuidado en la historia cultural de esta zona. La investigación arqueológica apunta cada vez más a la conclusión de que la civilización urbana, acompañada por un orden social relativamente avanzado, fue la situación normal no sólo de Siria sino también de gran parte de Palestina durante casi todo el período considerado en este capítulo, extendiéndose, en ocasiones, hacia zonas desérticas donde hubiera sido enormemente difícil la vida urbana sin una cuidadosa organización. Naturalmente, estas regiones poseen sus propios esquemas cronológicos. En Palestina, la transición del Calcolítico a la Edad del Bronce Antiguo parece haber ocurrido durante la fase final del Guerzeense (Nagada II) en Egipto, extendiéndose el Bronce Antiguo I y II desde aquí a lo largo del Período Protodinástico. Durante el Imperio Antiguo y hasta finales de la Dinastía V o comienzos de la Dinastía VI, el equivalente urbano en Palestina es la cultura de la Edad del Bronce Antiguo III, mientras que para el Imperio Medio y el Segundo Período Intermedio es la Edad del Bronce Medio (comenzando probablemente con el Bronce Medio II A de Albright = Bronce Medio de Kenyon). El período intermedio, que se corresponde aproximadamente con el Primer Período Intermedio en Egipto es, sin duda, de considerable complejidad y variaciones regionales, hecho que se refleja en la naturaleza, todavía fluida, de la terminología utilizada, aunque el término Edad del Bronce Intermedio Antiguo Medio parece resolver el problema de forma satisfactoria (Callaway y Weinstein, 1977; Dever, 1973; de Geus, 1971; Oren, 1973 *a*; Prag, 1974; Thompson, 1978). Se caracteriza por un declive generalizado de la vida urbana, que se atribuye con frecuencia a las destrucciones o perturbaciones provo-

cadas por la aparición de grupos de inmigrantes. El nuevo modelo, aunque sólo temporal, era el de una mezcla de aldeas, posiblemente una pobre ocupación de algunas de las ciudades más antiguas y campamentos de grupos nómadas o seminómadas. Durante un tiempo, sus aldeas y campamentos se desarrollaron hacia el oeste, a través de la península del Sinaí, al menos hasta el actual canal de Suez. Debieron ser estos elementos del Bronce Intermedio Antiguo Medio quienes constituyeron la amenaza asiática de la que se habla en las Instrucciones para Merikare de la Dinastía Heracleopolitana. Aunque no existen yacimientos arqueológicos en el delta oriental (como los hay para el Segundo Período Intermedio) que puedan constituir la base de una evaluación objetiva sobre la gravedad de una posible incursión asiática en esa época, hay que subrayar que el contexto cultural de estos pueblos constituye un contraste total con el de los reyes hicsos y sus seguidores del Segundo Período Intermedio. Como veremos más adelante (pp. 199-201), los hicsos procedían de la cultura y sociedad urbanas, altamente desarrolladas, del período final del Bronce Medio, cuya transferencia a Egipto parece haberse realizado sin el establecimiento de asentamientos intermedios.

En ocasiones, se ha dicho que la región del delta oriental del Nilo no se incorporó al estado egipcio hasta el Imperio Medio. Sin embargo, esta afirmación resulta difícil de conciliar con los hallazgos arqueológicos que se concretan en la existencia de material egipcio a partir de la fase final del Período Predinástico y en la ausencia de material procedente del Calcolítico y del Bronce Antiguo palestino, a pesar de su abundancia en la región central y meridional del Sinaí (véase fig. 2.10). Ciertamente, sobre la base de los textos en los que se apoya esta teoría, hay que aceptar la existencia, durante la Dinastía VI, de ciudades fortificadas con una cultura del Bronce Antiguo en el delta oriental, ciudades que sabemos que poseían estructuras importantes. Por contra, los más recientes trabajos arqueológicos han conducido al descubrimiento de numerosos campamentos por toda la franja costera septentrional del Sinaí, extendiéndose hacia el este desde las proximidades de las márgenes del delta del Nilo, donde los objetos egipcios de finales del Predinástico y de la Dinastía I se mezclan con material del Calcolítico y del Bronce Antiguo I y II, aparentemente en una relación de 5 a 1 a favor del material egipcio (Oren, 1973 *b*; Thompson, 1975, pp. 9-13). Si a estos datos añadimos la amplia difusión de cerámica y de otros objetos egipcios impor-

tantes en los yacimientos palestinos de los mismos períodos, y en lugares tan septentrionales como la llanura de Amuq, se podría concluir que ya a comienzos de la Dinastía I los egipcios realizaron un intento serio de conquista a gran escala en el Asia occidental. Otro elemento en apoyo de esta teoría es la existencia de grandes trampas de gacelas de piedra, las llamadas «cometas del desierto», ampliamente difundidas en el Sinaí, Jordania y Siria. Se ha dicho que una de ellas aparece representada en la Paleta de Narmer y que eso implica que se llevó a cabo una campaña durante la Dinastía I, cuando menos hasta el Sinaí. Ahora bien, dado que esas trampas se utilizaban en épocas recientes, hacen falta argumentos más concretos que permitan afirmar que se utilizaban ya en épocas mucho más antiguas. En cualquier caso, la representación de la Paleta de Narmer admite otras interpretaciones (Helms, 1975 *a*; Meshel, 1974).

No obstante, puede establecerse un paralelismo muy instructivo con la historia de la Baja Nubia en esa época. Sobre esta base, el flujo constante de productos egipcios hacia el Este y, luego, hacia el Nordeste, sería un indicio de actividad comercial sobre una base local, que escaparía al control de una estructura política centralizada. La cultura nubia del Grupo A puede explicarse como producto de una situación de este tipo. La política agresiva de Egipto solamente habría tenido repercusiones culturales en el momento final, con la desaparición total de la vida sedentaria y de la actividad cultural en la Baja Nubia. Podría considerarse como un fenómeno similar la desaparición de núcleos habitados en la costa septentrional del Sinaí durante o después del Período Protodinástico. Este acontecimiento habría sido resultado de una política de dureza en las fronteras más que el intento de un proyecto más ambicioso.

Durante la mayor parte del período histórico, la península del Sinaí habría sido un núcleo de vida tribal nómada separando dos civilizaciones urbanas: Egipto y Palestina. Durante el segundo y tercer milenios a.C., la diferencia fundamental entre ambas era la que existía entre un gobierno centralizado que canalizaba los recursos nacionales hacia un solo núcleo de talento, riqueza, poder y ambición y un conjunto de ciudades-estado cuyos recursos se hallaban más dispersos y que, en parte, eran consumidos —cabe pensar— en la constante lucha por conservar la independencia. El hecho de que esta sociedad no conociera la escritura es causa de que, lamentablemente, no conozcamos prácticamente nada respecto a su desarrollo

político y, en especial, de hasta qué punto actuaban de una forma coordinada por medio de alianzas o por la imposición de la voluntad de un gobernante de gran poder. Sabemos ahora que la red de pueblos y ciudades palestinos durante las Edades del Bronce Antiguo y Medio se desarrolló hacia el sur hasta constituir una línea entre Tell el-Ayyul en el oeste y Tell Arad en el este, formando una zona fronteriza. El Sinaí no quedaba mucho más lejos de esta zona que de Egipto. A mayor abundamiento, los trabajos arqueológicos recientes parecen indicar que el centro y el sur del Sinaí, en contra de lo que ocurría con la faja costera, fueron durante el Calcolítico y el Bronce Antiguo I y II una extensión de la zona cultural palestina meridional, y que ya en esos períodos se realizaban trabajos de extracción de las minas de turquesa y de cobre de esa zona (fig. 2.10) (Amiran, Beit Arieh y Glass, 1973; Beit Arieh, 1974; Beit Arieh y Gophna, 1976; Gophna, 1976 *a*; Rothenberg, 1969, 1970-1971, 1972, 1972-1973). Los vestigios hallados consisten en un sorprendente número de asentamientos y cementerios, así como algunas aldeas construidas en piedra (por ejemplo, el yacimiento 688 al sur de Ain Fogueiya y Sheij Nabi Salah). Parece que en esos yacimientos no se ha hallado más que una pequeña cantidad de objetos egipcios, pero no parece ilógico pensar que los egipcios podían obtener la turquesa y el cobre comerciando, por ejemplo, a través de Maadi, cerca del actual Cairo. Existe la implicación, también, de que los egipcios consiguieron finalmente el control exclusivo del Sinaí a expensas de ese reducto cultural palestino en tierra egipcia. Puede ser significativo el hecho de que, a menos que los hallazgos arqueológicos difieran de los de Palestina, estos asentamientos que tan gran difusión alcanzaron, no sobrevivieran más allá del Bronce Antiguo II, excepto por un período de breve reocupación en el Bronce Intermedio Antiguo/Medio, cuando los egipcios se vieron implicados en una guerra civil. Como sucede en la Baja Nubia, parece haberse tratado de un poder muy destructivo para el estado egipcio del Período Protodinástico. Ciertamente, resulta notable la completa desaparición de asentamientos en las zonas fronterizas y más allá.

Las inscripciones halladas en el Sinaí que registran la presencia egipcia cubren los períodos transcurridos entre los faraones Sanajt, de la Dinastía III, y Fiope II, de la Dinastía VI, y posteriormente entre los reinados de Sesostris I y Amenemes IV, de la Dinastía XII, aunque parece seguro que una inscripción de finales de la Dinastía XI,

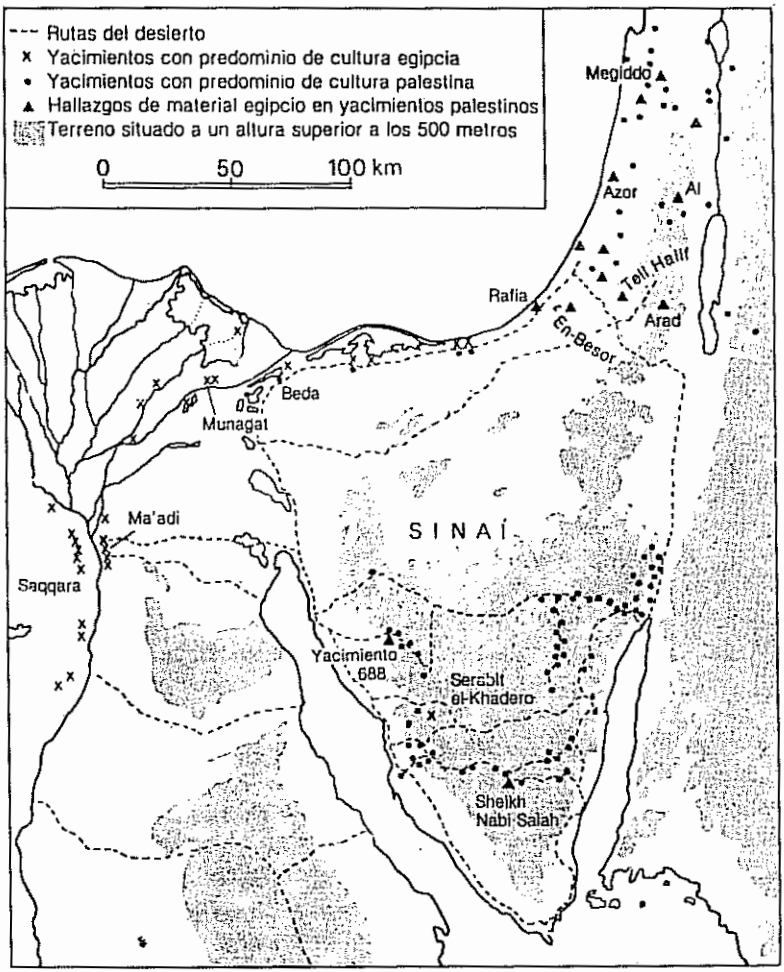


FIGURA 2.10

El norte de Egipto, Sinaí y Palestina en el Calcolítico, la Edad del Bronce Antiguo, a finales del Período Predinástico y durante el Período Protodinástico

Algunos grupos de yacimientos se han simplificado; otros, a lo largo de la costa del norte de Sinaí y entre El-Thamad y Jebel el-Igma están indicados esquemáticamente en razón de la brevedad de los informes preliminares publicados.

hallada en Tebas, se refiere a una expedición a esa región (véase p. 183). Con una sola excepción, estas inscripciones mencionan la obtención de turquesas como objetivo de las expediciones que, al parecer, se centraban en tres zonas: Uadi Maghara, Serabit el-Jadem y Uadi Jarit, pero en la misma zona del sur del Sinaí, existen yacimientos de cobre, profusamente explotados por la población anterior. Se ha localizado un núcleo egipcio de fundición del cobre en Bir Nasb, con yacimientos de cobre en las proximidades y en el Uadi Baaba, pero es posible que no sea anterior al Imperio Nuevo. No obstante, el trabajo del cobre a pequeña escala se realizaba en un campamento egipcio de mineros en el Uadi Maghara. Durante el Imperio Medio los egipcios construyeron un pequeño santuario dedicado a Hathor, Señora de la Turquesa, en un lugar situado en una colina y que recibe el nombre de Serabit el-Jadem. Ciertamente, los egipcios que eran enviados al extranjero creían que Hathor poseía una personalidad beneficiosa para los egipcios ordinarios y la inmanencia universal necesaria para su localización en lugares del extranjero, como Biblo y las canteras de diorita en el desierto nubio occidental y en Uadi el-Hudi. Entre los objetos votivos hallados en Serabit el-Jadem hay una rica colección de inscripciones del Imperio Medio, que ha proporcionado valiosa información, y una serie de estatuas que representan a individuos privados y a determinados faraones.

En el Imperio Medio, aunque sólo se han localizado en Sinaí yacimientos egipcios, las inscripciones hacen referencia, sin la habitual hostilidad, a un contacto con «asiáticos», que no era de carácter pasajero. En algunos casos, las inscripciones mencionan asiáticos incluidos entre el personal que participaba en las expediciones egipcias al Sinaí. En un caso se trata de un grupo de veinte individuos de Hamy o Harim, lugar incluido en los Textos de Execración bajo el gobierno de un príncipe con nombre semítico y que hay que identificar probablemente con Tell el-Milh, o con Jirbet el-Mshash, ambas ciudades del Bronce Medio en la llena Tell el-Ayyul-Tell Arad, que hemos mencionado más arriba. Hay también un grupo de cuatro estelas procedentes del templo de Serabit el-Jadem, en las que se representa a un hombre montado sobre un asno, identificado en una de ellas como el «hermano del príncipe de Retenu (Palestina), Jebded», un hombre conocido por otras tres inscripciones del Sinaí y que al parecer participó en las expediciones que los egipcios realizaron a esa región entre los años 4 y 13 del reinado de Amenemes III.

El lugar destacado en que aparece en las estelas indica que causó un impacto considerable entre los egipcios. Esta relación aparentemente simbiótica entre los egipcios y asiáticos en las minas del Sinaí puede ser interpretada como un indicio de que los egipcios consideraban necesario alcanzar cierto tipo de acuerdo con el poder político del que dependían las ciudades del sur de Palestina y que era lo bastante fuerte como para influir en la realización de las expediciones egipcias y, tal vez también, para compartir los productos extraídos de las minas.

El hecho de que los príncipes palestinos consideraban lo suficientemente importante la demanda egipcia de minerales como para implicarse en ese comercio, lo demuestra la escena en la tumba del nomarca Cnumhetep en Beni Hasan, que representa la llegada a una localidad, lamentablemente no especificada, de un grupo de palestinos comandados por un «príncipe extranjero», Abisha, en el año 6 del reinado de Sesostris II. Estos individuos llevaban galena, una sustancia muy utilizada en el Imperio Medio como cosmético para los ojos. Su lugar de origen, Shut, que aparece también en los Textos de Execración, ha sido identificado como Moab. La galena se incluía también entre los minerales y piedras que llevó a Egipto una expedición que condujo al Sinaí y a otras zonas adyacentes el director del trabajo de las canteras, Actoes, a finales de la Dinastía XI (Helck, 1955, 1975, pp. 179-180; Schenkel, 1965, pp. 283-284; Ward, 1971, p. 59). Otros productos que se obtuvieron en la expedición fueron turquesas y cobre, así como lapislázuli, que no se encuentra en esa zona del Próximo Oriente y que, en consecuencia, sólo podía haberse conseguido mediante una transacción o un ataque a un centro comercial. El término «cobre asiático» está también atestiguado a finales del Imperio Antiguo (Posener-Kriéger, 1969).

A excepción del Sinaí, las fuentes egipcias son extraordinariamente parcas por lo que respecta a las relaciones con Palestina y Siria. Con frecuencia, por la terminología que utilizan no permiten una distinción entre la zona nómada del Sinaí y el hinterland habitado.[49] Sin embargo, hay algunas excepciones que parecen referirse a expediciones guerreras contra la zona urbanizada de Palestina, algu-

49. El término «aamu», 'asiáticos', se aplicaba también a una serie de pueblos del desierto oriental. Esto se hace evidente no sólo a partir de la conocida inscripción de Pepi-najt, sino de un grafito en el Uadi el-Hudi (Fakhry, 1952, p. 46, n.º 31; también Brovarski y Murnane, 1969, n.º 1). Así pues, es gratuita la sugerencia de Helck

nas de cuyas ciudades sabemos que poseían importantes fortificaciones del tipo que aparece representado en las ilustraciones antiguas.

La referencia más antigua y detallada es la biografía de Uni, del reinado de Fiope I, que relata cómo condujo a un ejército nacional, reforzado con mercenarios nubios, contra la población sedentaria de una zona no especificada de Palestina en cinco campañas diferentes, a las que siguieron un ataque por tierra y por mar en las proximidades de un lugar denominado «Hocico de la Gacela», y que ha sido identificado algunas veces con el monte Carmelo. Aproximadamente del mismo período proceden una serie de representaciones de ataques contra fortificaciones asiáticas, en las tumbas de Inti en Deshasha (Dinastía VI) y Kaiemhesit en Saqqara (comienzos de la Dinastía VI), probablemente en el templo mortuorio de Nebhepetre Mentuhotep II, así como en la tumba de Inyotef, de finales de la Dinastía XI (Arnold y Settgast, 1965, fig. 2; W. S. Smith, 1965, pp. 148-149; Ward, 1971, pp. 59-60, n. 227). Del Imperio Medio se conserva tan sólo la estela del general Nesu-Montu del reinado de Sesostris I, que hace referencia a hostilidades contra los asiáticos, en el curso de las cuales se destruyeron diversas fortalezas, y la estela de Sebek-ju, que relata una campaña conducida por Sesostris III, en el país de Sekmem, que algunos especialistas identifican con la ciudad-estado de Shechem.

Los hallazgos arqueológicos del sur de Palestina y del Sinaí, así como el elevado desarrollo que había alcanzado la arquitectura militar defensiva en Egipto a comienzos del Imperio Medio, nos permiten afirmar que cuando los egipcios hacen referencia o representan fortalezas extranjeras, debemos pensar en las ciudades fortificadas del Bronce Inicial o Medio en Palestina.

De un carácter un tanto diferente es la Historia de Sinuhé, en la que el héroe, que se exilia de Egipto en el reinado de Sesostris I, alcanza fama y riqueza en un reino palestino. El hecho de que no aparezcan referencias a ciudades se ha interpretado de diversas maneras, pero lo cierto es que la práctica de enviar legados de la corte egipcia a una serie de gobernantes locales ocupa un lugar prominente en la narración. Esta práctica se ve corroborada por una serie de breves referencias en otros textos y concuerda plenamente con las

(1971, p. 21) de que la expedición de Pepinajt se dirigió a Siria. Véase también Couroyer (1971).

prácticas diplomáticas —bien documentadas— del Próximo Oriente en la Antigüedad, así como con los contactos que los egipcios mantenían con sus vecinos nubios por medio de legados (véase p. 171). La información que mantenían mediante este tipo de contactos debió ser uno de los procedimientos por los cuales los egipcios obtuvieron los detalles necesarios para las secciones asiáticas de los Textos de Execración del Imperio Medio. En éstos se mencionan gobernantes y pueblos de ciudades y regiones de toda la Palestina del Bronce Medio, desde Moab y el Negev en el sur hasta más allá de Kadesh en el norte, y de una zona situada aún más al norte, detrás de Biblo y Ullaza hasta Upe.

El objetivo de la diplomacia es el de influir en los acontecimientos y obtener información. Por analogía con lo que ocurría en el Imperio Nuevo, podemos imaginar que los ataques contra las ciudades fortificadas era la táctica mediante la cual se pretendían forzar alianzas favorables o incluso el vasallaje, que luego se mantendría o extendería mediante la acción diplomática. Ciertamente, esta política debía ser urgente en el sur de Palestina si, como hemos indicado más arriba, algunas de las ciudades-estado de la zona estaban interesadas en el Sinaí y en la provisión de minerales y piedras preciosas a Egipto. Ahora bien, sobre la base de nuestros conocimientos actuales no es posible precisar si a ello siguió el nombramiento de funcionarios egipcios encargados de tareas específicamente administrativas —distintas, por tanto, de las meramente representativas—, aunque presumiblemente es en este punto en el que se justifica el término de «imperio». Una fuente que resulta muy ilustrativa a este respecto es la secuencia de títulos de un escriba, Ka-aper, de comienzos de la Dinastía V, que incluye el de «escriba militar del faraón» en una serie de lugares que, por la forma en que están escritos, parecen corresponder a algunas ciudades fortificadas palestinas (Fischer, 1959 *b*).

Mucha mayor ambigüedad presentan los objetos egipcios descubiertos en yacimientos del Mediterráneo oriental, objetos que, con la excepción de Biblo, sólo aparecen en cantidad importante a partir del Imperio Medio, aunque las excavaciones recientes realizadas en Ebla (Tell Mardij) han dado ya a la luz dos fragmentos de un cuenco de diorita con el nombre de Quefrén, de la Dinastía IV, y una parte de una tapa de alabastro de Fiope I, de la Dinastía VI (Matthiae, 1978). Esta escasez de objetos procedentes del Imperio Antiguo se da también en Nubia y Serabit el-Jadem. Muy notables son las esfin-

ges de Amenemes III y IV y de una esposa de Amenemes II, que han sido encontradas en varios yacimientos sirios: Beirut, Qatna, Ugarit y Neirab; asimismo, una estatuilla de Janeferre Sebekhotep, de la Dinastía XIII, procedente de Tell Hizzin. Se han hallado también estatuillas de individuos privados en Tell el-Ayyul, Guezer (donde apareció también una estatuilla de una princesa), Meguiddo, Ugarit, Yiara, Atchana y Kürigen Kale en Turquía y Cnoso en Creta, las tres últimas en yacimientos situados más allá de los límites de los Textos de Execración. Las esfinges de Siria deben ser consideradas como regalos diplomáticos, pero en cuanto a las estatuillas, que en principio cabe pensar que hubieran podido ser construidas para situarlas en la proximidad de un lugar de culto del que poder beneficiarse, podemos citar dos ejemplos contradictorios. Por una parte, el del templo del Imperio Medio en Serabit el-Jadem en el Sinaí (o incluso mejor, el del templo de Beth-Shan, en Palestina, del Bronce Final), donde una serie de objetos egipcios con inscripciones, entre ellos algunas estatuillas, conmemoran la presencia temporal de su propietario en una tierra extranjera y su intento de ganarse los favores de la divinidad local, fuera o no egipcia. Según este ejemplo, constituirían un indicio del nombramiento de funcionarios egipcios en el extranjero, aunque no del alcance de sus responsabilidades. Por otra parte, podemos citar el caso de Kerma en Nubia (véanse pp. 166, 211-212), donde las estatuas y estatuillas egipcias, algunas de ellas muy antiguas ya en el período de tiempo que consideramos, tenían un valor intrínseco, contribuyendo a otorgar a sus mismos propietarios una parte de la dignidad y sofisticación del país que las había producido. Si nos basamos en el ejemplo de Kerma, podemos pensar que algunas de esas estatuillas del Asia occidental llegaron a su destino en los momentos finales del Bronce Medio, durante el período de los hicsos en Egipto. Lamentablemente, en la mayoría de los casos el contexto es equívoco, incluso en el caso de aquellas estatuillas que han sido encontradas en el curso de las excavaciones y que de ninguna manera parecen proceder de un contexto de comienzos del Bronce Medio (Bronce Medio IIA de Albright). Esto es cierto, por ejemplo, en el caso de la estatuilla de Dyehuty-hetep, hallada en Meguiddo junto con otras tres estatuillas del Imperio Medio construidas dentro de la estructura de un templo, que probablemente no fue erigido hasta finales del Bronce Medio (Dunayevsky y Kempinski, 1973: Kenyon, 1969, pp. 49-53).

Aunque los testimonios procedentes de Palestina y Siria son ambiguos, la presencia egipcia debió ser efectiva incluso en áreas más alejadas, cuyos gobernantes se habrían sentido celosos —o amenazados— por la existencia de un eje egipcio en Palestina y que, al menos, habrían intentado establecer contacto diplomático. El Imperio Nuevo puede constituir un ejemplo adecuado para esta situación. Así, la ausencia en los textos egipcios de referencias a contactos con reinos situados más al norte, en Siria, e incluso más allá, puede tener cierto significado positivo. Hay que tener en cuenta, también, el archivo de la importante ciudad de Mari en el alto Éufrates. Contactos diplomáticos se mantuvieron por medio de cartas escritas en tablillas de arcilla con lugares tan meridionales como Hazor y Biblo, pero en ninguna parte aparece mencionado Egipto. El período al que corresponden esas cartas no es, sin embargo, el de la poderosa Dinastía XII de Egipto, sino el de la Dinastía XIII y, más concretamente, el reinado de Neferhotep I, que comenzó unos 45 años después de que finalizara la Dinastía XII, pero cuyo nombre era conmemorado todavía en Biblo por uno de los gobernantes locales.

Biblo mantenía una relación muy especial con Egipto y sus restos arqueológicos constituyen un testimonio de valor incalculable para ilustrar el contacto egipcio con el Mediterráneo oriental. Como centro fundamental de la actividad comercial mediante la cual los egipcios obtenían la madera que tanto necesitaban de los bosques de coníferas del Líbano, así como la resina, producto cuya demanda se produjo desde época muy temprana para la momificación, se convirtió en foco de la influencia cultural egipcia. Esto se ve, en parte, en el carácter de los objetos votivos de los templos locales, donde una de las divinidades era una nueva forma de Hathor: «Señora de Biblo», aunque existe cierta ambigüedad respecto a la identidad de quién y en qué circunstancias habría donado esos objetos. Entre los objetos egipcios procedentes de templos y áreas adyacentes hay una serie de piezas que llevan los nombres de los faraones Jasejemuy de la Dinastía II, Quéope, Quefrén y Micerino de la Dinastía IV, Sahure (?), Neferirkare, Dyedkare Izezi (?), Niuserre y Onos de la Dinastía V; Teti, Fiope I, Merenre y Fiope II de la Dinastía VI, y Amenemes III de la Dinastía XII. Hay también una parte de una estatua atribuida al faraón Niuserre por razones estilísticas (Bothmer, 1971) y un fragmento de una esfinge de una princesa del Imperio Medio. Entre los objetos sin inscripciones de estilo egipcio hay nume-

rosas figuritas de animales de fayenza y una serie de escarabeos, cuentas y otros adornos de escaso valor. Durante el Bronce Medio se situaron en uno de los templos una serie de pequeños obeliscos fabricados localmente, uno de ellos con una inscripción jeroglífica realizada para un príncipe de Biblo. Estos príncipes, que pueden ser rastreados hasta el Segundo Período Intermedio, tenían también sus propios escarabeos así como estelas jeroglíficas funerarias o votivas, una de las cuales registra el trabajo de construcción en un templo dedicado a la diosa Nut, posiblemente una representación de una diosa local —tal vez Anath— utilizando un equivalente egipcio.

La influencia egipcia es todavía más evidente en el equipamiento funerario de algunas princesas o reyes de Biblo cuyos reinados coinciden con la última fase de la Dinastía XII. Se trata de objetos egipcios equivalentes, por su calidad artística, a los objetos utilizados en los enterramientos cortesanos egipcios (por ejemplo, el cofre de obsidiana con cierre de oro, el vaso para ungüentos de obsidiana decorado con oro, el espejo de plata; dos pectorales con los nombres de Amenemes III y Amenemes IV hallados en el Líbano pueden también derivar de allí); imitaciones locales de objetos egipcios (pectorales de oro y con incrustaciones, un hermoso medallón con el nombre de príncipe Yapa-shemu-abi en un cartucho, figuras de cobras de bronce con incrustaciones de plata con la técnica del nielado) y objetos de estilo no egipcio con inscripciones jeroglíficas (la cimitarra). En conjunto, los cartuchos, los epítetos egipcios, las cobras y los objetos de orfebrería apuntan a una imitación de la realeza egipcia en la corte de Biblo. En sus escarabeos, los príncipes se autodenominan simplemente «gobernador de Biblo» y si se utilizaban para sellar objetos enviados a Egipto pueden reflejar el deseo de aceptar la posición en la que los veían los egipcios, mientras que sus pretensiones faraónicas quedaban circunscritas al plano local. No obstante, esto parece representar un compromiso que implicaba el reconocimiento por parte de los egipcios de que Biblo era una extensión de su mundo urbano. El mismo *status* equívoco con respecto al faraón egipcio se aprecia en una escultura en la que aparece otro de estos príncipes, Inten, sentado, ofreciendo una oración al dios egipcio Re-Haractes, con el cartucho de Neferhetep I también presente; posiblemente, podemos decir lo mismo de una inscripción en un sello cilíndrico de lapislázuli que data de la Dinastía XIII. Hemos de hacer referencia también —aunque se trata fundamentalmente de un fenó-

meno del Imperio Medio— a la existencia de un sello cilíndrico del Imperio Antiguo con implicaciones culturales parecidas (Goedicke, 1966 *b*, 1976 *b*; du Mesnil du Buisson, 1970, pp. 76-88).

Por contraste, las referencias en las fuentes egipcias a contactos con Biblo son muy escasas para estos períodos (Horn, 1963; Leclant, 1954). La primera mención del nombre de «Biblo» corresponde a una mastaba de la Dinastía IV en Guiza. En la Piedra de Palermo una referencia del reinado del faraón Esnofru registra la adquisición de 40 barcos cargados de madera y se asume que procedían de Biblo. El mismo funcionario de Asuán que registró su visita a Opone con el gobernador de Elefantina incluía también a Biblo; se consideraba que los «barcos de Biblo» eran adecuados para el viaje a Opone. Las referencias a Biblo en el Imperio Medio se limitan a algunas menciones de «Hathor, Señora de Biblo».

En conjunto, los testimonios acerca de la importancia de la influencia o control de Egipto en el Asia occidental son muy escasos, y en esta situación parece mejor pecar de exceso de cautela y limitar la esfera de intervención directa de Egipto a las ciudades del sur de Palestina, con el objetivo de crear una extensa zona fronteriza. Sin embargo, hay que señalar que la fraseología imperialista del Imperio Nuevo aparece ya en el Imperio Medio, si no antes (Blumenthal, 1970, pp. 189-201; Goedicke, 1969-1970).[50]

El Egeo

La única zona del Egeo que recibió productos egipcios en cantidad importante y cuyos productos fueron exportados a Egipto fue Creta. Se ha hallado en Creta un número extraordinario de vasos de piedra egipcios que pueden ser fechados, por su tipología, entre la última fase del Período Predinástico y los momentos iniciales del Imperio Medio. A partir de estos modelos, se realizaron imitaciones locales. Aunque algunos de ellos proceden de contextos del Minoico Antiguo II o Minoico Antiguo II-Minoico Medio IB/II, muchos de estos vasos existían todavía en el Minoico Reciente y, en consecuencia, son contemporáneos del período de los hicsos y del Imperio

50. Cf. también el título de Fiope I o II en un vaso de alabastro procedente de Biblo: «Re de las tierras extranjeras» (Chéhab, 1969, p. 18).

Nuevo en Egipto. A este material hay que añadir una veintena de escarabeos del Imperio Medio y una estatuilla del Imperio Medio procedente de Cnoso. En cuanto a las exportaciones cretenses, estaban representadas por pequeñas cantidades de cerámica del Minoico Medio que han sido halladas en yacimientos egipcios. Se trata de dos o tres fragmentos del Minoico Medio I de El-Lisht, fragmentos de vasos del Minoico Medio II (13 en Kahun y 21 en El-Haraga), otros fragmentos de un vaso del Minoico Medio II hallados en una tumba de Ábido, y de un vaso completo procedente de una tumba de Elefantina (Kemp y Merrillees, 1980). En Kahun se imitaba la cerámica minoica y los alfareros locales fabricaban también pequeñas cantidades de cerámica polícroma, evidentemente bajo su influencia. En Kahun se ha encontrado también una tapa de piedra de un vaso minoico.

Aunque es probable que el nombre de Creta en egipcio, Keftiu, fuera conocido por los egipcios en el Imperio Medio, no aparece en ningún contexto que indique la existencia de un contacto directo. Ahora bien, hay que admitir que existe una gran escasez de documentos en los que podría esperarse que aparecieran esas referencias, tales como esquemas decorativos de tumbas reales y de individuos de la corte. El contacto directo no era realmente difícil, pues implicaba un trayecto relativamente corto por mar abierto hasta Cirenaica, seguido por una navegación costera hacia el este hasta el delta del Nilo. El hallazgo de una pintura marina en miniatura en Tera parece demostrar la existencia de contactos entre Creta y la costa del norte de África a comienzos del Imperio Nuevo. De todas formas, es posible que el intercambio de productos se realizara indirectamente a través de Biblo o Ugarit, donde también se fabricaba cerámica minoica.

En lugares más lejanos aún que Creta se ha encontrado un reducido número de objetos egipcios con inscripciones: un pequeño vaso con el nombre del templo funerario del faraón Userkaf de la Dinastía V en la isla de Citera, entre Creta y el Peloponeso; fragmentos de una silla chapada de oro con el nombre del faraón Sahure, que se afirma que procede de una tumba de Dorak en el noroeste de Anatolia, a unos 200 km al este de la costa egea; y un sello cilíndrico de oro de un funcionario de la Dinastía V, posiblemente hallado también en Anatolia (Vermeule y Vermeule, 1970; Young, 1972). Aunque se confirme la procedencia egipcia de los dos últimos objetos, ello no implica necesariamente que existiera un lazo directo con Egipto.

Una de las formas en que los objetos valiosos se distribuían en el mundo antiguo era en calidad de regalos que pasaban de un gobernante a otro; muchas veces, los regalos consistían en objetos recibidos previamente de otro monarca, u obtenidos por cualquier otro procedimiento. De una procedencia mixta de este tipo son una serie de objetos preciosos hallados en Egipto y que constituyen el tesoro de Tod. Si exceptuamos los sellos babilonios, resulta difícil precisar la fuente de los objetos, en su mayor parte vasos de plata, aunque parece evidente la influencia minoica. Aunque fueron hallados en una serie de cofres de bronce de Amenemes II, no hay que asumir, necesariamente, que el tesoro estuviera asociado originalmente con esos cofres. En efecto, tal como se dice en el informe de la excavación, debido a que en la Dinastía XXX se realizaban todavía trabajos en los cimientos del templo en el que se había hallado el tesoro, éste no debe ser considerado como un depósito sellado del Imperio Medio.

En general, debemos ampliar notablemente nuestros conocimientos sobre los mecanismos del comercio y de otras formas de contacto en la Antigüedad antes de poder incluir los objetos hallados lejos de su lugar de origen en una historia de las relaciones exteriores practicadas por los diferentes países.

El Segundo Período Intermedio en Egipto

Todo parece indicar que por lo que respecta al Alto Egipto el modelo administrativo y cultural de la Dinastía XII se prepetuó durante la Dinastía XIII, con un grado de continuidad que justifica que se utilice el término de Imperio Medio para referirse a la Dinastía XII y a la Dinastía XIII. La ciudad de Kahun, que albergaba a la comunidad que administraba la propiedad mortuoria de la pirámide de Sesostris II, ejemplifica este hecho, ya que continuó existiendo hasta la última parte de la Dinastía XIII, correspondiendo el último nombre real al del faraón Uahibre Yayebi (Petrie, 1890, p. 31, lám. X. 72; el nombre se conserva sólo parcialmente, por lo que existen ciertas dudas al respecto), en tanto que los papiros administrativos de los dos primeros reinados de la Dinastía XIII ilustran el mantenimiento del sistema administrativo de finales de la Dinastía XII. Situado a escasa distancia, el cementerio de El-Haraga, reservado para el enterramiento de individuos de clase media, muestra

CUADRO 2.1.

Nombres de faraones tomados de estatuas, estelas, mesas votivas y bloques de construcciones hallados en templos del Alto Egipto, y en pequeños objetos y papiros de Kahun

Años a. C.	Kahun	Abido	Coptos	Medamud	Karnak	Deir el-Bahari	Tod	Guebelein	Elefantina/Sehel
1782				XIII.1	XIII.1				
							XIII.2		
	XIII.3	XIII.3							XIII.4?
	XIII.4								
					XIII.7				
		XIII.C							
		XIII.12				XIII.12			
				XIII.15					
				XIII.16		XIII.16			
		XIII.17							
			XIII.21	XIII.21	XIII.21?		XIII.21		XIII.21
		XIII.22			XIII.22				XIII.22
		XIII.24			XIII.24	XIII.24			
	XIII.26								
					XIII.27				
		XIII.28			XIII.28				
c. 1680							XIII.31		
					XIII.32				
					XIII.F		XIII.F		
					XIII.G				
						XIII.37		XIII.37	

					XIII.41	XIII.41	
				XIII.J		XIII.J	
				XIII.K			
					XIII.44		
					XIII.L		
	XIII.M						
	XIII.N						
. . . . .							
c. 1650	XVII.1	XVII.1		XVII.1			
	XVII.2	XVII.2				[XV.4]	
	XVII.3		XVII.3	XVII.3	XVII.3	[XV.5]	XVII.3
				XVII.6			
			XVII.9?				
	XVII.10			XVII.10			
c. 1560				XVII.15			

NOTA: Los números están tomados de Von Beckerath (1964); los números romanos indican la dinastía. El cuadro subraya la continuidad de gobierno entre las Dinastías XIII y XVII en el Alto Egipto.

una homogeneidad en la cultura material que se extiende desde algún momento de la Dinastía XII hasta muy entrada la Dinastía XIII.

Se han descubierto al menos seis tumbas de faraones de este período en la zona menfita: dos en Saqqara (una de ellas perteneciente al rey Jendyer), dos en Mazghuna y dos en Dahshur (Ameny Aamu y Auibre Hor). Cinco de ellas son pirámides, de pequeño tamaño pero complejas por su diseño interno. Otra, la de Auibre Hor en Dahshur, compendia de alguna forma este período. Construida modestamente dentro del recinto de la pirámide de Amenemes III, pero con adornos funerarios muy similares a los de los enterramientos de la corte de la Dinastía XII, muestra una continuidad básica con el pasado, con la incapacidad de promover la construcción de un gran cementerio cortesano, aspecto ligado inevitablemente a la brevedad general del reinado, en este caso unos cortos siete meses según la lista real de Turín. Las inscripciones halladas en núcleos provinciales más al sur, en el Alto Egipto, implican un reconocimiento de faraones que gobernaban desde (Amenemes-) Ittauy en el Norte y de un sistema administrativo aparentemente idéntico al que existía al finalizar la Dinastía XII. Este material incluye la estela de Horemjauef (datada estilísticamente a finales de la Dinastía XIII y probablemente muy cerca del comienzo de la Dinastía XVII; Hayes, 1947; Vandersleyen, 1971, p. 208) que describe una visita realizada a la corte de la antigua capital, Ittauy. Los nombres de muchos de los faraones están atestiguados en estatuas, estelas, mesas de ofrenda y bloques de construcción en una serie de templos (véase el cuadro 2.1).

Cuando menos seis de las once columnas de la lista real de Turín están dedicadas al período transcurrido entre finales de la Dinastía XII y comienzos de la Dinastía XVIII, con un total de 175 reinados durante un período de tal vez 220 a 230 años. En la actualidad, algunos autores afirman que en la Dinastía XIII de Manetón hay que incluir los primeros 50 nombres que siguen al último monarca de la Dinastía XII, Sebeknefrure, mientras que otros consideran que hay que incluir 90 nombres (Manetón atribuye 60 reyes a esta Dinastía). En los casos en que se conserva la duración del reinado en la fragmentaria lista de faraones, éstos tienen la brevedad que cabe esperar de la situación, como puede observarse en la fig. 2.11.

Sin embargo, estos 23 reyes de la fig. 2.11 cubren aproximadamente un siglo, período que no supera con mucho el máximo que debe ser atribuido a la Dinastía XIII en total, entre 110 y 125 años.

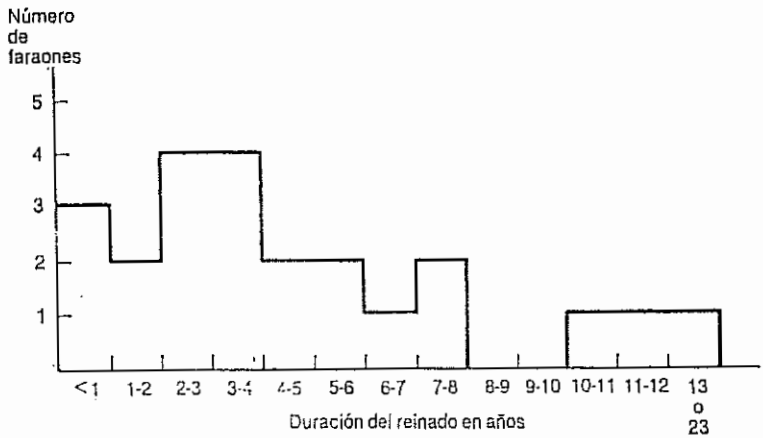


FIGURA 2.11

Duración de los reinados de los primeros cincuenta faraones hasta la Dinastía XII

(Según Kitchen, 1967 *a*, y von Beckerath, 1964.) Al faraón Sejemkare se le atribuyen entre 7 y 8 años de reinado en base a la inscripción de Semna estudiada por B. Bell (1975).

Esto plantea la cuestión de hasta qué punto ese grupo de faraones representa realmente una sola dinastía que gobernó sucesivamente desde las proximidades de Menfis. La cubierta, con inscripciones, de la pirámide de uno de ellos, Merneferre Ay, cuyo reinado de 13/23 años y 8 meses es el más largo conocido de este grupo, no ha sido hallada en la zona menfita, sino en el delta oriental, cerca de Farqus, en una zona lo suficientemente rica en restos de éste y de períodos posteriores como para que pueda pensarse en una ciudad de cierta importancia. Si eliminamos la remota posibilidad de que fuera transportada allí en una época posterior, puede considerarse como un indicio de una cierta fragmentación en el gobierno del Norte de Egipto, aunque la autoridad de este hombre era suficiente como para que fuera conmemorado en el templo de Karnak. Una serie de objetos procedentes probablemente de un templo en esa misma zona, registran la piedad del faraón Nehesy, que aparece 23 puestos más adelante en la lista de Turín. Cuando continuamos con la lista real

de Turín, se hace necesario aceptar la idea de una fragmentación del Norte de Egipto en ciudades-estado; algunos de sus gobernantes escribirían sus nombres en cartuchos. En efecto, la lista de Turín adjudicaba a seis «reyes extranjeros» (hicsos) un total de 108 años de reinado, cubriendo, pues, el resto del Segundo Período Intermedio y dejando al margen al menos a 79 y, posiblemente, 119 reyes. Podemos eliminar de ese total a 15 reyes que habrían gobernado el Alto Egipto desde Tebas al mismo tiempo que los hicsos y sucediendo a la Dinastía XIII. Pero queda aún un gran número que puede ser incrementado todavía más con otros reyes cuyos nombres aparecen en una serie de objetos, fundamentalmente escarabeos, y que no pueden ser identificados con ninguno de los que se mencionan en la lista de Turín.

Manetón excluyó por completo la posibilidad de que existieran varios reinados al mismo tiempo y dividió a esos reyes en cuatro dinastías más a partir de la Dinastía XIII. Pero al hacer esto, actuaba al servicio de una idea preconcebida, como habían hecho los compiladores anteriores de las listas de reyes: la idea de una sucesión unitaria de reyes, cuyos reinados podían ser añadidos juntos cuando era necesario para constituir períodos prolongados de gobierno y que, en la obra de Manetón, podían ser también agrupados en dinastías adscritas a una ciudad de origen. No es un ataque contra la veracidad fundamental de listas de reyes afirmar que en ocasiones los compiladores introducían un falso orden en algunos períodos de la historia donde en realidad reinaba una gran complejidad e incluso el desorden. Su interés por el pasado se limitaba fundamentalmente a números, nombres, hechos piadosos y fragmentos de leyenda. La claridad del esquema de Manetón no es en sí mismo necesariamente un punto de partida viable para el estudio histórico y, desde luego, para este período puede quedar totalmente invalidado. Ciertamente, todo lo que podemos afirmar en este período respecto a la monarquía es que existió una proliferación de faraones que pueden ser agrupados en cuatro categorías:

1) los reyes que sucedieron a la Dinastía XII, y que por razones políticas que en ciertos momentos pudieron ser muy complejas, fueron reconocidos en el Alto Egipto y en su mayor parte, aunque no en todos los casos, siguieron gobernando desde Menfis y siendo enterrados allí, y que debieron ejercer una soberanía general, sino

total, sobre algunas zonas o sobre todo el territorio del Norte de Egipto;

2) una dinastía de reyes que gobernó el Alto Egipto después de los anteriores, pero ahora desde Tebas, siendo enterrados allí;

3) seis «reyes extranjeros», hicsos, que sustituyeron al grupo 1 en el Norte y que gobernaron al mismo tiempo que el grupo 2;

4) un número indeterminado de reyes clientes, presumiblemente de ciudades-estado, en su mayor parte en el Norte de Egipto y entre los que se incluían algunos con el título de «rey extranjero», distribuidos en forma incierta, desde el punto de vista cronológico, con respecto a los otros grupos.

Por simple conveniencia pueden realizarse las siguientes equivalencias con Manetón: 1 = XIII, 2 = XVII, 3 = XV, 4 = XIV y XVI. Respecto a los grupos 1 y 4 puede resultar innecesariamente pedante discutir a qué dinastía pertenecía un rey concreto ya que el pensamiento antiguo respecto a la agrupación de los reyes seguía unas líneas muy diferentes a las nuestras respecto a la concepción del pasado. Hay argumentos de peso para considerar que el principio hereditario de sucesión real se abandonó por completo durante la Dinastía XIII, recayendo la continuidad del gobierno, al menos durante algún tiempo, en una familia de visires (Von Beckerath, 1951; Berlev, 1974). Sólo en la subdinastía de Neferhotep I y sus sucesores podemos ver una continuidad familiar directa (Dewachter, 1976; Simpson, 1969 *a*).[51] En esta situación eminentemente no dinástica, que implicaba la existencia de varias familias cuyos parientes habían sido faraones en un pasado no remoto, la cuestión de la legitimidad debía ser tan oscura que es perfectamente comprensible la aparición de faraones contemporáneos en el Norte. No creemos que haya que atribuir este fenómeno a la influencia exterior y considerarlo como un fenómeno desarrollado a partir de la existencia de los hicsos.

Como ya se ha señalado, no existe duda respecto al destino eventual de la parte septentrional del país. Existe un fragmento, situado de forma aproximada en la penúltima columna de la lista de Turín, que resume los 108 años de gobierno de seis «reyes extranjeros». El término utilizado («gobernantes de tierras extranjeras») * contiene la auténtica etimología del término «hicso» de Manetón. Manetón, tal como lo cita Flavio Josefo, relata la historia de cómo, en el reinado

51. Sobre el contexto familiar de otro faraón de esta época, véase Macadam (1951).

de Tutimeo, Egipto había sido conquistado por «invasores de oscura raza / innoble cuna», que «quemaron nuestras ciudades despiadadamente, asolaron los templos de los dioses y trataron a todos los nativos con cruel hostilidad». Aunque gobernaron en principio desde Menfis, posteriormente construyeron un gran bastión fortificado en Avaris, en el delta oriental. Finalmente, fueron atacados por reyes de Tebas, confinados en Avaris, y se les permitió abandonar pacíficamente Egipto. Esta visión de los hicsos, como un interludio fundamentalmente destructivo en la historia egipcia, ha ejercido una notable influencia sobre los especialistas que han escrito la historia de este período. Es una visión que podemos encontrar incluso en una época más antigua, en el Papiro Sallier I del reinado de Mineptah (1224-1214 a.C.), un cuento popular en el que el rey de los hicsos, Apofis (Apopi), en Avaris, aparece como un villano arquetípico; y en la inscripción del *Speos Artemidos* de la reina Hatshepsut, donde el supuesto desorden del período de los hicsos se convierte, en un plano puramente antihistórico, en el objetivo de la liberación del mal, que era un papel fundamental de los faraones en la teología egipcia, afirmando Hatshepsut haber restaurado el orden en el país después de la marcha de los hicsos. Sin embargo, la tradición de los hicsos no era completamente uniforme. Una notable genealogía, que probablemente adornó en algún momento los muros de una tumba de un sacerdote de Menfis de la Dinastía XXII, hace remontar a sus antecesores a la Dinastía XI. Entre los reyes a los que supuestamente habían servido, se mencionan dos o tres reyes hicsos (entre ellos Apofis), en lugar de los reyes de la Dinastía XVII, de Tebas, que uno hubiera esperado ver si el documento hubiera estado redactado en el Alto Egipto (Von Beckerath, 1964, pp. 27-28).

El escaso material de los reyes hicsos que ha llegado hasta nosotros no parece corroborar las opiniones más ominosas respecto a su gobierno. En efecto, al igual que ocurriría posteriormente en el caso de otros invasores exteriores de Egipto, libios, sudaneses, persas o romanos, decidieron presentarse como faraones, utilizando los títulos tradicionales con los nombres compuestos con el nombre del dios solar Re, e impulsar el embellecimiento de los templos, realizando ampliaciones como en Bubastis y Guebelein, o dedicando una mesa de ofrendas, añadiendo sus nombres a las estatuas y esfinges de faraones anteriores.

Ya a finales del Imperio Medio existen pruebas de la existencia

de gran número de «asiáticos» en la sociedad egipcia, aparentemente más o menos asimilados. Podemos elaborar una larga lista con los elementos asiáticos empleados en el servicio doméstico. El ejemplo más notable lo hallamos en el Papiro Brooklyn, 35.1446, de la Dinastía XIII de Tebas, donde 45 de un total de 79 sirvientes domésticos son identificados como asiáticos. Una serie de documentos de Kahun hace referencia al «oficial encargado de las tropas asiáticas» y al «escriba de los asiáticos», lo que parece indicar que los asiáticos ocupaban una posición muy similar a la de los nubios en el Imperio Antiguo (Kaplony-Heckel, 1971 *a*, pp. 3, 5-6). Podemos ver a algunos de ellos ocupando cargos administrativos y, por sus nombres, uno o más faraones de la Dinastía XIII podrían tener origen asiático.[52] No obstante, pese a la presentación formal de éstos como reyes tradicionales por parte de los hicsos, sería erróneo dar una importancia excesiva a este proceso de inmigración como antecedente del dominio de los hicsos. Ciertamente, la condición de extranjeros de los hicsos produjo una fuerte impresión en algunos egipcios. Aparte de la tradición literaria, es muy notable que la lista real de Turín les distinguiera escribiendo sus nombres sin un cartucho y con un signo jeroglífico añadido que les designa como extranjeros, y utilizando el término «reyes extranjeros» para describirlos. Parecen haber sido algo más que elementos asiáticos asimilados que habían alcanzado el trono a través del proceso normal de la política interna de ese período.

En este punto, resulta importante la evidencia arqueológica. Por lo que respecta al Alto Egipto, una serie de cementerios en lugares muy separados entre sí (como Hager, Esna, Ábido y Qau) no presentan, en este período, sino cambios de escasa importancia que parecen derivar de causas internas. No es esto, en sí mismo, un signo de estabilidad política por cuanto eso había ocurrido también en el Primer Período Intermedio, pero al menos reduce la importancia de un elemento cultural exterior en Egipto en esa época. Más al norte, en la zona de Illahun, parece haber existido un importante hiato cultural correspondiente al período de los hicsos, y que afectó tanto a Kahun y El-Haraga como a Medinet el-Ghurab. Si la vida de la

52. Jendyer y Ameny Aamu; asimismo, Hetepibre Hornedyheritef hijo de Aamu. No obstante, el nombre Aamu (= asiático) puede leerse también Kemau, 'campesino', «aventador» (Von Beckerath, 1964, pp. 40-42; Posener, 1957 *b*).

región de El-Lahun estaba estrechamente vinculada a la actividad del gobierno, como bien podía ser el caso, esto puede reflejar una grave interferencia con la administración establecida bajo los hicsos.

Pero es en la zona del delta, y más especialmente en su límite oriental, donde la arqueología realiza una contribución de vital importancia para el conocimiento del período. En varios yacimientos de la parte oriental del antiguo brazo pelusíaco del Nilo (fundamentalmente en Tell el-Yahudiya y Tell ed-Daba, véase fig. 2.13) se ha hallado, en una serie de tumbas y estratos de asentamiento, una cultura fuertemente influida por la cultura contemporánea del Bronce Medio II de Palestina (Bietak, 1968 *a*, 1970, 1975 *a*, pp. 165, 167; Petrie, 1906, caps. I y II).[53] Los principales elementos son: utensilios domésticos de cerámica de carácter egipcio; vasos, cabezas de hacha de bronce y alfileres de inspiración u origen palestino; una pequeña cantidad de cerámica chipriota; mulos que eran enterrados junto con los seres humanos (Boessneck, 1970; Stiebing, 1971); escarabeos de diseño típico de Egipto y Palestina en ese período y producidos en grandes cantidades en Palestina. En Tell el-Yahudiya, así como en Heliópolis, un gran terraplén de tierra se ha comparado con las laderas enlucidas bajo las ciudades palestinas del Bronce Medio, pero probablemente, esa comparación no tiene validez histórica (Parr, 1968; Seger, 1975; G. R. H. Wright, 1968). Los hallazgos de Tell ed-Daba, yacimiento que en este período tenía una extensión de medio km^2, adquieren gran importancia ante la probabilidad de que haya que situar allí la ciudad de Ávaris, de tiempo de los hicsos (Bietak, 1975 *b*). Entre los edificios excavados hay un complejo de templos, muy probablemente de origen palestino.

No obstante, esta profunda influencia palestina parece haber alcanzado tan sólo a un área reducida, ya que no se ha hallado en yacimientos situados más al oeste[54] ni en los cementerios de la región

53. Destaca también un notable conjunto de joyas, entre ellas un anillo de oro adornado con cabezas de ciervo y que se piensa que puede datar del período de los hicsos y que se dice que procedía de El-Salhiya, a 16,5 km al este de Tell ed-Daba. Actualmente se halla en el Museo Metropolitano de Nueva York (Aldred, 1971, pp. 204-205, lám. 89; Gómez-Moreno, 1972-1973; Vandersleyen, 1975, p. 390, lám. 395 *a*).

54. Aunque las excavaciones realizadas más hacia el Oeste son muy escasas todavía. Por lo que respecta al límite occidental del delta, el cementerio de Kom el-Hisn no parece dar resultados positivos. En efecto, en el curso de cuatro campañas de excavaciones en tumbas que datan del período comprendido entre el Primer Período Intermedio y el Imperio Medio, el único material de posible origen palestino que se encontró fue un jarro pintado del Bronce Medio II (Hamada y Farid, 1947).

menfita. Sería interesante saber hasta qué punto había existido una influencia palestina en el delta oriental en períodos anteriores, pero los datos que poseemos al respecto son muy limitados y fragmentarios, aunque los que existen no presentan rasgos palestinos e incluyen los estratos inferiores de Tell ed-Daba, aparentemente de finales del Imperio Medio. Tell ed-Daba ha dado también a la luz una importante colección de material antropológico, procedente de 134 cuerpos de cementerios del período de los hicsos (Jungwirth, 1970). Los informes preliminares parecen indicar que la población era muy diferente del tipo semita occidental, más parecida a los tipos procedentes de cementerios contemporáneos del Norte y Centro de Europa. Pero el significado auténtico de estas comparaciones, en este caso muy hipotéticas, no es en absoluto obvio y no deben sacarse conclusiones definitivas, en especial debido a la ausencia de material de períodos anteriores en el delta oriental. Sin embargo, la proximidad de Asia puede explicar la importancia en esta zona de un culto al dios Set, que podía constituir una manifestación del carácter extranjero del país situado más allá de las fronteras de Egipto. Tal vez fue establecido ya a comienzos del Imperio Antiguo, y ciertamente parece haber existido antes de la dinastía de los hicsos. La importancia y el carácter local de ese dios puede explicar suficientemente por qué los hicsos se asociaron con él, aunque en ningún caso utilizaron el nombre de Set al formar su cartucho.

Cuando los consideramos en la perspectiva de la historia cultural palestina, este período adquiere una significación particular. En Palestina era el período de grandes ciudades fortificadas y campamentos militares y, según alguien ha dicho, «de la mayor prosperidad que el país había conocido hasta ese momento, o volvería a conocer antes de la paz romana» (G. E. Wright, 1971). Aunque la inexistencia de documentos escritos en Palestina lleva inevitablemente a minusvalorar su papel histórico y nos impide conocer el complejo contexto político en el que tuvo lugar el gran desarrollo urbano del Bronce Medio II, podemos ver en la situación un cambio temporal en los papeles de Egipto y Palestina. Así, el Nordeste de Egipto habría quedado bajo la égida de la naciente civilización palestina, recibiendo una inmigración cada vez mayor y un contacto cultural acelerado, así como una casa real.

Los hallazgos contemporáneos en Egipto registran los nombres de más de seis faraones de ese período. Algunos, como Joam, Jakbaal

y Anath-her tienen nombres semíticos, mientras que otros utilizan el título de «rey extranjero». Éstos, junto con otros con nombres egipcios, conforman presumiblemente la Dinastía XVI de Manetón, de los hicsos «menores», y sólo pueden representar gobernantes vasallos de ciudades-estado en el Norte de Egipto.

Tal vez, el período de los hicsos comenzó en el Norte de Egipto con la inmigración en el delta oriental de varios grupos palestinos procedentes del Sur de Palestina. Éstos habrían intentado establecerse, mientras que otros grupos guerreros con mayor movilidad y que formarían parte de un ejército principal (o estarían asociados con él en una especie de federación), se habrían dirigido a Menfis, extendiéndose y apoderándose de varias ciudades del delta, aunque habrían dejado otras en poder de sus gobernantes egipcios, tal vez como consecuencia de un acuerdo previo. Los niveles de destrucción observados en algunos yacimientos del delta oriental, entre ellos Tell ed-Daba (Bietak, 1968 *a*, pp. 84, 89; 1975 *a*, p. 194) son reflejo de algunos de los enfrentamientos más duros. (La fecha de la entronización del primer rey hicso hay que situarla, al parecer, entre 1672 y 1649 a.C.).[55]

Algunos especialistas afirman que el sistema de señores feudales y vasallos fue introducido desde el Asia occidental, donde era una forma habitual de organización política. Pero aunque eso sea cierto, es posible que se haya tratado simplemente de adaptar un esquema formalmente reconocido a una situación existente, ante la posibilidad de que el Norte de Egipto comenzara a fragmentarse políticamente durante la Dinastía XIII.

Se han hallado fuera de Egipto algunos objetos que llevan el nombre del rey hicso Seusereure Jyan, pero tan lejos de Egipto que cualquier deducción política parece extraordinariamente hipotética. Entre estos objetos hay que citar una representación de un león de pequeño tamaño hallado en Bagdad, la tapa de un vaso de alabastro de Cnoso y un fragmento de un vaso de obsidiana de Boghazköi; asimismo, la impresión de un sello procedente del sur de Palestina. Dado el origen probable de los hicsos, no sería sorprendente descu-

55. Añadiendo los 108 años del fragmento de la lista real de Turín a una fecha en torno al año 10 del reinado de Amosis I, de la Dinastía XVIII. Lamentablemente, es difícil ser preciso respecto a la cronología del Imperio Nuevo (Redford, 1970, Wente, 1975). La fecha relativa de la caída de Avaris se discute en Vandersleyen (1971, pp. 33-40); Hodyache y Berlev (1977) sugieren incluso una fecha posterior.

brir que una parte del sur de Palestina permaneció bajo su hegemonía. Pero las posibles referencias directas a este hecho parecen limitarse a la segunda estela de Kamose, e incluso éstas son ambiguas.[56]

Los más importantes de aquellos que gobernaron una parte de Egipto simultáneamente con los hicsos fueron una línea de faraones de Tebas que constituyen la Dinastía XVII de Manetón. Tal vez hubo hasta 15 faraones en esta dinastía y se les conoce sobre todo por los objetos hallados en sus pequeñas pirámides, de la necrópolis de Dira Abu el-Naga, en la zona occidental de Tebas. Parece que en la zona meridional de Egipto, al sur de Ábido, pudieron ejercer algunas de las funciones tradicionales de la monarquía, especialmente realizando ampliaciones y donaciones a los templos, incluyendo los de Ábido, Coptos, Deir el Ballas, Medamud y Edfu (véase cuadro 2.1). Especialmente, el templo de Ábido destaca por el apoyo real que recibió en el período transcurrido entre finales de la Dinastía XII y el comienzo de la Dinastía XVIII, lo cual hizo que se notara tremendamente la ausencia de los hicsos. Sólo en Guebelein, lugar situado sobre el Nilo, más arriba de Tebas, se han recuperado los nombres de los reyes hicsos en bloques monumentales, procedentes al parecer del templo de Hathor. Se trata de los reyes Seuserenre Jyan y Aauserre Apofis.[57] Pero a éstos hay que añadir algunos otros indicios de que para una parte de la población del Alto Egipto la aspiración de los hicsos al trono era legítima.[58] Dos inscripciones ilustran aspectos del gobierno bajo la autoridad de esos reyes tebanos sin referencia a los hicsos. En una de ellas, el faraón Nubjeperre Inyotef ordena que sea expulsado de su templo de Min, en Coptos,

56. Segunda Estela de Kamose, línea 4: Apofis es tratado como «príncipe de Retenu (= Palestina)», pero esto puede significar su origen; líneas 13-15 menciona una serie de productos capturados de los barcos, que se resume como «el producto/tributo de Retenu»; las implicaciones de la palabra *inw* son un tanto ambiguas. Cf. también Giveon (1974 *a*), que afirma que el hallazgo de escarabeos en Canaán apoya la tesis del dominio de los hicsos sobre Palestina.

57. A destacar, también, un sistro de Dandara con el nombre de Apofis (Von Beckerath, 1964, p. 148); una hoja de azuela con el nombre «Aauserre, amado de Sobek, señor de Sumenu», en el sur de Tebas (James, 1961). Von Beckerath (1964, pp. 148-149) duda sobre si los bloques de Guebelein procedían originalmente de este lugar, pero no es fácil pensar en qué motivos podrían haberles llevado a importarlos desde una zona situada mucho más al Norte hacia un área tan próxima a las canteras de piedra.

58. Principalmente, la datación del papiro matemático Rhind en el año 33 del reinado de Aauserre Apofis. Se afirma que procedía de Tebas.

un sacerdote acusado de un acto sacrílego; en la otra, el traspaso de un cargo de civil, el de «gobernador de el-Kab» fue realizado durante la égida del faraón Seuadyenre Nebiriau, mientras que gracias a la generosidad del faraón se pudo exhibir una copia en piedra de los hechos ocurridos. Este documento constituye también una fuente que permite seguir la historia de ese lugar durante gran parte del Segundo Período Intermedio.

Si los reyes hicsos aceptaron que esos reyes tebanos gobernaran esa —desde su punto de vista— parte distante del país, tal vez fue porque no les parecía lo bastante rica e importante como para poder causar una seria interferencia.

El Segundo Período Intermedio en Nubia

Al igual que en Egipto, en la transición de la Dinastía XII a la Dinastía XIII no se aprecian signos inmediatos de discontinuidad. Los nombres de varios faraones de la primera parte de la Dinastía XIII se han recuperado en las fortalezas egipcias de la Baja Nubia, entre ellos un sello de Sejemre-Jutauy Amenemes Sebekhotep de Mirgissa, una estatua y una estela de Jutauyre Ugaf de Semna y Mirgissa y una tablilla de Jasejemre Neferhotep de Buhen.[59] En el desfiladero de Semna (y en la isla de Askut) una serie de grafitos que registran, con cierta preocupación, unos niveles desusadamente elevados de inundación, cubren el período entre el año 2 de Amenemes III y el año 1 del reinado de Sedyefakare (probablemente el rey número 15 de la Dinastía XIII), es decir, un período de unos 70 años, de los cuales los últimos 18 corresponden a la Dinastía XIII (B. Bell, 1975). No obstante, de la ausencia de nombres de faraones de finales de la Dinastía XIII y de la Dinastía XVII anteriores a Kamose, y de la situación política, claramente explicitada en las estelas de Kamose (véase más adelante), hay que deducir que el gobierno egipcio perdió finalmente o renunció al control sobre Nubia. Algunas de las fortalezas muestran signos de enfrentamiento, aunque es difícil afirmar si se trata de ataques de las fuerzas hostiles nubias, de enfren-

59. Sobre la Estela de Ugaf en Mirgissa, véase Vercoutter (1975 *b*). Señalemos también la existencia de una estatua de Janeferre Sebekhotep de la isla de Argo, pero no está lejos de Kerma, por lo que suscita las mismas dudas que la estatuaria de Kerma.

tamientos locales fruto de una situación confusa tras la desaparición del control egipcio, o de ejércitos invasores egipcios del Imperio Nuevo.[60] Todas estas interpretaciones son posibles, pues tenemos la certeza de que algunas de estas fortalezas siguieron ocupadas al menos durante buena parte de los períodos subsiguientes.

Así, en Aniba, el principal cementerio de tumbas familiares con superestructuras de ladrillo muestra una probable continuidad en el Imperio Nuevo del estilo de enterramiento egipcio de finales del Imperio Medio.[61] Hay que indicar la existencia de auténticas jarras de Tell el-Yahudiya,[62] producto del período de los hicsos en Egipto (Steindorff, 1937). En la fortaleza se realizaron una serie de trabajos de restauración de las defensas en un período en que los fosos se hallaban llenos en una tercera parte de arena y cascotes. La mampostería de piedra utilizada en la reconstrucción se ha visto como un signo de la influencia de la tradición constructora de la cultural local del Grup C, influencia que sería menos probable que en otros períodos.

Los informes preliminares publicados referentes al yacimiento de Mirgissa fechan en la Dinastía XIII la principal fase de construcción que sobrevive en el fuerte superior, y los cementerios correspondientes de tipo egipcio en ésta y en el período de los hicsos.

En Uronarti, los vestigios principales son un gran grupo de sellos de barro (unos 4.500) de cartas, sacos y cajas que llevan las impresiones de estampillas y escarabeos. La mayor parte de ellos fueron encontrados en la «casa del comandante» y entre ellos había uno con el nombre del rey hicso Maatibre (Lawrence, 1965, p. 86, n. 1; Tufnell, 1975). Algunas de estas impresiones llevan diseños de escarabeos que, por el estilo, podrían pertenecer también al período de los hicsos. No parece posible aislar cualquier otro material en el fuerte que pudiera ser atribuido a este período, pero tampoco existe ningún vestigio de una presencia cultural extraña, lo que indica que quien utilizaba esos sellos se hallaba dentro de la órbita cultural egipcia.

Sin embargo, los restos más importantes proceden de Buhen,

60. Los hallazgos de Buhen parecen favorecer la primera explicación (H. S. Smith, 1976, pp. 80-82).

61. Nótese que se trata fundamentalmente de tumbas familiares que abarcan, tal vez, varias generaciones, llegando en algunos casos hasta el Imperio Nuevo.

62. Respecto a la distinción entre cerámica auténtica de Tell el-Yahudiya y la de El-Lisht, véase n. 67, p. 213.

donde existe una secuencia de cementerios similar a la de Aniba, también en este caso con auténticas jarras de Tell el-Yahudiya (Randall-MacIver y Woolley, 1911, láms. 49, 92). Pero la fortaleza ha dado a la luz también un grupo de estelas que, por razones estilísticas, epigráficas y de contenido deben ser atribuidas al período de los hicsos y a la Dinastía XVII en Egipto (Barns, 1954; Säve-Söderberg, 1949).[63] El titular de una de esas estelas (llamado Sepedher) afirma: «Yo era un esforzado comandante de Buhen y nunca un comandante había hecho lo que yo hice. Construí el templo de Horus, señor de Buhen, en los días del rey de Cush». El titular de otra estela (llamado Ka) hace referencia también al servicio prestado al rey de Cush, cuyo nombre se recoge como Nedyeh. Otra posible mención a un servicio mercenario (no de Buhen) es el de un soldado, Ha-anjef, que tras seis años de servicio en Cush regresó a Edfu, en el Alto Egipto, con oro suficiente para comprar tierra.

El reconocimiento por parte de estos hombres de la soberanía de ese rey, no es sino un indicio del poder que el gobernante nubio había llegado a alcanzar. En las estelas erigidas en Karnak por Kamose, último faraón de la Dinastía XVII, que describe las primeras fases de la guerra civil entre Tebas y Ávaris, Kamose pronuncia un discurso: «Hazme entender para qué es mi fuerza. Hay un rey en Ávaris, otro en Cush y, así, yo me hallo entre un asiático y un nubio. Cada uno tiene su franja de este Egipto, dividiéndose la tierra conmigo». La expresión «este Egipto» es un reflejo de la convicción de que Nubia formaba parte de Egipto (Vandersleyen, 1971, pp. 53-56; Vercoutter, 1970, pp. 184-186). Sus cortesanos confirman esta situación en una tímida respuesta: «Mira, es territorio asiático hasta Cusas ... Elefantina es fuerte. Así, la zona central del país es nuestra hasta Cusas». Durante la invasión subsiguiente del territorio hicso, el ejército de Kamose intercepta una carta conducida, al parecer, por la ruta de Darb el-Arbain, desde el rey de los hicsos, Aauserre Apofis, hasta le rey de Cush, recientemente entronizado. El texto de la carta, que se reproduce íntegramente en la estela contiene nada menos que una invitación de Apofis al rey de Cush para invadir el reino de Kamose desde el Sur: «¡Vamos, viaja río abajo! ¡No temas! Él está aquí conmigo y no hay nadie [más]

63. Varias de estas estelas se hallan publicadas en H. S. Smith (1976, pp. 72-76, 80-85); cf. también Vandersleyen (1971, pp. 56-61).

que pueda oponérsele en esa parte de Egipto. Mira, no le permitiré que se mueva hasta que hayas llegado. Entonces, dividiremos las ciudades de esa parte de Egipto y (nuestras tierras) crecerán con alegría». (Habachi, 1972 —nótese que Habachi reconstruye «Jent-hennefer», un término para Nubia, en lugar de «nuestras tierras»—, Säve-Söderberg, 1956, H. S. Smith y A. Smith, 1976.)

La implicación es que Cush se había convertido en un reino de considerable fuerza e importancia, el equivalente del reino de los hicsos en el Norte. No obstante, aunque tanto aquí como en las estelas de Buhen la Baja Nubia parece encontrarse bajo el control de estos reyes, tanto en el Imperio Medio como en el Imperio Nuevo Cush parece haber sido considerado como una zona típica de la Alta Nubia desde el punto de vista geográfico. Y es en la Alta Nubia donde las excavaciones nos han permitido reconocer, en Kerma, el núcleo que creemos debe ser identificado como la capital de esos reyes.[64] Como ya se ha dicho (p. 166), Kerma se levanta al comienzo de la fértil zona de Dongola, inmediatamente sobre la Tercera Catarata. Consiste en dos partes.

En las proximidades del río se hallaba la ciudad. Las excavaciones actuales están revelando una serie de pequeñas casas de ladrillo que habrían sido ocupadas en más de una fase; por otra parte, en el límite meridional han aparecido vestigos de lo que podría ser un importante sistema de fortificaciones que rodeaba la ciudad, utilizando un foso y murallas de piedra y ladrillo (Bonnet, 1978 *a*, 1979). Pero el aspecto más destacado en la ciudad era un masivo edificio de ladrillo, el «Deffufa occidental», un castillo primitivo e impresionante. Recientemente se han descubierto restos de fases arquitectónicas anteriores, pero en su forma final consistía en un bloque en forma de L (fig. 2.12), preservado hasta una altura de unos 18 metros y que en su mayor parte estaba construido de ladrillos de barro. Una amplia escalera conducía hacia el interior, sin duda hacia las habitaciones construidas en la parte superior. En la última fase, la gran escalera ascendía desde un patio. En su parte opuesta se levantaba un edificio en cuya construcción se utilizó el ladrillo cocido, tal vez por primera vez en el valle del Nilo.

64. Tal vez haya que cambiar la imagen de Kerma a raíz de las excavaciones que se están realizando actualmente por parte de la Fundación M. Blackmer; para los informes preliminares, véase Bonnet, 1978 *a*, 1979.

Entre los restos que se habían derrumbado en un grupo de almacenes había numerosas impresiones de sellos de barro, en su mayor parte del sellado de jarros, cestos y otros recipientes. Los diseños contrastan vivamente con los de Uronarti. Faltan totalmente los nombres y títulos de los administradores. Los únicos nombres eran los de los reyes hicsos (Jakeb-her, Sheshi, Maatibre, y también la reina Ineni), que aparecen únicamente en una o dos ocasiones en cada caso. Las dos terceras partes de las improntas se realizaron con cinco sellos de escarabeos con diseños que en tres de los casos (quizás en todo) corresponden estilísticamente al período de los hicsos (Reisner, 1923, pts. I-III, pp. 38-39, pts. IV-V, p. 81). La conclusión —muy importante— es que la mayor parte del sellado se realizó en Kerma, presumiblemente al recibir los productos enviados desde el exterior, utilizando así una práctica administrativa derivada de Egipto. El origen local de algunos de los recipientes sellados se confirma, además, por los modelos incisos de los recipientes nubios que han quedado impresos en el reverso de algunos de los sellos.

Los restos de los edificios que rodeaban el castillo contenían desechos industriales procedentes de la manufactura de la cerámica local, de objetos vidriados según la costumbre egipcia, de cuentas y de adornos de mica.

En la meseta del desierto situada detrás, se levantaba el cementerio de tumbas de túmulos, que sólo han sido parcialmente excavadas y publicadas. La parte meridional era, con toda probabilidad, la más reciente y estaba dominada por tres túmulos de enorme tamaño (KIII, IV y X) (fig. 2.13), con estructuras internas de ladrillos de barro que incluían una cámara funeraria central y que contenían, asimismo, numerosas tumbas subsidiarias construidas separadamente. El muerto aparecía depositado sobre un lecho, en un caso de cuarzo vidriado, rodeado por sus efectos personales y de cerámica y acompañado por los cuerpos de hasta una docena de seres humanos, en su mayoría mujeres, y también de carneros. Los enterramientos humanos en torno al enterramiento principal parecen corresponder a individuos sacrificados, que se añadían a la masa de víctimas sacrificadas halladas en la parte central de los grandes túmulos, más de 300 en un caso.

Por su extensión y complejidad y por las pruebas que ofrecen respecto al poder existente sobre las vidas de otros, aspecto vívidamente demostrado por los cuerpos sacrificados, esos túmulos son, sin

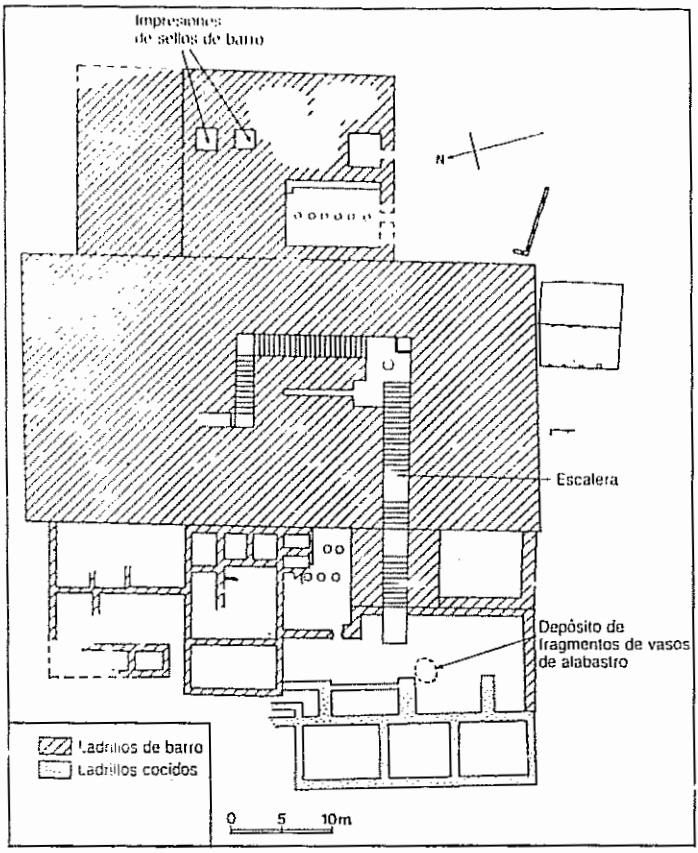


FIGURA 2.12

Castillo en Kerma (Dufufa occidental, KI)

Es contemporáneo del período de los hicsos en Egipto. El plano de los muros exteriores es la reproducción, ligeramente simplificada, de la última de varias fases sobreimpuestas.

ninguna duda, las tumbas de poderosos reyes de Nubia. Ciertamente, un relato de las costumbres funerarias de los reyes sudaneses durante la Edad Media contiene algunos rasgos muy parecidos (Vycichl, 1959). Por otra parte, no hay duda respecto a que estos túmulos son contemporáneos de los hicsos y de la Dinastía XVII. Los escarabeos

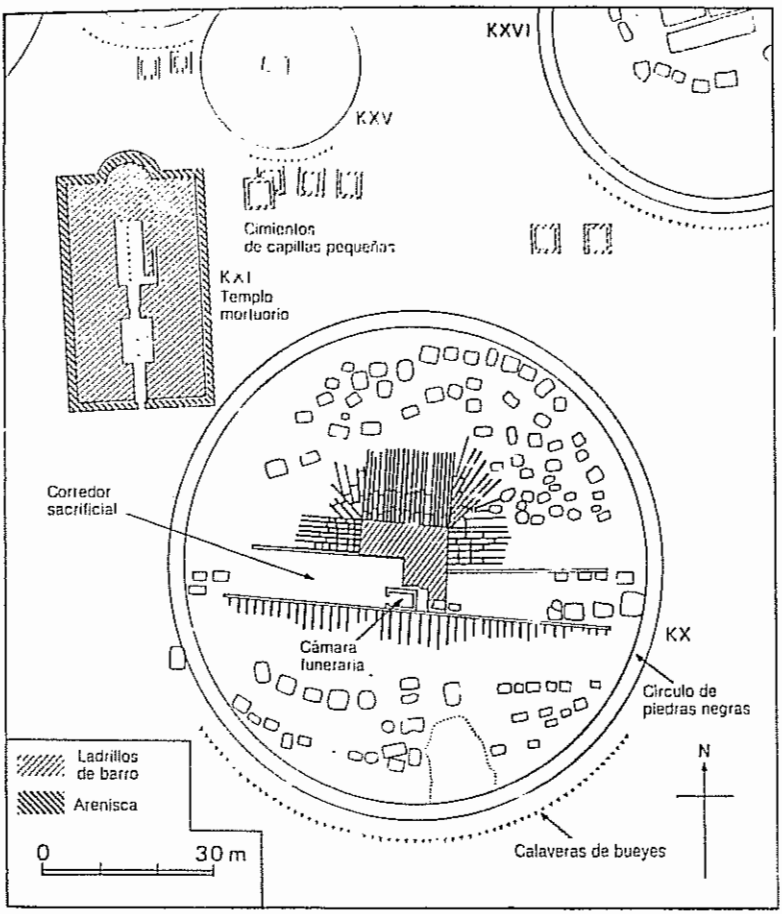


FIGURA 2.13

Parte del cementerio real en Kerma, contemporáneo del período de los hicsos en Egipto

que se han hallado en ellos corresponden fundamentalmente a este período (incluyendo uno del canciller Har); otro tanto cabe decir del contexto, que puede ser fechado, en el que aparece la típica cerámica de Kerma, en algunos casos como importación, en la Baja Nubia

y en Egipto (Bietak, 1968 *b*, pp. 123-127, 180).[65] Otros túmulos de esta parte del cementerio habrían pertenecido a miembros de una amplia familia real y de la corte, pero en el Norte, las zonas todavía sin excavar contienen enterramientos del Imperio Medio e incluso anteriores. Las excavaciones recientes han dado a la luz un grupo de estructuras de gran tamaño revestidas de piedra, posiblemente se trate de tumbas elaboradas de un tipo muy diferente, en una zona que se levanta al sur del Deffufa occidental (Bonnet, 1978 *b*).

Sin duda, la corte de Kerma era rica y alegre y los recuerdos del Egipto faraónico daban el tono de la vida civilizada (como había ocurrido en Biblo) y aportaban símbolos de dignidad, a veces en forma de estatuaria de segunda mano. Aunque en los túmulos, siempre saqueados, no quedaba mucho oro ha aparecido en otros lugares —gruesas láminas en patas de madera de las camas, el borde de una copa de cerámica—, lo que indica que debía existir en grandes cantidades. Las damas de la corte llevaban gorros cilíndricos de cuero o de tela en los que se cosían piezas de mica cortadas en formas diferentes, entre ellas algunas derivadas del simbolismo egipcio. Una dama de la corte había llevado una corona de plata. La influencia egipcia puede verse en la utilización de sarcófagos de madera para los enterramientos y, más especialmente, en la introducción de templos mortuorios en los cementerios. Se construyeron dos grandes templos de ladrillo,[66] uno de ellos (KXI) revestido de bloques de arenisca. El otro (KII) poseía un friso exterior de leones de estilo egipcio formado por tejas de fayenza y tenía un dintel de granito decorado con un disco alado, un motivo egipcio que apareció también (pintado) en un muro de la cámara funeraria de uno de los túmulos

65. Las supuestas tazas de Kerma halladas en una tumba en Saqqara (Mastaba, 3507, n.º 10) y que en la actualidad se hallan en el Museo Británico, sólo se parecen superficialmente a las de la fase clásica de Kerma (resultan mucho más toscas) y no han de ser identificadas como tales. Existe una lista en Merrillees (1968, pp. 27-28). Respecto a la datación, nótese el escarabeo de Nubjeperre Inyotef del cementerio de Mirgissa (Vercoutter, 1970, lám. XXVI) y el escarabeo de Maatibre, del cementerio de Akasha (Maystre, 1975).

66. El diseño básico, en el que las habitaciones ocupan tan sólo un espacio relativamente reducido del sólido edificio de ladrillo, puede compararse con el templo de Ezbet Rushdi en el delta, que data del Imperio Medio. Ahora bien, es posible que se tratara de una moda de la época. Algunas de las tejas de fayenza de KII están ilustradas en W. S. Smith (1962, 1965, fig. 60).

reales, K III. En el interior, los muros de los templos mortuorios habían sido pintados con escenas de estilo egipcio, en las que se representaban barcos navegando, jirafas y otros animales. Aunque los puntos de contacto con Egipto consisten fundamentalmente en influencias sobre una cultura abrumadoramente indígena y aunque no se han encontrado tumbas de estilo totalmente egipcio, debemos aceptar la presencia en Kerma de un número de egipcios, tanto artesanos que dirigían la construcción de edificios de ladrillos de barro y diferentes procesos industriales (vitrificado, carpintería, forja de metales) como probablemente también consejeros o administradores responsables de los sellos hallados en el castillo y del trabajo burocrático que era necesario para mantener el contacto diplomático con Egipto que ejemplifica la carta capturada por el ejército de Kamose.

Una pregunta importante a la que sólo es posible dar una respuesta imprecisa e hipotética es la fuente de la riqueza de Kerma. Como ya hemos dicho antes, la Alta Nubia desarrolló una intensa actividad comercial con Egipto durante el Imperio Medio, aunque ignoremos cuál era el beneficio económico que obtenían los nubios. La rica fase clásica de la cultura de Kerma parece haber coincidido con el gobierno de los hicsos en el Norte de Egipto y, durante esa época los reyes de Cush tuvieron notables oportunidades para conseguir el monopolio virtual del oro nubio. Así, con oro que ofrecer a cambio de servicios, no debieron tener dificultades en atraer a artesanos y soldados egipcios, como el hombre de Edfu al que hemos hecho referencia más arriba. Como país comerciante, Cush debió ver incrementada su importancia, pero dado que la ruta caravanera de Darb el-Arbain podía poner a Cush en contacto directo con el territorio dominado por los hicsos evitando el reino tebano de la Dinastía XVII, resulta especialmente difícil afirmar cuál era exactamente la situación, aunque la modestia de las tumbas reales de la Dinastía XVII en Tebas, por comparación con las de Kerma, pueden implicar que, en verdad, Tebas quedaba al margen de todo contacto comercial que se realizaba con el Sur. Una parte de la estatuaria de segunda mano puede haber procedido del Alto Egipto (O'Connor, 1969, pp. 31-32), pero lo cierto es que el material egipcio hallado en Kerma no constituye una gran ayuda para determinar su origen último, aunque cabe pensar que el análisis de la composición de los bronces nos permitirá conocer datos importantes. Un aspecto nega-

tivo interesante es la ausencia hasta ahora de jarras de cerámica de Tell el-Yahudiya,[67] en contraste con los numerosos ejemplos encontrados en las tumbas de estilo egipcio de Buhen y Aniba.

La cultura de Kerma es la de una corte y, en este sentido, es única. Naturalmente, la influencia política de sus gobernantes no puede ser determinada de forma precisa por medio de la arqueología, y así, desconocemos el destino de los otros reinos nubios de las listas del Imperio Medio. El material de la fase clásica de Kerma ha sido hallado, en el Sur, hasta Bugdumbush y, en el Norte, hasta más allá de la catarata de Dal, siendo en esta zona los yacimientos más importantes los de la isla de Sai, Akasha y Ujma occidental (Geus y Labre, 1974; Giorgini, 1971, cap. 2, lám. 4; Gratien, 1973, 1974, 1975 y 1978; Macadam, 1955, p. 160, n.º 0919; Maystre, 1975; *Report of the Antiquities Service and Museums in the Anglo-Egyptian Sudan*, 1946, p. 10; 1947, pp. 5, 9; Vila, 1975). Más al norte todavía, en la Baja Nubia, la cultura clásica de Kerma constituye un componente singular de la cultura mediterránea de los hicsos y de la Dinastía XVII. Se han hallado, en localidades muy dispersas, enterramientos de individuos o de pequeños grupos con rasgos característicos de la cultura kerma, entre ellos la cerámica típica. Esto parece indicar la existencia de inmigrantes procedentes del Sur, constituyendo un elemento de población numéricamente reducido pero extendido a lo largo de una amplia zona. El más importante de estos cementerios (23 tumbas) se halla situado —no debe sorprendernos— en la zona más meridional de la Baja Nubia, en Mirgissa. Cerámica de Kerma se ha encontrado también entre los restos de dos fuertes, Mirgissa (Hesse, 1971; Vercoutter, 1970; pp. 13, 22-23, 183, n.º 125) y Buhen (Egypt Exploration Society, 1963; Randall-Maciver y Woolley, 1911, p. 239, lám. 50; H. S. Smith, 1976, p. 81), en ambos casos asociada al parecer, en zonas muy reducidas, con un nivel de destrucción o decadencia. También ha aparecido cerámica de Kerma en una serie de tumbas del Alto Egipto, pero con la excepción de dos tumbas adyacentes en Abido, donde los cuerpos aparecían encogidos, el estilo de enterramiento y de otros objetos de la tumba es totalmente egipcio, lo que indica que la cerámica de Kerma era

67. Las jarras auténticas de Tell el-Yahudiya deben ser distinguidas, con todo cuidado, de las de El-Lisht, que aparecieron durante las últimas fases del Imperio Medio (Merrillees, 1974, 1978).

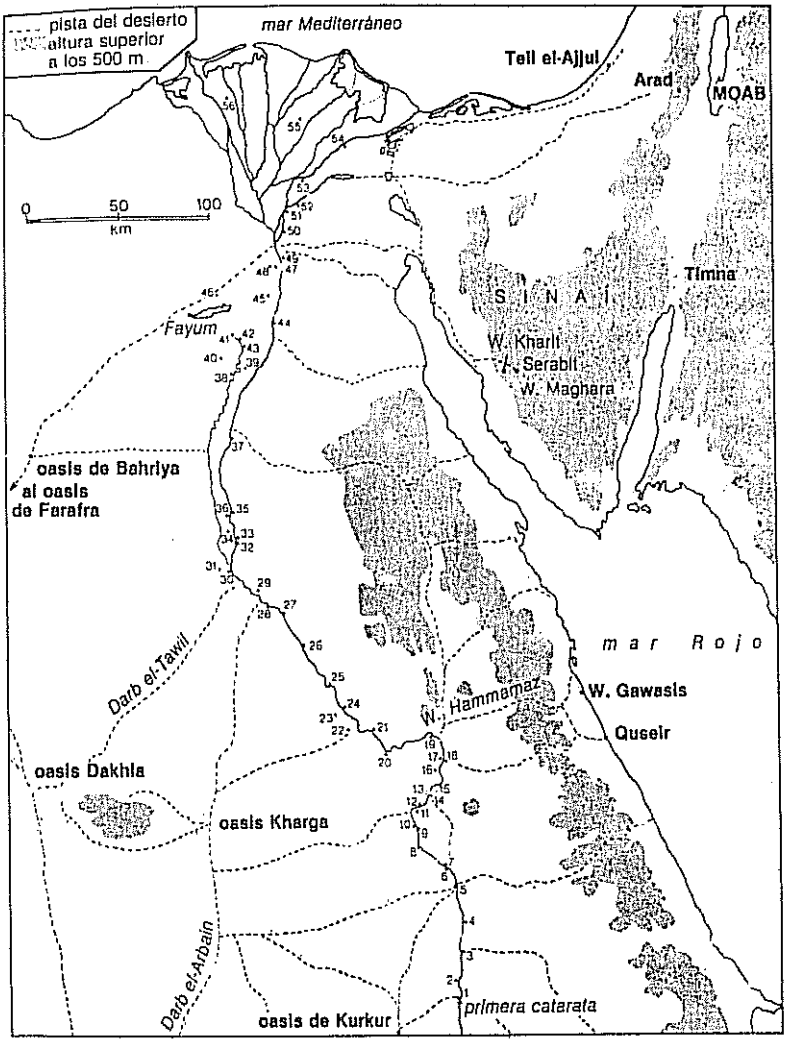


FIGURA 2.14

Mapa del Egipto del Imperio Antiguo y del Imperio Medio

Los brazos del Delta se representan siguiendo a Bietak (1975 *a*, Abb. 23); las antiguas rutas del desierto sólo pueden deducirse a partir de los esquemas más recientes. Una fuente útil para el desierto occidental es el mapa que aparece en Bates (1970).

objeto de intercambio comercial o, quizás, un recuerdo de un período de servicio mercenario.

El conocimiento de que en Buhen y Aniba (y aparentemente también en Mirgissa) había egipcios que siguieron viviendo y siendo enterrados tras la pérdida de control político por parte de Egipto ofrece un contexto histórico aceptable para comprender el significado de los grupos de grafitos en varias localidades de la Baja Nubia, que contienen uno o dos nombres reales, escritos de una forma un tanto excéntrica y que no están atestiguados en ningún otro lugar: Ii-ib-jent-Re y Kakare In. Aunque se atribuyen normalmente al Primer Período Intermedio, están atestiguados por nombres y títulos de funcionarios que, como grupo, son típicos del Imperio Medio.[68] Una de las posibles interpretaciones es que esos nombres derivan de un intento de establecer un reino independiente por parte de los egipcios que en otro tiempo formaron parte de las guarniciones de los fuertes egipcios; ese intento se consiguió a finales de la Dinastía XIII. Habría tenido una duración relativamente limitada ya que en el rei-

68. Los dos más importantes son: 'jerep seku'• (Gauthier, 1918, Helck, 1958, p. 12, n. 9) e 'imi-er ajemuti'• (Gardiner *et al.*, 1955, vol. II, p. 97, n. c.). Estos títulos acompañan al grafito de Abu Hor. Acompañando al grafito de Medik hay uno del «profeta Cnum-hetep»; un grafito escrito de forma idéntica aparece también en Semna (Reisner, Dunham y Janssen, 1960, p. 133, lám. 54A).

1. Elefantina
2. Kubaniya
3. Kom Ombo
4. Dyebel es-Silsila
5. Edfu
6. Hieracómpolis
7. El-Kab
8. Esna
9. Moalla
10. Guebelein
11. Tod
12. Armant
13. Necrópolis tebana
14. Tebas
15. Medamud
16. Nagada
17. Ballas
18. Coptos
19. Dandara
20. Dióspolis Parva
21. Balabish
22. Ábido
23. Bet Jallaf
24. Naga ed-Deir
25. Ajmim
26. Qau el-Kebir
27. Deir Rifeh
28. Asiut
29. Deir el-Gabrawi
30. Cusas
31. Meir
32. Deir el-Bersha
33. Sheij Said
34. Hermópolis
35. Beni Hasan
36. Nefrusy
37. Cinópolis
38. Deshasha
39. Heracleópolis
40. Medinet Maadi
41. Medinet el-Fayum
42. Hawara
43. Illahun
44. Atfih
45. El-Lisht
46. Kasr es-Sagha
47. Menfis
48. Saqqara
49. Tura
50. Heliópolis
51. Tell el-Yahudiya
52. Inshas
53. Tell Basta
54. Tell ed-Daba
55. Mendes
56. Buto

nado de Kamose la Baja Nubia era un territorio vasallo de los reyes de Cush.

A la existencia de una situación compleja en la Baja Nubia y en Egipto hay que añadir otro elemento: la inmigración y asentamiento de los pueblos del desierto cuya cultura se conoce con el término *Pan-grave*. Los cementerios son muchas veces de tamaño reducido pero contienen un mínimo de un total de 49 tumbas en Balabish y 107 en Mostagedda en el Alto Egipto y aparecen en ambas orillas del Nilo entre Deir Rifeh en el Alto Egipto y Toshka en la Baja Nubia (con una posible influencia en la zona de la Segunda Catarata), lo que indica que una parte de esos grupos inmigrantes atravesaron el río. Más al norte incluso, se ha hallado material que puede pertenecer o no a esta cultura (Kemp, 1977 *a*, Menghin y Bittel, 1934). Rasgos distintivos de esta cultura son la cerámica (cuencos, a menudo con el borde dentado o muy destacado, roja u oscura con la parte alta negra, con diseños incisos), brazaletes de nácar y cráneos (en ocasiones pintados) enterrados en los cementerios. Se han encontrado pequeños campamentos en los márgenes del desierto en la zona de El-Badari y en la superficie de una serie de ciudades egipcias como Kahun, Ábido, Ballas, Hieracómpolis, Edfu, Qasr es-Sagha, Karnak (*Bulletin de Liaison du Groupe Internationale d'Étude de la Ceramique Egyptienne*, 1977) y El-Kab, y en los fuertes nubios de Kubban y Mirgissa se han hallado fragmentos de cerámica con decoración incisa, que parecen pertenecer a la cultura *Pan-grave*.

Aunque no existen pruebas de gran peso al respecto, son muchos los que apoyan la hipótesis de que esos inmigrantes eran originarios del desierto oriental y que, por tanto, se trataba de medyau. Esta hipótesis se basa fundamentalmente en el hecho de que existe una mayor diferencia entre el material de la cultura *Pan-grave* y la del desierto occidental que entre esta última y la del Grupo C. Se han establecido comparaciones con material procedente de lugares muy distantes del Sudán oriental (Kassala) y el Norte de Etiopía (Agordat) (Arkell, 1954; Bietak, 1966, p. 70) pero, al parecer, la similitud no se refiere a todos los aspectos de la cultura, sino tan sólo a algunos rasgos concretos en la decoración de la cerámica y, por tanto, no es un aspecto necesariamente importante ante la larga tradición de la cerámica en el Nordeste de África, ampliamente difundida. Un informe preliminar sobre la antropología física de un grupo *Pan-grave* de Sayala, en la Baja Nubia, establece un fuerte contraste entre éste y

los elementos del Grupo C (también con la población de Kerma) (Strouhal y Jungwirth, 1971), mientras que encuentra semejanza con un estrato de población mucho más antiguo hallado en el Uadi Halfa a finales del Paleolítico Superior (Mesolítico).[69] Pero como ocurre con el material de los hicsos procedentes de Tell ed-Daba, el material comparativo es insuficiente como para saber lo que esta observación puede implicar.

En las inscripciones históricas del ataque de Kamose contra los hicsos se registra el hecho de que su ejército contenía unidades de tropas medyau y es ya antigua la sugerencia de que la cultura *Pangrave* correspondía al mismo pueblo.[70] Ahora bien, si parece perfectamente posible que los mercenarios medyau de Kamose formaran parte de esos inmigrantes, su número y ubicuidad parece indicar que se trataba de un movimiento de pueblos mucho más importante que afectó tanto a la Baja Nubia como al Sur de Egipto. Desde luego, si los identificamos con el pueblo medyau no hay que considerar que se trataba de simples grupúsculos inconexos pues, como afirma el Papiro Bulaq 18 respecto a la Dinastía XIII (véanse pp. 111, 158), los medyau contaban con jefes perfectamente identificables, ya que fueron invitados a la corte egipcia de Tebas. Las razones de esa migración, que constituye una intrusión cultural única en el Alto Egipto durante el período faraónico, nos son totalmente desconocidas, así como sus efectos a largo plazo. Al igual que ocurrió con la cultura del Bronce Medio II palestino en el delta oriental, la cultura *Pangrave* no conservó su identidad más allá del comienzo del Imperio Nuevo, aunque no existen pruebas documentales que indiquen que sus representantes fueron sometidos a la hostilidad del Alto Egipto. Es posible que la destacada familia Amosis-Paheri de El-Kab, de comienzos de la Dinastía XVIII, descendiera de este pueblo.[71]

69. Las afirmaciones sobre la significación de los datos antropológicos deben ser consideradas en conjunción con Van Gerven, Carlson y Armelagos (1973).

70. Cf. también el carcaj de un soldado al que se hace referencia en Shore (1973), un objeto procedente del Alto Egipto y que data de la Dinastía XVII o comienzos de la Dinastía XVIII. El dueño del carcaj es atendido por un soldado nubio.

71. La condición de extranjeros de algunos de los nombres de esta familia ha sido comentada por otros autores, como Helck (1971, p. 101) y Vandersleyen (1971, pp. 24-25), que indican que tienen origen asiático. Pero otro pariente tenía por nombre 'hombre medja'* (Tylor y Griffith, 1894, lám. VII). El elemento *ru* en otros dos gentilicios, Iturti y Ruru, aparece también en nombres nubios, por ejemplo '*Rvin*'* y 'Runa'* (Säve-Söderbergh, 1963), 'Reka'* y 'Ruin/Ruia'* (Steindorff, 1937, p. 250).

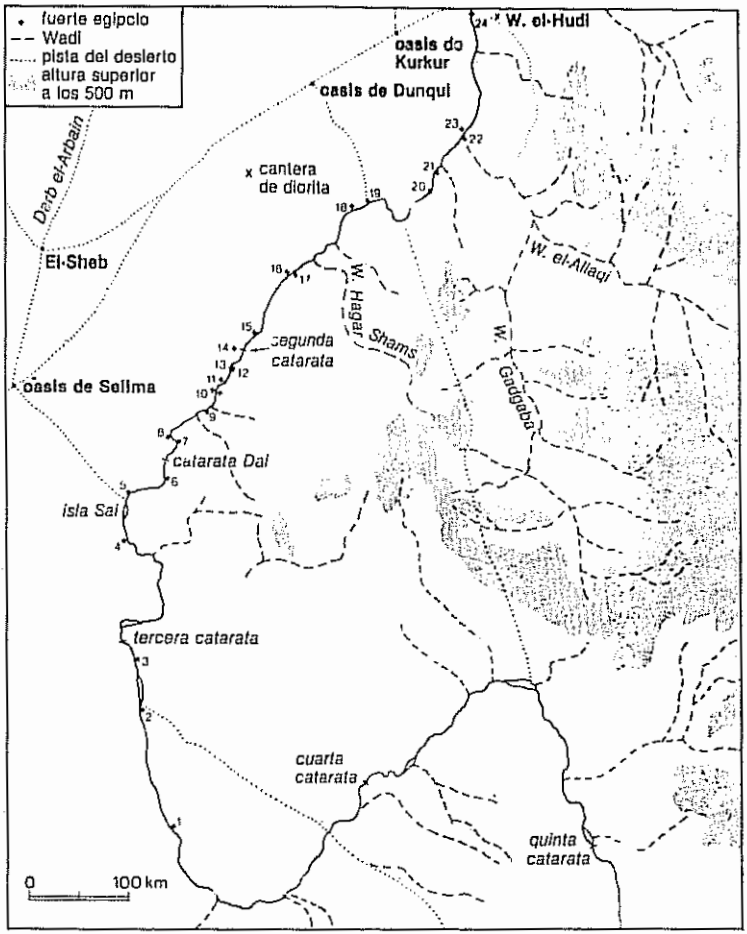


FIGURA 2.15

Mapa de Nubia durante los Imperios Antiguo y Medio

1. Bugdumbush
2. Kawa
3. Kerma
4. Soleb
5. Amara
6. Firka
7. Akasha
8. Ukma
9. Duweishat
10. Semna
11. Shalfak
12. Saras
13. Askut
14. Mirguissa
15. Buhen
16. Faras
17. Serra
18. Aniba
19. Tumas
20. Uadi es-Sebua
21. Sayala
22. Kubban
23. Dakka
24. Biga (Senmet)

En la Baja Nubia, junto a los nuevos grupos de población y los elementos egipcios que permanecieron en la zona, siguió existiendo la cultura del Grupo C que, de hecho, alcanzó su fase de mayor desarrollo (IIb), aunque a finales de este período (en su fase III) experimentó una serie de variaciones locales e influencias de grupos inmigrantes, así como un declive general por lo que respecta a la riqueza de sus materiales. El rasgo más destacado de la fase IIb es que aparecen mayores variaciones en el tamaño de las tumbas; a veces, los túmulos mayores tienen unas pequeñas capillas mortuorias construidas de ladrillos de barro o de piedra. Este fenómeno sugiere la existencia de una mayor estratificación social. Al mismo tiempo, se produjo la formación de núcleos de la cultura del Grupo C de mayor tamaño, en forma de aldeas de piedra fortificadas, bien ilustradas en Areika y Uadi es-Sebua. Sin duda, se trataba de lugares de refugio para los momentos de necesidad.

Es evidente que la fase final de la Dinastía XIII y el período de los hicsos fue una fase compleja y llena de acontecimientos en la Baja Nubia. Son bastantes los acontecimientos que encuentran un paralelo en el Norte de Egipto: la fragmentación de la sociedad, exacerbada por la inmigración, quedando finalmente la autoridad en manos de una potencia exterior dominante, el reino de Cush, cuya corte miraba hacia Egipto en busca de símbolos de autoridad y empleaba a individuos egipcios a su servicio. Así, el Segundo Período Intermedio se nos aparece como una época de gran importancia en la historia de las relaciones de Egipto con sus vecinos. Una etapa de debilidad interna coincidió con un período de prosperidad y desarrollo político en Palestina y Nubia, de forma que, por una vez, los egipcios fueron víctimas de la iniciativa política y de los logros culturales de otros pueblos.

La derrota de los hicsos y de Cush a manos de Tebas

Ambos reinos fueron destruidos simultáneamente en un período de conflictos iniciado probablemente por Kamose, último faraón de la Dinastía XVII, y continuado por sus sucesores inmediatos de la Dinastía XVIII. Las evidencias en cuanto al estallido de hostilidades antes del reinado de Kamose son un tanto ambiguas, aunque se han visto reforzadas por la demostración de que el predecesor de Ka-

mose, Sekenenre Taa II, murió de muerte violenta causada por armas, una de las cuales tenía la forma típica de una cabeza de hacha sirio-palestina de un tipo corriente en el delta oriental en esa época (Bietak, 1974). Un enfrentamiento entre este faraón y el rey de los hicsos, Apofis, se narra en el Papiro Sallier I, un cuento popular muy posterior, pero puede ser del tipo «ingenioso», aunque presupone perfectamente en su escenario los intereses opuestos de ambos reinos. La fuente más importante con que contamos respecto a la revuelta tebana son dos estelas (y una copia de una de ellas realizada por un escriba) erigidas en el templo de Karnak por Kamose y que datan del año 3 de su reinado (Habachi, 1972, p. 39; Pritchard, 1969, pp. 554-555; Säve-Söderbergh, 1956; H. S. Smith y A. Smith, 1976). En un consejo de guerra, el inicio de la escena es una división estable de Egipto de carácter tripartito: el reino de los hicsos gobernado por Aauserre Apofis, de quien sabemos que reinó al menos cuarenta años, Tebas y Cush. Esto se utiliza como un ingenio literario para subrayar la responsabilidad personal de Kamose por haber realizado el avance victorioso de un ataque contra el Norte, comenzando con la ciudad de Nefrusy, «un nido para los asiáticos», gobernada por Teti, hijo de Pepi, presumiblemente un rey egipcio vasallo de los hicsos. La dificultad del lenguaje del texto, en el que se mezcla el lenguaje narrativo con el retórico, nos hace dudar de si realmente Kemose penetró con éxito en el delta.[72] El texto termina bruscamente, no con la derrota de los hicsos en una batalla o un asedio, sino con un regreso triunfal a Tebas a comienzos de la estación de la inundación. La última batalla que se menciona se describe así: «Envié una fuerte tropa por tierra para destruir el oasis de Bahriya —mientras estaba en Sako— para impedir a los rebeldes que quedaran detrás de mí». Sako está situada a 70 km al sur de Heracleópolis y, sin duda, la acción tenía como objetivo cortar las comunicaciones entre el reino de los hicsos y Cush. Fue en ese momento cuando se capturó la famosa carta de Apofis.

Ya hemos mencionado esta carta de Apofis. Antes de invitar al rey de Cush a que invadiera el sur de Egipto, Apofis hace un balance de la situación: «¿No ves lo que Egipto ha hecho contra mí? Su

72. La Estela de Emheb, un hombre que parece haber pertenecido al ejército de Kamose, también hace referencia al hecho de que se hubiera alcanzado Avaris en el año 3 del reinado (Černý, 1969).

soberano, Kamose (¡que sea dotado de vida!), me ataca en mi territorio. Yo no le había atacado de la misma manera que todo lo que hace contra ti. Él ha escogido estos dos países para devastarlos, mi país y el tuyo, y los ha destruido». Probablemente, la alusión a un ataque anterior contra Cush no era meramente retórica. Una inscripción hallada en Buhen en un bloque de piedra utilizado para la construcción y que data también del año 3 del reinado de Kamose (H. S. Smith, 1976, p. 8, láms. II, I y LVIII, I, n.º 488) sugiere una conquista casi simultánea de toda la Baja Nubia, hecho confirmado por dos grafitos de su reinado procedentes de Arminna y que conmemoran posiblemente a los primeros virreyes de Cush durante el Imperio Nuevo (Simpson, 1963 *c*, p. 34).[73]

El éxito definitivo de la revuelta tebana no se alcanzaría hasta los primeros reinados del Imperio Nuevo. No se limitó a recuperar el control del territorio dominado durante el Imperio Medio sino que, en definitiva, se convirtió en la conquista y el intento de control de los países de donde habían surgido los reyes de Cush y los «reyes extranjeros».

Explicación del cambio histórico en los Imperios Antiguo y Medio

La presentación de la historia del antiguo Egipto en forma narrativa atrae inevitablemente la atención hacia el cambio y el desarrollo pero, por el loable propósito de hacer amena la narración tiende, en la práctica, a una excesiva dramatización que muchas veces las fuentes no justifican. En las partes que hemos dedicado en este capítulo a la historia interna de Egipto se ha minimizado conscientemente el elemento narrativo. Pero la alternativa de presentar la base histórica del Imperio Antiguo y del Imperio Medio en forma de un sistema gubernamental en el que cada parte —el faraón, sus funcionarios, gobernadores provinciales y personal del templo— desempeña su papel sin perturbar a los otros, puede conducir demasiado lejos

73. Vandersleyen (1971, pp. 61-63) menciona otra posible fuente. La Estela de Emheb (véase la nota anterior) asocia el hecho de haber alcanzado Avaris con una localidad nubia llamada Miu. Por razones históricas, no puede tratarse del Miu de la Estela de Armant de Tutmosis III, que era un lugar muy alejado, pero tal vez está relacionada con *tp* ('cabeza de') Miu en la tumba de Pennut en Aniba.

en la dirección opuesta y, al presentar el sistema en un equilibrio tan armonioso, puede hacer difícil comprender —sobre todo— cómo se produjeron los graves problemas del Primer Período Intermedio. Con la excepción de la dinastía de los hicsos, las raíces del cambio histórico parecen hallarse dentro de Egipto y, en el nivel político, particularmente en las relaciones entre el faraón, los funcionarios de su corte y los hombres más ambiciosos de las provincias. Pero, muchas veces, la falta de documentación hace difícil saber si el desarrollo de una institución o segmento de la sociedad distinto de la monarquía es un indicio del debilitamiento del control real o un síntoma de la capacidad del faraón para adaptarse al cambio (y, tal vez, incluso para producirlo). Por ejemplo, el historiador moderno necesita encontrar una razón, por lo que respecta al Primer Período Intermedio, que vea en el énfasis en el culto solar durante la Dinastía V un signo de la disminución del poder real en lugar de una evolución interesante en los cultos patrocinados por la corte y que de ningún modo perjudicó el control sino que, incluso, pudo haberlo fortalecido. El recurso al razonamiento *post hoc, ergo propter hoc* es muchas veces la única alternativa si consideramos esencial una explicación global de los acontecimientos.

Puede ser, no obstante, que un enfoque histórico *ad hoc*, que se centre en una situación específica cada vez, ponga demasiado énfasis en los aspectos más superficiales. Existe la alternativa de comenzar desde una posición más teórica, determinista, y de argumentar que el estado democrático posee una serie de propiedades estructurales básicas, algunas de las cuales son debilidades, y que en el caso de las primeras civilizaciones de las llanuras aluviales tomaron una forma común particular.[74] Si se desea considerar a Egipto desde ese punto de vista es necesario fijarse en varios aspectos de la sociedad estrechamente interrelacionados.

En primer lugar, aunque el Nilo tiene un régimen un tanto diferente del sistema Tigris-Éufrates, por ejemplo (los trabajos de irrigación en el Nilo son de un nivel bastante elemental y no exigen un complicado control central) (Butzer, 1976, pp. 42-43), habría poseído también —junto con otras grandes civilizaciones aluviales— la capa-

74. Una fase importante de la discusión comenzó con la «hipótesis hidráulica» de Wittfogel (Wittfogel, 1955, 1957). Esto ha suscitado numerosos comentarios críticos, algunos de gran valor, por ejemplo, Friedman (1974), Kappel (1974), Lees (1974) y Mitchell (1973).

cidad de producir un excedente agrícola una vez satisfechas las necesidades de su población original. No obstante, aunque los incrementos posteriores de población nunca fueron tan importantes como para constituir un problema en los períodos que estamos estudiando,[75] la demanda creciente estimulada por el consumo de la corte pudo llevar a extender la agricultura a otras tierras menos productivas con la consiguiente disminución de los rendimientos.

La burocracia es un factor fundamental de las primeras grandes civilizaciones y en Egipto debió surgir fundamentalmente para satisfacer las ambiciones de los primeros faraones. Cuando vemos cómo operaba en los textos administrativos que se conservan parece haberse ocupado fundamentalmente de facilitar la transferencia de la producción a los diferentes centros que constituían la «corte» y a sus representantes de las provincias y de supervisar las tareas de construcción, en lugar de preocuparse por el mantenimiento del sistema agrícola. Sería en el seno de ese grupo donde su incremento numérico y la elevación de las expectativas materiales produciría serias presiones sobre el excedente agrícola.

Las fundaciones religiosas tenían un papel fundamental en la economía egipcia. Aquellas que existían de forma primordial o única para el beneficio de individuos privados y que, por tanto, funcionaban más eficazmente en las provincias, ofrecían un sistema mediante el cual aquellos que vivían de los excedentes podían salvaguardar sus posiciones económicas y, tal vez, satisfacer sus crecientes expectativas, pero en definitiva esto habría significado entrar en competencia con la corte. El comportamiento económico de estas fundaciones tuvo probablemente un papel importante en la historia de los primeros períodos, pero la total ausencia de datos cuantificables hace muy difícil realizar una estimación más detallada.

Finalmente, aunque la construcción de tumbas monumentales y las tumbas de los individuos dominantes de la sociedad constituyen un rasgo destacado del antiguo Egipto, no comprendemos todavía adecuadamente sus efectos. Algunas veces se ha dicho que el Primer Período Intermedio sería la consecuencia del agotamiento del país

75. Un comentario valioso sobre las discusiones recientes sobre este tema es el de Cowgill (1975). Helck (1974 *c*, 1975, pp. 98-100) sostiene que el desarrollo de la burocracia y la demanda de trabajadores y artesanos que se produjo durante el Imperio Antiguo conllevó una demanda de población, que se cubrió organizando expediciones en los países vecinos.

por causa de la incesante actividad en la construcción de pirámides. Sin embargo, esto sólo ha de ser cierto en la medida en que supo dificultar la creciente demanda por parte de la clase de los funcionarios, teniendo en cuenta el carácter limitado de los excedentes agrícolas. Con independencia de si esa demanda privada, canalizada a través de las fundaciones religiosas, contribuyó a crear una corte débil e inestable, la incapacidad de ésta para continuar la construcción de cementerios reales a gran escala hubiera sido un fracaso de graves consecuencias para el mantenimiento a largo plazo de lo que llamamos «civilización» en Egipto, así como para la prosperidad de quienes competían con ella. En efecto, era en esta forma de construcción y todo lo que implicaba políticamente, donde los ambiciosos encontraban prestigio y recompensa dentro de un contexto controlado y donde se utilizaban en mayor grado los recursos intelectuales y materiales del país dentro de un programa centralizado. La importancia que tuvo la existencia de un gobierno central fuerte en la elevación del nivel general de prosperidad se demuestra por la forma en que el Primer Período Intermedio, incluso a finales del Imperio Antiguo, declinó la capacidad de consumo de los individuos de *status* más elevado, según lo indica el tamaño de sus tumbas. Sin embargo, ahora ya no estaban en competencia con una corte todopoderosa.

Este tipo de enfoque formal implica un grado de inevitabilidad, especialmente si el estado burocrático es considerado, a largo plazo, como un fenómeno inestable. Pero aun concediendo esto, no priva al historiador de la oportunidad de explicar por qué en un momento, y no en otro, la historia tomó un rumbo determinado. El elemento político no es fácilmente absorbido en un marco de explicación determinista. Así, el restablecimiento de una monarquía fuerte en el Imperio Medio que permitió —o fue obligada a aceptar— la existencia de gobernadores provinciales con importantes pretensiones no es una consecuencia obvia de una explicación determinista de por qué el Imperio Antiguo había llegado a su fin. Por otra parte, ese aspecto provincial del sistema egipcio de gobierno no existía ya a finales de la Dinastía XII, y el segundo período de reinados de corta duración y de disminución de la actividad de la corte que siguió no puede ser explicado de la misma forma que el primero y resulta, en verdad, difícil de explicar adecuadamente con argumentos políticos o deterministas.

La idea de que es posible una explicación depende también de que se asuma que la evidencia y los diversos factores operaban de forma bastatne uniforme por todo el país, de manera que lo que hallamos en una zona puede ser considerado como típico a nivel nacional. Pero hemos de considerar la posibilidad de que, dado que los documentos se han preservado mucho mejor en el Alto Egipto, nuestra atención se haya centrado excesivamente en una parte del país cuya participación en la política de la corte en Menfis fue muchas veces menos intensa que la de las regiones situadas más al norte, y que, por tanto, no constituye siempre una guía fiable respecto a los factores que afectaron más seriamente las fortunas de la casa gobernante en Menfis. Un examen general de la historia egipcia antigua (incluyendo los período posteriores no estudiados en este capítulo) sugiere la aparición de una dicotomía política en las épocas en las que no existió un gobierno centralizado y centralizador fuerte. En esos períodos, el país tendió a dividirse, en una primera fase, en dos partes: el delta y los siete u ocho nomos más septentrionales del Alto Egipto por un lado, y el resto del Alto Egipto (al sur de El-Minya o Asiut) por otro (véase Wainwright, 1927). El siguiente paso en el Norte era la sucesiva fragmentación en ciudades-estado para alcanzar finalmente un modelo ya conocido en otros lugares del Próximo Oriente antiguo, con lazos complejos y con una jerarquía de autoridad entre ellas que incluía una capital nominal en Menfis o en algún otro lugar del Norte. Sin embargo, la parte más meridional del Alto Egipto se mantenía con mayor facilidad como una unidad, gobernada desde un solo lugar cuya preeminencia recibía justificación a través de la teología, por lo cual se concedía una atención especial a un culto local, mientras que su divinidad ocupaba un lugar central en la teología de la monarquía divina. Los dioses Set y Horus representan el legado de los períodos prehistóricos cuando Nagada y Hieracómpolis fueron centros de importancia en el Alto Egipto. Tebas ocuparía ese lugar a partir de la Dinastía XI, convirtiéndose su templo en el centro de culto principal del Alto Egipto, mientras que su dios Amón/Amón-Re alcanzó una posición dominante en la teología de la monarquía. También Menfis desarrolló ese papel simbólico, justificado en la teología menfita, pero tuvo menos eficacia en el Norte en las épocas en que existió un gobierno central débil.

Este factor geográfico es útil como posible perspectiva global para impedir que las irregularidades en la conservación de los testimonios

tenga una excesiva influencia en el momento de escribir la historia. Pero de un período a otro es necesario introducir modificaciones a la luz de lo que sabemos respecto a las complejidades de situaciones que son únicas en cada período. Así, la efímera fragmentación del Alto Egipto bajo una serie de nomarcas durante la Dinastía VIII y, tal vez también, a comienzos de las Dinastías IX/X, fue un acontecimiento excepcional que ocurrió en una época en que en el Alto Egipto no había surgido un lugar con autoridad regional preeminente, al menos desde el Período Protodinástico. Este vacío fue llenado durante breve tiempo por Tebas. Luego, la Dinastía XIII parece haber podido continuar gobernando el Alto Egipto, incluida la Tebaida, en un momento en que la fragmentación del delta debía haber comenzado ya. Esta última posibilidad nos lleva a un interesante planteamiento (aunque carecemos totalmente de testimonios que lo confirmen): mientras que a finales del Imperio Antiguo fueron los gobernadores provinciales del Alto Egipto quienes comenzaron a competir por los recursos con la corte, en las postrimerías del Imperio Medio ese papel fue desempeñado por las nacientes ciudades-estado del delta. No parece ilógico pensar que la serie de reyes clientes que debieron gobernar en el Norte de Egipto durante la época de gobierno de los hicsos se integraron en un sistema que tenía ya una cierta tradición histórica y económica.

Las variaciones climáticas

No hay que pensar que la interacción de los factores políticos, económicos y sociales ocurrió en un contexto climático totalmente estable. Testimonios de muy diversa naturaleza han permitido afirmar que durante el Imperio Antiguo y el Imperio Medio se produjeron una serie de variaciones importantes, tanto en la precipitación estacional sobre Egipto como en los niveles de inundación del Nilo (ambos factores deben ser diferenciados cuidadosamente). Los testimonios proceden de interpretaciones de fuentes antiguas escritas y pictóricas o de las observaciones realizadas en zonas geográficamente marginales respecto al valle del Nilo en Egipto.

Las representaciones de la fauna y de los árboles del desierto que aparecen en las tumbas sugieren que a finales del Imperio Antiguo se había producido un importante deterioro en ambos aspectos,

sin duda por la existencia de una mayor aridez, aunque los testimonios han de ser considerados con toda cautela dados los cambios de temática y el carácter muy selectivo de las representaciones egipcias de su mundo. Los testimonios arqueológicos de las comunidades pastoriles y cazadoras en el desierto occidental, que hemos mencionado más arriba (pp. 155-156), son de una importancia fundamental, pero no contamos todavía con datos cronológicos fiables. Se considera que la aparición de la cultura del Grupo C en la Baja Nubia es una consecuencia del deterioro de las condiciones de vida en el desierto, pero la inmigración masiva de pueblos del desierto en el valle del Nilo, representada por el pueblo *Pan-grave* no ocurrió hasta una fecha muy posterior. No es fácil decir si los cambios ecológicos en los desiertos adyacentes tuvieron una consecuencia importante sobre la economía egipcia. En la zona meridional del Alto Egipto y en la Baja Nubia, la actividad más intensa desarrollada en los uadis durante el período *c.* 4000-3000 a.C. se explica, al parecer, por las lluvias invernales. Este fenómeno no ocurrió en los tiempos faraónicos (Butzer, 1975; Butzer y Hansen, 1968, cap. 3), y los testimonios con los que contamos apuntan a una creciente aridez en las primeras centurias de la historia egipcia.

Algo más al sur, la investigación cuidadosa de las relaciones entre la geología y los asentamientos del Neolítico final en la Nubia sudanesa (especialmente en Debeira Oeste y en Ashkeit) ha puesto de relieve la existencia de un declive importante en el nivel de las inundaciones del Nilo en los últimos tiempos prehistóricos (Butzer y Hansen, 1968, pp. 277-278; de Heinzelin, 1968). Hacia finales del cuarto milenio a.C., una serie de zonas del río quedaron totalmente al descubierto. Parece que esta fase de degradación terminó a comienzos del Período Dinástico, al comenzar nuevamente la deposición de limo, aunque a partir de entonces el Nilo fluyó siempre en una llanura aluvial algo más baja. De hecho, parece existir cierta correlación en el cinturón de precipitaciones monzónicas de verano de donde proceden las aguas del Nilo (Butzer, 1976, pp. 30-33; Grove, Street y Goudie, 1975). En relación con esto están los antiguos niveles de inundación del Nilo, registrados en la Piedra de Palermo, que parecen mostrar una disminución de los niveles medios de inundación de algo más de un metro durante la Dinastía I, mientras que se mantuvieron a partir de entonces hasta la Dinastía V, momento en que se interrumpen los registros (B. Bell, 1970). En El

Fayum, el máximo volumen (22-24 m por encima del nivel del mar) del lago Moeris parece haber persistido hasta el Imperio Antiguo, cubriendo la mayor parte de esta depresión (B. Bell, 1975; Said *et al.*, 1972 *a* y *b*). Pero a mediados de la Dinastía XII, el nivel del lago había descendido por debajo de los 18 m, tal vez incluso por debajo de los 15 m, permitiendo así que una extensión importante de tierras fuera cultivada. Sobre ellas se construyeron los templos de Medinet Maadi y Kiman Faris y los colosos de Biyahmu. Esta debió ser una consecuencia retardada del nivel descendiente de la inundación del Nilo, siendo el factor regulador fundamental la situación del canal de Hawara en un momento determinado, situación que todavía no está adecuadamente documentada. Esas nuevas tierras habrían constituido una aportación fundamental a los recursos agrícolas del valle del Nilo.

Del período que sigue al final del Imperio Antiguo procede un número muy importante de las referencias antiguas a las situaciones de hambre en el Alto Egipto, en algunos casos vinculadas explícitamente con los bajos niveles del Nilo. Por contraste, como se ha dicho en la p. 204, una serie de registros del nivel de inundación del Nilo en Nubia, que cubre el período transcurrido entre finales de la Dinastía XII y comienzos de la Dinastía XIII, documenta una serie intermitente de niveles elevados de inundación que en promedio se situarían 7,3 m por encima de los niveles actuales. Una estela de la Dinastía XIII procedente de Karnak registra la inundación del templo de Amón, pero dado que la posición cronológica del faraón mencionado no es segura, no se puede asegurar que esta inundación particular corresponda a la misma serie registrada en Semna.[76] Finalmente, hay que subrayar que una fuente totalmente diferente como las Admoniciones de Ipuur ha sido utilizada como testimonio no sólo de acontecimientos históricos sino también de desastres naturales, incluyendo la escasez y el hambre en el Bajo Nilo. Pero como hemos señalado anteriormente (pp. 101-103), su cronología y su natu-

76. Baines (1974, 1976), Habachi (1974). La práctica de registrar los niveles de inundación en Egipto de forma similar a como se hacía en Semna está atestiguada en un bloque con inscripciones encontrado en Naga ed-Deir y que está datado en el año 23 del reinado de Amenemes III (Robert H. Lowie Museum of Anthropology, 1966, p. 64). Vercoutter (1976 *a*) ha propuesto una sorprendente teoría alternativa en el sentido de que los niveles de inundación en Semna son prueba de que existía una antigua presa en Semna.

raleza están sujetas a interpretaciones tan diferentes, algunas de las cuales la apartan de la categoría de testimonio, que es peligroso utilizarla como fuente de los acontecimientos de un período determinado.

Inevitablemente, la sociedad humana es sensible a los cambios ecológicos, pero hay que conceder también un marco de adaptación y capacidad de superación de las calamidades y circunstancias adversas. En algunos textos de comienzos del Primer Período Intermedio la gran hambre no se presenta como un fenómeno que reduce al hombre a la situación de desamparo y desesperanza, sino como ilustración de la autoridad y capacidad del escritor para proporcionar alivio, en ocasiones sobre una zona muy extensa. Por lo que respecta a la cultura funeraria provincial en el Alto Egipto al sur de El Fayum, no se observan durante todo el período considerado en este capítulo más que rupturas de significación local, incluso cuando esas rupturas iban acompañadas de variaciones en el número de enterramientos. Por otra parte, el florecimiento de la cultura cortesana durante el Imperio Medio y el Imperio Nuevo constituye un signo de que los cambios que pudieron haber ocurrido en el medio ambiente (y en la sociedad) no tuvieron consecuencias negativas permanentes.

El único cambio climático importante que ha podido deducirse es la terminación del subpluvial neolítico a finales del Imperio Antiguo, lo que parece haber afectado a la fauna del desierto. Pero como hemos señalado más arriba, la inmigración de los pueblos *Pan-grave* tres o cuatro siglos después es un signo de que sus consecuencias fueron más duraderas o variables regionalmente. La afirmación «el desierto se muere de hambre» no procede de finales del Imperio Antiguo, sino de un pequeño grupo de medyau durante el reinado de Amenemes III (véase p. 171).

En el caso del río Nilo, una vez que tuvo lugar la modificación fundamental de la llanura aluvial en el Período Protodinástico, parece, a partir de los registros de períodos más recientes, que ocurrió una variación anual de algunos metros (3,8 m en los tiempos modernos) y cambios cíclicos globales de nivel y volumen, por lo general dentro de límites razonables, aunque ocasionalmente produjo efectos críticos en las comunidades de la llanura aluvial. Las inundaciones excesivas, aunque dañan las propiedades y los víveres almacenados, son menos graves, en sus consecuencias, que las inundaciones demasiado escasas, que ponen en peligro toda la base del sistema agrícola. Sin duda, los testimonios acerca de los períodos de hambre ocurridos

en el Primer Período Intermedio deben ser entendidos, por la fraseología utilizada, como resultado de una depresión extrema en el modelo cíclico de la variación del Nilo.

No podemos dejar de subrayar que la decadencia de la cultura oficial después de las Dinastías VI y XII se produjo en conexión con niveles anormales en el Nilo: niveles muy bajos, que produjeron situaciones de hambre a comienzos del Primer Período Intermedio, y niveles del Semna muy elevados. Aunque ninguno de esos dos fenómenos parece haber interferido de forma notable en el desarrollo de la cultura de Nubia, zona que debió sufrir más intensamente que Egipto los cambios ecológicos, no pueden ser ignorados si intentamos comprender los procesos históricos que se produjeron en estas épocas. Nos parece que la afirmación de que el declive de la corte fue una consecuencia directa e inevitable de los problemas ecológicos es una visión demasiado simplista de la sociedad. Las consecuencias más probables de estos últimos habrían sido las de ejercer una mayor presión sobre el equilibrio entre las diversas demandas de excedentes, especialmente si se produjeron además en un momento de disminución de la producción. Pero la forma en que esta situación de gravedad se resolvió dependió en gran manera de la fuerza relativa de los grupos en competencia. El hecho de que se produjera un período de debilidad de la monarquía tras esos dos períodos de anormalidades del Nilo puede constituir una prueba de la existencia de grupos de individuos ante los cuales el poder de los monarcas se veía obligado a ceder.

Capítulo 3

EL IMPERIO NUEVO Y EL TERCER PERÍODO INTERMEDIO, 1552-664 a.C.

Introducción

Cronología

Al igual que en el caso de los períodos anteriores, la historia de Egipto entre 1552 y 664 a.C. se divide convencionalmente en una serie de dinastías sucesivas y numeradas (cuadro 3.1). Éstas derivan de los posteriores «Epítomes» de la historia de Egipto de Manetón (de finales del siglo IV a.C.) y, por lo general, coinciden con rupturas, alteraciones o divisiones reales en la línea de la sucesión dinástica.

La cronología absoluta de estas dinastías ha sido reconstruida con un alto grado de fiabilidad. Es cierto que pueden postularse dos cronologías para las Dinastías XVIII a XX (1552-1069 a.C.) porque no sabemos con certeza si una serie de observaciones astronómicas fechadas dinásticamente —y que son vitales para la reconstrucción cronológica— se realizaron cerca de Menfis (cronología «alta») o cerca de Tebas (cronología «baja»). En conjunto, la cronología «baja» se ajusta mejor a los datos conocidos y es la que seguimos en el cuadro cronológico. Sin embargo, no tenemos datos, todavía, para afirmar de forma incuestionable que la cronología «alta» o la cronología «baja» sean correctas. Para el período transcurrido entre 945 y 330 a.C., existe un número creciente de sincronismos fiables, otra observación astronómica fechada y algunas dinastías extraordinariamente bien documentadas desde el punto de vista cronológico (XXVI y XXVII) y el grado de desacuerdo entre los especialistas es,

por tanto, mucho menor. De hecho, los desacuerdos respecto a la cronología absoluta para el conjunto del período 1552-664 son realmente escasos; los acontecimientos significativos en el interior de Egipto y el siempre cambiante modelo de sus contactos con otras áreas puede tratarse con considerable —si no total— precisión.

La cronología absoluta egipcia será de enorme importancia para el sistema del radiocarbono y otros sistemas de datación en la reconstrucción de la historia antigua del nordeste y este de África en su conjunto. Los contactos egipcios con estas regiones fueron muy exten-

CUADRO 3.1.

Nombres y años de reinado de los faraones egipcios entre 1552 y 664 a. C.

Imperio Nuevo

Dinastía XVIII	Años de reinado
Amosis	1552-1527
Amenofis I	1527-1506
Tutmosis I	1506-1494
Tutmosis II	1494-1490
Hatshepsut	1490-1468
Tutmosis III	1490-1436
Amenofis II	1438-1412
Tutmosis IV	1412-1402
Amenofis III	1402-1364
Amenofis IV / Ajenatón	1364-1347
Esmenjkare	1351-1348
Tutankhamón	1347-1337
Ay	1337-1333
Horemheb	1333-1305

Dinastía XIX	Años de reinado
Rameses I	1305-1303
Setos I	1305-1289
Rameses II	1289-1224
Mineptah	1224-1204
Amenmeses	1204-1200
Setos II	1200-1194
Siptah	1194-1188
Tausert	1194-1186

Dinastía XX	
Setnajt	1186-1184
Rameses III	1184-1153
Rameses IV	1153-1146
Rameses V	1146-1142
Rameses VI	1142-1135
Rameses VII	1135-1129
Rameses VIII	1129-1127
Rameses IX	1127-1109
Rameses X	1109-1099
Rameses XI	1099-1069

Tercer Período Intermedio

Dinastía XXI	
Esmendes I	1069-1043
Amenemnisu	1043-1039
Psusenes I	1039-991
Amenemope	993-984
Osocor	984-978
Siamún	978-959
Psusenes II	959-945

Dinastía XXII	
Sesonquis I	945-924
Osorcón I	924-889
Sesonquis II	*c.* 890
Tacelotis I	889-874
Osorcón II	874-850
Tacelotis II	850-825
Sesonquis III	825-773
Pimay	773-767
Sesonquis V	767-730
Osorcón IV	730-715

Dinastía XXIII	
Petubastis I	818-793
Iuput I	804-783
Sesonquis IV	783-777
Osorcón III	777-749
Tacelotis III	754-734
Rudamun	734-731
Iuput II	731-720
Sesonquis VI	720-715

Dinastía XXIV	
Tecnactis	727-720
Bocoris	720-715

Dinastía XXV (Cushita)	
Alara	*c.* 780-760
Kashta	*c.* 760-747
Peye	747-716
Sabacón	716-702
Shabataka	702-690
Taharqa	690-664
Tanutamón	664-656

sos (véanse pp. 313-344); la cronología absoluta de las culturas nubias, relativamente bien conocidas, se basa en los contactos egipcios fechados y, cuando se conozcan mejor las culturas indígenas de Opone y de Libia, el contacto egipcio resultará de importancia cronológica para su estudio. Además, todo hace pensar que se demostrará que las culturas de las áreas de contacto tuvieron interconexiones con otras culturas africanas más remotas y todavía desconocidas que de esta forma quedarán vinculadas indirectamente a la cronología egipcia.

El radiocarbono, la termoluminiscencia y otros sistemas de datación similares (con sus márgenes de error todavía considerables y, tal vez, insuperables) no pueden realizar contribuciones significativas

a la cronología dinástica egipcia. Sin embargo, tienen una enorme importancia para la cronología absoluta de los datos arqueológicos egipcios, por ejemplo, para establecer las fechas de muchas estructuras, estratos de ocupación y tumbas asociadas con núcleos en Egipto o con asentamientos egipcios en el exterior, y para la localización temporal de los tipos y técnicas específicos de utensilios egipcios de todo tipo. Los cambios políticos, sociales y económicos en el interior de Egipto y la cronología y naturaleza de sus contactos exteriores siempre cambiantes se reflejan con toda intensidad en los datos arqueológicos, que, a menudo, revelan aspectos de estos fenómenos históricos que las fuentes escritas nunca reflejaron o no preservan en este momento.

Los datos

Durante el período 1552-664 a.C., Egipto generó una gran masa de datos muy variados, susceptibles de ser analizados por los historiadores. Desde el punto de vista arqueológico, existe una gran variedad de tipos de asentamiento, entre ellos complejos urbanos de gran extensión, palacios y fortalezas, así como aldeas más reducidas, rurales o más especializadas. Abundaban los templos de diferentes tamaños, ya sea como parte de unidades más amplias o como centros de los núcleos habitados. Por otra parte, los muertos de todos los estratos sociales eran enterrados en cementerios. En cierta forma, estos tipos de datos arqueológicos coinciden. Un amplio espectro de estratos socioeconómicos y de profesiones se reflejan en los restos de las ciudades de mayor tamaño; los palacios y los templos presentan similitudes significativas en su apariencia y función y los cementerios han dado a la luz numerosas capillas con los muros decorados en los que se describen tipos sociales y ocupaciones características de la población, así como un gran número de utensilios para uso diario o de carácter exclusivamente funerario. No obstante, pese a esa coincidencia, la complejidad y la historia egipcias no pueden apreciarse completamente sin una serie de muestras completamente representativas de todos los tipos de datos arqueológicos.

Por lo que respecta a los textos, aparentemente abundantes, es necesario realizar una distinción importante entre material de *archivo* y textos *monumentales*. Los textos de archivo, por lo general sobre

frágiles papiros o pequeños *ostraca* (fragmentos de cerámica o de piedra caliza) incluyen los diferentes documentos del gobierno a todos los niveles (por ejemplo, informes oficiales, procedimientos judiciales, registros de tierras) y las ingentes cantidades de cartas, contratos y testamentos producidos por la población en su conjunto. Un tipo de textos relacionados con los anteriores, pero más especializados, fueron las obras literarias, material religioso, documentos matemáticos y médicos, etc. Los textos monumentales son aquellos que aparecen grabados o pintados en los muros de los templos y tumbas o sobre diversos objetos realizados para esos centros, como estatuas, mesas de ofrenda y sarcófagos.

El carácter complementario de los dos conjuntos fundamentales de textos es esencial para la reconstrucción de la historia egipcia. Pese a la inclusión frecuente y útil de información histórica y biográfica, el objetivo fundamental de la mayor parte de los textos monumentales es de carácter religioso. No se ocupan de los detalles del gobierno civil y religioso ni del funcionamiento de las relaciones sociales (aspecto profusamente ilustrado en los papiros y *ostraca*). Dirigidos fundamentalmente a los dioses, los textos monumentales constituyen una versión sumamente idealizada de la historia y la vida egipcias.

Era creencia de los egipcios que tanto la apariencia formal como el carácter esencial de su sistema político, social y económico habían sido fijados con anterioridad por un dios creador eterno. El tejido de relaciones que vinculaba a los miembros de la comunidad egipcia entre sí y con las unidades políticas y culturales del exterior era parte de un orden del mundo inmutable (véanse pp. 247-249). Este idealismo que domina en los textos monumentales tiene una gran importancia histórica, ya que la constante interacción entre lo ideal y lo real, entre la ideología y la práctica, era un elemento importante en la toma de decisiones políticas y en las relaciones políticas y sociales. Sin embargo, para no ofender a los dioses, una serie de acontecimientos y prácticas importantes, pero equivocados, debían ser ignorados o había que hacer referencia a ellos en términos ambiguos. La mayor parte de las veces debemos deducirlos a partir de diversos cambios en el esquema de la actividad política o ritual, combinaciones poco habituales de títulos y cargos o por la profanación de monumentos reales y privados, y sólo se revelan de forma detallada en los documentos oficiales.

Así pues, cualquier acto político o religioso significativo —conservador, reformador o innovador— se presentaba invariablemente ante los dioses como un acto que encajaba dentro del orden universal tradicional. Ajenatón, innovador religioso, afirmaba «sustentarse en Maat» (Wilson, 1969, p. 370), la personificación antigua de ese orden (pp. 247-249), pero su sucesor, Tutankhamón, abolió esa innovación afirmando que «Maat está establecida, hace que la falsedad sea la abominación de la tierra, como en los primeros tiempos (de la tierra)» (Bennett, 1939). El nombre de Ajenatón no aparece en los textos monumentales subsiguientes, pero su posición real en tiempos posteriores aparece expresada sin ambigüedad en los documentos oficiales, en los que era necesario referirse a él a efectos de datación. En ellos se le identifica como «el enemigo» (Gardiner, 1905 pp. 11, 23). Las ofensas contra Maat, a las que muchas veces se hace referencia en los documentos oficiales, eran ignoradas en los textos monumentales. Un intento de asesinato de Rameses III es descrito con todo detalle en los papiros que recogen la marcha del proceso judicial a que dio lugar, pero no se menciona en los extensos textos de sus templos o su tumba.

Dada la riqueza y variedad potencial de los datos y su carácter fundamentalmente complementario, es desalentador comprobar el desequilibrio que existe respecto a los diferentes tipos de documentos de que dispone el investigador moderno. En efecto, la información procedente de los textos y hallazgos arqueológicos, inevitablemente sesgados, procedentes de los tempos y cementerios es muy superior a la que ofrecen los restos de los asentamientos y los textos oficiales.

Varios factores pueden explicar este desequilibrio, siendo los culturales los menos importantes. Ciertamente, de los períodos de inestabilidad política y depresión económica (especialmente el Tercer Período Intermedio) han quedado menos construcciones monumentales y tumbas elaboradas, y las costumbres pueden variar de forma importante. Por ejemplo, las escenas de la vida diaria en las paredes de la tumba y el almacenamiento funerario de utensilios de uso secular son mucho menos frecuentes después del Imperio Nuevo. No obstante, la actividad constructora fue intensa en aldeas y ciudades durante todo el período, generándose una importante cantidad de documentos oficiales.

La conservación es un factor más crítico. Por toda la geografía

la mayor parte de los palacios y edificios de ladrillos de barro con sus documentos oficiales y otros textos de valor incalculable, se hallaban situados en la llanura aluvial del Nilo, así como la mayor parte de los cementerios del delta. En consecuencia, se hallaban particularmente expuestos a sufrir daños como consecuencia de la inundación anual, de la elevación de la llanura y del nivel de las aguas y de las actividades de una densa población rural. En cambio, muchos templos del Imperio Nuevo y de época posterior eran de piedra y, no importa dónde estuvieran situados, han sobrevivido prácticamente intactos o, cuando menos, han ofrecido numerosas inscripciones. Además, en el Egipto Medio y Alto, los cementerios se situaban, por lo general, en la zona inferior del desierto o en los acantilados de los valles que flanqueaban la llanura aluvial, y aparte de los daños sufridos como consecuencia de los saqueos, se han conservado relativamente bien.

Sin embargo, lo más importante es la exploración y la recuperación sistemática, pues sin ellas no podemos estimar hasta qué punto se ha perdido irremisiblemente la información como consecuencia de los daños sufridos. Por razones de intereses tradicionales y de conveniencia, los egiptólogos han tendido a centrar sus estudios en el material procedente de los cementerios del Alto y Medio Egipto y de los templos. Son muy pocos los núcleos de habitación de cualquier período que han sido excavados, a pesar de que existen en gran número, y tanto los trabajos anteriores como los más recientes han puesto en evidencia que, por lo general, los yacimientos del delta se hallan mejor conservados de lo que podía esperarse. Además, determinadas zonas y, hasta cierto punto, determinados períodos han sido tradicionalmente centro de interés de los especialistas, fundamentalmente los cementerios de Menfis y Tebas y los centros de este último lugar en el Imperio Nuevo. En consecuencia, el conocimiento que poseemos acerca de la historia de las provincias es sumamente fragmentario y muchos núcleos importantes de la zona del delta, que fue una zona de especial importancia después del Imperio Nuevo, no han sido adecuadamente explorados.

La insuficiencia de datos explica el carácter inevitablemente hipotético o provisional de muchas conclusiones acerca de acontecimientos específicos o esquemas generales de la historia egipcia y acentúa los problemas de interpretación histórica, consecuencia de los supuestos y valores de los historiadores. Por ejemplo, un especia-

lista subraya el «poder absoluto» de los faraones de la Dinastía XVIII a todos los niveles, mientras que otro asegura que «delegaron en otros (su) autoridad religiosa (y militar)» (compárese Hayes, 1973, p. 313, con Wilson, 1974, p. 401). La usurpación de monumentos y una referencia contemporánea en documentos oficiales a un conflicto durante la Dinastía XX, hacen pensar a un historiador que se produjo una guerra civil, con sus implicaciones políticas y sociales, mientras que otro cree que se trata de una actividad normal y de un «oscuro conflicto local» (compárese Černý, 1975, pp. 612-613, con Kitchen, 1972).

La visión del mundo de la sociedad egipcia, 1552-664 a. C.

La visión del mundo de una sociedad se define aquí como un conjunto de conceptos que sustentan la mayor parte de sus miembros acerca de las esferas natural, humana y sobrenatural de las que forma parte una sociedad, y asimismo, sobre las interrelaciones que vinculan esas diferentes esferas hasta formar un todo coherente e inteligible. En este sentido, una visión del mundo no es una abstracción intelectual, sino más bien un fenómeno importante desde el punto de vista histórico que desempeña un papel de primera magnitud en la definición de la vida política, social y económica de la sociedad. Dado que el pensamiento, las actitudes y los actos de los egipcios estuvieron dominados durante todo el período que analizamos por una visión del mundo específica e identificable, la discusión preliminar de este aspecto permitirá comprender mejor cuanto afirmemos más adelante y evitará un comentario repetitivo.

En primer lugar, podemos afirmar que durante todo el período 1552-664 a.C. no se produjeron cambios de importancia en los fundamentos de la visión egipcia del mundo, aunque sí varió el énfasis sobre uno u otro aspecto, especialmente en el Tercer Período Intermedio. Por otra parte, la visión del mundo que describiremos en los párrafos subsiguientes era compartida por todos los estratos de la sociedad, aunque con grados inevitablemente diferentes de sofisticación.

Varios factores fundamentales contribuyeron a la formación, conservación y penetración de la visión del mundo egipcio en todo el tejido social. La tradición fue un factor de extraordinaria importancia.

A partir del Imperio Nuevo, Egipto gozó de una inquebrantable unidad lingüística y cultural con su pasado, accesible a través de elementos textuales e iconográficos ricos e inteligibles, y la visión del mundo de los períodos anteriores siguió siendo un modelo de enorme fuerza para el pensamiento y la acción contemporáneos. Su fuerza derivaba de las características creencias religiosas egipcias. A través de su actividad ritual y social, los hombres desempeñaban un papel fundamental en la continuidad y supervivencia de un orden universal ideal —*maat* (p. 248)— establecido por un dios creador anterior. En consecuencia, se estimulaba la conformidad con los modelos políticos y religiosos precedentes y las innovaciones —si pretendían implantarse con éxito— debían adaptar pero no variar radicalmente la estructura formal sancionada de forma sobrenatural.

Así pues, la influencia de la visión del mundo anterior no era fruto únicamente de un proceso inconsciente de transmisión cultural. Por el contrario, se intentaba utilizar los preceptos y las creencias antiguas como guía para la política y el comportamiento presente, mientras que en el Tercer Período Intermedio comenzaron a aparecer también copias y adaptaciones de otros intentos anteriores de presentar la visión del mundo egipcio en términos visuales, en pinturas, relieves, estatuaria e, incluso, arquitectura. El arcaísmo era en parte un estilo y en parte material propagandístico, pero era también un proceso de significación ritual y religiosa. Cuando se producían cambios importantes en las circunstancias históricas, su efecto era el de *reforzar* la visión del mundo tradicional. Ello se debía, en parte, a la característica de esos cambios (pp. 244-246), pero también a la flexibilidad inherente de la visión del mundo y a la fuerza sobrenatural que representaba. Los egipcios creían que al repetir formulaciones antiguas de la visión primitiva del mundo, reviviendo los nombres de faraones e individuos famosos, y al copiar el estilo y el contenido de las formas artísticas precedentes, creaban canales a través de los cuales fluía hacia el presente la fuerza sobrenatural del pasado, asegurando el éxito de las actitudes que se pretendían emular.

De especial importancia para la perseveración de una visión del mundo a través del tiempo era la comunidad básica en el medio ambiente natural y humano. No se producían grandes cambios climáticos, aunque las variaciones periódicas en el volumen de la inundación anual tenían repercusiones económicas. La flora y la fauna

permanecieron sin variaciones substanciales durante todo el período, a excepción de la introducción del caballo desde Asia (*c.* 1600 a.C.), innovación que tuvo una gran importancia para la guerra y las comunicaciones (dio lugar a la aparición de los carros y, tal vez, ya hacia 930 a.C., de la caballería).

Otro factor importante fue el tamaño, la densidad y la homogeneidad etnolingüística de la población. Ciertamente, la población fluctuó, como ocurrió en los tiempos medievales o en la historia reciente, aunque sus parámetros generales vienen indicados por una estimación de una población de 2.900.000 a 4.500.000 habitantes a finales del Imperio Nuevo, y por referencias explícitas a un total de 7.000.000-7.500.000 durante el Egipto helenístico y romano. No parece posible que esas dos últimas cifras se alcanzaran en la época prehelenística. Si aceptamos que se cultivaban unos seis millones de aruras (aproximadamente 1.500.000 ha) en la época prehelenística, la densidad media de la población era bastante elevada y, de hecho, era todavía mayor en las regiones más fértiles y «urbanizadas» (pp. 267-268). Durante todo el período de 1.200 años la sociedad egipcia absorbió grupos importantes de extranjeros, aunque nunca aparecieron en grupos excesivamente numerosos, y a pesar de la preeminencia «oficial» del arameo en la época de dominio persa, la lengua egipcia y sus característicos sistemas de escritura sobrevivieron mucho más allá del período que estamos considerando.

En definitiva, pues, la población constituía un recurso básico fuerte y concentrado, aunque no era tan numerosa como para plantear problemas administrativos y sociales sin precedentes en épocas anteriores. Fundamentalmente sedentaria y agrícola, fue siempre sumisa al control centralizado y su densidad creó un marco favorable para la comunicación de ideas y actitudes, tanto desde el punto de vista geográfico como a través de los diversos estratos socioeconómicos. El conjunto de interacciones y conflictos era similar al que existía en períodos anteriores y, por tanto, no exigió un cambio fundamental en las actitudes o en la política gubernamental.

El sistema gubernamental poseía una gran autoridad debido a su antigüedad y a sus implicaciones sobrenaturales. Resultaba adecuado para hacer frente a las necesidades sociales y económicas de la población y era experto en reforzar y enaltecer su propio poder político. La forma de ese gobierno era una monarquía única casi divina, cuya aceptación por parte de los egipcios es evidente por su preser-

vación durante todo el período y posteriormente. Es cierto que su desintegración parcial en el Tercer Período Intermedio (pp. 291 ss.) introdujo una variación en el sentido de que en ese momento y en la Baja Época se ve minimizada la iniciativa política personal del faraón en los registros monumentales (p. 235), subrayándose su papel como «instrumento de los dioses» (Otto, 1954). Ahora bien, el faraón siguió siendo potencialmente —y la mayor parte de las veces también en la realidad— la figura más poderosa del gobierno. La fuerte centralización, conjugada con el concepto totalizador de las funciones del gobierno, impulsó el mantenimiento de una estructura jerárquica y departamentalizada.

Las funciones del gobierno, tal como las concebían los egipcios, se mencionan explícitamente en diversos textos y se deducen implícitamente de su sistema de actuación. En todo momento fue de la mayor importancia una función religiosa que reflejaba la base sobrenatural del sistema gubernamental, la garantía de atención ritual y beneficios económicos a los «padres de los faraones, todos los dioses, con la intención de aplacarlos haciendo lo que desean sus kas [espíritus], para que puedan proteger [a Egipto]» (Bennett, 1939).

En el exterior, el gobierno debía conservar la integridad territorial de Egipto y, bajo los auspicios de los dioses, extender sus fronteras. En el interior, sus funciones eran más variadas. Entre ellas se incluía el desarrollo de la economía agrícola, de la que dependía la capacidad de Egipto para producir el excedente necesario que pudiera soportar la superestructura gubernamental. Otra de las funciones era el desarrollo y mantenimiento de los mecanismos reguladores y arbitrales que debían controlar la entropía que amenaza a cualquier sociedad.

La necesidad de alcanzar la seguridad cívica e individual fue causa de que en todo momento se subrayara la necesidad de conseguir una administración eficaz, imparcial e incorruptible. Estas máximas aparecen a lo largo de todo el período, pero se resumen de la forma más concisa en las instrucciones verbales formularias de los faraones en el Imperio Nuevo durante los nombramientos de sus visires (p. 262). Toda la burocracia debía cumplir la «ley» y el «reglamento», «pues lo que se requiere es que se haga justicia por orden del visir ... [pues] él ha sido su legítimo custodio desde [la época del] dios [creador]» (Faulkner, 1955). La pervivencia de este ideal como un elemento integral de la visión egipcia del mundo es más impor-

CUADRO 3.2.

Pequeños propietarios registrados en el Papiro Wilbour

Tamaño de la parcela en aruras	Sacerdotes, %	Ciudadanas, %	Soldados, %	Encargados de los establos %	Pastores, %
2	2,91	2,63	—	—	—
3	16,50	23,16	93,22	2,89	—
5	62,14	59,47	5,08	92,13	80,67
10	17,48	10,53	1,69	3,94	13,45
20	0,97	4,21	—	1,05	5,88
Total cada profesión	103	190	236	119	381

FUENTES: Véase pp. 284-285 y Helck (1961), p. 260.

tante que sus frecuentes transgresiones, pues refleja el consenso nacional, sin el cual ningún sistema de gobierno puede perdurar largo tiempo. No podemos plantear como un absoluto la cuestión de «si esos ideales eran obligaciones o mera fachada» (Helck, 1958, p. 543) y sugerir una dicotomía entre el ideal y las motivaciones reales en la actuación del gobierno, pues esas motivaciones eran complejas, y estaban teñidas tanto de interés como de altruismo.

Las divisiones fundamentales de la sociedad cuya visión del mundo estamos analizando eran las divisiones verticales de las profesiones —esta forma de clasificación social era un lugar común burocrático— y, en sentido horizontal, las grandes divisiones socioeconómicas. La persistencia y naturaleza de las actividades fundamentales de la población se pone de relieve al comparar las que se mencionan en un registro de ingresos de 1143 a.C. (el papiro Wilbour) con las que enumera el historiador Heródoto unos 700 años después. El primer documento nos da a conocer un sector típico de la sociedad contemporánea, un grupo reducido de funcionarios ricos y de alto rango y un grupo mucho más numeroso de escribas (es decir, burócratas), sacerdotes, soldados (colonos militares), mozos de cuadra (encargados del cuidado de los caballos utilizados en los carros), «ciudadanas», agricultores y pastores. Los artesanos eran otro grupo importante, no frecuente en este documento concreto porque sus

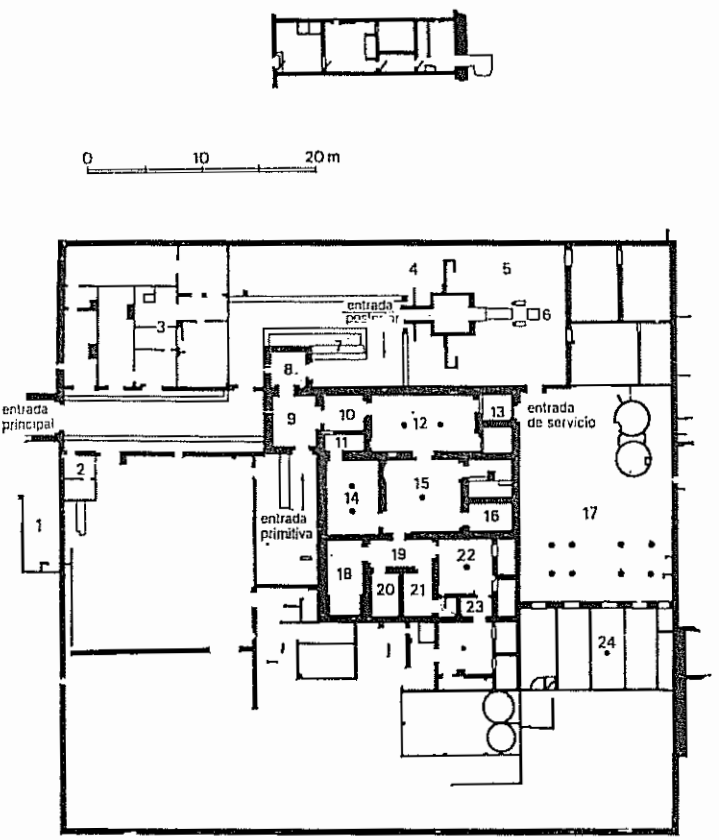


FIGURA 3.1

Planos de una villa de un noble en Tell el-Amarna y de la casa de un artesano en Deir el-Medina. Ambas del Imperio Nuevo

1. Dependencia para los carros
2. Portero
3. Dependencias de los sirvientes
4. La capilla
5. Jardín de la capilla
6. Altares
7. Arriate
8. Porche de época posterior
9. Porche primitivo
10. Vestíbulo
11. Almacén
12. Logia Norte
13. Ante (*sic*)
14. Logia Occidental
15. Sala central
16. Almacén
17. Patio de la cocina
18. Dormitorio del dueño
19. Vestíbulo
20. Habitación de invitados.
21. Sala de los ungimientos
22. Sala de estar interior
23. Ante
24. Almacenes

ingresos no procedían directamente de la tierra sino como pago por sus productos o como alimentos entregados por el gobierno. Posteriormente, Heródoto (II, 164), afirma que las profesiones fundamentales son las de «sacerdotes, guerreros, vaqueros, porqueros, comerciantes, intérpretes y pilotos»; la omisión a destacar en este caso es la de «agricultores».

El papiro Wilbour es uno de los escasos documentos que nos proporciona información específica sobre el gran abanico de recursos económicos de que disponía la sociedad egipcia (cuadro 3.2), mientras que las divisiones socioeconómicas más amplias se reflejan fuertemente en los textos y en los datos arqueológicos (fig. 3.1). La élite —la dinastía real en su sentido más completo (pp. 260-263) y los funcionarios de mayor rango del gobierno— gozaban de un *status* elevado, sustanciales beneficios económicos y un considerable potencial para realizar una actividad importante dentro de los límites del sistema político tradicional. Menos importante desde el punto de vista social y económico (excepto en los períodos de fragmentación social y política) era la nobleza provincial, basada también en el servicio al gobierno, pero, tal vez, con mayor seguridad en la posesión hereditaria de sus cargos. Un grupo de burócratas menores, sacerdotes, oficiales militares, ricos agricultores y artesanos detentaban probablemente una posición socioeconómica intermedia lo bastante homogénea como para poder calificarlos como «clase media», mientras que la «clase baja», con mucho el segmento más amplio de la población, mostraba una gran diversidad profesional (soldados, funcionarios de segunda fila y sacerdotes, arrendatarios, campesinos, cuyo *status* era virtualmente el de siervos) mientras que sus ingresos y su calidad de vida eran también muy variados.

La influencia política de las clases media y baja era extraordinariamente limitada y se manifestaba sobre todo en las épocas de desorden y desunión general. Sin embargo, su importancia política indirecta era considerable. La élite, aunque explotaba al resto de la población, era consciente de la necesidad de proveer determinados servicios básicos y de reconocer derechos concretos para asegurar la estabilidad social. Los dioses sancionaban explícitamente la atención a los problemas de los menos favorecidos y el gobierno comprendía la importancia tanto de la apariencia como de la realidad de un comportamiento correcto. «En cuanto al magistrado que juzga en público —subrayaban las Instrucciones al visir (p. 241)—, el viento y el

agua informan de todo cuanto hace» (Faulkner, 1955). La corrección periódica de los abusos está documentada y las biografías de los funcionarios hacen referencia con frecuencia a su ayuda a los desheredados. Ciertamente, los graves problemas del Tercer Período Intermedio, que tanto perturbaron a la sociedad, parecen haber acentuado este aspecto de la visión egipcia del mundo. Desde entonces, los funcionarios comenzaron a pensar que el cumplimiento ético de sus obligaciones tenía un valor intrínseco, diferente del valor utilitario de conseguir que resultaran aceptables para los dioses de la otra vida.

Otra importante continuidad era la actitud egipcia con respecto a los extranjeros. Al comenzar el Imperio Nuevo, los largos siglos de triunfales actividades militares y comerciales semimilitares en las regiones vecinas habían hecho que se impusiera la imagen de Egipto como un grupo superior desde el punto de vista cultural, cuyas actividades en el exterior eran impulsadas por sus dioses. Pese al quebranto producido por la invasión de los hicsos (véase capítulo 2), esa imagen se vio reforzada por el éxito general de la política expansionista del Imperio Nuevo y por el hecho de que no apareciera en las zonas adyacentes ninguna unidad política de fuerza comparable (excepto, posteriormente, en el Sur, en Cush). Posteriormente, este concepto de la naturaleza de la relación adecuada entre Egipto y los estados extranjeros tuvo que ser ajustado al presentarse una serie de graves vicisitudes, pero esto se produjo sin que cambiara su naturaleza fundamental. Los libios y los cushitas, que invadieron e infiltraron Egipto en épocas diferentes a partir de las postrimerías del Imperio Nuevo, experimentaron un proceso parcial, pero cada vez más intenso, de aculturación y, aunque el conflicto posterior con las «superpotencias» más poderosas que Egipto (Asiria, Babilonia y Persia) fue perturbador desde el punto de vista psicológico, los diferentes períodos de ocupación extranjera no alteraron substancialmente la estructura gubernamental y social tradicional ni la ideología religiosa que la soportaba. Un poderoso factor que contribuyó a mantener el sentimiento de superioridad egipcia fue su validez sobrenatural, que hizo que los reveses en el exterior, aunque graves, fueran menos incidentes en un drama cósmico en el que Egipto y sus dioses saldrían finalmente triunfadores. Las guerras míticas y las guerras reales se hallaban inextricablemente unidas; el estado, personificado por el rey, ayudaba a los dioses en su lucha siempre implícitamente triun-

fal contra los enemigos sobrenaturales y el desorden, mientras que los dioses prometían al Estado la victoria final sobre sus enemigos exteriores, que eran parte de ese caos amenazador.

Los cambios producidos en las circunstancias históricas externas e internas fueron tan importantes que hacia las postrimerías de la Baja Época se había producido una variación fundamental en la visión egipcia del mundo. Según esta interpretación, la Baja Época de Egipto se vio afectada por una *Janusgesicht* (cabeza de Jano) (Kienitz, 1967), una esquizofrenia nacional característica de una cultura en un avanzado estado de decadencia. El arcaísmo habría constituido un esfuerzo deliberado por borrar los recuerdos del Tercer Período Intermedio; la sociedad era estática y rígida; una tensión extrema era producida por el contraste entre los conceptos tradicionales de las relaciones exteriores y los reveses sufridos por Egipto en el exterior. Además, las creencias y prácticas religiosas tradicionales, a menudo sin sentido, estaban en desacuerdo con una fuerte creencia —si bien en gran parte subterránea— en un comportamiento basado en la ética. Cuando menos parcialmente, «esta cultura estaba muriendo desde el interior» (Otto, 1951).

No obstante, desde nuestro punto de vista el Tercer Período Intermedio y la Baja Época representan un conjunto de respuestas complejas y sutiles, a unas circunstancias muy diferentes, por parte de un sistema político e ideológico flexible, pero no constituye una reestructuración o desintegración interna fundamental. Egipto no tenía motivos para sentirse en decadencia (y al parecer, no se sentía así); pese a los períodos de ocupación exterior, siguió siendo un país relativamente próspero durante la mayor parte de la Baja Época y obtuvo numerosos éxitos en su política exterior. Finalmente, se eclipsó ante la innovadora maquinaria militar de los macedonios (323 a.C.), pero fue lo mismo que les ocurrió a otras potencias del Próximo Oriente. Y si la resistencia nacional ante los Ptolomeos macedonios tuvo menos éxito que la que opusieron a los persas (343 a.C.), ello se debió en parte a las actitudes diferentes de los nuevos conquistadores, que estaban más de acuerdo con la visión del mundo tradicional de los egipcios. Los Ptolomeos consideraron a Egipto como su núcleo territorial central, y no como una provincia; explotaron en su propio beneficio las creencias religiosas tradicionales e impulsaron —parcialmente con éxito cuando menos— la sim-

biosis grecoegipcia que suavizó los problemas de la heterogeneidad cultural interna.

La penetración de la visión egipcia del mundo por toda la trama del tejido social —con los diferentes grados de sofisticación que cabe esperar en una sociedad en la que tienen cabida desde una corte y una burocracia ilustradas hasta una masa de campesinos analfabetos de estrechos horizontes— se debió a diferentes factores. El Estado favoreció la aceptación de una visión del mundo en la que el sistema político existente ocupaba un lugar fundamental y la visión del mundo de la élite mantuvo un contacto permanente con las actitudes y necesidades permanentes de la sociedad egipcia como un todo. Otro importante agente mediador fue la clase media, en la que existía una cierta movilidad social y que estaba vinculada tanto a la élite como a las clases inferiores. Otro tanto cabe decir de las categorías profesionales, que constituyeron importantes cadenas de contacto y comunicación entre las tres clases.

Importante fue también la profunda implicación del gobierno y de todos los segmentos de la población en la vida agrícola y en los valores, prioridades y actividades religiosas asociadas con ella de forma natural. En su mayor parte, la actividad administrativa se centraba en el desarrollo y explotación de la economía agrícola; en buena medida, la actividad religiosa oficial y privada iba dirigida a asegurar la fertilidad agrícola; y la tierra y sus productos eran las fuentes principales de riqueza y *status*. La élite detentaba importantes propiedades agrícolas y apreciaba sinceramente los atractivos de la vida rural, mientras que el urbanismo nunca llegó a ser lo suficientemente fuerte como para generar una clara dicotomía entre la ciudad y la vida rural.

Finalmente, una poderosa fuente de la tenacidad y omnipresencia de la visión del mundo fue el sistema religioso y sus mitos y rituales característicos, compartidos por todas las clases sociales. Los especialistas modernos adoptan posiciones diferentes ante las ricas complejidades de la religión egipcia. Algunos la han descrito como «vasta acumulación de estupideces mitológicas» (Gardiner, 1961), mientras que otros han hablado de «un pensamiento creativo y siempre en desarrollo de un politeísmo inteligente», susceptible de un «sincretismo sutil y profundo» (Redford, 1976). Esta última actitud parece más acertada desde el punto de vista histórico, en cuanto que reconoce la utilidad y flexibilidad del sistema. Ciertamente, es imposible

comprender el desarrollo de la historia egipcia sin una referencia constante a las intrincadas interrelaciones entre la vida religiosa y la vida secular.

De gran importancia histórica fue el concepto de *maat* —la ordenación adecuada del universo y de los asuntos humanos—, un esfuerzo por resumir la visión egipcia del mundo en una forma coherente y mítica. El concepto de *maat,* acuñado varias centurias antes de que comenzara el Imperio Nuevo, era una cristalización de una miríada de ideas religiosas y seculares y su continuidad dependía de la continuidad de estas últimas; no obstante, su misma existencia como expresión formal de las creencias egipcias contribuyó a perpetuar las ideas y actitudes en las que se basaba.

La expresión más diáfana del significado de *maat* la hallamos en diversos mitos de la creación. La identidad del dios creador y el mecanismo de creación varían (compárese la masturbación de Atum con los actos intelectuales y emocionales de Ptah), pero el tema básico es el mismo: un único dios creador emerge del caos primordial, pone en funcionamiento el proceso creativo configurando otros dioses, da forma al universo con los ritmos astronómicos y estacionales y con las circunstancias geográficas características del medio ambiente egipcio y, finalmente, establece las bases de la vida social y de la organización tecnológica tal como eran entendidas por los egipcios.

> (Así la justicia fue otorgada a) aquel que hace lo que es apreciado (y la injusticia a) aquel que hace lo que no agrada. Así fue otorgada la vida a quien posee la paz y se dio la muerte a quien está en pecado. Así se hicieron todos los trabajos y todos los oficios, el movimiento de las piernas y la actividad de todos los miembros. (Ptah) había formado los dioses, había hecho las ciudades, había fundado los nomos (provincias), había colocado a los dioses en sus santuarios ... (Wilson, 1969, p. 5).

La visión del mundo expresada por medio de los mitos no era una visión autocomplaciente. Los egipcios poseían una clara conciencia de la tensión y los conflictos que amenazaban la estabilidad política y social y de las vicisitudes en el medio natural que podían crear graves perturbaciones personales o nacionales. Esos miedos se extendían al mundo sobrenatural, encarnados en una serie de figuras ambigua o claramente malévolas, y más concretamente en Set, un poderoso dios asociado con el desorden, la esterilidad, la aberración

sexual, el desierto y el trueno; los egipcios se sentían profundamente implicados en los constantes esfuerzos de los dioses por evitar el caos amenazador. Sin embargo, consideraban que las fuerzas del desorden estaban controladas por el dios creador; «Re-Haractes (rey de los dioses) dice: "que Set ... me sea dado (como hijo). Y hablará fuera del cielo y los hombres sentirán temor de él"» (Wilson, 1969, p. 17).

Existían muchos dioses con personalidades y funciones diferentes, cada uno de los cuales tenía uno o más centros de culto fundamentales. Esta diversidad regional se complicaba por el hecho de que algunas —probablemente muchas— comunidades poseían sus propios panteones dominados por una forma local del principal dios regional, pero que incorporaban a otros dioses seleccionados de acuerdo con criterios que variaban según la naturaleza de la comunidad. No obstante, a pesar de esta variedad, las diferentes personalidades y funciones de los dioses individuales se entrelazaban para formar la auténtica substancia del universo, en tanto que la síntesis teológica, los matrimonios míticos y otras relaciones creaban muchos otros lazos adicionales entre ellos. Además de los dioses, determinados genios y espíritus, así como los muertos, constituían otras comunidades sobrenaturales significativas, pero las necesidades rituales de los tres grupos eran muy similares, creando una gran uniformidad, tanto en la actividad de culto como en las estructuras que constituían el escenario de esa actividad.

Todas las clases de seres sobrenaturales eran poderosas, incluso, los muertos, y en ocasiones se les dirigían cartas acusándoles de dañar a los vivos o solicitándoles que dieran la buena suerte. Sin embargo, los dioses eran las figuras más poderosas y la comunicación con ellos era de la mayor importancia. Sus deseos podían ser expresados de forma indirecta (así, un escaso caudal en el Nilo o un gran conflicto político implicaban la ira divina), pero a menudo se intentaba averiguarlos por medio de un oráculo, práctica que se introdujo en el Imperio Nuevo y perduró a partir de entonces. Durante el Imperio Nuevo, los oráculos se utilizaban en los altos niveles del gobierno para ratificar decisiones importantes, pero posteriormente, cuando se produjo el declive de la autoridad real, se utilizaban para las decisiones administrativas y judiciales relativamente poco importantes. A la utilización del oráculo por parte del gobierno se añadía el recurso más generalizado de este procedimiento, que afectaba a to-

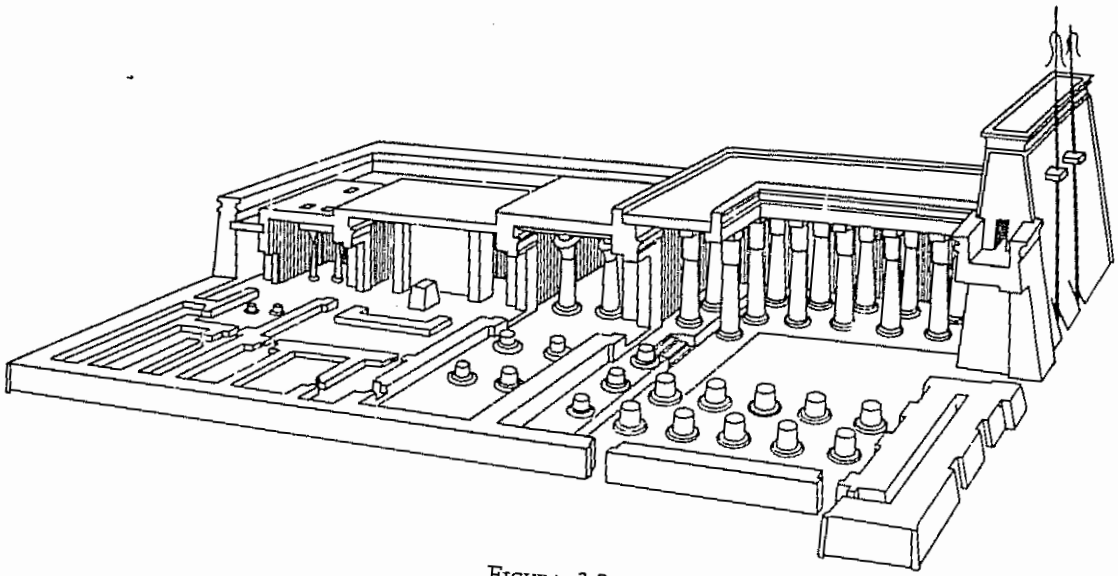


FIGURA 3.2

Vista de una sección de un típico templo egipcio

Su forma refleja el carácter procesional de los rituales, mientras que en su rica decoración en relieve se representaban desde los actos «públicos» del faraón reinante (p. ej. la victoria en una batalla, las hazañas de caza) en los pilonos y, a veces, en la primera sala hipóstila, hasta los parientes más íntimos del faraón con los dioses y la realización de los actos de culto por parte del faraón.

dos los niveles de la sociedad. Los oráculos, que eran siempre pronunciados por un dios específico, pero de maneras diferentes en su forma «nacional» o local, constituían un sistema de reafirmación y de guía para los individuos y un importante mecanismo social que aliviaba las tensiones y conflictos inherentes a las comunidades aldeanas y ciudadanas estrechamente entretejidas y autorreguladas en gran medida. Los consejos locales (o kenbet) (p. 268) no podían o no querían resolver muchas disputas referentes a propiedades o derechos, así como casos de robo y otros crímenes que, en consecuencia, eran sometidos a un dios como árbitro neutral de inapelable autoridad. Aunque inevitablemente existía una cierta manipulación, sabemos que el proceso se desarrollaba de buena fe bajo la influencia de «la sugestión y la autosugestión» (fig. 3.3) (Černý, 1957, p. 76).

Los mitos constituyen una importante fuente de conocimiento de la visión egipcia del mundo, pero era el ritual, y no el mito o la teología, el que dominaba la vida religiosa egipcia. Las experiencias y percepciones religiosas del individuo eran insignificantes comparadas con la actividad ritual de la comunidad que, a través del culto y las fiestas, esperaban conseguir «la renovación y rejuvenecimiento de la vida del cosmos, de la comunidad y del individuo» (Bleeker, 1967, p. 22). Naturalmente, los centros fundamentales de los ritos eran los templos, que iban desde los grandes santuarios nacionales hasta los centenares de templos locales más reducidos y que poseían un plano y un sistema decorativo uniforme (fig. 3.2). Los templos poseían un simbolismo cosmológico: cada uno de ellos representaba un universo, en el que la cubierta era el cielo y el santuario el horizonte donde salía y se ponía el sol, simbolizando un ciclo eterno de renovación, declive y renacimiento en el universo. Al menos en una ocasión, la ciudad real se vio implicada en este concepto; Tell el-Amarna (p. 275) fue concebida como un conjunto integrado totalmente en un templo natural, definido por el cielo real y por los horizontes del valle. Tanto en las casas de la nobleza como en las de las clases media y baja, la actividad de culto doméstico era intensa, dirigiéndose a los mismos dioses, mientras que los cementerios, tanto reales como no reales, eran otros centros de rituales fundamentalmente similares.

Volviendo a los efectos políticos y económicos fundamentales del sistema religioso, hemos de señalar en primer lugar que si bien contribuían a la posición dominante del faraón, calificaban tam-

FIGURA 3.3

Petición de un oráculo a un dios local del Imperio Nuevo, el faraón divinizado Amenofis I, cuya imagen acaba de ser sacada de su templo (a la derecha)

El gran sacerdote del dios, Amenmose, aparece ante la litera sosteniendo un quemador de incensario y vestido con una piel de leopardo y pide al dios que juzgue cuál de dos hombres (inclinados y parcialmente borrados detrás del gran sacerdote) tiene «razón» en una disputa que no se especifica. El dios decide explícitamente que uno de los dos hombres tiene «razón», probablemente «obligando» a quienes lo portan a aproximarse al individuo en cuestión. (Véase Černý, 1962, pp. 42-45 y fig. 9.)

bién sutilmente su poder aparentemente absoluto. Desde el punto de vista dogmático, la supervivencia de la monarquía era fundamental; la relación formal entre Egipto y sus dioses, que simbolizaba su posición integral dentro de un orden universal creado por dios, dependía del rey, que era el principal canal del poder y la dirección de los dioses. Para mantener el orden establecido por los dioses, al faraón se le concedía la autoridad política suprema y, por su parte, mantenía una fructífera relación recíproca entre los hombres y los dioses a través de su papel ritual de primera magnitud. Todos los sacerdotes que se ocupaban de la miríada de cultos eran simplemente delegados suyos, y la iconografía del templo reflejaba *solamente* al rey realizando el ritual. Sin embargo, la posición dogmática del faraón no dejaba de ser ambigua. Gozaba de los poderes y la reverencia debida a los dioses, pero se hallaba implícita, y a veces explícitamente subordinado a ellos; incluso los poderosos faraones del Imperio Nuevo buscaban a veces una orden «... del gran trono [de un dios], un oráculo del propio dios» (Breasted, 1906, II s. 285). Además, los faraones no poseían los poderes *específicos* de los dioses. El templo real que erigía cada faraón estaba destinado a su culto funerario para que, después de la muerte, los faraones no permanecieran por más tiempo «en la tierra» sino que, al igual que los dioses, vivieran en el dominio celestial.

Esta ambigüedad dogmática influiría en la esfera política. La posición ritual y dogmática del rey enaltecía su autoridad política. La realización altruista de sus obligaciones iba de la mano de su interés en mantener su supremacía política y la de su dinastía. Sin embargo, la existencia de *maat* suponía una especie de pauta formal que permitía medir la capacidad del rey y el grado de aprobación divina con que contaba. La debilidad, la incapacidad o la ineficacia del rey podían producir una mala administración en Egipto o pérdidas en el exterior, pruebas en todo caso de la desintegración de *maat*. Que esa actitud era inherente al pensamiento egipcio lo demuestra claramente la Crónica Demótica (del Período Ptolemaico), que atribuye la caída de varios faraones de la Baja Época a la insatisfacción de los dioses, y la vemos anteriormente en la destrucción de monumentos que habían sido erigidos por determinados reyes considerados posteriormente como ofensivos a *maat*, así como en la identificación vernacular de Ajenatón (en la Dinastía XIX) como «el Enemigo».

Cada uno de los dioses egipcios poseía un templo que albergaba su imagen de culto, un conjunto de sacerdotes y sirvientes y una serie de propiedades y otras donaciones para el mantenimiento de su culto. Los dioses principales (y entre ellos Amón, en varias formas, era el más importante en el Imperio Nuevo y mantuvo una posición de predominio durante el resto del período) poseían funciones y *status* especiales, que se reflejaban en el tamaño y en la perfección de sus templos, en el gran número y variedad de su personal y en sus posesiones diversas y extensas (tierras, minas, canteras, barcos e incluso aldeas y ciudades). Hacia 1153 a.C., el conjunto de los templos poseía aproximadamente una tercera parte de la tierra cultivable de Egipto y una quinta parte de sus habitantes, aunque en el conjunto de la historia egipcia, las posesiones del templo fluctuaron, sin duda, de forma muy considerable.

Con todo, aunque los grandes sacerdotes de los cultos principales, y especialmente el gran sacerdote de Amón en Tebas, eran, sin lugar a dudas, figuras de muy alto rango y muy influyentes, no debemos exagerar su importancia política. Desde el punto de vista teológico, se hallaban subordinados al faraón, gran sacerdote de todos los dioses, y las características del sistema religioso impedían que los sacerdotes (literalmente «sirvientes del dios») tuvieran iniciativas teológicas que pudieran provocar disturbios políticos; los «profetas» influyentes, en el sentido hebreo, eran desconocidos en Egipto. Todos los nombramientos y promociones religiosas estaban sometidos teóricamente a la aprobación real y, si bien es cierto que se sentaron con fuerza los derechos hereditarios a algunos cargos, lo mismo ocurrió en todos los demás aspectos del gobierno. La administración de los centros religiosos era una parte fundamental del gobierno civil y aunque los templos generaban ingresos (por medio de arrendamiento de tierras y del comercio), la recaudación y control de esos ingresos parece haber sido, al menos parcialmente, responsabilidad del gobierno civil. Una parte importante de los ingresos reales, en forma de botín, tierra y otras donaciones, eran transferidos a los templos, pero los parientes reales y los funcionarios leales eran nombrados también para ocupar muchas de las sinecuras religiosas. Lo que es más significativo, los templos no tenían la necesidad ni la ocasión de organizar un poder militar o policial importante, recursos coactivos íntimamente ligados al poder político en el antiguo Egipto. En conjunto, pues, los templos eran más bien ob-

jeto de manipulación y explotación política que iniciadores de esa actividad.

La historia interna

El período transcurrido entre 1552 y 664 a.C., se divide de forma convencional en dos etapas fundamentales, el Imperio Nuevo (1552-1069 a.C.) y el Tercer Período Intermedio (1069-664 a.C.). El Imperio Nuevo fue un período de extraordinaria expansión egipcia en el exterior y de fuerte centralización y considerable estabilidad interna. Durante el Tercer Período Intermedio los contactos exteriores de Egipto se limitaron notablemente y, con raras excepciones, la política exterior fue defensiva y pacífica hasta la Dinastía XXV (747-656 a.C.). Estas características de la política exterior del Tercer Período Intermedio reflejan directamente un alto grado de descentralización interna y, en algunos momentos, de desintegración del gobierno, que esporádicamente se traducía en guerra civil.

A pesar de las notables diferencias existentes entre los dos períodos, hay que decir que ambos se hallan íntimamente relacionados; el Tercer Período Intermedio fue el resultado directo de los procesos políticos, social y económico que se desarrollaron en el Imperio Nuevo. La naturaleza y las interacciones exactas de estos procesos son —y lo serán durante mucho tiempo— objeto de discusión. Ahora bien, su descripción y análisis han de ser la base de cualquier discusión histórica del Imperio Nuevo y del Tercer Período Intermedio. Los detalles de las relaciones egipcias con otras áreas del mundo antiguo no son el principal objetivo de este libro.[1]

En los apartados siguientes nos centraremos en los efectos *internos* de los asuntos exteriores; en las variaciones en la estructura formal y en el tono y el carácter del gobierno, así como en las implicaciones políticas de esas variaciones; en la interrelación de la competencia y el conflicto dentro del sistema político y en el efecto de todos estos factores sobre las relaciones entre el gobierno y los súbditos y sobre la situación social y económica de la población en su conjunto.

1. Para este aspecto, remitimos a la *Cambridge Ancient History*, 3.ª ed., vol. II, y a Kitchen, *The Third Intermediate Period in Egypt*.

El Imperio Nuevo (1552-1069 a.C.)

En especial para el Imperio Nuevo es fundamental, para comprender la historia interna, realizar una breve descripción del modelo general de la política exterior de Egipto y de algunos acontecimientos clave. Durante este período Egipto mantuvo el control sobre sus importantes conquistas exteriores y conservó su posición en el Levante mediterráneo frente a la presión de las otras dos potencias dominantes de la zona, los mitanios y sus sucesores, los hititas. Por otra parte, se desarrollaron amplios contactos político-comerciales con una serie de estados y grupos en el Egeo, el Oriente Próximo y el África oriental. Durante el reinado de Rameses III, en el siglo XII a.C., ocurrieron dos acontecimientos fundamentales: las conquistas asiáticas se perdieron, aparentemente, y la estructura política y étnica de Siria, Palestina y Anatolia se vio drásticamente alterada como resultado de un misterioso movimiento de población, el de los Pueblos del Mar, que surgieron a lo largo del Mediterráneo oriental y tuvieron que ser rechazados en el mar y en las fronteras orientales de Egipto. Al mismo tiempo, aunque tal vez no de forma coincidente, la presión libia, que se había ido incrementando durante un período de cuarenta años, alcanzó su cenit en dos invasiones fracasadas de la región del delta occidental. En cierta forma, estos acontecimientos eran incontrolables; ni los hititas ni ningún otro estado de la zona había podido resistir la presión de los Pueblos del Mar, en tanto que los libios nunca habían demostrado la fuerza que exhibieron a partir del reinado de Rameses II. Lo que es significativo es que la reacción egipcia fue de una relativa debilidad. Desde el reinado de Rameses II, Egipto no consiguió recuperar su posición en el Levante mediterráneo, dividido ahora en una serie de reinos relativamente reducidos, sin que existiera una «gran potencia» dominante; no pudo impedir la infiltración libia, masiva y constante y solamente ochenta años después de la muerte de Rameses III, Egipto perdió también sus conquistas africanas después de una lucha que fue más una guerra civil que un conflicto exterior. Sin duda alguna, los reveses sufridos a finales del Imperio Nuevo tuvieron graves repercusiones internas, a algunas de las cuales haremos referencia más adelante. Ahora bien, nos parece importante preguntarnos si esos reveses pueden explicar por sí

mismos el deterioro de la situación en los asuntos exteriores y los problemas políticos internos del Tercer Período Intermedio.

La estructura del gobierno

Para intentar responder a este interrogante debemos volver a la historia interna del Imperio Nuevo y, en especial, a un importante problema histórico que aparece resumido en dos citas. La primera es de un tipo que se repite constantemente en los textos reales: el dios Amón declara al faraón Tutmosis III, «yo provoco tus victorias para circular por todas las tierras. La reluciente [serpiente], la que está sobre mi ceja es tu sierva [para que] no haya nadie que se rebele contra ti hasta donde abarca el cielo» (Wilson, 1969, p. 374). La segunda es de un tipo extraordinariamente raro. Pianj, gran sacerdote de Amón y generalísimo del Sur de Egipto —y que teóricamente debe, pues, su posición al nombramiento y al favor real— escribe despectivamente de Rameses XI en una carta: «¿A quién es todavía superior el faraón?» (Wente, 1967, p. 53). Esta aparente contradicción no debe ser interpretada demasiado arbitrariamente. Sólo en parte es una cuestión de terminología, pues aunque la pregunta de Pianj refleja una decadencia real del poder y la autoridad del faraón a finales del Imperio Nuevo, su supremacía se afirmaba todavía de manera formal en los textos monumentales. En consecuencia, es también un problema de fuentes, pues la escasez de cartas e informes privados con los que contrastar la validez de la imagen del poder real presentada en los textos monumentales, hace que resulte extraordinariamente difícil calibrar hasta qué punto se veía limitada la independencia política del faraón por el sistema del que formaba parte.

La actitud de Pianj, aunque extrema como resultado de circunstancias históricas específicas, refleja una característica fundamental del sistema político. Un problema inherente a un sistema muy centralizado, basado en un solo individuo, el rey, es que sean cuales fueren los poderes teóricos de éste, su efectividad política depende del apoyo y la cooperación de otros. Inevitablemente, éstos intentarán explotar esta situación en su propio beneficio. Pero más allá de este problema particular, existe otro problema más general, la concentración de poder en otro lugar dentro del sistema, lo que su-

pone la posibilidad de que un individuo o un grupo usurpen funciones importantes reservadas nominalmente al rey y a sus principales funcionarios ejecutivos, y tal vez de que sustituyan a estos últimos e incluso de que usurpen la realeza.

En general, la solidez del poder real durante la mayor parte del Imperio Nuevo queda demostrada por una serie de factores. Entre ellos hay que citar el papel del faraón, explícitamente reconocido, en los asuntos administrativos y militares, la continuada y brillante política de expansión egipcia, la fuerza ejecutiva y económica que indica el extenso programa de construcción de templos desarrollado por la mayor parte de los faraones y la aparición de una exuberante mitología referente a los aspectos cuasi divinos de la monarquía. Otros acontecimientos más específicos resultan también reveladores, especialmente aquellos que se refieren a Ajenaton (pp. 274-278). A finales de la Dinastía XIX, y más aún durante la Dinastía XX, parece haberse producido un cambio significativo y gradual en la naturaleza y la fuerza del poder real. Con anterioridad a esa época, las circunstancias favorables en el exterior, la estructura del propio sistema político y la capacidad de supervisión y manipulación de los faraones parecen haber dado gran consistencia al poder real, tan frecuentemente celebrado en los textos monumentales.

Durante todo el Imperio Nuevo, el Levante mediterráneo y el nordeste de África eran las áreas exteriores donde se manifestaba preferentemente el interés de los egipcios. La presencia egipcia en esas regiones tan productivas se remontaba a más de un milenio y medio y los estímulos tradicionales para renovar los contactos y expansión se vieron reforzados a partir de la Dinastía XVIII por la presencia en ambos lugares de fuerzas poderosas que habían sido fuente de gran humillación y peligro para Egipto en el Segundo Período Intermedio (véase el capítulo 2).

Sin duda, los asuntos externos tuvieron gran significación en el interior. El rechazo de los hicsos y de los cushitas en *c.* 1555-1540 a.C. (véase capítulo 2), la expansión, que era una necesidad logística para impedir una nueva invasión, y el conflicto provocado por esa expansión con los mitanios e hititas obligó a Egipto a mantenerse en constante estado de guerra. Los faraones de la Dinastía XVIII fueron auténticos guerreros que a menudo dirigieron personalmente las grandes campañas, creando una tradición que siguió siendo una fuerte convención ideológica y, a menudo, una realidad durante todo el

Imperio Nuevo. Sin embargo, los faraones no se preocupaban de las campañas militares y, de hecho, dedicaron la mayor parte de su reinado a los asuntos internos. Por lo general —y a excepción de las de la época de Tutmosis III— las campañas se limitaban a los primeros años de cada reinado, tal vez porque era en esos momentos cuando solían surgir las revueltas pero, probablemente también, para demostrar las habilidades militares del nuevo faraón y la aprobación divina de que gozaba.

Estas campañas periódicas, la necesidad de controlar las tierras conquistadas y la exigencia de una rápida acción militar en las emergencias exteriores condujeron al desarrollo de un ejército permanente y profesional. Su profesionalidad residía en una administración militar permanente, encabezada por un «gran general del ejército», guarniciones en el exterior y en Egipto y un programa continuo de reclutamiento y entrenamiento que contribuyó a crear una gran reserva de hombres experimentados, que podían ser movilizados con toda rapidez. Además, se asentó a numerosos veteranos en propiedades agrícolas de Egipto que eran heredadas por sus familias siempre que los descendientes masculinos continuaran disponibles para el entrenamiento y el servicio militar. El ejército también era profesional en su organización, dividiéndose en unidades diferentes, de las que las más importantes eran la infantería y la sección de carros, aunque existían también otras unidades más especializadas, cada una con su propia jerarquía de oficiales. Así, se creó un elemento muy significativo en la estructura política, muy organizado y con una gran fuerza coactiva potencial, que se integró además de forma plena en el tejido social por su dependencia de los colonos militares y de las levas generales. Sus vínculos funcionales e ideológicos con la monarquía eran fuertes y se veían fortalecidos por la política real a la que haremos referencia más adelante.

Por otra parte, la expansión y la conquista incrementaron los ingresos reales y la capacidad de maniobra de los reyes. A los ingresos tradicionales procedentes de los impuestos, las posesiones personales de la dinastía y la posición monopolística en el comercio exterior se añadieron las grandes cantidades de botín que obtenían esporádicamente, los tributos regulares conseguidos en el exterior y unas nuevas posibilidades comerciales. Como jefe guerrero y único delegado de los dioses, el rey acumulaba gran parte de estos ingresos adicionales y controlaba firmemente la distribución de la parte res-

tante. El faraón pudo subrayar la posición de la familia real por la monumentalidad y riqueza de sus palacios y propiedades, demostrar su autoridad ideológica concediendo grandes donaciones a los principales templos y reforzar su poder político recompensando a los burócratas y oficiales leales.

Las exigencias de la política exterior y las experiencias militares de los faraones y de muchos funcionarios importantes afectaron también de forma notable a la estructura del gobierno. Ésta se basaba en el modelo de la que existía en el Imperio Medio, y al igual que en este período, respondía de manera eficaz a determinadas necesidades sociales y económicas de la población, pero la estructura del Imperio Nuevo era menos compleja y, por tanto, reaccionaba con mayor rapidez a los deseos reales, a la movilización y a la necesidad de crear materiales y provisiones de guerra. Desde el punto de vista de la política interna, el aspecto más interesante del gobierno es que su misma estructura reforzaba la posición dominante de los faraones e incrementaba su capacidad de maniobra pero, al mismo tiempo, les planteaba graves problemas de supervisión y creaba la posibilidad de que surgieran otros centros de poder competitivos y susceptibles de provocar divisiones.

La estructura del gobierno está bien documentada y queda resumida en la fig. 3.4. Ciertamente, esta versión esquemática ignora algunos cambios conocidos en la organización administrativa y no refleja las fluctuaciones del poder en el sistema que, en todo caso, raramente aparecen en los documentos oficiales. Ahora bien, el esquema general parece válido para todo el Imperio Nuevo. Los criterios por los que se regía esa estructura eran fundamentalmente la eficacia funcional y las circunstancias geográficas, pero éstas contribuían también a la supremacía real, como ocurría con la manipulación del sistema, sobre la que poseemos pruebas fehacientes. Así, el gobierno se hallaba dividido en tres unidades fundamentales, dos de las cuales, el gobierno interno y la administración de las conquistas, respondían a un criterio de funcionalidad; la tercera, la dinastía propiamente dicha, tenía un papel político muy limitado. Aunque sin duda constituía un grupo amplio y complejo, la mayor parte de sus miembros estaban excluidos de los cargos políticos o militares más importantes y normalmente también de la sucesión, a no ser que pertenecieran a determinado segmento de la línea directa. Esto constituía un freno efectivo para cualquier individuo que pudiera tener algunas preten-

siones a la autoridad sobrenatural emanada de la realeza. Sólo aquellos miembros de la dinastía que tenían intereses en mantener la lealtad hacia el faraón reinante ocupaban puestos importantes: el príncipe coronado —el heredero designado— era frecuentemente «gran general del ejército», a cuyo cargo estaba el control del ejército en nombre del rey; la principal esposa del faraón, la «gran esposa» (o, alternativamente, su hija primogénita) era nombrada «esposa divina de Amón». Esta posición, justificable mitológicamente, que ocupaba la reina (los faraones del Imperio Nuevo creían que sus madres habían sido fecundadas por Amón) situó también bajo el control directo del faraón una parte importante de las posesiones temporales de Amón.

Como el faraón solía pasar la mayor parte de su reinado en Egipto, el gobierno de las tierras conquistadas era importante en el sentido de que podía constituir una base de poder para un individuo o un grupo que, entonces, estaba en condiciones de usurpar las funciones e incluso el trono. De hecho, era difícil que eso ocurriera en la más importante de las conquistas, las «tierras del Norte», a lo largo de la costa mediterránea de Asia (fig. 3.5.). En efecto, por razones topográficas y administrativas, estas tierras se dividieron en tres provincias, cada una con su propio gobernador, por lo general un egipcio, aunque a veces este cargo recayó también en la persona de un asiático. En la práctica, estos gobernadores compartían el poder político con una serie de reyes vasallos y no eran fuertes desde el punto de vista militar. Las guarniciones de tropas egipcias (y cushitas) en las «tierras del Norte» eran pequeñas, dispersas y estaban bajo el control directo de varios «comandantes de batallón» y no de los gobernadores. Para las operaciones policíacas y militares habituales de escasa entidad se recurría a las fuerzas de las ciudades-estado locales y en el caso de que se realizaran campañas importantes, los grandes ejércitos enviados desde Egipto se hallaban bajo el mando del faraón o del «gran general del ejército». Las «tierras del Sur» (Uauat y Cush), con su población nubia, tenían un potencial mucho más importante. La región estaba gobernada por un solo gobernador que no compartía el poder administrativo con los jefes locales; sus jefes militares se hallaban bajo el mando centralizado de un «comandante de batallón». Por otra parte, tenía una unidad geográfica y un acceso fácil y rápido a Egipto. El poder del virrey de Cush sería impor-

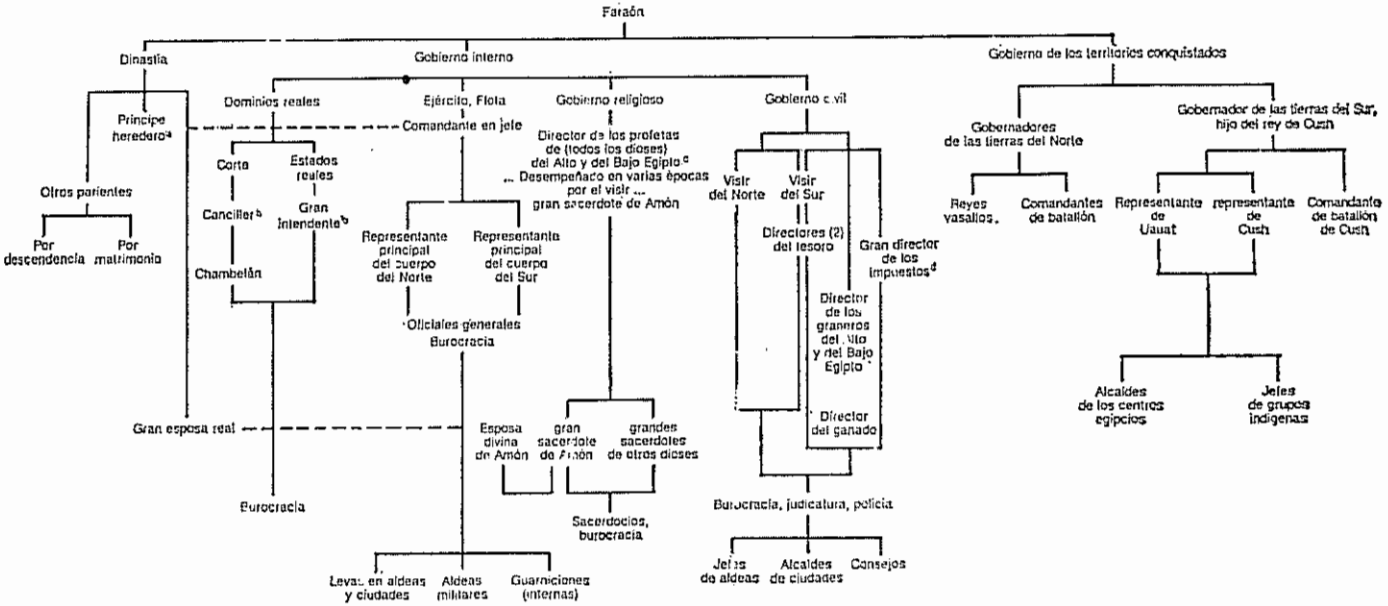


FIGURA 3.4

Esquema de la estructura del gobierno del Imperio Nuevo

tante a efectos de los acontecimientos internos de Egipto a finales de la Dinastía XX.

El gobierno interno de Egipto estaba dividido por razones funcionales en cuatro unidades fundamentales (fig. 3.4), que a su vez podían subdividirse desde el punto de vista geográfico en interés de la eficacia y tal vez también de la estabilidad del poder real. El control centralizado se mantenía mediante el pequeño grupo de poderosos oficiales que encabezaba cada departamento, que informaban directamente al rey y que eran nombrados y destituidos por él. En sus filas hay que encontrar a los individuos políticamente más influyentes y más capaces de provocar divisiones internas. Dentro del sistema general, la organización del poder coercitivo era particularmente significativa. Los militares desempeñaban un papel de escasa relevancia en las operaciones normales del gobierno, siendo su ocupación fundamental la de enrolar y entrenar a aquellos individuos susceptibles de realizar el servicio militar, de administrar las pequeñas guarniciones de Egipto y del exterior, de almacenar y enviar provisiones y de las movilizaciones a gran escala, cuando era necesario.

El gobierno civil se ocupaba fundamentalmente de regular la agricultura, recaudar los tributos, administrar justicia y mantener el orden ciudadano. Para garantizar el cumplimiento de sus órdenes contaba con una fuerza de policía relativamente débil, los medyau.

Las posesiones personales del faraón y de la familia real eran extensas y constituían prácticamente una sección separada del gobierno que podemos llamar el «dominio real», mientras que otro importante conjunto de tierras y de posesiones que generaban ingresos se acumulaban bajo el gobierno religioso, hecho que resultaba muy útil políticamente a los faraones (p. 254). La administración del con-

---

Debemos subrayar la fragilidad de gran parte de los datos sobre los que se basa, así como el hecho de que no ilustra de forma adecuada los cambios significativos producidos en la estructura (para ciertas indicaciones al respecto, véase notas b y c). No obstante, el autor considera que este cuadro da una idea aproximada de las divisiones de funciones y poderes en el gobierno del Imperio Nuevo.

a) Sobre los términos, a veces ambiguos, utilizados para designar al príncipe heredero, véase Kitchen (1972). b) Sobre el ascenso de la figura del «gran intendente» a expensas del «chambelán», véase Helck (1958, pp. 80-82). c) Desempeñado en diferentes momentos por el visir, el gran sacerdote de Amón (con frecuencia) y por otros. d) Sobre el cargo de «gran director de los impuestos», sobre cuya importancia se discute todavía y que no es anterior a Ajenatón, véase especialmente Gardiner (1948, pp. 10, 150, 165, 206), Helck (1958, pp. 143-145) y Seele (1959, p. 9).

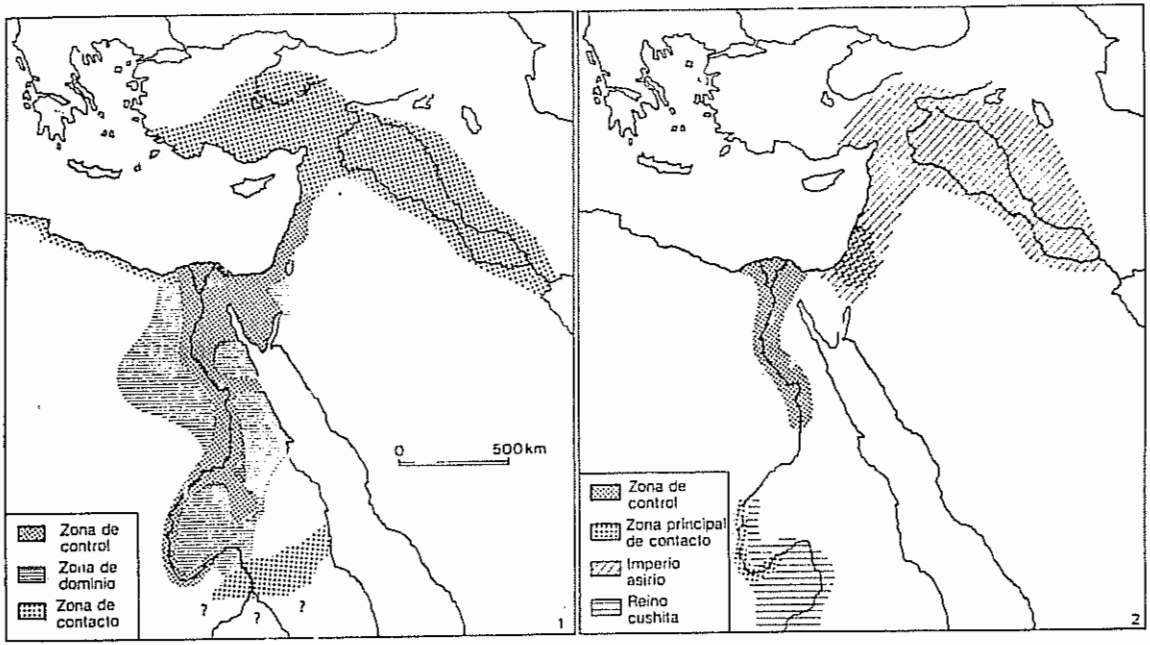


FIGURA 3.5

El modelo cambiante de las relaciones exteriores egipcias

1. Imperio Nuevo. 2. Tercer Período Intermedio.

junto de bienes religiosos era particularmente fragmentaria y no sabemos hasta qué punto se hallaba bajo un control centralizado. El gran sacerdote de Amón era, ciertamente, el individuo más poderoso en el seno de esta unidad gubernamental y a menudo (aunque no siempre) detentaba un cargo titulado «director de todos los sacerdocios del Alto y del Bajo Egipto». No obstante, no poseemos datos documentales acerca de la importancia real de este cargo, aunque hay que pensar que el faraón desearía mantener políticamente débil a esta sección del gobierno, con responsabilidades de carácter sobrenatural, y muy poderosa desde el punto de vista económico. En este sentido, es interesante que en dos representaciones del Imperio Nuevo de un conjunto de altos funcionarios que desfila en procesión en orden jerárquico, aparezca en primer plano el príncipe coronado, luego los visires, los intendentes del dominio real y de la corte, los funcionarios militares y civiles de alto rango y, finalmente, los grandes sacerdotes importantes, a los que siguen un funcionario provincial, en un caso, y los sacerdotes de menor rango, en el otro (Hayes, 1973, p. 362).

Aunque, como hemos dicho, la posición real era dominante, lo cierto es que cada rama del gobierno ejercía un cierto poder efectivo. Para entender mejor la interrelación de poder e influencia y los problemas peculiares del poder real debemos examinar también la geografía política de Egipto y el tono y el carácter del gobierno. Estos aspectos están bastante bien documentados para el Imperio Nuevo.

Dos factores de importancia fundamental para la estabilidad del gobierno eran la eficacia de los vínculos entre el gobierno central y provincial y la presencia de la autoridad y de la supervisión real. Ambos aspectos se veían facilitados por la concentración de población en la llanura aluvial y por la utilidad del Nilo como arteria administrativa (fig. 3.6), pero la extraordinaria longitud del país, el carácter altamente personal del gobierno y la relativa ineficacia del sistema de comunicaciones planteaban no pocos problemas.

La estructura del gobierno provincial está pobremente documentada y el esquema que ofrecemos a continuación es meramente aproximado. Existía una clara jerarquía entre los diversos asentamientos. *Las* ciudades eran Menfis, Tebas y (posteriormente) Pi-Rameses. Por lo demás, en cualquier región, la capital provincial era la ciudad más importante administrativamente y, probablemente, la de más numerosa población. Estaba rodeada por una zona de aldeas bastan-

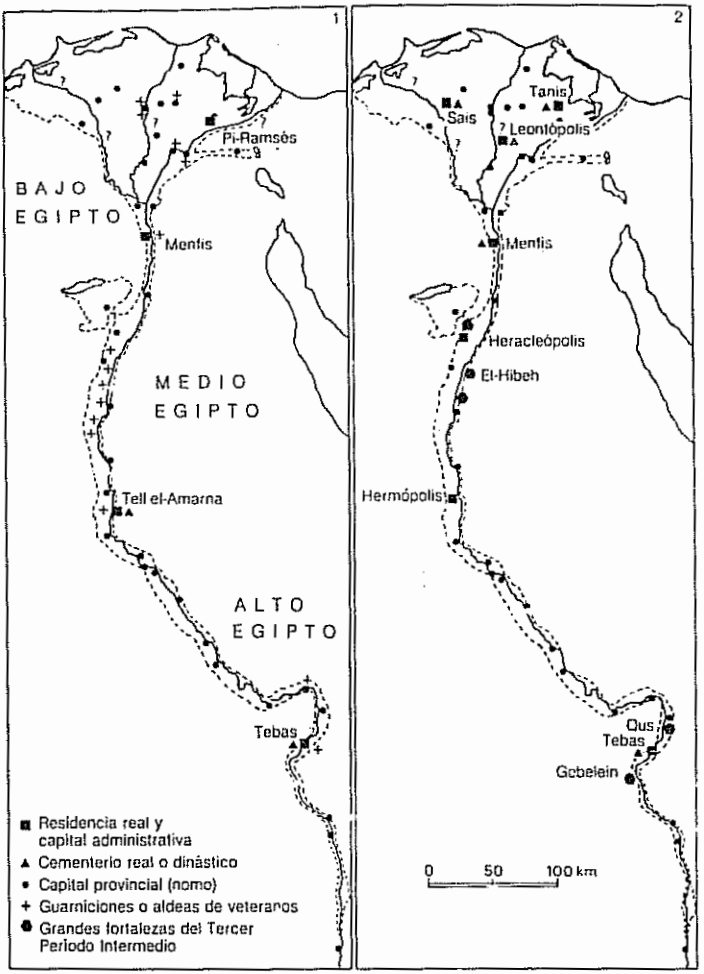


FIGURA 3.6

Mapa político de Egipto en (1) el Imperio Nuevo y (2) el Tercer Período Intermedio

Sobre las guarniciones y aldeas de veteranos, véase Helck (1939, pp. 17-20); los señalados inmediatamente al sur de Heracleópolis representan una zona de este tipo de asentamientos más que núcleos específicos (O'Connor, 1972 *a*), y los asentamientos militares del Delta se deducen de la importancia, en épocas posteriores, de Mendes, Sebenito, Busiris, Bubastis y Pi-Soped como centros de asentamiento de soldados mashauash.

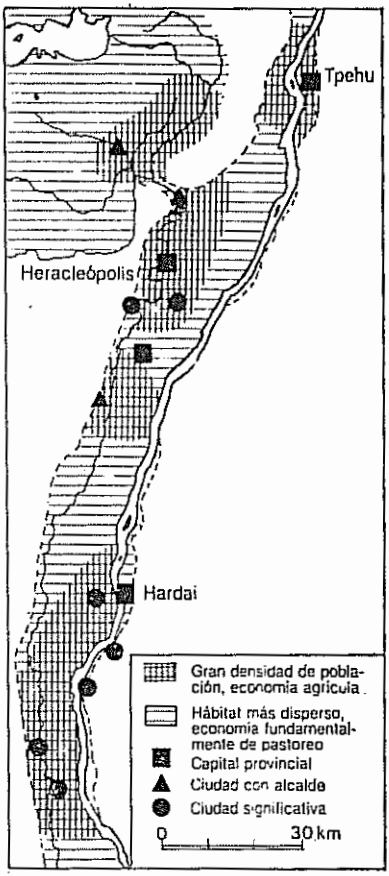


FIGURA 3.7

Reconstrucción del modelo típico de asentamiento provincial durante el Imperio Nuevo

te extensas y densamente concentradas: entre las aldeas y la capital existían algunas ciudades pequeñas intermedias en cuanto a la función administrativa (¿y en tamaño?). Más allá de esa zona desaparecían las aldeas dejando paso a una serie de núcleos más reducidos y muy dispersos (fig. 3.7). Lamentablemente, resulta muy difícil iden-

tificar esta jerarquía con la terminología egipcia. Ciertamente, los egipcios distinguían las «ciudades» * de los «pueblos» * y de las «aldeas» * pero no parece que utilizaran estos términos con gran precisión. Algo menos ambiguas son las unidades más reducidas, como la «propiedad del noble» * y «la casa (¿caserío?) de X».*

La clave en la administración de esos diferentes tipos de asentamiento eran los alcaldes * y los consejos * (véase fig. 3.4); en ambas categorías existía una jerarquización interna y diferencias de funciones. Las capitales nacionales y provinciales tenían cada una un alcalde, al igual que ocurría en algunas (tal vez en todas) de las ciudades pequeñas «intermedias». En algunas ocasiones se hace referencia a los alcaldes de las aldeas, aunque los jefes de las aldeas eran más exactamente los llamados «comandantes»,* que en muchos casos debían ser simplemente las figuras dominantes de la comunidad desde el punto de vista funcional y socioeconómico. No sabemos hasta qué punto los alcaldes de las principales ciudades provinciales tenían autoridad sobres las zonas rurales circundantes y sobre otros alcaldes «menores» pero, en general, las funciones de los alcaldes eran muy claras: eran responsables de recaudar los tributos, facilitar el trabajo de los representantes del gobierno central y ejecutar las órdenes que recibían de éstos.

Los consejos kenbet del Imperio Nuevo eran fundamentalmente de carácter judicial, pero de alguna forma, ejercían también funciones administrativas, ya que a menudo se ocupaban de los derechos de propiedad. Los dos grandes consejos kenbet de Tebas y Menfis estaban encabezados por un visir y se ocupaban de los casos civiles. Por todo Egipto existían otros consejos menores, mecanismo más extendido que el de los alcaldes, y sus principales funciones consistían en perseguir la actividad criminal (excepto en los casos que implicaban la pena capital, que quedaban reservados al visir) y resolver los innumerables casos de derechos y disputas de propiedad. Estos consejos, que «juzgaban en las ciudades de acuerdo con los planes excelentes» (Pflüger, 1946) del faraón, eran una fuente importante de orden civil. Los grandes consejos estaban formados por sacerdotes de alto rango, burócratas y soldados; los consejos provinciales, sometidos ciertamente a la aprobación del gobierno, estaban constituidos por individuos de elevada posición socioeconómica dentro de la sociedad *local*.

Los centros provinciales se hallaban muy dispersos (fig. 3.6),

mientras que las oficinas y archivos del gobierno central se hallaban muy concentrados. Como solución parcial a los problemas administrativos, el Imperio Nuevo continuó la práctica tradicional de dividir a Egipto en dos grandes unidades (en lugar de tres, como en un principio), una de ellas gobernada desde Tebas y la otra desde Menfis. Los cargos importantes se duplicaban si las responsabilidades eran lo suficientemente extensas y complejas. Esto ocurría en el caso de los visires (es decir, había un visir para el Norte y otro para el Sur), responsables del funcionamiento eficaz del gobierno civil en su conjunto, del tesoro y de los dos encargados militares. En ocasiones, se duplicó también el cargo de «gran intendente del dominio real». Otros cargos importantes con responsabilidades más limitadas permanecieron unificados, como los de «director de los graneros» y «director del ganado», encargados ambos de organizar la vida económica y de almacenar o recaudar los impuestos debidos al Estado. Los principales agentes de comunicación entre los centros y las provincias eran los «mensajeros» de los visires y los representantes de otros departamentos que visitaban con frecuencia las ciudades para realizar tareas especiales o comprobar el comportamiento de los funcionarios locales.

Las capitales nacionales eran también las principales residencias del faraón, que le permitían incrementar su control sobre la administración a través de muy diversos contactos personales de carácter formal e informal. Dado que había dos capitales —tres desde que Rameses II fundó la de Pi-Rameses—, el faraón tenía que distribuir su tiempo entre ellas. De hecho, como cada una de ellas era además un centro religioso importante en el que se celebraban fiestas anuales en las que el rey desempeñaba un papel fundamental, los recorridos reales eran a menudo como una especie de visita de inspección del faraón. De esta forma, el rey no dependía únicamente de sus principales funcionarios para conocer la marcha de los asuntos de las provincias y la población, en su conjunto, tenía presente el papel fundamental del faraón en la política.

El potencial poder coactivo de la monarquía (raramente utilizado, por otra parte, en el Imperio Nuevo), que derivaba de sus estrechas relaciones con el ejército, se vio fortalecido también por el hecho de que las ciudades egipcias no estaban fortificadas y porque el gobierno civil se apoyaba más en las fuerzas de policía que en el poder militar. Ese potencial se vio reforzado —tal vez deliberada-

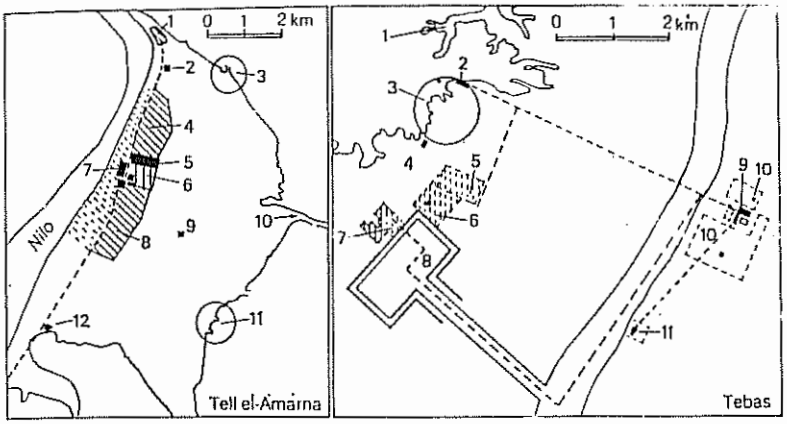


FIGURA 3.8

Planos de las ciudades de Tell el-Amarna y Tebas

Tell el-Amarna y sus elementos fundamentales

1. Complejo residencial real
2. Palacio septentrional (ceremonial)
3. Cementerio de funcionarios de la corte y sacerdotes del culto de Atón
4. Zona septentrional residencial
5. Gran templo de Atón
6. Ciudad oficial
7. Palacio ceremonial y anexo
8. Zona residencial meridional (funcionarios del gobierno, sacerdotes de alto rango)
9. Aldea de artesanos de la tumba real
10. Tumba real (en el uadi)
11. Cementerio de los principales funcionarios del gobierno central y de la ciudad, con algunos funcionarios del culto
12. Maru-Atón

(La línea de trazos discontinuos representa la calzada principal Norte-Sur)

Tebas en tiempo de Amenofis III: reconstrucción aproximada

1. Tumbas de los faraones
2. Deir el-Bahari, templos funerarios de Hatshepsut y Tutmosis III y capilla de Hathor
3. Cementerio de los funcionarios de la corte y del gobierno
4. Aldea de los artesanos de la tumba real
5. Templo funerario de Amenofis III (aproximado)
6. Área residencial (?) en tiempo de Amenofis III
7. Complejo residencial real de Amenofis III en Malkata
8. Actual Birket Habu=Maru-Amón (?)
9. Templo de Karnak de Amón: con la hipotética «ciudad oficial adyacente» y el palacio ceremonial, este último posiblemente «Amenofis III es el disco solar brillante»
10. Zonas hipotéticas de residencia para los funcionarios.
11. Templo de Luxor de Amón (de Amenofis III) con la zona residencial hipotética

(Las líneas de trazo discontinuo representan las principales rutas procesionales que unían las diferentes partes de la ciudad, que, como aparece aquí reconstruida, es mucho más difusa y menos continua que Tell el-Amarna.)

mente— por el asentamiento de fuerzas militares en Egipto (fig. 3.6). Posiblemente, sólo las capitales o las residencias reales tenían guarniciones considerables, en tanto que los colonos militares, que constituían las tropas de reserva más eficientes y más rápidamente movilizables, se situaban por lo general en zonas próximas a las capitales. Los colonos no estaban armados y cuando se les movilizaba, se les equipaba —al igual que a los demás reclutas— en los arsenales que existían en las ciudades, donde, como significativamente se afirmaba en un texto, se les armaba «en presencia del faraón» (Edgerton y Wilson, 1936, p. 36).

El carácter de la vida del gobierno en las capitales se halla bien documentado gracias a los textos, representaciones artísticas y, en cierto grado, los restos arquitectónicos. Los textos y escenas comunican una vívida impresión de las complicadas ceremonias de la corte, como la presentación de los impuestos (por los alcaldes y otros individuos responsables, bajo la supervisión de los funcionarios centrales pertinentes) y de los aspectos más íntimos de la vida de la corte; de la mezcla de dignidad y emoción en las audiencias regulares presididas por el visir en las que los postulantes se situaban ante él por orden de preferencia; y de la participación personal del faraón en la administración, como en la escena del visir y el tesorero que se reunían cada mañana a la puerta de palacio comparando sus notas después de que el visir hubiera informado al rey. La estructura de las ciudades reales sólo está documentada para la capital de Ajenatón en Tell el-Amarna, aunque parece razonable concluir que durante el reinado de su padre, Amenofis III, Tebas debía ser muy similar. Tell el-Amarna no estaba rigurosamente planificada, pero algunas diferenciaciones estructurales eran deliberadas (fig. 3.8). El palacio residencial del faraón se hallaba situado en el Norte, y los edificios próximos debían estar ocupados por los funcionarios y sirvientes de la corte (como lo indican los enterramientos en el cementerio adyacente). Un palacio ceremonial señalaba la transición a una zona residencial, a la que seguía el barrio oficial, que contenía el principal templo de Atón y un gran palacio ceremonial que, con su anexo, era el centro de las actividades ceremoniales públicas del faraón. Inmediatamente adyacentes se hallaban las oficinas del gobierno y los cuarteles de la policía. Un templo de menor tamaño, rodeado por un muro pseudofortificado, servía de transición a una zona de carácter menos sagrado, la ciudad residencial, donde residían el visir, el gran

sacerdote, el jefe de policía, el alcalde y otros grandes funcionarios del gobierno y de la ciudad. El eje central estaba constituido por una gran avenida que unía el complejo real en el Norte con el complejo meridional de «Maru-Atón», donde existían santuarios, pabellones y lagos artificiales.

La situación aislada de la residencia real y el espléndido escenario reservado para los actos ceremoniales y rituales del faraón en el barrio oficial indican la elevada posición de la monarquía a finales de la Dinastía XVIII. No obstante, al mismo tiempo, la disposición de la residencia real, el centro del gobierno y las residencias de los funcionarios en una sola zona indica la estrecha supervisión personal que ejercía el faraón sobre el gobierno central. Posiblemente, en la época de Amenofis III Tebas estaba estructurada de la misma manera, pero ignoramos si este modelo urbano existía anteriormente y permaneció vigente con posterioridad a la Dinastía XVIII.

Las fuentes nos permiten conocer otros sistemas mediante los cuales los reyes mantenían útiles contactos personales con sus principales subordinados. Los miembros de la dinastía estaban excluidos del poder (p. 260), pero una serie de altos funcionarios gozaba de un *status* cuasi dinástico en su calidad de hijos o esposos de las nodrizas reales y de las mujeres del harén; esta costumbre está bien atestiguada en la Dinastía XVIII y ocurre todavía en la Dinastía XXI. Las ofrendas de regalos eran otro método importante de relación. Regularmente, los faraones recompensaban a diversos funcionarios en ceremonias públicas y, a su vez, recibían regalos de los funcionarios e instituciones con ocasión del Año Nuevo. Hay también indicios en el sentido de que el faraón celebraba banquetes con grupos de oficiales y soldados de forma regular y, ciertamente, recompensaba a los oficiales retirados con diversos cargos en las posesiones reales.

Son bien conocidas las obligaciones de la población en el pago de impuestos, realización de trabajos obligatorios, etc., pero por otra parte, es indudable que durante gran parte del Imperio Nuevo reinó la seguridad y una relativa prosperidad económica. En las relaciones entre el gobierno y los súbditos existió una cierta sofisticación burocrática combinada con otros mecanismos en los que predominaban otros medios más personales, directos y, en cierto sentido, «primitivos» de investigación y de toma de decisiones.

En el nivel provincial, los conflictos y las tensiones típicas de la vida en las aldeas están bien documentados en la aldea de artesa-

nos de Deir el-Medina. Por lo general, era el consejo kenbet el que solucionaba los conflictos o las acusaciones sin recurrir a una autoridad exterior más elevada. Los mecanismos que se utilizaban incluían la referencia a documentos escritos, el juicio personal y, con frecuencia, el recurso a un oráculo (p. 251) que pronunciaba públicamente el dios local y que expresaba claramente el sentimiento general de la comunidad.

Las relaciones entre los gobiernos central y provincial y los individuos están documentadas por un procedimiento judicial (de la época de Rameses II) respecto a un problema sempiterno, las disputas en el seno de una familia amplia acerca de los derechos hereditarios a la propiedad y a las rentas de una hacienda. Que el gobierno intervenía en asuntos de escasa importancia relativa lo demuestra la intervención del gran consejo del visir del Norte de Egipto en otras disputas anteriores sobre la propiedad, que era importante (de unas cinco o seis hectáreas) pero no grande, y cuyos propietarios no gozaban de una situación elevada. Los litigantes acudieron regularmente a la justicia y los funcionarios citaban de los archivos otras decisiones anteriores respecto a la propiedad, decisiones que se remontaban a los ochenta años anteriores e incluso a su fundación original, trescientos años antes. No obstante, y con buen criterio, no se confió exclusivamente en los archivos, ya que se habían introducido documentos falsos incluso en los registros catastrales fundamentales del tesorero y del «director de los graneros» en la capital. El consejo local menfita, que poseía un conocimiento más adecuado de los asuntos locales, participó también. Un representante del «gran consejo» visitó en varias ocasiones la aldea y tomó declaraciones orales (en algunos casos perjuras). La decisión final se basó en el testimonio oral de los miembros de la comunidad que no se hallaban implicados en el conflicto.

Vemos, pues, a un nivel microcósmico, un sistema que pese a casos de ineficacia y de corrupción, parece haber satisfecho en lo fundamental las necesidades de arbitraje y control de la población.

La sucesión real

La forma y las características básicas del sistema político que acabamos de describir se desarrollaron a comienzos de la Dinas-

tía XVIII, pero poseemos muy escasos datos sobre acontecimientos internos específicos e importantes hasta *c.* 1490 a.C. (Desde un principio, los acontecimientos exteriores están comparativamente mejor documentados debido a la naturaleza de los documentos que han sobrevivido.) La primera crisis aparente está sugerida por el correinado (22 años) atípico, reconocido oficialmente, de Tutmosis III y el «rey» Hatshepsut, por el sexo de esta última y por la destrucción de sus monumentos por Tutmosis después de su muerte pacífica (?). Estas peculiaridades y la aparente amargura de Tutmosis han llevado a algunos especialistas a pensar que se produjo un enfrentamiento de instituciones poderosas; tal vez una facción de los funcionarios civiles habrían apoyado a Hatshepsut contra el ejército, mientras que los sacerdotes de Amón se habrían declarado partidarios de Tutmosis. Sin embargo, los datos que poseemos (la destrucción de tumbas y monumentos) sobre la caída de los partidarios de Hatshepsut son ambiguos y, durante su vida, Tutmosis alcanzó cotas considerables de poder civil y —lo que es más significativo— militar, que no dirigió contra ella.

Desde hace ya tiempo, sabemos que se produjo una manipulación inhabitual del sistema sucesorio. Algunos autores han sugerido recientemente que, si bien la sucesión era patrilineal (de padre a hijo), las madres y esposas de los faraones desempeñaban un papel matriarcal fundamental de carácter simbólico que Hatshepsut intentó convertir en un poder real. Pero es posible que hubiera otros factores importantes. En el Imperio Nuevo, la sucesión era rápida y automática y la práctica revela que existía un consenso general en el sentido de que el heredero debía ser, en orden de preferencia, el hijo de la reina principal, o de una reina menor, o el esposo de la hija de una reina principal. Este último procedimiento permitía solucionar una situación crítica que se planteaba cuando no existía heredero masculino directo y se utilizó, por ejemplo, para legitimar la sucesión real entre las Dinastías XVIII, XIX, XX y XXI.

Cuando el rey era menor de edad un regente (preferentemente un pariente *femenino*) era nombrado (¿como se había hecho tal vez en el caso de Amosis?) y Tutmosis III era extraordinariamente joven. Al acceder al trono era tan sólo un muchacho y, a pesar de su largo reinado de 54 años (1490-1436 a.C.), su momia no denota signos de envejecimiento. El advenimiento de Hatsheput, algunos pocos años después del de Tutmosis, pudo haber sido tanto un me-

canismo de defensa dinástica como un acto de ambición personal. Sin duda, el correinado generó tensión pero parece haberse desarrollado fundamentalmente en términos amistosos y la destrucción de los monumentos de Hatshepsut se explica en parte como el deseo de borrar los vestigios de un reinado necesario desde el punto de vista político, pero que resultaba ofensivo al concepto de *maat* (p. 253).

El siguiente conjunto importante de acontecimientos —los que rodearon al reinado de Ajenatón (1364-1347 a.C.)— están mejor documentados. Aunque su reinado fue importante desde el punto de vista político, existen todavía discrepancias respecto a las circunstancias concretas que lo rodearon. Ajenatón no es considerado ya como un reformador social o un pacifista internacional, aunque existe acuerdo respecto al hecho de que sus peculiaridades físicas se reflejaban en una serie de peculiaridades mentales que influían en su forma de actuar. Para algunos historiadores, los singulares rasgos del reinado de Ajenatón parecen indicar la existencia de un conflicto entre el faraón y otros sectores poderosos del gobierno, concretamente la burocracia civil y los sacerdotes de Amón. Pero, probablemente, se trataba más bien de ejemplos extremos de una tendencia al absolutismo real inherente al sistema político.

Ajenatón fue a un tiempo ofensivamente innovador y políticamente fuerte. Promovió una religión monoteísta basada en Atón (el disco solar), excluyó el panteón tradicional de la nueva capital que construyó en Tell el-Amarna e intentó erradicar sus cultos por todo Egipto (ignoramos hasta qué punto fue general este esfuerzo excepto por lo que respecta al dios dominante en Egipto, Amón).

La fuerza de Ajenatón se basó, en parte, en una hábil utilización de los recursos tradicionales de la monarquía. Perpetuó la imagen de un líder guerrero; inició una campaña en Nubia y en el Levante mediterráneo y respondió al hundimiento de los mitanios ante los hititas con una mezcla de diplomacia y de intervención militar. Si es cierto que la adulación formal del monarca alcanzó nuevas cotas, por otra parte, se complicó el ceremonial de la ofrenda de regalos a los burócratas y soldados. El culto de Atón tenía también fuertes elementos tradicionales y el arte continuó subrayando el alto *status* del rey y de la monarquía y sus íntimos lazos con lo sobrenatural.

La otra fuente del poder de Ajenatón fue un proceso contemporáneo (comenzado antes de su reinado y que persistió mucho des-

pués de él) de enaltecimiento de la autoridad real enfatizando sus aspectos semidivinos, pero evitando la rígida divinización que debilitaba el poder político del rey. La creciente estabilidad en el exterior desde el reinado de Amenofis II (1438-1412 a.C.), la tranquilidad interna y la riqueza cada vez mayor de la monarquía habían creado unas circunstancias excepcionalmente favorables para ese proceso.

La creciente importancia del culto de Atón fue un aspecto de este proceso; aunque símbolo del poder imperial, el disco solar carecía de significado mítico y era una manifestación más adecuada de la inmanente debilidad que la que representaba Amón, ya fuertemente definido. La identificación del rey con el disco se había explicitado ya en el reino de Tutmosis IV (1412-1402) y continuaría hasta Rameses II (1289-1224); el culto sobrevivió pese a su asociación con innovaciones detestables. Característica de los últimos momentos de la Dinastía XVIII fueron también la «purificación» de los rituales reales y el notable interés en la antigüedad de la monarquía. En esa época, una tumba de un faraón de la Dinastía I fue identificada en Ábido con la de Osiris, que desde entonces fue, durante mucho tiempo, símbolo de todos los reyes fallecidos, mientras que por otra parte, los faraones de comienzos de la Dinastía XIX construyeron grandes templos en Ábido celebrando su *status* de igualdad con los dioses principales. Se dio gran prominencia a las listas de reyes implícitamente (y explícitamente en el Canon de Turín, en la época de Rameses II), vinculando a los faraones contemporáneos con la dinastía divina que originalmente gobernó Egipto.

De gran importancia en este proceso fue el padre de Ajenatón, Amenofis III, que constituyó el modelo para el culto referente a la monarquía en la Dinastía XIX y, de forma menos directa, en la Dinastía XX. Bajo su reinado se aceleró la creación de expresiones dramáticas de ideas sobre la monarquía, tanto funcionales como simbólicas. La creación de una nueva residencia real en Malkata (fig. 3.8), en la zona occidental de Tebas, se asoció con una versión más «prístina» de la antigua sede real de la fiesta Sed y algunos elementos del emplazamiento, absurdos desde el punto de vista funcional, como su puerto excesivamente grande, reflejan su papel ritual y simbólico, así como utilitario. Por primera vez, la residencia real estuvo dominada por el templo funerario real, no el de un dios nacional (Amón o Ptah), innovación que tal vez no se perpetuó. Las proporciones colosales del templo de Amenofis y, particularmente, de su templo

funerario, fueron emuladas también por otros faraones posteriores (Rameses III no intentó, de hecho, otra gran construcción que la de su templo funerario) y la producción de importantes números de grandes colosos reales (hipostasias —en algunos casos explícitas e implícitas en todos ellos— de un Amenofis divino y, por otra parte, estatuas de culto) encontró paralelo más tarde en una clara imitación, especialmente por parte de Rameses II.

Las innovaciones de Ajenatón se explican en el contexto de este proceso. Su relación general con respecto a él viene indicada por su devoción a Atón y por el culto de la monarquía, así como por el carácter monumental de sus templos. Éstos incluían cientos de colosos reales, cuya forma, en ocasiones hermafrodíticas, revela no tanto las anormalidades personales de Ajenatón como «un simbolismo extremo que, dado que era "a semejanza de Atón" le representaba con los atributos del dios fundamental, "padre y madre" de toda la creación» (Yoyotte, 1966, p. 250). En parte, el monoteísmo de Ajenatón fue un producto abortado del absolutismo real; los viejos dioses habían desaparecido, pero el rey mantenía (para su propio beneficio político) su papel tradicional como mediador entre los hombres y los deseos del nuevo dios, carente de historia, inexcrutable para todo el mundo menos para Ajenatón.

Lo que es más importante, la interrupción de las fiestas que constituían el centro fundamental de la vida religiosa egipcia debió perturbar profundamente a la población,[2] mientras que las innovaciones religiosas de Ajenatón eran también detestadas por la élite educada. Su yerno y sucesor, Tutankhamón, guiado por el consejo —y en su calidad de menor de edad por la presión— de funcionarios que habían ocupado ya un papel destacado en el gobierno de Ajenatón, restableció el sistema religioso tradicional y abandonó Tell el-Amarnà. Pero el rencor salió de nuevo a la superficie 50 años después, cuando la momia de Ajenatón fue probablemente destruida y comenzó la denigración oficial de su memoria. No obstante, ilustra perfectamente el poder de la monarquía el hecho de que durante el reinado de Ajenatón no se produjera una oposición abierta contra él y que la abominación de su memoria, largo tiempo postergada, sólo comenzara por iniciativa *real* (Dinastía XIX). Los textos contemporáneos describen a Ajenatón como un gobernante eficaz, que pro-

2. Véase Wente, 1976, pp. 23-24.

movió iniciativas desde una ciudad vulnerable, no fortificada, y que controló la estructura militar. Ignoramos hasta qué punto su política resultó negativa desde el punto de vista económico, produjo una excesiva centralización administrativa que derivó en abusos, y sustituyó a burócratas profesionales por otros hombres menos eficientes, provocando indirectamente la pérdida de partes importantes de las conquistas asiáticas.

Los sucesores inmediatos de Ajenatón (hasta Horemheb) se enfrentaron con éxito a los graves problemas internos y externos y, en consecuencia, los primeros faraones de la Dinastía XIX pudieron comportarse como gobernantes de éxito a la manera tradicional, gozando de una gran autoridad interna y reaccionando con fuerza frente a los continuos problemas en el exterior. No obstante, a partir de Mineptah (1224-1204 a.C.), la sucesión fue irregular durante varios reinados y es posible que se produjera una ruptura parcial de la estabilidad política y social. El orden fue restablecido por Setnajt (1186-1184 a.C.), primer faraón de la Dinastía XX y el régimen de su sucesor, Rameses III (1184-1153 a.C.) fue lo bastante estable como para poder responder con eficacia a las fuertes presiones procedentes de Asia y Libia.

A partir del reinado de Rameses III hay indicios muy claros de la existencia de problemas internos cada vez más graves. La contracción, frente a la expansión anterior, caracterizó la política exterior, en tanto que la desintegración del gobierno se hizo evidente en los acontecimientos sin precedentes que clausuraron el período del Imperio Nuevo, como veremos más adelante.

Las teorías respecto a las causas últimas de esa desintegración deben ser analizadas con todo cuidado. Se ha dicho que la reacción conservadora tras el reinado de Ajenatón fortaleció de tal modo al *establishment* de Amón en su conflicto inherente con otros elementos políticos que «la historia del período ramésida es la historia de ese conflicto» (Helck, 1968, p. 183). Pero no podemos dejar de subrayar la debilidad política del sistema religioso (p. 254) y fueron oficiales *militares,* no sacerdotes, los responsables de la división final de Egipto en dos grandes unidades durante el Imperio Nuevo. La idea de que Ajenatón destruyó una burocracia profesional e idealista que a partir de entonces se habría de nutrir cada vez más de hombres desarraigados —frecuentemente de origen extranjero y de antecedentes militares— y que se caracterizaría por la inefi-

cacia y la corrupción, debe ser contrastada con la continuación de un gobierno centralizado eficaz durante 250 años y con el material de archivo, extraordinariamente amplio, de las Dinastías XIX y XX, material éste que revela la existencia de abusos con mayor claridad que los textos monumentales. Nos parece sugestiva la idea de una creciente tensión entre el Norte, innovador y sofisticado, y el Sur, conservador, tensión exacerbada por la decisión de los últimos reyes del Imperio Nuevo de situar su residencia en el Norte, pero, de hecho, la división Norte-Sur fue un rasgo *omnipresente* de la estructura administrativa (p. 268).

El problema fundamental fue la pérdida de autoridad religiosa, prestigio militar y poder político por parte del rey, factores de los que dependía la integridad del Estado. No es posible conocer los detalles de ese declive, pero se hace evidente una serie de factores y síntomas que intervinieron en el proceso. Particularmente significativos en esta forma de gobierno, altamente personalizada, fueron los problemas inherentes al sistema de sucesión y la franca oposición a ese sistema. Este último factor dislocó la integridad dinástica necesaria para la estabilidad real y, junto con el anteriormente mencionado, socavó la capacidad política real, ya fuera minando la eficacia personal del faraón o creando facciones dinásticas que competían por el apoyo de diferentes secciones del gobierno. Asimismo, ambos factores contribuyeron a la pérdida de prestigio y autoridad real al actuar, a veces sutilmente, en contra del concepto de *maat*.

Si bien el sistema sucesorio funcionó con efectividad durante el difícil período de transición tras el reinado de Ajenatón (todos los faraones desde Tutankhamón hasta Rameses I fueron herederos por matrimonio, no por descendencia directa [p. 274]), sabemos con certeza que Setos II sufrió la usurpación del trono (¿temporalmente y tan sólo en el Alto Egipto?) por parte de un «rey» Amenmeses. Si este último fue en verdad un pariente del rey y virrey de Cush, el acontecimiento demuestra la sabiduría de la habitual política de los faraones de excluir de cualquier cargo de importancia a los miembros de la dinastía (p. 260). Posteriormente, ocurrieron nuevas irregularidades, especialmente el acceso al trono de otro «rey» femenino, Tausert (como corregente, y finalmente sucesora de un faraón menor de edad y de corta vida, Siptah). Revelador es también el intento de asesinato de Rameses III en favor de un hijo «menor», que en ningún caso podía pretender la sucesión directa. En el complot partici-

CUADRO 3.3.

Duraciones comparativas de los reinados en el Imperio Nuevo

Dinastía XVIII		Dinastía XIX		Dinastía XX	
Nombre	Años de reinado	Nombre	Años de reinado	Nombre	Años de reinado
Amosis	25	Rameses I	*2*	Setnajt	*2*
Amenofis I	21	Setos I	14	Rameses III	31
Tutmosis I	12	Rameses II	65	Rameses IV	*7*
Tutmosis II	*4*	Mireptah	20	Rameses V	*4*
Hatshepsut	22	Amenmeses	*4*	Rameses VI	*7*
Tutmosis III	54	Setos II	*6*	Rameses VII	*6*
Amenofis II	26	Siptah	*6*	Rameses VIII	*2*
Tutmosis IV	10	Tausert	*8*	Rameses IX	18
Amenofis III	38			Rameses X	10
Amenofis IV Ajenatón	17			Rameses XI	30
Esmenjkare	*3*				
Tutankhamón	10				
Ay	*4*				
Horemheb	28				
Promedio de duración de reinado	19,56		15,63		11,70

NOTA: Los reinados particularmente breves (8 años o menos) se indican en cursiva; obsérvese que se concentran a finales de la Dinastía XIX y a comienzos de la XX.

paron miembros del harén y de la corte e importantes funcionarios del gobierno, entre ellos altos oficiales militares. Su fracaso se debió probablemente —a pesar de que existían estrechos lazos familiares— a la inexistencia de medios institucionales para dar cohesión a esas fuerzas.

Los rasgos peculiares de la sucesión durante la Dinastía XX fueron causa, en parte, de sus problemas políticos. Entre esos rasgos hay que destacar el número inusual de reinados de corta duración y con faraones de gran edad (cuadro 3.3), provocados por la debilidad intrínseca del sistema de sucesión real, en este caso por la supervivencia de varios herederos de edad de Rameses III junto con la muerte prematura de otros faraones más jóvenes (Rameses V, VII)

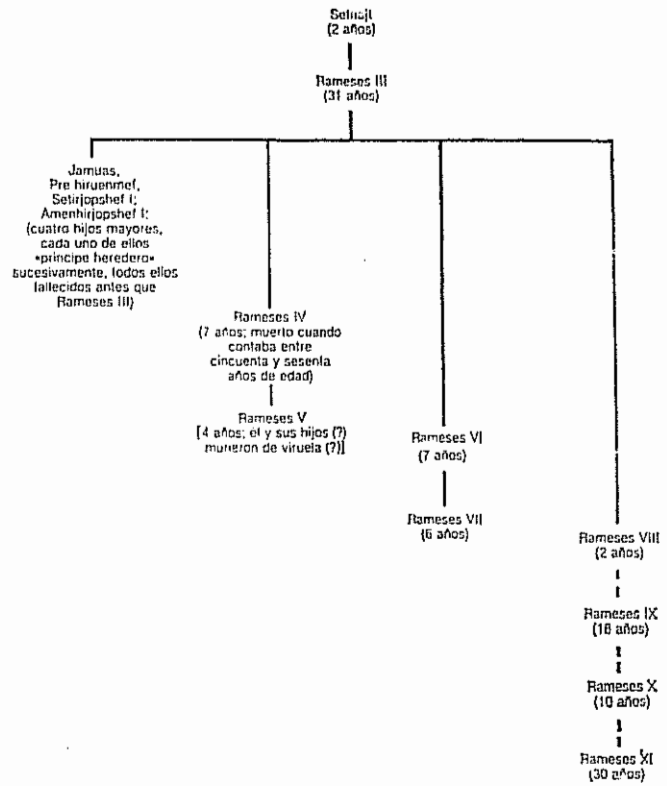


FIGURA 3.9

Genealogía de la Dinastía XX

Se especifican los años de reinado y el parentesco se expresa con una línea de trazos discontinuos. (Véase Kitchen, 1972.)

que hubieran dado lugar al sistema de sucesión normal de padre a hijo, con reinados relativamente largos (fig. 3.9). Estos acontecimientos tuvieron consecuencias relativas tanto desde el punto de vista psicológico como administrativo. El concepto de *maat* conciliaba las limitaciones de la humanidad dentro de la semidivinidad real, pero en el contexto de una progresión natural en la vida del gobernante desde la primera madurez hasta una muerte muy posterior. La sucesión comparativamente rápida de reyes ancianos subrayó el

carácter ambiguo de la relación de los faraones con lo sobrenatural (p. 251-253). Además, el sistema político dependía de la energía y flexibilidad personales del rey y se había desarrollado en el contexto de una edad relativamente joven de acceso al poder, que durante un tiempo dejó de ser la norma.

Uno de los dos ritmos fundamentales de la vida oficial egipcia resultaba ahora desconcertantemente discontinuo. La rutina normal de la burocracia (ampliamente hereditaria ahora, incluso en los escalones superiores; véase p. 287), basada fundamentalmente en el año agrícola, continuó sin interrupción. Pero cuando un nuevo faraón accedía al trono, lo hacía con un programa concreto, similar, en muchos aspectos, pero diferente en detalles importantes y basado en la expectativa de un largo reinado (¡Rameses IV rogó a Osiris que le concediera un reinado de 134 años!). En algunas ocasiones, ese programa contenía importantes iniciativas administrativas o de política exterior y en todos los casos un programa, potencialmente sustancial, de construcción de templos de gran importancia simbólica y la organización del culto funerario del faraón reinante. La sucesión de reinados de corta duración y un cierto aislamiento personal (p. 289) explicaría la situación existente en la Dinastía XX, caracterizada por el fracaso de los programas de construcción, por una política exterior escasamente agresiva y por una menor flexibilidad política.

Los problemas económicos y su significado

Aunque probablemente se produjo un debilitamiento del poder económico real —fuente poderosa de influencia y prestigio políticos— en la Dinastía XX, no conocemos con certeza su auténtica naturaleza e intensidad. La prueba más evidente a este respecto es la disminución del ritmo de construcción de templos y de expansión exterior incluso durante los reinados de mayor duración (Rameses III, IX, XI), pero resulta ambigua en sus implicaciones. El rey iniciaba y hasta cierto punto financiaba la construcción de templos, pero el Estado reclutaba a la numerosa mano de obra necesaria y reunía los alimentos y los materiales de construcción necesarios. ¿Se produjo una disminución *cuantitativa* de los recursos económicos con que contaban el faraón y sus funcionarios, o antes bien, hubo un problema *cualitativo* en la utilización eficaz de esos recursos?

Las complicadas ceremonias anuales de presentación de los impuestos y tributos al faraón simbolizaban el hecho de que en general no se establecía una distinción entre los ingresos reales y los del Estado. No obstante, algunos recursos resultaban de acceso más inmediato para el faraón. Así, los tributos, el botín y, en gran parte, el comercio exterior eran sus prerrogativas como líder guerrero y las propiedades de la dinastía eran administradas por sus mayordomos personales. Por contra, los ingresos del Estado procedentes de los impuestos (¿un diezmo de las cosechas y animales?), las tierras del gobierno, los monopolios y las confiscaciones servían para mantener a los funcionarios civiles, religiosos y militares y pasaban a través de una estructura compleja de intermediarios administrativos que, hasta cierto punto, podían manipular el sistema económico. La disminución en *cualquiera* de los recursos era significativa desde el punto de vista político, especialmente en aquellos recursos a los que el faraón tenía acceso más directo, pero también tenían transcendencia política los problemas que pudieran surgir en la calidad de la administración.

De hecho, parece razonable pensar que los ingresos procedentes de los tributos, el botín y el comercio exterior declinaron después de Rameses III (p. 256), mientras que las expediciones reales en busca de cobre al Sinaí y al Arabeh se interrumpieron tras los reinados de Rameses V y VI respectivamente. De todas formas, tampoco hay que exagerar la pérdida de riqueza de la monarquía. Hasta el final de la dinastía persistió la posibilidad de obtener el oro sudanés; en una ocasión, Rameses XI otorgó regalos por un valor de 50 deben de plata (equivalentes a las necesidades alimenticias de 470 personas durante un año) a un gran sacerdote y Esmendes importó cedro del Líbano en su calidad de faraón *de facto* (pronto lo sería *de jure*).

Se ha dicho que la cantidad de tierra cultivable que controlaban de manera efectiva el faraón y su gobierno disminuyó notablemente a finales del Imperio Nuevo. Aunque en teoría el faraón era propietario de toda la tierra y simplemente delegaba su usufructo, algunos especialistas creen que al finalizar la Dinastía XX, los templos y los individuos privados se habían convertido, a través de un proceso gradual de enajenación, en los propietarios efectivos de la mayor parte de la tierra. Si hubiera existido una buena administración, el gobierno habría podido seguir contando con ingresos procedentes de impuestos y derechos, aunque en cualquier caso, esto es imposible

de demostrar. El Papiro Harris (Rameses IV) pone de relieve que en ese momento los templos eran propietarios de la tercera parte de la tierra cultivable de Egipto, pero desconocemos la situación de las otras dos terceras partes, así como hasta qué punto podían los reyes imponer tributos y controlar la utilización de las tierras de los templos. En un censo de las propiedades de los templos, del rey y del gobierno en una región específica (Papiro Wilbour; Rameses V), los templos aparecen, con mucho, como los propietarios más importantes, pero desconocemos la importancia estadística de este hecho, pues el documento se refiere únicamente a una pequeña proporción de la tierra cultivable de la región.

De hecho, el Papiro Wilbour —la fuente principal respecto a la posesión de la tierra en el Imperio Nuevo— pone de relieve la existencia de una cierta confusión en la administración civil y de los templos, lo cual hace improbable que los templos pudieran haberse convertido en un contrapeso económico y político eficaz de la monarquía. En éste, como en otros documentos, vemos a funcionarios civiles con responsabilidad y un cierto poder sobre las tierras de los templos (a no ser que gozaran de una exención específica). La tierra censada se dividía en parte en grandes propiedades, mientras que en otra parte estaba formada por unidades mucho menores. Las instituciones propietarias podían arrendar las propiedades por la mitad de la producción anual y pagaban un impuesto sobre esos ingresos. Los propietarios —funcionarios y sacerdotes ricos— esperaban obtener un beneficio del resto, aunque era compartido con los agentes y cultivadores que supervisaban y trabajaban la tierra.

Las pequeñas propiedades servían fundamentalmente para la subsistencia de la familia de cada arrendatario y pagaban una pequeña parte (mucho menos de la mitad) del producto a la institución propietaria. La existencia de esta clase de pequeños arrendatarios no refleja una política deliberada del gobierno de dividir sistemáticamente la tierra cultivable entre todos los niveles de la sociedad egipcia, a excepción de los más bajos. En realidad, surgieron de dos formas diferentes. Un grupo muy importante de ellos —sacerdotes, escribas, pastores, cultivadores y (raramente) artesanos— debían trabajar para la institución propietaria y a cada uno se le entregaba una parcela para su subsistencia, contra el pago de diversos derechos (cf. los señoríos de la alta Edad Media europea). El otro gran grupo, sin relación funcional con los templos, estaba formado por personal militar

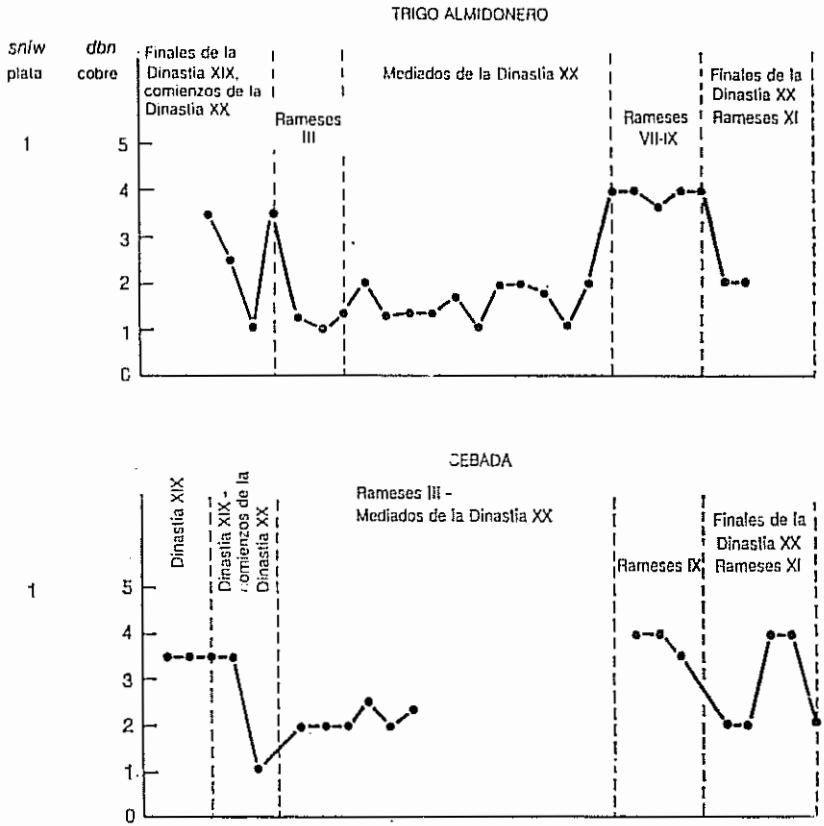


FIGURA 3.10

Los valores fluctuantes del trigo almidonero y de la cebada en las Dinastías XIX y XX

Aunque es válida la variación cronológica *general*, hay que señalar que muchos de los ejemplos se datan sólo de forma aproximada y que la cifra representa «bloques» cronológicos de ejemplos y no una progresión cronológica precisa. Los datos están tomados de J. J. Janssen (1975, pp. 112-116, 119-122). Se han omitido algunos ejemplos cuyas fechas son inciertas y cifras que parecen atípicamente elevadas. La unidad de medida es 1 *jar** (76,48 l) y los valores se expresan en *senu** de plata (5 *deben** de cobre) y el *deben* de cobre (91 g).

cuya subsistencia era preocupación del gobierno (p. 259) y que al parecer era asentado en tierras de los templos (¡otro indicio de poder secular!). La gran uniformidad del tamaño de las exploraciones respondía más que a una planificación a una respuesta espontánea a las necesidades de subsistencia (fenómeno que encuentra cada vez más paralelismo en los señoríos medievales europeos); la explotación media tenía una extensión de 5 aruras (aproximadamente 1,25 ha), suficiente para una familia de ocho personas, mientras que los «soldados» (aunque no otro personal militar como los mozos de cuadra) y sus familias ocupaban habitualmente sólo 3 aruras (aproximadamente 0,75 ha), tal vez porque algunos miembros de la familia se hallaban permanente o periódicamente de servicio en otro lugar.

Otro fenómeno económico, la inflación creciente de los últimos períodos de la Dinastía XX, pudo tener consecuencias políticas, pero tampoco en este caso conocemos con certeza sus causas y consecuencias. Tras el reinado de Rameses VI, el precio de los cereales y, tal vez también de otros productos, se incrementó notablemente (fig. 3.10), pero el precio de los bueyes, asnos y productos manufacturados no se elevó, debido en gran parte al fuerte tradicionalismo de la economía egipcia de trueque, y en parte porque el coste de la cría de los animales o de la producción de los productos artesanales no se consideraba como parte de su valor. No parece en absoluto probable que la producción deliberada influyera en el incremento del precio de los cereales y tal vez de los productos artesanales. Es posible que un déficit sistemático en el nivel de la inundación del Nilo o la disminución de la mano de obra produjeran una gran escasez de productos alimenticios, pero no existen indicios de que eso ocurriera durante ese período de 60 años (compárese las frecuentes referencias a una situación de hambre durante los primeros 100 años del Primer Período Intermedio, véase capítulo 2, con la única referencia que poseemos de tiempos de Rameses XI).

La ineficacia administrativa parece haber sido una causa más probable de los problemas económicos. Los documentos recogen abusos en la recaudación y distribución de alimentos (peculado de los cereales del templo, en tiempos de Rameses III, IV y V, y huelgas de artesanos provocadas por *atrasos*, no por un recorte formal de las raciones distribuidas, en todos los reinados desde Rameses III a Rameses X). El saqueo de las tumbas reales y privadas en la zona de Tebas en esa época está vinculado a esos abusos, así como al de-

terioro de la integridad de la administración local. Sólo los escalones inferiores del gobierno participaron directamente en estos acontecimientos, pero los escándalos subsiguientes provocaron intrigas y debilitaron la moral entre los funcionarios de mayor rango.

El debilitamiento de la monarquía

Probablemente, los factores más importantes que contribuyeron al debilitamiento de la monarquía fueron las relaciones cambiantes entre el faraón, el gobierno civil y el ejército. La estructura gubernamental no se derrumbó a finales del Imperio Nuevo —sobrevivió y constituyó la base del sistema político reformado del Tercer Período Intermedio—, pero se caracterizó por la tendencia cada vez más fuerte a la hereditariedad de los cargos públicos, tendencia que se analiza en detalle en un estudio reciente (Bierbrier, 1975). Guarda relación con este proceso el desarrollo de ramificaciones familiares que vinculaban entre sí a los poderosos escalones superiores de una serie de ramas del gobierno institucionalmente separadas. Este aspecto está perfectamente ilustrado por la familia Merybast, que ocupó diversos cargos de importancia vital desde el reinado de Rameses III hasta el de Rameses XI (fig. 3.11). Particularmente notable era el control que ejercían sobre los recursos económicos más transcendentales del Estado, de la dinastía y del estamento religioso, pero al mismo tiempo, su *dependencia* de la difusión tradicional de los poderes. Como lo demuestra el cese en su cargo de Amenofis, gran sacerdote de Amón, la familia no tenía gran fuerza militar.

De cualquier forma, lo cierto es que el gobierno civil escapó un tanto al control real. Los faraones comenzaron a espaciar sus viajes y se distanciaron de la administración inmediata; su influencia personal disminuyó y comenzaron a carecer de la información que habían poseído hasta entonces. Posiblemente, la necesidad de defender el Norte contra los libios y de reanudar el comercio con el Levante mediterráneo eran materias lo suficientemente importantes como para reforzar la indudable preferencia de los faraones por las residencias del Norte (cf. Pi-Rameses); también la edad y fuerza física de algunos faraones debió tener su importancia en este sentido.

Al espaciarse las visitas de inspección de los faraones, los príncipes reales y otros representantes realizaban los actos religiosos reserva-

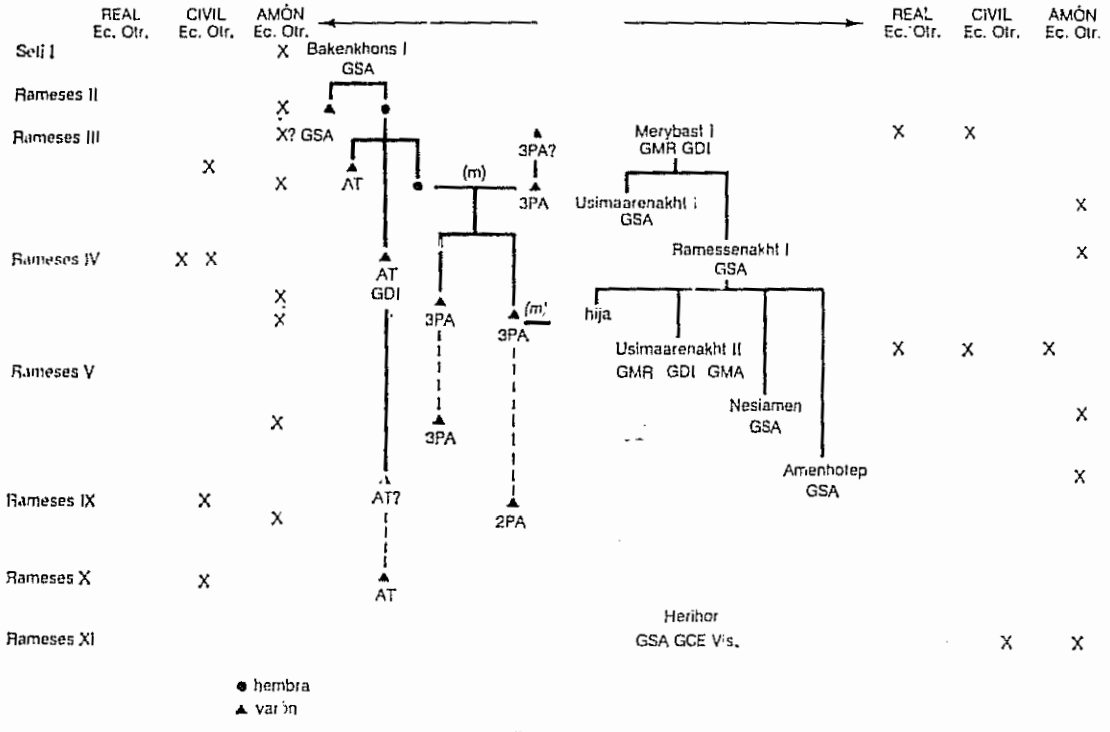


FIGURA 3.11

Diagrama de la historia de la familia Merybast y sus relaciones con otras dos poderosas familias de la Dinastía XX

dos hasta entonces a los faraones; por otra parte, los mayordomos de la corte real comenzaron a ocupar un papel preponderante en actos administrativos importantes, controlando a los funcionarios de mayor rango del gobierno civil. Sin embargo, esos mayordomos carecían de la experiencia de los burócratas y tampoco eran totalmente fiables, como lo demuestra la participación de alguno de ellos en el intento de asesinato de Rameses III.

La atribución al gran sacerdote de Amón de algunas funciones que normalmente habrían sido realizadas por civiles (por ejemplo el pago de los artesanos de la tumba real o la provisión de material de construcción para Karnak) pudo ser, tal vez, conveniente desde el punto de vista administrativo pero el precio fue una nueva pérdida de prestigio real. El gran sacerdote Amenofis fue representado con una estatura igual a la del faraón, ¡crimen iconográfico de *lesa majestad*!

También la fuerza coactiva del faraón sufrió un proceso de declive. A pesar de las victorias libias de Rameses III, la amenaza de violencia por parte de elementos libios infiltrados continuó perturbando el trabajo cotidiano de los habitantes locales, en una ciudad tan meridional como Tebas y en una fecha tan tardía como los reinados de Rameses IX y X, lo cual parece indicar una situación de debilidad militar en las zonas principales de infiltración del delta y el Medio Egipto. Tras el derrocamiento de Amenofis por una facción local, Rameses XI restableció el orden pidiendo a Penehasy, virrey de Cush, que se hiciera con el control del Alto Egipto al mando de sus propias tropas —dos medidas sin precedentes— en lugar de enviar a las tropas reales desde las guarniciones del Norte. El régimen de Penehasy en el Medio y el Alto Egipto, utilizando gran número de tropas nubias (llamados literalmente, «farfulleros»,* véase Bell, 1973; Wente, 1966), era lo bastante parecido a una invasión extran-

---

Hay que destacar especialmente el carácter hereditario de los cargos y las relaciones familiares que vinculan ramas del gobierno separadas institucionalmente. (Adaptado, con modificaciones, de Bierbrier 1975, pp. 2-13.)

Ec. Significativo desde el punto de vista económico. Otr., otro. GSA, Gran sacerdote de Amón. PA2, PA3, segundo y tercer profetas de Amón (los siguientes en la jerarquía tras el Gran Sacerdote). GMR, gran intendente real. GDI, Gran director de los impuestos. GMA, Gran mayordomo de Amón. AT, alcalde* de Tebas. GCE, Gran comandante del ejército. Vis., visir. (Para la mayor parte de estos títulos, véase fig. 4.) (m), vínculo matrimonial.

jera como para actuar finalmente como catalizador para la movilización interna. Tras unos siete años de gobierno, Penehasy se retiró a Cush, presumiblemente bajo la presión de dos nuevas figuras militares, de enorme influencia en la esfera política, el tebano Herihor y su hijo (?) Esmendes. Pianj, hijo de Herihor y su sucesor en el Sur, continuó luchando contra Penehasy en la Baja Nubia.

Así pues, la disciplina de las fuerzas armadas egipcias continuó siendo un factor estabilizador desde el punto de vista político, como lo había sido antes, cuando Horemheb completó el personal sacerdotal —agotado y desmoralizado tras las innovaciones de Ajenatón— con los elementos «más destacados del ejército» (Gardiner, 1953). Pero por contraste con las fructíferas relaciones entre el faraón y el ejército que habían facilitado la transición de la Dinastía XVIII a la XIX, Herihor y Esmendes impusieron a Rameses XI, su monarca titular, una división territorial de Egipto que se oponía de plano a la integridad del gobierno y de la monarquía del Imperio Nuevo. Rameses XI figuró hasta su muerte como cabeza titular de ambas unidades; entonces Esmendes se convirtió en rey de «todo» Egipto, aunque de manera efectiva sólo del Norte, en tanto que los descendientes de Herihor controlaban el Medio y el Alto Egipto. El llamamiento de Rameses XI a Penehasy reflejaba el hecho de que sólo en Cush las exigencias de control y defensa permitían todavía la existencia de un ejército profesional numeroso y activo, pero la cesión del faraón al virrey de una serie de prerrogativas militares estableció un precedente del que luego se aprovecharon otros jefes militares como Herihor.

Un último signo de la desintegración del gobierno tradicional fue la concesión de poderes extraordinarios a personajes individuales. Existían precedentes en este sentido en épocas de crisis, pero en este caso había diferencias importantes. Anteriormente, las concesiones eran menos importantes, se otorgaban a príncipes coronados proclamados formalmente (o con derecho de nacimiento) y eran expedientes temporales. Pero Penehasy, un individuo del pueblo, fue simultáneamente virrey de Cush, jefe del ejército y director de los graneros, en tanto que Herihor era visir, gran sacerdote de Amón y generalísimo.

Los dos últimos títulos serían heredados a perpetuidad por sus sucesores

El Tercer Período Intermedio

La etapa subsiguiente, el Tercer Período Intermedio, se caracterizó por una tensión prácticamente constante —que sólo raramente estalló en un conflicto abierto— entre las fuerzas centralizadoras y las fuerzas centrífugas. La interacción de ambas condujo a una fragmentación política extrema en el último siglo del período. No obstante, también permitieron llevar adelante un gran esfuerzo hacia la estabilidad que resultó en una recentralización rápida y efectiva bajo la Dinastía XXVI. Durante los 124 últimos años del Tercer Período Intermedio (Dinastía XXVI), el gobierno fue relativamente estable, a pesar de la profunda fisura producida en la integridad del Estado por el acuerdo que dio reconocimiento formal en todo Egipto a una única dinastía real (la de Esmendes) a cambio de ceder el control efectivo del Medio y Alto Egipto a una familia (descendiente de Herihor) de «grandes comandantes del ejército», que eran simultáneamente grandes sacerdotes de Amón en Karnak. El enfrentamiento entre las dos líneas se evitaba porque ambas eran ramas de la misma familia (fig. 3.13) y tenían intereses diferentes. La Dinastía XXI, con residencia en Tanis, que antes había sido puerto de Pi-Rameses, gozaba de mayor seguridad interna que la línea de Herihor y, en consecuencia, adoptaba una posición expansiva (aunque por lo general pacífica) en sus relaciones con el Levante. Los «grandes comandantes del ejército» tenían problemas internos más acuciantes; por razones estratégicas residían en El-Hibeh, no en los antiguos centros de Menfis o Tebas (fig. 3.6) y no realizaban un esfuerzo serio para penetrar en Cush, que era su área natural de expansión y la región que explícitamente deseaban controlar.

Aparentemente, el poder se transfirió pacíficamente de la Dinastía XXI a la Dinastía XXII, cuyos miembros descendían de los hereditarios «jefes de los Ma» libios en Bubastis, pero residían en Tanis. Esta dinastía intentó fortalecer el poder real poniendo fin al principio hereditario en el gobierno del Medio y Alto Egipto, pero no alteraron los métodos administrativos básicos de la Dinastía XXI ni su dependencia de los parientes del faraón para las tareas del gobierno. La política exterior de Sesonquis I y Osorcón I fue desusadamente agresiva en el Levante pero posteriormente perdió parte de su fuerza como consecuencia de las tensiones dinásticas internas

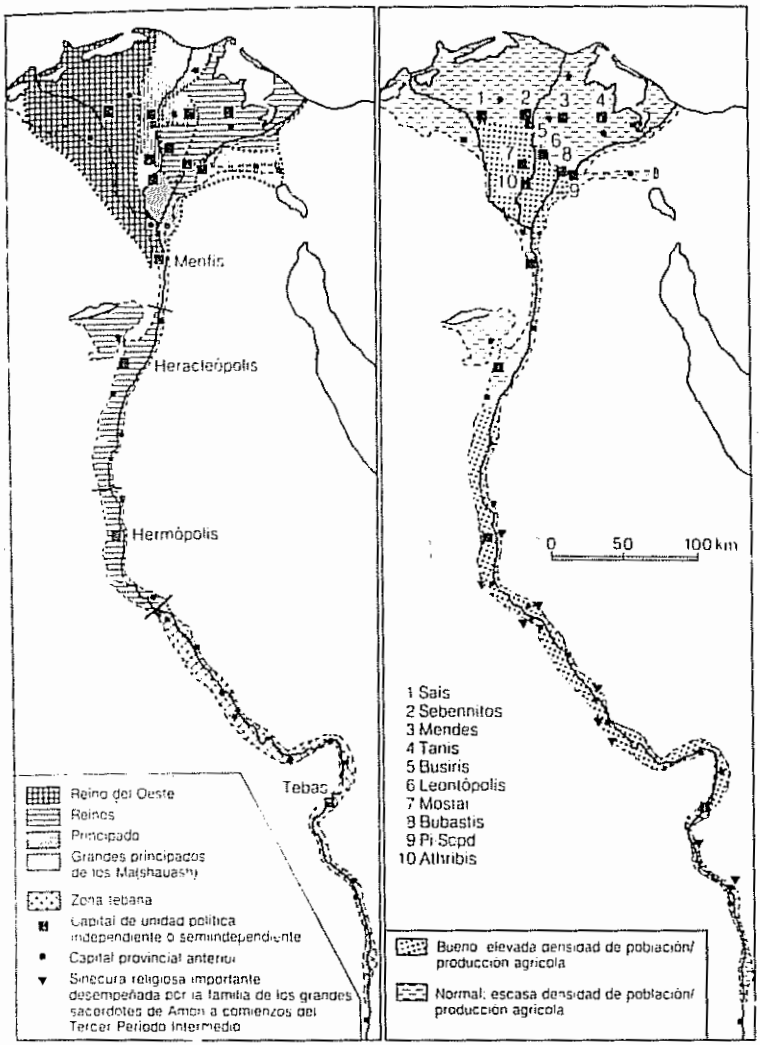


FIGURA 3.12

Mapa político de Egipto en el Tercer Período Intermedio, c. *730 a. C. (1) y (2) modelo actual de densidad de población y producción agrícola sobreimpuesto sobre el mapa político (véase Wilson, 1955)*

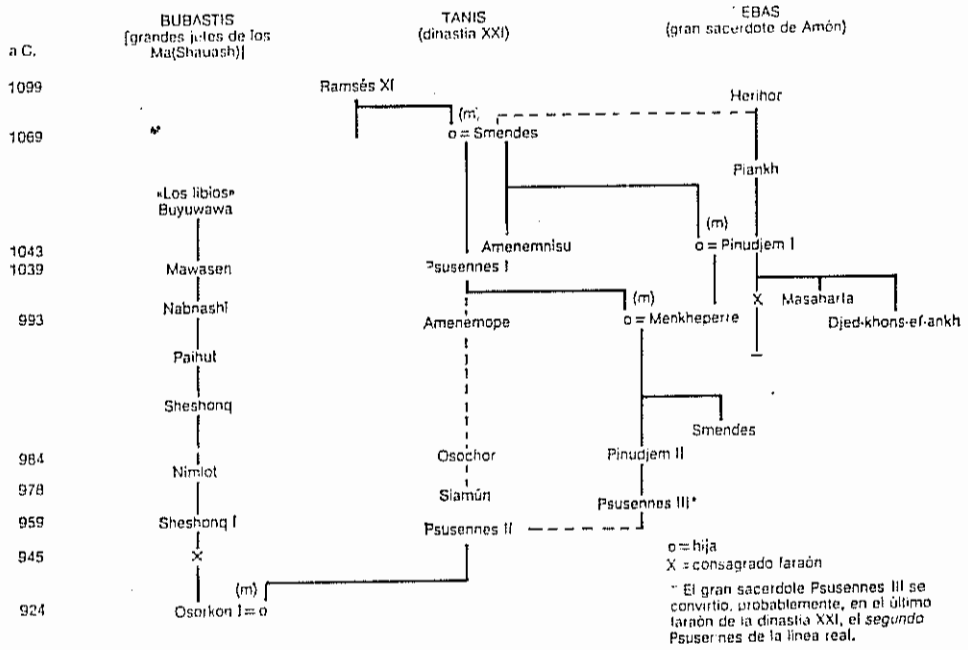


FIGURA 3.13

Genealogías e interrelaciones de la Dinastía XXI, y las dos familias contemporáneas del gran sacerdote de Amón, «grandes comandantes del ejército» de Tebas y los «grandes jefes de los Ma(shauash)» en Bubastis

y la presión de elementos poderosos en la nobleza egipcia provincial. Como respuesta, la monarquía realizó una partición *formal* del Estado. Instaló una codinastía real en Leontópolis (la Dinastía XXIII; fig. 3.14) que se encargó de reafirmar el control dinástico en el Sur, mientras la Dinastía XXII se concentraba en la zona del delta.

Este intento constituyó un fracaso total y no sirvió sino para intensificar la desintegración. La consecuencia fue que las Dinastías XXII/XXIII no fueron capaces de protagonizar la iniciativa militar necesaria en el Levante donde la expansión de Asiria amenazaba los intereses comerciales egipcios. En el orden interno, otros parientes reales en Heracleópolis y Hermópolis siguieron el ejemplo ya conocido y se declararon reyes, mientras en el delta varios «grandes principados de los Ma» adquirieron cada vez mayor independencia. Uno de ellos, cuyo centro era Sais, practicó una política especialmente expansiva y en tiempos de Tecnactis (Dinastía XXIV) consiguió controlar el delta occidental desde Menfis hasta el mar. En el extremo occidental apareció el «gran principado» de los Libu, formado con las constantes inmigraciones desde Libia. En el sur el reino cushita extendía su control sobre el Medio y el Alto Egipto.

Durante todo el Tercer Período Intermedio se incrementaron las tensiones sobre el grado de independencia regional o provincial que se debía tolerar o asegurar y sobre el control de los recursos económicos vitales. Los elementos en conflicto surgían de la estructura política y social de finales del Imperio Nuevo y representan, en una forma notablemente distinta, elementos potenciales de división que el gobierno del Imperio Nuevo había decidido mantener subordinados. A los parientes reales se les concedió ahora un poder administrativo sin precedentes, la política real creó dinastías colaterales de forma inadvertida o deliberada y un número de burócratas locales hereditarios, sacerdotes y jefes militares de origen provincial se vieron cada vez más fortalecidos en sus posiciones. Altos funcionarios del gobierno central (es decir, los visires), que antes eran influyentes y poderosos, ahora, en el caso de Tanis (fig. 3.6), sólo tenían autoridad sobre el territorio inmediatamente próximo a su ciudad de residencia; en Tebas, los descendientes de los agentes del gobierno central y del culto de Amón continuaron gozando de sus títulos pero se convirtieron en una poderosa nobleza provincial. En todas partes se advierte la existencia de una nobleza provincial: en Menfis una

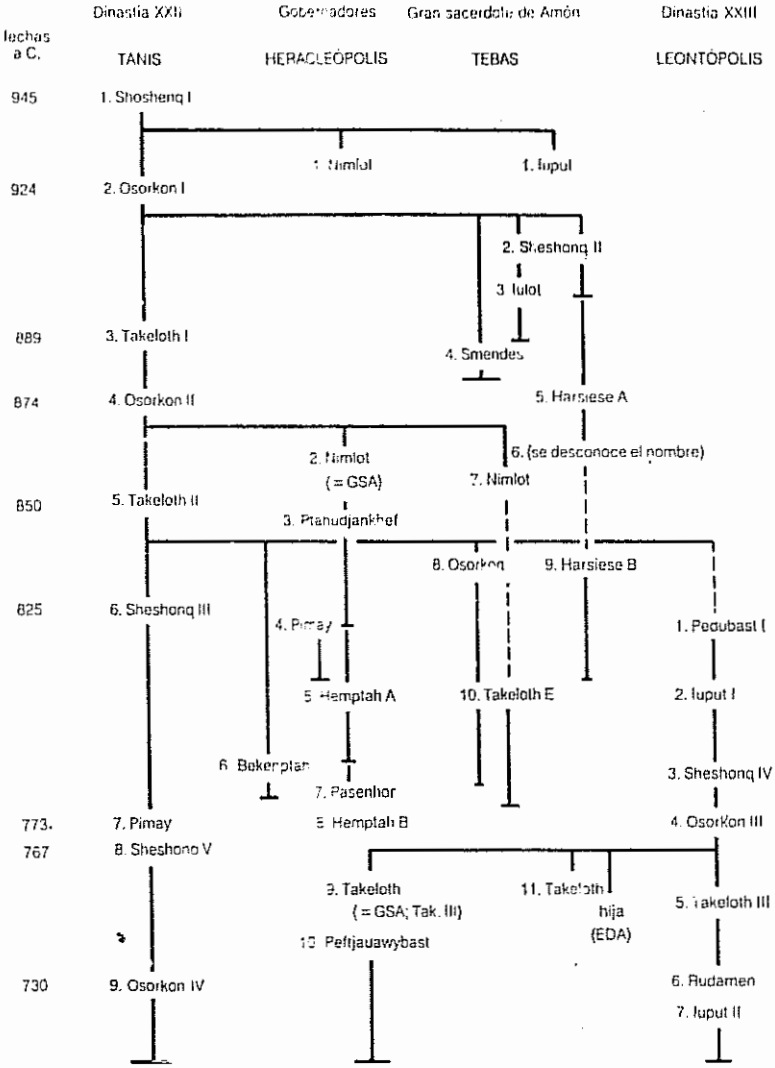


FIGURA 3.14

Las Dinastías XXII y XXIII y sus relaciones con los grandes sacerdotes de Amón de Tebas y los gobernadores de Heracleópolis

GSA, gran sacerdote de Amón. EDA, Esposa divina de Amón. (Véase Kitchen, 1973.)

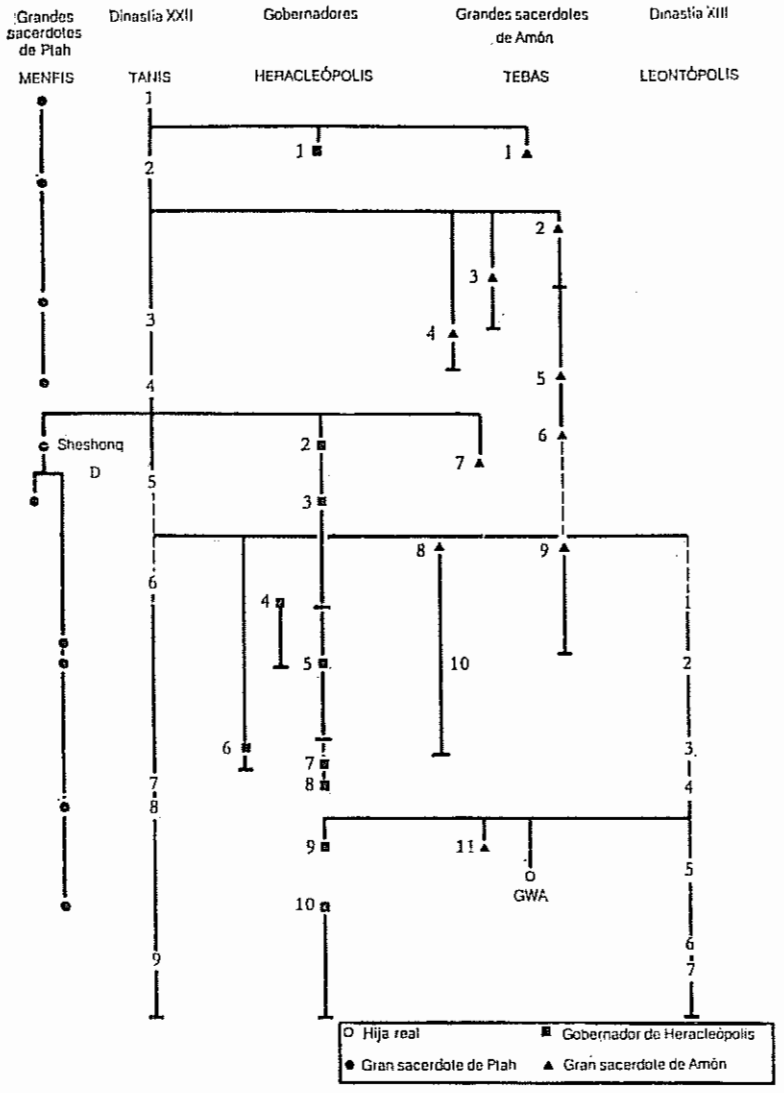


FIGURA 3.15

Simplificación de la figura 3.14 para mostrar el modelo básico de relaciones

Se han añadido los grandes sacerdotes de Ptah. EDA, esposa divina de Amón. (Véase Kitchen, 1973.)

FIGURA 3.16

Un pasaje de la Estela de Amada de Mireptah que describe el empalamiento de unos libios (capturados en la campaña realizada en el año 5 del reinado) en las proximidades de Menfis

El determinativo (indicado por medio de una flecha) clarifica perfectamente el sentido del texto. (Según una copia hecha a mano, Kitchen, 1968.)

familia monopolizaba el gran sacerdocio de Ptah hasta *c.* 870 a. C. y continuó detentando importantes beneficios posteriormente, mientras que en Tinis, la nobleza local consiguió importantes monopolios administrativos y económicos que conservaron hasta bien entrada la Dinastía XXVI.

En el Norte eran particularmente importantes los «jefes de los Ma». Descendían de los jefes libios de los asentamientos militares Mashauash vinculados a algunas ciudades del Delta central y oriental tras las victorias libias durante las Dinastías XIX y XX. En ese momento, los prisioneros de guerra y los soldados extranjeros eran un elemento habitual del ejército egipcio en el campo de batalla, pero la existencia de prisioneros libios *dentro* de Egipto no tenía precedentes y no era fácil eliminarlos. Se toleraba la crueldad ejemplar (fig. 3.16) pero no la exterminación; la expulsión a Libia (que no era controlada por Egipto) no era deseable desde el punto de vista estratégico y, por otra parte, la gran habilidad de los libios en la lucha era necesaria para fortalecer el poder de los reyes (que ahora residían normalmente en el delta) y para fortalecer la frontera oriental y, en consecuencia, las ciudades de esa zona. Originalmente subordinados a los oficiales egipcios, algunos jefes Ma consiguieron dominar algunas ciudades y sus territorios, ayudados por la debilidad del gobierno central, pero también por sus propios recursos militares y por la existencia de una cierta solidaridad étnica, evidente —a pesar de la fuerte egipcianización en los nombres personales— en el

vestido y, ocasionalmente, en la acción política (cf. Dinastía XXII, p. 295).

Desde las Dinastías XXI a XXIII, la principal respuesta real al problema de crear un sistema político fragmentado fue la concesión de poderes extraordinarios de carácter civil, religioso y militar a los parientes reales, instalándolos en zonas estratégicas regionales y provinciales por todo el país y el reconocimiento explícito de la fuerza militar —en sustitución del control burocrático y el poder policial— como la base de la autoridad del gobierno. Desde el punto de vista funcional, los miembros de la dinastía desplazaron a los funcionarios del gobierno central, lo que produjo el declive de estos últimos. La nueva política se oponía a la práctica habitual del Imperio Nuevo (p. 260), pero dado que las circunstancias históricas eran muy diferentes, tenía antecedentes significativos en ese período.

El poder supremo se había reservado *siempre* a los miembros de la dinastía (el faraón, la reina principal, el príncipe heredero). El carácter personal del gobierno era tal que los altos funcionarios obtenían siempre un *status* casi dinástico y los parientes reales, aunque sin poder político, ocupaban posiciones elevadas en los sectores militar y religioso. Los poderes de todo tipo de que gozaban ahora los parientes reales tenían su antecedente en los príncipes herederos «adoptados» del Imperio Nuevo en las épocas de crisis política (p. 291)), situación endémica en el Tercer Período Intermedio.

También las prácticas de política exterior del período anterior eran relevantes en el Tercer Período Intermedio. Debido a las actitudes independientes, en ocasiones agresivas de sus habitantes, extensas zonas de Egipto se hallaban en situación similar a las conquistas exteriores del Imperio Nuevo y los miembros de la dinastía actuaban como los gobernadores de los territorios exteriores en el período anterior, manteniendo su control por medio de guarniciones y ciudades fortificadas en puntos estratégicos internos. Algunos miembros y ramas de la familia real asentados en diferentes regiones (así como algunos miembros destacados de la nobleza provincial) adoptaron algunos de los caracteres de los gobernantes independientes y se desarrolló una compleja red de matrimonios, por motivos políticos, entre esos elementos y la línea real teóricamente dominante. Esa práctica había predominado en la política exterior (no interna) anterior, aunque ahora las hijas de la familia real se casaban

con individuos pertenecientes a otros grupos de poder, mientras que anteriormente era habitual la práctica contraria.

Esta nueva política sustentó el poder dinástico y la apariencia formal de una dinastía unificada, aunque con un coste considerable para el rey, en términos de control y de capacidad coactiva. Habitualmente, los parientes reales gobernantes eran «grandes comandantes del ejército» o «jefes militares» que controlaban sus propias fuerzas y residían en centros provinciales bien fortificados que resultaban muy difíciles de reducir militarmente (Breasted, 1906, IV, ss. 857-865). La integridad dinástica se vio quebrantada por cuanto esos parientes reales tendían naturalmente a establecer dinastías colaterales semidependientes de base provincial, pretendiendo incluso a veces que se les reconociera el *status* real. La solución que se aplicó en la Dinastía XXI fue la de reconocer abiertamente el *status* dinástico de los «grandes comandantes del ejército» y de los grandes sacerdotes de Amón del Sur del país. Las tensiones provocadas por sus aspiraciones esporádicas al título real se resolvieron gracias a los estrechos lazos familiares. Pinedyem I (fig. 3.13), yerno (¿y sobrino?) de Esmendes, se convirtió en «co-faraón» en Tanis y cuando desapareció la dinastía real, el «comandante» de la plaza pasó a ser naturalmente rey (Psusenes, II; fig. 3.13).

Durante las Dinastías XXII y XXIII se intentó fortalecer el poder real limitando los mandos regionales a los hijos del faraón reinante en lugar de concederlos a otros parientes más remotos, impidiendo así la aparición de dinastías colaterales. Esta política, que tuvo éxito al principio, provocó una serie de problemas en un plazo de ochenta años que llevó a Osorcón II a pedir a Amón que «instale a mis hijos en los [puestos que] les he dado para que el hermano no esté celoso (?) del hermano» (Kitchen, 1973, s. 276).

En el Sur, que se hallaba ahora dividido en dos secciones, una gobernada desde Heracleópolis y la otra desde Tebas, pronto se produjeron desviaciones de la práctica deseada (figs. 3.14-3.15). El gran sacerdote tebano Sesonquis (2) generó una dinastía colateral, y le sucedieron dos hermanos (3 y 4) que actuaron con una notable independencia respecto a su rey nominal, Tacelotis I; posteriormente, siguieron en la línea sucesoria un hijo, que se autoproclamó «rey» (5) y un nieto (6). El faraón Osorcón II rectificó la situación, nombrando gobernador de Heracleópolis y Tebas a su hijo Nimlot (Heracleópolis 2, Tebas 7), a quien le sucedieron en Tebas Osorcón (8), prín-

cipe heredero del rey Tacelotis II. No obstante, el gobierno del gran sacerdote Osorcón fue esporádico y encontró la oposición de los descendientes de Sesonquis (véase Tebas 2-9) y Nimlot (véase Tebas 10) y otros aristócratas en una región tan septentrional como Hermópolis (Kitchen, 1973, ss. 293-294; véase también Caminos, 1958, pp. 29 y 153, 111 y 164, 88 y 161, 105 y 163). La consecuencia fue una guerra civil generalizada que tuvo una duración de diez años. Heracleópolis fue gobernada por una dinastía colateral, raramente interrumpida, que descendía de Osorcón II a través de Nimlot (2-8) mientras que el (?) príncipe heredero de Osorcón II, instalado como gran sacerdote menfita, fundó otra dinastía (figs. 3.14-3.15).

Esta desintegración, conjugada con la independencia de elementos provinciales, provocó la división del poder entre las Dinastías XXII y XXIII. El rey Sesonquis III (825-773 a.C.) aseguró su control sobre el delta, estableciendo un feudo hereditario para príncipes herederos de la Dinastía XXII en Atribis-Heliópolis e instalando a otros hijos en centros provinciales (¿Sais?, Busiris). En el Sur, la Dinastía XXIII se vio obligada a luchar por el control de Tebas y Heracleópolis con descendientes de dinastías colaterales de la Dinastía XXII, pero Osorcón III (777-749 a. C.) consiguió instalar a su príncipe heredero en ambos centros. Cuando este último se convirtió en corregente, otro pariente real fue nombrado para Heracleópolis (10), mientras que el «problema tebano» se solucionó por medio de una ingeniosa adaptación de la práctica prevaleciente en el Imperio Nuevo: la supervivencia del cargo de «esposa divina de Amón» (p. 260). El gran sacerdocio cayó en desuso; la «esposa divina» se convirtió en la figura dominante y fue siempre una hija real, instalada por el faraón reinante. ¡La «esposa divina», a la que se exigía que fuera virgen, no podía, de esta forma, dar lugar a la aparición de una dinastía colateral!

Mientras la burocracia central del Norte se situó en la ciudad residencial de Tanis y continuó bajo la supervisión directa tradicional de los reyes, los descendientes de los administradores del gobierno central en Tebas sólo estaban esporádicamente en contacto directo con sus superiores, por lo general (Dinastía XXI) «comandantes» o algunas veces (Dinastía XXII) residentes en El-Hibeh o Heracleópolis. La nobleza tebana entró en conflicto con las atrevidas dinastías a propósito del acceso a una serie de sinecuras religiosas tebanas, importantes y lucrativas. La familia de Herihor intentó

monopolizarlas, como lo hicieron posteriormente una serie de hijos reales y aliados libios de la Dinastía XXII, y en todos los casos, la resistencia tebana obligó a un compromiso, cuyos efectos negativos para las dinastías se superaron mediante la celebración de matrimonios con los tebanos. Los tebanos —y ello no debe sorprender— sostuvieron dinastías colaterales semidependientes de base local, como la de Sesonquis, y rechazaron incluso el co-reconocimiento formal de la Dinastía XXII después de que se estableciera la Dinastía XXIII. La transferencia del dominio político a una mujer en Tebas, iniciada por Osorcón II y continuada posteriormente, no sirvió sino para fortalecer aún más, en una sociedad masculinista, a los burócratas tebanos que nominalmente eran sus representantes.

Otra respuesta de la monarquía a los problemas internos contemporáneos fue la de reavivar la política exterior expansionista que en el pasado había beneficiado al poder real (pp. 258-260). Sin embargo, la debilidad interna obligó a poner en práctica una serie de tácticas muy diferentes de las de períodos anteriores. El énfasis se situó ahora en el mantenimiento de relaciones comerciales y diplomáticas con el Levante mediterráneo (cimentadas con la celebración de matrimonios de princesas egipcias con reyes extranjeros, justo lo contrario de lo que se había hecho anteriormente), más que en la agresión militar, y en ambos casos, el área geográfica sobre la que se desarrolló la acción de los egipcios fue mucho más reducida (figura 3.5). Las campañas militares palestinas de Siamun y Sesonquis I fueron ejemplos aislados. Aunque los últimos reyes de la Dinastía XXII intrigaron contra la expansión asiria, lo cierto es que sólo pudieron recurrir al expediente de «comprar» a todo ejército asirio que amenazaba la frontera egipcia.

Los escribas de Sesonquis eligieron los modelos literarios del Imperio Nuevo (de la época de Amenofis III; véase p. 277) para celebrar sus victorias, recordatorio de que las campañas exteriores tenían tanto una finalidad religiosa y propagandística como práctica. Durante las Dinastías XXI a XXIII, los reyes intentaron mantener la autoridad evocando constantemente el poder sobrenatural de un pasado políticamente estable. Frecuentemente se adoptaban nombres reales o epítetos idénticos o similares a los de los reyes del Imperio Nuevo, y de no menos de dos fiestas Sed documentadas (celebraciones simbólicas del papel político y religioso de la monarquía), una se basaba en una versión del Imperio Nuevo del «absolutista»

Amenofis III. Paradójicamente, el ideal de una estructura política real conforme *maat* lo convirtió en modelo para los elementos indígenas (y para los intrusos cushitas) que competían con las dinastías.

El ascenso de los cushitas y saítas

La debilidad del gobierno real y la concentración en los asuntos del Mediterráneo y en las relaciones internas explican la expansión de Sais y de los cushitas, que cambiaron la situación. La aparición de un reino cushita y su invasión del Alto Egipto se vieron facilitadas por una cierta falta de interés de los faraones egipcios hacia Cush, por la condición de la Baja Nubia (que había sido antes una especie de estado tapón y que ahora era un corredor deshabitado) y por la decadencia relativa de Asuán (p. 308). Las regiones del delta noroccidental y occidental, pobres desde el punto de vista agrícola e insignificantes desde el punto de vista comercial, eran también zonas de interés periférico para las Dinastías XXI y XXII. Tecnactis de Sais y su padre, que se contaban entre los «grandes príncipes de los ma», incrementaron gradualmente su control en esas regiones eclipsando al «gran principado« libu hasta que forjaron el vínculo estratégico vital con Menfis y consiguieron el acceso al Egipto Medio (fig. 3.12). En ese momento, Egipto se hallaba dividido en once unidades políticas prácticamente independientes, gobernadas por una extraordinaria variedad de dirigentes (fig. 3.12). Consistían éstos en reyes formalmente proclamados cuya misma contemporaneidad era una extraordinaria ofensa al concepto anterior de *maat* (pp. 247-248); un príncipe heredero y otro hijo real; Tecnactis, príncipe del delta occidental y ahora (?) «gran jefe de los libu y ma» (los dos grupos libios principales profundamente implicados en la historia egipcia desde la Dinastía XIX); y cuatro «grandes jefes de los ma». Algunos gobernantes de menor rango poseían también un cierto grado de independencia, incluyendo «jefes de los ma», un gran sacerdote local y varios «gobernadores de una ciudad»,* estos últimos más parecidos a los gobernadores de igual título, independientes, existentes 1.400 años antes, que a los alcaldes del Imperio Nuevo. Bajo la dirección de Peye (Dinastía XXV), en 728 a. C., los cushitas frenaron la expansión de Tecnactis hacia el sur (pero no hacia el este), hacia los territorios de Tanis y Leontópolis, donde las Dinastías

XXII/XXIII continuaron gobernando. En 715 a.C., el sucesor de Peye, Sabacón, conquistó el delta, convirtiendo al faraón de la Dinastía XXV en señor reconocido de todo Egipto, pero la estructura política fragmentada sobrevivió intacta al gobierno de esta dinastía, que se prolongó durante medio siglo. La mayor parte de las unidades políticas continuaron existiendo durante 60 años más, siendo en muchos casos sus gobernantes los descendientes de los de la época de Peye, y con idénticos títulos, incluyendo el de «rey».

La Dinastía XXV (cushita) no pudo conseguir la reunificación interna, ni siquiera durante sus primeros cuarenta años de gobierno, relativamente pacíficos. Posiblemente, el hecho de tener que gobernar en dos reinos pudo hacer imposible la unificación, pero lo más probable es que se llegara a la conclusión de que un Egipto fuerte no podría ser controlado por el pequeño estado cushita. El gobierno cushita se basó en la fuerza militar y el gobierno civil local quedó en manos de los dinastas egipcios. Sin embargo, las contribuciones cushitas a la unidad *futura* fueron importantes. En Tebas, los cushitas continuaron manteniendo el cargo de «esposa divina», que tan útil era desde el punto de vista político. El gran sacerdocio, desempeñado por un príncipe cushita y por su hijo, fue revitalizado pero desposeído de toda autoridad militar y civil. Sin duda, la autoridad militar fue desempeñada por comandantes cushitas, mientras que el poder civil quedaba en manos de gobernadores cushitas y, más tarde, de burócratas tebanos. Estaba surgiendo, pues, una distribución de poderes muy similar a la que había existido durante la época estable del Imperio Nuevo.

Importante desde el punto de vista psicológico fue la sutil explotación por parte de los cushitas de las ideas religiosas tradicionales sobre la monarquía. Los cushitas, al subrayar la unidad simbólica y revivir la forma —cuando no el contenido— de los grandes períodos de centralización, eran genuinos devotos de *maat*. Su devoción, argumentaban, permitía obtener la ayuda sobrenatural y demostraba la legitimidad de la dinastía cushita. Preferían tomar como modelo el Imperio Antiguo y el Imperio Medio antes que el Imperio Nuevo. Se desarrolló un mito de la creación sofisticado, supuestamente basado en el Imperio Antiguo; Menfis (la capital del Imperio Antiguo) se convirtió en la residencia real preferida y las tumbas reales de Napata en el Sudán se construyeron según el modelo de las pirámides del Imperio Antiguo (*no* según el de las tumbas piramidales

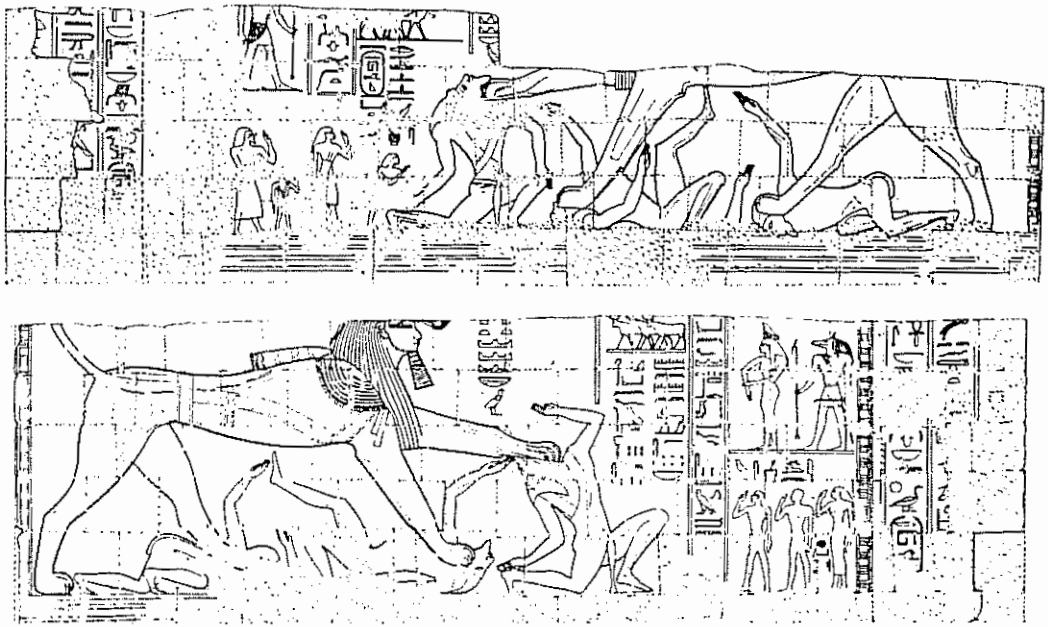


FIGURA 3.17

Escenas grabadas en los muros de un templo construido por Taharqa (Dinastía XXV) en Kawa

Estas escenas, que representan al rey como una esfinge que pisotea a los enemigos libios, se basan estrechamente en prototipos del Imperio Antiguo. Sin duda, fueron copiadas directamente de una serie de monumentos en Saqqara y Abusir, que todavía permanecen en pie. (Según Macadam, 1955.)

del Imperio Nuevo, conocidas desde mediados del siglo VIII, pero no copiadas). Utilizando un sutil criterio selectivo se reprodujeron escenas de los templos funerarios reales del Imperio Antiguo para embellecer los templos de los dioses contemporáneos; entre esas representaciones se incluía —no por mera coincidencia— una escena de una victoria sobre los libios (fig. 3.17).

Aparentemente, el mayor énfasis político se situó desde entonces en la lucha entre Cush y Asiria por el control de Egipto. La Dinastía XXV se opuso con toda energía a Asiria en el Levante mediterráneo, organizando en esa región una gran campaña en 701 a. C. y rechazando una invasión asiria de Egipto en 674 a. C. Asiria conquistó el delta en 671, lo perdió ante el faraón Taharqa en 668-667, consiguió el control de *todo* Egipto en 667-666 y lo recuperó en 664-663, después de haberlo perdido temporalmente tras una campaña del rey Tanutamón. Sin embargo, en otro nivel menos evidente, esos acontecimientos dieron un impulso de gran magnitud a la reunificación egipcia, corolario no deseado ni por Cush ni por Asiria. La política de estos dos estados, combinada con una serie de circunstancias fortuitas, crearon finalmente un contexto en el que el más expansivo de los dinastas egipcios, Psamético I (Dinastía XXVI) de Sais y el «reino del Oeste» pudo restablecer con toda rapidez la unidad del estado egipcio.

La política cushita y asiria tuvo un efecto decisivo en este proceso. El énfasis cushita en la unidad ideológica y ritual del Estado preparó psicológicamente a Egipto para el retorno a un gobierno centralizado. Por otra parte, la oposición activa de los cushitas ante Asiria exigió un elevado nivel de coordinación militar y política entre los dinastas egipcios. Posteriormente, los conquistadores asirios, renuentes a asumir el control total, trataron de crear un sistema de estados egipcios vasallos que estarían demasiado desunidos como para amenazar la posición de Asiria en el Levante mediterráneo pero que serían lo bastante fuertes como para resistir (con la ayuda asiria) una nueva invasión de los cushitas. El deseo cushita de mantener la fragmentación había asegurado la supervivencia del reino saíta y Asiria asignó a este reino una posición dominante en su sistema de estados vasallos.

A pesar de la insensibilidad de los asirios ante las susceptibilidades egipcias —Egipto envió regularmente ofrendas a los dioses asirios sin reciprocidad aparente—, la realidad obligó a mantener en

Egipto un régimen relativamente benévolo. La relación de los dinastas egipcios con Asiria era compleja. Como vasallos obligados a ofrecer tributo, escapaban al control asirio total protegiendo la auténtica zona de interés asirio, el Levante, contra un posible ataque cushita. Los funcionarios militares asirios residentes en Egipto supervisaban la recaudación del tributo y la preparación militar, pero los altos funcionarios civiles y militares asirios no se hallaban instalados en tierra egipcia. El gobierno civil y un cierto grado de poder militar se dejó en manos de los dinastas ayudados por recaudadores de impuestos egipcios y por «jefes» que llevaban títulos asirios.

Los únicos dinastas que establecieron alianzas con Asiria (no en pie de igualdad sino desde una posición subordinada) y que, en consecuencia, recibieron una especial atención fueron Necao de Sais y Pekrur, jefe de los ma de Pi-Soped. El primero tenía una gran fuerza territorial (el Oeste y Menfis, así como Atribis-Heliópolis en poder del príncipe heredero de Necao, Psamético). Por su parte, el jefe de los ma ocupaba un emplazamiento estratégico (Pi-Soped) que dominaba la convergencia de las rutas de invasión que unían Palestina y Menfis. En consecuencia, ambos eran piezas esenciales para poder crear a modo de un estado tapón, y útiles, desde el punto de vista político, como contrapeso mutuo. De cualquier forma, Sais se mostró leal a los asirios durante la campaña del rey Tanutámon, mientras que finalmente Pi-Soped se sometió a este último. El corolario fue que la reconquista asiria condujo al declive de Pi-Soped y aseguró el predominio de Sais.

La afirmación definitiva del poder saíta se produjo cuando Cush se hallaba militarmente exhausta y Asiria tenía toda su atención centrada en otro lugar. La hegemonía asiria permitió a Sais establecer nuevos contactos en el exterior y reclutar mercenarios extranjeros de Anatolia que inclinaron a su favor la balanza militar interna. Por otra parte, su principal rival en Egipto, Pi-Soped, se hallaba muy debilitado. Psamético I demostró una gran habilidad no sólo para explotar esas circunstancias sino para fortalecer la tendencia interna hacia una monarquía estable, aceptable desde el punto de vista ideológico. En un período de diez años (664-654 a. C.) consiguió reunificar el país y en el momento de su muerte, en 610 a. C., esa unidad se había consolidado notablemente.

Nuevos modelos de asentamiento

Durante todo el Tercer Período Intermedio, el mapa del poder real y simbólico se alteró como reflejo de las circunstancias políticas cambiantes y sus efectos culturales. Probablemente, se produjo un importante cambio en el modelo general de asentamiento, corolario de la existencia de un nuevo sistema político, de un sistema diferente de relaciones entre el gobierno y los súbditos y de la situación general de inseguridad. En último extremo, estas alteraciones reflejaron una serie de cambios importantes en la naturaleza de la vida egipcia.

Particularmente notables fueron los cambios que se produjeron con respecto a las «ciudades reales», es decir, ciudades que eran residencia de los faraones y centros administrativos (cf. figs. 3.6 y 3.12). Pi-Rameses perdió su preeminencia en favor de Tanis, ciudad portuaria más fácil de defender que la capital anterior y fundamental para el mantenimiento de lazos marítimos con el comercio del Levante. También Menfis y Tebas vieron declinar su importancia como consecuencia de una serie de aspectos estratégicos internos que habían carecido de importancia en la estructura política del Imperio Nuevo (véase más adelante). Tebas sólo gozó de *status* real esporádicamente y Menfis no fue de nuevo «la ciudad de la monarquía» hasta la dinastía XXV. Otras ciudades aspiraron a convertirse en ciudades reales (Heracleópolis, Hermópolis), pero sólo lo consiguieron en forma tardía y efímera; esto refleja el profundo estado de fragmentación existente. El ascenso de Leontópolis y Sais estuvo vinculado también al problema de controlar y explotar dos regiones de vital importancia, el eje del delta y el valle del Nilo desde Hardai hasta Guebelein (fig. 3.6).

A la luz de lo que ocurre actualmente, estas regiones debían ser especialmente fértiles y densamente pobladas (fig. 3.12) y en su condición de origen fundamental de los excedentes de producción, no sólo habrían constituido la base de la subsistencia de la mayor parte de la población y de la superestructura del gobierno, sino también de las propiedades personales y de los beneficios religiosos de los miembros de la dinastía real y de otras dinastías colaterales y de sus rivales en las provincias. Las propiedades de Amón en Tanis y los cultos asociados debían hallarse en el delta, y sabemos que los beneficios

de los miembros de la dinastía en el Sur, que se mencionan ocasionalmente, se hallaban principalmente entre Hardai y Guebelein.

La importancia del eje del delta se pone de relieve también por la exclusión de los asentamientos mashauash y libu de éste desde finales del Imperio Nuevo, por el *status* real de Leontópolis (Dinastía XXIII) y del feudo Atribis-Heliópolis del príncipe heredero, los cuales subrayaron el acceso dinástico al eje del delta y a las rutas que lo unían con Tanis, y por la adjudicación del *status* real a Sais después de que se hubiera asegurado el control del límite occidental del eje. La importancia de la zona de Hardai-Guebelein (fig. 3.6) se pone de manifiesto por la fortificación de sus extremos septentrional (El Hibeh, y la vecina Shurafa) y meridional (Guebelein) al comenzar el gobierno de los «comandantes del ejército» de la Dinastía XXI, y por el relativo declive de Asuán, situada en una región improductiva y de importancia secundaria desde el punto de vista estratégico y comercial tras la pérdida de Cush a finales de la Dinastía XX. El-Hibeh y Heracleópolis debían su importancia en este período al hecho de que estaban en mejores condiciones que Tebas para mantener las intercomunicaciones dinásticas con Tanis, de vital importancia, al tiempo que podían controlar mejor que Menfis la fértil zona del Sur. Además, las numerosas aldeas con tradición militar existentes en el área inmediatamente circundante constituían un recurso de gran importancia (fig. 3.6).

Una serie de cambios importantes en la topografía simbólica se hacen evidentes en los cementerios reales y dinásticos (fig. 3.6), que reflejan una serie de cambios en el poder político, la situación de inseguridad y el fuerte carácter regional y local de las actitudes político-religiosas. En el Imperio Nuevo, los faraones y los parientes reales siempre eran enterrados en Tebas que, sin embargo, a partir de la Dinastía XX sufrió numerosos saqueos en los cementerios. Por ello Tanis, relativamente segura, albergó las tumbas de las Dinastías XXI y XXII (en el mismo centro del área del templo y de la administración, es decir, *dentro* de la ciudad) pero las Dinastías XXIII-XXIV y la XXVI prefirieron Leontópolis y Sais, respectivamente, mientras que la Dinastía XXV eligió la lejana Napata. Los grandes sacerdotes de Amón y los grandes sacerdotes de Ptah de la Dinastía XXII (ambos parientes reales) fueron enterrados en Tebas (en tumbas «secretas») y Menfis (dentro de la ciudad), respectivamente. La relativa estabilidad de Tanis se refleja también en el hecho

de que fue elegida como centro de una actividad relativamente continua de construcción y ampliación de templos, aunque la importancia tradicional de Tebas estimuló también una esporádica actividad constructora cuando las circunstancias económicas lo permitieron.

La proliferación de ciudades fortificadas y amuralladas constituyó un fuerte contraste con el Imperio Nuevo. El proceso comenzó ya a finales del Imperio Nuevo cuando las fortificaciones masivas del templo funerario-«ciudad» de Rameses III en Tebas debió ser imitado en otros lugares. A finales del siglo VIII, este proceso se hallaba en un estadio muy avanzado. La estela de Peye, que conmemora su victoria sobre Tecnactis en 728 a. C., menciona 19 ciudades fortificadas en un sector del río de 266 km en el Egipto Medio (¡un promedio de una ciudad fortificada cada 14 km!) y hace referencia también en términos generales a las «ciudades amuralladas» del delta, cuya estructura está documentada tanto arqueológica como iconográficamente. La erección de ciudades fortificadas era una respuesta a la inseguridad, a la guerra civil y las invasiones, pero reflejaba también la fragmentación de la administración y el hecho de que el gobierno se apoyaba cada vez más en la fuerza. Por lo general, los cambios administrativos importantes se acompañaban de la construcción de fortalezas.

Parece también que el poblamiento disperso del Imperio Nuevo (p. 267) se hizo más concentrado, incrementándose la población que vivía en un contexto urbano o semiurbano. Por ejemplo, al finalizar la Dinastía XX, aproximadamente el 86 por 100 de la población dentro de un radio de 7 km entre los templos funerarios de Setos I y Rameses III en Tebas, vivía en una ciudad densamente poblada dentro de las murallas de Tebas. Posteriormente, en El-Matmar, en el Egipto Medio, la población local, que antes se extendía sobre una zona bastante amplia, vivía ahora dentro de los muros de un templo provincial. La inseguridad, especialmente en las aldeas más aisladas, contribuyó a acelerar este proceso (cf. las órdenes de Peye sobre una ciudad sitiada: «Que los campesinos no vayan al campo, que los labradores no trabajen la tierra» [Breasted, 1906, IV, s. 821, cf. s. 833]). Esta situación de inseguridad, junto con las dificultades de un comercio de cereales a gran escala en el contexto de una estructura política fragmentada están en la base de la depreciación del valor de la tierra en este período. Otros factores más positivos favorecían también la concentración de la población. Los mercados loca-

les eran ahora la salida fundamental para los excedentes de producción y el acceso al gobierno local, poder arbitral fundamental, era más importante. Las inscripciones funerarias contemporáneas revelan que los dioses locales habían fortalecido su posición como mediadores y centros de actividad de cultos.

El comienzo de la Baja Época

Durante toda la Baja Época, Egipto realizó con éxito un esfuerzo continuado para mantener un estado centralizado eficaz que, a excepción de los dos períodos de ocupación persa (Dinastías XXVII y XXXI), se basó fundamentalmente en modelos nativos de épocas anteriores. No obstante, a pesar de las afinidades —deliberadamente cultivadas— con los sistemas políticos estables del Imperio Nuevo y de períodos anteriores, la Baja Época poseyó unas características específicas provocadas por las circunstancias del Tercer Período Intermedio y por una serie de factores que en épocas anteriores eran menos importantes o no existían en absoluto.

Los rasgos heredados del Tercer Período Intermedio no eran totalmente negativos. Proporcionaron importantes mecanismos para la transición a un gobierno centralizado bajo Psamético I y el arcaísmo se convirtió en un útil instrumento ideológico y administrativo en la Dinastía XXVI. Menos beneficiosa fue la pérdida parcial de carácter sagrado (¡aunque no de poder político!) por parte de la monarquía y la creciente tendencia a la usurpación del trono. La reaparición periódica de unidades político-militares de base regional cuya importancia derivaba en último extremo del Tercer Período Intermedio (Sais, Sebenito, Mendes) tuvo consecuencias complejas. Contribuyó significativamente a estimular la revuelta contra la ocupación persa, pero también fue un factor desencadenante de las crisis internas recurrentes que tuvieron lugar entre las Dinastías XXVIII y XXX.

Los factores nuevos más significativos fueron el acceso limitado a las fuentes tradicionales de ingresos de la monarquía en el Levante y en el Sudán y (especialmente desde que terminó la primera ocupación persa) la presión insistente sobre la integridad territorial de Egipto. La consecuencia fue que mientras que Egipto se hallaba en un estado de guerra más o menos permanente, su política exterior

fue más defensiva que en el Imperio Nuevo e implicó la existencia de contactos y alianzas con un nuevo grupo de estados extranjeros (fig. 3.5). Además, la utilización de soldados (y marinos) extranjeros fue mucho más importante que antes, tanto en los asuntos externos como internos.

El reinado de Psamético I ejemplifica la mezcla, muchas veces sutil, de rasgos antiguos y modernos en la política y la sociedad de la Baja Época. Al principio de su reinado (664 a. C.), Psamético fue vasallo de los asirios, al igual que los otros once gobernantes (cada uno de ellos con residencia en una ciudad fortificada y al frente de un ejército) con quienes compartía el control de Egipto. Una vez rey del conjunto territorial más amplio (p. 306) fraguó un oráculo en Menfis, muy similar a los que pronunciaban los dioses «nacionales» en el Imperio Nuevo, proclamando su derecho exclusivo a la monarquía. Otro oráculo, de carácter más local y reciente, en Buto, cerca de la costa de su reino, legitimó su contratación de mercenarios jonios y carios (estos últimos del Asia Menor) que, probablemente, habían llegado a Egipto por indicación de Psamético. La habilidad y el equipamiento de esos mercenarios dio a Psamético ventajas sobre las tropas indígenas de sus enemigos. Probablemente, practicó una estrategia mixta —militar y política— en el delta, que no tardó en situar bajo su control (657 a.C.), y las fronteras internas, muy largas y expuestas, impusieron y facilitaron una solución al menos parcialmente militar.

El triunfo militar sobre los núcleos menos expuestos y estratégicamente más fuertes del Medio y el Alto Egipto podía tardar largo tiempo en producirse. La amenaza de intervención exterior, para la cual se presentaba una excelente oportunidad, era omnipresente. La política unificadora de Psamético fue considerada por los asirios como una violación de su tratado con ellos. Al mismo tiempo, Psamético debía contar también con el rey cushita, que residía ahora en Napata y cuyos seguidores en Tebas todavía le reconocían en el año 657 a. C.

En consecuencia, parecía mejor recurrir únicamente a la acción política, apoyada por la *amenaza* de una fuerza superior, en la región situada al sur de Menfis. En este proceso fue de gran importancia el nombramiento de individuos leales del Norte para ocupar puestos estratégicos en el Sur, pero más transcendental fue aún el recurso a mecanismos típicos del Tercer Período Intermedio que hicieron posibles esos nombramientos sin necesidad de una acción militar.

Por ejemplo, Heracleópolis parecía haber entrado en decadencia desde que Menfis se convirtiera en una capital cuasi nacional en la Dinastía XXV y no aparecía en una lista asiria de «reinos» egipcios mayores y menores de 667-666 a. C. No obstante, en 661 había recuperado su posición anterior de residencia y centro de los parientes del rey que gobernaban el Medio y el Alto Egipto. El primer oficial de Psamético, Peteisis, era de la región saíta o bien era un gobernador heracleopolitano o bien unido al rey mediante matrimonio.

Peteisis y su hijo y sucesor, Somtutefnajt, tenían, de hecho, un control *territorial* limitado, pero desempeñaban el cargo de «director de los puertos (del río)» del Medio y Alto Egipto. Esto permitió asegurar el control real sobre la principal arteria de comunicación, generó unos ingresos crecientes procedentes de los impuestos (en el plazo de cuatro años un 50 por 100 de aumento, que se elevó al 100 por 100 al cabo de 15 años) y aseguró un cierto control de los puertos de las provincias, punto débil en las defensas de las ciudades. Padre e hijo eran fundamentalmente funcionarios reales, no gobernantes semidependientes. No originaron una dinastía colateral y, a finales del reinado, habían perdido las funciones que les daban mayor poder.

En general, Psamético permitió que los príncipes locales permanecieran en sus puestos si abandonaban los títulos «independientes», como «rey», «gran jefe» y «jefe del ejército» y se incorporaban a una forma centralizada de gobierno real. Ese proceso, aparentemente rápido en el delta, se llevó a cabo con prudencia en las regiones menos accesibles. El cargo real, pero de extraordinario poder, de «director de los puertos» sobrevivió al menos hasta el año 34 del reinado de Psamético, mientras que la relación con Tebas, el mayor centro del Sur, fue muy compleja.

Tebas controlaba todavía las seis provincias más meridionales de Egipto cuando alcanzó un compromiso político con Psamético en el año 656 a. C. Los principales cargos de la región (incluyendo dos descendientes de reyes cushitas) fueron *confirmados* en sus puestos y el gobierno real entró en una dinámica típica del Tercer Período Intermedio al designarse a la hija de Psamético como heredera del cargo de «esposa divina de Amón» (p. 300). Desde entonces, este cargo siguió siendo desempeñado por una princesa de la Dinastía XXVI. Durante el reinado de Psamético se situó a un gobernador real al cargo de la segunda y tercera provincias del Alto Egipto y se

instaló una guarnición real en Asuán, poniendo fin, de manera eficaz, al contacto tebano-cushita. Sin embargo, la asimilación de la administración tebana continuaba todavía 17 años después del acuerdo, cuando gran parte del poder de que gozaba hasta entonces el alcalde y gobernador tebano del Sur fue transferido al mayordomo de la «esposa del dios». Durante el reinado de Psamético o posteriormente (en el año 1 del reinado de Psamético II), el cargo de gran sacerdote de Amón se combinó con el de «esposa del dios» permaneciendo así hasta el final de la dinastía.

En 655-654 a. C. el estallido de una crisis importante permitió a Psamético demostrar (y tal vez incrementar) su ya considerable poder. En esta época gran parte del Egipto occidental desde Oxirrinco hasta el mar —al menos una tercera parte de Egipto en sentido longitudinal—, fue invadida por los libios, tal vez en colaboración con los dinastas egipcios desposeídos de sus dominios. Psamético tomó la iniciativa de expulsarlos siguiendo las técnicas habituales del Imperio Nuevo, ordenando «a los alcaldes * de *todas* las ciudades» de Egipto que enviaran sus tropas para que se unieran a su ejército (Spalinger, 1976).

Pese al nuevo proceso de centralización, las consecuencias del Tercer Período Intermedio persistieron probablemente durante las tres centurias siguientes. La intervención y la presión de los persas fue un aspecto nuevo de enorme importancia, pero la inestabilidad periódica que sufrieron las dinastías egipcias independientes reflejaba la existencia de una serie de problemas continuos, tanto internos como externos.

Las relaciones de Egipto con África

Durante el período de nueve centurias que analizamos en este capítulo los contactos entre Egipto y otras regiones africanas fueron activos y variados y deben ser estudiados en detalle. Excluimos el Sudán desde el comienzo de la Dinastía XXV.

El «África» conocida directa o indirectamente por los egipcios era bastante reducida en extensión y se limitaba a las regiones próximas a Egipto, con una excepción durante un efímero período en el reinado de Necao, en la Baja Época. Son pocos los datos que avalan la afirmación de que la influencia de Egipto en el continente

africano fue intensa, desde el Oeste hasta el Sur. En realidad, ni siquiera disponemos de la documentación necesaria para ilustrar los hechos conocidos (véase Leclant, 1972). Incluso aunque se confirmaran algunas de estas hipótesis, creemos que la difusión cultural a través de los cushitas y libios, parcialmente egipcianizados, fue un mecanismo más importante que el contacto directo.

Los contactos de los egipcios con África y su conocimiento de este continente fueron relativamente superficiales, debido en parte a los obstáculos naturales, como el Sahara, y a la dificultad de movimiento a lo largo del Alto Nilo. Un factor igualmente importante fue el carácter relativamente sencillo de la organización política y militar de Egipto, que nunca creó una hegemonía «imperial» al estilo de la de los asirios, o, antes que ellos, los hititas. Una vez asegurada la integridad territorial y el control o el acceso a una serie de rutas comerciales relativamente próximas y a fuentes de materias primas, los egipcios perdieron el impulso para avanzar más allá. También tuvieron importancia las cambiantes circunstancias históricas. Los conocimientos y el contacto conseguidos en el período expansivo del Imperio Nuevo se perdieron en el Tercer Período Intermedio, que fue una época de contracción, mientras que en la Baja Época, nuevamente expansiva, Egipto se encontró con la dificultad de un fuerte estado cushita en el Sur. La gran hazaña de la circunnavegación de África impulsada por Necao no sirvió para descubrir nuevas fuentes de ingresos y el largo espacio de tiempo empleado (más de dos años) debió confirmar la primacía de las rutas más cortas del mar Rojo y el Mediterráneo.

Para los egipcios, «Libia», la zona de contacto más septentrional, probablemente no se extendía más al oeste de Cirenaica (fig. 3.18). Libia, en el Imperio Nuevo y posteriormente, recibió frecuentemente el nombre de Chehenu o Chemeh, términos arcaicos y aplicados con una cierta imprecisión; el primero se refería a una zona periférica de asentamiento libio a lo largo del delta occidental y el segundo a zonas más remotas. Por desgracia, es imposible hacer concordar con certeza dos conjuntos de nombres tribales libios, el primero proporcionado por fuentes del Imperio Nuevo y el segundo seiscientos años después por Heródoto. Las tribus dominantes durante el Imperio Nuevo eran las de los libu y los mashauash, ambas probablemente asentadas en Cirenaica. Su contacto permanente con Egipto y con los «Pueblos del Mar» del Mediterráneo oriental hace impro-

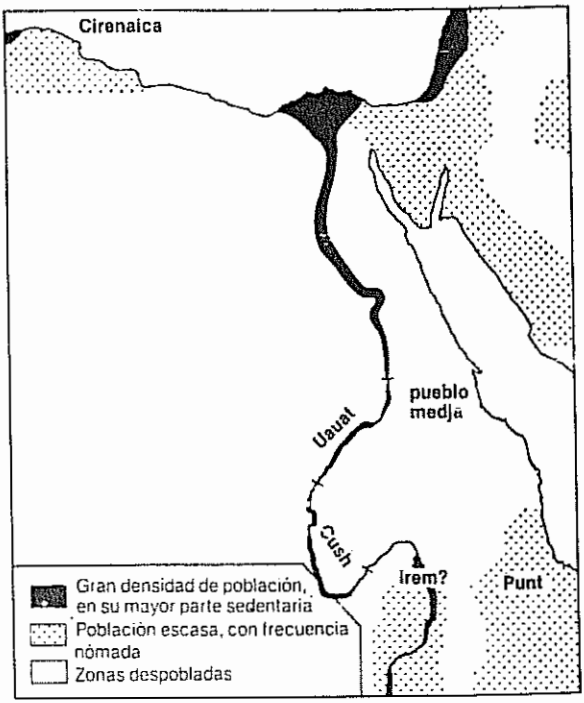


FIGURA 3.18

Versión esquemática del modelo actual de población en el nordeste de Africa, probablemente similar al que existía en los milenios segundo y primero a. C.

bable que alguna de ellas tuviera como base Tripolitania, una zona importante de ocupación costera pero a unos 2.500 km al oeste de Egipto. Su importante actividad ganadera y su relativa independencia parecen indicar, sin lugar a dudas, que su lugar de origen eran la llanura y el macizo de Cirenaica, de abundantes precipitaciones, y no la árida llanura costera del este.

Al sur de la región costera libia, la población disminuía rápidamente hasta desaparecer casi por completo, al igual que ocurría en la mayor parte de los desiertos que flanqueaban el valle del Nilo, región con una densidad de población relativamente elevada, hasta

que comenzaba a incrementarse la densidad de población en la zona correspondiente a un amplio arco que desde la costa occidental del mar Rojo llegaba hasta el África central (fig. 3.18). Ese arco señalaba el comienzo de la zona semidesértica, que finalmente dejaba paso a la sabana, producto del límite meridional del cinturón de precipitaciones del este y centro de África que, en la Antigüedad, correspondía aproximadamente con los límites modernos entre las latitudes 20° y 14-16° N.

Los desiertos no estaban totalmente despoblados. Los oasis de la zona occidental de Egipto podían mantener una población y unían las rutas del desierto, que discurrían por el norte y por el sur y que eran de interés económico y estratégico para Egipto. En consecuencia, durante todo el período de novecientos años que estudiamos en este capítulo, al menos algunos —y a veces todos— de los oasis se hallaban bajo control egipcio. Hacia el este, las colinas del mar Rojo, que recibían mayores precipitaciones, poseían una importante población nómada que no desaparecía por el norte hasta la latitud 27° N (cf. la distribución de los asentamientos *Pan-grave*/medyau; véase capítulo 2). Estos nómadas orientales eran llamados todavía —al menos en el Imperio Nuevo— medjau y, debido a su dispersión, no eran fáciles de controlar.

La conquista de Cush realizada en el Imperio Nuevo, y que comprendió las zonas ribereñas de Uauat (Baja Nubia, desde la Primera hasta la Segunda Cataratas, ocupadas previamente por Egipto en el Imperio Medio) y el Cush propiamente dicho (la Alta Nubia desde la Segunda hasta la Cuarta [?] Catarata) proporcionó a Egipto un conocimiento muy profundo de su población nehasyu («meridional, Nubia»). Los egipcios también penetraron al sur de la Quinta Catarata, aunque ignoramos la profundidad de esa penetración. Asimismo Egipto mantuvo, durante el Imperio Nuevo, un contacto directo y regular con el país de Opone, una región que podemos definir de forma aproximada (O'Connor, 1982, pp. 926, 935). Cuando menos en una ocasión, los egipcios penetraron en el interior de ese país, hasta una profundidad de unos 250 km. Aunque los contactos egipcios se intensificaron nuevamente tras la fase de contracción del Tercer Período Intermedio, el Cush propiamente dicho permaneció bajo control indígena desde la capital cushita de Napata, mientras que Uauat fue una zona prácticamente deshabitada y disputada entre las dos potencias. No hay referencias a la regulación de los con-

tactos con Opone, pero durante la Dinastía XXVI y el período de ocupación persa la navegación egipcia era muy activa en el mar Rojo y, dada la gran vocación marítima de Egipto durante la Baja Época, es posible que anticipara el modelo ptolemaico de contactos egipcios que se extendían, por el Sur, hasta Bab el-Mandeb y el cabo Guardafui.

La localización de algunos de los topónimos africanos mencionados por los egipcios tiene una gran importancia para la reconstrucción de la actividad egipcia en Cush, Opone y las regiones adyacentes. Lamentablemente, la localización de la mayor parte de los topónimos —incluso los más importantes— sigue siendo incierta. El autor sigue en este capítulo las conclusiones publicadas en O'Connor, 1982 (pp. 925-940).

El modelo cambiante de las relaciones entre Egipto y otras regiones africanas fue consecuencia de varios factores. Entre ellos se incluyen los objetivos de la política egipcia, que variaban de una región a otra; la logística impuesta por las características topográficas específicas; la naturaleza de las culturas indígenas y sus reacciones ante los contactos con Egipto y las vicisitudes de la estabilidad interna de Egipto. Las políticas desarrolladas por Egipto en el Levante y en África estaban estrechamente vinculadas. La expansión en el Levante dependía de que no estallara una rebelión en Cush que obligara a derivar fuerzas importantes hacia esa región, y el oro, que se convirtió en un elemento importante en la política egipcia en el Levante, procedía de Cush.

La conquista de Cush originó nuevos contactos y conflictos con otros grupos nubios más remotos, en tanto que la importancia creciente del oro nubio en las relaciones diplomáticas de Egipto con los estados asiáticos introdujo una serie de cambios significativos en la política desarrollada en las regiones situadas al sur de Egipto. En cambio, Libia carecía de recursos apetecibles para Egipto y sólo fue objeto de grave preocupación cuando la amenaza que planteaba a la seguridad egipcia se hizo más apremiante (p. 256). Opone, fuente fundamental para la obtención del incienso necesario en el ritual religioso, era un país un tanto remoto y probablemente no se establecieron contactos directos con él hasta el reinado de Hatshepsut. Desde entonces, sus productos y la posibilidad de acceder a través de Opone hacia las regiones interiores llevaron a Egipto a mantener los contactos con esa región hasta finales del Imperio Nuevo.

Las relaciones con Cush y el desierto oriental

La expansión hacia el Sur (fig. 3.19.1) estaba, pues, íntimamente vinculada a las relaciones con el Levante y a los acontecimientos internos que estimulaban o inhibían la actividad egipcia en el interior. Kamose (Dinastía XVII) y Amosis (Dinastía XVIII) tuvieron que hacer frente simultáneamente a los hicsos y a los cushitas, que estaban política y estratégicamente vinculados, expulsándoles respectivamente de Egipto y Uauat y creando zonas tapón en el sur de Palestina y en la región de la Segunda Catarata. Las rebeliones internas que estallaron a finales del reinado de Amosis demostraron que la situación política de Egipto no era completamente estable y, por tanto, su sucesor, Amenofis I, parece que no avanzó hacia el sur más allá de Sai y que no intentó ninguna campaña en Asia. Sin embargo, Tutmosis I se aseguró el control sobre toda la región de la Tercera Catarata, consolidando su posición mediante la construcción de una fortaleza en Tombos, y atravesó Cush erigiendo simbólicamente una estela fronteriza en Kurgus (tal como poco después estableció otra en el Éufrates). No obstante, persistió la tenaz resistencia al avance egipcio. La que se opuso a Amenofis I y Tutmosis I fue, casi con toda seguridad, encabezada por líderes políticos y militares descendientes de los «gobernantes de Cush» (con base en Kerma), que habían dominado gran parte de la Alta Nubia y Uauat durante el Segundo Período Intermedio; la «familia real» cushita, con aliados en la Alta Nubia, parece haber planteado su resistencia final contra Tutmosis II.

Pese a todo, la región de la Tercera Catarata siguió sumida en la inestabilidad hasta que Hatshepsut y Tutmosis III acabaron con ella y extendieron el control egipcio por el sur hasta la Cuarta Catarata. Aunque no poseemos muchos testimonios al respecto, sabemos que las intensas campañas de Tutmosis III en el Levante, que ampliaron de forma permanente el control egipcio sobre un área muy extensa, estuvieron precedidas por una expansión comparable a Cush durante el reinado conjunto de Tutmosis y Hatshepsut. Esta campaña fue menos dura que el conflicto con los asiáticos, pueblos urbanos y con una gran organización política y militar, pero la eliminación definitiva de Cush —peligro potencial que podía distraer gran parte de las

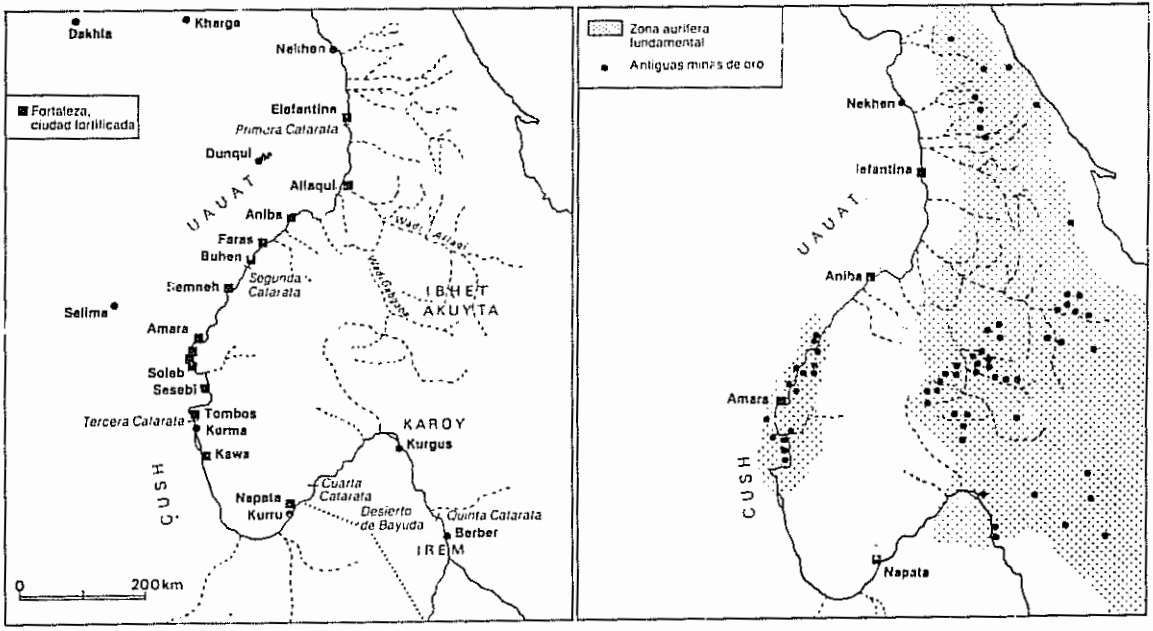


FIGURA 3.19

Egipto durante el Imperio Nuevo en Uauat y Cush (1) y (2) zonas auríferas de Uauat y Cush (según Vercoutter, 1959)

La línea de puntos del desierto de Bayuda indica la ruta formada por una serie de pozos de agua. (Véase Chittick, 1955.)

energías egipcias— era un preludio necesario a la expansión hacia la zona del Levante.

Si, como parece probable, la campaña de Hatshepsut contra Nubia a comienzos de su reinado fue provocada por los ataques contra las guarniciones egipcias, lógicamente éstos se debieron producir en la zona recientemente conquistada, la región de la Tercera Catarata. Por otra parte, en el año 20 del reinado de Hatshepsut, Tutmosis III sofocó, en nombre de Hatshepsut, una rebelión o invasión en Miu, territorio situado en la misma región. Los dos monarcas corrientes estaban familiarizados con otras regiones más al sur, como lo demuestra el hecho de que Hatshepsut elaborara una lista de topónimos que incluía Irem y otros lugares situados, probablemente, en la Quinta o la Sexta Catarata; además, una poderosa expedición egipcia llegó a Irem al menos en una ocasión y exigió el pago de tributo, alcanzando el valle desde el país de Opone en el este, mientras que Tutmosis III, durante el reinado de Hatshepsut, cazó un rinoceronte en «los países del Sur», que se hallaban al sur de la Alta Nubia, país cuyas condiciones ambientales resultan inadecuadas para ese animal (O'Connor, 1982, apéndice).

A partir de entonces, Tutmosis desarrolló una actividad extraordinariamente intensa en el Levante entre los años 22 y 42 de su reinado, lo que indica que Egipto había establecido firmemente su dominio sobre la Alta Nubia durante el reinado de Hatshepsut o al principio del reinado de Tutmosis III como faraón único. La fecha significativa es tal vez el año 31 del reinado de Tutmosis, la primera vez en que se registra el tributo * de Uauat y Cush. En el año 34 de su reinado cuatro hijos del jefe de Irem fueron enviados (¿como rehenes, prisioneros?) a Egipto y fue probablemente al año siguiente cuando Tutmosis erigió un duplicado de la estela de frontera de Tutmosis I en Kurgus, al igual que dos años antes lo había hecho en el Éufrates. Ciertamente, Napata era un centro egipcio permanente en el año 47 de su reinado.

La región de la Tercera Catarata, estrechamente controlada por Egipto, revistió una importancia muy considerable durante todo el Imperio Nuevo a pesar de su pobreza agrícola y su población relativamente escasa. Allí surgieron varias ciudades-fortaleza (o templos-fortaleza), que siguieron floreciendo después de que fuera conquistada la zona más fértil de Cush. Una de ellas —Amara— se convirtió en el centro administrativo más importante de Cush, a pe-

sar de que no ocupaba una posición central en el país. Esa importancia constante a lo largo del período refleja su utilización como base de operaciones, los escasos riesgos de que se produjera en ella un ataque del exterior y su valor económico, ya que los principales depósitos de oro del río se hallaban precisamente en esa zona (fig. 3.19.2). Se ha dicho también que esa región fue un centro importante para las rutas comerciales del desierto que unían la Alta Nubia con la norteña Butana.

Una vez asegurado el control de Cush, la actividad militar egipcia se centró en el este y en el sur. Durante todo el Imperio Nuevo se menciona insistentemente Napata y Karoy (la zona del río entre la Cuarta y Quinta Cataratas) como la zona más meridional de dominio total de los egipcios, pero era imprescindible conseguir un cierto control, aunque fuera menos estricto, de las regiones de la Quinta y Sexta Cataratas e incluso más allá. El hecho de que Karoy se hallara deshabitado y las dificultades que planteaba la navegación por el río en esa zona, así como la aridez del desierto de Bayuda, hacían de ella una zona fronteriza natural. Por otra parte, la dispersa población pastoril de las regiones situadas más allá de Karoy habrían exacerbado los problemas habituales derivados de un control estricto. Ahora bien, esas poblaciones, si se las dejaba en completa libertad, monopolizarían el acceso a una serie de productos interesantes para Egipto (por ejemplo el oro) y atacarían los centros egipcios y a la población pacificada de la vecina Cush. Finalmente, los egipcios consiguieron establecer un sistema de control en Irem y en las regiones adyacentes, control basado no en centros permanentes, sino en el sistema de patrullas, a las que se podía añadir, cuando era necesario, la organización de una campaña militar (cf. la situación similar entre la Sexta Dinastía egipcia y Uauat y —hasta cierto punto— entre Uauat y Cush durante el Imperio Medio; véase el capítulo 2).

El desierto nubio oriental, accesible fundamentalmente desde Uauat a través de los Uadis el-Allaqui y Gabgaba, contenía importantes recursos auríferos (fig. 3.19.2); en ocasiones, Uauat producía veinte veces más oro que Cush. Los egipcios explotaban ya esos recursos a comienzos de la Dinastía XVIII pero la región vio incrementar su importancia al convertirse el oro en un elemento fundamental de la influencia egipcia en el Levante mediterráneo (cuando la actividad militar fue sustituida en gran medida por el sistema de alianzas

y por las relaciones comerciales, a finales de la Dinastía XVIII y tras una serie de campañas importantes en la Dinastía XIX).

La aridez planteaba problemas de tipo logístico en la Nubia oriental, pero otro factor importante era la existencia de una población nómada o seminómada (en sentido amplio, el pueblo medya) que dificultaba la explotación egipcia. Los desiertos orientales se hallaban relacionados con Irem y las regiones contiguas de varias maneras: todas ellas tenían importantes yacimientos auríferos (fig. 3.19.2); sus poblaciones mantenían contactos y, además, el pueblo medya se hallaba directamente vinculado con la costa del mar Rojo (mientras que los pueblos de Irem y de las zonas adyacentes se hallaban relacionados indirectamente). Ciertamente, las actividades egipcias en ambas regiones estuvieron relacionadas en determinadas épocas.

Teniendo en cuenta los objetivos que hemos planteado más arriba, es posible sugerir un esquema de la política que los últimos faraones de la Dinastía XVIII siguieron en el Sur. Tutmosis IV luchó en los desiertos que se extienden al este de Uauat y tal vez en Irem y en otros dos lugares próximos. Para actuar así, anticipó la política de su sucesor, Amenofis III, mejor documentada, y que sin duda respondió a los mismos motivos. En el reinado de Amenofis III, podemos vislumbrar la existencia de un plan de conjunto para incrementar y mejorar la explotación de las zonas auríferas. Aproximadamente en esa misma época la autoridad del virrey de Cush se amplió para incluir las minas de oro del Sur de Egipto y, de hecho, el nombre del virrey de Amenofis, Merymose, ha sido hallado en el Sur de Egipto en Reddesiyeh, zona que se había convertido en un importante productor de oro a comienzos de la Dinastía XIX. Ibhet, una región situada en el desierto al este de Uauat, donde existían yacimientos de oro, fue también invadida por Merymose, que avanzó desde el valle por el Uadi el-Allaqui, probablemente en conjunción con otras campañas que datan del año del reinado de Amenofis.

A lo largo de ese año un ejército navegó por la costa del mar Rojo, frente a Uauat y Cush, y hostigó a los habitantes nehasyu de la región. Los nehasyu debían ser un pueblo nómada con base en la llanura o en las colinas costeras que habían penetrado hacia el interior dificultando la explotación de las minas de oro. La región afectada era llamada Ureshe[k],* probablemente el mismo topónimo que el topónimo Aushek * del desierto oriental, dominado por el pueblo medya en el Imperio Medio. Amenofis dio instrucciones también para

que otro ejército invadiera Irem y el topónimo cercano Turek.* Esto habría permitido mejorar la seguridad en la frontera y facilitar el acceso a las minas de oro de Amu * —en la latitud 19° Norte (O'Connor, 1982, p. 939)— de donde procedía el oro de Karoy al que se hace referencia específicamente en conexión con esta campaña.

El límite que alcanzó Amenofis III en su penetración en el desierto oriental viene indicado por la aparición de un nuevo topónimo, Akuyta, atestiguado por primera vez en las listas toponímicas de su reinado y que hay que situar, sin ninguna duda, en esa región. La importancia de Akuyta se refleja en su reaparición en las listas de Ajenatón (Amenofis IV), Horemheb, Rameses II y Rameses III, y se basaba en el esfuerzo constante para mantener la importante producción de oro conseguida por Amenofis III. Ajenatón castigó a la población de Akuyta por amenazar la provisión de alimentos de los mineros, mientras que Setos I y Rameses II se mostraron muy preocupados por el aprovisionamiento de agua de los mineros que trabajaban en los yacimientos de oro de Akuyta. Un virrey de Rameses II registró la sumisión del jefe de Akuyta, aunque el sucesor de Rameses, Mineptah, pudo tener nuevos problemas en el Este. En efecto, ¿cómo explicar, si no, una campaña en el año 4 de su reinado relacionada con Uauat, zona estabilizada desde hacía tanto tiempo? Tal vez a partir de entonces Akuyta planteó menos problemas a Egipto; el «representante de Uauat» actuaba en Akuyta todavía en el reinado de Rameses VI, mientras que en la época de Rameses IX los nehasyu de Akuyta ayudaron a los egipcios rechazando un ataque nómada contra las minas de los Uadis Hammamat o el-Allaqi.

También continuó la actividad en la zona de las Quinta y Sexta Cataratas. Desconocemos cuál fue el objetivo de las campañas nubias de Tutankhamón (?) y Horemheb. Sin embargo, una vez que Setos I concluyó su enérgica campaña en Asia con un acuerdo diplomático, se incrementó la necesidad de conseguir oro, que era un elemento de gran importancia en la esfera diplomática. En el año 9 de su reinado, Setos comenzó una explotación más intensa de las minas de oro del Sur de Egipto y al mismo tiempo atacó Irem. Rameses II realizó una campaña contra Irem y exigió el pago de tributo desde ese momento y es probable que también Rameses III luchara contra Irem. Una serie de jefes cautivos de Cush, de un topónimo borrado, que tal vez haya que reconstruir como Irem, y de otros dos topónimos en las proximidades de Irem, fueron representados en Medinet Habu, y los

habitantes de Irem se vieron obligados a servir en la corte real egipcia. Es significativo también que Rameses III explotara las minas de oro de Amu,* cuyo acceso dependía de la aquiescencia de Irem.

La larga ocupación egipcia de Cush y Uauat (hasta finales de la Dinastía XX) provocó una intensa y constante interacción entre los egipcios y los indígenas que tuvo interesantes resultados. Los aspectos más importantes de esa interacción están recogidos en las escenas que aparecen en los muros de la tumba de Huy, virrey de Cush durante el reinado de Tutankhamón (fig. 3.20). Los comentarios textuales son mínimos pero el contenido y el tamaño diverso de las figuras, de gran significado simbólico, reflejan los intereses fundamentales de Egipto en la región, la estructura administrativa organizada para conseguirlos y la naturaleza de las relaciones entre los egipcios y la población indígena.

La representación de la investidura de Huy subrayaba la importancia del virrey y su estrecha relación personal con el faraón. Los datos que poseemos sobre el cargo del virrey muestran que se hallaba íntimamente relacionado con la expansión en Uauat y Cush, fenómeno estrechamente vinculado al poder real y a la mística de la monarquía. El primer virrey fue instaurado tal vez por Kamose y, con toda seguridad, por Amosis, y hasta ahora se ha documentado la existencia de treinta virreyes, que se sucedieron hasta finales del reinado de Rameses XI. Muy pocos virreyes —o ninguno— deben quedar por descubrir todavía. Los primeros virreyes fueron, tal vez, como Amosis Turo (Amosis-Tutmosis I), elegidos dentro de la administración establecida para controlar los territorios conquistados, pero posteriormente procedían de la administración en Egipto, excepto en aquellos casos, muy raros, en que un hijo sucedía a su padre como virrey. Las responsabilidades fundamentales del virrey eran las de recaudar y entregar el tributo y los impuestos (que ocupan un lugar preeminente en la tumba de Huy), la de explotar con eficacia las regiones auríferas y la de subdirigir el gobierno civil de la provincia. Aunque muy pocas veces añadían cargos o títulos militares a su cargo de virrey y aunque el mando militar era desempeñado formalmente por el «comandante del batallón de Cush», en la práctica, los virreyes podían asumir el mando militar directo de las fuerzas de la provincia (por ejemplo Merymose en el reinado de Amenofis III y Panehesy durante el de Rameses XI). Además, al menos una tercera parte de los virreyes, entre la Dinastía XVIII y los comienzos

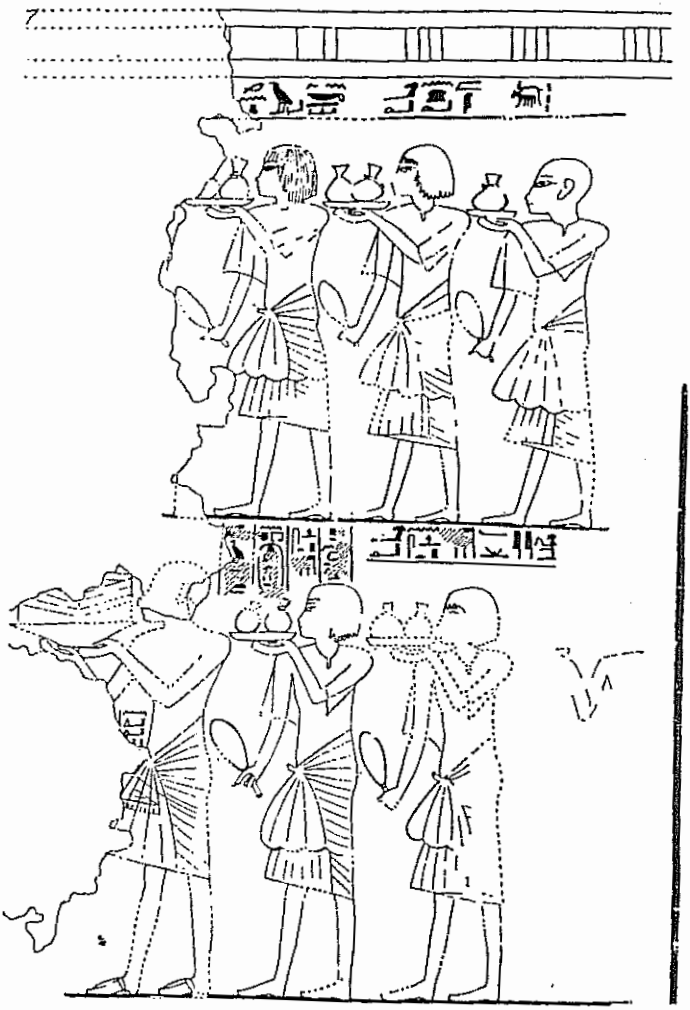


FIGURA 3.20

Funcionarios de la administración de Nubia en tiempo de Tutankhamón, llevando regalos al virrey Huy

Son: escena superior, de izquierda a derecha, el representante de Uauat (destruido), el representante de Cush, el alcalde de Soleb y un director de ganado; escena inferior, de izquierda a derecha, el gran sacerdote de Tutankhamón en Faras, el «representante» de la fortaleza de Faras y el alcalde de Faras. (Según Davies y Gardiner, 1926.)

de la Dinastía XX, procedían de la administración de los carros o de los establos, hecho que refleja probablemente su papel en el tipo de campaña desarrollado en el desierto en ese período (pp. 322 ss.).

Los estrechos lazos de los virreyes con el faraón se revelan en sus títulos, hábitos administrativos y orígenes. Los virreyes equivalían funcionalmente (aunque tenían mayor poder) a los «directores de las tierras del Norte» en el Levante y gozaban de un *status* casi dinástico como «hijo del rey» o «hijo del rey de Cush» (p. 261). Nombrados por el faraón, a quien informaban directamente, muchos de los virreyes (casi el 50 por 100) procedían de las secciones «reales» de la burocracia y el ejército, es decir, de las filas de los legados, heraldos, escribas, aurigas y directores de los establos reales. Esta estrecha conexión facilitaba el control de la monarquía sobre un funcionario que gozaba de extraordinario poder y que gobernaba un extenso territorio (desde Nejen en el Alto Egipto hasta Napata), cuyo producto principal —el oro— era especialmente importante para el poder temporal y sobrenatural de la monarquía, ya que eran el faraón y el culto de Amón los que se beneficiaban especialmente de él. Ahora bien, también reflejaba la importancia simbólica de Cush, donde se ponían en evidencia, de forma especialmente satisfactoria, las habilidades guerreras de los faraones egipcios, habilidades aprobadas por la divinidad.

La estructura administrativa de Cush, que aparece esquematizada en la tumba de Huy (fig. 3.20) y que está documentada en otros lugares, imitaba la del gobierno central de Egipto. El virrey poseía su propio personal de escribas, enviados y agentes, mientras que Uauat y Cush eran administrados directamente por un «representante».* El gobierno estaba centralizado en dos capitales de provincia, sin duda Faras y Soleb (la antigua Jaemhet; véase fig. 3.20) en el reinado de Tutankhamón (véase la importancia dada a los funcionarios de estas ciudades en la tumba de Huy) pero habitualmente Aniba y Amara. Éstas y otras ciudades renovadas o fundadas por los egipcios del Imperio Nuevo por toda la región estaban gobernadas por un alcalde * o, cuando se trataba de una ciudad de tipo militar, por un funcionario militar * y la mayoría de ellas poseía un personal sacerdotal encargado de los cultos de los dioses egipcios.

Durante todo el Imperio Nuevo, estos centros urbanos, egipcios desde el punto de vista étnico y cultural, estaban rodeados por una importante población no egipcia por su raza, lengua(s) e, inicialmente

(en Cush si no en Uauat), por su cultura material. No hay motivos que nos hagan pensar que se produjo un desplazamiento masivo de la población indígena por nuevos pobladores egipcios, y la teoría de que Uauat, e incluso también Cush, se despoblaron poco a poco debido al descenso del nivel del río o a la política represiva egipcia no parece tener fundamento. La posición subordinada de los nubios queda claramente reflejada en la tumba de Huy, donde se les muestra entregando tributo a diferentes centros de Nubia y, desde luego, acompañando la presentación del tributo al faraón. Los jefes nubios se postran ante el faraón, sus hijos aparecen como rehenes o como miembros futuros del harén real y otros nubios aparecen como prisioneros o esclavos (fig. 3.21) Ciertamente, la población indígena se dedicaba a la actividad económica esencial de Cush, la agricultura y el pastoreo. Por otra parte, los cushitas estarían obligados a prestar servicios a la administración civil, militar y religiosa y muchos de ellos serían reclutados para el ejército, frecuentemente como secciones específicas de las guarniciones del Levante.

Dos aspectos de las relaciones de la población indígena con Egipto eran especialmente importantes. En primer lugar, algunos elementos del Sur fueron incorporados a la administración de la provincia, de la que habían sido excluidos durante el Imperio Medio. En segundo lugar, se produjo en todos los niveles de la sociedad indígena la adopción de los hábitos egipcios por lo que respecta a la cultura material e intelectual, adopción que llegaría a ser completa en Uauat y que debió alcanzar un nivel importante al menos en algunas partes de Cush. Sobre esta base, no parece ilógico pensar que las diferencias entre los egipcios y la población nubia, dominantes desde el punto de vista numérico, fueron desapareciendo gradualmente cuando los nubios comenzaron a ascender hasta los escalones superiores del gobierno y la sociedad provincial. Por desgracia, el proceso de aculturación en Uauat hace imposible confirmar estas hipótesis, mientras que los datos que poseemos de Cush son todavía escasos.

La élite indígena estaba dominada por una serie de «jefes», cuya existencia está especialmente bien documentada en la Dinastía XVIII, aunque también se les menciona posteriormente. Para ese período, las representaciones que poseemos de la presentación del tributo nubio, en las que los jefes están indicados por su actividad, su gran tamaño y su vestimenta diferente, sugieren que

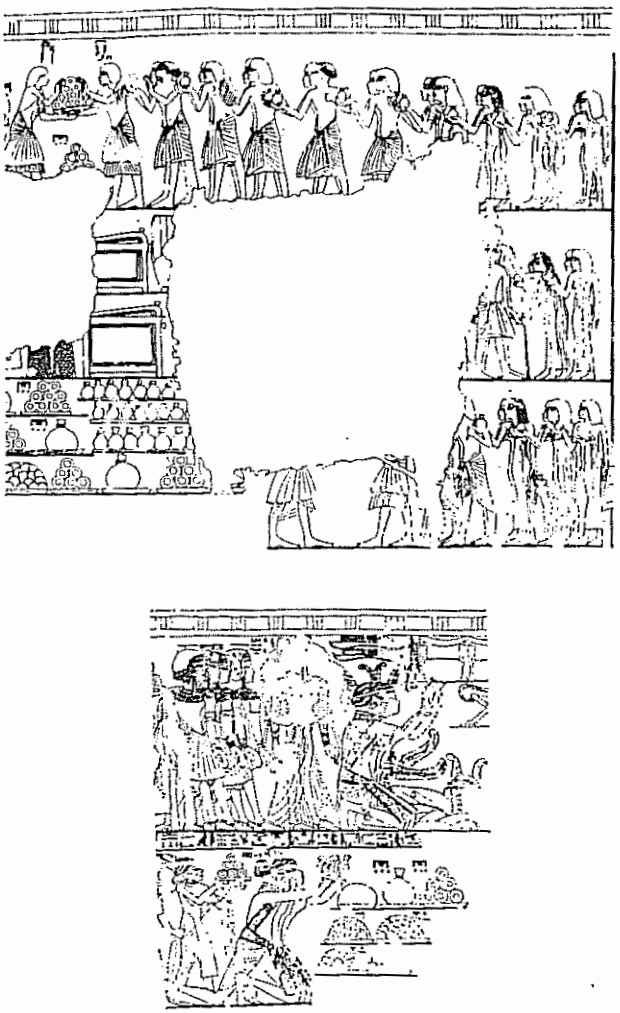


FIGURA 3.21

Nubios egipcianizados (?) entregando tributo al virrey Huy (1) y (2) nubios entregando tributo a Tutankhamón

Plano superior, de derecha a izquierda: los tres jefes de Uauat, incluido Hëkanefer, seguidos por una princesa y varios príncipes nubios. Plano inferior, de derecha a izquierda: tres de los seis jefes de Cush representados en la tumba de Huy. (Según Davies y Gardiner, 1926.)

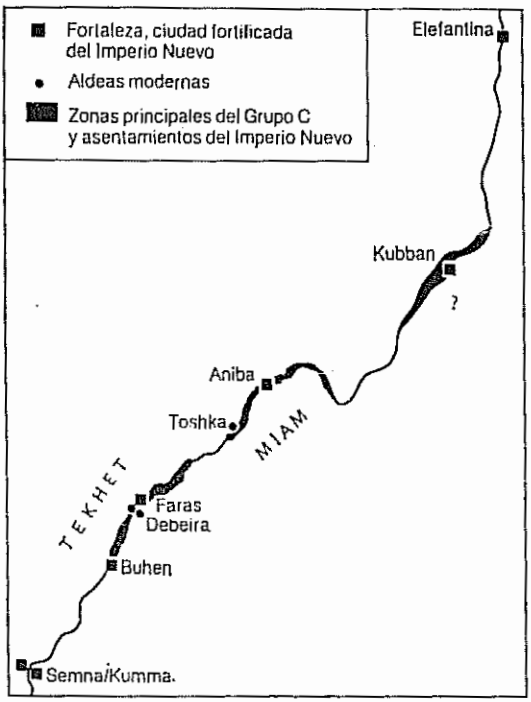


FIGURA 3.22

Los tres principados de la Baja Nubia (Uauat) en la Dinastía XVIII

Se acepta que cada uno de ellos coincide con una de las tres zonas principales de asentamiento (cf. Trigger, 1965, figs. 2 y 3), conclusión que se basa en la distribución de las tumbas de los jefes y de sus familiares (fig. 3.23), y en el hecho de que aparecen representados los tres jefes de Uauat en la tumba de Huy (fig. 3.21).

existía únicamente un pequeño número de jefes (entre siete y nueve) para el Cush en el sentido amplio. En la tumba de Huy sólo aparecen tres jefes de Uauat (fig. 3.21) y, de hecho, dos principados fundamentales están bien documentados, con la posibilidad de que existiera un tercero en el Norte. Estas divisiones corresponden a una serie de rupturas impuestas en el modelo de asentamiento de la Baja Nubia (fig. 3.22) que habían afectado a las estructuras políticas indígenas ya desde el Imperio Antiguo. Esto implica, desde luego, que

los 25 topónimos atribuidos a Uauat en la lista de Tutmosis III (véase O'Connor, 1982, p. 928) quedaron subsumidos en las unidades políticas más amplias de los principados. Idéntico proceso debió ocurrir en Cush en sentido estricto. Aunque no menos de ocho o nueve topónimos de la lista de Tutmosis deben ser localizados en la Alta Nubia, sólo seis jefes de Cush están representados en la tumba de Huy. De hecho, Tutmosis II se refiere a la Alta Nubia afirmando que se hallaba dividida en cinco principados (Breasted, 1972, p. 139; véase también Gardiner, 1961, p. 180).[3] Estos jefes eran nombrados por los egipcios pero procedían probablemente de los niveles más elevados de la sociedad nubia, tal vez incluso de familias o jefes hereditarios de períodos anteriores.

Dos «familias» de jefes de la Dinastía XVIII en Uauat ilustran las funciones administrativas de los jefes y del proceso de aculturación que impulsaban. Las tumbas, grafitos, estatuas dedicatorias y estelas de una familia están concentrados en el principado de Miam y los de la otra en el de Tejet (figs. 3.22-23). Los hijos del jefe parecen haber sido enviados a Egipto como rehenes, educados para actuar como pajes en la corte egipcia (como ocurría con muchos egipcios, incluidos algunos virreyes, que más tarde alcanzaban un cargo importante) y posteriormente incorporados en la burocracia de Uauat como «administradores», «escribas» y «representantes virreinales». Aquellos que sucedían a sus padres o a otros parientes como jefes,* controlaban los asuntos internos de las comunidades nubias y constituían el vínculo principal entre la población indígena y los funcionarios egipcios. Aunque no eran egipcios (por ejemplo Hekanefer, tal como aparece representado en la tumba de Huy; fig. 3.21), los jefes estaban totalmente asimilados a la cultura egipcia. Por lo general, sus nombres personales son parcial o totalmente egipcios, sus tumbas siguen el modelo egipcio en cuanto a la función, la forma y la decoración y sólo asumen los atributos indígenas en determinadas ocasiones simbólicas como la presentación del tributo al faraón. La iconografía demuestra que los jefes cushitas experimentaron un proceso similar, aunque no necesariamente idéntico.

Los hallazgos arqueológicos demuestran que, con algunas excep-

3. El número de «jefes» a los que se hace realmente referencia en este texto es ambiguo, pero la referencia a una división en cinco partes es explícita y resulta significativa en el contexto de los demás datos citados en este párrafo.

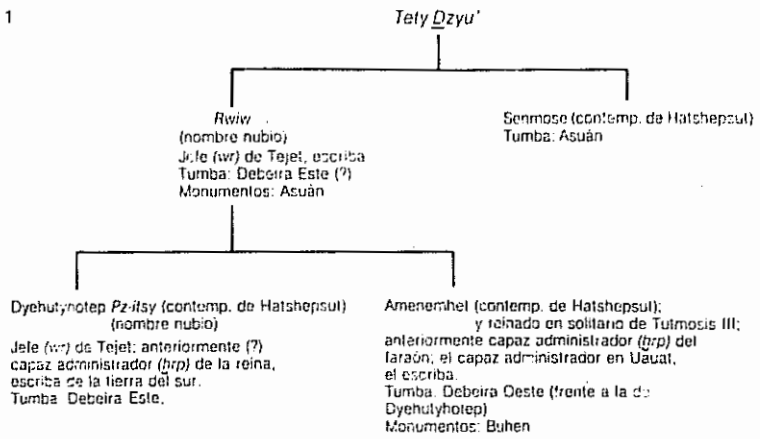


FIGURA 3.23

Genealogías y cargos de las «familias de los reyezuelos» de (1) Tejet y (2) Miam

Respecto al primero, véase Säve-Söderbergh (1960, 1963) y Edel (1963). En cuanto a los individuos de Miam, es perfectamente posible la identificación entre *Rwi[w]* y *Rwiw* (cf. Steindorff, 1937, 27; Láminas, Taf. 13.56 para *K3W3[w]* y Texto 69-70 para *Rwiw*). La reconstrucción del nombre del hijo de *Rwi[w]* como [Hek]anefer (no sugerida por Steindorff, pero cf. su Texto, 37, Láminas, Taf. 13.56) es menos plausible, pues, como me indicó Lanny Bell, la reconstrucción exige el signo álef del buitre (3), que sería lo normal en el Imperio Nuevo. Sobre Hekanefer, príncipe de Miam, véase Simpson (1963).

ciones, la población indígena de Uauat se adaptó rápidamente a las normas egipcias en todos los niveles de la sociedad, al menos por lo que respecta a la cultura material. Excepto en el límite meridional de Uauat, la característica cultural del Grupo C (véase el capítulo 2) no sobrevivió al Segundo Período Intermedio. En esa época, los cementerios típicos del Grupo C adoptaron rápidamente caracteres «egipcios» en los tipos de tumbas, objetos funerarios y costumbres de enterramiento. También las características casas del Grupo C, de forma circular u oval y que utilizaban pequeñas piedras, vegetales y cuero (?) como material de construcción, fueron sustituidas por estructuras cuadradas que utilizaban el ladrillo de barro como principal material constructivo. Ante la falta de material arqueológico no podemos especificar todavía los cambios que experimentó la cultura material cushita. Es importante subrayar que un conjunto arqueológico totalmente «nubio», que se afirma que es posterior y que procede de la «cultura de Kerma» del Segundo Período Intermedio es, probablemente, el predecesor de esta última en el Imperio Medio (véase capítulo 2).

A finales del Imperio Nuevo, el virrey cushita, Penehasy, expulsado de Egipto, conservó el control sobre la Baja Nubia (e implícitamente sobre la Alta Nubia), ya que fue enterrado en Aniba (antigua Miam). La población de la Baja Nubia era muy heterogénea. Estaba formada por egipcios, muchos de ellos asentados en el país durante generaciones, una mayoría de nubios egipcianizados y, probablemente por algunos elementos egipcio-nubios, pero conservó su cohesión política. Varios hechos indican que esto fue así: la fuerte resistencia opuesta a los intensos esfuerzos egipcios por reconquistar el territorio en tiempo de Herihor y su hijo Pianj (p. 290), la existencia de un posible sucesor de Penehasy, con títulos similares a los suyos y cuyo reconocimiento de la autoridad de Rameses XI no evitó la continua hostilidad para con Herihor y la evacuación voluntaria y total de la Baja Nubia en esa época, que puede haber sido provocada por la intensidad de los ataques de Pianj. Esa intensidad se demuestra por el hecho de que los artesanos jóvenes de la tumba real de Tebas fueron reclutados para el ejército de Pianj y porque los escribas de la necrópolis tebana fueron asignados a la organización de la producción de armas de metal en lugar de los utensilios habituales de los artesanos.

La despoblación de la Baja Nubia fue persistente, en gran parte

debido a circunstancias políticas más que a fluctuaciones en el nivel del Nilo o en la marcha de la economía agrícola local. La repoblación fue impedida, en un principio, por la hostilidad egipcia; todavía en tiempo de Pinedyem II la familia gobernante del Sur de Egipto reclamaba el título de virrey de Cush y la campaña nubia de Sesonquis I indica la existencia de un conflicto más abierto. Durante la Dinastía XXV (cushita) no se intentó un gran movimiento de repoblación, y la existencia —sin precedentes— de un estado cushita, equiparable a Egipto en cuanto a la fuerza política y militar durante toda la Baja Época y el Período Ptolemaico impulsó el mantenimiento de una gran zona desierta, ventajosa para ambas partes. Psamético II invadió la Alta Nubia, y Cambises y, probablemente, Jababash (*¿c.* 335 a.C.?) también lucharon contra la población del Sur. Sólo las fuertes tendencias expansionistas de los estados ptolemaico y meroítico (véase capítulo IV; Shinnie 1981), junto con la existencia de alguna especie de acuerdo egipcio-meroítico en tiempo de Ptolomeo IV, permitieron finalmente la repoblación de la Baja Nubia en el siglo primero a.C.

Los únicos testimonios que poseemos sobre la evolución de un estado cushita durante el Tercer Período Intermedio son las tumbas de los supuestos predecesores de la Dinastía XXV en Kurru, cerca de Napata. Estas tumbas, que datan de hacia 860 a.C., indican que la sociedad de la que surgió la Dinastía XXV era originaria de la Alta Nubia y, en su primera fase, apenas recibió la influencia de la cultura egipcia. Los túmulos circulares de tierra que cubren las tumbas sencillas de pozo y cámara y la orientación no egipcia de estas últimas indican que, fuera cual fuere el grado de aculturación que se alcanzó en el Imperio Nuevo, se había perdido en las dos centurias subsiguientes. No obstante, incluso estas primeras tumbas poseían objetos funerarios entre los que predominaban los utensilios importados de Egipto, mientras que la representación de la cultura indígena se limitaba a cabezas de flecha de piedra y algunos objetos de cerámica. Hay que pensar que esas importaciones procedían del intercambio comercial, probablemente de oro nubio, que abundaba entre los objetos de las tumbas. Al margen de la demanda egipcia interna de oro, Egipto desarrolló una actividad diplomática y comercial cada vez más intensa en el Levante desde el reinado de Siamún (Dinastía XXI). Dada la débil estructura militar de Egipto,

el oro tenía más importancia que en el Imperio Nuevo en esa nueva política.

La aparición de utensilios egipcios en las tumbas de Kurru demuestran que el intercambio comercial perduró y otros datos indican que los contactos fueron intensos y variados. Durante el siglo VIII a.C. las mastabas de planta cuadrada sustituyeron a los túmulos; la piedra comenzó a utilizarse cada vez más y se hizo evidente la preferencia por las formas arquitectónicas cuadradas; al mismo tiempo, la orientación del pozo funerario se adaptó a las prácticas egipcias. Estos factores demuestran un mejor conocimiento de los modelos y técnicas egipcios, una penetración mayor de la región cultural egipcia (a lo que contribuyó la rápida fragmentación política en el interior de Egipto) y, tal vez, la inmigración de artesanos egipcios. A la inversa, la creciente centralización del estado cushita que se refleja en el tamaño y perfección, cada vez mayores, de esas tumbas reales, culminó tal vez en tiempo de Alara, «hijo de Re», «el príncipe». Su sucesor, Kashta, controló la Baja Nubia y permaneció en estrecho contacto con Egipto. Poco después, el cushita Peye conquistó el Medio y el Alto Egipto. Todo ello dio comienzo a un período de intensa relación cultural con Egipto que afectó profundamente el desarrollo subsiguiente de la Cultura Napatiense y Meroítica. Estos temas han sido estudiados por otros autores (Shinnie, 1981).

Egipto y Opone

Opone era una zona del continente africano de gran importancia para los egipcios, que probablemente acudían allí regularmente, pero la pobreza documental respecto a esta región es verdaderamente abrumadora. La única fuente egipcia *detallada* son los relieves de Opone de la reina Hatshepsut en Deir el-Bahari. Por otra parte, la región en la que se asienta Opone no ha sido estudiada arqueológicamente. En la actualidad, conocemos la situación de Opone dentro de unos límites amplios (O'Connor, 1982, p. 935), aunque es importante subrayar que los animales típicos de la sabana, que en ocasiones se han atribuido a Opone, de hecho son característicos de Irem y Nemayu,* próximos a Opone por la parte occidental. Opone incluía la llanura costera y la zona montañosa que se eleva al este de ella entre las latitudes 17° y 12° N, pero apenas poseía tierras de la zona semidesier-

ta y de la sabana que se extiende al este de las colinas. Los productos característicos de Opone eran el incienso,* producto del que existía una gran demanda entre los egipcios para usos rituales, el ébano y el ganado bovino de cuernos cortos. Los habitantes de Opone comerciaban también con productos que obtenían en otros lugares: marfil (los elefantes nunca se han asociado con Punt o Irem y Nemayu*), el oro y las pieles de pantera y leopardo.

Los habitantes de Opone están representados en varias escenas de la Dinastía XVIII. Por lo general, los hombres poseen una piel oscura y rojiza y rasgos finos; no aparecen tipos negroides característicos, aunque son comunes en la representación de otros pueblos meridionales próximos al Nilo (Uauat, Cush, Irem, etc.). Otros rasgos oponitas característicos están ausentes también entre otros elementos meridionales. El cabello largo es típico entre los oponitas hasta el reinado de Amenofis II; durante su reinado y anteriormente, en el de Tutmosis III, aparece un cabello «de estilo *garçon*» y posteriormente los oponitas son representados con un cabello similar al del jefe de Opone durante el reinado de Hatshepsut. En todos los períodos es típica una barba de chivo de tamaño largo o medio y los adornos y el vestido son relativamente sencillos; la única vestimenta masculina es la falda larga o a media pierna. Pocas veces aparecen representadas las mujeres oponitas, que en algunos casos presentan rasgos de esteatopigia. Las casas eran estructuras en forma de colmena levantadas sobre pilotes.

Por lo que sabemos, los egipcios siempre llegaron a Opone por mar, mientras que, por otra parte, los barcos oponitas, a modo de balsas, navegaban algunas veces hasta la costa egipcia del mar Rojo para comerciar. Los oponitas —en muchos casos los hijos de los jefes— acudían también a la corte egipcia y es probable que Opone admitiera una cierta soberanía egipcia, aunque en ningún caso habría sido ésta muy estricta. De hecho, las relaciones egipcio-oponitas se basaban fundamentalmente en el comercio, no en la subordinación política. No existe ninguna mención de una campaña militar contra Opone, que por otra parte hubiera sido muy difícil de controlar desde el punto de vista logístico. Nunca se establecieron centros egipcios permanentes en Opone. Ahora bien, las condiciones de navegación en el mar Rojo impulsaron a las expediciones egipcias a permanecer durante dos o tres meses en Opone para penetrar más hacia el interior. Las excavaciones arqueológicas han de dar a luz nuevos vestigios

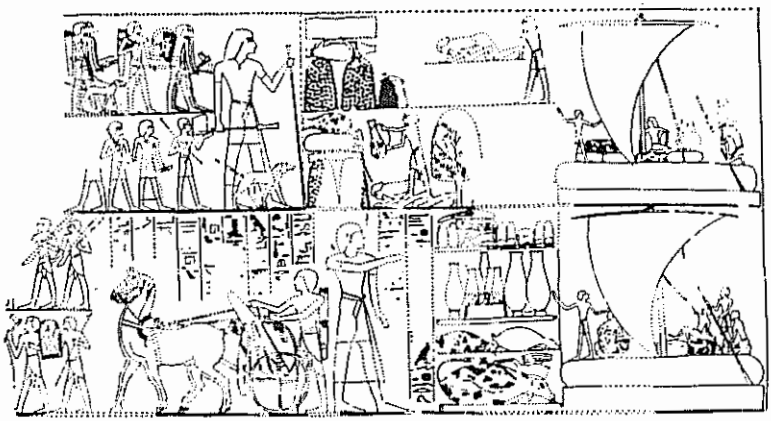


FIGURA 3.24

Comerciantes de Opone que llegan a la costa egipcia del mar Rojo, donde son recibidos por funcionarios egipcios

Probablemente procede del reinado de Amenofis III (según Säve-Sörderbergh, 1946).

de esas visitas, inscripciones rupestres y grafitos, etc. Así, por ejemplo, la expedición de Hatshepsut erigió un santuario a Amón y a la reina en Opone.

Los contactos egipcio-oponitas están atestiguados desde el reinado de Hatshepsut hasta el de Rameses III. A partir de entonces no se conserva ninguna referencia y hay que pensar que el contacto directo con Opone había quedado interrumpido en el Tercer Período Intermedio, época de contracción en las relaciones exteriores.

EGIPTO Y LIBIA

Las relaciones con Libia —la otra gran zona de contacto en África— durante el Imperio Nuevo y el período subsiguiente constituyen uno de los aspectos más interesantes y menos estudiados de las relaciones exteriores egipcias. Cualquier intento —como el que aquí hacemos— de analizar estas relaciones es necesariamente aproximado, hasta tanto no se realicen nuevos trabajos arqueológicos y epigráficos

en el delta occidental, los desiertos adyacentes y la propia Cirenaica.

No hay referencias explícitas a un conflicto con los libios en la Dinastía XVIII. En la fase final de la Dinastía XVIII las referencias a los libios son más numerosas, lo que indica que los contactos eran más estrechos, aunque en ningún caso se determina su naturaleza. Un funcionario de Amenofis III poseía bueyes libios (mashauash), aunque no sabemos si los había conseguido como botín, si los había importado o se trataba simplemente de una variedad que se criaba en Egipto; por otra parte, existen representaciones de libios (tal vez concretamente libu; véase p. 314) en la corte de Ajenatón. Se trata de jefes o embajadores que presentan el tributo o que contemplan las actividades públicas del faraón y, asimismo, de miembros de la escolta militar del faraón (predominantemente egipcia).

Las referencias a los libios durante las Dinastías XIX y XX son más frecuentes y detalladas. Setos I luchó contra los jefes de los chehenu. El enemigo es identificable iconográficamente como mashauash, si es que los egipcios eran constantes en su representación de las pequeñas diferencias de vestido y apariencia que distinguían a los mashauash de los libu. Durante el reinado de Rameses II hay referencias constantes a un conflicto con los chehenu y una mención específica de un enfrentamiento con los libu, siendo ésta la primera vez que aparece ese nombre. Asimismo, Rameses II fundó o reconstruyó una serie de complejos arquitectónicos a lo largo del camino que por la costa conducía hasta Libia y en el límite noroccidental del delta. Nunca se ha investigado la naturaleza exacta de esas construcciones, pero la situación de algunas de ellas en campo abierto (fig. 3.25) y los títulos militares de un funcionario egipcio (?) asociado con una de ellas parecen indicar que al menos en algunos casos se trataban de fortalezas.

Tanto Mineptah (año 5, *c.* 1220 a.C.) como Rameses III (año 5, *c.* 1180 a.C.) tuvieron que hacer frente a importantes invasiones libias, en ambos casos conducidas por los libu. Mineptah dio muerte a más de 9.300 libios y sus aliados, pero las cifras de Rameses III, si es que las tomamos literalmente, indican que el número de libios muertos ascendió a 28.000. Posteriormente, en el año 11 de su reinado (*c.* 1174 a.C.) Rameses III impidió una invasión mashauash, dando muerte a 2.175 personas y capturando otras 2.052. Aunque rebajemos el número de libios muertos durante la primera campaña de Rameses III, el número de bajas sería todavía de 12.000 a

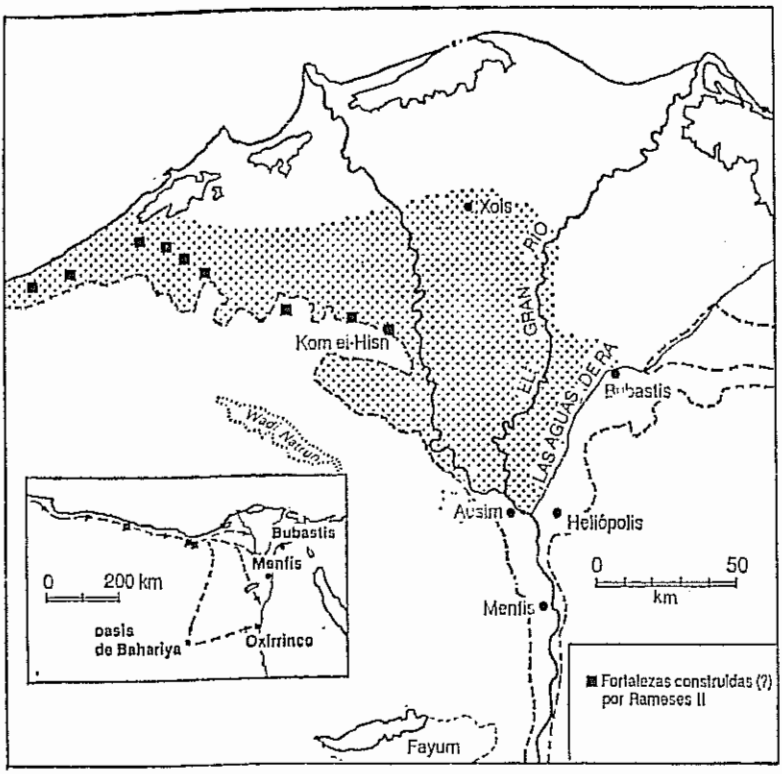


FIGURA 3.25

Los libios y Egipto en el Imperio Nuevo

Las líneas de trazo discontinuo en el mapa pequeño indican posibles líneas de movimiento de los libios, mientras que la zona punteada en el mapa de mayor tamaño constituye el área probablemente afectada por el asentamiento y los ataques libios. Sobre las fortalezas, véase Rowe (1951).

13.000, lo que indica la gravedad de esas invasiones. Los archivos egipcios raramente registran el número de los enemigos muertos y los cautivos se suelen contar por centenares o menos, nunca por millares.

Resulta difícil precisar el nivel cultural y de aculturación alcanzado por los libios en esta época. Aunque en las representaciones

nunca aparecen vestidos a la manera egipcia, este detalle puede inducir a confusión, pues era precisamente en las escenas de lucha y de captura de prisioneros en las que los artistas egipcios consideraban apropiado —desde un punto de vista simbólico— representarlos con la vestimenta indígena tradicional (p. 330). Que el pastoreo era un elemento fundamental en la economía libia lo demuestra el tipo de animales capturado por los egipios, en especial el gran número de bueyes, ovejas y cabras capturados a los mashauash en el reinado de Rameses III. Sin embargo, la referencia a la «ciudad» del jefe libu Meryey y a las «ciudades» de los mashauash indican la existencia de asentamientos permanentes y el oro y la plata, las numerosas espadas y otros objetos de bronce y los carros (fundamentalmente mashauash) que contenía el botín capturado a los libios demuestran que el nivel alcanzado por la cultura material era muy superior al de una sociedad pastoril. También en este caso es necesario esperar a que los estudios y excavaciones sistemáticos nos proporcionen nuevos datos.

Elementos característicos de las relaciones egipcio-libias a finales del Imperio Nuevo fueron la infiltración y la invasión por parte de los libios aunque, en realidad, las «invasiones» no eran, tal vez, otra cosa que una resistencia libia organizada ante los intentos periódicos de Egipto de exterminar o expulsar a los elementos infiltrados. Los detalles de este proceso sólo pueden ser reconstruidos parcialmente, en gran medida porque ignoramos la localización de la mayor parte de los topónimos importantes. La zona de asentamiento libio sólo fue definida en una ocasión (en tiempo de Rameses III), situándose a lo largo de la frontera del delta occidental desde la provincia menfita hasta Qarabona, lugar cuya localización nos es desconocida. Posiblemente, la zona fundamental de asentamiento libio se hallaba entre Kom el-Hisn y Ausim (fig. 3.25), evitando el extremo noroeste del delta, fuertemente fortificado. Esto explicaría las importantes depredaciones provocadas por los libios en el delta central y la ansiedad con que —según Mineptah— Menfis y Heliópolis reaccionaban ante las noticias de invasión. Los asentamientos libios a lo largo del límite del delta eran las bases desde las cuales se organizaban importantes razzias, que a veces duraban varios meses, según Mineptah, e incluso «muchos años», según Rameses III. Durante los reinados de ambos faraones los invasores alcanzaron el brazo sebenítico del Nilo («el Gran Río») y amenazaron la región de Bubastis en el brazo

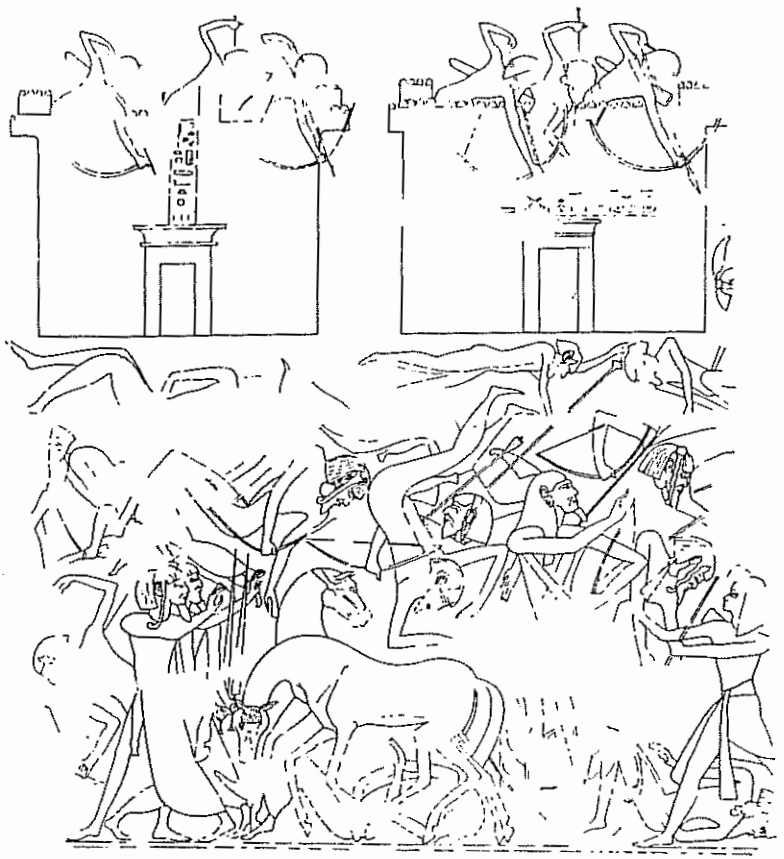


FIGURA 3.26

Libios mashauash huyendo del ejército de Rameses III durante la campaña del año 11 de su reinado

El texto (encima del fuerte, en el fondo) dice así: «La [matanza que su majestad efectuó entre el enemigo de] la tierra [de Mash]auash, que había venido a Egipto; comenzando desde la ciu[dad] de Rameses III que está sobre la [monta]ña de *Upet-ta** [hasta] la ciudad *Hut-shay**, realizando 8 *iteru** (es decir, unos 84 km) de matanza entre ellos». (Véase Edgerton y Wilson, 1936, p. 61.) (Según Nelson *et al.*, 1932, lám. 70.)

oriental del Nilo («las aguas de Re»); en tiempo de Rameses III se hace referencia también a la invasión de la región joíta.

La campaña libia de Mineptah (*c.* 1220 a.C.) y la segunda campaña libia de Rameses III están descritas con cierto detalle y pueden haber ocurrido en la misma zona. En ambos casos, los invasores libios procedían del exterior, atacando primero «el país de Chehenu», en este contexto una zona pacificada que incorporaba los oasis septentrionales y las áreas donde se asentaban una serie de grupos dominados como los chuk-libios que servían en el ejército egipcio durante las Dinastías XX y XXII. Mineptah derrotó a los invasores entre una fortaleza en Pi-yer y un punto llamado «el comienzo de la Tierra»,* y Rameses III entre una fortaleza en «el comienzo de la Tierra» * y otra situada a 16 km de distancia, llamada la «Casa de la Arena».* Esta batalla aparece representada en un paisaje desértico (fig. 3.26). La expresión «el comienzo de la Tierra» * se aplicaba habitualmente a los límites más extremos del dominio egipcio, pero es posible que no haga referencia a la misma zona en los dos textos aquí citados; la localización de la «Casa de la Arena» sigue siendo incierta, aunque un texto de la Dinastía XXX indica que se hallaba al oeste del delta. Su importancia estratégica deriva de los títulos que adoptaba su divinidad tutelar, Min de la «Casa de la Arena»,* encargada específicamente en la época ptolemaica del control de ehenu y emehu.

Al parecer, durante el Imperio Nuevo, Egipto no pretendió en ningún momento establecer un control permanente sobre la Cirenaica (de donde podía haber obtenido importantes ingresos) y tal vez los egipcios nunca penetraron en ella. El punto más occidental conocido de ocupación egipcia fue la fortaleza ramésida (?) de Zaouyet um el-Rajam, a la que quizás haya que identificar con la «Fortaleza del Oeste» del reinado de Mineptah. Al parecer, un jefe libio derrotado pasó ante esa fortaleza para dirigirse a su tierra, donde fue depuesto por su propio pueblo. Rameses III intentó imponer un vasallo egipcio (un joven, tal vez hijo de un jefe y rehén que había sido educado en Egipto) a los libu, mashauash y otros pueblos, pero el resultado fue una gran rebelión, no la aceptación que se hubiera podido esperar, por ejemplo, en Cush.

¿Cuáles eran las causas de esta interacción, intensa y continua, entre Libia y Egipto, para la que no existían precedentes? Durante milenios, los libios se habían introducido periódicamente en la zona

occidental del delta, en parte por su proximidad natural pero también porque se trataba de una región muy poco poblada. Con anterioridad al período helenístico, esa región era de escasa producción agrícola, la actividad fundamental era el pastoreo, y ocupaba un lugar secundario en las prioridades de las preocupaciones del gobierno, hechos a los que se hizo alusión en tiempo de Minepath. No obstante, aun siendo cierto que estas circunstancias facilitaron los acontecimientos a que hemos hecho referencia más arriba, no creemos que constituyan una causa suficiente.

Tal vez se produjo una presión sobre el aprovisionamiento en la Cirenaica debida a cambios climáticos o a un incremento de población, ya fuera éste natural o provocado por la inmigración. Los textos del reinado de Mineptah parecen indicar que la invasión libia de su época fue provocada por el hambre, y la invasión mashauash de tiempos de Rameses III tuvo las características de una auténtica migración ya que un número elevado de mujeres y grandes cantidades de animales acompañaron a los soldados. La aparición relativamente tardía de los mashauash y libu en los textos egipcios (p. 314) puede indicar la aparición de nuevos grupos inmigrantes en la Cirenaica o reflejar el interés que Egipto fue obligado a tomar como resultado de la presión libia. Sólo las excavaciones arqueológicas en la Cirenaica podrán resolver estas cuestiones. Lamentablemente, hasta ahora no se han identificado restos indígenas con anterioridad a los siglos VI y V a.C.

Más importante, tal vez, que la presión demográfica fue la creciente cohesión política y fuerza militar entre los libios, estimuladas, en parte, por el ejemplo egipcio, pero también por otros contactos. Sorprendentemente, una tercera parte del ejército libio derrotado por Mineptah estaba formado por elementos no libios, siendo esos extranjeros «los Pueblos extranjeros del Mar», los shardan, shakalesh y akauash, procedentes de la región del Egeo y del Oeste de Anatolia; los teresh, de origen desconocido, y los lukki, de Licia, también en Asia Menor. Sin duda, estos extranjeros llegaron a Libia por barco y, según se desprende de los textos, fueron reclutados por el jefe libu, presumiblemente por su armamento y equipamiento superior. La existencia de contactos comerciales, antes incluso de esa época, encuentra confirmación en el gran número de espadas de bronce de tipo shardan (incluso armaduras) propiedad de los mashauash y que figuraron en el botín registrado por Mineptah. El carácter interna-

cional de esos contactos se ve reforzado por la identificación —desde luego sumamente hipotética— del reino de Ahhiyawa, en el sudoeste de Anatolia, con los akauash, que constituían las dos terceras partes de los aliados extranjeros de los libios. Ahhiyawa era un poderoso estado marítimo que causaba graves preocupaciones al reino hitita contemporáneo, con el que Mineptah se hallaba en buenas relaciones y al que debió apoyar activamente contra enemigos como Ahhiyawa.

Los libios parecen haber poseído un grado importante de centralización política y eficacia militar. Es cierto que los libu y los mashauash, los dos grupos más importantes, son dos grupos diferentes. Aunque en ambos existían el tipo de piel oscura y el de piel blanca y ojos azules («bereberes»), diferían en el vestido y en la apariencia general, así como por sus recursos. En efecto, los mashauash poseían un número mucho más elevado de caballos y, al parecer, mejores relaciones con la red comercial del Mediterráneo oriental. Sus diferencias sugieren que los mashauash vivían en la costa mientras que los libu se hallaban asentados en el interior, o que los mashauash ocupaban una zona más al Este de los libu y que su situación era mejor para los contactos con Egipto y con el Mediterráneo oriental.

A pesar de estas diferencias, los dos grupos actuaban concertadamente, participando los mashauash bajo la dirección libu en las batallas contra Mineptah y Rameses III (año 5). Si los mashauash se enfrentaron solos a Rameses III en el año 11 de su reinado, lo hicieron por petición explícita de los libu. La figura dominante en cada una de las invasiones libias era un solo jefe,* que representaba a las dinastías hereditarias que gobernaban respectivamente a los libu y mashauash. En el caso de los libu está documentada la sucesión de los jefes Ded, su hijo (?) Meshken y *su* hijo Meryey. Meryey, tras su derrota a manos de Mineptah, fue derrocado en favor de uno de sus «hermanos» y uno de los descendientes de Meryey fue, tal vez, el jefe libu que se enfrentó a Rameses III. En cuanto a los mashauash, sabemos que el jefe Meshesher condujo a las fuerzas libias contra Rameses III y que su padre, Jeper, que aún vivía, tenía también gran autoridad política. Que la fuerza militar de los libios era importante lo demuestra el gran alivio que expresaron los egipcios ante su derrota, y, más explícitamente, el número de arqueros, soldados de infantería y tropas extranjeras utilizadas por los libu contra Mineptah, así como el importante número de carros, arqueros

e infantes que formaban el ejército mashauash derrotado por Rameses III.

Las «invasiones» libias parecen haber sido la culminación de una importante infiltración y asentamiento libios en el delta occidental a lo largo de un período de tiempo relativamente largo, fenómeno que continuó incluso después de las grandes derrotas a las que hemos hecho referencia más arriba. Este movimiento se vio facilitado por la desintegración política interna de Egipto, por la escasa importancia que concedían los egipcios a la región del delta occidental y por la aparición de dinastías de origen libio (XXII, XXIII y XXIV) en el Tercer Período Intermedio. Incluso en la etapa final de la Dinastía XX, las bandas de «habitantes del desierto» * vagabundos (identificados en ocasiones como libu y mashauash) que perturbaron la región tebana pudieron ser no sólo soldados rebeldes sino también elementos infiltrados. La importancia de los núcleos mashauash en el delta durante el Tercer Período Intermedio derivó parcialmente de las colonias militares de prisioneros libios liberados (?), asentados en la Dinastía XX y, tal vez, durante la Dinastía XIX, pero también de la constante inmigración. Durante la última parte de este período parece haberse producido una nueva oleada migratoria de elementos libu en el delta occidental. El enfrentamiento militar entre Psamético I y los chehenu (*c.* 654 a.C.) que ocuparon el límite occidental del valle del Nilo desde Oxirrinco hasta el mar, aunque se ha dicho que fue provocado por una invasión libia, recuerda estrechamente a los esfuerzos realizados en el Imperio Nuevo para evacuar a los elementos infiltrados y establecidos desde antiguo en esa zona.

Capítulo 4

LA BAJA ÉPOCA, 664-323 a.C.

El período transcurrido entre el comienzo de la Dinastía XXVI, en 664, y la muerte de Alejandro Magno, en 323, es una etapa de interés excepcional en la historia del Egipto faraónico. En primer lugar, se trata de los últimos momentos en los que Egipto permaneció como una entidad política independiente; en segundo lugar, debido a la variedad de las fuentes, en su origen y carácter, podemos conocer los acontecimientos históricos y la naturaleza de la sociedad egipcia mucho mejor que en ningún período anterior; finalmente —y esto es quizá lo más interesante—, durante esos años asistimos al espectáculo de la cultura egipcia presionada por grandes civilizaciones del Mediterráneo oriental y del Próximo Oriente, y podemos estudiar en profundidad las adaptaciones que tuvo que realizar en su ideología, instituciones y aparato tecnológico para hacer frente a los constantes desafíos planteados a su identidad cultural. En este capítulo intentaremos, en primer lugar, definir el contexto político y militar en el que se desarrollaron estos acontecimientos; a continuación realizaremos un análisis detallado del sistema socioeconómico, cuya fuerza, eficacia y flexibilidad determinaron en último extremo el éxito y la supervivencia de la nación durante estos años de triunfos y desastres intermitentes.

Introducción

Cronología

Para el egiptólogo, la cronología es un problema constante y el período al que se refiere este capítulo no constituye una excepción. De hecho, las dificultades son particularmente graves, pues no sólo tenemos que manejar tres sistemas orientales de datación —egipcio, babilonio y judío— sino que además el historiador debe dominar también las técnicas cronológicas griegas y romanas.

Las cronologías egipcia, babilonia y judía se basan, todas ellas, en los años de reinado de los reyes, es decir, se afirma que un acontecimiento tiene lugar en el año *x* del reinado del rey *y*. Teóricamente, es sencillo convertir estas fechas en años a.C.: lo único que hace falta es establecer la secuencia de reyes y la duración de cada reinado e identificar después un momento determinado que pueda ser encajado en nuestro esquema cronológico. Lamentablemente, una serie de razones impiden que se cumplan estos requisitos previos en el período que estamos considerando. En primer lugar, a veces resulta imposible establecer la secuencia de faraones o la duración de sus reinados, y, en ocasiones, ambas cosas. Las fechas de los reinados para el Período Saíta no constituyen problema alguno, ya que conocemos la duración de los reinados de todos sus faraones, y hemos fijado una serie de puntos susceptibles de ser convertidos a nuestro sistema cronológico en forma de una fecha astronómica y la fecha de la invasión persa de Egipto a finales de la Dinastía Saíta. Tampoco plantean problemas las fechas de los reinados de los reyes persas de las Dinastías XXVII y XXXI ya que pueden ser determinadas a partir de las fuentes babilónicas y otras relacionadas con éstas, que son totalmente seguras. En cambio, las fechas de las Dinastías XXVIII, XXIX y XXX son más problemáticas, ya que los fragmentos del historiador egipcio Manetón, en los que se basan, presentan graves problemas de interpretación: su *Historia de Egipto* se conserva tan sólo en citas posteriores de dudosa precisión y los datos cronológicos que aparecen en las citas son contradictorios para el período que estudiamos. Esta situación, a la que hay que añadir la escasez de las fuentes egipcias contemporáneas, hace que persista una cierta incertidumbre sobre la duración de los reinados e incluso sobre el orden de sucesión de

CUADRO 4.1.

Nombres y años de reinado de los faraones egipcios entre 664 y 323 a. C.

PERÍODO SAÍTA		PRIMER PERÍODO PERSA	
Dinastía XXVI (saíta)		Dinastía XXVII	
	Años de reinado		Años de reinado
Psamético I	664-610	Cambises	525-521
Necao II	610-595	Darío I	521-485
Psamético II	595-589	Jerjes	485-464
Apries	589-570 [1]	Artajerjes I	464-423
Amasis (Amosis II)	570-526	Darío II	423-404

INDEPENDENCIA EGIPCIA

Dinastía XXVIII (saíta)		Dinastía XXX (sebenítica)	
Amirteo	*c.* 404/3-398/7	Nectánebo I	*c.* 379/8-361/0
Dinastía XXIX (mendesiense)		Taco/Teo	*c.* 361/0-369/58
		Nectánebo II	359/8-342/1
Neferites I	*c.* 398/7-392/1		
Acoris	*c.* 392/1-379/8		
Psamutis	(?) [2]		
Neferites II	*c.* 379/8		

SEGUNDO PERÍODO PERSA
Dinastía XXXI

Artajerjes III (Oco)	342-337
Arsés	337-335
Darío III (Codomano)	335-332
Alejandro III de Macedonia	332-323

1. Depuesto en 570, asesinado en 567 (Edel, 1978, pp. 13 ss.).
2. No se conocen exactamente los años de su reinado, pero es probable que correspondan a la última etapa del reino de Acoris.

algunos faraones de este período. El comienzo del reinado de Nectánebo II queda fijado por las evidencias astronómicas en 359-358 y, utilizando los datos de Manetón junto con todos los demás disponibles, es posible elaborar un esquema cronológico viable, pero, de cualquier forma, hay que conservar un cierto escepticismo respecto a las fechas de los reinados.

Aun en el caso de que no existieran estas dificultades, otros peligros esperan al cronógrafo. En primer lugar, no es tan fácil como parece establecer la duración del reinado de un faraón egipcio. A diferencia de lo que ocurría con los babilonios, para los egipcios el primer año del reinado de un faraón comenzaba tan pronto como accedía al trono y terminaba al finalizar ese año calendárico. Éste se consideraba como año 1 del reinado, sin tener en cuenta la duración de ese lapso de tiempo. Sin embargo, se consideraba también como el último año del reinado de su predecesor. Hay que tener en cuenta siempre estas convenciones para establecer la duración real del reinado de un faraón. Pueden plantearse también dificultades cuando se intentan fijar las fechas dadas en el esquema egipcio dentro de un reinado concreto. Es fácil olvidar que cuando se trata de convertir una fecha expresada en años de reinado hay que contar también el año en que comienza el reinado. Por ejemplo, el año 3 del reinado de Amasis es 570 — 2, no 570 — 3. Existe otro peligro menos obvio pero más sutil. Puede ocurrir que al conocer nuevos datos se altere la fecha de comienzo del reinado de un faraón, como ha ocurrido recientemente en el caso de los faraones de la Dinastía XXVI. Esto implica la necesidad de revisar las fechas de los acontecimientos del reinado, si se basan en los años de reinado. Un ejemplo clásico de los efectos que puede provocar el hecho de no realizar esa revisión es la confusión que existe actualmente sobre la fecha de la campaña nubia de Psamético II, que muchos sitúan todavía en el año 591. En el esquema cronológico egipcio, la fecha es el año 3 del reinado, que originalmente se convirtió utilizando una de las fechas más antiguas para el acceso al trono de Psamético; es decir, 593: restar 2; respuesta, 591. Lamentablemente, la fecha de acceso al trono se ha situado ahora en el año 595: restar 2; respuesta, 593.[1]

Para las fechas que aparecen en los escritores clásicos, que son tan importantes para nuestro período, se utilizan diversos sistemas. La cronología saíta de Heródoto consiste simplemente en dar la duración de los reinados sobre la base de las fuentes egipcias. Los sistemas utilizados por Diodoro Sículo (siglo I a.C.), fuente fundamental para la historia egipcia del siglo IV, son griegos o romanos, y se basan en

1. Para una discusión detallada de la cronología egipcia de este período véase Kienitz (1953, pp. 153 ss.); Drioton y Vandier (1962, pp. 621 ss.); Lloyd (1975 *a*, pp. 191 ss.); sobre la cronología judía, véase Finegan (1964); para la cronología babilónica, véase Parker y Dubberstein (1956).

las magistraturas anuales de Atenas o Roma y las fechas de las Olimpíadas.[2] La conversión de esas fechas en años a.C. no presenta dificultad, pero los resultados son muchas veces de una gran confusión. Por ejemplo, en XV, 29, se presenta a Acoris realizando diversos ataques contra Persia en 377, año que es posterior al final de su reinado; en XVI, 40, el ataque de Artajerjes III contra Egipto se data en el arcontado de Tesalo (en realidad Teelo), que dejó su cargo en 351, y en el consulado de Marco Fabio y de Tito Quincio, que terminaron el desempeño de sus magistraturas en 354. Hay que decir que estos casos no son aislados, por lo cual es imposible confiar en la precisión cronológica de este autor. Así pues, las fechas que adelanta Diodoro Sículo respecto a la historia egipcia en el siglo IV deben considerarse solamente como fechas aproximadas aun en el caso de que no haya acontecimientos exteriores e internos que las desmientan.

La historia política y militar

La Dinastía XXVI representa la última gran época de civilización faraónica. Fue Psamético I de Sais quien estableció la base política de esta dinastía. Cuando sucedió a su padre, Necao I, como rey de Sais en 664, controlaba un pequeño reino que comprendía la zona occidental del delta y el área menfita bajo la soberanía nominal de los asirios. A su muerte, ocurrida en 610, había hecho de Egipto un reino poderoso y unificado, capaz, una vez más, de ocupar un lugar entre las grandes naciones de Oriente. Esa transformación no se alcanzó sin grandes dificultades. La unificación del país y la consolidación del reino fueron el resultado de varias décadas de esfuerzos conscientes, y en ocasiones despiadados, frente a una serie de graves obstáculos. En el interior del país tuvo que hacer frente a los príncipes rivales, a las ambiciones de los sacerdotes de Amón-Re en Tebas e, inicialmente, a su propia debilidad económica y militar. En el exterior, asirios, etíopes y libios plantearon una amenaza constante para la seguridad egipcia e incluso para su independencia.

2. Pueden encontrarse listas de arcontes atenienses y cónsules romanos en Bickerman (1968, pp. 168 ss.). Para la datación sobre la base de las Olimpíadas, véase *ibid.*, pp. 75 ss.

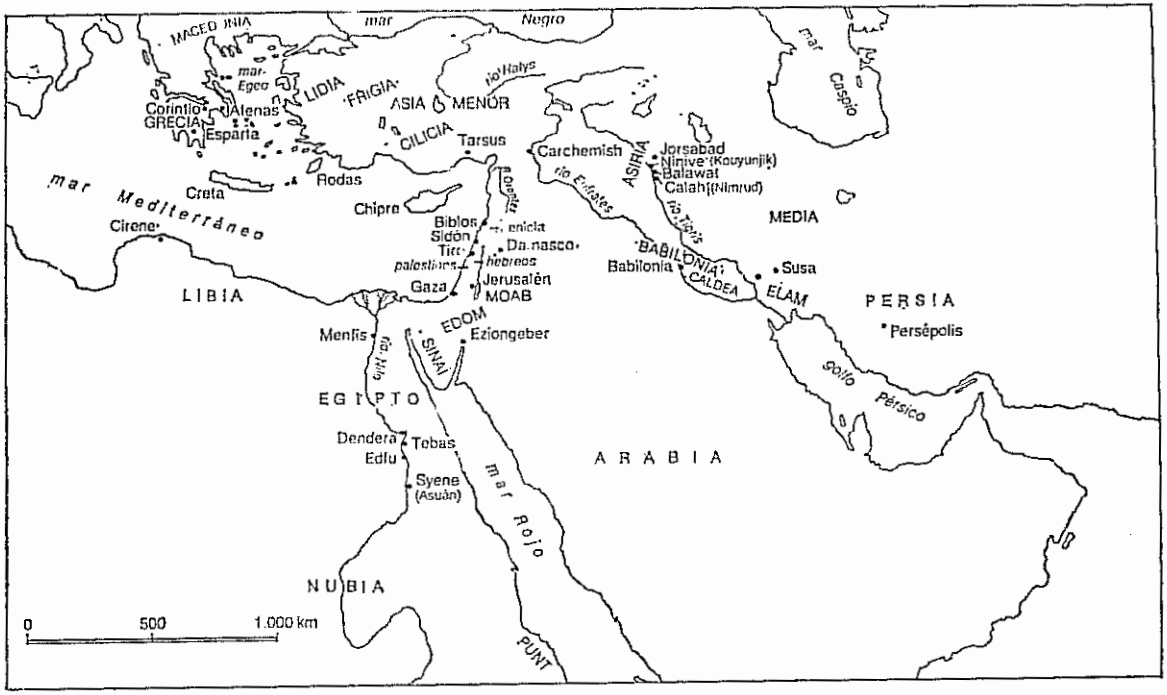


FIGURA 4.1

Egipto, en el Mediterráneo oriental y el Próximo Oriente en el primer milenio a. C.

El primer problema de Psamético fue, inevitablemente, el de proveerse de los medios económicos y militares necesarios para la realización de sus ambiciones. Según las fuentes griegas, cumplió la primera condición embarcándose en una política comercial de altos vuelos con griegos y fenicios. También los extranjeros desempeñaron un papel fundamental en la satisfacción de sus necesidades militares. No hay duda de que, en gran parte, sus tropas estaban formadas por guerreros egipcios, pero las fuentes no dejan lugar a duda respecto al hecho de que la principal fuerza de choque de su ejército estaba constituida por tropas mercenarias, especialmente carios y griegos de la Jonia. Después de asentar su poder sobre esa base de fortaleza económica y militar, Psamético conquistó rápidamente a los príncipes rivales de la región del delta para conseguir el dominio total de la parte septentrional del reino.

En cuanto al Medio y Alto Egipto, se utilizaron medios más sutiles. La Petición de Peteisis [3] revela que a comienzos de su reinado, Psamético consiguió neutralizar a sus enemigos en el Medio Egipto explotando su estrecha relación con Peteisis y Somtutefnajt, «jefes de los buques» de Heracleópolis, la ciudad más importante de la región. En el Sur, la diplomacia resultó también eficaz para hacer frente al poder del templo-estado tebano (véase más adelante, p. 373), que consiguió situar hábilmente bajo su firme autoridad en 656. Sin embargo, si es cierto que esas medidas utilizadas en el Alto y Medio Egipto eran suaves, no podemos ignorar que bajo el guante de terciopelo se ocultaba un puño de hierro. Como en el Bajo Egipto, la sanción y garantía última del poder de Psamético era la fuerza militar, encarnada en especial en sus duros mercenarios extranjeros que, sin duda, debían tener menos escrúpulos que las tropas egipcias para cumplimentar cualquier tipo de instrucciones que pudiera darles aquel que pagaba su soldada.

En definitiva, podemos afirmar que a partir del año 656, las medidas impuestas por Psamético I fueron cada vez más eficaces y que se produjo una constante integración del reino, acompañada por

3. Recogida en *P. Rylands* IX, publicado por Griffith (1909). Data del reinado de Darío y registra los avatares de una familia de sacerdotes de El-Hibeh desde el reinado de Psamético I hasta los primeros años del reinado de Darío. Este texto constituye la fuente más importante para el estudio de la historia social del período al que hace referencia y nos hemos basado en ella para los aspectos que analizamos a continuación.

un sentimiento creciente de unidad y poder nacional. Que esto es cierto lo demuestra el nuevo auge de todo tipo de actividades, especialmente, la puesta en marcha de un programa nacional de construcción a escala monumental, todo ello complementado por una brillante actividad militar y política en el exterior cuidadosamente planeada.

El medio siglo que duró el reinado de Psamético I consiguió tanto éxito en el resurgimiento del país que su hijo, Necao II (610-595), pudo dedicar gran parte de sus recursos y energías a la puesta en marcha de una política expansionista en el exterior. No puede sorprender, por tanto, que esas actividades predominen en nuestras fuentes. El comercio con la costa del mar Rojo prosiguió con gran entusiasmo y parece que incluso envió una expedición para realizar la circunnavegación de África.

En el Este, el control militar egipcio sobre el Levante se extendió durante un corto período hasta el Éufrates, pero Necao no consiguió mantener esas posesiones asiáticas, que se perdieron tras su derrota en Karkemish, en 605, a manos de los caldeos. Sin embargo, consiguió frustrar los intentos de ese enemigo agresivo y despiadado de invadir Egipto. Las actividades de Necao en Asia fueron igualadas por las que se realizaron en África durante el corto reinado de Psamético II (595-589) cuando se envió una gran expedición militar a Nubia en 593. Esa expedición penetró más allá de la Tercera Catarata pero no consiguió la recuperación del control egipcio sobre la zona. Psamético intentó también reafirmar la autoridad egipcia en Filistea dirigiendo una procesión religiosa en 592.

A pesar de los desastres de sus últimos años, el reinado de Apries (589-570) dejó una impresión de éxito y prosperidad en las generaciones posteriores. Una vez más, las fuentes reflejan ante todo las relaciones exteriores. El problema de la frontera del Nordeste preocupó a Apries tanto como a sus antecesores y le llevó a realizar operaciones militares y navales a gran escala en Fenicia, Palestina y Chipre para poner coto a las ambiciones de Caldea. También la frontera occidental planteaba problemas ante el creciente poder de la ciudad griega de Cirene. Apries cometió el error de tratar de resolver este problema mediante una solución de tipo militar enviando un importante ejército formado por tropas egipcias nativas. La terrible derrota que sufrió ese ejército desembocó en un motín que se vio avivado por el resentimiento nacionalista contra la posición privilegiada de

los mercenarios extranjeros favorecidos por Apries. Los amotinados designaron como faraón rival de Apries a un cortesano llamado Amasis, derrotaron a Apries y le obligaron a abandonar el país (570). Apries se refugió entonces en la corte del rey caldeo Nabucodonosor II, quien en 567 envió un ejército a Egipto para restablecer en el trono a Apries, que pasaría a convertirse en un rey manejado por los caldeos. Ese ejército se enfrentó en el delta con Amasis, siendo totalmente derrotado en una acción durante la cual resultó muerto el propio Apries.

Sin duda, Amasis (570-526) fue el último gran faraón de Egipto. Heródoto habla en términos un tanto exagerados de la inmensa prosperidad del país durante su reinado, lo cual, por otra parte, se ve confirmado tanto por el importante cuerpo de documentos que ha sobrevivido como por el gran número de construcciones, algunas verdaderamente colosales, que consiguió realizar. Podemos asegurar que durante su reinado se produjo la consumación del proceso de unificación iniciado por Psamético I. Pero a pesar de toda la prosperidad de que gozó el país, estuvo en constante peligro de ataques, primero por parte de los caldeos y luego por parte de los persas, y Amasis tuvo que dedicar gran parte de sus energías a hacer frente a ese problema. Hubo que mantener en pie de guerra un ejército formado por tropas egipcias y mercenarias, financiado, fundamentalmente, gracias al establecimiento de lazos comerciales con estados extranjeros. También se concluyeron alianzas contra Caldea y, más tarde, contra Persia, alianzas que en determinados casos se cimentaron en la celebración de matrimonios y, en otros, en una generosidad calculada que alcanzó éxitos espectaculares. En todas estas acciones detectamos la obra de una mente perfectamente conocedora de la escena política internacional y capaz de captar a la perfección las realidades políticas y estratégicas. Es posible que no renunciara siquiera a experimentar las ventajas que podría reportar el hecho de casar a una princesa con un elemento de la familia real persa.[4]

El Período Saíta llega a su fin con el reinado del hijo de Amasis, Psamético III (526-525). Ya en el reinado de Amasis, el constante

4. Según Heródoto (III, 1-2) existía una tradición según la cual Amasis había entregado en matrimonio a una princesa egipcia a Ciro o Cambises. Sin duda, esto refleja una propaganda nacionalista egipcia (Lloyd, 1982 *b*, p. 175), pero cuando menos es posible que esa tradición esté basada en un intento histórico de Amasis de establecer vínculos estrechos con la familia real persa.

desarrollo de Persia había provocado preocupación y en 525, después de una gran preparación, el rey persa Cambises invadió el país. No tardó en ocuparlo por completo, aplastó a Psamético y finalmente lo ejecutó.

El dominio persa de Egipto se desarrolló a lo largo de dos períodos separados por un intervalo de independencia en el que el país estuvo gobernado por nativos. La primera fase, la de mayor éxito, comenzó en 525 con la conquista del país por Cambises y terminó en 404. Cambises se ganó una terrible reputación en Egipto por impiedad y crueldad, aunque existen numerosos testimonios de que esa fama estaba injustificada en gran parte. Es cierto que acabó con los privilegios de los templos pero, en general, su política se caracterizó por la permisividad y la conciliación. Ésta fue también la actitud de Darío (521-485), cuya preocupación por el sentimiento religioso egipcio y por el bienestar general del país le ganó el respeto y, en ocasiones, la devoción de la población egipcia. No obstante, la luna de miel fue breve y a ella siguieron una serie de revueltas. La primera estalló en 486, a finales del reinado de Darío, a raíz de la derrota persa en Maratón, ocurrida en el año 490. Fue sofocada a comienzos de 484, pero tuvo muy graves consecuencias, pues provocó una actitud mucho más represiva por parte de la administración persa, lo cual sólo sirvió para que se reanudaran las hostilidades. La segunda revuelta, la famosa rebelión de Inaro, estalló *c.* 463-462 y no sería dominada hasta *c.* 449; la tercera estalló en 414-413 y terminó con la liberación del país por Amirteo de Sais en 404. Las raíces de esa inestabilidad hay que buscarlas en dos factores: la inveterada hostilidad de un pequeño número de familias egipcias y egipcio-libias de alto rango ante la dominación persa y el hecho de que Egipto estaba demasiado alejado del corazón del Imperio como para que fuera posible controlarlo con seguridad durante más de algunas décadas.

La independencia conseguida en 404 duró hasta 343. La historia de estos años se halla dominada por dos factores: en cuanto a las relaciones exteriores, el espectro de la intervención persa fue un problema omnipresente que, en ocasiones, encontró expresión en un apoyo encubierto y otras en una alianza activa con los vasallos persas rebeldes o con los sátrapas de las provincias occidentales del imperio persa y, en especial, en una estrecha y pragmática relación con el estado griego de Esparta, cuya abierta postura antipersa creó una fuerte comunidad de intereses con Egipto y la convirtió en colabo-

radora de la política exterior egipcia. Desde el punto de vista interno, la estabilidad se vio amenazada constantemente por las disputas entre los príncipes feudales y las familias de las grandes ciudades del delta, especialmente Sais, Mendes y Sebenito, situación que no hacía sino debilitar la fuerza militar del reino. No obstante, en general podemos decir que fue la distancia a la que se encontraba Egipto del corazón del imperio y, por tanto, su escasa importancia en el conjunto de las preocupaciones imperiales lo que permitió que el país quedara a salvo del dominio persa hasta la segunda mitad del siglo IV.

El segundo y último período de dominio persa comenzó con la reconquista del país por Artajerjes III en 343, después de un primer intento sin éxito, al parecer en 351, y duró hasta la conquista macedónica en 332. No son muy numerosas las fuentes acerca de este período, pero la documentación que se conserva parece indicar con gran fuerza que la rapacidad y la avaricia fueron rasgos destacados de la administración persa. Es muy posible que estallara de nuevo una rebelión armada con la revuelta de la enigmática figura de Jabbash, tal vez hacia 338, aunque desconocemos la fecha exacta de este acontecimiento. Sin embargo, no hay duda de que Alejandro Magno, que llegó a Egipto en los últimos meses del año 332, fue recibido con los brazos abiertos por la población indígena, para la cual la presencia de otro extranjero en el trono de Egipto tenía mucha menor importancia que la expulsión definitiva de los odiados medos. Por desgracia para los egipcios, los desmanes de los favoritos del conquistador durante los diez años siguientes demostrarían que el júbilo había sido prematuro y el país no volvería a conocer otra época de buen gobierno hasta que a la muerte de Alejandro, en Babilonia, en 323 pasó a manos de Ptolomeo, hijo de Lago.

La organización

Los logros políticos y militares a los que hemos hecho referencia en el resumen precedente son expresión de una estructura socio-económica específica. El objetivo fundamental que nos guiará en el resto del capítulo será el de definir esa estructura con la mayor precisión posible dentro de los límites del espacio de que disponemos. En cualquier exposición la monarquía ocupa un lugar central, ya que el faraón era la base teórica e institucional de todo el sistema. Así, dedi-

caremos la primera parte de esta sección al análisis de esta figura. A continuación, describiremos la estratificación social en la Baja Época, los modelos de asentamiento, la estructura económica y la administración interna.

El rey

Según los conceptos tradicionales, el faraón era un dios encarnado, la encarnación terrenal del dios Horus y, como tal, garante del orden cósmico.* Para cumplir ese objetivo contaba con tres cualidades fundamentales: 'percepción',* 'voz de mando',* y valor militar. La función de garante del orden cósmico se plasmaba en tres actividades fundamentales: como sacerdote de todas las divinidades de Egipto mantenía el poder de los dioses y, con ello, conservaba la estructura del Universo; como administrador era responsable del bienestar económico y de la vida ordenada del pueblo egipcio y, en cuanto que soldado, rechazaba a los enemigos de Egipto y garantizaba, mediante la utilización de la fuerza, el mantenimiento de la vida ordenada.

Si consideramos el concepto de la monarquía que existía durante la Baja Época, encontramos que en gran parte se adecúa a esos modelos antiguos de pensamiento. La titulación quíntuple utilizada desde el Imperio Antiguo como afirmación dogmática de las funciones de un faraón egipcio era todavía *de rigueur* y el vocabulario aplicado al faraón y el lenguaje de los documentos reales presenta también una imagen familiar: se le designa con los términos tradicionales, su «majestad»,* «señor de los dos países»,* «gran gobernante de Egipto»,* y sus acciones se describen utilizando la terminología tradicional que evoca su función divina como fuente de orden. Sin embargo, aparecen variaciones importantes: en el Período Saíta la titulatura real se escribía, a veces, de forma que recordaba una serie de rasgos característicos de las inscripciones del Imperio Antiguo. De igual forma, la estela de Apries de Mit Rahina imita el lenguaje y la estructura de los decretos del Imperio Antiguo e incluso la forma de las estelas del Imperio Antiguo (Gung, 1927, pp. 21 ss.). No hay duda de que éstos y otros rasgos similares constituyen algo más que un mero gusto por lo antiguo y que revelan un aspecto importante de la forma en que estos faraones concebían el cargo real; su papel

no era simplemente el de encarnar el ideal de la monarquía sino el de conducir de nuevo a Egipto al cenit de su antigua gloria.

La iconografía de la monarquía muestra un modelo similar de motivos tradicionales, pero con importantes variaciones. Se mantienen los tocados antiguos, como las coronas del Alto y el Bajo Egipto, la corona azul y el *nemes*, así como la falda real, la cola de buey y la barba real. No obstante, ocasionalmente aparece un interés inusual y profundamente revelador en un motivo particular: durante el Período Saíta era particularmente importante la corona azul, probablemente por dos razones: primero porque nunca la habían llevado los conquistadores nubios de Egipto, cuyos vestigios de poder en el Alto Egipto habían sido destruidos por Psamético I; así pues, su utilización en el Período Saíta equivalía, probablemente, a la afirmación del origen egipcio de la Dinastía Saíta. En segundo lugar, dado que la utilización de esa corona parece haber expresado siempre la aspiración a la legitimidad (Davies, 1982, pp. 71 ss.), su utilización permanente por parte de los faraones saítas suponía la afirmación de su derecho a gobernar. El predominio de la esfinge en la iconografía real de la Baja Época desempeñó, tal vez, una función propagandística similar. Por lo general —si no siempre— esas esculturas representaron en todos los períodos al faraón con cuerpo de león y simbolizaron claramente su papel de protector poderoso e invencible de la población contra las fuerzas de destrucción. Amasis parece haber tenido una gran afición a ser representado de esa forma y los leones de granito de Nectánebo I en el Vaticano, que representan al faraón como un león yacente, son meras variaciones sobre el mismo tema que tiene sus antecedentes en el Imperio Nuevo. No hace falta decir que un símbolo del faraón como guardián y protector de su pueblo tenía una importancia más que marginal en el mundo peligroso en el que Egipto tuvo que luchar para mantener su unidad, su independencia y su integridad cultural en los años transcurridos entre 664 y 323.

El examen de las expresiones de los rostros de las estatuas reales revelan muchas veces algunos aspectos de los conceptos contemporáneos del papel del faraón, siendo el caso clásico el de las estatuas reales de finales de la Dinastía XII. Las esculturas saítas no comunicaban su mensaje de forma tan brutal, pero de todas formas, reflejaban variaciones importantes de un reinado a otro. Las estatuas que representan a Psamético I muestran un rostro con una expresión severa y decidida, que refleja, sin duda, de forma precisa, una reac-

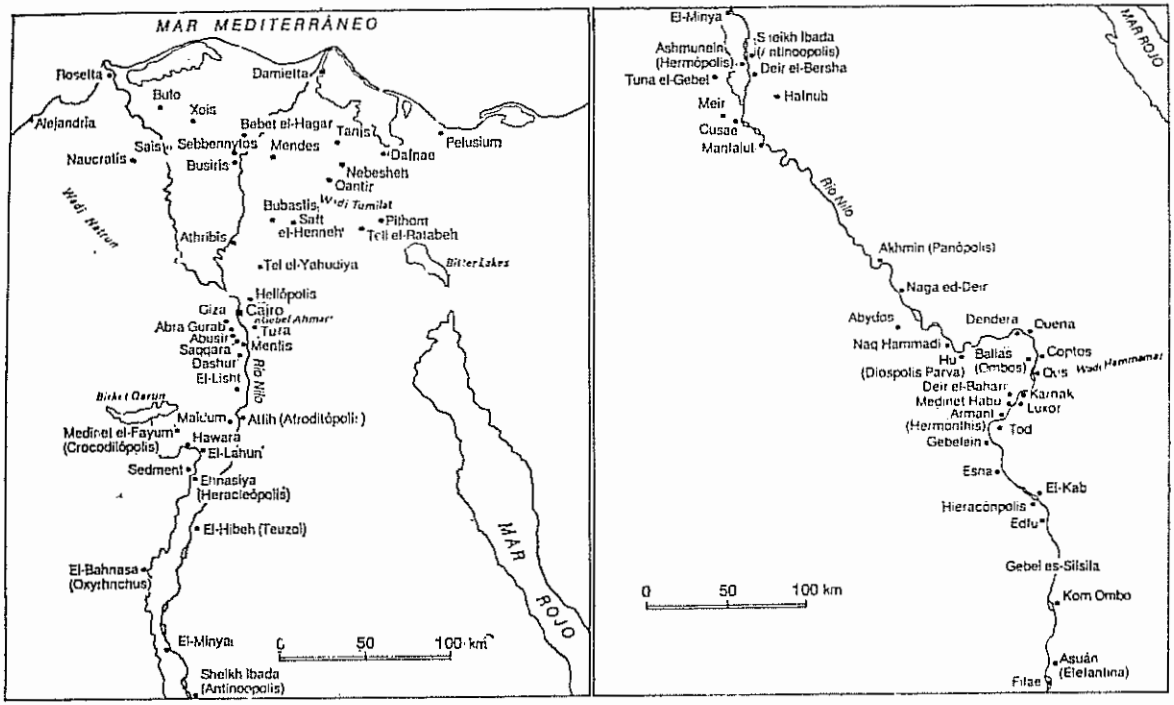


FIGURA 4.2

Egipto en el primer milenio a. C.

ción contra los formidables problemas con los que se enfrentaba el faraón. Por otra parte, las estatuas de los faraones saítas posteriores muestran una mezcla de benevolencia y alejamiento divino muy diferente de las actitudes en que aparecen los fundadores de la dinastía. También en este caso se puede afirmar que esos rasgos reflejan las circunstancias históricas: las luchas del reinado de Psamético habían dejado paso a una serena confianza en la capacidad de Egipto para conservar su unidad y seguridad. No obstante, en ninguna de esas representaciones detectamos cambios fundamentales con respecto a la iconografía tradicional. En cambio, no podemos decir lo mismo de un grupo de estatuas de Nectánebo II, el último faraón egipcio nativo en las que aparece bajo la protección de un dios representado como un animal. Por ejemplo, en la estatua de esquisto verde de Heliópolis el faraón aparece bajo la protección de Horus, a quien se representa como un gran halcón que destaca sobre la minúscula figura del rey. Ciertamente, esta estatua tiene afinidades conceptuales con la célebre estatua sentada de Quefrén del Imperio Antiguo, en la que el faraón está representado con un halcón sobre su cabeza. Ahora bien, la diferencia de tamaño entre el animal-dios y el faraón en ambas estatuas es reveladora respecto a la evolución de los conceptos de la monarquía. Quefrén, si bien reconoce su papel como encarnación de Horus, afirma confiadamente su majestad y poder individual; por su parte, Nectánebo confiesa su dependencia total de la beneficencia del dios para continuar desempeñando el cargo real. Puede afirmarse que esto no constituye una novedad ya que las Instrucciones para Merikare (Simpson, 1973, pp. 180 ss.) insisten también en la dependencia de los faraones respecto a la voluntad de los dioses, pero la evidencia de la Crónica Demótica (véase más adelante, pp. 368 ss.) indica que las estatuas de la Dinastía XXX reflejan un reconocimiento de la dependencia real respecto a la ayuda divina que va mucho más allá de lo conocido hasta entonces.

La vitalidad del concepto tradicional de la monarquía, ejemplificado en el material al que ya hemos hecho referencia, se refleja también en la supervivencia y explotación entusiasta de los géneros tradicionales en descripciones literarias y epigráficas de la acción real. Existe todavía el gusto por la *Königsnovelle* ('Cuento de las hazañas reales') en la que el faraón es representado en consejo con sus cortesanos, que se sienten completamente impotentes sobre la forma de afrontar un problema concreto; entonces, el faraón les da la respuesta

y los cortesanos alaban a su rey omnisciente. Hay dos ejemplos excelentes de este motivo procedentes del Período Saíta: la Estela de Adopción de Nitocris, que relata la designación de la hija de Psamético I como futura gran sacerdotisa de Amón-Re en 656, y la Estela de Amasis, que describe el conflicto entre Amasis y Apries (Caminos, 1964, pp. 71 ss.; Edel, 1978, pp. 13 ss.). Otro género que sigue gozando de popularidad es la inscripción biográfica, que describe el cumplimiento de las órdenes reales por parte de los funcionarios. El Período Saíta ofrece muchos ejemplos de este tipo: en la inscripción biográfica de Pefchuaneit se dice que éste fue enviado por Amasis a Ábido, donde dirigió la reconstrucción del santuario y la reorganización de sus ingresos. En el reinado de Psamético II, Neferibrenefer describe cómo fue enviado por el faraón para salvar los santuarios de los dioses de Sais; Najthorheb narra sus logros cuando se le encargó proveer las ofrendas de los templos en el reinado de Amasis y Psameticosineit se jacta en el mismo reinado de que fue elegido por el rey para construir monumentos en Sais (Lloyd, 1982 *b*, p. 167, n. 4). En todos los períodos, este tipo de textos expresan la doctrina canónica de que el poder y la iniciativa corresponden al faraón y de que los funcionarios de todos los rangos no son sino sus representantes.

El concepto del faraón preservado en la tradición popular egipcia de la Baja Época es muy diferente del que hemos descrito más arriba, pero a su manera también es tradicional. Se caracteriza por una marcada irreverencia hacia la función real. Los lectores de Heródoto estarán familiarizados con su descripción del bebedor e iconoclasta Amasis (II, 173-174) y, sin duda, esta tradición deriva —al margen de algunos burdos retoques— de fuentes egipcias. Nuevamente aparece en el siglo III a.C. el cuento de Amasis y el capitán de barco, historia escrita en el reverso de la Crónica Demótica. En este cuento se narra que el faraón bebió demasiado mientras se hallaba en un barco con su harén y a la mañana siguiente se vio afectado por tan fuerte resaca que era incapaz incluso de mantenerse en pie. En este lamentable estado pidió que le entretuvieran con una historia y le contaron el cuento de un barquero, su mujer y un faraón, cuyos detalles se han perdido, por cuanto el final del papiro ha sido destruido (véase Spiegelberg, 1914, pp. 26 ss.). Estos cuentos festivos respecto a los excesos reales —y en ocasiones respecto a su desconcierto— formaban parte del repertorio de la tradición egipcia. En el

Papiro Westcar, del Imperio Medio, vemos a un aburrido faraón Quéope que necesita que le diviertan con historias, por no hablar del relato sensual de la forma en que su padre se relajaba en el lago del palacio con las muchachas del harén. En el cuento de Neferkare y Sasenet, del Imperio Nuevo, la conducta del faraón Neferkare no sólo es descrita como una conducta impropia de un rey sino, además, como totalmente contraria al sentimiento moral egipcio. En el cuento demótico del sacerdote-setem Jaemuese, asistimos a una escena en la que se relata la humillación del gran faraón Tutmosis III.[5] En todos los casos, la motivación que se ocultaba tras esas caricaturas era, fundamentalmente, la necesidad de ofrecer una visión humorística para contrapesar el aura de omnipotencia y majestad inefable que rodeaba al dios-rey.

Consideremos ahora la cuestión de hasta qué punto los faraones de la Baja Época se atuvieron al programa tradicional de acción característico del cargo real. Esto implica el estudio de las acciones de los faraones en tres campos: el culto, la defensa y la administración, aunque hay que decir que estas categorías se establecen simplemente por motivo de conveniencia para el historiador moderno y que, para los egipcios, no eran de ningún modo mutuamente excluyentes.

La función religiosa del faraón era fundamental y consistía en su papel de vínculo entre el orden divino y los seres humanos. Como tal, era el canal a través del cual se otorgaba a los hombres el poder vivificante de los dioses y el agente a través del cual podían ser conferidos a los dioses los recursos de los hombres para mantenerles en su máximo nivel de poder. Sin el faraón, tanto los dioses como los hombres estaban perdidos. A este respecto, los faraones de la Baja Época desempeñaban sus obligaciones al pie de la letra. En primer lugar, la construcción, el mantenimiento y la dotación de los templos, que había constituido siempre una parte esencial de los deberes sacerdotales del faraón, fueron realizados siempre que las circunstancias y los recursos lo permitieron. Psamético I realizó obras importantes en Menfis, donde construyó un pilono en la zona meridional del templo de Ptah y también un palacio para el buey Apis (Heródoto, II, 153); la Estela de Apries, de Mit Rahina, hace referencia

5. Para el Papiro Westcar, véase Simpson (1973, pp. 15 ss.); para Neferkare y Sasenet, véase Posener (1957, pp. 119 ss.); para el cuento demótico de Tutmosis III, véase Griffith (1900, pp. 173 ss.).

a donaciones a ese mismo templo. La Estela de Adopción de Nitocris menciona numerosas donaciones hechas a Nitocris como futura gran sacerdotisa de Amón-Re en Tebas. Amasis fue un extraordinario constructor, activo en muchos lugares, entre ellos Sais (donde se conocen obras arquitectónicas y escultóricas de un marcado colosalismo), Karnak, Edfu, Filas, Elefantina y Menfis. Heródoto menciona la existencia de un coloso en Menfis, estatua que representa a Amasis y que parece un intento de emular la representación de Rameses II en la misma ciudad (II, 176, 1). Esa ambición parece concordar perfectamente con la obra de Amasis en el templo de Uto en Nebesheh, donde intentó asociar sus actividades con las de Rameses II y Sesostris III.

En un principio, los reyes persas de Egipto adoptaron con entusiasmo ese papel sacerdotal del faraón. La inscripción de Udyahorresnet, que data de la Primera Dominación Persa, menciona en términos entusiastas los servicios realizados por Cambises y Darío al templo de Neit en Sais.[6] Darío fue también responsable, en gran parte, de la construcción de un templo en honor de Amón-Re en Hibis, en el oasis de Jarga, participó en el templo de Kasr el-Ghoueita en la misma zona, trabajó en Abusir e hizo ofrendas en Edfu. El cuidado que pusieron estos reyes en esa actividad demuestra la importancia de este factor en el cargo de faraón, en el sentido de que implica el reconocimiento de que el cumplimiento de esas obligaciones era una condición para ser aceptado en un sentido pleno como rey legítimo de Egipto. El período de independencia egipcia entre 404 y 343 aporta otros ejemplos sobre este punto. La Estela de Náucratis de Nectánebo I describe una serie de complejas medidas en beneficio de las finanzas del templo de Neit, en Sais (Gunn, 1943, pp. 55 ss.; Posener, 1947, pp. 117 ss.) y el último faraón nativo, Nectánebo II, construyó un templo de masivas proporciones en honor de Isis, en Behbet el-Hagar.

Por tanto, es evidente que los principios básicos que determinaban la relación del faraón con los templos no experimentaron modificaciones importantes en el período que estudiamos. Sin embargo, sí hubo algunos cambios en las divinidades que recibían esas atenciones y que constituyen un signo de los tiempos. Isis ocupa un lugar prominente: Amasis construyó un templo para ella en Menfis —el pri-

6. Hay una traducción inglesa reciente en Lichtheim (1980, pp. 36 ss.). Para una discusión exhaustiva con bibliografía completa, véase Lloyd (1982 *b*).

mer templo importante que, por lo que sabemos, fue construido en su honor— y otro en Filas; el gran templo de granito de Nectánebo II en Behbet el-Hagar, que era probablemente el lugar de origen de la diosa, ofrece todavía una de las ruinas más impresionantes de Egipto. No obstante, este súbito florecimiento de su culto como preocupación oficial de primera magnitud no es difícil de explicar. En efecto, su culto estaba asociado estrechamente con la monarquía y, en la Baja Época, el concepto de la monarquía necesitaba de todos los apoyos posibles; el culto de Isis era originario del Bajo Egipto y todas las dinastías nativas de la Baja Época procedían de esa región; dado que Isis había incrementado su popularidad por todo Egipto, el patrocinio real de la diosa habría de producir importantes beneficios políticos, estableciendo un estrecho lazo de simpatía religiosa entre la corona y la población. También el culto de los animales recibió mucha mayor atención que antes por parte de los faraones. Nectánebo I intervino activamente en Hermópolis en honor de Tot, el ibis; en Saft el-Henna en honor de Horus y en Mendes en honor del carnero sagrado, por sólo citar tres casos; Nectánebo II trabajó en Saqqara, tanto en el Serapeo (lugar de enterramiento del buey Apis) como en el complejo de la madre de Apis, en el norte; asimismo, mostró su interés hacia otros centros de culto animalístico, como Armant y Bubastis. Tampoco resulta difícil explicar la importancia concedida por los faraones a estos cultos. Se trataba de cultos genuinamente egipcios y, al apoyarlos, estos faraones afirmaban la naturaleza singular de la civilización egipcia frente a la presión creciente de la cultura extranjera. Además, el culto animalístico —como el culto de Isis— era extraordinariamente popular y el apoyo real de estos cultos servía para impulsar un sentido de identidad nacional.

La relación del faraón con los templos no se limitaba, no obstante, a asegurar su bienestar material. En teoría, el faraón era también el sacerdote de todas las divinidades egipcias, papel que aparece profusamente ilustrado en períodos anteriores, tanto en las fuentes escritas como en los muros de los templos y en otros monumentos de menor importancia. Del período que estudiamos no se conservan muchos testimonios de este tipo, pero, sin duda, la tradición continuaba intacta. Una serie de relieves en los templos de Ain el-Muftella, en el oasis de Bahariya, representan a Amasis participando en el culto a la manera clásica. La inscripción de Udyahorresnet insiste constantemente en la importancia fundamental de este aspecto de las obliga-

ciones del faraón a comienzos de la Dominación Persa y, finalmente, la Crónica Demótica demuestra la enorme importancia de este concepto a finales de la Baja Época.

El segundo aspecto tradicional de las actividades del faraón que debemos analizar es su papel como protector del pueblo. En épocas anteriores se esperaba del faraón que cumpliera este papel de dos formas diferentes: en primer lugar, debía garantizar la seguridad en el país mediante una adecuada labor de policía y, si era necesario, a través de operaciones militares organizadas; en segundo lugar, debía defender a Egipto de sus enemigos exteriores. Estos conceptos están ampliamente ilustrados en textos como los himnos de la Dinastía XII en honor de Sesostris III, procedentes de Kahun. Que estos aspectos de las responsabilidades del faraón conservaban toda su importancia en la Baja Época lo demuestran los epítetos y atributos de los faraones y las medidas que tomaron para garantizar la seguridad interna y la defensa del reino de los ataques del exterior (véanse más adelante, pp. 407, 412 ss.).

El tercer aspecto fundamental del cargo del faraón era la administración del reino. Uno de los dogmas fundamentales del Estado egipcio era que todo poder derivaba en último extremo del faraón y todos los aspectos del gobierno se hallaban bajo su control. Desde luego, en la práctica, la delegación de autoridad era fundamental y muy amplia. Una vez más, no existen diferencias fundamentales con respecto a épocas precedentes (véanse *infra*, pp. 405 ss.).

Hasta aquí, la conclusión fundamental que se deriva del estudio de la monarquía durante la Baja Época es que, a excepción de los momentos finales del período, no parece haberse producido cambio alguno en la base idcológica de la institución. Puede parecer ésta una conclusión extraña a la luz de algunas opiniones recientes sobre el tema, que van demasiado lejos en la interpretación de la descripción que Heródoto hace de Amasis como borracho e iconoclasta. He aquí lo que un autor (Spalinger, 1978 *a*, p. 26) ha escrito:

> Las historias griegas respecto a Amasis indican también que el faraón estaba lejos de ser un personaje real. Muy al contrario, Amasis aparece como un hombre común amante de la bebida. De hecho, parece que no contó con la aprobación de todos los egipcios inmediatamente después de concluida la guerra civil. La Historia Demótica fragmentaria que gira en torno a la borrachera de Amasis

confirma plenamente las tradiciones recogidas por Diodoro y Heródoto. En el cuento de «Amasis y el capitán», Amasis resulta insignificante en comparación con P. Berlin, 13598, donde se recoge la muerte de Psamético I de una manera tan formal que le lleva a uno a preguntarse si Amasis fue considerado alguna vez por sus súbditos como un ser divino.

Este juicio es completamente erróneo. Aparte de que no es seguro hasta qué punto ese material es griego y no egipcio, no resulta en absoluto ajeno a la tradición representar al faraón en un tono tan alegre. Se podría argumentar que Heródoto no cuenta la misma historia sobre otros reyes saítas y que eso es significativo. Ciertamente lo es, pero lo que significa es que a través de su política aparentemente filohelénica, Amasis había causado una profunda impresión en la conciencia histórica griega que, por tanto, acumuló mayor número de datos respecto a ese faraón que acerca de ningún otro. Ese material no indica que se produjera ningún cambio de actitud hacia la monarquía como tal durante el Período Saíta. Sin embargo, la lectura atenta de los textos egipcios a lo largo de toda la historia faraónica revela que la aceptación de los dogmas de la monarquía divina no era óbice para que existiera una profunda divergencia en las actitudes personales respecto a la corona y las relaciones individuales para con ella, y que esas actitudes pueden explicarse —cuando es posible explicarlas— en función de las circunstancias contemporáneas. Las inscripciones de las tumbas del Imperio Antiguo, que corresponden a una época de un gobierno central fuerte, insisten en el hecho de que los muertos dependen del favor real; a finales del Período Heracleopolitano (*c.* 2200), en una época en la que el gobierno central se hallaba muy debilitado, Anjtifi nunca menciona al faraón en su gran inscripción biográfica y nos trasmite la impresión de que se trata de un hombre que se regocija en su independencia y autonomía de *facto*, aunque hay razones para creer que reconocía, al menos formalmente, la soberanía de Heracleópolis (Schenkel, 1965; páginas 45 ss.); por su parte, Chechi, a comienzos de la Dinastía XI, confiesa, en el estado tebano, centralizado aunque relativamente reducido, su dependencia del favor real (Lichtheim, 1975, pp. 90 ss.). Así pues, no debe sorprender que en las actitudes hacia la monarquía de la Baja Época se detecten una serie de rasgos que reflejan

plenamente la situación histórica del momento, sin comprometer en absoluto los dogmas antiguos.

En primer lugar, los egipcios se enfrentaban al problema de reconciliar su antiguo concepto de la monarquía con el hecho de la dominación extranjera, primero persa y luego macedónica. El faraón era el campeón del orden; los gobernantes extranjeros eran considerados tradicionalmente, por definición, como los agentes de la destrucción y el caos. La reacción egipcia ante este dilema fue típicamente pragmática: si el gobernante extranjero estaba decidido a asumir plenamente el papel del faraón con todas sus obligaciones, los egipcios le aceptarían. Desde luego, para algunos egipcios Cambises entraba dentro de esta categoría. La inscripción de Udyahorresnet nos permite saber que aceptó la titulatura faraónica y otras formas, que mostró un respeto especial hacia la ciudad real de Sais y a sus cultos, que asumió el cargo sacerdotal allí y que lo desempeñó con especial fervor y atención a las prácticas antiguas. Dada la ortodoxia estudiada de Cambises, el autor de la inscripción no tiene dificultad en hablar de la conducta del rey persa en los mismos términos utilizados para referirse a un faraón egipcio nativo. Si alguien actúa como faraón ¡*es* un faraón! También la conducta de Darío fue ejemplar porque restauró la Casa de Vida en Sais, intervino activamente en los templos de Abusir y posiblemente El-Kab y dedicó gran atención a los templos del oasis del Jarga. Todas estas acciones son típicas de un faraón y le permitieron ser plenamente aceptado por los egipcios como faraón legítimo. Alejandro Magno dedicó sacrificios a los dioses en Menfis, fue coronado allí con todo el ceremonial tradicional como faraón y luego visitó Siwa, donde no sólo honró a Amón-Re sino que fue saludado por los sacerdotes como hijo del mismo dios. No es sorprendente que los egipcios le aceptaran como faraón en el sentido más pleno de la palabra. En verdad, invocaron incluso la antigua doctrina de la teogamia para sancionar su aceptación. Según este dogma, que se remontaba cuando menos al Imperio Antiguo, el rey era el hijo físico del dios-sol, que se suponía que había visitado a la reina encarnado en el rey. Es probable que esta doctrina fuera aplicada a Cambises, pues Heródoto (III, 2) recoge una historia egipcia en el sentido de que Cambises era el hijo de Ciro y de una princesa egipcia llamada Nitetis, afirmación que puede reflejar una teogamia en la que Ciro fuera representado como Amón-Re, pero no hay duda ninguna de que se aplicó

en el caso de Alejandro Magno. En efecto, existe la tradición explícita de que Alejandro era el hijo físico del último faraón nativo egipcio, Nectánebo II, y de Olimpia, la esposa de Filipo II de Macedonia.

No hace falta decir que no todos los reyes extranjeros consiguieron ser aceptados de igual forma por los egipcios. Si se vieron rechazados fue simplemente porque no supieron integrarse en el ideal de la monarquía. Cuando eso ocurría los egipcios recurrían invariablemente al estereotipo tradicional según el cual los reyes extranjeros eran seres caóticos. Su reinado significaba la ausencia de un faraón, la ausencia de orden y la irrupción de fuerzas caóticas en el país. Jerjes pertenecía claramente a esa categoría. En la Estela del Sátrapa, del año 311, se le describe como un enemigo del orden que había privado a los dioses de Buto de una gran extensión de tierra, violando las tradiciones seculares. Esa acción indigna de un dios —se afirma— fue castigada por los dioses con el derrocamiento de Jerjes. Un caso similar es el de Artajerjes III. Según las fuentes clásicas, su invasión de Egipto en 343 fue acompañada, entre otras cosas, por graves abusos en los templos egipcios, desastres que se atribuyen al abandono divino de Egipto en la inscripción biográfica de Somtutefnajt, contemporáneo de estos acontecimientos. Ningún texto asimila al ideal faraónico a quien había perpetrado tales abominaciones (Lloyd, 1982 *b*, pp. 175 ss.).

Una segunda característica de las actitudes de la Baja Época hacia la monarquía es la clara determinación de los funcionarios de subrayar su independencia con respecto al control real o, cuando menos, su insistencia en su propia responsabilidad por un logro concreto. Por ejemplo, los funcionarios subrayan frecuentemente su papel en la tarea de garantizar el bienestar de sus ciudades. Es curioso que en este contexto utilicen frecuentemente, para referirse a sí mismos, una terminología sacada de las inscripciones reales y de diversos textos del Primer Período Intermedio. Algunas inscripciones afirman incluso que el faraón dependía del propietario de la inscripción o, cuando menos, permiten que el papel del faraón quede en un segundo plano y atribuyen el papel fundamental al protagonista —no real— de la inscripción. En el reinado de Apries, Nesuhor subraya que fue él el que libró al faraón de las dificultades en que se hallaba con sus mercenarios. Udyahorresnet afirma continuamente que sobre él recayeron las responsabilidades de dirigir las actividades de Cambises en Sais y Pefchuaneit concede escasa importancia

a su rey cuando describe sus logros personales en Ábido. En último extremo, esto no es sino el reflejo de la situación creada por la incertidumbre y la eficacia desigual de la autoridad real en Egipto en el período posterior al Imperio Nuevo, que exigía una mayor independencia de acción y de autoconfianza.

Esa mayor independencia de los funcionarios con respecto al faraón se inscribe dentro de otra tendencia que se dibuja en el período que estudiamos: la determinación de reducir la independencia del faraón. Esta tendencia se confirma en la afirmación constante de la dependencia del faraón con respecto a los dioses. Ciertamente, éste no es un hecho nuevo y se manifiesta en otros períodos anteriores de debilidad interna, pero en el período que estudiamos desembocó en un planteamiento diferente: El concepto de la dependencia real desembocó en la idea de que el faraón podía fracasar a los ojos del cielo. El concepto de falibilidad real aparece ocasionalmente en textos más antiguos, por ejemplo, las Instrucciones para Merikare en el Primer Período Intermedio (véase p. 101) y la inscripción de Mose del Imperio Nuevo, pero ahora los egipcios van mucho más allá en el sentido de que dan a ese concepto el valor de principio fundamental de causalidad histórica. La Crónica Demótica, de comienzos del Período Ptolemaico, que consiste en una serie de oráculos con sus interpretaciones referentes a los faraones de Egipto desde Aminteo (*c.* 404-399) hasta Nectánebo II (*c.* 358-341) predica la doctrina de que sólo los faraones que viven de acuerdo con la voluntad de los dioses podrán prosperar y justifican los desastres recientes de la historia de Egipto como ilustración de ese principio. Normalmente, los textos de épocas anteriores asumen que el faraón está, *ex officio*, en armonía con la voluntad divina, mientras que este texto insiste en que en muchos casos esto no es así. Lo que parece haber ocurrido es que la perturbación y fragmentación de la autoridad central acaba con el aura de divinidad que rodea al faraón. El faraón está ahora más próximo a los mortales y el código moral que se aplica a estos últimos sirve también para él. Los hombres pueden violar el orden divino, incurrir en la ira divina y ser castigados; también puede ocurrir lo mismo con el faraón (véase Lloyd, 1982 *a*, pp. 41 ss.). Aunque estas actitudes se ven plasmadas de forma más meridiana en un texto que data de un momento posterior al período que estamos estudiando, no hay duda de que existían ya anteriormente, pues en la inscripción biográfica de Somtutefnajt, cuya carrera de funcio-

nario comenzó en la Dinastía XXX, existe una implicación concreta de que la derrota de Nectánebo II a manos de los persas fue el resultado de la hostilidad divina y esto, a su vez, debía significar que Nectánebo había perdido la gracia divina.

La estratificación social

Ninguna de las fuentes que se conservan mencionan el volumen de la población de Egipto durante este período. Diodoro Sículo afirma (I, 31, 7-8) que durante el siglo I Egipto no tenía menos de tres millones de almas y que la población había sido de siete millones «en la Antigüedad». No conocemos con certeza el punto de referencia exacto de la segunda cifra pero dado que corresponde aproximadamente con la que, según Lane, constituía la población máxima que podía soportar el país en las condiciones agrícolas de comienzos del siglo XIX (Lane, 1966, pp. 23 ss.), parece razonable pensar que debe corresponder a los comienzos del Período Ptolemaico, cuando a las innovaciones tecnológicas introducidas en la agricultura se habría añadido una eficacia despiadada y totalitaria, provocando un incremento de población hasta alcanzar la cifra máxima en la Antigüedad. Las cifras deben ser rebajadas para la época pre-ptolemaica. Ciertamente, se alcanzó un punto máximo durante la Dinastía Saíta, pues el propio Heródoto insiste en que en el reinado de Amasis la población era desusadamente elevada (II, 177, 1). No obstante, no es fácil aventurar una cifra exacta. Las únicas indicaciones de que disponemos son las afirmaciones de Heródoto acerca de la extensión máxima de los dos grupos que constituían la clase de los guerreros. Lamentablemente, esas cifras totales no guardan relación con ningún período específico, pero lo más probable es que no sean anteriores al comienzo de la Dinastía Saíta. Así pues, si aceptamos que las cifras máximas para ambos grupos se alcanzaron en la misma época, podemos interpretar los comentarios de Heródoto en el sentido de que en el período comprendido entre comienzos de la Dinastía Saíta y el momento de su visita a Egipto a mediados del siglo V, el número total de guerreros era en torno a los 410.000. Si consideramos que cada familia de un guerrero estaría compuesta por cuatro personas, lo que según Lane es razonable para las provincias en su propia época, obtenemos un total aproximado de guerreros e individuos depen-

dientes de ellos de 1.640.000. La fiabilidad de esa cifra es grande por cuanto se confirma por otro procedimento. Según Heródoto, a cada guerrero se le entregaba una parte de doce aruras de tierra (véase más adelante, p. 381). Si Baer está en lo cierto cuando afirma que dada la productividad de la agricultura egipcia eran necesarias algo más de dos aruras para alimentar a una persona (Butzer, 1976, pp. 76 ss.), hay que concluir que la parcela de un guerrero serviría para alimentar a un máximo de cinco personas, mientras que la media sería, sin duda, inferior. En consecuencia, parece posible aceptar que en el momento de mayor desarrollo de la clase de los guerreros, éstos, junto con sus familas, supondrían una población total de aproximadamente 1.640.000. Dado que los guerreros poseían más de la mitad de la tierra agrícola de Egipto (véase *infra*, p. 381) y aceptando una densidad similar en el resto del país, obtenemos una población total de en torno a los tres millones. Esta cifra es perfectamente compatible con las cifras estimadas para el Imperio Nuevo (véase p. 240). Asimismo, tiene el considerable mérito de concordar con una cifra conocida por Diodoro para el Período Helenístico y no parece quedar fuera de los límites de lo razonable. Sin embargo, hay que recordar que se trata de un *máximo únicamente para el Período Saita*, y que la población debió fluctuar notablemente en las agitadas centurias que precedieron a la conquista macedónica.

El terreno que pisamos es mucho más firme cuando se trata de analizar la estratificación de la población. Aparecen cuatro grupos fundamentales de hombres libres, ninguno de ellos nuevos: funcionarios administrativos, sacerdotes, *machimoi* (guerreros) y el pueblo común, término con el cual designamos a campesinos, artesanos y elementos similares. La posición privilegiada de las tres primeras clases se hace patente a través de las fuentes egipcias y clásicas pero en todos los períodos hubo una cierta mezcla de elementos entre ellas. Ciertamente, los estratos superiores de los grupos sociales más elevados tendían a fundirse y puede llegar a ser muy difícil asignar un individuo a uno u otro de estos grupos: un soldado de rango elevado podía ser sacerdote o funcionario y, en ocasiones, ambas cosas a un tiempo. Sin embargo, el pueblo común conservó su sentido de identidad corporativa y sus intereses comunes y, con ellos, la capacidad de presionar corporativamente y la posibilidad de expresar su resentimiento de clase de forma también corporativa. Durante la Baja Época existieron, además de hombres libres, siervos y esclavos en la

sociedad egipcia. Es imposible determinar el número de estos últimos pero la documentación, pese a todas sus deficiencias, permite concluir que los siervos constituían un elemento importante de la población. No hay que olvidar tampoco que existía una población extranjera muy numerosa.

Los funcionarios administrativos

Durante los Períodos Saíta y Persa los funcionarios del gobierno constituyeron un grupo social extraordinariamente importante y numeroso, cuyas actividades cubrían prácticamente todos los aspectos de la vida egipcia. Debemos citar desde los escribas más humildes, que se ocupaban de las minucias del gobierno local, hasta los funcionarios de importancia nacional, que residían en la capital y que se ocupaban de asuntos de interés nacional e incluso internacional. Más adelante analizaremos con detalle su organización, en el apartado dedicado a la administración interna (véanse *infra*, pp. 405 ss.).

Los sacerdotes

En el Período Ptolemaico, los sacerdotes constituían uno de los tres estamentos que más tierras poseían en Egipto, junto la corona y los guerreros (Diodoro Sículo, I, 73). A la luz de los datos de que disponemos es imposible establecer con precisión su poderío económico durante la Baja Época, aunque contamos con algunos indicios. En efecto, Heródoto afirma con toda claridad que eran un grupo privilegiado durante la Primera Dominación Persa y habla de ellos en el mismo sentido que de los guerreros, quienes, a juzgar por lo que afirma el historiador griego, poseían más de la mitad de la tierra cultivable del país (véase *infra*, p. 381). Cuando Psamético I designó a su hija Nitocris como futura gran sacerdotisa del Templo de Amón en Tebas, en 656, Nitocris recibió en concepto de dote unas 9.000 hectáreas de tierra, aparte de una serie de regalos en especie como pan, leche, pasteles, hierbas, bueyes, ocas y cerveza. Algunos de estos productos le eran entregados diariamente, y otros mensualmente. La Estela de Apries en Mit Rahina menciona la donación perpetua, libre de impuestos, de un distrito próximo y todas las tierras pantanosas y cultivables adyacentes a éste, incluyendo siervos,

ganado, productos de las aldeas y de la tierra y las tierras de los dioses y diosas allí establecidos. Todo ello formaba un conjunto considerable. Por otra parte, la petición de Peteisis, del Período Persa, menciona las propiedades de Amón de Teuzoi (El-Hibeh), libre de impuestos, y ganado perteneciente a Amón-Re en una zona tan septentrional como el nomo de Oxirrinco (nomo XIX del Alto Egipto). Según la Estela del Sátrapa del año 311, los templos de Buto habían poseído durante el Período Persa una propiedad de extraordinaria extensión a la que se daba el nombre de «El País de Uto», limitado por el Mediterráneo en el norte, el nomo saíta en el sur, el brazo canópico del Nilo por el oeste y el nomo sebenítico en el este. Éstas y otras referencias inducen a pensar que una gran proporción de la riqueza de la nación debía hallarse en las propiedades de los templos, aunque el porcentaje no era tan elevado como el que menciona Diodoro para períodos posteriores. En verdad, esa situación no debía constituir una gran novedad. El Gran Papiro Harris de Rameses III revela que los templos poseían aproximadamente una tercera parte de la tierra cultivable y la quinta parte de sus habitantes a comienzos de la Dinastía XX, mientras que, por otra parte, el Papiro Wilbour de Rameses V nos permite saber que una gran proporción de la tierra del Egipto Medio, a la que se refiere el texto, se hallaba en posesión de los templos (véase *supra*, p. 284).

No puede sorprender que los templos no pudieran disfrutar siempre de esa riqueza con toda libertad y, de hecho, durante el período que estudiamos encontramos varias referencias a la interferencia real en su poder económico: Un decreto de Cambises, registrado en el reverso de la Crónica Demótica, describe el recorte de los ingresos de los templos, aunque tiene buen cuidado en excluir al gran templo de Ptah en Menfis; Jerjes confiscó la propiedad de Buto a la que hemos hecho referencia más arriba y que sólo sería devuelta en el reinado del misterioso faraón Jabbash; un pasaje de los *Oeconomica* (1350 *b*-1351 *a*) del Pseudo-Aristóteles describe las grandes exigencias de Taco ante los administradores de los templos para financiar su guerra persa; finalmente según Diodoro (XVI, 51), Artajerjes III confiscó tesoros sagrados tras la conquista del país en 343. No obstante, es significativo el hecho de que tres de esos cuatro gobernantes fueran persas y que incluso Taco tomara sus decisiones solamente *in extremis*. Los cuatro serían condenados por la historia por su impiedad.

Debido al poder y prestigio de los templos, los cargos sacerdotales eran sumamente codiciados pero los nombramientos eran un asunto complicado. La base teórica del sacerdocio egipcio no varió durante todo el período faraónico: el propio faraón era el gran sacerdote de todos los dioses de Egipto y el único oficiante con derecho a celebrar los principales rituales en el *sancta sanctorum* situado en la parte posterior del templo, donde se hallaba la estatua del dios. Los sacerdotes que le ayudaban, no importa cuál fuera su rango, eran simples colaboradores nombrados por él para realizar funciones fundamentales pero subordinadas. En la práctica, era imposible que el faraón pudiera desempeñar sus obligaciones sacerdotales en todos los templos y por ello tenía que nombrar sustitutos, a los que generalmente se les conocía simplemente como «los primeros servidores del dios», es decir, grandes sacerdotes, aunque en algunos santuarios poseían un título genuino. La ortodoxia dogmática se aseguraba por la conversión ritual del gran sacerdote en faraón antes de que comenzara el culto diario. Tanto en el caso de este sacerdote como de sus subordinados, la base *de iure* era la misma: todos ellos eran nombrados por el faraón. Lógicamente, en la práctica la situación era más complicada. En todos los períodos se produjeron tensiones entre el derecho del faraón a nombrar y el principio hereditario. Los nombramientos para ocupar los cargos sacerdotales menos importantes eran realizados, sin duda, por el gran sacerdote o por sus subordinados inmediatos y, a lo sumo, ratificados por el faraón. Asunto distinto era el nombramiento del gran sacerdote. Cuando el gobierno central era fuerte, era el propio faraón el que lo nombraba, mientras que en los períodos de debilidad se imponía con frecuencia el principio hereditario.

En el período que consideramos no faltan ejemplos de nombramientos reales. Ya hemos mencionado que en el año 656 Psamético ejerció su prerrogativa a este respecto y envió a su hija Nitocris a Tebas para que se convirtiera en «esposa divina» de Amón-Re y, finalmente, gran sacerdotisa. Este precedente fue seguido por Psamético II, quien actuó de la misma forma con su hija Anjenesneferibre. El objetivo de estas medidas no se nos puede ocultar: en este período la unidad político-económica más importante del Alto Egipto era la Tebaida, gobernada como un estado sacerdotal por Amón-Re de Tebas; el cargo sacerdotal más importante era el de gran sacerdotisa de Amón-Re; en consecuencia, el control real de ese cargo

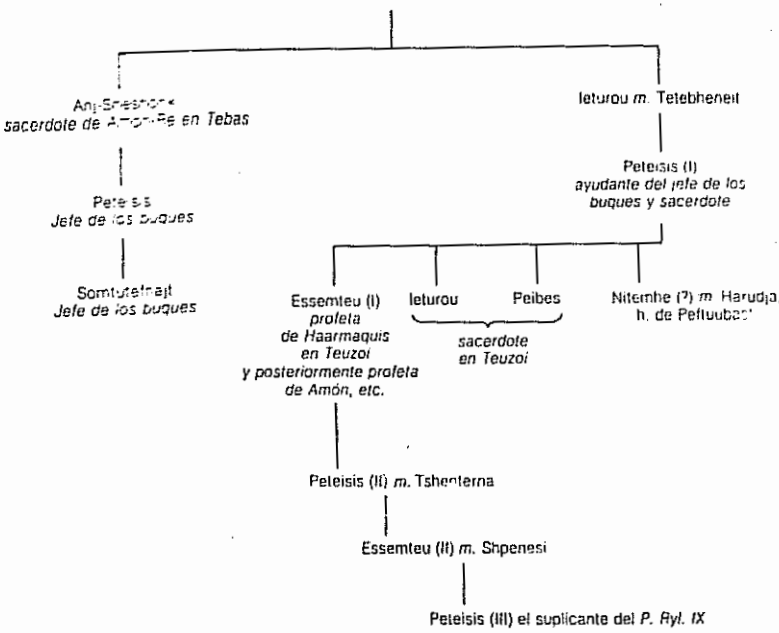


FIGURA 4.3

La genealogía de Peteisis III

daba a la corona el control de todo el templo-estado tebano. Esta política, que siguió el ejemplo establecido por la Dinastía XXV Nubia fue puesta en práctica con el mayor tacto, pero sin embargo constituye un ejemplo notable de la forma en que un faraón poderoso podía ejercer en su propio beneficio político la prerrogativa del nombramiento de los cargos sacerdotales.

La Petición de Peteisis constituye otro ejemplo del ejercicio de ese derecho por parte de Psamético I. Se nos dice (8, 14-20) que el faraón nombró a Peteisis I como sacerdote de Amón-Re, Arsafes, Osiris, Onuris, Min y Sobek. Una vez más, estos nombramientos debían tener una dimensión política, pero es interesante observar que el argumento utilizado por Peteisis para persuadir al faraón de la justicia de su pretensión era el de que su propio padre Ieturou había desempeñado ya los cargos en cuestión. La fuerza de esa afirmación

era más de tipo moral que legal, pero tenía su importancia. El mismo principio hereditario aparece también en 14, 9-16, donde nos enteramos de que a Peteisis le sucedió en el cargo de gran sacerdote de Amón-Re, en Teuzoi, Essemteu mientras que a este último le sucedió, a su vez, su hijo Peteisis (II). Este pasaje sugiere que si la ratificación real era necesaria *de iure*, no tenía gran importancia *de facto*, y que el principio hereditario había seguido simplemente su curso natural.

El principio hereditario se manifiesta también en 8, 8-14, donde vemos que en el reinado de Psamético I un sacerdote de Amón-Re en Tebas, llamado Harudya, había pedido a Peteisis (I) que le nombrara sacerdote en Teuzoi y basaba su petición en el hecho de que su padre ya había sido sacerdote allí. También en este caso el argumento carecía de base legal pero era lo bastante fuerte como para que Peteisis accediera a la petición de Harudya sin mayores problemas. Resulta interesante el hecho de que Heródoto afirme que el principio hereditario predominaba de forma absoluta durante el período de ocupación persa (II, 37, 5). Su afirmación es errónea pues no fue hasta la época grecorromana cuando el haber nacido en una familia sacerdotal se convirtió en un requisito imprescindible para acceder al sacerdocio, pero el mismo hecho de que hiciera esta afirmación implica que se había convertido en una práctica casi universal.

Sin embargo, la petición de Peteisis parece sugerir que el parentesco podía ser un argumento más eficaz e importante de lo que hemos visto hasta ahora. En 15, 11 ss. se nos dice que Peteisis II, gran sacerdote de Amón-Re en Teuzoi, tenía parientes que eran sacerdotes del mismo dios en Tebas y que en los momentos de dificultad solía acudir a ellos en petición de ayuda. Este pasaje es muy ilustrativo respecto al funcionamiento de la antigua sociedad egipcia: por lo general, en las comunidades primitivas y antiguas el parentesco implica un poderoso nexo de obligación y apoyos mutuos mucho más fuertes que los que existen en la mayor parte de las sociedades europeas modernas.[7] Es evidente que la petición de ayuda de Peteisis ejemplifica ese principio y que la existencia de esos lazos familiares creaba un fuerte sentido de solidaridad entre los dos sacerdocios, que podía expresarse, entre otras cosas, en la defensa de los intereses mutuos. Así pues, no es imposible que el Harudya al que hemos hecho

7. Introducciones útiles para el estudio de este tema son las de Bohannan (1969, partes 2-4); Mair (1977), Índice, bajo título Kin; Goody (1971).

referencia más arriba fuera en realidad un pariente de Peteisis I y que ese factor tuviera un efecto poderoso —bien que encubierto— de cara a obtener el sacerdocio de Teuzoi. La existencia de este tipo de lazos familiares no es por lo general tan fácil de detectar como en este caso, pero podemos estar seguros de que existían por todo el país y de que constituyeron un factor fundamental en la creación y manifestación del poder sacerdotal en todos sus aspectos. Si esto era así, contamos con un ejemplo, raro en las fuentes que han llegado hasta nosotros, de la forma en que operaba un factor que debía ser un elemento fundamental en la estructura institucional de Egipto durante toda la Antigüedad: La explotación del parentesco en la vida social, económica y política del país como mecanismo integrador fundamental. Podemos establecer un paralelismo en el caso de la manipulación de los lazos de parentesco por parte de los monarcas del Medio Egipto a comienzos de la Dinastía XII, en el intento de crear unidades feudales de poder (cf. *BAR*, I, § 622 ss.).

Durante el período que estamos analizando no se produjeron cambios significativos en la organización del sacerdocio y del personal del templo. En el Imperio Antiguo y en el Imperio Nuevo existían funcionarios responsables de la dirección de la administración de los templos en todo el país. En el Imperio Antiguo llevaban el título de «controlador de todos los cargos divinos» y en el Imperio Nuevo el de «jefe de los templos y de todos los profetas de todo el país». Sin duda, el gobierno central trataba, por medio de esos funcionarios, de controlar estrechamente la utilización indebida del poder económico de los templos. Ambos cargos eran de carácter secular pero vemos que en el Imperio Nuevo el segundo de los cargos citados podía ser desempeñado por el gran sacerdote de Amón-Re en Karnak. A comienzos de la Dinastía XXVI, todavía ocurre esto pero posteriormente recayó en el gran señor tebano Mentuemhé quien, entre otras cosas, desempeñaba el cargo relativamente modesto de «cuarto sirviente del dios» de Amón. A su muerte parece que el cargo desapareció y no encontramos ningún otro cargo que pueda ser considerado equivalente. En cambio, aparecen sacerdotes que actuaban como jefes de todos los sacerdotes de una divinidad particular. Por ejemplo, a finales del siglo IV, Somtutefnajt era «el director de todos los sacerdotes ueb de Sacmis en todo el país». Ignoramos el carácter exacto de esos títulos pero es posible, cuando menos, que reflejen la misma actitud por parte del gobierno que los car-

gos a los que antes hemos hecho referencia. Otro tanto cabe pensar respecto al cargo del *lesonis* * que aparece frecuentemente en el período que consideramos aunque se remonta al menos a la Dinastía XVIII. El *lesonis* era una especie de presidente del templo y, en esencia, se trataba de un funcionario encargado de la administración financiera. Sin embargo, encontramos ejemplos de sacerdotes que ocuparon ese cargo, como Petosiris de Hermópolis, que añadió ese título a los numerosos títulos sacerdotales entre los cuales se incluía el de gran sacerdote de Hermópolis.[3] Durante la Primera Dominación Persa y, tal vez, durante toda la Baja Época, estos funcionarios eran nombrados —y en ocasiones depuestos— por el gobierno central.

En los períodos anteriores, el personal sacerdotal de un templo importante era muy numeroso y en él existían varias categorías. En lo más alto de la jerarquía se hallaban los «sirvientes del dios»,* siendo el gran sacerdote «primer sirviente del dios». En Karnak existía también un «segundo», «tercero» y «cuarto servidor del dios». El resto de esta clase estaba dividido en cuatro grupos llamados «custodios» * (en griego *phylae*), cada uno de los cuales servía en el templo durante un mes, quedando luego libre de servicio durante tres meses. Los altos escalones de la jerarquía incluían también a los prestigiosos aunque problemáticos «padres del dios».* Por debajo de éstos existían dos clases importante: los sacerdotes *ueb*,* sin duda el grupo más numeroso en el templo, y los sacerdotes-lectores.* Ambas categorías estaban divididas en «custodios» o «*phylae*», que actuaban sobre las mismas bases que los «servidores del dios». Los sacerdotes *ueb* eran asistentes rituales cuya obligación fundamental consistía en mantenerse en el máximo estado de pureza que les permitiera manejar los objetos de culto, como estatuas e instrumentos rituales. Por su parte, los sacerdotes-lectores eran expertos en textos sagrados que aseguraban que los ritos se realizaran en todos los sentidos según la estricta letra de la ley. Las sacerdotisas eran también una parte importante del personal del templo. Su misión consistía en cantar y bailar durante la realización de las ceremonias de culto. Existían, además, otros oficiantes menos importantes, a los que a menudo se les llamaba simplemente *wnwt*, que serían a modo de sacerdotes laicos, mientras que otros individuos a los que se da el nombre

3. Sobre el *lesonis* en general, véase Zauzich (1980, 1.008 ss.). El lector encontrará una traducción de los textos biográficos de Petosiris en Lefebvre (1924, vol. 1). Véase también Otto (1954, pp. 174 ss.); Lichtheim (1980, vol. III, pp. 44 ss.).

de *wnw*, «abridores del santuario» (?) * (en griego, *pastophoroi*), cuyo *status* exacto es objeto de discusión pero algunas de cuyas funciones eran la realización de trabajos de culto menores, relacionados con las imágenes divinas.

Una miríada de inscripciones que van desde los textos biográficos de Mentuemhé a comienzos de nuestro período, a los de Petosiris al final del mismo, nos permite conocer que el sistema se mantuvo intacto durante toda la Baja Época en los templos más importantes. Desde luego, los templos menores tenían que contentarse con un personal más reducido: un templo de tamaño medio en Teuzoi, que se menciona en la Petición de Peteisis, tenía un personal formado por un «sirviente del dios», que actuaba a modo de gran sacerdote, y cuatro «custodios» de sacerdotes *ueb*, cada uno de ellos con veinte miembros. Finalmente, hay que recordar que además de los sacerdocios asociados con los templos de los dioses durante la Baja Época existieron numerosos sacerdotes y sacerdotisas mortuorios profesionales, similares a los antiguos 'servidores del alma'.* Se les daba el nombre de *choachytes*, 'escanciadores de agua' * y, por lo general, su cargo era hereditario.

Los ingresos de los sacerdotes eran importantes y se realizaban en especie. La mayor parte de ellos, o todos, recibían parcelas de tierra de las propiedades de los templos, aunque los textos legales nos permiten conocer que, por lo general, las arrendaban en lugar de trabajarlas personalmente. Los sacerdotes recibían también un porcentaje de los ingresos del templo: por ejemplo, en Teuzoi, los ingresos del templo en trigo se dividían en 100 partes; una quinta parte iba a parar a manos del «sirviente del dios» y otra quinta parte a cada uno de los cuatro grupos de «custodios» de sacerdotes *ueb*. Los restantes ingresos que obtenía el templo se administraban de la misma manera. Además de todo ello, los ingresos de los sacerdotes incluían una ración diaria que, según Heródoto, consistía en pan, carne de buey, carne de oca, vino y cerveza. Aunque estas ofrendas eran de por sí generosas, todos los sacerdotes tenían la oportunidad de incrementar sus remuneraciones mediante el «pluriempleo», que muchos de ellos ejercían al máximo. Ya hemos indicado que Peteisis I de Teuzoi desempeñó varios sacerdocios en diversas partes del país y que Harudya de Tebas no se lo pensó a la hora de ejercer sacerdocios en Tebas y Teuzoi. De igual forma, Somtutefnajt se definía a sí mismo como «el sirviente de Horus, Señor de Hebu, el sirviente

de los dioses del nomo XVI, el sirviente del dios Somtus (Sematany) de Iat-hehu ... el director de los sacerdotes *ueb* de Sacmis en todo el país». La magnitud de los beneficios económicos de los cargos sacerdotales se vislumbra de manera especial en el pasaje de la Petición de Peteisis en el que se utiliza un estipendio de sacerdote para sobornar a un alto funcionario de la corte (*P. Rylands*, IX, 3, 8 ss.).

Gracias a Heródoto conocemos bien el modo de vida de los sacerdotes hacia mediados del siglo V a.C. y no hay por qué dudar de que sus comentarios sean ciertos para todo el período que estamos estudiando. Heródoto pone gran énfasis —lo cual no es sorprendente— en su obligación de mantener un elevado nivel de pureza ritual: afeitaban sus cuerpos cada dos días, debían ser circuncidados, sólo llevaban vestidos de lino y sandalias de papiro y se lavaban dos veces durante el día y otras dos durante la noche. Asimismo, no podían comer pescado ni judías. No sabemos con seguridad si tenían que respetar esas normas durante toda su carrera como sacerdotes, pero lo más probable es que sólo estuvieran obligados a ellas durante los meses en los que oficiaban dentro del templo. Sin embargo, sería erróneo pensar que las prescripciones de pureza ritual eran garantía de una vida recta y sobria. La Petición de Peteisis, que posee un valor realmente inapreciable, nos ofrece un cuadro sombrío respecto al nivel de honestidad en Teuzoi, donde los sacerdotes de principios del Período Saíta no se detuvieron ante el asesinato con tal de preservar sus intereses económicos. El crimen recibió su justo castigo cuando los culpables fueron detenidos, llevados ante el faraón y castigados, probablemente con la muerte. Ahora bien, dado el volumen de los intereses económicos, no puede sorprender que tan desagradables episodios sucedieran de vez en cuando y que en ocasiones la moralidad de los sacerdotes se alejara del ideal, situación para la cual podemos encontrar un paralelismo instructivo en la historia de la iglesia medieval europea. Con todo, no hay que permitir que estos episodios nos lleven a presentar una imagen demasiado sombría de los sacerdotes de la Baja Época. Al dirigirse al dios Ársafes, Somtutefnajt afirma: «soy tu sirviente, mi corazón está dedicado a ti; mi corazón sólo está lleno de ti ... mi corazón buscó la verdad en tu casa día y noche».[9] Allí donde existen ideales, siempre habrá muchos que dedi-

9. Para una traducción, consúltese Lichtheim (1980, vol. III, pp. 41 ss.); véase también Lloyd (1982 *b*, pp. 178 ss.).

FACULTAD DE FILOSOFIA Y LETRAS SUR

carán sus energías a realizarlos, no importa cuán lejos queden de alcanzarlos.

Los machimoi (guerreros)

La elevada posición de este grupo social se pone de relieve por el decreto de Darío de 495-494 a.C., preservado en el reverso de la Crónica Demótica. En el comienzo de este texto se mencionan tres grupos a los que se debe consultar a la hora de promulgar nuevas leyes: los guerreros, los sacerdotes y los escribas. Son los guerreros los primeros que se mencionan.

En su mayor parte —si no totalmente—, la clase de los guerreros procedía de los mercenarios libios que se habían establecido en Egipto durante el Imperio Nuevo o que habían inmigrado posteriormente en el país, donde probablemente se les había permitido fijar su residencia con la condición de que prestaran servicio militar a la corona cuando ésta lo solicitara. Se hallaban concentrados principalmente en el delta, donde llegaron a ser un núcleo numeroso y poderoso en la población. Se hallaban divididos en una serie de principados virtualmente autónomos y gobernados por los «grandes jefes de los mashauash (ma)» y que en algunos casos sobrevivieron hasta el reinado de Psamético I, durante el cual fueron absorbidos a lo largo de la primera fase de su expansión. Este cambio de *status* político no alteró su importancia militar y siguieron desempeñando un papel fundamental hasta finales del período faraónico. En la época saíta eran utilizados como soldados de infantería por tierra y probablemente también como marinos y, además, constituían para el faraón el equivalente egipcio de la guardia pretoriana de la Roma imperial. Durante el período de dominación persa destacaron sobre todo como marinos y posteriormente desempeñaron un papel importante en las campañas de Taco y Nectánebo II. En estas operaciones del siglo IV eran, predominantemente, un cuerpo de infantería, pero es interesante que Diodoro mencione la utilización de la caballería en el ejército egipcio (XV, 42) en un contexto en el que sólo se hallaban implicadas tropas egipcias.

Según Heródoto, la población máxima de la clase de los guerreros fue de 410.000, cifra que se refiere probablemente al Período Saíta-Persa (véase *supra*, p. 369). Asimismo, afirma el historiador

griego que se hallaban divididos en dos grupos, los calasirios y los hermotibios. Los primeros se hallaban concentrados en la zona meridional y oriental del delta, aunque algunos se habían asentado en el nomo tebano; por su parte, los hermotibios ocupaban un sólido bloque de nomos en las regiones occidental y central del delta. Al parecer, cada guerrero recibía de la corona una parcela de tierra (*c.* 3,2 ha)* libre de impuestos, extensión que resultaba perfectamente adecuada para mantener una casa de cinco personas, pero los oficiales debían recibir más según una escala que se incrementaba en razón del rango, aunque no sabemos cuál era esa escala. Si todas estas cifras son correctas, la suma total de las tierras concedidas a los guerreros asciende a dos tercios de la tierra cultivable del delta y a más de la mitad de toda la tierra cultivable de Egipto. Esta cifra puede compararse con la proporción de un tercio de la tierra que era propiedad de los templos durante la Dinastía XX, y no parece en absoluto irrazonable. La cuestión de cómo organizaban los guerreros el trabajo de sus tierras es objeto de especulación. Podemos descartar la tendencia de las fuentes clásicas a identificar a los guerreros con la élite militar espartana. Creemos que se puede afirmar que, puesto que constituían una milicia y no un ejército profesional, la mayor parte de ellos debían vivir casi todo el tiempo como campesinos, aunque en algunos casos sus parcelas podían ser arrendadas mediante contratos de aparcería, donde ello era económicamente posible. De cualquier forma, no se puede decir que sea nueva la importancia de los soldados, tanto egipcios como mercenarios, en la vida agrícola del país: el Papiro Wilbour, demuestra que, al menos hasta la Dinastía XX, fueron uno de los grupos más importantes por lo que respecta a la explotación de la tierra.

El pueblo común

En su análisis de la sociedad egipcia del período persa, Heródoto menciona varios grupos sociales además de los sacerdotes y los guerreros: vaqueros, porqueros, comerciantes, intérpretes y timoneros (barqueros), término con el cual designa sin duda a todos aquellos que ganaban su sustento ya fuera como patrones de barco de carga o de transporte o incluso manejando balsas de papiro que empujaban por medio de perchas por los pantanos, mientras pescaban y cazaban

diversos tipos de aves. Asimismo, podía haber mencionado un gran número de artesanos y otros trabajadores especializados, que desempeñaban un papel fundamental en la vida socioeconómica del país. Es interesante destacar que Heródoto no incluye en su lista a los agricultores libres, presumiblemente porque creía que la tierra agrícola se concentraba en manos de los sacerdotes y guerreros y porque el trabajo agrícola que describe en II, 14, 2, era realizado por ellos o por siervos a los que no cabía incluir en una lista de las clases en las que se dividían los hombres libres. De todas maneras, sabemos que en la Baja Época los ciudadanos ordinarios detentaban tierras en calidad de arrendatarios, aunque sin duda este sistema tenía un origen anterior. En el Papiro Wilbour vemos que aunque la tierra era en realidad propiedad de la corona o de los templos era trabajada por —o en nombre de— una variedad de individuos entre los que se incluían no sólo sacerdotes y soldados sino también «cultivadores», «damas» pastores, escribas y encargados de las caballerizas. El Período Saíta nos ofrece los primeros contratos de arrendamiento conocidos. Datan del reinado de Amasis y todos ellos se refieren a sacerdotes que arriendan sus parcelas en el dominio del templo de Amón-Re; se mencionan una serie de arrendatarios: pastores, apicultores y otros sacerdotes. Probablemente, las parcelas tenían una extensión de algo más de 1,5 ha y el arrendatario debía proveer todo lo necesario para el cultivo. Evidentemente, éste no pensaba realizar el trabajo personalmente sino utilizar esclavos o jornaleros.

Todos los grupos sociales a los que hemos hecho referencia hasta ahora estaban formados por hombres libres. Diferían unos de otros en una serie de aspectos importantes pero todos compartían la misma base institucional: la familia. Antes de detenernos en el análisis de otras categorías sociales, es, pues, necesario prestar una cierta atención al carácter de esta institución en la Baja Época.

Para los antiguos egipcios, la familia no consistía tan sólo en sus miembros vivos sino que era considerada como una corporación de los vivos y los muertos. Tradicionalmente, esta actitud se expresó a través del culto funerario, práctica que siguió ocupando un lugar preponderante en la Baja Época. Más aún, en este período detectamos un sentido todavía más fuerte de esta relación del que aparece en textos anteriores; sabemos que en el siglo V existía la costumbre de conservar el cuerpo momificado de los miembros fallecidos de la

familia en una cámara mortuoria dentro de la misma casa (Heródoto II, 86, 7; Diodoro Sículo, I, 91, 7) y, asimismo, los individuos muestran una tendencia más fuerte a afirmar su ascendencia registrando sus genealogías en forma de inscripciones.[10]

La base de la familia en el período que estudiamos era el matrimonio monógamo. No hay evidencias de poligamia, aunque no era extraña la existencia de concubinas. Tenemos noticia de que se celebraban matrimonios consanguíneos entre hermanastro y hermanastra, pero el matrimonio entre hermanos de padre y madre sólo era aceptable en el caso de la casa real. El concepto tradicional del matrimonio no varió en absoluto: el matrimonio era todavía un acto privado en el que el derecho no estaba interesado *per se*. Como en épocas anteriores, existen documentos a los que, por razones de conveniencia, los especialistas les han dado el nombre de «contratos matrimoniales», aunque se ocupan fundamentalmente de los pactos económicos realizados con motivo del matrimonio y no constituyen un requisito legal. Los ejemplos que conocemos de este período indican que el matrimonio podía ser patrilocal (la mujer se traslada al domicilio del marido) y, en casos muy raros, matrilocal (es el marido el que va a vivir a casa de la mujer) e ilustran uno de los rasgos más sorprendentes de la vida social egipcia durante todo el período faraónico: el alto grado de independencia de que gozaba la mujer. Ante la ley, la mujer podía actuar de forma muy similar a como lo hacía el hombre. Tal vez una de las diferencias consistía en que no estaban autorizadas a actuar como testigos en las transacciones legales. Varios tipos de contratos ilustran este aspecto, demostrando la libertad de la mujer para ser propietaria, conservar su propiedad después del matrimonio y disponer de ella en la forma que deseara. Más aún, esos contratos son pactos entre iguales y en ocasiones llevan bastante lejos el principio de obligaciones recíprocas. En un contrato (P. Chicago, 17.481) una mujer entrega al novio una gran suma de dinero como pago por todos los derechos y privilegios que él le habrá de garantizar en el curso del matrimonio; la mujer está autorizada a recibir cualquier atraso en los pagos de sus acreedores; los niños del matrimonio recibirán todo cuanto el padre tenga en el momento de la

10. Los problemas de Heródoto, II, 86, 7, se analizan en Lloyd (1976, pp. 363 ss.), donde niego la conexión con los comentarios de Diodoro. Creo que esta interpretación es errónea.

firma del contrato o en el futuro y el marido no tiene derecho a romper el acuerdo de forma unilateral. Desde luego, no todos los contratos matrimoniales eran tan detallados como éste —de hecho, el «documento de manutención» * que ejemplifica este texto no aparece hasta el siglo IV— y en el tratamiento de los diferentes problemas que intenta resolver se observa una gran libertad, pero los principios y actitudes que presupone tienen validez general.

Dado que el matrimonio era un acto privado, también lo era el divorcio: una parte simplemente repudiaba a la otra. No obstante, en la práctica las presiones sociales limitaban considerablemente el abuso de esa libertad y esas presiones se veían reforzadas muchas veces por el propio contrato matrimonial, en el sentido de que podía hacer que el divorcio resultara muy difícil imponiendo duras penas económicas que, a veces, eran realmente abrumadoras. Sin duda, estas medidas tenían éxito en muchas ocasiones pero el hecho de que se hayan conservado muchos documentos que hacen referencia al divorcio demuestra que éste era un fenómeno habitual.

La relación entre los padres y sus hijos quedaba determinada no sólo por actitudes sociales sino también por el derecho. Es evidente que el padre tenía derechos considerables incluso sobre la propiedad de los hijos adultos y, asimismo, tenía un derecho sobre su trabajo. Es igualmente claro que, en los casos de deuda, el acreedor podía proceder legalmente contra los hijos, así como contra los esclavos del deudor. La adopción era también posible, pero se realizaba de tal modo que el hijo adoptado no perdía necesariamente su derecho a la propiedad del padre natural. La piedad filial era una poderosa fuerza en la vida egipcia y se consideraba que los hijos tenían una fuerte obligación moral de mantener a sus padres cuando éstos eran ancianos, aunque se les liberaba de esa responsabilidad si los padres no habían cumplido, por su parte, con *sus* obligaciones. Por otra parte, parece que las hijas estaban obligadas por la ley a mantener a sus padres.

La viabilidad de una familia dependía de que existiera una base económica satisfactoria, que podía consistir en propiedades muebles o inmuebles, incluyéndose además cualquier cargo que desempeñara uno o más de sus miembros. Era fundamental la determinación del derecho legal a toda esta riqueza y las transacciones a través de las cuales pasaba a ser propiedad o usufructo de la familia un bien importante se registraban normalmente por escrito en la forma legal

adecuada. Los actos de venta y compra tenían una importancia especial y los textos muestran algunos rasgos interesantes. En los períodos anteriores ningún acto de venta era válido si no se cumplía el principio de reciprocidad: el vendedor debía recibir un intercambio aceptable por el bien que había vendido. El principio de reciprocidad era, y es, un elemento fundamental en la vida socioeconómica de las sociedades primitivas y antiguas y, desde luego, desempeñó un papel de primera magnitud en la maquinaria institucional del Antiguo Egipto.[11] Sin embargo, en los textos demóticos de nuestro período encontramos una modificación interesante de este principio. Con anterioridad y en los textos —anticuados y escritos en hierático— utilizados en el Alto Egipto hasta finales del reinado de Amasis, observamos que era obligatorio precisar lo que ambas partes recibían en la práctica en el proceso de reciprocidad. En cambio, en los actos de venta demóticos recibimos información respecto a lo que se vendía pero nada se dice de lo que recibía el vendedor. Tan sólo se afirma que éste estaba «satisfecho con lo que había recibido». Ciertamente, la insistencia en la satisfacción no es una novedad en sí misma. En los contratos más antiguos, la relación detallada de los bienes intercambiados se acompaña de manera natural con una afirmación explícita de que las partes en cuestión están satisfechas con el intercambio. No obstante, no hay duda de que la práctica demótica implica un considerable avance en el pensamiento legal. Antes, el Derecho ponía el énfasis en el proceso mecánico de reciprocidad pero ahora insistía en que el elemento crucial del contrato era la actitud de las partes ante la transacción.

Dada la importancia de la propiedad familiar, la cuestión de la herencia debía ser de la máxima trascendencia. En períodos anteriores, el problema se solucionaba casi siempre por medio de un documento llamado «acta de transmisión»,* que era el acta habitual que se utilizaba para la transferencia de cualquier tipo de propiedad. Cuando se realizaba ante la previsión de la muerte, servía a modo de testamento. El término «acta de transmisión» * estaba en desuso durante la Baja Época, pero se utilizaba todavía un documento similar para asegurar que la transmisión de propiedad se realizaba sin pro-

11. Sobre la reciprocidad en las sociedades primitivas y campesinas, véase Bohannan (1969, pp. 229 ss.); Mair (1977), Índice bajo título Reciprocidad. Théodoridès (1975, pp. 87 ss.) hace algunas observaciones interesantes sobre la reciprocidad en las relaciones exteriores egipcias.

blemas después o antes de la muerte. No obstante, muchas veces un hombre podía morir sin testamento y en esos casos el hijo primogénito detentaba una posición privilegiada para disponer de la propiedad del fallecido. Ahora bien, todos los hijos, varones o hembras, tenían un derecho legal sobre la propiedad.

Por cuanto hemos dicho hasta ahora, es evidente que en la vida del Antiguo Egipcio los documentos desempeñaban un papel fundamental. Esta situación se veía agravada por el hecho de que cuando quiera que se realizaba cualquier acto de venta o compra, *toda la documentación existente* referente al bien en cuestión debía ser también transferida al comprador. Por tanto, las familias llevaban sus propios archivos donde guardaban ese tipo de documentos. Como estos archivos se revisaban periódicamente y se prescindía del material ya obsoleto, han llegado hasta nosotros una serie de archivos familiares —o fragmentos de ellos— que nos ofrecen una interesantísima información sobre los fundamentos de la vida social en el Egipto de la Baja Época.

Siervos y esclavos

La cuestión de la servidumbre y la esclavitud en el Antiguo Egipto ha originado no pocas discusiones y algunos especialistas dudan incluso de la existencia de la esclavitud en la Baja Época. En esencia, el problema consiste en relacionar la estructura institucional y el léxico de una sociedad con la de otra. En ocasiones es posible alcanzar una correspondencia exacta, pero casi siempre hemos de contentarnos con equivalentes aproximados. Ésta es la situación cuando consideramos el *status* de la población «no libre» en el Antiguo Egipto. Posiblemente, durante la Baja Época no existían individuos cuyas condiciones de vida se ajustaran a las de los esclavos según la ley romana y ateniense, pero en muchos casos su falta de libertad era tan notable que no parece descabellado utilizar el término «esclavo» para describirlos. Analizaremos, pues, este tema tomando como base el siguiente principio: la servidumbre será considerada como una forma específica de esclavitud en la que los individuos están ligados a la tierra y trabajan para el propietario o su arrendatario. Por otra parte, todo aquel individuo que es propiedad de otro será designado simplemente como «esclavo».

Los siervos constituían un rasgo habitual de la vida egipcia en

períodos anteriores, en los que los vemos como trabajadores en los dominios del faraón, de los templos, y de los miembros más ricos de la comunidad. Adquirían la situación de siervos por diversos procedimientos: por nacimiento, por su condición de prisioneros de guerra o porque hubieran sido condenados a la servidumbre por ofensas criminales. No existen muchas pruebas documentales de la existencia de la servidumbre en el período que estudiamos, pero son suficientes para poder afirmar que los siervos seguían siendo un elemento importante en el conjunto de la población. En las donaciones otorgadas por Psamético I a Nitocris en 656 (Estela de Adopción, l. 31) se incluyen siervos. Por otra parte, la Estela de Apries de Mit Rahina nos informa de que había siervos * en la donación del faraón a Ptah (véase *supra*, p. 357) y, finalmente, según la estela de Pefchuaneit se entregaron siervos al templo de Osiris en Ábido (véase *supra*, p. 359). En los dos primeros casos no se indica claramente su procedencia, aunque obtenemos la impresión de que constituían toda la población de las zonas en cuestión; sin embargo, en el tercer caso se afirma de manera explícita que algunos de esos siervos eran prisioneros de guerra.

La esclavitud estaba reconocida por la ley en la Baja Época y está atestiguada en diferentes contratos de venta. Desde el punto de vista legal, el esclavo * no poseía nada; era un objeto viviente que podía ser comprado y vendido a voluntad. Sin embargo, si lo deseaba tenía la posibilidad de cuestionar su condición. Muchos esclavos eran extranjeros a los que diferentes factores como la guerra, el comercio exterior, o ambos a un tiempo, les condujo a tal condición, pero también los egipcios podían descender a esa situación (en Elefantina durante la Dominación Persa encontramos egipcios como esclavos de mercenarios judíos). Un *ostrakon* demótico, descubierto recientemente en Saqqara y que aún no ha sido publicado, atestigua la existencia de siervos que se ofrecían voluntariamente a los templos durante la Baja Época. Hay todavía diferentes interpretaciones sobre cuáles eran las circunstancias que daban origen a la esclavitud de los egipcios, pero creemos que dos de los motivos posibles eran las deudas y la necesidad apremiante de asegurarse un medio de subsistencia. No obstante, no importa que el esclavo fuera extranjero o egipcio, los documentos no parecen dejar lugar a dudas respecto a que la relación entre el esclavo y su dueño era extraordinariamente buena y de carácter paternalista.

Los extranjeros

Los extranjeros debían constituir un porcentaje importante de la población de Egipto durante la Baja Época. Ejercían oficios muy diversos y procedían de lugares muy diferentes. La presencia de mercaderes, mercenarios, viajeros, estudiantes, aliados y conquistadores está profusamente atestiguada y son pocos los grupos étnicos fundamentales del Mediterráneo oriental, del Próximo Oriente y el Notre de África que no están presentes en uno u otro momento. La reacción de la población egipcia ante los extranjeros no era ni mucho menos uniforme y estaba marcada por una mezcla de prejuicio, ideología, orgullo e interés. Con frecuencia prevalecía esta última actitud, aunque también estaban presentes los demás factores.

Heródoto nos informa con precisión sobre el concepto de identidad nacional de los egipcios durante el siglo v. Según el historiador griego, el oráculo de Amón-Re en Siwa había declarado que Egipto incluía todo aquello que quedaba cubierto por las aguas de la inundación y que era egipcio todo aquel que vivía al norte de Elefantina y bebía las aguas del Nilo; más adelante afirma que los egipcios consideraban extranjero a todo aquel que no hablaba egipcio (II, 18; 158, 5). En ningún momento dice Heródoto que las consideraciones raciales tuvieran importancia; el domicilio y la cultura eran los criterios fundamentales y no las características físicas. En otros pasajes refleja claramente las actitudes de los egipcios hacia quienes no satisfacían esas condiciones: los hábitos alimenticios que no se conformaban a la práctica egipcia eran considerados vergonzosos (II, 36, 2); era el método egipcio de escritura, de derecha a izquierda, el correcto, y no el de los griegos (II, 36, 4); las cabezas de los bueyes sacrificados que habían sido colmados de maldiciones debían ser lanzadas al río, o vendidas a los griegos; los egipcios se negaban a besar a los hombres o mujeres griegos en la boca y no utilizaban sus cuchillos y útiles de cocinar ni tocaban la carne que había sido cortada con cuchillos griegos porque todos esos objetos podían haber sido contaminados por el contacto con las vacas muertas (II, 39; 41, 2-3); en II, 110, se refiere a los sacerdotes de Menfis que comparan los logros de Darío con los del legendario faraón egipcio Sesostris, con notable desventaja para el primero. De todo esto se deduce que Heródoto consideraba que la actitud egipcia hacia los extranjeros era una mez-

cia de superioridad cultural y desprecio, un desprecio que muchas veces se veía reforzado poderosamente por los tabúes religiosos.

A la luz de estas actitudes no puede sorprender que de vez en cuando se produjeran estallidos de abierta hostilidad contra los extranjeros, pero sería erróneo interpretar estos acontecimientos como resultado únicamente de la aversión hacia la población no egipcia. En la revuelta nacionalista de los *machimoi* contra Apries (véase, *supra*, 352) hubo desde luego un elemento de xenofobia, pero no menos fuerza debió tener el sentimiento del orgullo herido por parte de las tropas egipcias ante la posición privilegiada de que gozaban los mercenarios extranjeros en el ejército egipcio. De igual forma, las diversas revueltas contra los persas durante el período de la primera ocupación no fueron, tan sólo, expresiones de odio hacia los extranjeros sino producto —en parte— de las aspiraciones políticas y económicas de los grupos de poder dentro de la población egipcia y, asimismo, consecuencia de las medidas represivas utilizadas por los persas después del reinado de Darío.

Un ejemplo especialmente interesante de la enemistad que podía llegar a surgir entre los egipcios y la población extranjera son los acontecimientos de Elefantina en el año 410. La hostilidad entre los sacerdotes del dios egipcio Cnum y la comunidad de mercenarios judíos alcanzó tal intensidad en esa ciudad que los sacerdotes egipcios persuadieron al oficial persa que mandaba en la región de que destruyera el templo de Yahvé, centro del culto judío en la ciudad. En ningún documento se afirman explícitamente las razones de ese odio, pero es evidente que su origen se debió a una causa más profunda que el simple desagrado de los egipcios respecto a los extranjeros. La explicación más plausible radica en el fervor religioso. Si, como parece probable, los judíos practicaban el sacrificio de corderos en su templo, habrían ofendido gravemente la susceptibilidad religiosa de los sacerdotes de Cnum, que se creía que se encarnaba en un carnero.

Un importante corolario de estas actitudes egipcias es que los extranjeros podían convertirse en egipcios simplemente aceptando Egipto como su patria y adoptando la cultura egipcia en todos sus aspectos. Ya hemos comentado la importancia de este punto en relación a la monarquía (véase, *supra*, p. 361), pero su trascendencia no se limita, ni mucho menos, a este aspecto. El atractivo de la civilización egipcia, sobre todo desde el punto de vista religioso, inducía a los inmigrantes a realizar grandes esfuerzos de adaptación. Los inmi-

grantes carios de Asia Menor y sus descendientes mostraron una gran capacidad de asimilación cultural y adoptaron nombres egipcios, así como su religión, con especial entusiasmo; la progresiva egipcianización de los conquistadores persas es ilustrada, sorprendentemente, por diversos textos como las inscripciones de los hermanos Atiyawahy y Ariyawrata en el Uadi Hammamat (476-449); la tumba de Siamón en el oasis de Siwa, que data del período que estudiamos, pone de relieve que también los griegos fueron sensibles a la influencia de la cultura faraónica; incluso los mercenarios judíos de Elefantina se vieron afectados por la civilización indígena, aunque en este caso la influencia fue mucho menos profunda.[12] Esta tendencia a la integración cultural se vio fortalecida por la práctica habitual en esta época de la celebración de matrimonios mixtos entre la población egipcia y la población extranjera.

La estructura económica

El modelo de asentamiento

No hay razón para creer que se produjeron cambios fundamentales en los modelos de asentamiento durante la época faraónica y podemos afirmar que la población de la Baja Época se distribuyó a lo largo de los núcleos egipcios clásicos, desde las granjas individuales y caseríos a las aldeas y ciudades, hasta las grandes capitales. La mayor parte de la población vivía en asentamientos relativamente reducidos, del tipo de los que se mencionan frecuentemente en el Papiro Wilbour (véase *supra*, p. 284), pero los centros mejor documentados en el período que estudiamos son las grandes ciudades. Como ocurre en todos los aspectos de la historia egipcia, los vestigios arqueológicos de tales asentamientos son muy escasos, pero la situación es muy diferente por lo que respecta a las fuentes escritas, tanto egipcias como clásicas, que nos ofrecen una clara imagen del carácter de esas ciudades aunque, en la mayor parte de los casos, no es posible trazar un plano preciso de los asentamientos.

12. Sobre las reacciones de los carios ante la influencia cultural egipcia, véase Lloyd (1978, pp. 107 ss.); sobre Atiyawahy y Ariyawrata, véase Posener (1936, páginas 177 ss.); para Si-amen, véase Boardman (1980, p. 159); para los mercenarios judíos egipcios, véase Porten (1968, pp. 151 ss.).

Las ciudades de la región aluvial se distribuyen en tres grupos fundamentales: capitales nacionales, como Menfis y Sais; los centros administrativos de las provincias o nomos en los que se dividía Egipto, como Bubastis y Mendes, y, finalmente, las pequeñas ciudades como Nebesheh.[13] Para evitar los efectos de las inundaciones siempre se construían en los lugares más elevados. En sus secciones inferiores, los asentamientos se basaban en depósitos naturales, como las orillas de los ríos o, en el delta, en las elevaciones arenosas que se conocen con el nombre de «caparazones de tortuga», pero en todos los asentamientos, esas zonas elevadas naturales se realzaban aún más por la presencia de restos de generaciones de habitantes; la mayor parte de los edificios se construían con adobes de barro secados al sol y cuando se derrumbaban, se nivelaba ligeramente la superficie y a continuación se erigía una nueva construcción. Esos montículos abundaban en todas las ciudades durante la Baja Época y produjeron una fuerte impresión en Heródoto (II, 97, 137), que al hablar de Bubastis hace una descripción especialmente vivída de uno de los efectos de la elevación progresiva de los montículos al afirmar que el templo de la diosa Bastis se hallaba situado en una hondonada rodeada de casas construidas sobre túmulos. Ciertamente, los túmulos sobre los que se elevaban las casas de adobe habían ido creciendo en altura con las sucesivas construcciones, mientras que el templo, al ser de piedra, se había mantenido en pie en su nivel original.

No es difícil establecer el plano de esas ciudades. Todas ellas poseían al menos un núcleo central, pero las grandes ciudades, como Menfis, tenían varios. Éstos podían ser templos o centros administrativos: palacios y oficinas del alcalde. Los templos de la Baja Época respondían al modelo clásico. El de Bastis, en Bubastis, había sido construido con granito y arenisca y, al parecer, se hallaba rodeado de un muro de basalto negro de unos 228,6 m × 176,78 m, con esculturas en relieve. Entre el muro y el templo propiamente dicho se extendía un bosquecillo, probablemente de palmeras, que simbolizaba la presencia protectora y vivificadora de la diosa. El acceso al templo se efectuaba a través de un camino procesional de unos 685,8 m de largo, algunos vestigios del cual han sobrevivido hasta

13. Nebesheh era la antigua capital del Decimonoveno nomo del Bajo Egipto, pero se vio suplantada por Tanis antes del inicio de nuestro período (Helck, 1974, pp. 195 ss.).

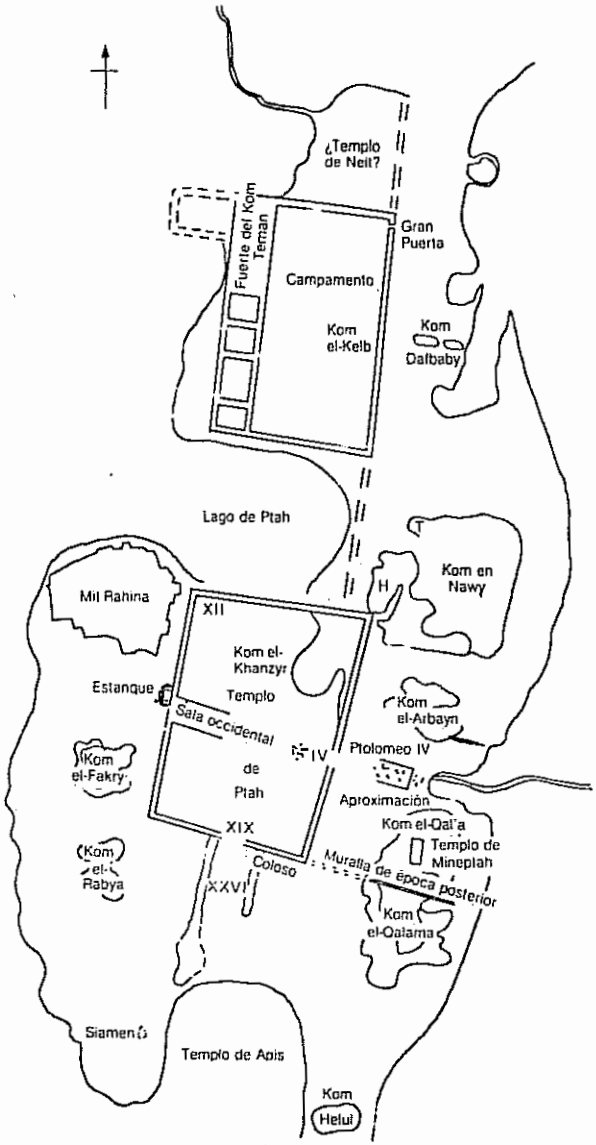


FIGURA 4.4

El emplazamiento de Menfis (según W. M. F. Petrie [1909 a], lám. I)

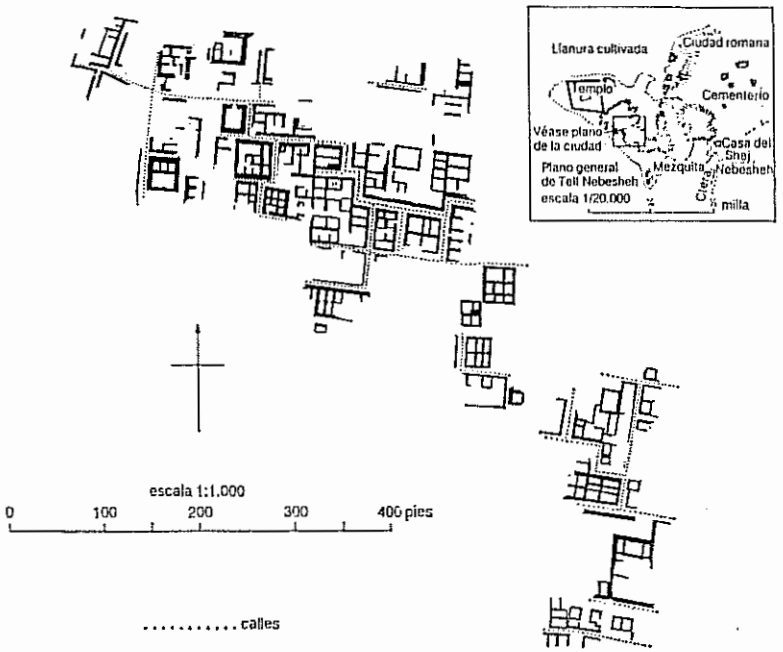


FIGURA 4.5

El emplazamiento de Nebesheh (según W. M. F. Petrie [1888], lám. XVII)

los tiempos modernos. El recinto del templo se hallaba rodeado por un lago,* en forma de herradura, comparable al que rodeaba al templo de Mut en Karnak. El complejo del templo de Neit en Sais era particularmente espléndido; no sólo contenía los santuarios de Neit y de otras grandes divinidades saítas como Osiris Hemag, sino también las tumbas de los faraones de la Dinastía XXVI. Aparentemente, éstas se hallaban en el patio que precedía a la sala hipóstila del santuario de Neit y constituyen un ejemplo del tipo característico de tumba real de la Baja Época, que ya antes se había podido ver en Medinet Habu y Tanis. Cada una de estas tumbas comprendía una superestructura, consistente en una capilla de culto a la que se entraba a través de un pórtico soportado por columnas palmiformes, y una subestructura inmediatamente debajo que adoptaba la forma

de una cripta mortuoria que debía contener el cuerpo del faraón dentro de un sarcófago de un metal precioso, como en Tanis. Este tipo de tumbas se construyeron posteriormente en Mendes durante la Dinastía XXIX y parecen haber sido imitaciones de las construcciones funerarias asociadas con los reyes prehistóricos de Egipto, pero no estaban inspiradas únicamente por un sentimiento conservador. En efecto, con este tipo de tumbas se conseguía mayor seguridad que mediante la práctica del Imperio Nuevo de enterrar a los faraones en el Valle de los Reyes; asimismo, los faraones veían satisfecho su deseo de ser protegidos después de la muerte por las divinidades de su ciudad natal.

En las grandes metrópolis nacionales el esplendor de los templos de la ciudad se veía igualado por el del palacio. Aunque no se han descubierto vestigios del palacio de Sais, en las fuentes se afirma que era grande y espectacular. Por otra parte, Menfis nos permite conocer las ruinas del palacio de Apries de la Dinastía XXVI. Se levantaba en el ángulo noroeste de un gran recinto, sin duda de carácter militar, rodeado por un muro de ladrillos de barro de 10 m de espesor en la base. El palacio se hallaba construido sobre un túmulo artificial de adobes, característico de la Baja Época, que alcanzaba una altura de 13,66 m, y estaba construido según una estructura similar a la de un panal: se construían los muros con ladrillos de barro creando una especie de enrejado con numerosas casamatas que posteriormente se llenaban con tierra o ladrillos de barro. El acceso a la parte superior se realizaba desde el Sur mediante una gran rampa de unos 87 m de anchura. Una vez preparada la superficie superior de la plataforma se construía la sección norte del palacio. En esta construcción se utilizó una gran cantidad de piedra, hecho que, conjugado con su espectacular posición, debía producir una abrumadora impresión de poder y magnificencia.

En torno al núcleo central que constituían esos edificios se construían las casas del pueblo común. Las excavaciones realizadas en Nebesheh y Elefantina han puesto de manifiesto que la planificación de las calles era tan rudimentaria como en los períodos anteriores y rápidamente se veía alterada por la expansión orgánica del asentamiento, especialmente por la construcción de casas de gran extensión, características todavía hoy de las áreas rurales egipcias. Por lo general, las casas se construían de adobe, aunque la piedra se utilizaba también con profusión para las viviendas de los ricos (véase,

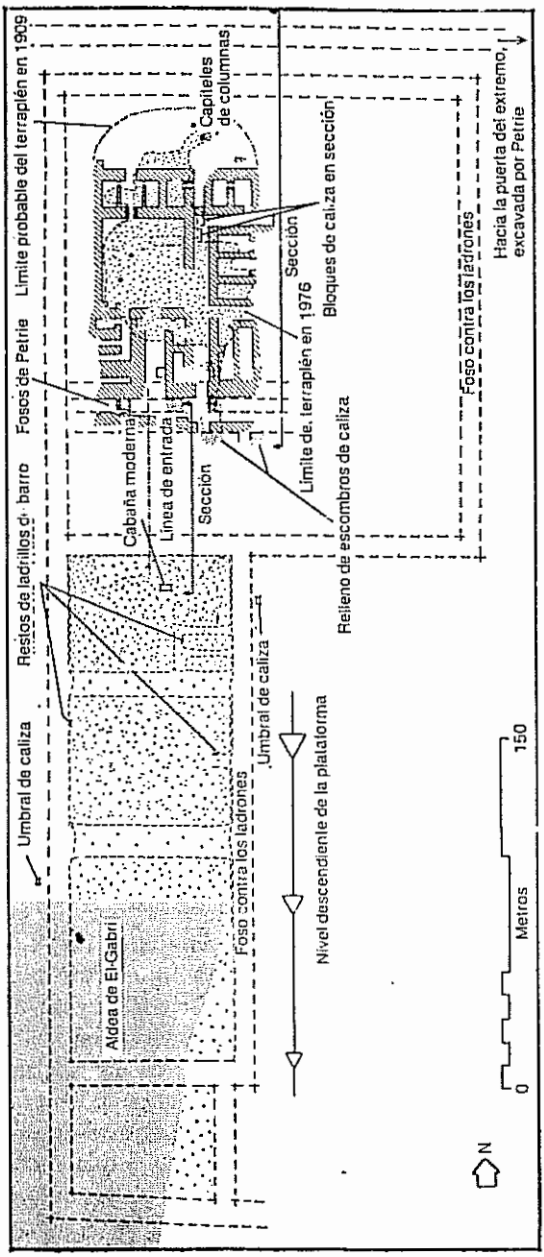


FIGURA 4.6

Plano del palacio de Apries en Menfis (según B. J. Kemp [1977 b], fig. 1)

P. Rylands, IX, 20, 12-15). Esto concuerda con los vestigios del palacio de Apries y refleja, tal vez, una tendencia creciente en la Baja Época. En las áreas más densamente pobladas se construían edificios elevados. En Elefantina, las casas tenían, por lo general, dos pisos, pero en Menfis podían llegar a tener incluso tres pisos de altura. Ciertamente, existían diferencias locales. Así, en Elefantina la bóveda de cañón era el sistema habitualmente empleado para la cubierta mientras que más al norte, en las construcciones meridionales del norte de Saqqara, los constructores utilizaban para cubrir los edificios haces de juncos dispuestos sobre vigas de madera y recubiertos con una espesa capa de barro. La conclusión general que se desprende del estudio de la arquitectura doméstica de este período es que continuaron utilizándose las técnicas y diseños tradicionales y que esas tradiciones han constituido la base de la arquitectura de adobe típica del país, hasta las épocas más recientes.

En conjunto, la Baja Época fue una época de inseguridad y, por tanto, no puede sorprendernos que la mayoría —si no todos— de los núcleos importantes estuvieran rodeados de fortificaciones. No se han conservado muchos vestigios, pero las ruinas formidables del fuerte de Tell Defenneh (Dafnas), así como los del campamento en el que se levanta el palacio de Apries, nos permiten hacernos una idea más o menos precisa de la apariencia de esas fortificaciones. Sin duda, eran sumamente efectivas. Los egipcios tenían una larga experiencia en ingeniería militar y poseemos numerosos testimonios de que no habían perdido en absoluto el dominio de esas técnicas. Durante la revuelta de Inaro (*c.* 462-455) la ciudadela de Menfis resistió con éxito los esfuerzos de los atenienses, que en Grecia eran los máximos expertos en el arte del asedio; las obras de ingeniería realizadas para la defensa del país durante del siglo IV muestran una consumada habilidad (cf. Diodoro, XV, 42); y Artajerjes III, después de haber conquistado el país en 343, contrató a arquitectos militares egipcios para que demolieran los muros de las ciudades más importantes de Egipto. Ahora bien, las murallas no eran la única defensa de las ciudades en esa época. También se construían ciudadelas dentro de los recintos de las murallas, como los torreones de los castillos medievales. Sin duda, el palacio de Apries formaba parte de un conjunto de estas características en Menfis, y Diodoro Sículo menciona un ejemplo del siglo IV en la zona nordoriental del delta, que, desde luego no es el único (XV, 42).

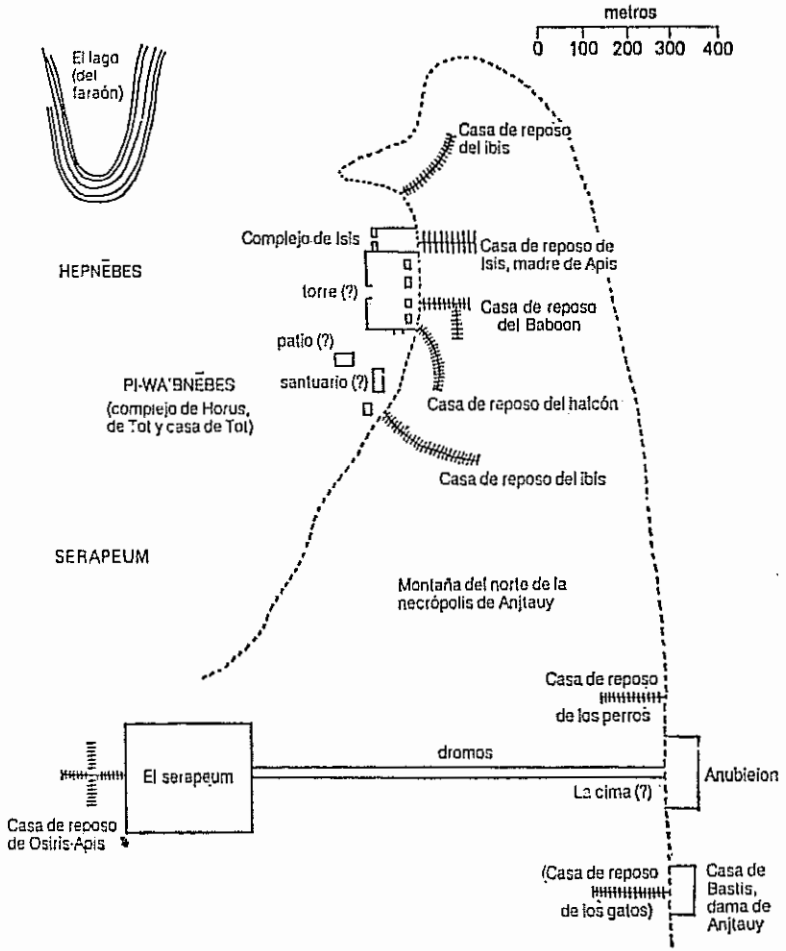


FIGURA 4.7

El templo-ciudad de Saqqara en el Período Ptolomaico (según J. D. Ray [1976], 153)

Dado que el transporte fluvial era el medio habitual de comunicación, todas las ciudades de la zona aluvial debían poseer puertos. Sabemos que hacia finales del siglo V existía un arsenal naval en Menfis que, presumiblemente, debía ser el cuartel general de la flota egipcia, en forma muy similar al *Peru-nefer* del Imperio Nuevo (Bowman, 1941, pp. 302 ss.; Lloyd, 1980, pp. 196 ss.). Los cementerios eran otro apéndice esencial de las ciudades egipcias. En el delta se hallaban contiguos a las ciudades. Un buen ejemplo de ellos es el de Nebesheh, situado inmediatamente al este de la ciudad, en una elevación arenosa donde las tumbas se distribuían de forma poco sistemática, apareciendo mezcladas las tumbas de los extranjeros con las de los egipcios. Por otra parte, en el valle, los muertos eran enterrados por lo general —aunque no siempre— en el desierto occidental. En algunos casos, esta práctica llevó a una extraordinaria expansión del núcleo urbano. El ejemplo más impresionante en este sentido nos lo proporciona Menfis, donde el desarrollo del desierto occidental como extensión de la ciudad propiamente dicha se vio enormemente impulsado por el hecho de que esa zona no era simplemente el lugar donde se enterraban los cuerpos de los mortales ordinarios, sino también de importantes animales sagrados menfitas, como el buey Apis y la Madre del Apis. En consecuencia, ya en la Dinastía XXX se construyeron templos en el desierto para atender el culto funerario de esos dioses, constituyendo un gran complejo estrechamente vinculado a la ciudad de Menfis. No obstante, por novedosos que puedan parecer estos conjuntos, tienen un evidente paralelo en las ciudades de las pirámides del Imperio Antiguo y del Imperio Medio y en las ciudades de los templos del Imperio Nuevo, como las de Medinet Habu y el Rameseo.

La economía

La evolucionada estructura social y habitacional a que hemos hecho referencia en los apartados anteriores no podía haber existido sin una base económica compleja y eficaz. Numerosos testimonios demuestran que el sistema económico de Egipto con anterioridad a la Baja Época era un ejemplo clásico del tipo de «almacenamiento y redistribución». Entre otras cosas, el palacio era la institución responsable de organizar toda la economía, recaudando y almacenando

la riqueza producida en el país, adquiriendo productos extranjeros para luego redistribuirlos en la medida en que ello era necesario. La asignación de importantes propiedades a los templos y funcionarios derivó en la aparición de centros secundarios de almacenamiento y redistribución, pero siempre se hallaban estrechamente vinculados con el del palacio y constituían una parte integral de este último. Aunque la documentación no es especialmente rica en el período que estudiamos, no hay duda de que esa maquinaria siguió funcionando y floreciendo. Sin embargo, sería un error considerar que toda la circulación de bienes y productos se basaba en el sistema de almacenamiento y redistribución. En realidad, dudamos incluso de que ello fuera así en cualquier otro período de la historia egipcia. El intercambio cotidiano de productos se vio facilitado en la Baja Época por el intercambio de bienes en los mercados de las ciudades y aldeas, en los que los excedentes de la economía doméstica podían ser intercambiados por otros objetos necesarios y donde acudían también los comerciantes profesionales (cf. Heródoto, II, 35, 39, 138, 141, 164).

Como anteriormente, la base de la economía era la agricultura, cuyos rasgos más destacados eran el cultivo de los cereales y la utilización de animales como fuerza motriz. Ignoramos con precisión la extensión de la tierra cultivable. Según la interpretación de Schlott de un texto hallado en el templo de Edfu, la extensión de la tierra cultivable en el Período Ptolemaico era de 24.808 km² aproximadamente, cifra que resulta compatible con la situación actual en que hay disponibles 35.000 km², de los que se cultivan 24.982 km². Ese mismo texto indica que la tierra cultivable en la zona del delta era tres veces superior a la que existía en el Alto Egipto. Ciertamente, la agricultura del Período Ptolemaico era más eficaz que la de la época faraónica y las cifras de Edfu deben ser rebajadas para el período que estudiamos. Sin embargo, nos dan una idea aproximada del potencial agrícola del país en las épocas de gran prosperidad y pueden ser consideradas como una guía respecto a la situación existente en el Período Saíta, en el que la población parece haber sido relativamente elevada (véase *supra*, p. 370) y en el que se realizaron diversos intentos de incrementar la extensión de tierra cultivada en el delta mediante una política de colonización progresiva (Butzer, 1976, pp. 95 ss.).

En todos los períodos de la historia egipcia, el cultivo de cereales a gran escala se basó en el sistema, relativamente primitivo pero eficaz, de riego por cisternas. Este sistema se organizaba sobre una

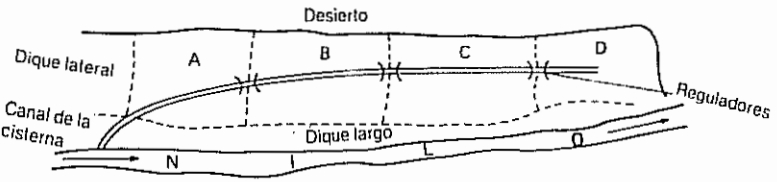


FIGURA 4.8

Dibujo esquemático que ilustra los principios del sistema de riego de cisternas

A-D son cisternas formadas por el dique largo, los diques laterales y el acantilado en el lado occidental. Cuando se producía el desbordamiento del Nilo, el dique largo retenía las aguas hasta que hubiera la presión suficiente. Entonces se perforaba el dique y se permitía que el agua llenara las cisternas a través del canal de las mismas. La altura del agua se controlaba por medio de los reguladores. Cuando el agua había permanecido en los campos el tiempo suficiente (unos 40 días en la actualidad) se desaguaba y se plantaban las semillas (según Lloyd [1976], 75).

base local más que nacional, pero la facilidad y el éxito del proceso dependía en todo momento del volumen del Nilo, que en la antigüedad variaba considerablemente. Existen numerosos testimonios en el sentido de que durante el período que estudiamos el riego se vio facilitado enormemente por una serie de inundaciones desusadamente intensas, factor que, por su parte, nos impulsa a considerar como cierta la tradición de que el reinado de Amasis conoció una prosperidad inigualable. Las grandes obras de ingeniería que implicaba la construcción y mantenimiento de ese sistema de regadío produjeron una profunda impresión en Heródoto, que habla en tono de admiración de un dique que mantenían los persas en su época en las proximidades de Menfis (II, 99, 3) y acepta sin mayores problemas la errónea tradición de que el lago Moeris y el Bahr Yusuf habían sido excavados por los propios egipcios (II, 149-150); en II, 108, describe la compleja red de canales que existía en Egipto durante el siglo V; ¡incluso la cámara funeraria de Quéope recibía agua de un canal (II, 124, 4)! Por otra parte, Heródoto se asombra de la facilidad con que se realizaban las diversas labores agrícolas en comparación con lo que ocurría en Grecia: observó que para muchos agricultores las labores de arado de la tierra eran innecesarias. Simplemente esperaban a que el río se desbordara y cuando las aguas se retiraban,

plantaban las semillas y dejaban que los cerdos pisotearan la tierra para introducir la semilla en su interior. Una vez que la cosecha había sido recogida, el cereal se trillaba dejando simplemente que los cerdos lo pisotearan.

El principal cultivo alimenticio durante la Baja Época era la espelta o trigo con envoltura,* que se impuso sobre la cebada a finales del Imperio Nuevo a pesar de que su valor nutritivo era inferior. También se cultivaban la cebada y el trigo sin envoltura.* Se siguió cultivando a gran escala el lino junto con otros productos industriales y una gran variedad de frutas y vegetales. En cuanto a la cría de animales, Heródoto y los relieves de la tumba de Petosiris en Tuna el-Gebel, del siglo IV, no dejan lugar a dudas sobre su importancia.

Por lo general se acepta que, en teoría, toda la tierra pertenecía a la corona. Esta hipótesis se ve confirmada por los testimonios de que disponemos, que nos permiten afirmar que la situación se mantuvo inalterable durante la Baja Época. Sin embargo, en la práctica existían tres grupos de los que dependía fundamentalmente la explotación de la tierra: la corona, los sacerdotes y los *machimoi*. Ya nos hemos referido a la situación económica de los sacerdotes y de los *machimoi* (véanse *supra*, pp. 371 ss., 380 ss.). En cuanto a las tierras de la corona no figuran de manera destacada en los textos que han llegado hasta nosotros, pero se mencionan claramente en la Estela de Adopción de Nitocris como fuente de una parte de la tierra entregada a Nitocris en concepto de dote (líneas 17-20); Heródoto nos ofrece otra referencia al respecto en la descripción de la reorganización de Náucratis realizada por Amasis (II, 178). Una parte de esas tierras serían trabajadas directamente por el personal de palacio, pero otra parte sustancial era entregada a los funcionarios reales como pago por los servicios prestados, en cuyo caso, la tierra no pasaría a ser propiedad del funcionario, que sólo la conservaba mientras permanecía en su cargo. Esas propiedades eran trabajadas directamente por el funcionario o mediante arrendamiento según el sistema de aparcería. Sin embargo, parece razonable pensar que la corona arrendaría también una parte de la tierra en las mismas condiciones (cf. 378).

En cualquier sistema económico es fundamental la circulación de riqueza. Durante la Baja Época, este problema se siguió solucionando, en esencia, mediante el pago en especie a través de las transaccio-

tre, el pago de impuestos y salarios y la entrega de dotes y ofrendas.[14] Ahora bien, al igual que en períodos anteriores, siguió considerándose necesario utilizar medios de intercambio, para lo cual se utilizaban el trigo almidonero y la plata. Era la plata el material más utilizado, intercambiándose a peso, siendo medida en kite (9'53 g) y deben (10 kite) en contextos puramente egipcios, aunque los extranjeros, como los mercenarios judíos en Elefantina, podían utilizar sus propios sistemas metrológicos. Ciertamente, se podía obtener plata en forma de monedas griegas y persas, pero como en las transacciones comerciales esas monedas se pesaban como si se tratara de plata en cualquier otra forma y no se aceptaban por su valor nominal, no podemos hablar de la existencia de una economía monetaria en sentido estricto. Sin embargo, hay indicios de que se avanzó en esa dirección. De vez en cuando, existen indicaciones de pagos realizados por medio de piezas de plata sin que se haga mención del peso (por ejemplo, *P. Rylands*, IX, 15, 15-19); ahora bien, el peso no debía variar de una pieza a otra y debía tener importancia, y en estos casos, debemos suponer que se utilizaban piezas de plata de un peso estándar. Sin duda, en muchos intercambios comerciales debían pesarse, pero cuando el valor exacto no era fundamental esas piezas podían ser aceptadas por su valor nominal. Este sistema debía ser particularmente fácil de aplicar en el caso de las tetradracmas atenienses tan comunes en el país, pues la calidad y el peso de esas monedas era totalmente consistente. Sin duda, hacia finales del período que estudiamos, las ventajas de un sistema de este tipo debían resultar evidentes para los egipcios. En efecto, de esa etapa datan monedas de plata grabadas con signos jeroglíficos y demóticos, lo cual constituye un ejemplo perfectamente ilustrativo de la influencia extranjera sobre la civilización egipcia durante la Baja Época.

Muchos productos importantes no podían conseguirse en el interior de Egipto, como madera de buena calidad, plata y una serie de sustancias importantes desde el punto de vista mágico o religioso como la mirra, por no hablar de una gran variedad de productos de lujo. La corte desempeñó un papel fundamental en este sentido en todos los períodos de la historia faraónica, situación que no varió durante la Baja Época. Diferentes métodos se utilizaron para asegurar

14. Sobre el intercambio económico en un período anterior, véase, en especial, Janssen (1975 *a*, *passim*).

el aprovisionamiento. En primer lugar, se estimuló a los comerciantes extranjeros a que acudieran a Egipto y establecieran lazos comerciales. Según Diodoro, Psamético I abrió el país a los comerciantes griegos y fenicios a comienzos de su reinado y obtuvo importantes beneficios de sus actividades (I, 66, 8; 67, 9). Subsiguientemente, no más tarde del año 620, impulsó la organización de la factoría comercial griega de Náucratis en el delta occidental y poseemos testimonios de la existencia de otras factorías comerciales griegas en el país, aunque es imposible determinar su importancia. Un aspecto económico importante de la factoría de Náucratis radica en que de ese asentamiento provienen las primeras noticias de la fundición de hierro en el Egipto faraónico, lo cual nos hace pensar que desempeñó un papel importante en la introducción de esta tecnología en el país. Sea como fuere, la existencia de esas bases comerciales en Egipto constituye una novedad y una respuesta sumamente original a las circunstancias históricas contemporáneas. Con posterioridad a 570, Amasis concentró todo el comercio griego de importación y exportación en Náucratis que, desde entonces, adquirió una posición comparable a la de Mirgissa en Nubia durante el Imperio Medio.[15] En verdad, esa medida reportó extraordinarios beneficios a la corte en forma de derechos de aduana, hecho que conocemos a través de las condiciones fiscales que se reflejan en la Estela de Náucratis de Nectánebo I. Desde el punto de vista egipcio, el producto más valioso de ese comercio griego debía ser la plata, aunque también el vino griego se importaba en grandes cantidades.

Otra técnica clásica para obtener productos o materias primas de países extranjeros eran las expediciones reales, en las cuales el faraón enviaba a diversos funcionarios a las fuentes de aprovisionamiento, tales como el Uadi Hammamat, Sinaí, Biblo u Opone. También a este respecto existían precedentes. Psamético I, Necao II, Psamético II y Amasis enviaron expediciones al Uadi Hammamat, como también lo hicieron los agentes del gobierno persa de Egipto y los faraones egipcios posteriores. Necao II parece haber realizado un decidido intento de reanudar los contactos comerciales con el país de Opone, para lo cual acabó con la piratería en el mar Rojo e intentó la construcción —frustrada— de un gran canal desde el brazo

15. La posición privilegiada de Mirgissa (Igen) se describe en la primera Estela de Semna de Sesostris III (*BAR*, I, § 652).

pelusíaco del Nilo a través del Uadi Tumilat hasta el golfo de Suez. Esta empresa nos ofrece un ejemplo interesante de la combinación de aspectos nuevos y arcaicos en la política saíta: la explotación del mar Rojo a efectos comerciales es un aspecto destacado en otros períodos anteriores de la historia egipcia, mientras que la excavación de un gran canal para facilitar las operaciones comerciales parece una novedad, aunque ya en épocas anteriores se hubieran construido otros canales en la misma región para otros propósitos. Fenicia fue otra región a la que posiblemente se enviaron también expediciones reales. Varios pasajes de los textos saítas hacen referencia a la utilización de madera,* 'pino', que tradicionalmente procedía del Líbano a través del puerto de Biblo. Desde luego, es posible que la madera llegara a Egipto cargada en los barcos de los comerciantes fenicios o, incluso, como resultado de las operaciones saítas en el Mediterráneo oriental, pero también cabe pensar que se obtuviera a través de misiones comerciales de tipo clásico.

Otro sistema de aprovisionamiento que debe ser considerado con toda atención es la guerra, que en el mundo antiguo constituyó, en muchas ocasiones, una actividad económica extraordinariamente lucrativa y que con frecuencia perseguía precisamente fines económicos. Una serie de textos, como la descripción que hace Tutmosis III de la batalla de Meguiddo (Pritchard, 1969, pp. 234 ss.), pone de relieve que los egipcios comprendían perfectamente esa dimensión de la guerra, aunque es imposible saber hasta qué punto la economía constituyó un motivo fundamental en el imperialismo egipcio. Ahora bien, es indudable que el dominio ejercido durante la mayor parte del Período Saíta sobre Filistea produjo importantes beneficios económicos, en especial porque permitió controlar una de las salidas por el norte de las rutas comerciales procedentes de Arabia y también el extremo meridional de la gran ruta que procedía del norte. Otro tanto cabe decir de la conquista saíta de Chipre y, hasta cierto punto, de las actividades saítas en Libia (véanse *infra*, pp. 412 ss.).

Hemos de mencionar una última fuente de productos extranjeros. En su relato del reinado de Amasis, Heródoto menciona frecuentemente los regalos otorgados por el faraón a una serie de ciudades-estado del mundo griego: Delfos, Cirene, Lindos (en Rodas), Samos y Esparta se beneficiaron de su generosidad. Sin duda, estas medidas tenían una dimensión estratégica (véanse *infra*, pp. 418 ss.), pero sería un error ignorar otros posibles aspectos. En las sociedades primitivas

y antiguas la ofrenda de regalos es un mecanismo fundamental para el establecimiento de relaciones socioeconómicas y que puede ser explotado en todos los aspectos de los contactos humanos, ya que sirve para crear un contexto en el que existe la expectativa de que se produzcan intercambios recíprocos de todo tipo y, desde luego, obligatorios.[16] Por tanto, parece lógico pensar que detrás de los regalos de Amasis existían motivos económicos y estratégicos y que contemplaba esas donaciones como favores que podían ser recompensados mediante ayuda económica y militar.

Cuanto hemos dicho hasta ahora se refería al período de la autonomía egipcia. ¿Cuáles fueron los efectos de la ocupación persa en 525? Es indudable que este acontecimiento no produjo cambios significativos en la estructura económica interna del país, mientras que por lo que respecta a las relaciones exteriores, la situación fue inevitablemente diferente. La conquista aqueménida convirtió a Egipto en una parte de un gran imperio universal que se extendía desde el Egeo hasta Afganistán y los persas intentaron integrar al país, en la medida de lo posible, en la maquinaria económica del Imperio. El lazo más evidente era de tipo fiscal: Egipto debía pagar un tributo anual de 700 talentos al tesoro imperial, suma moderada para una provincia tan rica, y, por otra parte, debía aprovisionar con sal y agua del Nilo la mesa del emperador persa. Tampoco ésta era una carga pesada y se trataba, más que nada, de un símbolo de sumisión. Sabemos además que la ciudad de Antila debía proveer a la reina persa el dinero necesario para comprar agujas, zapatos y cinturones. Aparte de todo ello, se realizó también un esfuerzo para vincular a Egipto en la vida económica del imperio mediante el gran canal de Darío, que corría desde el brazo pelusiaco del Nilo hasta el mar Rojo. Fue inaugurado en 497 y, sin duda, debía ser el equivalente marítimo del sistema persa de caminos, como un componente más de una vasta red de comunicaciones destinada a unir las grandes zonas de un imperio sumamente disperso (Hinz, 1975, pp. 115 ss.). Carecemos de la documentación necesaria para conocer los efectos económicos prác-

16. El estudio antropológico fundamental sobre la ofrenda de regalos es el de Mauss (1954). Sólo ahora empieza a ser reconocida por los egiptólogos la importancia de esta práctica en la sociedad egipcia (cf. Janssen, 1982, pp. 253 ss.). Los receptores griegos de los regalos de Amasis habrían tenido la misma actitud que los egipcios respecto a la naturaleza recíproca de la transacción: cf. por ejemplo, Finley (1956), Índice, bajo título Regalos; Walcot (1970) Índice, bajo título Regalo.

ticos de esta política, pero parece improbable que produjera un incremento importante de las importaciones o exportaciones y, en cualquier caso, la inestabilidad del país después del reinado de Darío habría sido causa de que esos beneficios fueran muy efímeros.

La administración del Estado

Las instituciones gubernamentales de Egipto se ocuparon en todos los períodos de su historia de los mismos aspectos básicos: la dirección de la economía, la administración de justicia, el mantenimiento del orden civil, la defensa del territorio y la organización del culto divino. En la compleja maquinaria organizada para satisfacer esas necesidades el faraón era, teóricamente, la fuente de toda autoridad. En principio, los funcionarios detentaban su poder en calidad de representantes del faraón y en base a ese concepto básico quedaban integrados en una jerarquía coherente, ya fueran funcionarios del gobierno central o provincial. Una consecuencia evidente de este sistema es que el derecho de nombrar a todos los funcionarios recaía, en último extremo, en el faraón, pero en la práctica, la pretensión de que los cargos fueran hereditarios ejerció una influencia tan poderosa en el Período Saíta como en los períodos anteriores. Una vez nombrados, los funcionarios que conseguían el favor real podían alcanzar muchos otros cargos, combinando, al mismo tiempo, obligaciones civiles, militares y sacerdotales, costumbre que pone de relieve hasta qué punto se rechazaba en Egipto la división de la autoridad. En el nivel supremo, la autoridad del faraón lo abarcaba todo; en consecuencia, cuanto más elevado era el rango de un funcionario, más amplio era su poder.

La administración central saíta tenía su base en Menfis en el reinado de Amasis y, tal vez, durante la mayor parte —o toda— de la Dinastía XXVI. Dentro de este sistema el faraón no era una simple cabeza titular. En el *P. Rylands* IX, le vemos administrar justicia, vetar a un alto funcionario de quien se habían recibido quejas y recompensar a sus seguidores fieles y eficientes. Otros textos del período que estudiamos hacen referencia también a su papel activo en la toma de decisiones del gobierno. Esa implicación personal significaba que muchas veces los problemas importantes podían resolverse consiguiendo acceso personal al faraón, lo cual parece haber sido sorprendentemente fácil durante toda la historia del antiguo Egipto.

En estas circunstancias, quienes vivían en estrecha proximidad con el faraón, no importa cuál fuera su rango, podían adquirir una extraordinaria influencia sobre los asuntos del Estado y no es raro encontrar antiguos títulos de la corte como «único compañero» y «amigo del rey», que insisten en el hecho de que los funcionarios en cuestión gozaban de un alto nivel de intimidad con el faraón. Por la misma razón, los favoritos reales constituían una fuerza poderosa.

No es posible determinar con detalle la jerarquía de los funcionarios civiles en el gobierno central saíta. El antiguo título de «visir» * aparece todavía, pero no sabemos con certeza si este dignatario seguía siendo la máxima jerarquía de la administración y puede ser significativo el hecho de que no se mencione en ninguna ocasión en el *P. Rylands* IX. No es difícil, en cambio, identificar a los funcionarios civiles que se ocupaban de los aspectos principales del gobierno central. Encontramos a un «director de las granjas»,* a quien ayudaba un cuerpo de «medidores de tierras». Sin duda, este funcionario ocupaba una posición de gran importancia en la administración económica. El «director del shena»,* era también una figura poderosa en este mismo campo y en su labor se veía ayudado por un subordinado influyente llamado «escriba de cuentas».* La justicia estaba bien atendida: aparte del faraón, que actuaba como tribunal último de apelación, vemos que una serie altos funcionarios, como el «director del shena», podían actuar también como jueces. Existen referencias, además, a un cuerpo de «jueces»,* asociados con la «Casa del Juicio»,* en Menfis. Las disputas se juzgaban sobre la base de la ley escrita o consuetudinaria, pero la documentación pone de relieve sin cesar que los jueces actuaban, cuando ello era posible, como árbitros para conseguir la reconciliación entre las partes discrepantes, competencia que parece haberse aplicado a los casos criminales. En cuanto a los aspectos de policía, el gobierno central utilizaba oficiales del ejército; en varias ocasiones encontramos en el *P. Rylands* IX, un «comandante del ejército»,* que actuaba en estos menesteres. Sin embargo, estos oficiales se ocupaban también de la defensa del país en su conjunto, caso de dignatarios como Nesuhor, «director de la puerta de las tierras extranjeras meridionales» y Udyahorresnet, que era «almirante de la flota», ambos durante los reinados de Amasis y Psamético III. En cuanto al papel que desempeñaba el gobierno central en la organización del culto, ya se ha discutido en un apartado anterior (véanse *supra*, pp. 373 ss.).

En todas las esferas de actividad, el funcionamiento efectivo de esa complicada maquinaria dependía, en último extremo, de un ejército de escribas que contaba con una de las indudables innovaciones de la Baja Época, la escritura demótica. Este sistema de escritura, inventado en el Bajo Egipto, aparece por primera vez en *P. Rylands* I, de 643-642, y se convirtió en el sistema habitual para los asuntos ordinarios en la segunda mitad del reinado de Amasis, situación que no habría de alterarse hasta el final de la civilización faraónica durante el período romano.

La conquista persa no produjo cambios en la teoría del gobierno por lo que respecta a la población indígena: simplemente el faraón egipcio fue sustituido por un faraón persa. Por lo que respecta a la administración central, el sistema imperial persa adoptó la organización egipcia con el mínimo de perturbaciones, en la medida de lo posible. La jerarquía suprema era el gobernador sátrapa con base en Menfis, que era designado de entre la élite de la aristocracia persa y, muchas veces, era un pariente del rey. Su obligación fundamental consistía en garantizar la recaudación de los impuestos que pudiera exigir el gobierno imperial. A pesar de su cuna, se le mantenía siempre bajo una estrecha vigilancia: miembros del servicio imperial de inteligencia (los «Oídos del rey») estaban omnipresentes y los «Ojos del rey» realizaban inspecciones anuales. El sátrapa debía compartir las funciones de gobierno con una serie de colegas que actuaban como control eficaz de sus actividades. Entre estos funcionarios podemos mencionar al «inquisidor» (*patifrasa/frasaka*) que participaba en las funciones legales del gobierno, y al canciller, que dirigía una cancillería, según el modelo de la del emperador persa. A ese funcionario le ayudaba el «escriba» y un cuerpo de «escribas reales» pero también aparecen egipcios ocupando ese cargo, muchos de ellos ocupados, sin duda, de la traducción de documentos redactados en arameo, que era la lengua oficial del imperio persa. Como en épocas anteriores, el tesoro del Estado siguió desempeñando un papel fundamental. Estaba situado en Menfis y es interesante resaltar que en el siglo V el importante cargo de «director del Tesoro» era ocupado por un egipcio.

En conjunto, la actividad de los persas fue bastante liberal y se vio facilitada por el hecho de que existían estrechas semejanzas de principio entre los sistemas de administración aqueménida y egipcia. De hecho, probablemente no se produjeron cambios importantes en los escalones inferiores de la administración central e incluso los que

se produjeron en los niveles superiores no constituyeron una ruptura fundamental con la tradición egipcia, y, por tanto, fueron perfectamente aceptables. En estas circunstancias, la expulsión de los persas en 404 no debió provocar graves problemas administrativos y debió resultar bastante sencillo reactivar la maquinaria saíta del gobierno, aunque la escasez de datos hace imposible precisar los detalles de la estructura administrativa durante el último período de independencia egipcia.

La base de la administración provincial durante el Período Saíta fueron los nomos, en número de unos 40. Cada uno de ellos estaba gobernado por un nomarca, cuya tarea consistía en realizar una supervisión general de todos los aspectos de la administración local, con un énfasis especial en la organización económica y en la justicia. No poseemos testimonios detallados, pero la dimensión económica de ese cargo aparece en la Estela de Nitocris, según la cual, en la ruta de Nitocris hacia el Sur, cada nomarca tuvo que conseguirle provisiones (l. 10) y, asimismo, en la biografía de Pefchuaneit, que hace referencia al papel del nomarca en la recaudación de impuestos. Más problemático resulta identificar sus funciones legales, pero al menos es posible que en el *P. Rylands* XI (19, 21) se describa a un nomarca desempeñando esas funciones. Evidentemente, gran parte de los asuntos judiciales se resolvían en un nivel inferior por parte de los funcionarios civiles que tenían capacidad legal para ello, por tribunales de «jueces», por sacerdotes, por medio de la consulta a los oráculos y, sin duda, por la autoridad local del jefe de la aldea. Al igual que el gobierno central, el nomarca tenía a su servicio a un ejército de escribas. Encontramos, especialmente, la mención de los «escribas del nomo», sin duda, funcionarios de alto rango que se ocupaban de los archivos administrativos del nomo. En cuanto al mantenimiento del orden, el nomarca podía confiar en los «jefes de policía» * paramilitares, que en ocasiones utilizaban *machimoi* para el desempeño de sus obligaciones. Su esfera de actuación no se limitaba a los nomos y, entre otras cosas, se les requería para proteger a aquellos individuos cuyas propiedades se hallaban amenazadas. Observamos también la presencia de funcionarios llamados «comisarios» * a los que recurrían tanto los funcionarios como los ciudadanos privados para que realizaran aquellos trabajos que no podían efectuar personalmente.

En el seno del nomo, las ciudades eran centros importantes de

gobierno. En los comienzos del período que estamos analizando, tenemos noticia de la existencia de un alcalde * en Tebas y, sin duda, ese funcionario existía en todas las ciudades. Encontramos también a «escribas de la ciudad», que se encargaban específicamente de los impuestos. En las ciudades y en el nivel local, la documentación se redactaba por el escriba de la escuela * cuya posición y funciones debían ser comparables a los del *fiqy* o «maestro de escuela» de la sociedad árabe tradicional.

La reunificación del país en el reinado de Psamético I (*c.* 656) planteó un problema importante en la administración provincial, el mantenimiento de la autoridad real en los nomos del Alto Egipto, en especial sobre el templo de Amón-Re en la Tebaida, donde la autoridad recaía *de iure* en la gran sacerdotisa de Amón-Re y, *de facto*, en el gran señor tebano Mentuemhé. Psamético intentó resolver este problema instalando a su hija Nitocris en Tebas como futura gran sacerdotisa y constituyendo la zona situada entre el nomo menfita y Asuán (*Ptores*, «el París del Sur») como unidad administrativa especial bajo la autoridad de los «jefes de los buques» de Heracleópolis, quienes, sin embargo, poseían una capacidad de supervisión sobre el sistema de nomos sin perjudicarlo en modo alguno. Eran responsables especialmente de la administración económica y recibían un informe anual sobre todo lo que se producía en la región. El emplazamiento de Heracleópolis constituía una base ideal para ese tipo de operaciones ya que permitía un acceso fácil tanto al Fayum como al Alto Egipto, y los jefes de los buques eran unos agentes especialmente indicados, ya que tenían estrechos lazos familiares con los sacerdotes de Tebas, que eliminaban las suspicacias y facilitaban la adaptación a los intereses políticos y económicos en esa ciudad. No obstante, ese recurso administrativo no constituía una novedad. En efecto, encuentra paralelo en el «director del Alto Egipto», introducido en la Dinastía VI con vistas a la misma función, y vuelve a aparecer con un aspecto distinto en el «gobernador de la Tebaida» * ptolemaico. Desapareció en la Dinastía XXVI y existen argumentos para afirmar que no más tarde del año 22 del reinado de Amasis no se discutía ya el control administrativo saíta sobre el conjunto del país.

El sistema provincial que hemos descrito en los párrafos anteriores era ideal para la situación egipcia, y no sólo los persas, sino también los macedonios, lo adoptaron con escasas modificaciones. Sin embargo, los persas consideraron conveniente dividir el Alto Egipto

en dos grandes provincias comparables al *Ptores* saíta. Eran éstas Tshetres, que se extendía probablemente desde Hermontis hasta Asuán, y No, que debía corresponder a la Tebaida. Cada una tenía su propio gobernador asistido por una cancillería de la que eran parte importante los «escribas del príncipe». Estos funcionarios eran «escribas reales», que se ocupaban especialmente del registro de la tierra y de la estimación de los impuestos. Cada provincia tenía su propio tesoro y en todo el país se instalaban guarniciones cuyos comandantes ejercían funciones que iban mucho más allá de la esfera militar.

Hasta ahora hemos centrado nuestra atención en la maquinaria del gobierno. A continuación, consideraremos brevemente cómo funcionaba en la práctica esa maquinaria. A este respecto, no hubo grandes diferencias entre los diversos períodos y, en gran medida, lo que encontramos en los textos de la Baja Época aparece también en los de las etapas anteriores. Sin duda, el sistema tenía fallos importantes. Su carácter centralizado hacía que resultara extraordinariamente burocrático y ofrecía innumerables oportunidades para que se produjeran retrasos y obstrucciones; el papeleo era tan exhaustivo, que muchas veces los problemas se perdían por completo bajo montañas de papiros; la ineficacia era moneda corriente y el soborno un mal endémico (de hecho, un regalo adecuado era muchas veces el único medio de romper la inercia o la indiferencia de los funcionarios egipcios); la brutalidad física era todavía un rasgo demasiado habitual en la conducta de los administradores egipcios; el control de los subordinados era, en ocasiones, totalmente inadecuado y las órdenes de los monarcas se ignoraban con frecuencia, incluso en el caso de los faraones más poderosos (cf. *P. Rylands* IX, 5, 2 ss.); en el contexto oficial, los contactos familiares eran tan importantes como en otras esferas de la vida egipcia y se explotaban espontáneamente y sin escrúpulos. Pese a todo, el gobierno del antiguo Egipto tiene grandes virtudes. Tres de ellas sobresalen en el período que estamos analizando. En primer lugar, el sistema egipcio, aunque era burocrático, no estaba dominado por la impersonalidad de la burocracia moderna. El gobierno era personalizado incluso en los niveles más elevados. El acceso a la autoridad no era difícil y el derecho de apelar al faraón en persona se manifiesta en la Petición de Peteisis, tal como ya se había manifestado en el Imperio Medio en el Cuento del Campesino Elocuente. El viejo ideal paternalista de la relación entre gobernante y gobernado estaba también muy vivo y se expresaba con frecuencia en las bio-

grafías de las tumbas: el funcionario era el padre de su pueblo y estaba obligado, por orden divina y por los códigos de conducta ancestrales, a tener en cuenta su bienestar en todos los sentidos. El sistema no sólo subrayaba la importancia de alcanzar el equilibrio en el Estado y en la sociedad sino también la necesidad de conseguir la aceptación del sistema por parte de los súbditos. Estos objetivos se hacen particularmente visibles en la importancia que se atribuía a los principios de reciprocidad y reconciliación en las disputas legales, en las que la intención fundamental no era imponer un veredicto sobre las partes sino la de conseguir que ambas partes alcanzaran una solución de compromiso que satisficiera las exigencias de ambos. En conjunto, podríamos concluir el estudio del tema con la firme convicción de que hay, y ha habido, sistemas de gobierno mucho peores.

La política exterior

En los apartados anteriores hemos centrado nuestra atención en las condiciones que reinaban en el interior del país. Ahora bien, no podemos ignorar el hecho de que Egipto formaba parte del mundo, extenso y complejo, del Mediterráneo oriental, cuyos elementos individuales se influían mutuamente en niveles muy distintos y, frecuentemente, con consecuencias de gran alcance. Así pues, y esto no puede sorprender, las relaciones de Egipto con sus vecinos ejercían un efecto poderoso (y en ocasiones crucial) no sólo sobre su capacidad para la acción política sino también sobre su desarrollo sociopolítico. Ya hemos analizado convenientemente los efectos de la dominación persa. En esta sección nos centraremos en la situación del Egipto independiente entre 664 y 332.

Egipto y Levante

Durante toda la Baja Época, la política exterior de Egipto estuvo dominada por el problema de definir su relación con una serie de grandes imperios orientales, primero Asiria, luego Caldea y finalmente Persia. Algunos aspectos del carácter y las motivaciones de la política de Egipto con respecto a Asiria durante los primeros años de la Dinastía Saíta son todavía objeto de discusión. No hay duda

de que Psamético I, al igual que su padre, fue al principio un vasallo asirio, pero es probable que esa situación variara rápidamente en los primeros años de su reinado, cuando actuó como aliado de Giges de Lidia en la rebelión de este último contra Asiria y debemos aceptar que el objetivo de Psamético en ese momento era afirmar su independencia respecto al dominio asirio. Posteriormente, cuando se eclipsó el imperialismo asirio en Levante, Psamético se apresuró a aprovechar el vacío de poder creado en esa región. Sabemos con seguridad que ocupó Filistea, capturando la ciudad de Ashdod en algún momento entre 655 y 630 a.C. Esta ciudad tenía un extraordinario valor estratégico, ya que era la ciudad filistea más septentrional y se hallaba situada en la gran ruta que conducía desde Egipto hasta Damasco y el Norte. Así pues, su captura no sólo garantizó el control de Filistea sino que sirvió también para plantear una barrera a cualquier fuerza que intentara avanzar desde el Norte. Psamético I obtuvo además beneficios económicos con la ocupación de la ciudad, ya que era extraordinariamente rica y controlaba las rutas comerciales terrestres norte-sur y este-oeste, así como el comercio marítimo de la región, a través del puerto de Tell Mor. Entre 637 y 625, la supremacía de Psamético en Filistea se vio interrumpida temporalmente por una invasión de bárbaros escitas procedentes del Norte, pero no parece que este desastre tuviera efectos de largo alcance sobre la posición egipcia. Así, hacia 616, las relaciones de Psamético con Asiria habían sufrido un cambio total. En ese año encontramos al ejército egipcio luchando al lado de los asirios contra el naciente poder imperial de Caldea. No hay duda de que fue el ascenso de esta fuerza joven y vigorosa como nueva superpotencia asiática lo que motivó el realineamiento. Cuando accedió al trono en 610, Necao II tuvo que centrar toda la atención en esa nueva amenaza. El faraón envió una importante fuerza militar y naval, en la que se incluía una flota de galeras de guerra del tipo más moderno, grecofenicio, en el intento de detener el avance de Caldea en el Éufrates, pero esta empresa era demasiado ambiciosa para las posibilidades de los egipcios. Lo que quedaba de sus aliados asirios fue derrotado en 610-609 y la catastrófica derrota de Necao en Karkemish en 605 situó a todo el Mediterráneo oriental a merced de los caldeos, oportunidad que éstos no dejaron de aprovechar. En el lado positivo, hay que señalar que los egipcios se opusieron con éxito a su intento de invadir Egipto en 601-600. Parece que este éxito permitió a las fuerzas egipcias pasar

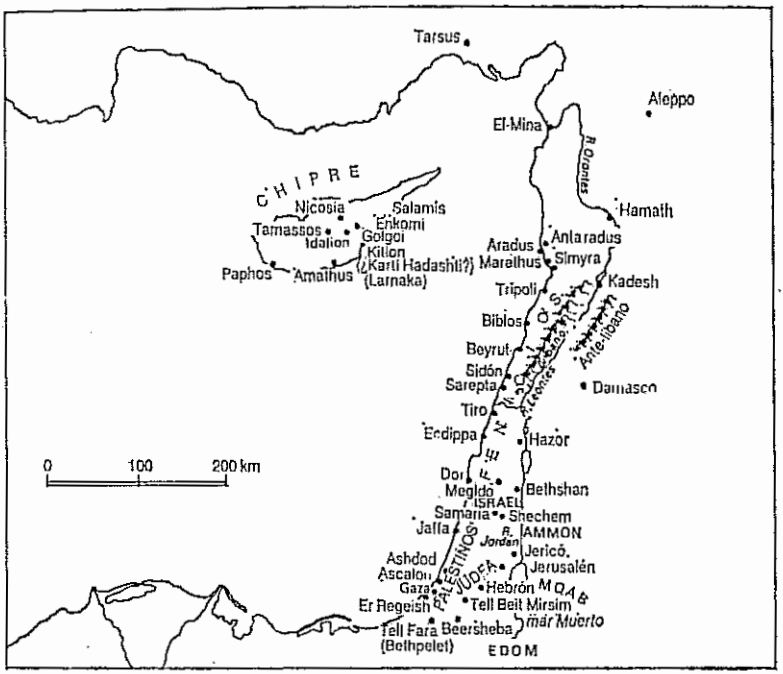


FIGURA 4.9

El Levante mediterráneo en el primer milenio

al contraataque. De cualquier forma, no hay duda de que Egipto recurrió a todos los medios diplomáticos a su alcance para dificultar el control de Siria y Palestina por parte de los caldeos, alcanzando un notable éxito hacia 590, cuando Sedecías de Judá inició una gran rebelión contra sus dominadores caldeos. Egipto participó activamente en el conflicto cuando Apries intento sin éxito liberar Jerusalén. En 582, los caldeos invadieron Egipto, pero Apries organizó una gran ofensiva hacia 574-570, atacando Tiro, Sidón y Chipre. Sin duda, estas operaciones constituían un ataque por tierra y por mar cuidadosamente planeado, con el objetivo de conquistar Fenicia y Chipre, planteando así una seria amenaza al poder caldeo en el Oeste. De haber tenido éxito, estas campañas habrían permitido también obtener importan-

tes beneficios económicos en forma de materias primas, como madera y metales, así como el control de las rutas marítimas comerciales. Lo cierto es que, pese a que se obtuvieron triunfos notables, el proyecto global fracasó, al menos por lo que respecta a Fenicia, aunque es posible que Chipre pasara a poder de los egipcios. El asalto final en el duelo con Caldea tuvo lugar en el reinado siguiente. En 567, un ejército caldeo invadió Egipto con el objetivo de derrocar al usurpador Amasis y sustituirle por el faraón legítimo, Apries. Los beneficios de ese designio para los caldeos eran evidentes, pero el plan fracasó al ser derrotados estrepitosamente los invasores, muriendo el propio Apries.

El ascenso de Persia bajo la dirección de Ciro el Grande no tardó en plantear una nueva amenaza para la seguridad egipcia, impulsando un nuevo reagrupamiento de fuerzas, que se plasmó en una alianza antipersa en la que Amasis se asoció con los caldeos, lidios y espartanos. La vida de esa confederación fue efímera: Lidia fue conquistada en 546, los caldeos en 538 y Amasis se vio obligado a buscar nuevas alianzas. Es posible que concluyera un tratado diplomático con los persas, sellado por un matrimonio, pero fundamentalmente trató de apoyarse en las ciudades-estado griegas (véanse *infra*, pp. 418 ss.).

Si consideramos estos acontecimientos desde una perspectiva global, no hay duda de que Egipto consiguió dos beneficios fundamentales de su política asiática durante el Período Saíta. En primer lugar, pudo mantener a raya a sus enemigos asiáticos, peligrosos y rapaces. En segundo lugar, sus conquistas militares reportaron una serie de valiosos beneficios económicos. Ahora bien, ¿cuál era el objetivo fundamental para Egipto? No creemos que fueran los beneficios económicos, pues los productos en cuestión podían haber sido obtenidos fácilmente a través de los canales comerciales normales, sin necesidad de organizar tan dispendiosas, agotadoras y en ocasiones desastrosas operaciones militares en las que se embarcaron los gobernantes saítas. Tal vez, las veleidades imperialistas jugaron su papel en algunos momentos, pero no podemos dejar de concluir que, en conjunto, la política asiática de Egipto fue esencialmente defensiva, aunque se manifestara a veces de forma agresiva, y que lo que perseguía ante todo era el mantenimiento de la independencia de Egipto frente a las potencias asiáticas, por todos los medios posibles. En sus esfuerzos por alcanzar ese objetivo, los egipcios sufrieron severas derrotas,

pero hay que tener en cuenta que se enfrentaban con enemigos formidables y, en este sentido, fue un éxito notable conservar la independencia del país hasta la invasión de Cambises en 525.

Por lo que respecta al período independiente, entre 404 y 343, la política exterior egipcia fue esencialmente una continuación de la que habían practicado los saítas. El problema fundamental radicaba en defenderse de un enemigo poderoso, en este caso, Persia. Con frecuencia, los testimonios son confusos, pero la estrategia fundamental no era nueva: para mantener al enemigo alejado de las fronteras de Egipto se intentó aprovechar cualquier perturbación en las provincias occidentales del Imperio Persa. En la primera mitad del siglo IV, los egipcios encontraron aliados dispuestos en los espartanos, cuya lucha por mantener la hegemonía en el mundo egeo les enfrentó frecuentemente con los persas. Varias fases pueden observarse en el desarrollo de esta política. En un principio, los egipcios mostraron una gran precaución. Se mantuvieron al margen de la rebelión de Ciro, que sumió al país en un gran desorden en 401 y en los años inmediatamente posteriores, e incluso ejecutaron a uno de los principales insurgentes, que había huido a Egipto. En la segunda fase, durante el reinado de Neferites I y la primera parte del reinado de Acoris, financiaron a los súbditos persas sediciosos, sin intervenir personalmente en operaciones militares. Posteriormente, si hemos de creer a Diodoro, Acoris varió su posición y participó activamente en la rebelión de Evágoras de Chipre. Finalmente, Taco se embarcó en una política de intervención activa. En 361 aprovechó el estallido de una revuelta general en la zona occidental del imperio persa y, con la ayuda de los espartanos, organizó una serie de grandes operaciones militares en apoyo de los rebeldes. A pesar del éxito inicial, esta campaña fracasó al estallar una guerra civil entre Taco y el usurpador Nectánebo (II), campaña que terminó con el derrocamiento del primero. Entonces, Nectánebo adoptó una actitud mucho más prudente, pero en 351 le vemos colaborando con los estados mediterráneos que se rebelaron contra el Gran Rey.

Durante todo este período, sus compromisos en otros lugares impidieron a los persas enfrentarse en la forma adecuada con la hostilidad egipcia. Egipto era un país muy alejado del centro del imperio y, por tanto, aunque planteaba grandes problemas, ocupaba un lugar muy secundario en el conjunto de las prioridades imperiales. Con todo, los persas realizaron cuando menos tres intentos decididos para

poner fin al problema. En 374, Artajerjes II envió una poderosa fuerza invasora por tierra y por mar, que consiguió ocupar la zona del Delta, pero que acabó siendo derrotada por la combinación de una serie de factores, entre los que se contaban la capacidad militar egipcia, las circunstancias geográficas y las envidias en el seno del alto mando persa. En 351, Artajerjes III protagonizó otro intento fallido, aunque desconocemos los detalles de la operación; finalmente, en 343 organizó un segundo ataque, que alcanzó un rápido éxito que situó de nuevo al país —por última vez— en manos de los Aqueménidas.

Cuando analizamos estos acontecimientos se nos plantean insistentemente dos interrogantes: ¿adoptaron los egipcios el método más adecuado para enfrentarse con Persia?; ¿cuáles fueron las consecuencias de su política sobre Egipto? Teóricamente, dos opciones se abrían ante los egipcios: podían adoptar una postura aislacionista, con la esperanza de que los persas actuarían en consonancia; la otra posibilidad consistía en iniciar una serie de acciones para impedir un ataque persa contra Egipto. No hay duda de que la segunda opción constituía la única solución práctica. Si se les daba la oportunidad, los persas volverían y los egipcios consideraron sabiamente que no había que darles esa oportunidad. Sin embargo, eran varios los procedimientos para alcanzar ese objetivo. Uno de ellos era el dislocamiento de la porción occidental del imperio por medios diplomáticos, mientras que el segundo se concretaba en la acción militar. Una consideración atenta de las realidades militares debía revelar que la primera era, con mucho, la alternativa menos peligrosa y, de hecho, algunos gobernantes de este período fueron lo bastante prudentes como para seguir esta vía; la segunda habría de provocar, tarde o temprano, una represalia masiva por parte de los persas y, además, supondría una presión sobre Egipto que el país difícilmente podría soportar. No hay duda de que esas presiones eran de gran envergadura, pues no hay más dura prueba que la guerra para las instituciones de una nación, y los acontecimientos de la ambiciosa guerra asiática de Taco revelan con gran claridad la inestabilidad del reino en los niveles más elevados y la facilidad con que podían despertar las ambiciones de los poderosos al cargo real. La política asiática de Egipto podría suponer también una presión excesiva sobre la economía del país, sobre todo porque el elemento fundamental del ejército egipcio eran los mercenarios extranjeros, a los que había

que pagar fuertes sumas. Nada ilustra mejor este punto que las desesperadas medidas fiscales de Taco para llenar sus cofres con vista a la guerra asiática (Pseudo-Aristóteles, *Oeconomica*, 1350 *b*-1351 *a*) y, desde luego, la amargura y las dificultades derivadas de esta política fueron responsables, en gran medida, de la rebelión que provocó su derrocamiento.

Egipto y el Norte

Por lo que respecta a la política exterior de Egipto en el Egeo y en el Mediterráneo oriental, dependía en gran medida de sus maquinaciones en Asia. Hacia el año 600 encontramos a Necao II que ofrenda en el templo de Bránquidas, un gran templo de la Grecia oriental, el mismo peto que había llevado en su campaña victoriosa contra los caldeos en 601-600, sin duda como reconocimiento formal de la importancia de los mercenarios griegos en esas operaciones. Este precedente de generosidad calculada fue sabiamente seguido por Amasis, que contribuyó significativamente a la reconstrucción del santuario griego de Delfos, incendiado en 548-547, y dedicó también dos estatuas de piedra y un peto de lino en el templo de Atenea en Lindos (Rodas). Sin embargo, los lazos con algunos estados griegos eran más formales: estableció una alianza con Polícrates, tirano de Samos, entre aproximadamente 533 y 522 y poseedor de la flota más impresionante del Egeo, y concluyó una alianza defensiva con Esparta, reforzando la relación, en ambos casos, con regalos bien elegidos. La excepción a esta actitud amistosa respecto al mundo griego es la isla de Chipre. Sabemos con certeza que Apries atacó Chipre y, tal vez, la conquistó, y Amasis la situó bajo control egipcio.

No es difícil señalar los motivos que impulsaban estas acciones. Aunque las consideraciones económicas fueron importantes, la defensa era el argumento fundamental. Dado que la seguridad egipcia dependía en gran medida de la posibilidad de poder contar con mercenarios griegos y de conseguir aliados poderosos en el Egeo, el mantenimiento de relaciones estrechas y amistosas con esa región era imperativo.

Durante la mayor parte del tiempo que duró la ocupación persa no se puede hablar de una política *egipcia* en el Egeo. La excepción a esta afirmación es la revuelta de Inaro hacia 460. En el comienzo

de esta rebelión, Inaro concluyó una alianza con los atenienses, cuya actitud antipersa les convertía en el aliado ideal. Al actuar así, no hacía sino seguir el precedente saíta, que también se seguiría en el período de independencia entre 404 y 343, período en el cual se concluyeron varias alianzas con las principales potencias griegas, en especial Esparta y Evágoras de Chipre. Con toda probabilidad, en estas relaciones existían motivaciones económicas, pero los aspectos militares aparecen de forma preeminente en las fuentes y no hay motivos para dudar de que constituían la cuestión fundamental.

Egipto y Libia

En cuanto a los contactos con las regiones occidentales, hay que hacer referencia a dos pueblos: los libios y los cirenaicos. Las relaciones con los primeros comenzaron con mal pie cuando Psamético I se vio obligado a enfrentarse a un ataque libio contra Egipto en 574, pero los contactos libios posteriores parecen haber sido amistosos. Hacia la década de 570 vemos cómo los libios se sitúan bajo la protección de Apries y en el siglo IV Nectánebo II tenía al menos 20.000 libios en su ejército, presumiblemente como aliados, aunque es posible también que se tratara de mercenarios. La ciudad griega de Cirene planteó un problema de mayor gravedad. La guerra estalló hacia 570 y fue provocada por las malas relaciones entre Cirene y las tribus libias vecinas, cuyo territorio se había visto invadido repetidas veces a consecuencia de la expansión de la ciudad griega. Los libios pidieron ayuda a Apries, que se la concedió de inmediato, aunque sólo podemos imaginar cuáles fueron los motivos que le impulsaron. Es cierto que, desde el punto de vista económico, Cirene podía constituir una presa apetecible, pero probablemente la motivación fundamental fue la consideración de que el poder cada vez mayor de Cirene podía plantear una amenaza a la frontera occidental de Egipto. Sea como fuere, una fuerza de *machimoi* acudió en ayuda de los libios, sufriendo una severa derrota. Este desastre desembocó en el derrocamiento de Apries y su sustitución por Amasis, cuyo enfoque del problema de Cirene fue totalmente diferente, pues decidió neutralizar la amenaza utilizando medios diplomáticos. Cirene fue su aliada en la campaña de 567 contra los caldeos y sabemos que esa alianza se mantuvo hasta el Período Persa. Su importancia para Amasis se

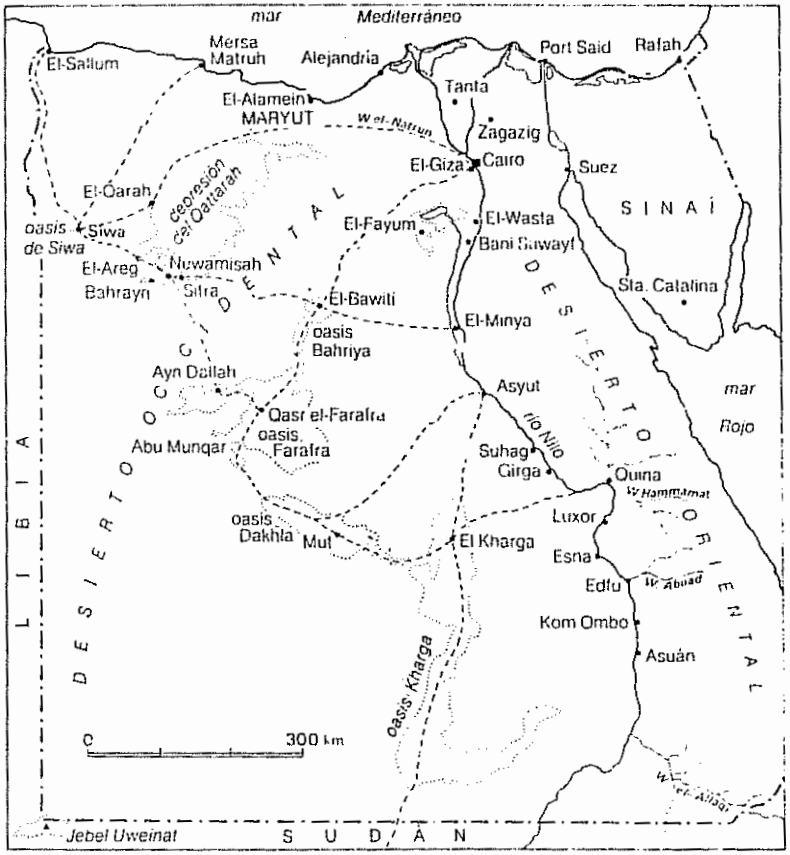


FIGURA 4.10

Libia y los oasis (según A. Fakhry [1974], 23)

demuestra en el hecho de que selló la alianza contrayendo matrimonio con una mujer de la familia real de Cirene.

Sin duda, en el contexto de estos problemas militares hay que situar la atención que dedicaron los faraones de la Baja Época a los oasis libios. Al menos desde el Imperio Antiguo hay evidencias de contactos egipcios con esas regiones, lo que demuestra que Egipto no sólo estaba interesado en explotar los recursos económicos y los

canales comerciales lucrativos que las atravesaban, sino que también valoraban su importancia estratégica para la defensa de la frontera occidental de Egipto. Así, no puede sorprender que en el Imperio Nuevo, y probablemente mucho antes, todos los oasis situados entre el Uadi Natrun y Jarga estuvieran bajo control egipcio directo y hubieran asumido, tanto cultural como administrativamente, el carácter de dependencias provinciales de Egipto, comparables a Nubia. Los faraones saítas siguieron y perfeccionaron este precedente. No sólo se dedicaron con entusiasmo al desarrollo de los oasis de Bahariya y Jarga, así como de otros centros tradicionales de interés, sino que avanzaron más hacia el Oeste y dominaron por primera vez el oasis de Siwa. A Amasis hay que atribuir el primer templo del oráculo de Siwa en Aghurmi y las tropas más antiguas de Dyebel el-Mawta, que pertenecen también al Período Saíta. Desde luego, es posible que esa ampliación de la influencia egipcia pudiera tener, en parte, una dimensión económica, e incluso religiosa, pero no puede ser mera coincidencia el hecho de que la ocupación de Siwa se desarrollara en el mismo momento en que Cirene se presentaba como una amenaza seria para la frontera occidental de Egipto. Esa integración política, económica y estratégica de los oasis en Egipto siguió siendo un rasgo constante de la política y las actitudes egipcias durante toda la Baja Época. Indudablemente, esto explica el deseo de Cambises de controlar toda la región de los oasis y fue lo que motivó la actividad de construcción de templos de Darío en Jarga, de Nectánebo II en Umm Ebeideh en Siwa y de Alejandro Magno en Kasr el-Megysbeh, en el oasis de Bahariya.

Egipto y el Sur

De alguna forma, la historia de las actitudes egipcias hacia el reino nubio al sur de la Primera Catarata es similar a sus relaciones con Asia. A comienzos del Período Saíta, los nubios, al igual que los asirios, pretendieron apoderarse de Egipto, y los saítas se mostraron decididos a frustrar esa ambición. Como Nubia era el enemigo más peligroso, no puede sorprendernos encontrar a Necao I y a Psamético I apoyando a los asirios contra sus rivales africanos. En un principio, esa alianza no tuvo éxito, pues en 664 el rey nubio Tanumatón derrotó y dio muerte a Necao I en Menfis, pero a no

tardar, Psamético aplastó a las fuerzas de Tanutamón en esa región. Posteriormente, el problema de Psamético I fue el de acabar con la influencia de Nubia en el Alto Egipto y para conseguirlo recurrió a procedimientos diplomáticos, que resultaron tan hábiles como efectivos.

Ciertamente, Necao II estaba interesado en el Sur. Es probable que el canal del mar Rojo que mandó construir tuviera como objetivo la reapertura de las relaciones comerciales con Opone y las excavaciones recientes en Elefantina han dado a luz una inscripción fragmentaria que se refiere a actividades en África, aunque lo que se conserva no es suficiente para poder establecer el contexto preciso (Müller, 1975, pp. 83 ss.). Sea cual fuere la situación en el reinado de Necao, las relaciones con el Sur fueron malas en la época de su sucesor Psamético II, que envió una expedición militar al mismo corazón del reino nubio en 593. Sin duda, esa empresa reportó algunos beneficios económicos, pero los testimonios contemporáneos demuestran que, en esencia, no fue sino un golpe preventivo dirigido a impedir un ataque proyectado contra Egipto por parte del rey nubio. En este objetivo, la campaña se saldó con un éxito total y terminó con cualquier ambición nubia de recuperar el control del reino del Norte.

La única otra referencia saíta a la implicación egipcia en el Sur aparece en un papiro demótico fechado en el año 41 (530) del reinado de Amasis (*P. Berlín*, 13.615), pero no parece que esa expedición fuera una gran operación miltar y Erichsen ha señalado que se trataba tan sólo de una escolta para proteger una caravana (Erichsen, 1941, 56 ss.). No existen noticias de contactos con Nubia en el período final de la independencia egipcia, pero el hecho de que Nectánebo II huyera hacia el Sur en 341 sugiere que las relaciones recientes habían sido lo bastante buenas como para esperar una recepción amistosa.[17]

17. En este análisis de la política exterior egipcia nos ha sido imposible justificar cuantas afirmaciones se hacen, por razones de espacio. Un tratamiento más completo de la cuestión se encontrará en el tercer volumen —de próxima aparición— de mi comentario sobre el libro II de Heródoto y en el capítulo que dedico a la historia de Egipto entre 404 y 352 a. C.. en la tercera edición de la *Cambridge Ancient History*.

Conclusiones

La historia de Egipto entre 664 y 323 no fue, desde luego, una sucesión de triunfos ininterrumpidos. Comenzó en el reinado de Psamético I siendo Egipto por última vez —siquiera por un breve período— una potencia mundial de primer orden, pero posteriormente la evolución del país como estado independiente fue la de una fuerza política de segunda fila que luchaba desesperadamente por conservar su autonomía contra sus vecinos orientales más poderosos, que disponían de recursos económicos, mano de obra y una eficacia militar y un dinamismo con los que Egipto no podía competir. Este declive de su posición relativa entre las grandes naciones de la tierra se revela tristemente en la humillación sufrida durante dos períodos de dominio asiático como provincia del Imperio Persa. El método mediante el cual la civilización egipcia enfrentó y se adaptó a estas circunstancias es una mezcla fascinante de adaptabilidad y conservadurismo.

El carácter de cualquier civilización viene determinado en último extremo por tres factores: su tecnología, sus instituciones y su ideología. Si consideramos estos aspectos de la cultura egipcia en la Baja Época, la conclusión variará en cada uno de los ámbitos. Por lo que respecta a la tecnología, observamos rasgos distintivos como la fundamentación de templos o palacios y la utilización cada vez más frecuente de la piedra para edificios no religiosos, aunque no podemos estar seguros de que esos rasgos no hubieran surgido antes del año 664. Sin embargo, no hay duda de que a los saítas hay que atribuirles la introducción de un cambio revolucionario en la arquitectura naval, la galera de guerra a remos, que refleja un concepto totalmente diferente de la guerra naval con respecto a los períodos anteriores. Sin duda, esta innovación surgió de la necesidad de combatir contra barcos de guerra similares con que contaban las flotas extranjeras y la habilidad que exigían fue aprendida también de elementos extranjeros. Otro importante desarrollo tecnológico de este período fue la utilización del hierro a escala masiva. No obstante, hay que decir que en conjunto el aparato técnico de la Baja Época muestra escasas innovaciones. Podríamos decir que Egipto cambió en este respecto cuando lo necesitó, pero que, en general, sus recursos tradicionales eran perfectamente capaces de hacer frente a la demanda.

La imagen es más compleja cuando analizamos la estructura institucional. La maquinaria administrativa básica no ofrece cambios importantes, aunque observamos una tendencia progresiva a generalizar en todo el país las normas existentes en el Bajo Egipto. No obstante, detectamos adaptaciones significativas en otros campos: en el ámbito económico hay que anotar la introducción de factorías comerciales en Egipto, al tiempo que se dieron los primeros pasos titubeantes hacia una economía monetaria. En cuanto al derecho, se dio mayor importancia al principio de la intención, cuando menos en la formulación de los contratos. En el aspecto militar, destaca una mayor dependencia respecto a los comandantes extranjeros y un énfasis mayor en las alianzas con países extranjeros, al tiempo que aparece por primera vez la utilización de la caballería en el ejército egipcio. La religión no experimentó cambios fundamentales aunque es posible detectar algunas modificaciones reveladoras: el culto animalístico, el culto de Isis y, probablemente, el culto de los antepasados adquirieron mayor predicamento. En la esfera de la comunicación, observamos un cambio institucional especialmente importante en la introducción de la escritura demótica. Ahora bien, sería erróneo exagerar las consecuencias de estas innovaciones. Por numerosas que puedan parecer, no hay que pensar que supusieron cambios trascendentales en la estructura institucional del país. La impresión general es de continuidad respecto a las prácticas antiguas y de confianza total en la validez de las formas ancestrales. En algunas áreas esenciales, esta actitud básica podía ser modificada para poder aprovechar plenamente las oportunidades que se presentaban, para hacer frente a un acuciante desafío o para fortalecer el sentido egipcio de identidad nacional frente a las presiones de la influencia cultural extranjera, pero en ningún caso puede hablarse de una reestructuración radical de las instituciones egipcias.

¿Qué decir de la ideología? Una lectura atenta de los textos contemporáneos no nos permite descubrir nada sorprendente. La concepción de los dioses y de la naturaleza del hombre, la percepción de la nacionalidad y —en casi todos los sentidos— de la función real es similar a la que encontramos en las fuentes de períodos anteriores. Sin embargo, en los momentos finales del período aparece un cambio fundamental en la actitud respecto a la monarquía al implantarse firmemente la idea de que los faraones no son, *ex officio*, depositarios de la virtud y aliados de los dioses, sino que pueden actuar de

una forma que no sea del agrado de los dioses. La implantación de esa convicción tuvo una importancia incalculable ya que asestó un golpe mortal a la base ideológica de la función real, que era, ni más ni menos, el concepto fundamental en el que se basaba la civilización egipcia.

COMENTARIO BIBLIOGRÁFICO

1. Los comienzos de la civilización egipcia

Por lo general, los antropólogos han olvidado los períodos formativos de la civilización egipcia, aunque todo el mundo reconoce que poseen un enorme interés histórico. También los egiptólogos les han dedicado menos atención que a los períodos posteriores de la historia egipcia. Entre la década de 1930 y la de 1960 se realizaron muy pocas excavaciones arqueológicas referidas al Período Predinástico y la mayor parte de los estudios publicados en esos años fueron, de hecho, revisiones de trabajos anteriores. Todavía hoy, muy pocos estudios generales intentan contemplar las primeras fases de la civilización egipcia dentro de un marco teórico global. La obra de Petrie, *The making of Egypt* (1939) fue la expresión extrema de la interpretación difusionista del desarrollo de Egipto en la época predinástica. Childe (1934), sin rechazar la teoría de la difusión, ofreció una interpretación materialista del origen de la civilización egipcia, según la cual, los excedentes se utilizaron sobre una base de mayor centralización que en la Mesopotamia antigua. Por su parte, Francfort (1956) estudió también los contrastes estructurales existentes en la fase de madurez de ambas civilizaciones, poniendo un énfasis especial en su diferente visión del mundo y analizando sus diferentes secuencias de desarrollo. Recientemente (1979), Hoffman ha publicado un estudio completo del desarrollo histórico de la arqueología y la cultura egipcias en la época prehistórica y en el Período Protodinástico. Su interpretación, de orientación antropológica, difiere de la nuestra en dos puntos, fundamentalmente: atribuye un papel preponderante a Hieracómpolis durante el Período Predinástico y no subraya la importancia que pudo tener en ese período el comercio del oro. Las afirmaciones de Fairservis (1971-1972) respecto al objetivo de su trabajo en Hieracómpolis sugieren un interés creciente en el estudio comparativo del desarrollo de la civilización egipcia. Este tipo de trabajos ponen de manifiesto que se está produciendo una aproximación entre

la egiptología y la antropología, hecho que tiene también otras manifestaciones.

En el texto se hace referencia a la arqueología de los períodos Predinástico y Protodinástico y a los informes procedentes de los yacimientos relativos a esos períodos. La fuente secundaria más completa para ambos períodos es Vandier (1952). Su obra enciclopédica resume, por lo general de forma imparcial, los diversos hallazgos e interpretaciones de los mismos. Pueden hallarse otras interpretaciones de ambos períodos, más breves y accesibles, en Aldred (1965) y Hoffman (1979). Las excavaciones recientes más importantes son las que el Instituto Arqueológico Alemán del Cairo ha realizado en Merimda, en 1979. Según los informes preliminares se han identificado cinco niveles estratigráficos en el yacimiento. Se ha establecido una nueva correlación entre el nivel más antiguo y los yacimientos más antiguos del sudoeste de Asia en los que se han encontrado objetos de cerámica. Los dos niveles más recientes presentan similitudes con el Neolítico Medio de Palestina y del Fayum A en Egipto. Así pues, Merimda parece ser el yacimiento neolítico más antiguo conocido en Egipto y, tal vez, es un milenio más antiguo de lo que se creía hasta ahora (Leclant, 1980, p. 350). Para los hallazgos recientes de importancia correspondientes al Período Predinástico, véase Hoffman (1980).

Petrie (1920) sigue siendo la fuente fundamental para el material publicado de los períodos Amratiense y Guerzeense y, aparte de sus corpus de cerámica y paletas prehistóricas (1921) e informes de yacimientos (1896, 1901 *b*), las suyas son obras de referencia muy utilizadas todavía. Needler (1981) ha llamado la atención sobre el trabajo de racionalización de los objetos de cerámica de Petrie —trabajo importante, aunque ignorado en gran medida— realizado por Federn en los años cuarenta. El intento más importante de revisar la cronología de Petrie es el estudio de Kaiser (1957) del cementerio predinástico de Armant; su anunciada obra sobre el Período Predinástico no ha visto la luz todavía. Baumgartel (1955, 1960) ha publicado una obra en dos volúmenes que contiene sus estudios de las culturas predinásticas del Alto Egipto, con datos de interés e interpretaciones interesantes, aunque en algunos casos especulativas. Esta autora ha realizado, también, una reconstrucción de los equipamientos de los cementerios de Nagada y una descripción del cementerio T guerzeense (de las clases más elevadas) en ese mismo lugar (Baumgartel, 1970 *b*). Krzyzaniak (1977) ha publicado una síntesis importante de material referente al Período Predinástico en el Alto Egipto, haciendo hincapié en los cambios económicos y sociales. En estos últimos años se ha hecho evidente un interés por el estudio del desarrollo de la estratificación social en los períodos Predinástico y Protodinástico, basándose especialmente en los abundantes datos que proporcionan los cementerios del Alto Egipto. Podemos citar las obras de Fattovich (1976) y Krzyzaniak (1979) y una

serie de artículos de Castillos (1978, 1979, 1981, 1982). En este momento se están realizando una serie de trabajos más importantes sobre este tema. La síntesis más lograda de los hallazgos arqueológicos del Bajo Egipto predinástico es el fragmento publicado de la inacabada historia de Egipto de Hayes (1965), y la mejor interpretación general es la de Hoffman (1979). El resumen más reciente de Baumgartel (1970 *a*) sobre el Período Predinástico presta una atención inadecuada a una serie de opiniones que no son suyas, sobre todo por lo que se refiere a las culturas del Norte de Egipto. Para críticas todavía válidas acerca de la investigación sobre el Egipto predinástico, véase Arkell y Ucko (1965) y Trigger (1968).

La síntesis más conocida del Período Protodinástico es la de Emery (1961), que resume un gran número de datos materiales, aunque el concepto de una «Raza Dinástica» al que hace referencia se considera inaceptable hoy en día. Edwards (1971) ofrece un útil resumen narrativo sobre la historia dinástica de este período. La monografía de Kaplony (1963) sobre las inscripciones de este período, de tan difícil lectura, tiene una importancia extraordinaria para comprender sus estructuras políticas y económicas y Kemp (1966, 1967) parece haber resuelto el espinoso problema de los lugares de enterramiento de los faraones de la Dinastía I. Pocos son los trabajos arqueológicos de importancia realizados en los últimos años sobre este período, aparte de las excavaciones de Hieracómpolis.

La cronología relativa de los períodos Predinástico y Protodinástico ha sido estudiada por Kantor (1965), que subraya especialmente los contactos con el sudoeste de Asia. Las implicaciones de las fechas conseguidas mediante el procedimiento del radiocarbono han sido objeto de análisis por parte de H. S. Smith (1964) y Derricourt (1971). Los estudios actuales se centran preferentemente en las implicaciones de la calibración del pino para las escalas de tiempo del radiocarbono (Suess, 1970) y las dataciones mediante los procedimientos de la termoluminiscencia para la cerámica del Alto Egipto (Caton-Thompson y Whittle, 1975). Un intento reciente de datar el comienzo de la Dinastía I varias centurias antes, sobre la base del análisis del radiocarbono (Mellaart, 1979) ha sido refutado convincentemente (Kemp, 1980). En la actualidad, Hassan (1980) está realizando una investigación sistemática de la cronología del radiocarbono para los períodos Predinástico y Protodinástico.

Los trabajos de los últimos decenios han servido para refutar muchas convicciones, fuertemente arraigadas, sobre el origen de los antiguos egipcios. Passarge (1940) y Butzer (1959) han arrojado luz sobre el escenario geográfico del Egipto predinástico y, en particular, han rechazado la afirmación de que el valle del Nilo era una tierra pantanosa totalmente hostil para el asentamiento humano. Se han investigado también los cambios ocurridos en el régimen de precipitaciones (Butzer, 1959) y el régimen del

valle del Nilo (Bell, 1970) durante los períodos Predinástico y Protodinástico. Los trabajos de Krzyzaniak (1977), Schenkel (1978) y, sobre todo, Butzer (1976) han intentado definir el carácter y el papel desempeñado por la irrigación en el curso de estos períodos. Reed (1966), Clark (1971), McHugh (1974) y Wendorf y Schild (1980) han contemplado las teorías sobre la economía productora de alimentos en Egipto en un marco regional amplio. Greenberg (1955) y Fleming (1969) han clarificado la situación lingüística del antiguo egipcio como una lengua afroasiática. La consideración de éste y de otros problemas lingüísticos relativos al egipcio y al afroasiático se hallará en Vergote (1970) y Hodge (1971). Aunque en los últimos años no se ha publicado un estudio global sobre las características raciales de los antiguos egipcios, Berry, Berry y Ucko (1967) y Berry y Berry (1973) tienden a rechazar la teoría de Derry (1956) de una «Raza Dinástica», apoyando, en cambio, las opiniones de Batrawi (1945, 1946) en el sentido de que hubo una continuidad en la población de Egipto de las primeras fases de su historia; véase también Trigger (1978).

Un resumen clásico de la historia cultural nubia es el de Emery (1966). La excavaciones iniciadas en Nubia a comienzo de los años sesenta nos han permitido incrementar notablemente nuestro conocimiento de la secuencia arqueológica en esta región con anterioridad al año 3000 a.C. (Wendorf, 1968). Otras interpretaciones más recientes de la cultura nubia (interpretaciones de estilo antropológico) pueden hallarse en la enciclopédica historia de Nubia de Trigger (1976) y Adams (1977). Los estudios físico-antropológicos explican, cada vez más, los cambios morfológicos en términos de transformaciones locales más que de grandes variaciones de población (Carlson y Van Gerven, 1977). Gracias a la investigación arqueológica en el Sudán, poco a poco conocemos nuevos datos sobre las culturas de la primera fase de Jartum (1949) y de Esh-Shaheinab (1953), estudiadas por Arkell. Se ha descubierto que una serie de culturas relacionadas con éstas se extienden sobre amplias zonas del Sudán. Un importante estudio lingüístico de Ehret (1979) ha aportado datos importantes sobre el origen y la existencia, en fecha muy temprana, de una economía productora de alimentos en Etiopía y el Sudán oriental, que relaciona con el desarrollo de la familia lingüística afroasiática. Las excavaciones realizadas cerca de Jartum ponen de relieve que el Sudán fue un importante centro innovador respecto a la domesticación del sorgo y del mijo y que la vaca y la cabra eran ya animales domésticos allí con anterioridad al año 3000 a.C. (Krzyzaniak, 1978; Haaland, 1981). H. S. Smith (1966) ha negado la existencia del Grupo B de Reisner, con argumentos que resultan convincentes. Los trabajos recientes sobre el Grupo A se hallan resumidos en Nördstrom (1972). La sorprendente afirmación de Bruce William (1980) de que existió un reino en una fase avanzada del Grupo A en la Baja Nubia no ha encontrado eco en otros especialistas.

2. El Imperio Antiguo, el Imperio Medio y el Segundo Período Intermedio, c. 2686-1552 a.C.

Todavía tiene vigencia la distribución básica de las dinastías del Antiguo Egipto realizada por el sacerdote egipcio Manetón a finales del siglo IV o comienzos del III a.C., aunque existen argumentos para poner en duda algunos de esos datos por lo que respecta al Primer y Segundo Períodos Intermedios. Las versiones de Manetón que se conservan han sido editadas por Waddell (1940). Probablemente, era más bien una crónica que una historia propiamente dicha, pero apenas se ha conservado otra cosa que listas de reyes y dinastías y duraciones de reinados. Helck (1956 *b*) ha realizado algunos comentarios críticos al respecto. La fuente cronológica más importante de las primeras etapas es el Canon o Lista de Reyes de Turín. Gardiner (1959) ha publicado una transcripción completa de esa lista, con análisis y comentarios de von Beckerath (1962, 1964, 1966) y Barta (1979, 1981 *b*). Sus datos básicos han sido convenientemente tabulados junto a los de las demás listas de reyes (principalmente las que proceden de Abido y Saqqara) en un apéndice en Gardiner (1961). La Piedra de Palermo se halla en un estado demasiado fragmentario para poseer valor cronológico, pero contiene detalles interesantes de los acontecimientos que para los egipcios del Imperio Antiguo eran significativos. La fuente fundamental en este sentido es Schäfer (1902), siendo analizados los aspectos cronológicos por Kaiser (1961), Helck (1974 *b*) y Barta (1981 *a*).

Las fechas calendáricas absolutas se han deducido conjugando las que aparecen en la Lista Real de Turín con los resultados de los cálculos basados en observaciones astronómicas antiguas, para las cuales la obra fundamental es la de Parker (1950). La exactitud de estos cálculos ha sido objeto de discusiones en una serie de artículos de Ingham (1969), Read (1970), Parker (1970, 1976) y Long (1974), aunque en ningún caso se ha llegado a conclusiones que contradigan seriamente esos cálculos. Más graves son las discrepancias que existen con las fechas obtenidas por el análisis del radiocarbono, a las que se ha hecho referencia en una serie de artículos, por ejemplo de Smith (1964), Quitta (1972), Long (1976) y Mellaart (1979) y que se ha discutido, asimismo, en dos importantes simposios: véase Michael y Ralph (1970), Säve-Söderbergh y Olsson (1970), y Edwards (1970). No obstante, las calibraciones obtenidas por medio de la dendrocronología parecen resolver el problema (Hassan, 1980; Kemp, 1980).

En gran medida, la historia de esos primeros períodos se fundamenta en una multiplicidad de fuentes jeroglíficas, que en la mayor parte de los casos son sumamente lacónicas. Las traducciones recopiladas por Breasted

(1906) son las más completas y parecen de gran calidad, aunque ciertamente se han producido adelantos en lexicografía y el conocimiento de la gramática desde que se realizaron. Pocos textos históricos significativos para esos períodos se han descubierto desde que Breasted llevó a cabo su trabajo. Los más importantes son los textos de Kamose relativos a la expulsión de los hicsos, y que han sido editados por Gardiner (1916) y Habachi (1972). Una selección de textos referentes al Antiguo Testamento ha sido traducida por Wilson en Pritchard (1969); Schenkel (1965) ha realizado traducciones de todas las fuentes del Primer Período Intermedio y Goedicke (1967) ha traducido los decretos del Imperio Antiguo. Por lo que respecta a los textos literarios, que en ocasiones reflejan aspectos políticos, existen dos ediciones recopiladas recientemente por Faulkner, Wente y Simpson (Simpson, ed., 1973) y Lichtheim (1973). Los papiros económicos y administrativos no han sido traducidos como un corpus, pero pueden encontrarse ediciones de papiros individuales en Griffith (1898), Scharff (1920), Hayes (1955). Simpson (1963 *b*, 1965, 1969 *b*), Posener-Kriéger y de Cenival (1968) y Posener-Kriéger (1976). El segundo archivo de Kahun (Illahun) sólo puede obtenerse en forma resumida; véase Borchardt (1899) y Kaplony-Heckel (1971 *a*).

Los progresos realizados en el estudio de la historia egipcia han sido lentos desde que se publicaron las grandes obras pioneras de Meyer (1887) y Breasted (1906) y otros historiadores del mismo período. Hay que destacar especialmente la obra de Petrie (1924) por su documentación. La ausencia de un escepticismo generalizado en cuanto al testimonio de las fuentes literarias ha sido comentado por Björkman (1964). Hornung (1966) y Otto (1964-1966) han analizado la mezcla de mito e historia en el espíritu egipcio y la concepción ritualista de la historia en los monumentos egipcios formales. Entre las historias de Egipto publicadas en los últimos decenios hay que destacar las de Gardiner (1961), Drioton y Vandier (1961), Bottéro, Cassin y Vercoutter (1967), Helck (1968) y Hallo y Simpson (1971). El ambicioso intento realizado en la tercera edición de la *Cambridge Ancient History*, editada por Edwards, Gadd y Hammon (1971), por cubrir de forma detallada la historia antigua de todo el Oriente Medio y las áreas circundantes incluye una serie de capítulos sobre Egipto. Estas páginas sobre Egipto, escritas en un denso estilo narrativo y con una tendencia a concentrarse en los faraones y en la cronología, constituyen una fuente de consulta fundamental para los acontecimientos históricos, aunque presta escasa atención a los contactos con África. No se ha publicado gran número de estudios históricos sobre períodos concretos. Los más valiosos son los de Winlock (1947), Schenkel (1962), von Beckerath (1964), van Seters (1966) y Gomaà (1980). La obra de Wilson (1951) constituye un intento imaginativo de interpretar la dinámica de la historia egipcia, mientras que Posener (1956) nos ofrece un estudio de la literatura

del Imperio Medio como vehículo político. Las inscripciones de las tumbas privadas constituyen un material prometedor para la realización de estudios históricos regionales, basados en gran medida en títulos y genealogías, pero es un trabajo que sólo Fischer (1964, 1968) ha realizado de forma seria y consistente para las zonas de Coptos y Dandara. En la actualidad, se está publicando una serie de mapas útiles y detallados en colores sobre Egipto y Nubia en diferentes períodos, con el título de *Tübinger Atlas des Vorderen Orients* (TAVO).

Los estudios sobre la administración y la economía ignoran el hecho de que se seguía un sistema de trabajo racional. En este sentido hay que citar la obra de Helck (1958, 1975) y, en menor medida, de Pirenne (1932-1935). La documentación para períodos más limitados ha sido analizada por Helck (1954), Adams (1956), Baer (1960) y Zibelius (1978). La obra de Butzer (1976) constituye una importante contribución para la comprensión del medio geográfico del antiguo Egipto.

En cuanto a las relaciones exteriores, Säve Söderbergh (1941), Arkell (1961), Emery (1965), Trigger (1965, 1976), Hoffmann (1967) y Adams (1977) estudian Nubia, intentando relacionar, en cada caso, las inscripciones y los hallazgos arqueológicos. Si bien los egiptólogos dominan el tema de Nubia y, por tanto, han estudiado el contexto cultural, no podemos decir lo mismo en el caso de Palestina y Siria. La arqueología sólo ha realizado estudios periféricos por lo que hace a las relaciones de Egipto con esas regiones. Esto se hace especialmente evidente en el importante estudio documental de Helck (1971). Ward (1971) y van Seters (1966) han protagonizado únicamente intentos limitados de crear un contexto arqueológico para períodos concretos. En el plano de la influencia cultural, Egipto ocupa un lugar prominente en un estudio de Smith (1965) sobre la interdependencia cultural del Próximo Oriente antiguo. Seyfried (1981) ha estudiado recientemente las expediciones realizadas en el desierto oriental durante el Imperio Medio.

Un aspecto notable de la egiptología es la consistencia de su marco intelectual de corte clásico: la exégesis textual domina la historia, la prosopografía y la genealogía son los instrumentos fundamentales en el estudio de la historia local y la historia del arte se utiliza como componente fundamental a la hora de evaluar el desarrollo de la cultura material. El resultado es una marcada homogeneidad de estilo y enfoque y una considerable versatilidad por parte de los egiptólogos. Pero al mismo tiempo, esto dificulta la evaluación correcta de los datos arqueológicos y la utilización, o al menos la consideración, de otros marcos alternativos en los que pueda situarse la información disponible. El efecto global es el de exagerar la singularidad del carácter fundamental de la cultura y la sociedad egipcias. No obstante, algunas de las cuestiones que se han planteado en algunos artículos, escritos desde un punto de vista más teórico, sobre

el carácter y la dinámica de las primeras sociedades históricas, pueden ser consideradas en términos egiptológicos, con el efecto de ampliar la base intelectual sobre la que se estudia el antiguo Egipto y hacer más accesibles las ricas fuentes materiales que puede ofrecer Egipto para algunos aspectos de la sociedad antigua. Un paso interesante en este sentido es la colección de comunicaciones de congresos editada por Weeks (1979) con el título de *Egyptology and the Social Sciences*, que incluye una sección sobre urbanismo a cargo de Bietak.

En cuanto a los datos arqueológicos, el análisis atento de las secuencias de los cementerios ofrece una dirección suplementaria para el estudio histórico, aunque bastante limitada. Ahora bien, incluso en este campo, donde ya existe un material tan abundante, sólo se han dado los primeros pasos (por ejemplo, O'Connor, 1972, 1974; Kemp, 1976 *a*, 1982). La excavación y estudio de los núcleos de asentamiento apenas si ha comenzado en Egipto y la falta de comprensión de los datos existentes ha llevado a negar de forma taxativa que las ciudades fueran un elemento importante en la sociedad egipcia (por ejemplo, Helck, 1975, cap. 12; cf. Kemp, 1977 *b*). Los extraordinarios resultados alcanzados por Bietak en Tell ed-Daba (1968 *a*, 1970, 1975 *a*) han tenido un impacto histórico excepcional debido a la naturaleza del asentamiento. Respecto a otros muchos asentamientos de este tipo, podemos afirmar que hasta que se alcance un marco más coherente de los procesos sociales y culturales en el antiguo Egipto será difícil obtener resultados de importancia de las excavaciones arqueológicas.

Desde el momento en que se terminó la redacción de este capítulo han aparecido varios informes de excavaciones que aportan nuevos datos materiales. Bietak (1981 *a*) constituye un valioso comentario sobre sus excavaciones de Tell ed-Daba y las conexiones palestinas, mientras que Bietak (1981 *b*) constituye una aportación a la limitada documentación sobre la familia real de los hicsos. El *Bulletin de l'Institut Français d'Archéologie Orientale* ha publicado una serie de informes sobre el trabajo realizado en el oasis de Dajla, dos de ellos referentes al asentamiento existente en ese lugar durante el Imperio Antiguo (Giddy y Jeffreys, 1980, 1981). Han aparecido también dos informes sobre Kerma (Bonnet, 1978, 1980) subrayando la complejidad arqueológica mucho mayor en el asentamiento situado en torno al deffufa occidental, mientras que en un estudio separado (Bonnet, 1981) se discute la posibilidad de que el deffufa occidental hubiera sido un templo. Los nuevos trabajos realizados en el norte del Fayum han desembocado en una revisión importante de la fecha en que el lago alcanzó su máximo nivel durante el período histórico. Esto no ocurrió en el Imperio Antiguo sino durante el Imperio Medio (Ginter, Heflik, Kozlowski y Sliwa, 1980). Queda aún por determinar el significado de este hecho por lo que respecta a otros asentamientos del Imperio Medio en el Fayum y con respecto a las inscripciones del nivel de la

inundación en Semna. En cuanto a los textos, está ganando adeptos la idea de que la Teología Menfita es una composición de la Baja Época y no una copia de un texto muy antiguo (por ejemplo, Lichtheim, 1980, p. 5).

3. El Imperio Nuevo y el Tercer Período Intermedio, 1552-664 a.C.

La bibliografía que citamos a continuación se limita fundamentalmente a las fuentes en lengua inglesa; puede encontrarse una guía bibliográfica más detallada en O'Connor (1982 *b*), pp. 966-970.

1. *Historias y estudios históricos.* Una buena visión de conjunto es la de Gardiner (1961; capítulos VIII-XII), mientras que la historia del Imperio Nuevo es estudiada con detalle por Hayes (1973), James (1973), Aldred (1975), Cerny (1075) y Faulkner (1975) en la nueva edición de la *Cambridge Ancient History*. Esta obra tiene también valiosos capítulos sobre el gobierno de las conquistas asiáticas del Imperio Nuevo, obra de Drower (1973) y Albright (1975), en tanto que la historia del Imperio Nuevo de Steindorff y Seele (1957) subraya también las relaciones exteriores. El mejor perfil histórico del Tercer Período Intermedio es el que aparece en la parte 4 de Kitchen (1973).

Debemos citar otros estudios históricos más especializados como el de Redford (1967) sobre los faraones de la Dinastía XVIII, el de Kemp (1978) sobre el imperialismo del Imperio Nuevo, y el de Bierbrier (1975), que analiza algunos de los factores que contribuyeron al colapso del Imperio Nuevo.

2. *Textos traducidos.* Las historias y estudios históricos que hemos citado *supra* deben ir acompañados de la lectura de las traducciones de los pertinentes textos históricos, literarios y de archivo, que nos dan a conocer la realidad de los acontecimientos y procesos históricos con una intensidad e inmediatez que no puede proporcionar ningún texto histórico narrativo. La colección más completa y de mayor calidad de textos históricos traducidos sigue siendo la de Breasted (1906, vols. II y III); pueden encontrarse otras traducciones más recientes de algunos de esos textos por Wilson en Pritchard (1969) y en Lichtheim (1976, 1980). Las más importantes obras literarias de la época están traducidas en Lichtheim (*ibid.*) y en Simpson (1973). Caminos (1954) nos permite conocer una serie de cartas, himnos, etc., que ilustran muchos aspectos de las actitudes contemporáneas del Imperio Nuevo, mientras que las traducciones de Wente (1966) de las cartas de la etapa final del Imperio Nuevo nos permiten introducirnos en las realidades de la vida política y administrativa de Egipto.

3. *La sociedad egipcia en el Imperio Nuevo y en el Tercer Período Intermedio.* La mejor introducción al estudio del medio geográfico y de los factores agrícolas y demográficos relacionados con él es Butzer (1976), en tanto que Kees (1961) estudia las interrelaciones entre el medio ambiente y la sociedad en el antiguo Egipto e introduce al estudiante en los núcleos de asentamiento más importantes para la historia del Imperio Nuevo y del Tercer Período Intermedio. Lucas y Harris (1962) analizan las materias primas y la tecnología de la industria egipcia. La mejor historia del arte y la arquitectura egipcia en lengua inglesa es la de Smith (1981; las partes 4 y 5 se refieren a este período) y Hayes (1959) nos ofrece una introducción, profusamente ilustrada, a la cultura material del Imperio Nuevo, centrándose tanto en las familias reales como en las demás clases de la sociedad egipcia.

Todavía no se ha realizado el estudio de conjunto que exige la estructura del gobierno de este período; la mejor fuente de datos sobre la estructura administrativa está publicada en alemán (Helck, 1958), mientras que el estudio de Edgerton (1947 *a*) constituye un raro intento de comprender el sistema como algo diferente del armazón estructural del gobierno. Las obras de Faulkner (1953) y Schulman (1964 *b*) constituyen buenos estudios del ejército durante el Imperio Nuevo. En Théodoridès (1971) encontramos una buena introducción al derecho egipcio, mientras que Černý (1962) ha realizado un estudio excelente de los oráculos y su papel en el derecho y en las relaciones sociales. Un excelente análisis de un caso en el que aparece en funcionamiento el sistema legal del Imperio Nuevo es el famoso caso de Mose, en el que se han centrado especialmente Gardiner (1905) y Gaballa (1977). Jansen (1975 *b*) ha bosquejado nuestros escasos conocimientos de la economía egipcia y ha publicado también una extraordinaria monografía sobre los precios y salarios en el Egipto ramésida (1975 *a*).

Como hemos dicho antes, la religión egipcia tiene una gran importancia histórica. Černý (1957) constituye una valiosa introducción al tema, mientras que Bleeker (1967) ha estudiado el significado de las fiestas religiosas en la vida egipcia. Wilson (1954 *a*) nos ofrece una interesante introducción de la visión del mundo de los egipcios, pero encontraremos otras aproximaciones valiosas a diferentes aspectos de esta cuestión en Posener (1960; en francés) y Hornung (1966; en alemán).

El urbanismo es un tema al que se dedica cada vez mayor atención en los estudios de egiptología y los datos más abundantes proceden del Imperio Nuevo. Una introducción útil es la de O'Connor (1982 *a*) y, por su parte, Kemp ha publicado varias reinterpretaciones importantes de Tell el-Amarna, el asentamiento urbano mejor documentado (1976, 1977, 1981). Kemp (1972 *a* y *b*), O'Connor (1972 *a*) y H. S. Smith (1972) han analizado modelos más amplios de asentamiento y urbanización.

4. *Egipto y Africa.* Para el Imperio Nuevo sigue siendo fundamental la obra de Säve-Söderbergh (1941; en alemán). Otros buenos estudios generales más recientes, que cubren tanto el Imperio Nuevo como el Tercer Período Intermedio, son los de Trigger (1976; capítulos VII y VIII) y W. Y. Adams (1977 *a*; capítulos 9 y 10). Son útiles también las obras de Emery (1965; parte 3; capítulos V-VIII) y Wenig (1978; capítulos 1 y 2), con ilustraciones. El trabajo de Kitchen constituye un breve pero excelente estudio sobre la situación de Opone.

5. *Bibliografías y cronología.* La mayor parte de las obras que hemos citado poseen un extenso repertorio bibliográfico que guiarán al estudiante a la hora de ampliar sus lecturas e iniciar los trabajos de investigación. Existen, además, otras guías bibliográficas de inapreciable valor que el estudiante debe tener en cuenta. Prat (1925; 1942) nos ofrece una bibliografía completa, si no exhaustiva, que abarca hasta 1941, dividida en secciones temáticas y con un excelente índice de autores y temas. Federn (1948-1950) cubre los años 1939 a 1947 (sin una división temática pero con un índice de autores). Por otra parte, la *Annual Egyptological Bibliography* (J. M. A. Janssen, 1948-1963; J. M. A. Janssen y Heerma van Voss, 1964; Heerma van Voss, 1968-1969; Heerma van Voss y J. J. Janssen, 1971; J. J. Janssen, 1971-1976; actualmente continúa la publicación) es una bibliografía completa que cubre desde 1947 hasta el momento actual y que sigue publicándose; no está dividida temáticamente pero posee un índice de autores, títulos y temas para los años 1947-1956. Entre 1971 y 1979, Kemp elaboró *Egyptological Titles*, bibliografía trimestral, clasificada temáticamente. Porter y Moss (1927-1972; sigue publicándose) y Maek (1974; sigue publicándose) proporcionan una guía detallada de todos los relieves, pinturas y textos jeroglíficos conocidos; no hay guía para los textos hieráticos y demóticos ni para los datos puramente arquitectónicos y arqueológicos.

Hornung (1964; la cronología «corta») y Hayes (1970; la cronología «larga») han tratado recientemente el tema de la *cronología del Imperio Nuevo*; véase también Kitchen (1965). Para la *cronología del Tercer Período Intermedio* es fundamental la obra de Kitchen (1973). La discusión permanece abierta y en las guías bibliográficas mencionadas anteriormente aparecen estudios más recientes.

4. La Baja Época, 664-323 a.C.

Las fuentes escritas incluyen material en jeroglífico, demótico, cuneiforme, hebreo, arameo, fenicio, cario, griego y latín. Los textos jeroglíficos son mucho menos abundantes que en el Imperio Nuevo, y particularmente

escasos a partir de la Dinastía XXVI. Traducciones al inglés de importantes ejemplos saítas aparecen en Breasted (1906), aunque por lo general estas versiones han sido sustituidas por otras; los textos jeroglíficos más importantes del primer período de ocupación persa se encontrarán en Posener (1936). Las traducciones y análisis de Otto de las grandes inscripciones biográficas de la Baja Época (1954) tienen un valor inapreciable; Lichtheim (1980) ha traducido también algunas de las inscripciones más conocidas. El material demótico es variado. Entre los textos literarios hay que citar la Crónica Demótica, de importancia excepcional (Spiegelberg, 1914; Roeder, 1927; Bresciani y Donadoni, 1969), y los cuentos del Ciclo de Petubastis aportan también una valiosa información si se utilizan adecuadamente (Kitchen, 1973). Entre las fuentes documentales ocupa una posición destacada el *P. Rylands* IX (Griffith, 1909; Wessetzky, 1963). El material cuneiforme puede encontrarse en asirio, babilonio y persa (Luckenbill, 1927; Wiseman, 1961; Kent, 1953); el material hebreo más importante aparece en Reyes II, Crónicas II, Jeremías, Ezequiel y el relato de Flavio Josefo, *Antigüedades Judaicas*, X (Marcus, 1937); el material arameo ha sido estudiado por Kraeling (1953), Fitzmyer (1965) y Porten (1968). Para los textos fenicios hay que consultar a Magnanini (1973) y Kornfeld (1978), en tanto que los textos carios han sido estudiados por Ray (1982). Entre las fuentes griegas ocupa un lugar de honor Heródoto (Hude, 1927; de Selincourt, 1972; Lloyd, 1975 ss.), pero autores helenísticos como Manetón (Jacoby, 1958; Waddell, 1940) y Diodoro Sículo (Oldfather *et al.*, 1946 ss.) son indispensables, sobre todo para el período que abarca las postrimerías del siglo V y todo el siglo IV a.C.

Existen varias obras generales que cubren la historia política y militar del período. Sigue siendo válida la obra de Wiedeman (1880), así como la de Petrie (1905). La aportación de Hall sobre el Período Saíta en la *Cambridge Ancient History* (1925) está ya superada, pero es útil consultar todavía el análisis de los acontecimientos de las últimas fases de la historia egipcia que aparece en los volúmenes subsiguientes. En todo caso, serán sustituidos por otros estudios más recientes en la edición revisada. Kienitz (1953) es de lectura obligada, y Gyles (1959) contiene algunos elementos útiles pero no es fiable y es mejor que el profano evite su lectura. Otro tanto hay que decir acerca del estudio de Pirenne (1963). La obra de Drioton y Vandier (1962) es particularmente útil por la información bibliográfica y por el análisis de los problemas más importantes. Hay obras excelentes para períodos específicos; por ejemplo, Posener (1936), De Meulenaere (1951), Kraeling (1953), Bresciani (1958) y Kitchen (1973).

La monarquía egipcia en general ha sido estudiada por Moret (1902 *a*), Müller (1938), Jacobsohn (1939), Frankfort (1948, 1961), Vandier (1949), Brunner (1956, 1964), Posener (1960), Derchain (1962), Hornung (1966),

Decker (1971) y Bergman (1972), pero se necesita con urgencia una amplia síntesis moderna. Sobre el sistema de ideas en la Baja Época es útil la obra de Meyer (1915) y fundamental la de Otto (1954). La obra de Spalinger (1978 *a*) no resiste un análisis serio pero constituye una cómoda introducción al tema. Kaplony (1971), Johnson (1974), Russmann (1974), Aldred (1980), Davies (1982) y Lloyd (1982 *a* y *b*) proporcionan información para las ideas sobre algunos puntos importantes.

La estructura de la sociedad durante la Baja Época no ha dejado de interesar, pero es mucho lo que queda por hacer incluso con el escaso material del que disponemos. Una vez más, Meyer (1928) es el punto de partida. No hay que ignorar la obra de Pirenne (1963), aunque es necesario adoptar una actitud crítica al respecto. Las tradiciones clásicas sobre la sociedad egipcia de este período han sido analizadas por Wiedemann (1886) y Froidefond (1971). Mucha es la información que podemos obtener a partir de una comparación atenta con los estudios del Egipto helenístico (por ejemplo, Rostovtzeff, 1953), así como de los estudios de la sociedad egipcia de épocas más modernas, tales como los de Lane (1966) y Blackman (1927). El problema de la disponibilidad de la tierra ha sido discutido por Schlott (1969) y Schwab-Sclott (1972), y en Butzer (1976) se encontrará una estimación cuantitativa ajustada de la población. La clase sacerdotal ha sido mejor estudiada que los restantes elementos de la sociedad (Blackman, 1913; Bonnet, 1952; Kees, 1953; Sauneron, 1957; De Cenival, 1972; De Meulenaere, 1975-1976; Wittmann, 1978). En este punto tampoco hay que ignorar el material helenístico comparativo, como en Otto (1905-1908). Los orígenes, desarrollo y carácter de los *machimoi* han sido discutidos por Cavaignac (1919), Kees (1926), Meyer (1928), Struve (1932), Kienitz (1953), Bresciani (1958), Gyles (1959), Pirenne (1963), Kitchen (1973, 1977), Gomaà (1974) y Winnicki (1977). Rostovtzeff (1953) y Crawford (1971) nos permiten acceder a los datos helenísticos sobre las clases sociales. No existe un estudio adecuado de los datos para el conjunto fundamental de la población. Es útil consultar Hughes (1952) y Seidl (1968) pero si se utilizaran adecuadamente las fuentes disponibles se obtendría una imagen mucho más completa. Sobre la familia se han realizado estudios importantes (Černý, 1954; Pestman, 1961; el-Amir, 1964; Seidl, 1966; Tanner, 1967; Théodoridès, 1976; Allam, 1977, 1981), pero queda un largo camino por recorrer, particularmente en la utilización de modelos de organización familiar basados en la investigación antropológica y en las costumbres existentes en otras sociedades orientales. Griffith (1909), Bakir (1952), Seidl (1968) y Menu (1977) han estudiado el tema de la esclavitud. Comentarios generales sobre las relaciones raciales en el antiguo Egipto pueden encontrarse en Davis (1951) y las actitudes de los egipcios respecto a los extranjeros han sido analizadas por Sauneron (1959) y Helck (1964), pero existen numerosos trabajos

sobre las relaciones con grupos étnicos individuales: griegos, Mallet, 1893, 1922; MacFarquhar, 1966; Austin, 1970; Lloyd, 1969, 1972 *a* y *b*, 1975 *a* y *b*; Boardman, 1980; Davis, 1981; chipriotas, Masson, 1971; Davis, 1979, 1980; carios, Masson y Yoyotte, 1956; Masson, 1969; Lloyd, 1975 *a*, 1978; judíos y arameos, Kraeling, 1953; Porten, 1968; Ghali, 1969; Porten y Greenfield, 1974; Dupont-Sommer, 1978; fenicios, Leclant, 1968.

El estudio de las ciudades es uno de los puntos débiles de la egiptología, pero está comenzando a recibir la atención que merece; por ejemplo, Ucko *et al.*, 1972; Smith, 1974 *b*, 1976; Butzer, 1976; Kemp, 1977 *a*; Leahy, 1977; Parlebas, 1977. La información que poseemos sobre asentamientos específicos para este período es escasa; sobre Menfis, véase especialmente Petrie (1909-1913) y Kemp (1976, 1977 *b*, 1978 *b*); poco es lo que ha producido Sais y las perspectivas no son buenas (Champollion, 1868; Habachi, 1943, Bakry, 1968; Wâsif, 1974), aunque se han realizado importantes trabajos en las fuentes literarias sobre la estructura y dependencias de la zona del templo en la ciudad (Mallet, 1888; Matthiae Scandone, 1967; Schott, 1967; el-Sayed, 1974, 1975, 1976; Pernigotti, 1978); Naville (1891, 1892) realizó excavaciones poco satisfactorias en Bubastis, pero recientemente se han realizado otros trabajos arqueológicos más completos en esta ciudad, a cargo de Habachi (1957); en la actualidad se está trabajando en Mendes (De Meulenaere *et al.*, 1976). Por lo que respecta a Nebesheh, la situación es mucho mejor desde que los trabajos de Petrie (1888) permitieron obtener algunos conocimientos (ciertamente incompletos) sobre este asentamiento durante los Períodos Saíta y Persa. Sauneron (1964), Stadelmann (1971) y Badawy (1975) han estudiado los templos de los períodos posteriores. Smith (1974 *b*) ha realizado un breve resumen de los trabajos realizados en los asentamientos del desierto en el norte de Saqqara, y hay que señalar también los sugerentes trabajos de Guilmot (1962) y Ray (1972, 1976).

No existe una obra de conjunto sobre la organización económica durante la Baja Época. El estudiante está obligado a comenzar consultando los estudios generales, como los de Hartmann (1923) y Heichelheim (1957), así como otras obras referentes a otros períodos, mejor documentados. En este sentido, podemos citar los trabajos de Helck (1960-1969) y Janssen (1975 *a*), que pueden ser complementados con las obras correspondientes al período helenístico (cf. Schnibel, 1925; Rostovtzeff, 1953). Las obras del sistema de riego han sido estudiadas por Butzer (1976), y Griffth (1909) y Porten (1968) han analizado brevemente la producción cerealística durante la Baja Época. Las fuentes sobre la propiedad de la tierra han sido analizadas parcialmente por Seidl (1968), pero es posible sacar muchas más conclusiones del escaso material disponible. Seidl (1968), Porten (1968) y Daumas (1977) han estudiado algunos aspectos de la

circulación de la riqueza. La actividad comercial exterior mejor documentada es la que se realizaba con los griegos (Austin, 1970; Lloyd, 1975 *a*; Boardman, 1980). Gran atención se ha prestado a los intereses comerciales de Necao en el mar Rojo y a su supuesta circunnavegación de África (Senac, 1967; Mauny, 1976; Lloyd, 1977; Janvier, 1978).

Los datos sobre los trabajos del gobierno durante este período son sumamente escasos, pero han sido estudiados con toda atención. A Pirenne y Théodoridès (1966) debemos un útil estudio de la literatura de períodos anteriores. Las condiciones existentes a comienzos de la Dinastía Saíta han sido estudiadas por De Meulenaere (1964), Kitchen (1973, 1977) y Gomaà (1974). La Estela de Nitocris —de importancia crucial— ha sido publicada por Caminos (1964). La población de Nitocris ha recibido recientemente la atención de Wittmann (1977, 1978) que ha realizado también estudios sobre los funcionarios tebanos de comienzos del Período Saíta. La información general sobre los nomos se encontrará en Brugsch (1879-1880), Gauthier (1925-1931), Gardiner (1947), Montet (1957-1961), Helck (1974) y Bietak (1975) y su distribución durante la Baja Época ha sido examinada por Gauthier (1935), Ball (1942) y Helck (1974). Sobre la administración interna saíta son de consulta obligada Kees (1934-1936) y De Meulenaere (1964). También hay que consultar los trabajos de Wessetzky (1963). Las supuestas reformas de Amasis han sido estudiadas por Tresson (1931), Ranke (1943), Posener (1947), Malinine (1953), y Jelínková-Reymond (1956). Los aspectos de jurisdicción han sido brevemente estudiados por Seidl (1968) y los oráculos han sido objeto de análisis por Blackman (1925, 1926), Roeder (1960), Parker (1962) y Ray (1981). El mejor análisis del gobierno persa en Egipto sigue siendo el de Bresciani (1958) y el tema de la colaboración egipcia con los persas ha sido estudiado especialmente por Cooney (1953) y Lloyd (1982 *a* y *b*).

La política exterior de la Baja Época no ha de ser estudiada aisladamente; los datos de otros períodos pueden ser ilustrativos, aunque hay que utilizarlos con precaución. A Théodoridès (1975) se debe una aguda visión de las actitudes egipcias hacia las relaciones exteriores hasta finales del Imperio Nuevo, que será muy útil para aquel que quiera estudiar la Baja Época. Otro tanto cabe decir de los recientes trabajos sobre el imperialismo egipcio en las épocas anteriores a la Baja Época (Kemp, 1978 *a*; Ahituv, 1978). Las actividades saítas en el Mediterráneo Oriental han recibido notable atención desde puntos de vista muy diferentes (Yoyotte, 1951 *b*; Sauneron y Yoyotte, 1952 *b*; Dothan y Freedman, 1967; Freedy y Redford, 1970; Dothan, 1971; Lipinski, 1972; Spalinger, 1974, 1976 *a* y *b*, 1977 *b*, 1978 *a* y *b*; Malamat, 1950, 1968, 1973, 1974, 1975, 1976; Lindsay, 1976). El problema de la política naval saíta ha generado abundantes estudios (Basch, 1967, 1977, 1980; Lloyd, 1972 *a* y *b*, 1975 *a* y *b*, 1977, 1980), que han permitido comprender mejor las limitaciones de las

fuentes, pero los grandes interrogantes siguen todavía sin resolver. Edel (1978) ha analizado las relaciones de Amasis con Caldea bajo un prisma totalmente nuevo. Respecto a la visión caldea de la participación de los egipcios en la política del Mediterráneo oriental es obligada la consulta de Wiseman (1961). Los mejores trabajos sobre la política exterior durante los últimos años de la independencia son los de Kienitz (1953) y Olmstead (1959). Los datos sobre la existencia de mercenarios griegos han sido analizados por Petrie (1888), Parke (1933), Austin (1970), Lloyd (1975 *a*), Oren (1977, 1979) y Boardman (1980). Las relaciones de Egipto con Samos siguen suscitando interés (Jantzen, 1972; Mitchell, 1975). Los contactos con Atenas están relativamente bien documentados (Meiggs, 1963, 1972; Salmon, 1965; Libourel, 1971), mientras que las relaciones con Chipre han sido resumidas por Hill (1940). Sobre la posibilidad de que se celebrara un matrimonio diplomático para fortalecer las relaciones entre Nectánebo I y un estado griego, véase Kuhlmann (1981). Las actividades en Libia durante la *Baja Época* deben ser estudiadas en el contexto de otros contactos anteriores resumidos por Gsell (1913 ss.), Hölscher (1937), Fakhry (1942, 1944, 1950, 1973-1974), Redford (1977 *a*) y Gostynski (1975). La política libia de Psamético I ha sido analizada por Goedicke (1962) y el problema de Cirene fue estudiado por Schaefer (1952), Chamoux (1953) y Mazzarino (1947). Para los oasis en la Baja Época véase Fakhry (1973-1974). Son varios los artículos que tienen como tema la campaña nubia de Psamético II (Yoyotte, 1951 *a*; Sauneron y Yoyotte, 1952 *a*; Bakry, 1967; Habachi, 1974) y los datos sobre la expedición nubia de Amasis han sido estudiados por Erichsen (1941).

BIBLIOGRAFÍA

Lista de abreviaturas de las publicaciones que son citadas en la bibliografía:

ASAE	*Annales du Service d'Antiquités d'Égypte*
BIFAO	*Bulletin de l'Institute Français d'Archéologie Orientale*
IEJ	*Israel Exploration Journal*
JAOS	*Journal of American Oriental Society*
JARCE	*Journal of American Research Center of Egypt*
JEA	*Journal of Egyptian Archaeology*
JNES	*Journal of Near Eastern Studies*
MDAIAK	Mitteilungen Deutschen Archäologischen Institut Abeitung Kairo
RIDA	*Revue Internationale des Droits de l'Antiquité*
SAK	Studien Altägyptischen Kultur
ZÄS	Zeitschrift fur Ägyptologische Sprache und Altertumskunde

1. Los comienzos de la civilización egipcia

Adams, B., *Ancient Hierakonpolis*, Warminster, 1974 (con suplemento).

Adams, R. M., «Patterns of urbanization in early southern Mesopotamia», en P. J. Ucko, R. Tringham y G. W. Dimbledy, eds., *Man, settlement and urbanism*, Londres, 1972, pp. 735-748.

Adams, W. Y., *Nubia: corridor to Africa*, Londres, 1977.

Aldred, C., *Egypt to the end of the Old Kingdom*, Londres, 1965.

Amélineau, E., *Les nouvelles fouilles d'Abydos* (1895-1898), París, 1899-1905, 3 vols.

Arkell, A. J., *Early Khartoum*, Oxford, 1949.

—, «Varia Sudanica», en *JEA*, 36 (1950), pp. 27-30.

—, *Shaheinab*, Oxford, 1953.

—, «Was King Scorpion Menes?», en *Antiquity*, 37 (1963), pp. 31-35.

—, «Dotted wavy-line pottery in African prehistory», en *Antiquity*, 46 (1972), pp. 221-222.

—, y P. J. Ucko, «Review of Predynastic development in the Nile Valley», en *Curr. Anthrop.*, 6 (1965), pp. 145-166.

Bar-Yosef, O., A. Belfer, A. Goren y P. Smith, «The *nawamis* near Ein Huderah (eastern Sinai)», en *IEJ*, 27 (1977), pp. 65-88.

Batrawi, A., «The racial history of Egypt and Nubia», en *J. R. Anthrop. Inst.*, 75 (1945), pp. 81-101.

—, «The racial history of Egypt and Nubia», en *J. R. Anthrop. Inst.*, 76 (1946), pp. 131-156.

Baumgartel, E. J., *The cultures of prehistoric Egypt*, Oxford, vol. I, 1955²; vol. II, 1960.

—, «Scorpion and rosette and the fragment of the large Hierakonpolis mace head», en *ZÄSA*, 92 (1966), pp. 9-14.

—, «Predynastic Egypt», en *Cambridge Ancient History*, vol. I, 1.ª parte, 1970³ *a*, pp. 463-497.

—, *Petrie's Naqada excavation: a Supplement*, Londres, 1970 *b*.

Bell, B., «The oldest records of the Nile floods», en *Geogrl J.*, 136 (1970), pp. 569-573.

Berry, A. C., y R. J. Berry, «Origins and relations of the ancient Egyptians», en D. R. Brothwell y B. A. Chiarelli, eds., *Population biology of the Ancient Egyptians*, Nueva York, 1973, pp. 200-208.

—, y P. J. Ucko, «Genetical change in ancient Egypt», en *Man*, n. s. 2 (1967), pp. 551-568.

Brunton, G., y G. Caton Thompson, *The Badarian civilization*, Londres, 1928.

Butzes, K. W., *Quaternary stratigraphy and climate in the Near East*, Bonn, 1858.

—, «Studien zum vor- und frühgeschichtlichen Landschaftswandel der Sahara. III. Die Naturslandschaft Ägyptens während der Vorgeschichte und der dynastischen Zeit», en *Abh. Math-Naturw. Kl. Akad. Wiss. Mainz*, 2 (1959), pp. 1-80.

—, «Archaeology and geology in ancient Egypt», en *Science*, 132 (1960), pp. 1.617-1.624.

—, «Archäologische Fundstellen Ober- und Mittelägyptens in ihrer geologischen Landschaft», en *MDAIAK*, 17 (1961), pp. 54-68.

—, «Archaeology and geology in ancient Egypt», en J. R. Cadwell, ed., *New roads to yesterday*, Nueva York, 1966, pp. 210-227.

—, *Environment and archaeology: an ecological approach to prehistory*, Chicago, 1971².

—, *Early hydraulic civilization in Egypt: a study in cultural ecology*, Chicago, 1976.

—, y C. L. Hansen, *Desert and river in Nubia*, Madison, 1968.

Camps, G., «Amekni: néolithique ancien du Hoggar», *Mém. CRAPE*, 10 (1969).
—, «Beginnings of pastoralism and cultivation in north-west Africa and the Sahara», en *Cambridge History of Africa*, vol. II, 1982, pp. 548-623.
Carlson, D. S., y D. P. Van Gerven, «Masticatory function and post-Pleistocene evolution in Nubia», en *Am. J. Phys. Anthrop.*, 46 (1977), pp. 495-506.
Castillos, J. J., «An analysis of the Predynastic cemeteries E and U and the First Dynasty cemetery S at Abydos», en *J. Soc. Stud. Egypt. Antiq.*, 8 (1978), pp. 86-98.
—, «An analysis of the tombs in the Predynastic cemetery N7000 at Naga-er-Dêr, en *J. Soc. Stud. Egypt. Antiq.*, 10 (1979), pp. 21-38.
—, «An analysis of the tombs in the Predynastic cemeteries at Naqada», en *J. Soc. Stud. Egypt. Antiq.*, 11 (1981), pp. 97-106.
—, «Analyses of Egyptian Predynastic and Early Dynastic cemeteries: final conclusions», en *J. Soc. Stud. Egypt. Antiq.*, 12 (1982), pp. 29-53.
Caton-Thompson, G., y E. W. Gardner, *The desert Fayum*, Londres, 1934, 2 vols.
—, y E. Whittle, «Thermoluminiscence dating of the Badarian», en *Antiquity*, 49 (1975), pp. 89-97.
Clark, J. D., «Africa south of the Sahara», en R. J. Braidwood y G. R. Willey, eds., *Courses towards urban life*, Viking Fund Publications in Anthropology, Chicago, 32, 1962, pp. 1-33.
—, «A re-examination of the evidence for agricultural origins in the Nile Valley», en *Proc. Prehist. Soc.*, 37 (1971), pp. 34-79.
Childe, V. G., *New light on the most ancient east*, Londres, 1934.
Chowdhury, K. A., y G. M. Buth, «Cotton seeds from the neolithic in Egyptian Nubia and the origin of Old World Cotton», en *Biol J. Linn. Soc. Lond.*, 3 (1971), pp. 303-312.
Derricourt, R. M., «Radiocarbon chronology for Egypt and North Africa», en *JNES*, 30 (1971), pp. 271-292.
Derry, D. E., «The dynastic race in Egypt», en *JEA*, 42 (1956), pp. 80-85.
Dixon, D. M., «A note on cereals in ancient Egypt», en P. J. Ucko y G. W. Dimbledy, eds., *The domestication and exploitation of plants and animals*, Londres, 1969, pp. 131-142.
Edwards, I. E. S., «The Early Dynastic Period in Egypt», en *Cambridge Ancient History*, vol. I, 1971[3], 2.ª parte, pp. 1-70.
Ehret, C., «On the antiquity of agriculture in Ethiopia», en *J. Afr. Hist.*, 20 (1979), pp. 161-177.
Emery, W. B., *Great tombs of the First Dynasty*, El Cairo-Londres, 1949-1958, 3 vols.
—, *Archaic Egypt*, Harmondsworth, 1961.

—, *Egypt in Nubia*, Londres, 1965.
Faiservis, W. A., Jr., K. Weeks y M. Hoffman, «Preliminary report on the first two seasons at Hierakonpolis», en *JARCE*, 9 (1971-1972), pp. 7-68.
Fattovich, R., «Trends in the study of Predynastic social structure», en D. Wildung, ed., *First International Congress of Egyptology Abstracts of Papers*, Munich, 1976, pp. 30-31.
Flannery, K. V., «The origins of the village as a supplement type in Mesoamerica and the Near East: a comparative study», en P. J. Ucko, R. Tringham y G. W. Dimbledy, eds., *Man, settlement and urbanism*, Londres, 1972, pp. 23-53.
Fleming, H. C., «The classification of the West Cushitic within Hamito-Semitic», en D. F. McCall *et al.*, eds., *East African History*, Nueva York, 1969, pp. 3-27.
Frankfort, H., *Kingship and the gods*, Chicago, 1948.
—, *The birth of civilization in the Near East*, Londres, 1956.
—, H. A. Frankfort, J. A. Wilson y T. Jacobsen, *Before philosophy*, Harmondsworth, 1949.
Gardiner, A., *Egyptian grammar*, Oxford, 1927.
—, *Egypt of the Pharaophs: an introduction*, Oxford, 1961.
Goedicke, H., «An Egyptian claim to Asia», en *JARCE*, 8 (1969-1970), pp. 11-27.
Greenberg, J. H., *Studies in African linguistic classification*, New Haven, 1955.
Griffiths, J., *The conflict of Horus and Seth*, Liverpool, 1960.
Haaland, R., *Migratory herdsmen and cultivating women: the structure of Neolithic seasonal adaptation in the Khartoum Nile environment*, Bergen, 1981.
Hassan, F. A., «Radiocarbon chronology of Archaic Egypt», en *JNES*, 39 (1980), pp. 203-207.
Hayes, W. C., *Most Ancient Egypt*, Chicago, 1965.
—, «Chronology I. Egypt to the end of the Twentieth Dynasty», en *Cambridge Ancient History*, vol. I, 1970³, 1.ª parte, pp. 173-193.
Hays, T. R., «Prehistoric Egypt: recent field research», en *Curr. Anthrop.*, 17 (1976), pp. 552-554.
Helck, H. W., *Die Beziehungen Agyptens zu Vorderasien im 3. und 2. Jahrtausend v. Chr.*, Wiesbaden, 1962.
—, «Zwei Einzelprobleme der thinitischen Chronologie», en *MDAJAK*, 26 (1970), pp. 83-85.
Higgs, E. S., «Domestic animals», en C. B. M. McBurney, ed., *The Haua Fteah*, Cambridge, 1967, pp. 313-319.
Hobler, P. M., y J. J. Hester, «Prehistory and environment in the Lybian desert», *S. Afr. Archaeol. Bull.*, 23 (1969), pp. 120-130.

Hodge, C. T., ed., *Afroasiatic: a survey*, La Haya, 1971.
Hoffman, M. A., *Egypt before the Pharaophs: The prehistoric foundations of Egyptian civilization*, Nueva York, 1979.
—, «A rectangular Amratian house from Hierakonpolis», en *JNES*, 39 (1980), pp. 119-137.
Hugot, H.-J., «The origins of agriculture: Sahara», en *Curr. Anthrop.*, 19 (1968), pp. 483-488.
Kaiser, W., «Stand und Probleme der ägyptische Vorgeschichtsforschung», en *ZÄSA*, 81 (1956), pp. 87-109.
—, «Zur Inneren Chronologie der Naqadakultur», en *Archaeologia Geographica*, 6 (1957), pp. 69-77.
—, «Einige Bermerkungen zur ägyptische Frühzeit», en *ZÄSA*, 91 (1964), pp. 86-125.
Kantor, H. J., «The final phase of Predynastic culture: Gerzean or Semainean?», en *JNES*, 3 (1944), pp. 110-136.
—, «Further evidence for early Mesopotamian relations with Egypt», en *JNES*, 11 (1952), pp. 239-250.
—, «The relative chronology of Egypt and its foreign correlations before the Late Bronze Age», en R. W. Ehric, ed., *Chronologies in Old World Archaeology*, Chicago, 1965, pp. 1-46.
Kaplan, H. R., «The problem of the dynastic position of Meryet-nit», en *JNES*, 38 (1979), pp. 23-27.
Kaplony, P., *Die Inschriften der ägyptische Frühzeit*, Wiesbaden, 1963.
Kees, H., *Ancient Egypt: a cultural Topography*, ed. de T. G. H. James, trad. inglesa de I. F. D. Morrow, Londres-Chicago, 1961.
Kelley, A. L., «The evidence for Mesopotamian influence in predynastic Egypt», en *Newsl. Soc. Study Egypt. Antiq.*, 4 (1974), pp. 2-11.
Kemp, B. J., «Abydos and the royal tombs of the First Dynasty», en *JEA*, 52 (1966), pp. 13-22.
—, «The Egyptian 1st Dynasty royal cemetery», en *Antiquity*, 41 (1967), pp. 22-32.
—, «Merimda and the theory of house burial in prehistoric Egypt», en *Chronique d'Égypte*, 43 (1968 *a*), pp. 85, 22-33.
—, «The Osiris temple at Abydos», en *MDAIAK*, 23 (1968 *b*), pp. 138-155.
—, «Photographs of the Decorated Tomb at Hierakonpolis», en *JEA*, 59 (1973).
—, Egyptian radiocarbon dating: a reply to James Mellaart, en *Antiquity*, 54 (1980), pp. 25-28.
Kendall, D. G., «Some problems and methods in statistical archaeology», en *World Archaeology*, 1 (1969), pp. 68-76.
—, «Seriation from abundance matrices», en F. R. Hodson, D. G. Ken-

dall y P. Tautu, *Mathematics in archaeological and historical sciences*, Edimburgo, 1971, pp. 215-252.

Kenyon, K., *Archaeology in the Holy Land*, Londres, 1960.

Klichowska, M., «Preliminary results of palaeo-ethnobotanical studies of plant impressions on potsherds from the Neolithic settlement at Kadero», en *Nyame Akuma*, 12 (1978), pp. 42-43.

Krzyzaniak, L., *Early farming cultures on the lower Nile: the Predynastic Period in Egypt*, Varsovia, 1977.

—, «New light on early food production in the central Sudan», en *J. Afr. Hist.*, 19 (1978), pp. 159-172.

—, «Trends in the socio-economic development of Egyptian Predynastic societies», en *Acts of the First International Congress of Egyptologists*, El Cairo, 1979, pp. 407-412.

Lal, B. B., «Work by an Indian mission at Afyeh and Tomas», en *Illustrated London News* (20 de abril de 1963), pp. 579-581.

Leclant, J., «Fouilles et travaux en Egypte et au Soudan, 1978-1979», en *Orientalia*, 49 (1980), pp. 346-420.

Lucas, A., y J. R. Harris, *Ancient Egyptian materials and industries*, Londres, 1962⁴.

Marks, A. E., «Survey and excavations in the Dongola Reach, Sudan», en *Curr. Anthrop.*, 9 (1968), pp. 319-323.

McBurney, C. B. M., *The Stone Age of northern Africa*, Harmondsworth, 1960.

McHugh, W. P., «Late prehistoric cultural adaptation in southwest Egypt and the problem of the Nilotic origins of Saharan cattle pastoralism», en *JARCE*, 11 (1974), pp. 2-29.

Mellaart, J., «Egyptian and Near Eastern chronology: A Dilemma?», en *Antiquity*, 53 (1979), pp. 6-18.

Meltzer, E. S., «An observation on the hieroglyph *mr*», en *JEA*, 56 (1970), pp. 193-194.

Morant, G. M., «A study of Egyptian craniology from prehistoric to Roman times», en *Biometrika*, 17 (1925), pp. 1-52.

Murray, G. W., «The Egyptian climate: an historical survey», en *Geogrl J.*, 117 (1951), pp. 422-434.

Needler, W., «Federn's revision of Petrie's Predynastic pottery classification», en *J. Soc. Study Egypt Antiq.*, 2 (1981), pp. 69-74.

Nims, C. F., *Thebes of the Pharaophs*, Londres, 1965.

Nordström, H.-A., *Neolithic and A-group sites*, Uppsala, 1972.

O'Connor, D., «A regional population in Egypt to circa 600 B. C.», en B. J. Spooner, ed., *Population growth: anthropological implications*, Cambridge, Mass.-Londres, 1972, pp. 78-100.

Otto, K. H., «Shaqadud: a new Khartoum Neolithic site outside the Nile Valley», en *Kush*, 2 (1963), pp. 108-115.

Passarge, S., «Die Urlandschaft Ägyptens un die Lokalisierung der Wiege der altägyptischen Kultur», en *Nova Acta Leopoldina*, 9 (1940), pp. 77-152.
Petrie, W. M. F., *Naqada and Ballas*, Londres, 1896.
—, «The Royal Tombs of the First Dynasty», 1.ª parte, *Egypt Exploration Fund Memoir*, 18, Londres, 1900.
—, «The Royal Tombs of the Earliest Dynasties», 2.ª parte, *Egypt Exploration Fund Memoir*, 21, Londres, 1901.
—, «Diospolis Parva», *Egypt Exploration Fund Memoir*, 20, Londres, 1901 *b*.
—, *Researches in Sinai*, Londres, 1906.
—, *Prehistoric Egypt*, Londres, 1920.
—, *Prehistoric Egypt. Corpus*, Londres, 1921.
—, *The making of Egypt*, Londres, 1939.
—, y J. E. Quibell, *Naqada and Ballas*, Londres, 1895.
Pope, M., «The origins of writing in the Near East», en *Antiquity*, 40 (1966), pp. 17-23.
Quibell, J. E., *Hierakonpolis*, 1.ª parte, Londres, 1900.
—, y F. W. Green, *Hierakonpolis*, 2.ª parte, Londres, 1902.
Reed, C. A., «Animal domestication in the Prehistoric Near East», en J. R. Calwell, ed., *New roads to yesterday*, Nueva York, 1966, pp. 178-209.
Reisner, G. A., *A provincian cemetery of the Pyramid Age, Naga-ed-Dêr*, vol. II, Oxford, 1932.
Renfrew, C., *The emergence of civilization*, Londres, 1972.
Renfrew, J. M., «The archaeological evidence for the domestication of plants: methods and problems», en P. J. Ucko y G. W. Dimbledy, eds., *The Domestication and exploitation of plants and animals*, Londres, 1969, pp. 149-172.
Rothenberg, B., «An archaeological survey of south Sinai: first season 1967/1968, preliminary report», en *Palestine Exploration Quarterly*, 102 (1970), pp. 4-29.
Saad, Z. Y., *The excavations at Helwan: art and civilization in the First and the Second Egyptian Dynasties*, Oklahoma, 1969.
Säve-Söderbergh, T., *Ägypten und Nubien*, Lund, 1941.
Schenkel, W., *Die Bewasserungsrevolution in Alten Ägypten*, Maguncia, 1978.
Schild, R., M. Chmielewska y A. Wieckowska, «The Arkinian and Shamarkian industries», en F. Wendorf (1968), vol. II, pp. 651-767.
Seligman, C. C., y M. A. Murray, «Note upon an early Egyptian standard», en *Man*, 11 (1911), pp. 165-171.
Sethe, K., *Urgeschichte und älteste Religion der Ägypter, Abhandlungen für Kunde des Morgenlandes*, 18, Leipzig, 1930.

Simoons, F. J., «Some questions on the economic prehistory of Ethiopia», en *J. Afr. Hist.*, 6 (1965), pp. 1-13.
Smith, H. S., «Egypt and C_{14} dating», en *Antiquity*, 38 (1964), pp. 32-37.
—, «The Nubian B-group», en *Kush*, 14 (1966), pp. 69-124.
Smith, P. E. L., «Early food production in northern Africa as seen from southwestern Asia», en J. R. Harland, J. M. J. de Wet y A. B. L. Stemler, eds., *Origins of African plant domestication*, La Haya, 1976, pp. 155-186.
—, «The Late Palaeolithic and Epi-Palaeolithic of northern Africa», en *Cambridge History of Africa*, vol. I, 1982, pp. 342-409.
Suess, H. E., «Bristlecone pine calibration of the radiocarbon time-scale 5200 B. C. to the present», en I. U. Olsson, ed., *Radiocarbon variations and absolute chronology, Nobel Symposium*, 12, Nueva York-Estocolmo, 1970, pp. 303-313.
Trigger, B. G., «History and settlement in Lower Nubia», *Yale University Publications of Anthropology*, 69, 1965.
—, *Beyond history: the methods of prehistory*, Nueva York, 1968.
—, *Nubia under the Pharaophs*, Londres, 1976.
—, «Nubian, Negro, Black, Nilotic?», en S. Hochfield y E. Riefsthal, eds., *Africa in antiquity: the arts of ancient Nubia and the Sudan*, vol. I: *The essays*, Brooklyn, 1978, pp. 26-35.
—, «The late Palaeolithic and Epi-Palaeolithic of northern Africa», en J. D. Clark, ed., *Cambridge History of Africa*, vol. I, 1982, pp. 342-409.
Ucko, P. J., «The Predynastic cemetery N7000 at Naga-ed-Dêr», en *Chronique d'Égypte*, 42 (1967), pp. 345-353.
—, «Anthropomorphic figurines of Predynastic Egypt and Neolithic Crete», *Occ. Pap. R. Anthrop. Inst.*, 24, 1968.
Vandier, J., *Manuel d'archéologie égyptienne*, vol. I, París, 1952.
Vergote, J., «Egyptian», en T. A. Sebeok, ed., *Current trends in linguistics*., vol. VI, La Haya, 1970, pp. 531-557.
Weeks, K., ed., *Egyptology and the social sciences: five studies*, El Cairo, 1979.
Wendorf, F., ed., *The prehistory of Nubia*, Dallas, 1968, 2 vols.
—, y R. Schild, *Prehistory of the eastern Sahara*, Nueva York, 1980.
—, R. Said y R. Schild, «Egyptian prehistory: some new concepts», en *Science, N. Y.*, 169 (1970), pp. 1.161-1.171.
Wheatley, P., *The pivot of the Four Quarters*, Edimburgo, 1971.
Whittle, E. H., «Thermoluminescent dating of Egyptian Predynastic pottery from Hemamieh and Qurna-Tarif», en *Archaeometry*, 17 (1975), pp. 119-122.
Williams, Bruce, «The lost Pharaophs of Nubia», en *Archaeology*, 33 (1980), pp. 12-21.

Wilson, J. A., «Buto and Hierakonpolis in the geography of Egypt», en *JNES*, 14 (1955), pp. 209-236.
Wright, G. A., «Origins of food production in southwestern Asia: a survey of ideas», en *Curr. Anthrop.*, 12 (1971), pp. 447-477.
Yadin, Y., «The earliest record of Egypt's military penetration into Asia?», en *IEJ*, 5 (1955), pp. 1-16
Zeuner, F. E., *A history of domesticated animals*, Londres, 1963.

2. El Imperio Antiguo, Reino Medio y Segundo Período Intermedio

Abu Bakr, A. M., y J. Osing, «Ächtungstexte aus dem Alten Reich», en *MDAIAK*, 29 (1973), pp. 97-133.
—, «Ächtungstexte aus dem Alten Reich», en *MDAIAK*, 32 (1976), pp. 133-185.
Adam, S., «Report on the excavations of the Antiquities Department at Ezbet Rushdi», en *ASAE*, 56 (1959), pp. 207-226.
Adams, B., *Fragen altägyptischer Finanzverwaltung; nach Urkunden des Alten und Mittleren Reiches*, Munich-Pasing, 1956.
—, *Ancient Hierakonpolis*, Warminster, 1974 (con suplemento).
Adams, W. Y., «Invasion, diffusion, revolution?», en *Antiquity*, 42 (1968), pp. 194-215.
—, «A re-appraisal of Nubian culture history», en *Orientalia*, 39 (1970), pp. 269-277.
—, «Reflections on the archaeology of Kerma», en Endesfelder *et al.*, eds., *Ägypten und Kusch* (*Schriften zur Geschichte und Kultur des Alten Orients*, 13), 1977 *a*, pp. 41-51.
—, *Nubia, corridor to Africa*, Londres, 1977 *b*.
—, y H.-A. Nordström, «The archaeological survey on the west bank of the Nile: third season, 1961-1962», en *Kush*, 11 (1963), pp. 10-46.
Aharoni, Y., V. Fritz y A. Kempinski, «Excavations at Tel Masos (Khirbet el-Meshâsh). Preliminary report on the first season, 1972», en *Tel Aviv*, 1 (1974), pp. 64-74.
Albright, W. F., «Dunand's new Byblos volume: a Lycian at the Byblian court», en *Bull. Am. Sch. Orient. Res.*, 155 (1959), pp. 31-34.
—, «The eighteenth-century princes of Byblos and the chronology of Middle Bronze», en *Bull. Am. Sch. Orient. Res.*, 176 (1964), pp. 38-46.
Alfred, C., «Some royal portraits of the Middle Kingdom in ancient Egypt», en *Metropolitan Museum Journal*, 3 (1970), pp. 27-50.
—, *Jewels of the Pharaohs*, Londres, 1971.
Allam, S., *Beiträge zum Hathorkult (bis zum Ende des Mittleren Reiches)*, Munich-Berlín, 1963.

Alliot, M., «Un nouvel exemple de vizir divinisé dans l'Égypte ancienne», en *BIFAOC*, 37 (1937-1938), pp. 93-160.

Altenmüller, H., «Zur Vergöttlichung des Königs Unas im Alten Reich», en *SAK*, 1 (1974), pp. 1-18.

Aly, M. S., «The tomb of *Wnjs-'nh* at Qurna (PM-No. 413)», en *MDAIAK*, 26 (1970), pp. 199-206.

Amiran, R., «An Egyptian jar fragment with the name of Narmer from Arad», en *IEJ*, 24 (1974 *a*), pp. 4-12.

—, «The painted of the Early Bronze II period in Palestine», en *Levant*, 6 (1974 *b*), pp. 65-68.

—, Y. Beit Arieh y J. Glass, «The interrelationship between Arad and sites in southern Sinai in the Early Bronze Age II», en *IEJ*, 23 (1973), pp. 193-197.

Anthes, R., *Die Felseninschriften von Hatnub, nach den Aufnahmen Georg Möllers*, Leipzig, 1928.

—, «Remarks on the Pyramid Texts and the early Egyptian dogma», en *JAOS*, 74 (1954), pp. 35-39.

—, «Egyptian theology in the third millennium B.C.», en *JNES*, 18 (1959), pp. 169-212.

Arkell, A. J., «Four occupation sites at Agordat», en *Kush*, 2 (1954), pp. 33-62.

—, *A history of the Sudan: from the earliest times to 1821*, Londres, 1961².

Arnold, D., «Bemerkungen zu den Königsgräbern der frühen II. Dynastie von El-Târif», en *MDAIAK*, 23 (1968), pp. 26-36.

—, «Bericht über die vom Deutschen Archäologischen Institut Kairo im Winter 1971-72 in El-Târif durchgeführten Arbeiten», en *MDAIAK*, 29 (1973), pp. 135-162.

—, *Der Tempel des Königs Mentuhotep von Deir el-Bahari*, vol. I: *Architektur und Deutung*; vol. II: *Die Wandreliefs des Sanktuares*, Maguncia, 1974 *a*.

—, «Bericht über die vom Deutschen Archäologischen Institut Kairo im Winter 1972/73 in El-Târif durchgeführten Arbeiten», en *MDAIAK*, 30 (1974 *b*), pp. 155-164.

—, «Bemerkungen zu den frühen Tempeln von El-Tôd», en *MDAIAK*, 31 (1975), pp. 175-186.

—, *Gräber des Alten und Mittleren Reiches in El-Târif*, Maguncia, 1976.

—, y J. Settgast, «Erster Vorbericht über die vom Deutschen Ärchäologischen Institut Kairo im Asasif unternommenen Arbeiten», en *MDAIAK*, 20 (1965), pp. 47-61.

Badawy, A., «The civic sense of Pharaoph and urban development in ancient Egypt», en *JARCE*, 6 (1967), pp. 103-109.

Baer, K., «A note on Egyptian units of area in the Old Kingdom», en *JNES*, 15 (1956), pp. 113-117.
—, *Rank and title in the Old Kingdom*, Chicago, 1960.
—, «The law price of land in ancient Egypt», en *JARCE*, 1 (1962), pp. 25-45.
—, «An Eleventh Dynasty framer's letters to his family», en *JAOS*, 83 (1963), pp. 1-19.
Bagnold, R. A., O. H. Myers, R. F. Peel y H. A. Winkler, «An expedition to Gilf Kebir and Uweinat, 1938», en *Geogrl J.*, 93 (1939), pp. 281-313.
Baines, J., «The destruction of the pyramid temple of Sahure», en *Götting. Misz.*, 4 (1973), pp. 9-14.
—, «The inundation stela of Sebekhotpe VIII», en *Acta Orient.*, 36 (1974), pp. 39-54.
—, «The Sebekhotpe VIII inundation stela: an additional fragment», en *Acta Orient.*, 37 (1976), pp. 11-20.
Barns, J. W. B., «Four Khartoum stelae», en *Kush*, 2 (1954), pp. 19-25.
Barta, W., «Zum scheinbaren Bedeutungswandel des Seth in den Pyramidentexten», en *Jaarber. Vooraziat.-Egypt. Genoot. «Ex Orient Lux»*, 7 (1967-1968), pp. 43-49.
—, «"Falke des Palastes" als ältester Königstitel», en *MDAIAK*, 24 (1969), pp. 51-57.
—, «Das Gespräch des Ipuwer mit dem Schöpfergott», en *SAK*, 1 (1974), pp. 19-33.
—, «Die Erste Zwischenzeit im Spiegel der pessimistischen Literatur», en *Jaarber. Vooraziat-Egypt. Genoot.*, 24 (1974-1975), pp. 50-61.
—, *Untersuchungen zur Göttlichkeit des regierenden König*, Munich-Berlín, 1975.
—, «Der dramatische Ramesseumpapyrus als Festolle beim Hebsed-Ritual», en *SAK*, 4 (1976), pp. 31-43.
—, «Bemerkungen zu den Summenangaben des Turiner Königspapyrus für die Frühzeit un das Alte Reich», en *MDAIAK*, 35 (1979), pp. 11-14.
—, «Die Chronologie der 1. bis 5. Dynastie nach den Angaben des reconstruierten Annalensteins», en *ZÄSA*, 108 (1981 *a*), páginas 11-23.
—, «Bermerkungen zur Chronologie der 6. bis 11. Dynastie», en *ZÄSA*, 108 (1981 *b*), pp.23-33.
Bates, O., *The eastern Libyans*, Londres, 1914, 1970².
Beckerath, J. von, «Notes on the viziers 'Ankhu and Iymeru in the Thirteenth Egyptian Dynasty», en *JNES*, 37 (1951), pp. 20-28.
—, «The date of the end of the Old Kingdom of Egypt», en *JNES*, 21 (1962), pp. 140-147.

—, *Untersuchungen zur politischen Geschichte der Zweiten Zwischenzeit in Ägypten*, Glückstadt, 1964.
—, «Zur Begründung der 12. Dynastie durch Ammenemes I», en *ZÄSA*, 92 (1965), pp. 4-10.
—, «Die Dynastie der Herakleopoliten (9./10. Dynastie)», en *ZÄSA*, 93 (1966), pp. 13-20.
—, «Die Lesung von "Regierungsjahr": ein neuer Vorschlag», en *ZÄSA*, 95 (1969), pp. 88-91.
—, «Die Chronologie der XII. Dynastie und das Problem der Behandlung gleichzeitiger Regierungen in der ägyptischen Überlieferung», en *SAK*, 4 (1976 *a*), pp. 45-57.
—, «Die Hyksos in Aegypten», en *Antike Welt*, 7 (1976 *b*), pp. 53-58.
Beit Arieh, Y., «An Early Bronze Age II site at Nabi Salah in Southern Sinai», en *Tel Aviv*, 1 (1974), pp. 144-156.
—, y R. Gophna, «Early Bronze Age sites in Wâdi el-Qudeirât (Kadesh-Barnea)», en *Tel Aviv*, 3 (1976), pp. 142-150.
Bell, B., «The oldest records of the Nile floods», en *Geogrl J.*, 136 (1970), pp. 569-573.
—, «The dark ages in ancient history. I: The first dark age in Egypt», en *American Journal of Archaeology*, 75 (1971), pp. 1-26.
—, «Climate and the history of Egypt: the Middle Kingdom», en *American Journal Archaeology*, 79 (1975), pp. 223-269.
Bell, L., «Once more the *'w*: "interpreters" or "foreigners"?» en *NARCE*, 87 (1973), pp. 33.
Berlev, O. D., [«El precio de un esclavo en Egipto durante el Reinado Medio»], en *Vestnik Drevnei Istorii*, 92 (en realidad, 95), 1.ª parte (1966), pp. 28-39 (en ruso).
—, ['Una estela de la Treceava Dinastía en el Museo de la Universidad de Würzburg'], en *Palestinskii Sbornik*, 25 (88) (1974), pp. 26-31 (en ruso).
Bernand, É., *Recueil des inscriptions grecques du Fayoum*, vol. I: *La «Méris» d'Hérakleidès*, Leiden, 1975.
Berry, B. J. L., «City size distributions and economic development», en *Econ. Devel. Cult. Change*, 9 (1961), pp. 573-588.
Bietak, M., *Ausgrabungen in Sayala-Nubien 1961-1965. Denkmäler der C-Gruppe und der Pan-Gräber-Kultur*, Viena, 1966.
—, «Vorläufiger Bericht über die erste und zweite Kampagne der österreichischen Ausgrabungen auf Tell ed-Dab'a im Ostdelta Ägyptens (1966, 1967)», en *MDAIAK*, 25 (1968 *a*), pp. 79-114.
—, *Studien zur Chronologie der nubischen C-Gruppe*, Viena, 1968 *b*.
—, «Vorläufiger Bericht über die dritte Kampagne österreichischen ausgrabungen auf Tell ed-Dab'a im Ostdelta Ägyptens (1968)», en *MDAIAK*, 26 (1970), pp. 15-42.

—, «Die Todesumstände des Pharaos Seqenere (17. Dynastie)», en *Ann. Naturhist. Mus. Vienna*, 78 (1974), pp. 29-52.
—, *Tell el-Dab'a*, vol. II, Viena, 1975 *a*.
—, «Die Hauptstadt der Hyksos un die Ramesesstadt», en *Antike Welt*, 6 (1975 *b*), pp. 28-43.
—, *Avaris and Piramesse: archaeological exploration in the eastern Nile Delta* (Mortiker Wheeler Archaeological Lecture 1979), Londres-Oxford, 1981 *a*.
—, «Eine Stele des ältesten Königssohnes des Hyksos Chajan», en *MDAIAK*, 37 (1981 *b*), pp. 63-71.
Björkman, G., «Egyptology and historical method», en *Orient. Suecana*, 13 (1964), pp. 9-33.
Blumenthal, E., *Untersuchungen zum ägyptischen Königtum des Mittleren Reiches*, vol. I: *Die Phraseologie*, Leipzig, 1970.
—, «Die Datierung der *Nhri*-Graffiti von Hatnub. Zur Stellung der ägyptischen Gaufürsten im frühen Mittleren Reich», en *Altorient. Forsch.*, 4 (1976), pp. 35-62.
—, «Die Koptosstele des Königs Rahotep (London W.C. 14327)», en E. Endesfelder *et al.*, eds., *Ägypten und Kusch* (*Schriften zur Geschichte und Kultur des Alten Orients*, 13), 1977, pp. 63-80.
Boessneck, J., «Die Equidenknochen von Tell ed Dab'a», en *MDAIAK*, 26 (1970), p. 42.
Bongrani, L., «I rapporti fra l'Egitto, la Siria e il Sinai durante l'Antico Regno», en *Oriens Antiquus*, 2 (1963), pp. 171-203.
Bonnet, C., «Fouilles archéologiques à Kerma (Soudan); rapport préliminaire de la campagne 1977-1978», en *Genava* NS, 26 (1978 *a*), pp. 107-127.
—, «Nouveaux travaux archéologiques à Kerma (1973-1975)», en *Études nubiennes; colloque de Chantilly 2-6 juillet 1975*, El Cairo, 1978 *b*, pp. 25-34.
—, «Remarques sur la ville de Kerma», en *Hommages à la mémoire de Serge Sauneron 1927-1976*, vol. I: *Égypte pharaonique*, El Cairo, 1979, pp. 3-10.
—, «Les fouilles archéologiques de Kerma (Soudan)», en *Genava* NS, 28 (1980), pp. 31-72.
—, «La Deffufa Occidentale à Kerma: essai d'interprétation», en *BIFAOC*, 81 (suplemento) (1981), pp. 205-212.
Bonomi, J., «Topographical notes on western Thebes collected in 1830», en *ASAE*, 7 (1906), pp. 78-86.
Borchardt, L., «Der zweite Papyrusfund von Kahund und die zeitliche Festlegung des mittleren Reiches der ägyptischen Geschichte», en *ZÄSA*, 37 (1899), pp. 89-103.
—, *Das Grabdenkmal des Königs Ne-user-Re'*, Leipzig, 1907.

—, *Das Grabdenkmal des Königs Nefer-ir-kez-re'*, Leipzig, 1909.
—, *Das Grabdenkmal des Königs Sazhu-Re'*, Leipzig, 1910-1913, 2 vols.
—, y H. Ricke, *Egypt: architecture, landscape, life of the people*, Londres, 1930.
Bosticco, S., *Le stele egiziane dall'Antico al Nuovo Regno*, Roma, 1959.
Bothmer, B. V., «A bust of Ny-user-ra from Byblos, in Beirut, Lebanon», en *Kêmi*, 21 (1971), pp. 11-16.
—, «The Karnak statue of Ny-user-ra», en *MDAIAK*, 30 (1974), pp. 165-170.
Bottéro, J., E. Cassin y J. Vercoutter, *The Near East: the early civilizations*, trad. inglesa de R. F. Tannenbaum, Londres, 1967.
Breasted, J. H., *A history of Egypt; from the earliest times to the Persian conquest*, Nueva York, 1905; Londres, 1906².
—, *Ancient records of Egypt*, Chicago, 1906, 5 vols.
Brovarski, E., «The House of *Hww*», en *Serapis*, 2 (1970), p. 39.
—, y W. J. Murnane, «Inscriptions from the time of Nebhepetre Mentuhotep II at Abisko», en *Serapis*, 1 (1969), pp. 11-33.
Brunner, H., *Die Anlagen der ägyptischen Felsgräber bis zum Mittleren Reich*, Glückstadt, 1936.
—, «Die Lehre vom Königserbe im frühen Mittleren Reich», en O. Firchow, ed., *Ägyptologische Studien*, Berlín, 1955, pp. 4-11.
—, «Die Zeit des Cheops», en *Oriental. Literaturz.*, 53 (1958), pp. 293-301.
Brunner-Traut, E., «Noch einmal die Fürstin von Punt. Ihre Rasse, Krankheit und ihre Bedeutung für die Lokalisierung von Punt», en *Festschrift zum 150 jährigen Bestehen des Berliner Ägyptischen Museums*, Berlín, 1974, pp. 71-85.
Brunton, G., «The tittle *Khnumet Nefer-Hezt*», en *ASAE*, 49 (1949), pp. 99-110.
—, y R. Engelbach, *Curob*, Londres, 1927.
Bruyère, B., J. Manteuffel, K. Michalowski y J. Sainte Fare Garnot, «Tell Edfou 1937», *Fouilles Franco-polonaises, rapports*, 1, El Cairo, 1937.
Buchholz, H.-G., y V. Karageorghis, *Altägäis und Altkypros*, Tübingen, 1971.
Bulletin de Liaison du Groupe International d'Étude de la Céramique Egyptienne, 2.
Butzer, K. W., «Studien zum vor- und frühgeschichtlichen Landschaftswandel der Sahara. III. Die Naturlandschaft Ägyptens während der Vorgeschichte und der dynastischen Zeit», en *Abh. Math.-Naturw. Kl. Akad. Wiss. Mainz*, 2 (1959), pp. 1-80.
—, «Patterns of environmental change in the Near East during Late Pleistocene and Early Holocene times», en F. Wendorf y A. E. Marks, eds., *Problems in prehistory: North Africa and the Levant*, Dallas, 1975.

—, *Early hydraulic civilization in Egypt: a study in cultural ecology*, Chicago, 1976.
—, y C. L. Hansen, *Desert and river in Nubia*, Madison, 1968.
Callaway, J. A., y J. M. Weinstein, «Radiocarbon dating in Palestine in the Early Bronze Age», en *Bull. Am. Sch. Orient. Res.*, 225 (1977), pp. 1-16.
Caton-Thompson, G., *Kharga Oasis in prehistory*, Londres, 1952.
Cerny, J., «Graffiti at the Wadi el-'Allaki», en *JEA*, 33 (1947), pp. 52-57.
—, «Stela of Emhab from Tell Edfu», en *MDAIAK*, 24 (1969), pp. 87-92.
Cervicek, P., «Datierung der nordafrikanischen Felsbilder durch die Patina», en *IPEK*, 23 (1970-1973), pp. 82-87.
—, *Felsbilder des Nord-Etbai, Oberägyptens und Unternubien*, Wiesbaden, 1974.
Coldstream, J. N., y G. L. Huxley, eds., *Kythera: excavations and studies conducted by the University of Pennsylvania Museum and the British School of Athens*, Londres, 1972.
Couroyer, B., «Ceux-qui-sont-sur-le-sable: les Hériou-Shâ», en *Revue Biblique*, 78 (1971), pp. 558-575.
—, «Pount et la Terre du Dieu», en *Revue Biblique*, 80 (1973), pp. 53-74.
Couyat, J., y P. Montet, *Les inscriptions hyérogliphiques et hiératiques du Ouâdi Hammâmât*, El Cairo, 19, 1912.
Cowgill, G. L., «On causes and consequences of ancient and modern population changes», en *Am. Anthrop.*, 77 (1975), pp. 505-525.
Crawford, O. G. S., *The Fung Kingdom of Sennar, with a geographical account of the Middle Nile region*, Gloucester, 1951.
Crüsemann, F., «Überlegungen zur Identifikation der *Hirbet el-Msas* (Tel Masôs), en *Z. Dt. Palästina-Vereins*, 89 (1973), pp. 211-224.
Chéhab, M., «Noms des personnalités égyptiennes découvertes au Liban», en *Bull. Mus. Beyrouth*, 22 (1969), pp. 1-47.
Daressy, G., «Chapelle de Mentouhopep III à Dendérah», en *ASAE*, 17 (1917), pp. 226-236.
Daumas, F., «Rapport préliminaire sur les fouilles exécutées par l'Institut Français d'Archéologie Orientale entre Seyala et Ouadi es Sebouâ en avril-mai 1964», en *BIFACC*, 63 (1965), pp. 225-263.
—, «Derechef Pepi 1er à Dendara», en *Revue Égypt.*, 25 (1973), pp. 7-20.
Davies, N. de G., *The tomb of Rekh-mi-re'at Thebes*, Nueva York, 1943.
Davies, E. N., *The Vapheio Cups and Aegean gold and silver ware*, University Microfilms 74-1869, Ann Arbor, 1974.
Dever, W. G., «The EBIV-MBI horizon in Transjordan and southern Palestine», en *Bull. Am. Sch. Orient. Res.*, 210 (1973), pp. 37-63.
Dewachter, M., «Le roi Sahathor et la famille de Neferhotep I», en *Rev. Egypt.*, 28 (1976), pp. 66-73.
Dixon, D., «The land of Yam», en *JEA*, 44 (1958), pp. 40-55.

Drioton, E., «Notes diverses, 2. Une corégence de Pepy 1er et de Mérenrê» (?), en *ASAE*, 44 (1945), pp. 55-56.
—, y J. Vandier, *Les peuples de l'orient méditerranéen*, vol. II: *L'Égypte*, París, 1962⁴.
Dunayevsky, I., y A. Kempinski, «The Megiddo temples», en *Z. Dt. Palästina-Vereins*, 89 (1973), pp. 161-187.
Dunbar, J. H., *The rock pictures of Lower Nubia*, El Cairo, 1941.
Dunham, D., «The biographical inscriptions of Nekhebu in Boston and Cairo», en *JEA*, 24 (1938), pp. 1-8.
Edel, E., «Inschriften des Alten Reichs, I. Die Biographie des Gaufürsten von Edfu», en *ZÄSA*, 79 (1954), pp. 11-17.
—, «Inschriften des Alten Reiches. V. Die Reiseberichte des *Hrwhwjf* (Herchuf)», en O. Firchow, ed., *Agyptologische Studies*, Berlín, 1955, pp. 51-75.
—, «Altägyptische Grammatik», *Analecta Arientalia*, 34-39, Roma, 1955-1964.
—, «Ein "Vorsteher der Farafra-Oase" im Alten-Reich?», en *ZÄSA*, 81 (1956), pp. 67-68.
—, «Inschriften des Alten Reiches. XI. Nachträge zu den Reiseberichten der Hrw-hwjf», en *ZÄSA*, 85 (1960), pp. 18-23.
—, «Zur Lesung und Bedeutung einiger Stellen in den biographischen Inschrift *Sz-rnpwt's* I», en *ZÄSA*, 87 (1962), pp. 96-107.
—, «Die Ländernamen und die Ausbreitung der C-Gruppe nach den Reiseberichten des Hrw-hwjf», en *Orientalia*, 36 (1967), páginas 133-158.
—, *Beiträge zu den Inschriften des Mittleren Reiches in den Gräbern der Qubbet el Hawa*, Munich-Berlín, 1971 *a*.
—, «Zwei neue Felsinschriften aus Tumâs mit nusbischen Ländernamen», en *ZÄSA*, 97 (1971 *b*).
—, «Nachtrag zur Felsinschriften des Mhw und Szbnj in Tumâs, ZÄS 97, 1971, 53 ff.», en *ZÄSA*, 100 (1973), p. 76.
—, «Der Fund eines Kamaresgefässes in einem Grabe der Qubbet el Hawa bei Assuan», en *Actes XXIX Congr. Int. Orientalistes, Égyptologie*, vol. I, París, 1975, pp. 38-40.
Edward, I. E. S., *The pyramids of Egypt*, ed. revisada, Harmondsworth, 1961 *a*.
—, «Two Egyptian sculptures in relief», en *Br. Mus. Quarterly*, 23 (1961 *b*), pp. 9-11.
—, «Absolute dating from Egyptian records and comparison with carbon-14 dating», en *Phil. Trans. Royal Society of London*, 269, 1193 (1970), pp. 11-18.
—, C. J. Gadd y N. G. L. Hammond, eds., *The Cambridge ancient history*, vol. I, 2.ª parte: *Early history of the Middle East*, Cambridge, 1971³.

Egypt Exploration Society, *Report of the seventy-seventh ordinary general meeting*, 1963.
Emery, W. B., «Two Nubian graves of the Middle Kingdom of Abydos», en *Ann. Archaeol. Anthrop. Liverpool*, 10 (1923), pp. 33-35.
—, «A preliminary report on the excavations of the Egypt Exploration Society at Buhen, 1959-1960», en *Kush*, 9 (1961), pp. 81-86.
—, «Egypt Exploration Society. Preliminary report on the excavations at Buhen», en *Kush*, 11 (1963), pp. 116-120.
—, *Egypt in Nubia*, Londres, 1965.
—, y L. P. Kirwan, *The excavations and survey between Wadi es-Sebua and Adindan 1929-1931*, El Cairo, 1935.
Engelbach, R., «Steles and tables of offerings of the late Middle Kingdom from Tell Edfû», en *ASAE*, 22 (1922), pp. 113-138.
—, *Harageh*, Londres, 1923
—, «The quarries of the western Nubian desert: a preliminary report», en *ASAE*, 33 (1933), pp. 65-74.
—, «The quarries of the western Nubian desert and the ancient road to Tushka», en *ASAE*, 38 (1938), pp. 369-390.
Erman, A., y H. Grapow, *Wörterbuch der Ägyptischen Sprache*, Leipzig, 1926-1931, 5 vols.
Ertman, E. E., «The earliest known three-dimensional representation of the god Ptah», en *JNES*, 31 (1972), pp. 83-86.
Evers, H. G., *Staat aus dem Stein. Denkmäler Geschichte und Bedeutung der ägyptischen Plastik während des Mittleren Reichs*, Munich, 1929, 2 vols.
Fairman, H. W., «The kingship rituals of Egypt», en S. H. Hooke, ed., *Myth, ritual and kingship*, Oxford, 1958, pp. 74-104.
Fairservis, W. A., K. Weeks y M. Hoffman, «Preliminary report on the first two seasons at Hierakonpolis», en *JARCE*, 9 (1971-1972), pp. 7-68.
Fakhry, A., *The inscriptions of the amethyst quarries at Wadi el Hudi*, El Cairo, 1952.
—, *The monuments of Sneferu at Dahshur*, vol. I: *The Bent Pyramid*, El Cairo, 1959; vol. II: *The Valley Temple*, El Cairo, 1961.
—, «The search for texts in the western desert», en *Textes et langages de l'Égypte pharaonique, Hommage à Jean-François Champollion*, vol. II, El Cairo, 1973, pp. 207-222.
Farid, S., «Preliminary report on the excavations of the Antiquities Department at Tell Basta (season 1961)», en *ASAE*, 58 (1964), pp. 85-98.
Faulkner, R. O., *The ancient Egyptian pyramid texts*, Oxford, 1969.
Fecht, G., «Die H3tjw-' in Ihnw, eine ägyptische Völkerschaft in der Westwüste», en *Z. Dt. Morgenländ. Ges.*, 106 (n.s. 31) (1956), pp. 37-60.

—, «Zu den Inschriften des ersten Pfeilers im Grab des Anchtifi (Mo'alla)», en W. H. Helck, ed., *Fetschrift für Siegfried Schott zu seinem 70. Geburtstag*, Wiesbaden, 1968, pp. 50-60.
—, *Der Vorwurf an Gott in den «Mahnworten des Ipu-wer» (Pap. Leiden I 344 r° 11, 11-13, 8; 15, 13-17, 3). Zur geistigen Krise der ersten Zwischenzeit und ihrer Bewältigung*, Heidelberg, 1972.
—, «Ägyptische Zweifel am Sinn des Opfers: Admonitions 5, 7-9», en *ZÄSA*, 100 (1973), pp. 6-16.
Firth, C. M., y B. Gunn, *Teti pyramid cemeteries*, El Cairo, 1926, 2 vols.
Fischer, H. G., «Four provincial administrators at the Memphite cemeteries», en *JAOS*, 74 (1954), pp. 26-34.
—, «A god and a general of the Oasis on a stela of the late Middle Kingdom», en *JNES*, 16 (1957), pp. 223-235.
—, «An example of Memphite influence on a Theban stela of the Eleventh Dynasty», en *Atibus Asiae*, 22 (1959 *a*), pp. 240-252.
—, «A scribe of the army in a Saqqara mastaba of the early Fifth Dynasty», en *JNES*, 18 (1959 *b*), pp. 233-272.
—, «The inscription of *In-it.f*, born of *Tfi*», en *JNES*, 19 (1960), pp. 258-268.
—, «Three Old Kingdom palimpsests in the Louvre», en *ZÄSA*, 86 (1961 *a*), pp. 21-31.
—, «Land records on stelae of the Twelfth Dynasty», en *Kev. Egypt.*, 13 (1961 *b*), pp. 107-109.
—, «A provincial statue of the Egyptian Sixth Dynasty», en *American Journal of Archaeology*, 66 (1962), pp. 65-69.
—, «A stela of the Heracleopolitan Period found at Saqqara: the Osiris *Iti*», en *ZÄSA*, 90 (1963), pp. 35-41.
—, «Inscriptions from the Coptite nome; Dynasties VI-XI», *Analecta Orientalia*, 40, Roma, 1964.
—, *Dendera in the third millenium B.C.; down to the Theban domination of Upper Egypt*, Nueva York, 1968.
—, «*Nbty* in Old Kingdom titles and names», en *JEA*, 60 (1974), pp. 94-99.
—, «Two tantalizing biographical fragments of historical interest», en *JEA*, 61 (1975), pp. 33-37.
Fleming, A , «Tombs for the living», en *Man*, n.s. 8 (1973), pp. 177-193.
Fouilles de El Kab: documents, livraison III, Fondation Égyptologique Reine Elisabeth, Bruselas, 1954.
Frankfort, H., *Kingship and the gods*, Chicago, 1948.
Friedman, J., «Marxism, structuralism and vulgar materialism», en *Man*, n.s. 9 (1974), pp. 44-469.
Gabra, G., «Preliminary report on the stela of *Htpi* from El-Kab from the time of Wahankh Inyôtef II», en *MDAIAK*, 32 (1976), pp. 45-56.

Gabra, S., *Les conseils de fonctionnaires dans l'Égypte pharaonique*, El Cairo, 1929.
Gardiner, A. H., «The defeat of the Hyksos Kamose; The Carnarvon Tablet no. 1», en *JEA*, 3 (1916), pp. 95-110.
—, «The autobiography of Rekhmere», en *ZÄSA*, 60 (1925), pp. 62-76.
—, «An administrative letter of protest», en *JEA*, 13 (1929), pp. 75-78.
—, *Ancient Egyptian onomastica*, Oxford, 1947, 3 vols.
—, «Was the vizier Dja'u one of six like-named brothers?», en *ZÄSA*, 79 (1954), pp. 95-96.
—, «The reading of the geographical term [tp-rs]», en *JEA*, 43 (1957), pp. 6-9.
—, *The royal canon of Turin*, Oxford, 1959.
—, *Egypt of the Pharaophs: an introduction*, Oxford, 1961.
—, T. E. Peet y J. Černý, «The inscriptions of Sinai», *Egypt Exploration Memoir*, 55, Londres, 1955.
Garstang, J., *Mahâsna and Bêt Khallaf*, Londres, 1902.
—, *Tombs of the Third Egyptian Dynasty at Reqâqnah and Bêt Khallaf*, Londres, 1904.
Gauthier, H., *Le livre des rois d'Égypte*, vol. I: *Des origines à la fin de la XII^e dynastie*, El Cairo, 1907.
—, «Le titre *imi-ra âkhnouti* et ses acceptions diverses», en *BIFAOC*, 15 (1918), pp. 169-206.
—, «La titulaire des reines des dynasties memphites», en *ASAE*, 24 (1924), pp. 198-209.
Gerven, D. P. van, D. S. Carlson y G. J. Armelagos, «Racial history and bio-cultural adaptation of Nubian archaeological populations», en *J. Afr. Hist.*, 14 (1973), pp. 555-564.
Geus, C. H. S. de, «The Amorites in the archaeology of Palestine», en *Ugarith-Forsch.*, 3 (1971), pp. 41-60.
Geus, F., y Y. Labre, «La Nubie au sud de Dal: exploration archéologique et problèmes historiques», en *Études sur l'Égypte et le Soudan anciens* (*Cahiers de Recherches de l'Institut de Papyrologie et d'Égyptologie de Lille*, 2), 1974, pp. 103-123.
Giddy, L. L., y D. G. Jeffreys, «Balat: rapport préliminaire des fouilles à 'Ayn Asil, 1979-1980», en *BIFAOC*, 80 (1980), pp. 257-269.
—, «Balat: rapport préliminaire des fouilles à 'Ayn Asil, 1981», en *BIFAOC*, 81 (1981), pp. 198-205.
Ginter, B., W. Heflik, J. K. Koslowski y J. Sliwa, «Excavations in the region of Qasr el-Sagha, 1979», en *MDAIAK*, 36 (1980), pp. 105-169.
Giorgini, M. S., *Soleb*, vol. II: *Les Nécropoles*, Florencia, 1971.
Giveon, R., «A sealing of Khyan from the Shephela of southern Palestine», en *JEA*, 51 (1965), pp. 202-204.

—, «Royal seals of the XIIth Dynasty from western Asia», *Rev. Egypt.*, 19 (1967), pp. 29-37.
—, ['El templo de Hathor en Serabit el-Khadem'], en *Qadmoniot*, 4 (1971), pp. 14-18 (en hebreo).
—, «Le temple d'Hathor à Serabit el-Khadem», en *Archéologia*, 44 (1972), pp. 64-69.
—, «Hyksos sacarabs with names of kings and officials from Canaan», en *Chronique d'Égypte*, 49 (1974 *a*), pp. 222-233.
—, «A second relief of Sekhemkhet in Sinai», en *Bull. Am. Sch. Orient. Res.*, 216 (1974 *b*), pp. 17-20.
—, ['La dama de la turquesa: Hathor en Serabit el-Khadim y Timna'], en *Eretz-Israel*, 12 (1975), pp. 24-26 (en hebreo).
Gleichen, conde Albert E. W., ed., *The Anglo-Egyptian Sudan: a compendium prepared by officers of the Sudan Government*, vol. I, Londres, 1905.
Goedicke, H., «An aproximate date for the harem investigation under Pepi I», en *JAOS*, 74 (1954), pp. 88-89.
—, «The Abydene marriage of Pepi I», en *JAOS*, 75 (1955), pp. 180-183.
—, «Zu *imj-rz sm'* und *tp sm'* im Alten Reich», en *Mitt. Inst. Orient-Forsch.*, 4 (1956), pp. 1-10.
—, «Bemerkungen zum Alter der Sonnenheiligtümer», en *BIFAOC*, 56 (1957), pp. 151-153.
—, *Die Stellung des Königs im Alten Reich*, Wiesbaden, 1960 *a*.
—, «The inscription of *Dmí*», en *JNES*, 19 (1960 *b*), pp. 288-291.
—, «Zur Chronologie der sogenannten "Ersten Zwischenzeit"», en *Z. Dt. Morgerländ. Ges.*, 112 (n. s. 37) (1962), pp. 239-254.
—, «The alleged military campaign in southern Palestine in the reign of Pepy I (VIth Dynasty)», en *Riv. Stud. Orient.*, 38 (1963), pp. 187-197.
—, «An additional note on *'z* "foreigner"», en *JEA*, 52 (1966 *a*), pp. 172-174.
—, «The cylinder seal of a ruler of Byblos reconsidered», en *JARCE*, 5 (1966 *b*), pp. 19-21.
—, *Königliche Dokumente aus dem alten Reich*, Wiesbaden, 1967.
—, «Probleme der Herakleopolitenzeit», en *MDAIAK*, 24 (1969), pp. 136-143.
—, «An Egyptian claim to Asia», en *JARCE*, 8 (1969-1970), pp. 11-27.
—, *Die privaten Rechtsinschriften aus dem Alten Reich*, Viena, 1970.
—, *Re-used blocks from the pyramid of Amenenhet I at Lisht*, Nueva York, 1971.
—, «Tax deductions for religious donations», en *JARCE*, 9 (1971-1972), pp. 73-75.
—, «The Berlin Leather Roll (P. Berlin 3029)», en *Festschrift zum 150*

jährigen Bestehen des Berliner Ägyptischen Museums, Berlín, 1974, pp. 87-104.
—, «Eine Betrachtung des Inschriften des Metem im Rahmen der sozialen und rechtlichen Stellung von Privatleuten im ägyptischen alten Reich», en *Ägyptologische Abhandlungen*, 29, Wiesbaden (1976 *a*).
—, «Another remark about the Byblos Cylinder Seal», en *Syria*, 53 (1976 *b*), pp. 191-192.
—, *The prophecy of Neferyt*, Baltimore, 1977.
Gomaà, F., *Ägypten während der Ersten Zwischenzeit* (Beihefte zum Tübinger Atlas des Vorderen Orients, Reihe B, 27), Wiesbaden, 1980.
Gómez-Moreno, C., «Gold», en *Bulletin of the Metropolitan Museum of Art*, 31 (1972-1973), pp. 69-121.
Gophna, R., «Excavations at 'En Besor», en *'Atiqot*, 11 (1976 *a*), pp. 1-9.
—, «Egyptian inmigration into southern Canaan during the First Dynasty?», en *Tel-Aviv*, 3 (1976 *b*), pp. 31-37.
Gostynski, T., «La Libye antique et ses relations avec l'Égypte», en *Bull. IFAN*, B, 37 (1975), pp. 473-588.
Goyon, G., *Nouvelles inscriptions rupestres du Wadi Hammamat*, París, 1957.
—, «Le cylindre de l'Ancien Empire du Musée d'Ismailia», en *BIFAOC*, 67 (1969), pp. 147-157.
Gratien, B., «Les nécropoles Kerma de l'île de Saï», en *Études sur l'Égypte et le Soudan anciens* (*Cahiers de Recherches de l'Institut de Papyrologie et Égyptologie de Lille*, 1), 1973, pp. 143-184.
—, «Les nécropoles Kerma à l'île de Saï, II», en *Études sur l'Égypte et le Soudan anciens* (*Cahiers de Recherches de l'Institut de Papyrologie et Égyptologie de Lille*, 2), 1974, pp. 51-74.
—, «Les nécropoles Kerma à l'île de Saï, III», en *Études sur l'Égypte et le Soudan anciens* (*Cahiers de Recherches de l'Institut de Papyrologie et Égyptologie de Lille*, 3), 1975, pp. 43-66.
—, *Les cultures Kerma; essai de classification*, Lille, 1978.
Grdseloff, B., «Remarques concernant l'opposition à un rescrit du vizir», en *ASAE*, 48 (1948), pp. 505-512.
Grieshammer, R., «Die altägyptische Sargtexte in der Forschung seit 1936», *Ägyptologische Abhandlunger*, 28, Wiesbaden, 1974.
Griffith, F. Ll., *The Petrie Papyri: hieratic papyri from Kahun and Gurob (principally of the Middle Kingdom)*, Londres, 1898.
Griffiths, J. G., *The conflict of Horus and Seth*, Liverpool, 1960.
—, «The origins of Osiris», *Müchner Ägyptolog. Studien*, 9, Berlín, 1966.
Grove, A. T., F. Alayne Street y A. S. Goudie, «Former lake levels and climatic change in the rift valley of southern Ethiopia», *Geogrl J.*, 141 (1975), pp. 177-202.

Guest, E. M., «Women's titles in the Middle Kingdom», en *Ancient Egypt* (1926), pp. 46-50.

Gunn, B., «A Middle Kingdom stela from Edfu», en *ASAE*, 29 (1929), pp. 5-14.

Habachi, L., *Tell Basta*, El Cairo, 1957.

—, «God's fathers and the role they played in the history of the First Intermediate Period?», en *ASAE*, 55 (1958), pp. 167-190.

—, *The second stela of Kamose, and his struggle against the Hyksos ruler and his capital*, Glückstadt, 1972.

—, «A high inundation in the temple of Amenre at Karnak in the Thirteenth Dynasty», en *SAK*, 1 (1974), pp. 207-214.

Hall, H. T. B., «A note on the cattle skulls excavates at Faras», en *Kush*, 10 (1962), pp. 58-61.

Hallo, W. W., y W. K. Simpson, *The ancient Near East: a history*, Nueva York, 1971.

Hamada, A., y S. Farid, «Exacavations at Kôm el-Hisn, season 1945», en *ASAE*, 46 (1947), pp. 195-205

Hansen, D. P., «Mendes 1964», en *JARCE*, 4 (1965), pp. 31-37.

—, «Mendes 1965 and 1966, I. The excavations at Tell el Rub'a», en *JARCE*, 6 (1967), pp. 5-16.

Harris, J. R., *Lexicographical studies in ancient Egyptian minerals*, Berlín, 1980.

Hassan, Fekri, «Radiocarbon chronology of Archaic Egypt», en *JNES*, 39 (1980), pp. 203-207.

Hassan, S., *Excavations at Giza*, vol. IV: *1932-1933*, El Cairo, 1943.

Hayes, W. C., «Royal decrees from the temple of Min at Coptus», en *JEA*, 32 (1946), pp. 3-23.

—, «Horemkha'uef of Nekhen and his trip to It-towe», en *JEA*, 33 (1947), pp. 3-11.

—, *The scepter of Egypt*, 1.ª parte, Nueva York, 1953 *a*.

—, «Notes on the government of Egypt in the late Middle Kingdom», en *JNES*, 12 (1953 *b*), pp. 31-39.

—, *A papyrus of the late Middle Kingdom in the Brooklyn Museum* [*Papyrus Brooklyn 35.1446*], Brooklyn, 1955. Reeditado con una página adicional de fe de erratas y bibliografía reciente como *Wilbour Monographs*, 5.

Hays, T. R., «Neolithic settlement patterns in Saharan Africa», en *S. Afr. Archaeol. Bull.*, 30 (1975 *a*), pp. 29-33.

—, «Neolithic settlement of the Sahara as it relates to the Nile valley», en F. Wendorf y A. E. Marks, eds., *Problems in prehistory: North Africa and the Levant*, Dallas, 1975 *b*, pp. 193-204.

Heinzelin, J. de, «Geological history of the Nile Valley in Nubia», en F. Wendorf, ed., *The prehistory of Nubia*, I, Dallas, 1968, pp. 19-55

Helck, H. W., *Untersuchungen zu den Beamtentiteln des ägyptischen Alten Reiches*, Glückstadt, 1954.
—, «Zur Reichseinigung der II. Dynastie», en *ZÄSA*, 80 (1955), pp. 75-76.
—, «Wirtschaftliche Bemerkungen zum privaten Grabbesitz im Alten Reich», en *MDAIAK*, 14 (1956 *a*), pp. 63-75.
—, *Untersuchungen zu Manetho und den ägyptischen Königslisten*, Berlín, 1956 *b*.
—, «Bemerkungen zu den Pyramidenstädten im Alten Reich», en *MDAIAK*, 15 (1957), pp. 91-111.
—, *Zur Verwaltung des Mittleren und Neuen Reiches*, Leiden-Colonia, 1958.
—, ed., *Geschichte des alten Ägypten, Handbuch der Orientalistik*, Abt. I, Bd. I, Absch. 3, Leiden-Colonia, 1968.
—, «Eine Stele Sebekhotops IV. aus Karnak», en *MDAIAK*, 24 (1969), pp. 194-200.
—, *Die Prophezeiung des Nfr.tj. Textzusammenstellung*, Wiesbaden, 1970.
—, *Die Beziehungen Ägyptens zu Vorderasien im 3. und 2. Jahrtausend v. Chr.*, Wiesbaden, 1971².
—, *Ägyptische Aktenkunde des 3. und 2. Jahrtausends v. Chr.*, Munich-Berlín, 1974 *a*.
—, «Bemerkungen zum Annalesntein», en *MDAIAK*, 30 (1974 *b*), pp. 31-35.
—, «Die Bedeutung der Felsinschriften J. López, Inscripciones rupestres Nr. 27 und 28», en *SAK*, 1 (1974 *c*), pp. 215-225.
—, *Wirtschaftsgeschichte des Alten Ägypten im 3. und 2. Jahrtausend vor Chr.*, Leiden, 1975.
—, «Ägyptische Statuen im Ausland- ein chronologisches Problem», en *Ugarit-Forsch.*, 8 (1976), pp. 101-115.
—, «Die Weihinschrift Sesotris' I, am Satet-Tempel von Elephantine», en *MDAIAK*, 34 (1978), pp. 67-78.
—, y E. Otto, eds., *Lexikon der Ägyptologie*, vols. I ss., Wiesbaden, 1972 ss.
Hellström, P., y H. Langballe, *The rock drawings*, Scandinavian Joint Expedition to Sudanese Nubia, Estocolmo-Nueva York, 1970.
Helms, S. W., «Jawa 1973: a preliminary report», en *Levant*, 7 (1975 *a*), pp. 20-38.
—, «Postems in Early Bronze Age fortifications of Palestine», en *Palestine Exploration Quarterly*, 107 (1975 *b*), pp. 133-150.
—, «Jawa excavations 1974: a preliminary report», en *Levant*, 8 (1976), pp. 1-23.

Hennesy, J. B., *The foreign relations of Palestine during the Early Bronze Age*, Londres, 1967.

Hepper, N., «Arabian and African frankincense trees», en *JEA*, 55 (1969), pp. 66-72.

Herzog, R., *Punt*, Glückstadt, 1968.

Hesse, A., «Tentative interpretation of the surface distribution of remains on the upper fort of Mirgissa (Sudanese Nubia)», en F. R. Hodson, D. G. Kendall y P. Tautu, eds., *Mathematics in the archaeological and historical sciences*, Edimburgo, 1971, pp. 436-444.

Hester, J. J., y P. H. Hobler, «Prehistoric settlement patterns in the Lybian desert», *Anthrop. Pap. Univ. Utah*, 92, Nubian series, 4, 1969.

Hintze, F., «Das Kerma-Problem», en *ZÄSA*, 91 (1964), pp. 79-86.

—, «Preliminary note on the epigraphic expedition to Sudanese Nubia, 1963», en *Kush*, 13 (1965), pp. 13-16.

Hobler, P. M., y J. J. Hester, «Prehistory and environment in the Lybian desert», en *S. Afr. Archaeol. Bull.*, 23 (1968), pp. 120-130.

Hodjache, S., y O. Berlev, «Objets royaux du Musée des Beaux-Arts Pouchkine à Moscou», en *Chronique d'Égypte*, 52 (1977), pp. 22-39.

Hofmann, I., *Die Kulture des Niltals von Aswan bis sennar; vom Mesolithicum bis zum ende der christlichen Epoche*, Hamburgo, 1967.

Hölcher, W., *Lybier und Ägypter*, Glückstadt, 1955.

Horn, S. H., «Byblos in ancient records», en *Andrews Univ. Sem. Stud.*, 1 (1963), pp. 52-61.

Hornung, E., *Geschichte als Fest; zwei Vorträge zum Geschichtsbild frühen Menschzeit*, Darmstadt, 1966.

—, «Die "kammern" des Tot-Heieligtumes», en *ZÄSA*, 100 (1974), pp. 33-35.

—, «Seth Geschichte und Bedeutung eines ägyptischen Gottes», en *Symbolen*, 2 (1974), pp. 49-63.

Huard, P., «Recherches sur les trets culturels des chaseurs anciens du Sahara centre-oriental et du Nile», *Rev. Egypt.*, 17 (1965), pp. 21-80.

—, «Influences cultureles transmises au Sahara tchadien par le Groupe C de Nubie», en *Kush*, 15 (1967-1968), pp. 84-124.

—, y L. Allard, «État des recherches sur les chaseurs anciens du Nile et du Sahara», en *Bibliotheca Orient.*, 27 (1970), pp. 322-327.

—, y J. Leclant, *Problèmes archéologiques entre le Nile et le Sahara*, El Cairo, 1972.

Ingham, M. F., «The length of the Sothic cycle», en *JEA*, 55 (1969), pp. 36-40.

Jacquet-Gordon, H. K., *Les noms des domaines funéraires sous l'Ancien Empire égyptien*, El Cairo, 1962.

James, T. G. H., «A group of inscribed Egyptian tools», *Br. Mus. Quarterly*, 24 (1961), pp. 36-43.

—, *The Hekanakte papers and other early Middle Kingdom documents*, Nueva York, 1962.

Janssen, J. J., *Commodity prices from the Ramessid period*, Leiden, 1955.

Jéquier, G., *Tombeaux de particuliers contemporains de Pepi II*, El Cairo, 1929.

—, *La pyramide d'Aba*, El Cairo, 1935.

—, *Le monument funéraire de Pepi II*, vol. II: *Le temple*, El Cairo, 1938; vol. III: *Les approches du temple*, El Cairo, 1940 *a*.

—, «Douze ans de fouilles dans la nécropole Memphite 1924-1936», *Mém. Univ. Neuchatel*, 15, 1940 *b*.

Junge, F., «Zur Fehldatierung des sog. Denkmals memphitischer Theologie oder: Der Beitrag der ägyptischen Theologie zur Geitesgeschichte der Spätzeit», en *MDAIAK*, 29 (1973), pp. 195-204.

Jungwirth, J., «Die anthropologischen Ergebnisse der Grabungskampeagne 1969 in Tell ed Dab'a, unterägypten», en *Ann. Naturhist. Mus. Vienna*, 74 (1970), pp. 659-666.

Junker, H., *Giza XII*, Viena, 1955.

Kadish, G. E., «Old Kingdom Egyptian activity in Nubia: some reconsiderations», en *JEA*, 52 (1966), pp. 23-33.

—, «British Museum writing board 5645: the complaints of Khakheperre'-senebu», en *JEA*, 59 (1973), pp. 77-90.

Kaiser, W., «Zu den Sonnenheiligtümern der 5. Dynastie», en *MDAIAK*, 14 (1956), pp. 104-116.

—, «Einige Bemerkungen zur ägyptischen Frühzeit. II. Zur Frage einer über Menes hinausreichenden ägyptischen Geschichtsüberlieferung», en *ZÄSA*, 86 (1961), pp. 39-61.

—, P. Grossmann, G. Haeny y H. Jaritz, «Stadt und Tempel von Elephantine. Vierter Grabungsbericht», en *MDAIAK*, 30 (1974), pp. 65-90.

Kanawati, N., «The financial resources of the viziers of the Old Kingdom and the historical implications», en *Archaeol. Hist. Stud. Alexandria*, 5 (1974), pp. 1-20.

—, «The mentioning of more than one eldest child in Old Kingdom inscriptions», en *Chronique d'Égypte*, 51 (1976), pp. 235-251.

—, *The Egyptian administration in the Old Kingdom*, Warminster, 1977.

Kantor, H. J., «The relative chronology of Egypt and its foreign correlations before the Late Bronze Age», en E. W. Ehrich, ed., *Chronologies in Old World Archaeology*, Chicago, 1965, pp. 1-46.

Kaplony, P., «Die wirtschaftliche Bedeutung des Totenkultes im Alten Ägypten», en *Asiat. Stud.*, 18-19 (1965), pp. 290-307.

—, «Neues Material zu einer Prosopographie des Alten Reiches», en *Mitt. Inst. Orient. Forsch.*, 14 (1968), pp. 192-205.

—, «Das Papyrusarchiv von Abusir», en *Orientalia*, n. s. 41 (1972), pp. 11-79, 180-244.

Kaplony-Heckel, U., *Ägyptische Handschriften*, 1.ª parte, ed. de E. Lüddeckens, en W. Voigt, ed., *Verzeichnis der Orientalischen Handschriften in Deutschland*, vol. XIX, Wiesbaden, 1971 *a*.

—, «Eine hieratische Stela des Mittleren Reichs», en *JEA*, 57 (1971 *b*), pp. 20-27.

Kappel, W., «Irrigation development and population pressure», en T. E. Downing y M. Gibson, eds., *Irrigation's impact on society* (*Anthrop. Pap. Univ. Arizona*, 25), Tucson, Arizona, 1974, pp. 159-167.

Kees, H., «Beiträge zur Geschichte des Vezirats im Alten Reich. Die Chronologie der Vezire unter König Chiops II», en *Nach. Ges. Wiss. Göttingen, Phil.-Hist. Kl.*, 4 (1940).

Kemp, B. J., «The Osiris temple at Abydos», en *MDAIAK*, 23 (1968), pp. 138-155.

—, «The Osiris temple at Abydos. Apostscript to MDAIK 23 (1968), 138-155», en *Götting. Misz.*, 8 (1973), pp. 23-25.

—, «Fortified towns in Nubia», en P. J. Ucko, R. Tringham y G. W. Dimbledy, eds., *Man, settlement and urbanism*, Londres, 1972, pp. 651-656.

—, «Dating Pharaonic cemeteries. Part I: non-mechanical approaches to seriation», en *MDAIAK*, 31 (1976 *a*), pp. 93-116.

—, «A note on stratigraphy at Memphis», en *JARCE*, 13 (1976 *b*), pp. 25-29.

—, «An incised sherd from Kahun (Egypt)», en *JNES*, 36 (1977 *a*), pp. 289-292.

—, «The early development of towns in Egypt», en *Antiquity*, 51 (1977 *b*), pp. 185-200.

—, «The harim-palace at Medinet el-Ghurab», en *ZÄSA*, 105 (1978), pp. 122-133.

—, «Egyptian radiocarbon dating: a reply to James Mellaart», en *Antiquity*, 54 (1980), pp. 25-28.

—, «Automatic analysis of predynastic cemeteries: a new method for an old problem», en *JEA*, 68 (1982), pp. 5-15.

—, y R. S. Merrillees, *Minoan pottery in second millennium Egypt*, Mainz am Rhein, 1980.

Kenyon, K. M., «The Middle and Late Bronze Age starta at Megiddo», en *Levant*, 1 (1969), pp. 25-60.

Kirwan, L. P., *Oxford University excavations at Firka*, Oxford, 1939.

Kitchen, K. A., «An unusual stela from Abydos», en *JEA*, 47 (1961), pp. 10-18.

—, «Byblos, Egypt, and Mari in the early second millennium B.C.», en *Orientalia*, 36 (1967 *a*), pp. 39-54.

—, «An unusual Egyptian text from Byblos», en *Bull. Mus. Beirouth*, 20 (1967 *b*), pp. 149-153.
—, «Punt and how to get there», en *Orientalia*, 40 (1971), pp. 184-208.
Klasens, A., «A social revolution in ancient Egypt», en *Études et Travaux*, 2 (*Prace Zakladu Archaelogii Śródziemnomorskiej Polskiej Akademii Nauk*, 6), 1968, pp. 6-13.
Knudstad, J., «Serra East and Dorginarti», en *Kush*, 14 (1966), pp. 165-186.
Koenen, L., «The prophecies of a potter: a prophecy of world renewal becomes an apocalypse», en D. H. Samuel, ed., *Proc. XII Int. Congr. Papyrology*, Toronto, 1970, pp. 249-254.
Kuchman, L., «The titles of queenship: part I, the evidence of the Old Kingdom», en *Newsl. Soc. Stud. Egypt. Antiquities Toronto*, 7 (1977), pp. 9-12.
Lanczkowsky, G., «Das Königtum im Mittleren Reich in *La regalità sacra/The sacral kingship*», en *Studies in the history of religion*, vol. IV, Leiden, 1959.
Larsen, H.. «Vorbericht über die schwedischen Grabungen in Abu Ghalib 1932-1934», en *MDAIAK*, 6 (1935), pp. 41-87.
Lauer, J.-P., «Remarques sur la planification de la construction de la grande pyramide», en *BIFAOC*, 73 (1973), pp. 127-142.
—, *Les mystères des pyramides*, París, 1974.
—, «À propos du prétendu désastre de la pyramide de Meïdoum», en *Chronique d'Égypte*, 51 (1976), pp. 72-89.
Lawrence, A. W., «Ancient Egyptian fortification», en *JEA*, 51 (1965), pp. 69-94.
Leclant, J., «Fouilles et travaux en Egypte, 1952-1953», en *Orientalia*, 23 (1954), pp. 64-79.
—, «Fouilles et travaux en Égypte et au Soudan, 1967-1968», en *Orientalia*, 38 (1969), pp. 240-307.
—, «Fouilles et travaux en Égypte et au Soudan, 1972-1973», en *Orientalia*, 43 (1974), pp. 171-227.
—, y A. Heiler, «Sur l'administration de l'Égypte au Moyen- et Nouvel-Empire», en *Orient. Literaturz.*, 56 (1961), pp. 118-129.
Lees, S. H., «Hydraulic development as a process of response», en *Hum. Ecol.*, 2 (1974), pp. 159-175.
Legrain, G., «The king Samou or Seshemou and the enclosures of el-Kab», en *Proc. Soc. Bibl. Archaeol.*, 27 (1905), pp. 106-111.
Lichtheim, M., *Ancient Egyptian literature; a book of readings*, vol. I: *The Old and Middle Kingdoms*, Berkeley, 1973; vol. III: *The Late Period*, Berkeley, 1980.
Limme, L., «Les cases de Khargeh et Dakhleh d'après les documents égyptiens de l'époque pharaonique», en *Études sur l'Égypte et le*

Soudan anciens (*Cahiers de Recherches de l'Institut de Papyrologie et d'Égyptologie de Lille*, 1), 1973, pp. 39-58.

Long, R. D., «A re-examination of the Sothic chronology of Egypt», en *Orientalia*, 43 (1974), pp. 261-274.

—, «Ancient Egyptian chronology, radiocarbon dating and calibration», en *ZÄSA*, 103 (1976), pp. 30-48.

López, J., «Inscriptions de l'ancient Empire à Khor el-Aquiba», en *Rev. Egypt.*, 19 (1967), pp. 57-66.

Lowie, R. H., *Ancient Egypt* (catálogo), Museum of Anthropology, Berkeley, 1966.

Lucas, A., y J. R. Harris, *Ancient Egyptian materials and industries*, Londres, 1962⁴.

Lloyd, A. B., «The Egyptian Labyrinth», en *JEA*, 56 (1970), pp. 81-100.

Macadam, M. F. L., «A royal family of the Thirteenth Dynasty», en *JEA*, 37 (1951), pp. 20-28.

—, *The temples of Kawa*, vol. II, Londres, 1955.

MacDonald, J., «Egyptian interests in western Asia to the end of the Middle Kingdom: an evaluation», en *Austral J. Bibl. Archaeol.*, 2 (1972), pp. 72-98.

McHugh, W. P., «Cattle pastoralism in Africa — a model for interpreting archaeological evidence from the eastern Sahara desert», en *Arctic Anthrop.*, 11 (1974 *a*), pp. 236-244 (suplemento).

—, «Late prehistoric cultural adaptation in southwest Egypt and the problem of the Nilotic origins of Saharan cattle pastoralism», en *JARCE*, 11 (1974 *b*), pp. 9-22.

—, «Some archaeological results of the Bagnold-Mond expedition to the Gilf Kebir and Gebel 'Uweinat, southern Libyan desert», en *JNES*, 34 (1975), pp. 31-62.

Mace, A. C., «Excavations at Lisht», en *Bulletin of the Metropolitan Museum of Art*, 2.ª parte (1921), pp. 5-19.

—, «Excavations at Lisht», en *Bulletin of the Metropolitan Museum of Art*, 2.ª parte (1922), pp. 4-18.

Maraglioglio, V., y C. Rinaldi, «Note sulla piramide di Ameny 'Aamu», en *Orientalia*, 37 (1968), pp. 325-338.

—, «Considerazioni sulla città *Dd-Snfrw*», en *Orientalia*, 40 (1971), pp. 67-74.

Marinatos, S., *Excavations at Thera, vol. VI (1962 season)*, Atenas, 1974.

Martin, G. T., «A new prince of Byblos», en *JNES*, 27 (1968), pp. 141-142.

—, «A ruler of Byblos of the Second Intermediate Period», en *Berytus*, 18 (1969), pp. 81-83.

Martin-Parday, E., *Untersuchungen zur ägyptischen Provinzialverwaltung bis zum Ende des Alten Reiches*, Hildesheim, 1976.

Matthews, J. M., «An inscribed sherd from the Palestine Exploration Fund», en *Palestine Exploration Quarterly*, 107 (1975), pp. 151-153.

Matthiae, M. P., «Recherches archéologiques à Ebla, 1977: le quartier administratif du palais royal G.», en *C.r. Acad. Inscriptions et Belles-Lettres*, 1978, pp. 204-236.

Maystre, C., «Découvertes récentes (1969-1972) près d'Akasha», en K. Michalowski, ed., *Nubia: récentes recherches. Actes du colloque Nubiologique International au Musée National de Varsovie 19-22 juin 1972*, Varsovia, 1975, pp. 88-92.

Mazar, B., «The Middle Bronze Age in Palestine», en *IEJ*, 18 (1968), pp. 65-97.

Mellaart, J., «The royal teasure of Dorak», en *Illustrated London News*, 28 (noviembre de 1959), p. 754.

—, «Egyptian and Near Eastern chronology: a dilemma?», en *Antiquity*, 53 (1979), pp. 6-18.

Mendelssohn, K., *The riddle of the pyramids*, Londres, 1974.

Menghin, O., y K. Bittel, «Kasr el Sagha», en *MDAIAK*, 5 (1934), pp. 1-10.

Menu, B., «La gestion du patrimoine foncier d'Hekanakhte», en *Rev. Egypt.*, 22 (1970), pp. 111-129.

—, y I. Harari, «La notion de propriété privée dans l'Ancient Empire égyptien», en *Cahiers de Recherches de l'Institut de Papyrologie et d'Égyptologie de Lille*, 2 (1974), pp. 125-154.

Merrillees, R. S., «The Cypriote Bronze Age pottery found in Egypt», *Studies in Mediterranean Archaeology*, 18, Lund, 1968.

—, «Evidence for the bichrome wheel-made ware in Egypt», en *Austral. J. Bibl. Archaeol.*, 1 (1970), pp. 3-27.

—, «Trade and transcendence in the Bronze Age Levant», *Studies in Mediterranean Archaeology*, 39, Göteborg, 1974.

—, «El-Lisht and Tell el-Yahudiya Ware in the Archaeological Museum of the American University of Beirut», en *Levant*, 10 (1978), pp. 75-98.

Meshel, Z., «New data about the "desert kites"», en *Tel Aviv*, 1 (1974), pp. 129-143.

Mesnil du Buisson, R. du, *Études sur les dieux phéniciens hérités par l'empire romain*, Leiden, 1970.

Meulenaere, H. de, «La statue d'un contemporain de Sébekhotep IV», en *BIFAOC*, 69 (1971), pp. 61-64.

Meyer, E., *Geschichte des alten Aegyptens*, Berlín, 1887.

—, *Einführung im die antike Staatskunde*, Darmstadt, 1968.

Michael, H. N., y E. K. Ralph, «Correction factors applied to Egyptian radiocarbon dates from the era before Christ», en I. U. Olsson, ed.,

Radiocarbon variations and absolute chronology, Nueva York-Estocolmo, 1970, pp. 109-119.

Michalowski, K., C. J. de Linage, J. Manteuffel y J. Sainte Fare Garnot, *Tell Edfou 1938*, El Cairo, 1938.

—, Ch. Desroches, J. de Linage, J. Manteuffel y Zejmo-Zejmis, *Tell Edfou 1939*, El Cairo, 1950.

Mills, A. J., «The reconnaissance and survey from Gemai to Dal: a preliminary report for 1963-64», en *Kush*, 13 (1965), pp. 1-12.

—, «The archaeological survey from Gemai to Dal — a report on the 1965-1966 season», en *Kush*, 15 (1967-1968), pp. 200-210.

—, y H.-A. Nordström, «The archaeological survey from Gemai to Dal. Preliminary report on the season 1964-65», en *Kush*, 14 (1966), pp. 1-15.

Mitchell, W. P., «The hydraulic hypothesis: a reappraisal», en *Curr. Anthrop.*, 14 (1963), pp. 532-534.

Mond, sir Robert, y O. H. Myers, *Cemeteries of Armant*, Londres, 1937, 2 vols.

Montet, P., *Byblos et l'Égypte. Quatre campagnes de fouilles à Gebeil 1921-1922-1923-1924*, París, 1928.

—, «Les tombeaux de Siout et de Der Rifeh 3», en *Kêmi*, 6 (1936), pp. 131-163.

—, *Géographie de l'Égypte ancienne*, vol. I, París, 1957.

—, «Notes et documents pour servir à l'histoire des relations entre l'Égypte et la Syrie, XIII», en *Kêmi*, 17 (1964), pp. 61-68.

Morenz, S., *Egyptian religion*, trad. inglesa de A. E. Keep, Londres, 1973.

Morgan, J. de, *Fouilles à Dahchour, mars-juin 1894*, Viena, 1895.

—, *Carte de la nécropole memphite*, El Cairo, 1897.

—, *Fouilles à Dahchour en 1894-1895*, Viena, 1903.

Moursi, M. I., *Die Hohenpriester des Sonnengottes von der Frühzeit bis zum Ende des Neuen Reiches*, Munich-Berlín, 1972.

Moussa, A. M., «A stela from Saqqara of a family devoted to the cult of King Unis», en *MDAIAK*, 27 (1971), pp. 81-84.

Mrsich, T., *Untersuchungen zur Hausurkunde des Alten Reiches*, Berlín-Munich, 1968.

Müller, D., «Der gute Hirte. Ein Beitrag zur Geschichte ägyptischer Bildrede», en *ZÄSA*, 85 (1961), pp. 126-144.

Müller, H. W., «Kopf einer Statue des ägyptischen Sonnengottes aus dem Alten Reich», en *Pantheon*, n. s. 18 (1960), pp. 109-113.

—, «Der gute Gott Radjedef, Sohn des Rê», en *ZÄSA*, 91 (1964), pp. 129-133.

Murnane, W. J., *Ancient Egyptian coregencies*, Chicago, 1977.

Murray, G. W., «Graves of oxen in the eastern desert of Egypt», en *JEA*, 12 (1962), pp. 248-249.

—, «Harkhuf's third journey», en *Geogrl. J.*, 131 (1965), pp. 72-75.
Naumann, R., «Der Tempel des Mittleren Reiches in Medinet Madi», en *MDAIAK*, 8 (1939), pp. 185-189.
Needler, W., «Four relief-sculptures from the pyramid of Sesostris I at Lisht», en *Annual (Art & Arch. Div.), Roy. Ontario Mus.* (1961), 15-26.
Newberry, P. E., «Three Old Kingdom travellers to Byblos and Pwenet», en *JEA*, 24 (1938), pp. 182-184.
Nims, C. F., «Some notes on the family of Mereuka», en *JAOS*, 58 (1938), pp. 638-647.
Nordström, H.-A., «A-Group and C-Group in Upper Nubia», en *Kush*, 14 (1966), pp. 63-68.
el-Nur, O., ['La cultura kerma y sus orígenes'], en *Vestnik Drevnei Istorii*, 1 (1976), pp. 29-51 (en ruso, con resumen en inglés).
O'Connor, D. B., «Ancient Egypt and Black Africa — early contacts», en *Expedition*, 14 (1971), pp. 2-9.
—, «A regional population in Egypt to circa 600 B.C.», en B. Spooner, ed., *Population growth: anthropological implications*, Cambridge, Mass.-Londres, 1972.
—, «Political systems and archaeological data in Egypt: 2600-1780 B.C.», en *World Archaeol.*, 6 (1974), pp. 15-38.
Oren, E. D., «The Early Bronze IV period in northern Palestine and its cultural and chronological setting», en *Bull. Am. Sch. Orient. Res.*, 210 (1973 *a*), pp. 20-37.
—, «The overland route between Egypt and Canaan in the Early Bronze Age», en *IEJ*, 23 (1973 *b*), pp. 198-205.
Osing, J., «Ächtungstexte aus dem Alten Reich (II)», en *ZÄSA*, 32 (1976), pp. 133-185.
Otto, E., «Die Endsituation der ägyptischen Kultur», en *Die Welt als Geschichte*, 114 (1951), pp. 203-213.
—, «Prolegomena zur Frage der Gesetzgebung und Rechtssprechung in Ägypten», en *MDAIAK*, 14 (1956), pp. 150-159.
—, «Geschichtsbild und Geschichtsschreibung in Ägypten», en *Welt des Orients*, 3 (1964-1966), pp. 161-176.
—, «Legitimation des Herrschens im pharaonischen Ägypten», en *Saeculum*, Munich, 20 (1969), pp. 385-411.
Parker, R. A., *The calendars of ancient Egypt*, Chicago, 1950.
—, «The beginning of the lunar month in ancient Egypt», en *JNES*, 29 (1970), pp. 217-220.
—, «The Sothic dating of the Twelfth and Eighteenth Dynasties», en *Studies in honor of George R. Hughes*, Chicago, 1976, pp. 177-189.
Parr, P. J., «The origin of the rampart fortifications of Middle Bronze Age Palestine and Syria», en *Z. Dt. Palästina-Vereins*, 84 (1968), pp. 18-45.

Peet, T. E., «The cemeteries of Abydos», 2.ª parte: *1911-1912*, *Egypt Exploration Fund Memoir*, 34, Londres, 1914.
—, *The great tomb-robberies of the Twentieth Egyptian Dynasty*, Oxford, 1930.
Pendlebury, J. D. S., *Aegyptiaca; a catalogue of Egyptian objects in the Aegean area*, Cambridge, 1930.
Peterson, P. J., «Two Egyptian stelae», en *Orient. Suecana*, 14-15 (1965-1966), pp. 3-8.
Petrie, W. M. F., *Kahun, Gurob, and Hawara*, Londres, 1890.
—, *Illahun, Kahun and Gurob*, Londres, 1891.
—, «Diospolis Parva», *Egypt Exploration Fund, Memoir*, 20, Londres, 1901.
—, «Abydos, pt. I: 1902», *Egypt Exploration Fund, Memoir*, 22, Londres, 1902.
—, «Abydos, pt. II: 1903», *Egypt Exploration Fund, Memoir*, 24, Londres, 1903.
—, *Hyksos and Israelite cities*, Londres, 1906.
—, *Qurneh*, Londres, 1909.
—, *A history of Egypt*, vol. I: *From the earliest kings to the XVth Dynasty*, ed. revisada, Londres, 1924[11] *a*; vol. II: *During the XVIIth and XVIIIth Dynasties*, ed. ampliada, Londres, 1924[7] *b*.
—, y G. Brunton, *Sedment*, vol. I, Londres, 1924.
Piotrovsky, B. B., ['Dos inscripciones egipcias de la Sexta Dinastía en Wadi Allaki'], en *Vestnik Drevnei Istorii*, 92 (*sic*, léase 95), (1966), pp. 80-82 (en ruso).
—, «The early dynastic settlement of Khor-Daoud and Wadi-Allaki: the ancient route to the gold mines», en *Fouilles en Nubie (1961-1963) (Campagne international de l'UNESCO pour le sauvegarde des monuments de la Nubie)*, El Cairo, 1967, pp. 127-140.
Pirenne, J., *Histoire des institutions et du droit privé de l'ancienne Égypte*, Bruselas, 1932-1935.
—, «Le domaine dans l'Ancien Empire égyptien», en *Recueils de la Société Jean Bodin*, 4 (1949), p. 124.
—, y M. Stracmans, «Le testament à l'époque de l'Ancien Empire égyptien», en *RIDA*, 1 (1954), pp. 49-72.
Porter, B., y R. L. B. Moss, *Topographical bibliography of ancient Egyptian hieroglyphic texts, reliefs and paintings*, Oxford, 1927-1951, 7 vols.; vol. II, 1972[2].
Posener, G., «À propos des graffiti d'Abisko», en *Archiv Orientální*, 20 (1952), pp. 163-166.
—, *Littérature et politique dans l'Égypte de la XII[e] dynastie*, París, 1956.
—, «Le conte de Néferkarè et du général Sisné (Recherches Littéraires, VI)», en *Rev. Egypt.*, 11 (1957 *a*), pp. 119-137.

—, «Les asiatiques en Égypte sous la XII^e et XIII^e dynasties», en *Syria*, 34 (1957 *b*), pp. 146-163.
—, «Pour une localisation du pays Koush au Moyen Empire», en *Kush*, 6 (1958 *a*), pp. 39-68.
—, ['Nehasyu y Metjayu'], en *ZÄSA*, 83 (1958 *b*), pp. 38-43.
—, «De la divinité du pharaon», *Cahiers de la Société Asiatique*, 15, París, 1960.
—, «Les textes d'envoûtement de Mirgissa», en *Syria*, 43 (1966), pp. 277-287.
—, «Sur l'emploi euphémique de hftj (w) "ennemi (s)"», en *ZÄSA*, 96 (1969), pp. 30-35.
—, «À la recherche de nouveaux textes d'envoûtement», en *Proc. V World Congr. Jewish Studies*, Jerusalén, 1971, pp. 144-149.
Posener-Kriéger, P., «Sur un nom de métal égyptien», en *Ugaritica*, 6 (*Institut Français d'Archéologie de Beyrouth: Bibliothèque Archéologique et Historique*, 81), París, 1969, pp. 419-426.
—, *Les archives du temple funeraire de Néferirkarê-Kakaï, les papyrus d'Abousir; traduction et commentaire*, El Cairo-París, 1976.
—, y J. L. de Cenival, *Hyerathic papyri in the British Museum, series V: The Abu Sir Papyri*, Londres, 1968.
Pounds, N. J. G., «The urbanization of the Classical World», en *Ann. Assoc. Am. Geogr.*, 59 (1969), pp. 135-157.
Prag, K., «The Intermediate Early Bronze-Middle Bronze Age: an interpretation of the evidence from Transjordan, Syria and Lebanon», en *Levant*, 6 (1974), pp. 69-116.
Priese, K.-H., «*'rm* und *'zm* das Land Irame. Eine Beitrag zur Topographie des Sudan im Altertun», en *Altorient. Forsch.*, 1 (1974), pp. 7-41.
Pritchard, J. B., ed., *Ancient Near Eastern texts relating to the Old Testament*, Princeton, 1969[3] (con suplemento).
Quibell, J. E., *El Kab*, Londres, 1898.
—, *Hierakonpolis*, 1.ª parte, Londres, 1900.
—, *Excavations at Saqqara (1905-1906)*, El Cairo, 1907.
—, y F. W. Green, *Hierakonpolis*, 2.ª parte, Londres, 1902.
Quitta, H., «Zu einigen Problemen und Perspektiven der Radiocarbondatierung», en *Ausgrabungen und Funde*, 17 (1972), pp. 99-109.
Rainey, A. F., «The world of Sinhue», en *Israel Orient. Stud.*, 2 (1972), pp. 369-408.
Ralph, E. K., H. N. Michael y M. C. Han, «Radiocarbon dates and reality», en *MASCA Newsletter*, 9, n.º 1 (1973).
Randall-MacIver, D., y C. L. Woolley, *Buhen*, Filadelfia, 1911.
el-Raiah, M. B., «The problems of Kerma culture of Ancient Sudan re-

considered in the light of Ancient Sudan civilization as a continous process», en *Ethnogr.-Archäol. Z.*, 15 (1974), pp. 287-304.
Read, J. G., «Early Eigteenth Dynasty chronology», en *JNES*, 29 (1970), pp. 1-11.
Redford, D. B., «The Hyksos invasion in history and tradition», en *Orientalia*, 39 (1970), pp. 1-51.
—, «The historiography of ancient Egypt». Escrito inédito, Conference on Ancient Egypt: problems of history, sources and methods, El Cairo, 1975.
—, «The oases in Egyptian history to classical times», en *Newsl. Soc. Stud. Egypt. Antiquities*, 7 (1977), I, pp. 7-10; II, pp. 2-4; III, pp. 2-6.
Reisner, G. A., «The tomb of Hepzefa, nomarch of Siût», en *JEA*, 5 (1918), pp. 79-98.
—, *Excavations at Kerma*, partes I-III, IV-V, Cambridge, Mass., 1923.
—, *Mycerinus: the temples of the third pyramid at Giza*, Cambridge, Mass., 1931.
—, «Clay sealings of Dynasty XIII from Uronarti fort», en *Kush*, 3 (1955), pp. 26-29.
—, y W. S. Smith, *A history of the Giza necropolis*, vol. II: *The tomb of Hetep-heres the mother of Cheops*, Cambridge, Mass., 1955.
—, D. Dunham y J. M. A. Janssen, *Semna Kumma* (*Second Cataract Forts*, vol. 1), Boston, 1960.
—, N. F. Wheeler y D. Dunham, *Uronarti Shalfak Mirgissa* (*Second Cataract Forts*), Boston, 1967.
Resch, W. F. E., «Das Alter der östägyptischen und nubischen Felsbilder», en *IPEK*, 22 (1966-1969), pp. 114-122.
—, *Das rind in den Felsbilddarstellungen Nordafrikas*, Wiesbaden, 1967 *a*.
—, *Die Felsbilder Nubiens*, Graz, 1967 *b*.
Reymond, E. A. E., *The mythical origin of the Egyptian temple*, Manchester, 1969.
Riad, H., «Le culte d'Amenemhat III au Faiouh à l'époque ptolémaïque», en *ASAE*, 55 (1958), pp. 203-206.
Ricke, H., *Das Sonnenheiligetum des Königs Userkaf*, vol. I, El Cairo, 1965.
Riefstahl, E., «Two hairdressers of the Eleventh Dynasty», en *JNES*, 15 (1956), pp. 10-17.
Robichon, C., y A. Varille, *Description sommaire du temple primitif de Médamud*, El Cairo, 1940.
Rothenberg, B., «An archaeological survey of south Sinai; first season 1967/68, a preliminary report», en *Mus. Haaretz Bull.*, 11 (1969), pp. 22-38.
—, «An archaeological survey of Siouth Sinai. First season 1967/1968,

preliminary report», en *Palestine Exploration Quarterly*, 102 (1970-1971), pp. 4-29.
—, «Sinai exploration 1967-1972», en *Mus. Haaretz Bull.*, 14 (1972), pp. 31-42.
—, «Sinai exploration III. A preliminary report on the sixth season of an archaeological survey of Sinai, February 1973», en *Mus. Haaretz Yearb.*, 15-16 (1972-1973), pp. 16-34.
Rowe, A., *The topography and history of Beth-Shan*, Filadelfia, 1930.
—, *The four Canaanite temples of Beth-Shan*, Filadelfia, 1940.
Said, R., C. Albritton, F. Wendorf, R. Schild y M. Kaobusiewicz, «A preliminary report on the Holocene geology and archaeology of the northern Fayum desert», en *Playa Lake Symposium*, Texas, 1972 *a*, pp. 41-61.
—, «Remarks on the Holocene geology and archaeology of northern Fayum desert», en *Archaeologia Polona*, 13 (1972 *b*), pp. 7-22.
Saleh, A.-A., «Some problems relating to the Pwenet reliefs at Deir el-Bahari», en *JEA*, 58 (1972), pp. 140-158.
—, «Excavations around Mycerinus pyramid complex», en *MDAIAK*, 30 (1974), pp. 131-154.
Saleh, M., *Three Old-Kingdom tombs at Thebes*, Maguncia, 1977.
Sanders, J. A., ed., *Near Eastern archaeology in twentieth century*, Nueva York, 1970.
Sauneron, S., «La justice à la porte des temples (à propos du nom égyptien des propylées)», en *BIFAOC*, 54 (1954), pp. 117-127.
Säve-Söderbergh, T., *Ägypten und Nubien: ein Beitrag zur Geschichte altägyptischer Aussenpolitik*, Lund, 1941.
—, *The navy of the Eigteenth Egyptian Dynasty*, Uppsala-Leipzig, 1946.
—, «A buhen stela from the second Intermediate Period (Khartum, n.º 18)», en *JEA*, 35 (1949), pp. 50-58.
—, «The Nubian Kingdom of the Second Intermediate Period», en *Kush*, 4 (1956), pp. 54-61.
—, «The tomb of the prince of Teh-Khet, Amenemhat», en *Kush*, 11 (1963), pp. 159-174.
—, «Die Akkulturation der Nubischen T-Grouppe im Neuen Reich», en *Z. Dt. Morgenländ. Ges.* (suplemento 1), 17 (1969), pp. 12-20.
—, y I. U. Olsson, «C_{14} dating and Egyptian chronology», en I. U. Olsson, ed., *Radiocarbon variations and absolute chronology (Proc. XII Nobel Symposium)*, Nueva York-Estocolmo, 1970, pp. 35-53.
Sayed, A. M. A. H., «Discovery of the site of the 12th Dynasty Port at Wadi Gawasis on the Red Sea shore», en *Rev. Egypt.*, 29 (1977), pp. 138-178.
Schachermeyr, F., *Ägäis und Orient*, Viena, 1967.
Schäfer, H., *Ein Bruchstück altägyptischer Annalen*, Berlín, 1902.

Scharff, A., «Ein Rechnnungsbuch des königlichen Hofes aus der 13. Dynastie (Papyrus Boulaq Nr. 18)», en *ZÄSA*, 56 (1920), pp. 51-68.
Schenkel, W., *Frühmittelägyptische Studien*, Bonn, 1962.
—, «Memphis Herakleopolis Theben; die epigraphischen Zeugnisse der 7.-11. Dynastien Ägyptens», *Ägyptologische Abhandlungen*, Wiesbaden, 12 (1965).
—, «Ein Tüsturz von der Grapkapelle des Königs, *wzh-'nh* Antef», en *MDAIAK*, 29 (1973), pp. 215-219.
—, *Die Bewässerungsrevolution im Alten Ägypten*, Maguncia, 1978. Este importante libro apareció demasiado tarde para poder tener en cuenta sus conclusiones en nuestra obra.
Schmid, H. H., *Herechtigkeit als Weltordnung*, Tübingen, 1968.
Schmitz, B., *Untersuchungen zum Titel sz-Njswt «Königssohm»*, Bonn, 1976.
Schulman, A. R., «The Egyptian seal impressions from 'En Besor», en *'Atiqot*, 11 (1976), pp. 16-26.
Seger, J. D., «The MBII fortifications at Shechem and Gezer: a Hyksos retrospective», en *Eretz-Israel*, 12 (1975), pp. 34*-45*.
Seters, J. van, «A date for the "Admonitions" in the Second Intermediate Period», en *JEA*, 50 (1964), pp. 13-23.
—, *The Hyksos: a new investigation*, New Haven-Londres, 1966.
Sethe, K., *Urkunden des Alten Reiches*, en G. Steindorff, ed., *Urkunden des ägyptischen Altertums*, vol I, Leipzig, 1932-1933².
Seyfried, K.-J., *Beiträge zu den Expeditionen des Mittleren Reiches in die Ost-wüste* (Hildesheimer Ägyptologische Beiträge, 15), Hildesheim, 1981.
Shaw, W. B. Kennedy, «An expedition in the southern Lybian desert», en *Geogrl J.*, 87 (1936 *a*), pp. 193-221.
—, «Two gurials from the south Lybian desert», en *JEA*, 22 (1936 *b*), pp. 47-50.
Shore, A. F., «A soldier's archery case from ancient Egypt», en *British Museum Quarterly*, 37 (1973), pp. 4-9.
Simpson, W. K., «Two Middle Kingdom personifications of seasons», en *JNES*, 13 (1954), pp. 265-268.
—, «The single-dated monuments of Sesostris I: an aspect of the institution of coregency in the Twelfth Dynasty», en *JNES*, 15 (1956), pp. 214-219.
—, «Sobkhemhet, a vizier of Sesostris III», en *JEA*, 43 (1957), pp. 26-29.
—, «Historical and lexical notes on the new series of Hammamat inscriptions», en *JNES*, 18 (1959), pp. 20-37.
—, «Studies in the Twelfth Egyptian Dynasty: I-II», en *JARCE*, 2 (1963 *a*), pp. 53-63.

—, *Papyrus Reisner I: the records of a building project in the Reign of Sesostris I*, Boston, 1963 *b*.
—, *Heka-nefer*, New Haven-Filadelfia, 1963 *c*.
—, *Papyrus Reisner II: accounts of the Dockyard workshop at this in the reign of Sesostris I*, Boston, 1965.
—, «The Dynasty XIII stela from the Wadi Hammamat», en *MDAIAK*, 25 (1969 *a*), pp. 154-158.
—, *Papyrus Reisner III: the records of a building project in the early Twelfth Dynasty*, Boston, 1969 *b*.
—, «A tomb chapel relief of the reign of Amunemhet III and some observations on the length of the reign of Sesostris III», en *Chronique d'Égypte*, 47, n. s. 93-94 (1972), pp. 45-54.
—, ed., *The literature of ancient Egypt; an anthology of stories, instructions, and poetry*, con traducciones al inglés de R. O. Faulkner, E. F. Wente, Jr., y W. K. Simpson, New Haven-Londres, 1973.
Slater, R. A., «Dendereh and the University Museum, 1888-1970», en *Expedition*, 12 (1970), pp. 15-20.
Smith, H. S., «Egypt and C_{14} dating», en *Antiquity*, 38 (1964), pp. 32-37.
—, «The Nubian B-Group», en *Kush*, 14 (1966 *a*), pp. 69-124.
—, «Preliminary report on the rock inscriptions in the Egypt Exploration Society's concession at Buhen», en *Kush*, 14 (1966 *b*), pp. 330-334.
—, «Kor: report on the excavation of the Egypt Exploration Society at Kor 1965», en *Kush*, 14 (1966 *c*), pp. 187-243.
—, «The rock inscriptions of Buhen», en *JEA*, 58 (1972), pp. 43-61.
—, «The fortress of Buhen; the inscriptions», *Egypt Exploration Society Memoir*, 48, Londres, 1976.
—, y A. Smith, «A reconsideration of the Kamose texts», en *ZÄSA*, 103 (1976), pp. 48-76.
Smith, P. E. L., «Problems and possibilities of the prehistoric rock art of northern Africa», en *Afr. Hist. Stud.*, 1 (1968), pp. 1-39.
Smith, W. S., *A history of Egyptian sculpture and painting in the Old Kingdom*, Boston-Londres, 1946.
—, «Fragments of a statuette of Chephren», en *Wien. Z. Kunde Morgenlandes*, 54 (1957), pp. 186-190.
—, *The art and architecture of ancient Egypt*, Harmondsworth, 1958.
—, «Some recent accessions», *Bull. Mus. Fine Arts, Boston*, 60, n.º 322 (1962), pp. 132-136.
—, *Interconnections in the ancient Near East: a study of the relationships between the arts of Egypt, the Aegean, and western Asia*, New Haven-Londres, 1965.
—, «Influence of the Middle Kingdom of Egypt in western Asia, especially in Byblos», *Amer. Journ. of Arch.*, 73 (1969), pp. 277-281.

Smither, P. C., «A tax-assesor's journal of the Middle Kingdom», en *JEA*, 27 (1941), pp. 74-76.
—, «The Semnah Despatches», en *JEA*, 31 (1945), pp. 3-10.
—, «The report concerning the slave-girl Senbet», en *JEA*, 34 (1948), pp. 31-34.
Soghor, C. L., «Mendes 1965 and 1966. II. The inscriptions from Tell el Rub'a», en *JARCE*, 6 (1967), pp. 16-32.
Steckeweh, H., *Die Fürstengräber von Qaw*, Leipzig, 1936.
Steindorff, G., *Aniba*, vol. II, Glückstadt, 1937.
Stiebing, W. H., «Hyksos burials in Palestine: a review of the evidence», en *JNES*, 30 (1971), pp. 110-117.
Stracmans, M., «Textes des actes de fondation de l'Ancien Empire», en *RIDA*, 2 (1955), pp. 31-38.
—, «Le titre de Hatj-â sous l'Ancien Empire égyptien», en *RIDA*, 5 (1958), pp. 21-32.
Strouhal, E., y J. Jungwirth, «Anthropological problems of the Middle Empire and Late Roman Sayala. (Preliminary report on the first stage of elaboration of the Austrian anthropological material from Nubia)», en *Mitt. Anthrop. Ges. Wien*, 101 (1971), pp. 10-23.
Tanner, R., «Bemerkungen zur Sukzession der Pharaonen in der 12., 17., und 18. Dynastie. I», en *ZÄSA*, 101 (1974), pp. 121-129.
Théodoridès, A., «La procédure dans le *Pap. Berlin 10.470*», en *RIDA*, 6 (1959), pp. 131-154.
—, «Du rapport entre les parties du *Pap. Brooklyn 35.1446*», en *RIDA*, 7 (1960), pp. 55-145.
—, «Le rôle du vizir dans la *Stèle juridique de Karnak*», en *RIDA*, 9, pp. 45-135.
—, «À propos de la loi dans l'Égypte pharaonique», en *RIDA*, 14 (1967), pp. 107-152.
—, «À propos du sixième contrat du gouverneur Hâpidjefa», en *Annuaire de l'Institut de Philosophie et Histoire Orientales et Slaves*, 20 (1968-1972), pp. 439-466.
—, «Le testament dans l'Égypte ancienne», en *RIDA*, 17 (1970), pp. 117-216.
—, «Les contrats d'Hâpidjefa», en *RIDA*, 18 (1971 *a*), pp. 109-251.
—, «The concept of law in ancient Egypt», en J. R. Harris, ed., *The legacy of Egypt*, Oxford, 1971² *b*, pp. 291-322.
—, «La révocation d'un acte testamentaire dans le *Pap. Kahoun VII.1*», *RIDA*, 19 (1972), pp. 129-148.
—, «Les égyptiens anciens, "citoyens" ou "sujets de Pharaon"», en *RIDA*, 20 (1973), pp. 51-112.
—, «Mise en ordre chronologique des éléments de la Stèle juridique de

Karnak, avec ses influences sur la procédure», en *RIDA*, 21 (1974), pp. 31-74.
Thompson, T. L., *The settlement of Sinai and the Negev in the Bronze Age*, Wiesbaden, 1975.
—, «The background of the Patriarchs: a reply to William Dever and Malcolm Clark», en *J. Stud. Old Testament*, 9 (1978), pp. 2-43.
Toynbee, A., *An ekistical study of the Hellenic city-state*, Atenas, 1971.
Trigger, B. G., *History and settlement in Lower Nubia*, New Haven, 1965.
—, «Kerma: the rise of an African civilization», en *Int. J. Afr. Hist. Stud.*, 9 (1976 *a*), pp. 1-21.
—, *Nubia under the Pharaophs*, Londres, 1976 *b*.
Tübinger Atlas des Vorderen Orients (*TAVO*), Wiesbaden, 1977 ss.
Tufnell, O., «The Middle Bronze Age scarab-seals from burials on the mound at Megiddo», en *Levant*, 5 (1973), pp. 69-82.
—, «Seal impressions from Kahûn and Uronati fort», en *JEA*, 61 (1975), pp. 67-101.
—, y W. A. Ward, «Relations between Byblos, Egypt and Mesopotamia at the end of the third millenium B.C. A study of the Montet jar», en *Syria*, 43 (1966), pp. 165-241.
Tylor, J. J., y F. Ll. Griffith, «The tomb of Paheri at el Kab», *Egypt Exploration Fund Memoir*, 11, Londres, 1894.
Valloggia, M., «Amenemhat IV et sa corégence avec Amenemhat III», en *Rev. Egypt.*, 21 (1962), pp. 10-133.
—, «Les vizirs des XI^e^ et XII^e^ dynasties», en *BIFAOC*, 74 (1974), pp. 123-134.
Vandersleyen, C., *Les guerres d'Amosis*, Bruselas, 1971.
—, ed., *Das Alte Ägypten*, Berlín, 1975.
Vandier, J., *Le famine dans l'Égypte ancienne*, El Cairo, 1936.
—, *Mo'alla. La tombe d'Ankhtifi et la tombe de Sébekhotep*, El Cairo, 1950.
—, *Manuel d'archéologie égyptienne vol. III: Les grandes èpoques, la statuaire*, París, 1958.
—, «Une stèle égyptienne portant un nouveau nom royal de la troisième dynastie», en *C.r. Acad. Inscriptions et Belles-Lettres* (1968), pp. 16-22.
Velde, H. te, *Seth, god of confusion: a study of his role in Egyptian mithology and religion*, Leiden, 1967.
Vercoutter, J., *L'Égypte et le monde égéen préhellenique: étude critique des sources égyptiennes*, El Cairo, 1956.
—, «Upper Egyptian settlers in Middle Kingdom Nubia», en *Kush*, 5 (1957), pp. 61-69.
—, «The gold of Kush», en *Kush*, 7 (1959), pp. 120-153.

—, «La stèle de Mirgissa IM.209 et la localisation d'Iken (Kor ou Mirgissa?)», en *Rev. Egypt.*, 16 (1964), pp. 179-191.
—, «Semna South fort and the records of Nile levels at Kumma», en *Kush*, 14 (1966), pp. 125-164.
—, «Review of Trigger, B.G. History and settlement in Lower Nubia», en *Revue d'Égyptologie*, 19 (1967), pp. 203-212.
—, *Mirgissa*, vol. I, París, 1970.
—, *Mirgissa*, vol. II: *Les nécropoles*, 1.ª parte, París-Lille, 1975 *a*.
—, «Le roi Ougaf et la XIII^e dynastie sur la II^me cataracte (stèle de Mirgissa IM.375), en *Rev. Egypt.*, 27 (1975 *b*), pp. 222-234.
—, «Égyptologie et climatologie. Les crues du Nil à Semneh», en *Études sur l'Égypte et le Soudan anciens* (*Cahiers de Recherches de l'Institut de Papyrologie et d'Égyptologie de Lille*, 4), 1976 *a*, pp. 139-172.
—, *Mirgissa*, vol. III: *Les nécropoles*, 2.ª parte, París-Lille, 1976 *b*.
—, «Les travaux de l'Institut Français d'Archéologie Orientale en 1976-1977», en *BIFAOC*, 77 (1977 *a*), pp. 271-286.
—, «Les poids de Mirgissa et le "standard-cuivre" au Moyen Empire», en *Ägypten und Kusch* (*Schriften zur Geschichte und Kultur des Alten Orients*), 13 (1977 *b*), pp. 437-445.
Vermeule, E., y C., «Aegean gold hoard and the court of Egypt», en *Curator*, 13 (1970), pp. 32-42.
Vila, A., «Un dépot de textes d'envoûtement au Moyen Empire», en *Journal des Savants* (1963), pp. 135-160.
—, «L'armement de la forteresse de Mirgissa-Iken», en *Rev. Égypt.*, 22 (1970), pp. 171-199.
—, «Un rituel d'envoûtement au Moyen Empire égyptien», en *L'homme, hier et aujourd'hui: recueil d'études en hommage à André Leroi-Gourhan*, París, 1973, pp. 625-639.
—, *La prospection archéologique de la vallée du Nil, au sud de la Cataracte de Dal (Nubie soudanaise)*, París, 1975 ss., vols.
Vycichl, W., «Die Fürsten von Lybien», en *Ann. Ist. Univ. Orient. Naples*, 6 (1954-1956), pp. 43-48.
—, «The burial of the Sudanese kings in the Middle Ages», en *Kush*, 7 (1959), pp. 221-222.
Waddell, W. G., *Manetho*, Loeb Classical Library, Cambridge, Mass.-Londres, 1940.
Wainwright, G. A., «El Hibeh and esh Shurafa and their connection with Herakleopolis and Cusae», en *ASAE*, 27 (1927), pp. 76-104.
Ward, W. A., «Egypt and the East Mediterranean in the early second millennium B.C.», en *Orientalia*, 30 (1961), pp. 22-45, 129-155.
—, «Relations between Egypt and Mesopotamia from prehistoric times to the end of the Middle Kingdom», en *Journal of the Social and Economic History of the Orient*, 7 (1964), pp. 121-135.

—, «The origin of Egyptian design-amulets ("button selas")», en *JEA*, 56 (1970), pp. 65-80.
—, *Egypt and the East Mediterranean world 2200-1900 B.C.*, Beirut, 1971.
—, «Some personal names of the Hyksos period rulers and notes on the epigraphy of their scarabs», en *Ugarit-Forsch.*, 8 (1976), pp. 353-369.
Warren, P., *Minoan stone vases*, Cambridge, 1969.
Watermann, U., y R., «Über die rätselvolle Gestalt der Königin von Punt», en *Homo*, 8 (1957), pp. 148-154.
Weecks, K., ed., *Egyptology and the social sciences, five studies*, El Cairo, 1979.
Weigall, A. E. P., *A report of antiquities of Lower Nubia*, Oxford, 1907.
Weil, A., *Die Veziere des Pharaonenreiches, pt I: Die Veziere des Alten Reiches*, Estrasburgo, 1908.
Weinstein, J. M., «Egyptian relations with Palestine in the Middle Kingdom», en *Bull. Am. Sch. Orient. Res.*, 217 (1975), pp. 1-16.
Wente, E., «Thutmose III's accession and the beginning of the New Kingdom», en *JNES*, 34 (1975), pp. 265-272.
Wildung, D., *Die Rolle ägyptischer Könige im Bewusstsein ihrer Nachwelt*, 1.ª parte, Munich-Berlín, 1969 *a*.
—, «Zur Frühgeschichte des Amun-Tempels von Karnak», en *MDAIAK*, 25 (1969 *b*), pp. 212-219.
—, «Two representations of gods from the early Old Kingdom», en *Misc. Wilbourana*, 1 (1972), pp. 145-160.
—, «Aufbau und Zweckbestimmung der Königsliste von Karnak», en *Götting. Misz.*, 9 (1974), pp. 42-48.
Williams, R. J., «Literature as a medium of political propaganda in ancient Egypt», en W. S. McCullough, ed., *The seet of wisdom: essays in honour of T. J. Meeck*, Toronto, 1964, pp. 14-30.
Wilson, J. A., *The burden of Egypt: an interpretation of ancient Egyptian culture*, Chicago, 1951; reeditado como *The culture of Ancient Egypt*.
Winlock, H. E., *The rise and fall of the Middle Kingdom in Thebes*, Nueva York, 1947.
Winter, E., «Zur Deutung der Sonnengeiligtümer der 5. Dynastie», en *Wien. Z. Kunde Morgenlandes*, 54 (1957), pp. 222-233.
Wittfogel, K. A., «The developmental aspects of hydraulics societies», en J. H. Steward *et al.*, *Irrigation civilizations: a comparative study*, Washington, 1955; reeditado en S. Streuver, ed., *Prehistoric agriculture*, Nueva York, 1971, pp. 557-571.
—, *Oriental despotism: a comparative study of total power*, New Haven-Londres, 1957.
Wright, G. E., «The archaeology of Palestine from the neolithic through the Middle Bronze Age», en *JAOS*, 91 (1971), pp. 276-293.

Wright, G. R. H., «Tell el-Yehudiyah and the glacis», en *Z. Dt. Palästina-Vereins*, 84 (1968), pp. 1-17.
Yadin, Y., «The earliest records of Egypt's military penetration into Asia?», en *IEJ*, 5 (1955), pp. 1-16.
Young, W. J., «The fabulous gold of the Pactolus Valley», *Boston Mus. Bull.*, 70, n.º 359 (1972), pp. 5-13.
Yoyotte, J., «Les filles de Téti et la reine Sheshé du Papyrus Ebers», *Rev. Egypt.*, 7 (1950), pp. 184-185.
—, «Un document relatif aux rapports de la Libye et de la Nubie», *Bull. Soc. Fr. Égyptol.*, 6 (1951), pp. 9-14.
—, «Trois notes pour servir à l'histoire d'Edfou», en *Kêmi*, 12 (1952), pp. 91-92.
—, «À propos de la parenté féminine du roi Téti (VI^e dynastie)», en *BIFAOC*, 57 (1958), pp. 91-98.
—, «Les *sementiou* et l'exploitation des régions minières à l'Ancien Empire», en *Bull. Soc. Fr. Égyptol.*, 73 (1975), pp. 44-55.
Zaba, Z., «Dating of the social revolution in ancient Egypt (summary of a lecture)», en *Archiv Orientální*, 19 (1951), p. 615.
Zayadine, F., «Recent excavations on the citadel of Amman. (A preliminary report)», en *Annu. Dept. Antiquities Jordan*, 18 (1973), pp. 17-35.
Zibelius, K., *Afrikanische Orts- und Völkernamen in hieroglyphischen und hieratischen Texten*, Wiesbaden, 1972.
—, *Ägyptische Siedlungen nach Texten des Alten Reiches* (Beihefte zum Tübinger Atlas des Vorderen Orients, Reihe B, 19), Wiesbaden, 1978.

3. El Imperio Nuevo y el Tercer Período Intermedio

Adams, W. A., «Post-pharaonic Nubia in the light of archaeology I», en *JEA*, 50 (1964), pp. 102-120.
Adams, W. Y., *Nubia: corridor to Africa*, Londres, 1977 *a*.
—, «Reflections on the archaeology of Kerma», en E. Endesfelder *et al.*, (1977 *b*), pp. 41-51.
Aharoni, Y., *The land of the Bible: a historical geography*, trad. inglesa de A. F. Rainey, Londres, 1968.
Albright, W. F., «The Amarna letters from Palestine», en *Cambridge Ancient History*, vol. II, 1975³, 2.ª parte, cap. 20.
Aldred, C., *Akhenaten, pharaoph of Egypt: a new study*, Londres, 1968.
—, «The "New Year" gifts to the pharaoph», en *JEA*, 55 (1969), pp. 73-81.
—, «The foreign gifts offered to pharaoph», en *JEA*, 56 (1970), pp. 105-106.

—, «Egypt: the Amarna period and the end of the eighteenth dynasty», en *Cambridge Ancient History*, vol. II, 1975³, 2.ª parte, cap. 19.
—, y A. T. Sandison, «The tomb of Akhenaten at Thebes», en *JEA*, 47 (1961), pp. 41-65.
—, y —, «The pharaoph Akhenaten: a problem in egyptology and pathology», en *Bull. Hist. Med.*, 36 (1962), pp. 293-316.
Anthes, R., «Das Bild einer Gerichtsverhandlung und das Grab des Mes aus Sakkara», en *MDAIAK*, 9 (1940), pp. 93-119.
Arkell, A. J., «Varia Sudanica», en *JEA*, 36 (1950), pp. 24-40.
—, *A history of the Sudan. From the earliest times to 1821*, Londres, 1961².
Assman, J., «Palast oder Tempel? Überlegungen zur Architektur und Topographie von Amarna», en *JNES*, 31 (1972), pp. 143-155.
Astour, M. C., «Place names from the kingdom of Alalakh in the north Syrian list of Thutmose III: a study in historical topography», en *JNES*, 22 (1963), pp. 220-241.
Baer, K., «The low price of land in ancient Egypt», en *JARCE*, 1 (1962), pp. 25-45.
Bakir, Abd el-M., *Slavery in pharaonic Egypt*, suplemento de *ASAE*, 18, El Cairo, 1952.
Barbour, K. M., *The Republic of the Sudan. A regional geography*, Londres, 1961.
Barnett, R. D., «The sea peoples», en *Cambridge Ancient History*, vol. II, 1975³, 2.ª parte, cap. 28.
Bates, O., *The eastern Libyans*, Londres, 1914.
Beckerath, J. von, «Tanis und Theben», *Ägyptologische Forschungen*, 16, Glückstadt-Hamburgo-Nueva York, 1951.
Bell, L., «Once more the 'w: "interpreters" or "foreigners"?», en *Newsl. Am. Res. Cent. Egypt*, 87 (1973), p. 33.
Bennett, J., «The restoration inscription of Tut'ankhamun», en *JEA*, 25 (1939), pp. 8-15.
Bierbrier, M. L., *The Late New Kingdom in Egypt (c. 1300-664 B.C.). A genealogical and chronological investigation*, Warminster, 1975.
Bleecker, C. J., *Egyptian festivals. Enactments of religious renewal*, Leiden, 1967.
Bonnet, H., *Reallexikon der ägyptischen Religiongeschichte*, Berlín, 1952.
Breasted, J. H., *Ancient records of Egypt*, Chicago, 1906, 5 vols.
—, *A history of Egypt from the earliest times to the Persian conquest*, Londres, 1927².
Brunner-Traut, E., «Giraffe», en H. W. Helck y W. Westendorf, eds., *Lexikon der Ägyptologie*, Wiesbaden, 1976, Bd. II Lfg. 4 (Lfg. 12).
Bruyère, B., *Rapports sur les fouilles de Deir el Médineh*, Fouilles de l'Inst. Fran. d'Archéologie Orientale du Cairo, El Cairo, 1924-1953.

—, *Rapports sur les fouilles de Deir el Médineh (1934-1935). III. Le village, les décharges publiques, la station de repos du col de la vallée des rois*, Fouilles de l'Institut Français d'Archéologie Orientale du Cairo, El Cairo, 1939.

Buck, A. de, «The judicial papyrus of Turin», en *JEA*, 23 (1937), pp. 152-164.

Butzer, K. M., «Studien zum vor- und frühgeschichtlichen Landschaftswandel der Sahara. III. Die Naturlandschaft Ägyptens während der Vorgerschichte und der dynastischen Zeit», en *Abh. Math.-Naturw. Kl. Akad. Wiss. Mainz*, 2 (1959), pp. 1-80.

—, «Physical conditions in eastern Europe, Western Asia and Egypt before the period of agricultural and urban settlement», en *Cambridge Ancient History*, vol. I, 1970³, 1.ª parte, cap. 2.

—, *Early hydraulic civilization in Egypt: a study in cultural ecology*, Chicago, 1976.

Caminos, R. A., *Late Egyptian miscellanies*, Oxford, 1954.

—, «The chronicle of prince Osorkon», *Analecta Orientalia*, 37, Roma, 1958.

—, «The shrines and rock-inscriptions of Ibrim», *Archaeological Survey of Egypt Memoir*, 32, Londres, 1968.

—, «The New Kingdom temples of Buhen», *Archaeological Survey of Egypt Memoir*, 33-34, Londres, 1974, 2 vols.

—, y T. G. H. James, «Gebel el-Silsilah. I. The shrines», *Archaeological Survey of Egypt Memoir*, 31, Londres, 1963.

Cerny, J., «Le culte d'Amenophis Ier chez les ouvriers de la nécropole thébaine», en *BIFAOC*, 27 (1927), pp. 159-203.

—, «Les ostraca hiératiques, leur intérêt et la nécessité de leur étude», en *Chronique d'Égypte*, 6 (1931), pp. 212-224.

—, «Fluctuations in grain prices during the Twentieth Dynasty», en *Archiv Orientální*, 6 (1934), pp. 173-178.

—, «Prices and wages in Egypt in the Ramesside period», en *J. World Hist. Paris*, 1 (1954), pp. 903-921.

—, *Ancient Egyptian religion*, Londres, 1957.

—, «Two king's sons of Kush in the Twentieth Dynasty», en *Kush*, 7 (1959), pp. 71-75.

—, «Egyptian oracles», en R. A. Parker, *A saite oracle papyrus from Thebes*, Providence, R. I., 1962, cap. 4.

—, «Das Neue Reich in Ägypten. II. Die Ramessiden (1309-1080)», en E. Cassin, J. Bottéro y J. Vercoutter, eds., *Fischer Weltgeschichte*, vol. III: *Die altorientalischen Reiche II*, Frankfurt del Main, 1966, cap. 4.

—, «Stela of Emhab from Tell Edfu», en *MDAIAK*, 24 (1969), pp. 87-92.

—, *A community of workmen at Thebes in the Ramesside period*, El Cairo, 1973.
—, «Egypt from the death of Ramesses III to the end of the twenty-first dynasty», en *Cambridge Ancient History*, vol. II, 1975³, 2.ª parte, cap. 35.
—, A. Gardiner y T. E. Peet, *The inscriptions of Sinai*, vol. II, Londres-Oxford, 1955.
Chittick, H. N., «An exploration journey in the Bayuda region», en *Kush*, 3 (1955), pp. 86-92.
Daressy, G., «Une inscription d'Achmoun et la géographie du nome libyque», en *ASAE*, 16 (1916), pp. 221-246.
Davies, N. de G., *The rock tombs of El Amarna*, vols. I-IV, Londres, 1903-1908.
—, *The tomb of Rekh-mi-Rê at Thebes*, Publications of the Metropolitan Museum of Art, Egyptian Expedition, vol. XI, Nueva York, 1943.
—, y A. Gardiner, *The tomb of Huy, viceroy of Nubia in the reign of Tut'ankhamun*, Londres, 1926.
Desroches-Noblecourt, C., *Tutankhamen: life and death of a pharaoph*, Londres, 1963.
Dixon, D. M., «The origin of the Kingdom of Kush (Napata-Meroe)», en *JEA*, 50 (1964), pp. 121-132.
—, «A note on cereals in ancient Egypt», en P. J. Ucko y G. W. Dimbledy, eds., *The domestication and exploitation of plants and animals*, Londres, 1969, pp. 131-142.
Donadoni, S., ed., *Le fonti indirette della estoria egiziana*, Roma, 1963.
Drenkhahn, R., *Darstellungen von Negern in Ägypten*, Hamburgo, 1967.
Drioton, E., y J. Vandier, *L'Égypte. «Clio». Introduction aux études historiques. Les peuples de l'orient méditerranéen*, vol. II, París, 1962⁴.
Drower, M. S., «Syria c. 1550-1400 B.C.», en *Cambridge Ancient History*, vol. II, 1973³, 1.ª parte, cap. 10.
Dunham, D., *The royal cemeteries of Kush*, vol. I: *El Kurru*, Boston, 1950.
Edel, E., «Zur Familie des Sn-msjj nach seinen Grabinschriften auf der Qubbet el Hawa bei Assuan», en *ZÄSA*, 90 (1963), pp. 28-31.
Edgerton, W. F., «The government and the governed in the Egyptian empire», en *JNES*, 6 (1947 *a*), pp. 152-160.
—, «The Nauri decree of Seti I. A translation and analysis of the legal portion», en *JNES*, 6 (1947 *b*), pp. 219-230.
—, «The strikes in Ramses III's twenty-ninth year», en *JNES*, 10 (1951), pp. 137-145.
—, y J. A. Wilson, *Historical records of Ramses III*, Chicago, 1936.
Egyptology Titles, Cambridge, 1977 ss.

Emery, W. B., *Egypt in Nubia*, Londres, 1965.
Endesfelder, E., *et al.*, eds., «Ägypten und Kusch», *Schriften zur Geschichte und Kultur des Alten Orients*, 13, Berlín, 1977.
Erman, A., *The literature of the ancient Egyptians. Poems, narratives, and manuals of instruction, from the third and second millennia B.C.*, trad. inglesa de A. M. Blackman, Londres, 1927.
Fairman, H. W., «Preliminary report on the excavations of 'Amara West, Anglo-Egyptian Sudan, 1938-9», en *JEA*, 25 (1939), pp. 139-144.
—, «Preliminary report on the excavations of 'Amara West, Anglo-Egyptian Sudan, 1947-8», en *JEA*, 34 (1948), pp. 3-11.
—, «Town planning in pharaonic Egypt», en *Town Planning Review*, 20 (1949), pp. 32-51.
Faulkner, R. O., «Review of the tomb of Rekhmi-re' at Thebes», en *JEA*, 31 (1945), pp. 114-115.
—, «The wars of Sethos I», en *JEA*, 33 (1947), pp. 34-39.
—, «Egyptian military organisation», en *JEA*, 39 (1953), pp. 32-47.
—, «The installation of the vizier», en *JEA*, 41 (1955), pp. 18-29.
—, «Egypt: from the inception of the nineteenth dynasty to the death of Ramses III», en *Cambridge Ancient History*, vol. II, 1975³, 2.ª parte, cap. 23.
Federn, W., «Egyptian bibliography (1939-)», en *Orientalia*, 17 (1948), pp. 467-489.
—, «Egyptian bibliography», en *Orientalia*, 18 (1949), pp. 73-99, 206-215, 325-335, 443-472.
—, «Egyptian bibliography», en *Orientalia*, 19 (1950), pp. 40-52, 175-186, 279-294.
Frankfort, H., J. D. S. Pendlebury *et al.*, «The city of Akhenaten», 2.ª parte, *Egypt Exploration Society Memoir*, 40, Londres, 1933.
Gaballa, G. A., *The Memphite tomb-chapel of Mose*, Warminster, 1977.
Gabra, S., *Les conseils de fonctionnaires dans l'Égypte pharaonique. Scènes de récompenses royales aux fonctionnaires*, El Cairo, 1929.
Gardiner, A. H., «The inscription of Mes. A contribution to the study of Egyptian judicial procedure», en K. Seth, ed., *Untersuchungen zur Geschichte und Altertumskunde Ägyptens*, vol. IV, Leipzig, 1905.
—, «The Delta residence of the Ramessides», en *JEA*, 5 (1918), pp. 127-138, 179-200, 242-271.
—, *The attitude of the ancient Egyptians to death and the dead*, Cambridge, 1935.
—, *The Wilbour Papyrus*, Oxford, 1941-1952, 4 vols.
—, *Ancient Egyptian onomastica*, Oxford, 1947, 3 vols.
—, «The coronation of the king Haremhab», en *JEA*, 39 (1953), pp. 13-31.

—, *Egypt of the pharaophs*, Oxford, 1961.
—, y K. Sethe, *Egyptian letters to the dead*, Londres, 1928.
Gauthier, H., «Les "fils royaux de Kouch" et le personnel administratif de l'Éthiopie», en *Recl. Trav. Rel. Phil. Archéol. Égypt. Assyr.*, 39 (1921), pp. 179-238.
—, *Dictionnaire des noms géographiques contenus dans les textes hiéroglyphiques*, El Cairo, 1922-1931, 7 vols.
Giorgini, M. S., *Soleb*, vol. II: *Les nécropoles*, Florencia, 1971.
Goedicke, H., «Psammetik I. und die Libyer», en *MDAIAK*, 18 (1962), pp. 26-49.
—, «The location of Hnt-hn-nfr», en *Kush*, 13 (1965), pp. 102-111.
Goetze, A., «The struggle for the domination of Syria (1400-1300 B.C.)», en *Cambridge Ancient History*, vol. II, 1975[3] *a*, 2.ª parte, cap. 17.
—, «Anatolia from Shuppiluliumash to the Egyptian war of Muwatallish», en *Cambridge Ancient History*, vol. II, 1975[3] *b*, 2.ª parte, cap. 21 *a*.
—, «The Hittites and Syria (1300-1200 B.C.)», en *Cambridge Ancient History*, vol. II, 1975[3] *c*, 2.ª parte, cap. 24.
Goyon, G., «Le papyrus de Turin dit "des mines d'or" et le Wadi Hammamat», en *ASAE*, 49 (1949), pp. 357-392.
Gratien, B., *Les cultures Kerma*, Lille, 1978.
Griffith, F. Ll., «The Abydos decree of Seti I at Nauri», en *JEA*, 13 (1927), pp. 193-208.
Gunn, B., «The religion of the poor in ancient Egypt», en *JEA*, 3 (1916), pp. 81-94.
Habachi, L., «The graffiti and work of the viceroys of Kush in the region of Aswan», en *Kush*, 5 (1957), pp. 13-36.
—, «The first two viceroys of Kush and their family», en *Kush*, 7 (1959), pp. 45-62.
—, «Four objects belonging to viceroys of Kush and officials associated with them», en *Kush*, 9 (1961), pp. 210-225.
—, «Features of the deification of Ramesses II», *Abhandlungen des Deutschen Archäologischen Instituts Kairo, Ägyptische Reihe*, 5, Glückstadt, 1969.
—, «Miscellanea on viceroys of Kush and their assistants buried in Dra' abu El-Naga», en *JARCE*, 13 (1976), pp. 113-116.
Hall, H. R., *Babylonian and Assyrian sculpture in the British Museum*, París-Bruselas, 1928.
Hari, R., *Horemheb et la reine Moutnedjmet, ou la fin d'une dynastie*, Ginebra, 1965.
Harris, J. E., y K. R. Weecks, *X-raying the pharaophs*, Nueva York-Londres, 1973.
Harrison, R. G., «An anatomical examination of the pharaonic remains purported to be Akhenaten», en *JEA*, 52 (1966), pp. 95-119.

Hartmann, F., *L'agriculture dans l'ancienne Égypte*, París, 1923.
Hayes, W. C., *A papyrus of the late Middle Kingdom in the Brooklyn Museum* [*Papyrus Brooklyn 35.1446*], Brooklyn, 1955; reeditado con una página adicional de fe de erratas y bibliografía reciente como *Wilbour Monographs*, 5.
—, *The scepter of Egypt*, vol. II, Cambridge, Mass., 1959.
—, «Chronology. Egypt — to the end of the twentieth dynasty», en *Cambridge Ancient History*, vol. I, 1970³, 1.ª parte, cap. 6.
—, «Egypt: internal affairs froms Tuthmosis I to the death Amenophis III», en *Cambridge Ancient History*, vol. II, 1973³, 1.ª parte, cap. 9.
Heerma Van Boss, M. S. H. G., *Annual Egyptological bibliography, 1963-1965*, Leiden, 1968-1969.
—, y J. J. Jannsen, *Annual Egyptological bibliography, 1966*, Leiden, 1971.
Helck, H. W., «Der einfluss der Militärfhürer in der 18. ägyptischen Dinastie», *Untersuchungen zur Geschichte und Altertumskunde Ägyptens*, 14, Leipzig, 1939.
—, «Eine Stele des Vicekönigs Wsr-St.t.», en *JNES*, 14 (1955), pp. 22-31.
—, ed., *Urkunden der 18. Dynastie*, Berlín, 1957, parte 20.
—, *Zur Verwaltung des mittleren und Neuen Reichs*, ed. de H. Kees, III; *Probleme der Ägyptologie*, Leiden-Colonia, 1958.
—, *Materialien zur Wirtschaftsgeschichte des Neuen Reichs*, Wiesbaden, 1961-1970, partes I-VI.
—, *Urkunden der 18. Dynastie. Übersetzung zu den Heften 17-22*, Berlín, 1961.
—, «Die Beziehungen Ägyptens zu Vorderaisen im 3. und 2. Jahrtausend v.», *Chr. Ägyptologische Abhandlungen*, 5, Wiesbaden, 1962.
—, «Eine Briefsammlung aus der verwaltung des Amuntempels», en *JARCE*, 6 (1967), pp. 135-152.
—, ed., *Geschichte des Alten Ägypten, Handbuch der Orientalistik*, I, Bd. 1, Absch. 3, Leiden-Colonia, 1968.
—, *Wirtschaftsgeschichte des Alten Ägypten, im 3. und 2. Jahrtausend v. Chr.*, Leiden-Colonia, 1975.
Herzog, R., *Punt. Abh. Dt. Archäol. Inst. Kairo, Ägyptologische Reihe*, 6, Glückstadt, 1968.
Hilzheimer, M., «Zur geographischen Lokalisierung von Punt», en *ZÄSA*, 68 (1932), pp. 112-114.
Hölscher, W., *Libyer und Ägypter*, Glückstadt-Hamburgo-Nueva York, 1955.
Hornung, E., «Chaotische Bereich in der geordneten Welt», en *ZÄSA*, 81 (1956), pp. 28-32.
—, «Zur geschichtlichen Rolle des Königs in der 18. Dynastie», en *MDAIAK*, 15 (1957), pp. 120-133.

—, «Untersuchungen Chronologie und Geschichte des neuen Reichs», *Ägyptologische Abhandlungen*, 11, Weisbaden, 1964.
—, *Geschichte als Fest: zwei Vorträge zum Geschichtsbild der frühen Menschzeit*, Darmstadt, 1966.
—, «Neue Materialien zur ägyptischen Chronologie», *Z. Dt. Morgenländ. Ges.*, 117 (1967), pp. 11-16.
—, *Das Grab des Haremhab im Tal der Könige*, Berna, 1971 *a* (con Teichmann).
—, «Politische Planung und Realität im alten Ägypten», en *Saeculum*, 22 (1971 *b*), pp. 48-58.
James, T. G. H., «Egypt from the expulsion of the Hyksos to Amenophis I», en *Cambridge Ancient History*, vol. II, 1973³, 1.ª parte, cap. 8.
Janssen, J. J., *Annual Egyptological bibliography, 1967-1972*, Leiden, 1972 en adelante.
—, *Commodity prices from the Ramessid period* Leiden, 1975 *a*.
—, «Prolegomena to the study of Egypt's economic history during the New Kingdom», en *SAK*, 3 (1975 *b*), pp. 127-185.
Janssen, J. M. A., *Annual Egyptological bibliography, 1947-1961*, Leiden, 1948-1963.
—, y M. S. H. G. Heerma van Voss, *Annual Egyptological bibliography, 1962*, Leiden, 1964.
Johnson, J. H., «The Demotic Chronicle as an historical source», en *Enchoria*, 4 (1974), pp. 1-17.
Junge, F., «Zur Fehldatierung des sog. Denkmals memphitischer Theologie oder: Der Beitrag der ägyptischen Theologie zur Geistesgeschichte der Spätzeit», en *MDAIAK*, 29 (1973), pp. 195-204.
Kaplony, P., «Bemerkungen zum ägyptischen Königtum, vor allem in der Spätzeit», en *Chronique d'Égypte*, 46 (1971), pp. 250-274.
Kees, H., «Herihor und die Aufrichtung des thebanischen Gottesstaats», en *Nachr. Ges. Wiss. Göttingen. Phil.-Hist. Kl.*, 1 (1936 *a*).
—, «Zur Innepolitik der Saïtenddynastie», en *Nachr Ges. Wiss. Göttingen, Phil.-Hist. Kl.*, 1 (1936 *b*), pp. 96-106.
—, «Das Priestertum im ägyptischen Staat von neuen Reich bis zur Spätzeit», *Probleme der Ägyptologie*, 1, Leiden-Colonia, 1953-1958, 2 vols.
—, *Ancient Egypt. A cultural topography*; ed. de T. G. H. James, trad. inglesa de I. F. D. Morrow, Londres-Chicago, 1961.
—, *Die Hohenpriester des Amun von Karnak von Herihor bis zum Ende der Äthiopienzeit*, *Probleme der Ägyptologie*, 20, Leiden, 1964.
Kemp, B. J., «Temple and town in ancient Egypt», en P. J. Ucko, R. Tringham y G. W. Dimbledy (1972 *a*), pp. 657-680.
—, «Fortified towns in Nubia», en P. J. Ucko, R. Tringham y G. W. Dimbledy (1972 *b*), pp. 651-656.

—, «The Window of Appearance at El-Amarna, and the basic structure of the city», en *JEA*, 62 (1976), pp. 81-99.
—, «The city of el-Amarna as a source for the study of urban society in ancient Egypt», en *World Archaeol.*, 9 (1977), pp. 123-139.
—, «Imperialism and empire in New Kingdom Egypt (*c.* 1575-1087 B.C.)», en P. D. A. Garnsey y C. R. Whittaker, eds., *Imperialism in the Ancient World*, Cambridge, 1978, pp. 7-57, 284-297, 368-373.
—, «The character of the south suburb at Tell el-Amarna», en *Mitteilungen des Deuts. Orient-Gesellschaft zu Berlin*, 113 (1981), pp. 81-97.
—, y D. O'Connor, «An ancient Nile harbour. University Museum excavations at the "Birket Habu"», en *Int. J. Naut. Underwater Explor.*, 3 (1974), pp. 101-136, 182.
Kienitz, F. K., *Die politische Geschichte Ägyptens vom 7. bis zum 4. Jahrhundert vor der Zeitwende*, Berlín, 1953.
—, «Die saïtische Renaissance», en E. Cassin, J. Bottéro y J. Vercoutter, eds., *Fischer Weltgeschichte*, vol. IV: *Die altorientalischen Reiche*, Frankfurt del Maín, 1967, 3.ª parte, cap. 6.
Kitchen, K. A., «On the chronology and history of the New Kingdom», en *Chronique d'Égypte*, 40-80 (1965), pp. 310-322.
—, *Ramesside inscriptions*, vols. I-VI, Oxford, 1968 ss.
—, «Punt and how to get there», en *Orientalia*, 40 (1971), pp. 184-207.
—, «Ramesses VII and the Twentieth Dynasty», en *JEA*, 58 (1972), pp. 182-194.
—, *The Third Intermediate Period in Egypt (1100-650 B.C.)*, Warminster, 1973.
—, «The great biographical stela of Setau, viceroy of Nubia», en *Orient. Lovan. Periodica*, 6-7 (1975-1976), pp 295-302.
—, «Historical observations on Ramesside Nubia», en E. Endesfelder *et al.*, eds., *Ägypten und Kusch*, Berlín, 1977, pp. 213-225.
Krauus, R., «Untersuchungen zu König Amenmesse, 1», en *SAK*, 4 (1976), pp. 161-199.
—, «Untersuchungen zu König Amenmesse, 2», en *SAK*, 5 (1977), pp. 131-174.
Lange, K., y M. Hirmer, *Egypt: architecture, sculpture and painting*, Londres, 1956.
Leclant, J., *Montouenhat quatrième prophète d'Amon, prince de la ville*, El Cairo, 1961.
—, «Afrika», en H. W. Helck y E. Otto, eds., *Lexikon der Ägyptologie*, Wiesbaden, vol. I, 1972, 1.ª parte, pp. 86-94.
Lefebvre, G., *Histoire des grands prêtres d'Amon de Karnak jusqu'à la XXI^e Dynastie*, París, 1929.
Lepsius, K. R., *Denkmaeler aus Aegypten und Aethiopien*, Berlín, 1844-1856.

Lichtheim, M., *Ancient Egyptian literature*, vol. II: *The New Kingdom*, California, 1976; vol. III: *The Late Period*, California, 1980.

Lorton, D., «The so-called «vile» enemies of the king of Egypt (in the Middle Kingdom and Dynasty XVIII)», en *Journal of American Research Center in Egypt*, 10 (1973), pp. 65-70.

—, *The juridical terminology of international relations in Egyptian texts through Dynasty XVIII*, Londres-Baltimore, 1974.

Lucas, A., y J. R. Harris, *Ancient Egyptian materials and industries*, Londres, 1962⁴.

Martin, G. T., *The rock tombs of El-Amarna, Pt 7. The royal tomb at El-Amarna*, vol. I: *The objects*, Londres, 1974.

May, H. G., ed., *Oxford Bible atlas*, Londres-Nueva York-Toronto, 1965.

Menu, B., *Le régime juridique des terres et du personnel attaché à la terre dans le papyrus Wilbour*, Lille, 1970.

—, «Le régime juridique des terres en Égypte pharaonique Moyen Empire et Nouvel Empire», en *Revue Historique de Droit français et Étranger*, 49 (1971), pp. 55-585.

Meulenaere, H. de, «Die dritte Zwischenzeit und das äthiopische Reich», en E. Cassin, J. Bottéro y J. Vercoutter, eds., *Fischer Weltgeschichte*, vol. IV: *Die altorientalischen Reiche*, Frankfurt del Main, 1967, pp. 220-255.

Meyer, E., «Gottesstaat, Militärherrschaft und Standwesen in Ägypten», *Sitzungsberichte der Preussischen Akademie der Wissenscheften zu Berlin, Phil.-Hist. Kl.* (1928), pp. 495-532.

Naville, E., *The temple of Deir el-Bahari*, vol. III, Londres, 1898; vol. IV, Londres, 1908.

Nelson, H. H., *et al.*, *Medinet Habu*, vol. II: *Later historical records of Ramses III. Plates*, Chicago, 1932.

Nims, C., «The date of dishonoring Hatshepsut», en *ZÄSA*, 93 (1966), pp. 97-100.

O'Connor, D., «Nubian archaeological material of the First to the Second Intermediate Period», University of Cambridge, 1969, tesis doctoral.

—, «The geography of settlement in ancient Egypt», en P. J. Ucko, R. Tringham y G. W. Dimbledy, eds. (1972 *a*), pp. 681-698.

—, «A regional population in Egypt to circa 600 B.C.», en B. Spooner, ed., *Population growth: anthropological implications*, Cambridge, Mass.-Londres, 1972 *b*, pp. 98-100.

—, «Nubia before the New Kingdom», en *Africa in Antiquity*, vol. I: *The arts of ancient Nubia and the Sudan. The essays*, Nueva York, 1978, pp. 46-61.

—, «Cities and towns», en Museum of Fine Arts, Boston, *Egypt's golden age: the art of living in the New Kingdom 1558-1085 B.C.*, Boston, 1982 *a*, pp. 17-24.

—, «Egypt, 1552-664 B.C.», en *Cambridge History of Africa*, vol. I, 1982 *b*, pp. 830-970.

Otto, E., «Die Endsituation der ägyptischen Kultur», en *Die Welt als Geschichte*, 11 (1951), pp. 203-213.

—, «Die biographischen Inschriften der ägyptischen Spätzeit», *Probleme der Ägyptologie*, 2, ed. de H. Kees, Leiden, 1954, pp. 102-118.

Oxford Regional Economic Atlas; *The Middle East and North Africa*, Oxford, 1960.

Peet, T. E., C. L. Wooley *et al.*, *The city of Akhenaten*, 1.ª parte, *Egypt Exploration Society, Memoir*, 38, Londres, 1921.

Pendlebury, J. D. S., *The city of Akhenaten*, 3.ª parte, 2 vols., *Egypt Exploration Society, Memoir*, 44, Londres, 1951.

Pflüger, K., «The edict of king Haremhab», en *JNES*, 5 (1946), pp. 260-268.

Piotrovsky, B., «The early dynastic settlements of Khor-Daoud and Wadi-Allaki: the ancient route to the gold mines», en *Fouilles en Nubie (1961-63), Service des Antiquités de l'Égypte*, UNESCO, Campagne internationale pour la sauvegarde des monuments de la Nubie, El Cairo, 1967.

Porter, B., y R. L. Moss, *Topographical bibliography of ancient Egyptian hieroglyphic texts, reliefs and paintings*, Oxford, 1927-1951, 7 vols.; vols. I y II, Oxford, 1960-1964²; vol. III, 1.ª parte, Oxford, 1974², ed. revisada y aumentada por J. Malek.

Posener, G., «Pour une localisation du pays Koush au Moyen Empire», en *Kush*, 6 (1958 *a*), pp. 39-65.

—, [«Nehasyu y Medjayu»], en *ZÄSA*, 83 (1958 *b*), pp. 38-43.

—, «De la divinité du pharaon», *Cahiers de la Société Asiatique*, 15, París, 1960.

—, «L'or de Pouent», en E. Endesfelder *et al.* (1977), pp. 337-342.

Pratt, I. A., *Ancient Egypt. Sources of information in the New York Public Library*, Nueva York, 1925.

—, *Ancient Egypt 1925-1941. A supplement to Ancient Egypt: sources of information in the New York Public Library*, Nueva York, 1942.

Priese, K.-H., «*'rm* und *'zm*, das Land Irame. Eine Beitrag zur Topographie des Sudan im Altertum», en *Altorientalischen Forschungen*, 1 (1974), pp. 7-41.

Pritchard, J. B., ed., *Ancient Near Eastern texts relating to the Old Testament*, Princeton, 1969², con suplemento.

Redford, D. B., *History and chronology of the Eighteenth Dynasty of Egypt*, Toronto, 1967.

—, «The sun-disc in Akhenaten's program: its worship and antecedents, I», en *JARCE*, 15 (1976), pp. 47-61.

Reineke, W.-F., «Ein Nubien Feldzug unter Königin Hatschepsut», en E. Endesfelder *et al.* (1977), pp. 369-376.

Reisner, G. A., «The viceroys of Nubia», en *JEA*, 6 (1920), pp. 28-55, 73-88.

—, *Excavations at Kerma*, vol. IV, Cambridge, Mass., 1923.

Ricke, H., G. R. Hughes y E. F. Wente, *The Beit el-Wali temple of Ramesses II*, Chicago, 1967.

Rowe, A., «A contribution to the archaeology of the Western Desert: I», en *Bull. John Rylands Libr. Manchester*, 36 (1953), pp. 128-145.

—, «A contribution to the archaeology of the Western Desert: II», en *Bull. John Rylands Libr. Manchester*, 36 (1954), pp. 484-500.

Sander-Hansen, *Das Gottesweib des Amun*, Copenhague, 1940.

Sauneron, S., *Les prêtres de l'ancienne Égypte*, Bourges, 1957.

Säve-Söderbergh, T., *Aegypten und Nubien*, Lund, 1941.

—, «The navy of the eighteenth Egyptian dynasty», en *Uppsala Universitets Arsskrift*, 6 (1946).

—, «The paintings in the tomb of Djehuty-hetep at Debeira», en *Kush*, 8 (1960), pp. 25-44.

—, «The tomb of the prince of Teh-khet, Amenemhet», en *Kush*, 11 (1963), pp. 159-174.

—, «Die Akkulturation der nubischen C-Gruppe im Neuen Reich», en *Z. Dt. Morgenländ. Ges. (Suppl. I)*, 17 (1969), pp. 12-20.

Schaedel, H. D., *Die Listen des grossen Papyrus Harris, ihre wirtschaftliche und politische Ausdeutung*, Glückstadt, 1936.

Schulman, A. R., «Some remarks on the military background to the Amarna period», en *JARCE*, 3 (1964 *a*), pp. 51-69.

—, *Military rank, title and organisation in the Egyptian New Kingdom*, Berlín, 1964 *b*.

—, «Some remarks on the alleged "fall" of Semmut», en *JARCE*, 8 (1969-1970), pp. 29-48.

—, «The royal butler Ramessemperre», en *JARCE*, 13 (1976), pp. 117-130.

Seele, K., *The tomb of Tjanefer at Thebes*, Chicago, 1959.

Seidl, E., *Einführung in die ägyptische Rechtsgeschichte bis zum Ende des Neuen Reiches. I, Juristischer Teil*, Glückstadt-Hamburgo-Nueva York, 1939.

Sethe, K., y H. W. Helck, *Die Einsetzung des Veziers unter der 18. Dynastie. Inschrift im Grabe des Rekh-mi-re' zu Scheh Abd el Gurna*, Leipzig, 1909.

—, *Urkunden der 18. Dynastie. I.*, Leipzig, 1914.

—, y H. W. Welck, *Urkunden der 18. Dynastie. Urkunden des ägyptischen Altertums*, vol. IV, partes 1-22, Leipzig-Berlín, 1906-1958.

Shinnie, P. L., «The Nilotic Sudan and Ethiopia», en *Cambridge History of Africa*, vol. I, 1981, pp. 210-271.
Simons, J. J., *Handbook for the study of Egyptian topographical lists relating to Western Asia*, Brill, 1937.
Simpson, W. K., *Heka-Nefer*, New Haven-Filadelfia, 1963.
—, ed., *The literature of ancient Egypt and an anthology of stories, instructions, and poetry*, con trad. al inglés de R. O. Faulkner, E. F. Wente, Jr., y W. K. Simpson, New Haven-Londres, 1973.
Smith, H. S., «Animal domestication and animal cult in ancient Egypt», en P. J. Ucko y G. W. Dimbledy, eds., *The domestication and exploitation of plants and animals*, Londres, 1969, pp. 307-314.
—, «Society and settlement in ancient Egypt», en P. J. Ucko, R. Tringham y G. W. Dimbledy (1972), pp. 705-719.
—, «The fortress of Buhen: The inscriptions», *Egypt Exploration Society Memoir*, 48, Londres, 1976.
Smith, W. S., *Interconnections in the ancient Near East*, New Haven-Londres, 1965.
—, *The art and architecture of Ancient Egypt*, ed. revisada, con adiciones, por William Kelly Simpson, Harmondsworth, 1981.
Spalinger, A., «Esarhaddon and Egypt: an analysis of the first invasion of Egypt», en *Orientalia*, 43 (1947 *a*), pp. 295-326.
—, «Assurbanipal and Egypt: a source study», en *JAOS*, 94 (1974 *b*), pp. 316-328.
—, «Psammetichus, king of Egypt, I», en *JARCE*, 13 (1976), pp. 133-147.
Stadelmann, R., «Das Grab im Tempelhof. Der Typus des Königsgrabes in der Spätzeit», en *MDAIAK*, 27 (1971), pp. 111-123.
—, «Tempelpalast und Erscheinungsfenster in den Thebanische totentempeln», en *MDAIAK*, 29 (1973), pp. 221-242.
Steindorff, G., *Aniba*, Glückstadt, 1935-1937, 2 vols.
—, y K. C. Seele, *When Egypt ruled the East*, Chicago, 1957².
Tanner, R., «Bemerkungen zur Sukzession der Pharaonen in der 12., 17. und 18. Dynastie», en *ZÄSA*, 102 (1975), pp. 50-59.
Textes et langages de l'Égypte pharaonique. Hommage à Jean-François Champollion, El Cairo, vol. I y II, 1973; vol. III, 1974.
Théodoridès, A., «The concept of law in ancient Egypt», en J. R. Harris, ed., *The legacy of Egypt*, Oxford, 1971², pp. 291-322.
Trigger, B., «History and settlement in Lower Nubia», *Yale University Publications of Anthropology*, New Haven, 69 (1965).
—, *Nubia under the pharaophs*, Londres, 1976.
Uphill, E., «The Per-Aten at Amarna», en *JNES*, 29 (1970), pp. 151-166.
Vandersleyen, C., *Les guerres d'Amosis, fondateur de la XVIII^e dynastie*, Monogr. Reine Elisabeth, Bruselas, 1 (1971).

Vandier, J., *La religion égyptienne. «Mana»: Introduction à l'histoire des religions*, vol. I: *Les anciennes religions orientales*, 1.ª parte, París, 1949².
—, *Manuel d'archéologie égyptienne*, vol. II: *Les grandes époques. L'architecture religieuse et civile*, París, 1955; vol. III: *Les grandes époques. La statuaire*, París, 1958; vol. IV: *Bas-reliefs et peintures. Scènes de la vie quotidienne*, París, 1964.
Vercoutter, J., «New Egyptian texts from the Sudan», en *Kush*, 4 (1956), pp. 66-82.
—, «The gold of Kush. Two gold-washing stations at Faras East», en *Kush*, 7 (1959), pp. 120-153.
—, «Une campagne militaire de Sëti I en haute Nubie. Stele de Saï S. 579», en *Revue d'Égyptologie*, 24 (1972), pp. 201-208.
—, «La XVIII[e] Dynastie à Saï et en Haute Nubie», en *Études sur l'Égypte et le Soudan anciens, Cahiers de Recherche de l'Institut de Papyrologie et d'Égyptologie de Lille*, 1973, pp. 7-38.
Wainwright, G. A., «Some Sea-Peoples», en *JEA*, 47 (1961), pp. 71-90.
—, «The Meshwesh», en *JEA*, 48 (1962), pp. 89-99.
Walle, B. van de, *La transmission des textes littéraires égyptiens (avec une annexe de G. Posener)*, Bruselas, 1948.
Wenig, S., *Africa in antiquity*, vol. II: *The arts of ancient Nubia and the Sudan*, catálogo, The Brooklyn Museum, 1978.
Wente, E. F., «On the suppression of the High-Priest Amenhotep», en *JNES*, 25 (1966), pp. 73-87.
—, *Late Ramesside letters, Studies in Oriental Civilisation*, Chicago, 33 (1967).
—, «Tutankhamun and his world», en *Treasures of Tutankhamun*, Nueva York, 1976, pp. 19-31.
Wilson, J., *The burden of Egypt*, Chicago, 1951.
—, «Egypt», en H. Frankfort *et al.*, eds., *Before philosophy*, Harmondsworth, 1954 *a*, pp. 39-133.
—, «Authority and law in ancient Egypt», en *Journal of American Orient Society Supplement*, 17: *Authority and law in the ancient Near East* (1954 *b*), pp. 1-7.
—, «Buto and Hierakonpolis in the geography of Egypt», en *JNES*, 14 (1955), pp. 209-236.
—, «The Hymn to the Aton», en J. B. Pritchard (1969), p. 370.
—, «Akhenaton», en *New Encyclopedia Britannica, Macropaedia I*, 1974, pp. 401-403.
Wolf, W., «Amenhotep, Vizekönig von Nubien», en *Zeitschrift für Ägyptische Sprache und Altertumskunde*, 59 (1924), pp. 157-158.
—, *Die Kunst Ägyptens: Gestalt und Geschichte*, Stuttgart, 1957.

Youssef, A., «Merenptah's fourth year text at Amada», en *ASAE*, 58 (1964), pp. 272-280.
Yoyotte, J., «Une épithète de Min comme explorateur des régions orientales», en *Revue d'Égyptologie*, 9 (1952), pp. 125-137.
—, «Egypte ancienne», en *Histoire universelle*, vol. I: *Des origins à l'Islam, Encyclopédie de la Pléiade*, París, 1956.
—, «Les principautés du Delta au temps de l'anarchie libyenne», en *Mémoires publiées par les membres de l'Institut Français d'Archéologie Orientale du Cairo*, 66 (1961), pp. 121-181.
—, «Das Neue Reich in Ägypten, I: Die XVIII Dynastie», en E. Cassin, J. Bottéro y J. Vercoutter, eds., *Fischer Weltgeschichte*, vol. III: *Die altorientalischen Reiche*, Frankfurt del Main, 1966, 2.ª parte, pp. 222-260.
Zaba, Z., «Un nouveau fragment du sarcophage de Merymôse», en *ASAE*, 50 (1950), pp. 509-514.
Zeissl, H. von, «Äthiopen und Assyrer in Ägypten: Beitrage zur Geschichte der ägyptischen "Spätzei"», *Ägyptologische Forschungen*, 14, Glückstadt-Hamburgo, 1944.
Zhylarz, E., «The countries of the Ethiopian empire of Kash (kush) and Egyptian Old Ethiopia in the New Kingdom», en *Kush*, 6 (1958), pp. 7-38; trad. inglesa de M. Jackson.
Zibelius, K., *Afrikanische Orts- und Völkernamen in hieroglyphischen und hieratischen Texten*, Wiesbaden, 1972.

4. La baja época

Adams, W. Y., *Nubia, corridor to Africa*, Londres, 1977.
Ahituv, S., «Economic factors in the Egyptian conquest of Canaan», en *IEJ*, 28 (1978), pp. 93-105.
Adfred, C., *Egyptian art*, Londres, 1980.
Allam, S., «Zur Stellung der Frau im Alten Ägypten», en *Des Altertum*, 16 (1970), pp. 67-81.
—, «Les obligations et la famille dans la société égyptienne ancienne», en *Oriens Antiquus*, 16 (1977), pp. 89-97.
—, «Le droit égyptien ancien. État des recherches et perspectives», en *ZÄSA*, 105 (1978), pp. 1-6.
—, «Quelques aspects du mariage dans l'Égypte ancienne», en *JEA*, 67 (1981), pp. 116-135.
Amir, Mustafa el-, «The ΣΗΚΟΣ of Apis at Memphis», en *JEA*, 34 (1948), pp. 51-56.
—, «Monogamy, polygamy, endogamy and consanguinity in ancient Egyptian marriage», en *BIFAOC*, 62 (1964), pp. 103-107.

Anthes, R., *Mit Rahineh 1955*, Filadelfia, 1959.
—, *Mit Rahineh 1956*, Filadelfia, 1965.
Aristóteles, Pseudo-, *Oeconomica*, trad. inglesa de E. S. Forster en W. D. Ross, ed., *The works of Aristotle*, vol. X, Oxford, 1972.
Arkell, A. J., *A history of the Sudan from the earliest times to 1821*, Londres, 1961².
Atkinson, K. M. T., «The ligitimacy of Cambyses and Darius as kings of Egypt», en *JAOS*, 76 (1956), pp. 167-177.
Austin, M. M., *Greece and Egypt in the Archaic Age* (Proceedings of the Cambridge Philological Society, suplemento n.º 2), Cambridge, 1970.
Badawy, A. M., «The approach to the Egyptian temple in the Late and Graeco-Roman periods», en *ZÄSA*, 102 (1975), pp. 79-90.
Baedeker, K., *Egypt and the Sudan*, Londres, 1914⁷.
Baer, K., «The Lybian and Nubian kings of Egypt: notes on the chronology of Dynasties XXII to XXVI», en *JNES*, 32 (1973), pp. 4-25.
Bakir, Abd el Mohsen, *Slavery in Pharaonic Egypt*, *ASAE*, suplemento n.º 18, El Cairo, 1952.
Bakry, H. S. K., «Psammetichus II and his newly-found stela at Shellâl», en *Oriens Antiquus*, 6 (1967), pp. 225-244.
—, «A family from Saïs», en *MDAIAK*, 23 (1968), pp. 69-74.
—, «A donation stela from Busiris during the reign of King Neko (610-595 B.C.)», en *Studi Classici e Orientali*, 19-20 (1970-1971), pp. 325-337.
Ball, J., *Egypt in the classical geographers*, El Cairo, 1942.
Barois, J., *Les irrigations en Égypte*, París, 1911².
Barron, J. P., «The sixth-century tyranny at Samos», en *Classical Quarterly*, n. s. 14 (1964), pp. 210-229.
Basch, L., «Phoenician oared ships», en *The Mariner's Mirror*, 55 (1969), pp. 227-245.
—, «Trières grecques, phéniciennes et égyptiennes», en *Journal of Hellenic Studies*, 97 (1977), pp. 1-10.
—, «M. le Professeur Lloyd et les trières: quelques remarques», en *Journal of Hellenic Studies*, 100 (1980), pp. 198-199.
Bergman, J., «Zum "Mythus vom Staat" im Alten Ägypten», en H. Biezais, ed., *The myth of the state, Scripta Instituti Donneriani Aboensis*, 6, Estocolmo (1972), pp. 80-102.
Bernand, A., *Le delta égyptien d'après les textes grecques*, I, El Cairo, 1970.
—, y O. Masson, «Les inscriptions grecques d'Abou Simbel», en *Revue des Études Grecques*, 70 (1957), pp. 1-46.
Bernhardt, K.-H., *Der alte Libanon*, Viena-Munich, 1977.
Bevan, E., *The house of Ptolemy*, ed. revisada, Chicago, 1968².
Bickerman, E. J., *Chronology of the ancient world*, Londres, 1968.

Bietak, M., «Tell el-Dab'a II», *Untersuchungen der Zweigstelle Kairo des Österreichischen Archäologischen Institutes*, I, Viena (1975).
Bilabel, F., «Polykrates von Samos und Amasis von Aegypten», en *Neue Heidelberg. Jahrbücher*, N. F. (1934), pp. 129-159.
Bissing, F. W. Freiherr v., «Forschungen zur Geschichte und kulturellen Bedeutung der griechischen Kolonie Naukratis in Ägypten», en *Forschungen und Fortschriftte*, 25 (1949), pp. 1-2.
—, «Naukratis», en *Bulletin de la Société Royale d'Archéologie d'Alexandrie*, 39 (1951), pp. 32-82.
Blackman, A. H., «Priest, priesthood (Egyptian)», en J. Hastings, ed., *Encyclopedia of Religion and Ethics*, vol. X, Edimburgo-Nueva York, 1918.
—, «Oracles in Ancient Egypt, I», en *JEA*, 11 (1915), páginas 249-255.
—, «Oracles in Ancient Egypt II», en *JEA*, 12 (1926), pp. 176-185.
Blackman, W. S., *The Fellahin of Upper Egypt*, Londres, 1927.
Boardman, J.. *The Greeks overseas*, ed. revisada, Londres, 1980.
Boardman, P., *Social anthropology*, Londres, 1969.
Bonneau, D., *La crue du Nil*, París, 1964.
Bonnet, H., *Reallexikon der ägyptischen Religionschichte*, Berlín, 1952.
—, «Herunft und Bedeutung der naophoren Statue», en *MDAIAK*, 17 (1961), pp. 91-98.
Bosse, K., «Die menschliche Figur in der Rundplastik der ägyptischen Spätzeit von der XXII. bis zur XXX. Dynastie», *Ägyptischen Forschungen*, 1 (1936), Glückstadt-Hamburgo-Nueva York.
Bothmer, B. V., *Egyptian sculpture of the Late Period, 700 B.C.-100 A.D.*, Brooklyn Museum, 1969.
Bowman, R. A., «An Aramaic journal page», en *Am. J. Sem. Languages*, 58 (1941), pp. 302-313.
Braun, M., *History and romance in Graeco-Oriental literature*, Oxford, 1938.
Breasted, J. H., *Ancient records of Egypt. Historical documents from the earliest time to the Persian conquest*, Chicago, 1906-1907, 5 vols.
Bresciani, E., «La satrapia d'Egitto», en *Studi Classici e Orientali*, 7 (1958), pp. 153-187.
—, y S. Donadoni, *Letteratura e poesia dell'Antico Egitto*, Turín, 1969.
Brugsch, H. K., *Dictionnaire géographique de l'ancienne Égypte*, Leipzig, 1879-1880.
Brunner, H., «Das Göttkönigtum der Pharaonen», en *Universitas*, 118 (1956), pp. 797-806.
—, *Die Geburt des Gottkönigs*, Wiesbaden, 1964.
—, y H. Hommel, «Ein Bildnis des Amasis mit grieschischer Inschrift», en *Archiv für Orientforsch.*, 18 (1957-1958), pp. 279-287.

Burchardt, M., «Datierte Denkmäler der Berliner Sammlung aus der Achämenindenzeit», en *ZÄSA*, 49 (1911), pp. 69-80.

Butzer, K. W., *Early hydraulic civilization in Egypt. A study in cultural ecology (Prehistoric archaeology and ecology series)*, Chicago-Londres, 1976.

Cambridge Ancient History, vols. III-VI; vol. III: H. R. Hall (caps. 11-15); vol. IV: G. Buchanan Gray (cap. 1), P. N. Ure (cap. 4), G. B. Gray y M. Cary (cap. 7); vol. V: E. M. Walker (cap. 3); vol. VI: W. W. Tarn (cap. 1), H. R. Hall (cap. 6), W. W. Tarn (cap. 12).

Cameron, G. C., «Darius, Egypt and the "Lands Beyond the Sea"», en *JNES*, 2 (1943), pp. 307-313.

Caminos, R. A., «The Nitocris adoption stele», en *JEA*, 50 (1964), pp. 71-101.

Carpenter, R., «A trans-Saharan caravan route in Herodotus», *American Journal of Archaeology*, 60 (1956), pp. 231-242.

Cavaignac, E., «La milice égyptienne au VI^e siècle et l'empire achéménide», en *Revue Égyptologique*, n. s. 1 (1919), pp. 192-198.

Cazelles, H., «Sophonie, Jéremie, et les Scythes en Palestine», en *Revue Biblique*, 74 (1967), pp. 22-44.

Cenival, F. de, *Les associations religieuses en Égypte d'après les documents démotiques (Bibliothèque d'Étude*, 46), El Cairo, 1972.

Černý, J., «Consanguineous marraiges in Pharaonic Egypt», en *JEA*, 40 (1954), pp. 23-29.

Cook, R. M., «Amasis and the Greeks in Egypt», en *Journal of Hellenic Studies*, 57 (1937), pp. 227-237.

Cooney, J. D., «The portrait of an Egyptian collaborator», en *Brooklyn Museum Bulletin*, 15 (2) (1953), pp. 1-16.

Corpus inscriptionum semiticarum, I, 1, París, 1881.

Coulsen, W. D. E., y A. Leonard, «A preliminary survey of the Naukratis region in the western Nile Delta», en *J. Field Archaeology*, 6 (1979), pp. 151-168.

Couyat, J., y P. Montet, *Les inscriptions hiéroglyphiques et hiératiques du Ouâdi Hammamat*, El Cairo, 1912-1913.

Crawford, D., *Kerkeosiris. An Egyptian village in the Ptolemaic period*, Cambridge, 1971.

Chamoux, F., *Cyrène sous la monarchie des Battiades*, París, 1953.

Champollion, J. F., *Lettres écrites de l'Égypte et de Nubie*, París, 1868.

Christophe, L. A., «L'ascendance de la Divine Adoratrice», en *Cahiers d'Histoire Égyptienne*, serie IV, 3-4 (1952), pp. 222-233.

Daressy, G., «Stèle de l'an III d'Amasis», en *Recueil de Travaux*, 22 (1900), pp. 1-9.

Daumas, F., «Le problème de la monnaie dans l'Égypte antique avant

Alexandre», en *Mélanges École Française Rome*, 89 (1977), pp. 425-442.
Davies, N. de Garis, «The town house in ancient Egypt», en *Metropolitan Museum Studies*, 1, 2 (1929), pp. 233-255.
Davies, W. V., «The origin of the Blue Crown», en *JEA*, 68 (1982), pp. 69-76.
Davis, S., *Race-relations in Ancient Egypt*, Londres, 1951.
Davis, W. M., «Ancient Naukratis and the Cypriots in Egypt», en *Götting. Misz.*, 35 (1979), pp. 13-23.
—, «The Cypriots at Naukratis», en *Götting. Misz.*, 41 (1980), pp. 7-19.
—, «Egypt, Samos, and the archaic style in Greek sculpture», en *JEA*, 67 (1981), pp. 61-81.
Decker, W., «Die physische Leistung Pharaos», en *Untersuchungen zu Heldentum, Jags und Leibesübungen der ägyptischen Könige*, Colonia, 1971.
—, «La délégation des Éléens en Égypte sous la 26e Dynastie (Her. II 160-Diod.I 95)», en *Chronique d'Égypte*, 49 (1974), pp. 31-42.
Demisch, H., *Die Sphinx. Geschichte ihrer Dastellung von den Anfängen bis zur Gegenwart*, Stuttgart, 1977.
Derchen, P., «Le rôle du roi d'Égypte dans le maintien de l'ordre cosmique», en *Annales du Centre d'Étude et Religion*, 1 (1962), pp. 61-73.
Diller, A., «Race mixture among the Greeks before Alexander», *Illinois Studies in Language and Literature*, 20, 1-2, Urbana, Ill., 1937.
Diodorus Siculus, *Library of History*. Traducido por C. H. Oldfather *et al.*, Londres.
Dothan, M., «Ashdod II-III. The second and third seasons of excavations 1963, 1965», en *'Atiqot*, Jerusalén, 9-10 (1971).
—, y D. N. Freedman, «Ashod I. The first season of excavations 1962», en *'Atiqot*, Jerusalén, 7 (1967).
Drioton, E., y J. Vandier, *L'Égypte*, París, 1962⁴.
Dunand, M., «Les rois de Sidon au temps des perses», en *Mélanges de l'Université Saint-Joseph (Beirouth)*, 49 (1975-1976), pp. 489-499.
Dupont-Sommer, A., «Les dieux et les hommes en l'île d'Éléphantine, près d'Assouan, au temps de l'empire des perses», en *Comptes Acad. Inscript. et Belles-Lettres* (1978), pp. 756-772.
Eddy, F. K., *The king is dead. Studies in the Near Eastern resistance to hellenism 334-31 B.C.*, Lincoln, Nebraska, 1961.
Edel, E., «Amasis and Nebukadrezar II», en *Götting. Misz.*, 29 (1978), pp. 13-20.
Emery, W. B., *Egypt in Nubia*, Londres, 1965.
—, «Preliminary reports on the excavations at north Sâqqara», en *JEA*, pp. 51-57 (1965-1971).

Endesfelder, E., «Zur Frage der Bewässerung im Pharaonischen Ägypten», en *ZÄSA*, 106 (1979), pp. 37-51.
Erichsen, W., «Erwächnung eines Zuges nach nubien unter Amasis in einen demotischen Text», en *Clio*, 34 (1941), pp. 56-61.
Erman, A., y U. Wilcken, «Die Naukratisstele», en *ZÄSA*, 38 (1900), pp. 127-135.
Fairman, H. W., «Workship and festivals in an Egyptian temple», en *Bull. of the John Rylands Library*, 37 (1) (1954), pp. 165-203.
Fakhry, A., *Bahria oasis*, El Cairo, 1942-1950, 2 vols.
—, *Siwa oasis*, El Cairo, 1944.
—, «The search for texts in the western desert», en *Textes et Langages de l'Égypte Pharaonique, Hommages à Jean-François Champollion*, vol. II, El Cairo, 1973 *a*, pp. 207-222.
—, *The oases of Egypt*, vol. I: *Siwa oasis*, El Cairo, 1973 *b*; vol. II: *The Bahriyah and Farafra oases*, El Cairo, 1974.
Farag, S., G. Wahba y A. Farid, «Reused blocks from a temple of Amasis at Philae. A preliminary report», en *Oriens Antiquus*, 16 (1977), pp. 315-324.
Farina, G., «La politica religiosa di Cambise in Egitto», en *Bilychnis*, 33 (1929), pp. 449-457.
Finegan, J., *Handbook of biblical chronology*, Princeton, 1964.
Finley, M. I., *The world of Odysseus*, Harmondsworth, 1956.
Fitzmyer, J. A., «The Aramaic letter of king Adon to the Egyptian pharaoh», en *Biblica*, 46 (1965), pp. 41-55.
Fleming, W. D., «History of Tyre», *Columbia University Oriental Studies*, 10, Nueva York, 1915.
Frankfort, H., *Kingship and the gods*, Chicago, 1948.
—, *Ancient Egypt and religion*, Nueva York, 1961.
Freedy, K. S., y D. Redford, «The dates in Ezekiel in relation to biblical, Babylonian and Egyptian sources», en *JAOS*, 90 (1970), pp. 462-485.
Froidefond, C., *Le mirage égyptien dans la littérature grecque d'Homer à Aristote*, Publications Universitaires des Lettres et Sciences Humaines d'Aix-en-Provence, Aix-en-Provence, 1971.
Frye, R., *The heritage of Persia*, Londres, 1962.
Gadd, C. J., *The folk of Nineveh*, Londres, 1923.
Gardiner, A. H., *Ancient Egyptian onomastica*, Oxford, 1947, 3 vols.
—, *Egypt of the pharaophs*, Oxford, 1961.
Gardner, E. A., *Naukratis II*, Londres, 1888.
Gauthier, H., *Le livre des rois d'Égypte*, El Cairo, 1907-1917, 5 vols.
—, *Dictionnaire des noms géographiques contenus dans les textes hiéroglyphiques*, El Cairo, 1925-1931.
—, «Les noms d'Égypte depuis Hérodote jusqu'à la conquête arabe», *Mémoires Inst. d'Égypte*, 25, El Cairo, 1935.

Ghali, I. A., *L'Égypte et les juifs dans l'Antiquité*, París, 1969.
Ghiershman, R., *Iran*, Harmondsworth, 1965.
Gjerstad, E., «Studies in archaic Greek chronology. I. Naukratis», en *Liverpool Annals Archaeol. Anthropol.*, 21 (1934), pp. 67-84.
Goedicke, H., «Psammetik I. und die Libyer», en *MDAIAK*, 18 (1962), pp. 26-49.
Gomaà, F., *Die libyschen Fürstentümer des Deltas vom Tod Osorköns II. bis zur Wiederbereinigung Ägyptens durch Psammetik I*, Wiesbaden, 1974.
Goody, J., ed., *Kingship*, Penguin Modern Sociology Readings, Harmondsworth, 1971.
Gostynski, T., «La Lybie antique et ses relations avec l'Égypte», *Inst. Fond. Afrique Noire*, serie B, 37 (1975), pp. 3.473-3.588.
Goyon, G., *Nouvelles inscriptions rupestres du Wadi Hammamat*, París, 1957.
Griffith, F. Ll., *Stories of the high priests of Memphis*, Oxford, 1900.
—, *Catalogue of the Demotic papyri in the John Rylands Library Manchester*, Manchester, 1909, 3 vols.
Gsell, S., *Histoire ancienne de l'Afrique du nord*, París, 1913-1928, 8 v.
Gilmot, M., «Le Sarapieion de Memphis: étude topographique», en *Chronique d'Égypte*, 37 (1962), pp. 359-381.
Gunn, B., «The stela of a priest at Mîtranîna», en *ASAE*, 27 (1927), pp. 211-237.
—, «Notes on the Naukratis stela», en *JEA*, 29 (1943), pp. 55-59.
Gyles, M. F., «Pharaonic policies and administration 663 to 323 B C.», *James Sprunt Studies in History and Political Science*, Chapel Hill, 41, 1959.
Habachi, L., «Sais and its monuments», en *ASAE*, 42 (1943), pp. 369-416.
—, *Tell Basta*, *ASAE*, suplemento 22, El Cairo, 1957.
—, «Psammétique II dans la région de la première cataracte», en *Oriens Antiquus*, 13 (1974), pp. 317-326.
Haight, E. H., *The life of Alexander of Macedon*, Nueva York, 1955.
Hamilton, J. R., *Alexander the Great*, Londres, 1973.
Harrison, M., «Excavations at Mendes», en *Newsl. Am. Res. Cent. Egypt*, 107 (1978-1979), pp. 15-17.
Hartmann, F., *L'agriculture dans l'ancienne Égypte*, París, 1923.
Heichelheim, F. M., *An ancient economic history from the Palaeolithic Age to the migration of the Germanic, Slavic and Arabic nations*, Leiden, 1957, 2 vols.
Helck, W., «Untersuchungen zu Manetho und den Ägyptischen Königsliten», *Untersuchungen*, 18, Berlín, 1956.
—, «Die Ägypter und die Fremden», en *Saeculum*, 15 (1964), pp. 103-114.

—, *Materialien zur Wirtschaftsgeschichte des Neuen Reiches I-VI, Akademie der Wissenchaften und der Literatur im Mainz. Abh. der Geistesund Sozialwiss. Klasse, Jhrg. 1960-1969*; con índices de I. Hoffmann, Wiesbaden, 1970.

—, *Wirtschaftsgeschichte des Alten Ägypten in 3. und 2. Jahrtausend vor Chr.*, Leiden, 1975.

—, E. Otto y W. Westendorf, eds., *Lexikon der Ägyptologie*, I ff., Wiesbaden, 1975 ss.

Hermann, A., «Die ägyptische Königsnovelle», *Leipziger Ägyptologischen Studien*, Glückstadt-Hamburgo-Nueva York, 10 (1938).

Herodotus, *Herodotus. The Histories*, Harmondsworth, 1972.

Hill, sir George, *A history of Cyprus*, vol. I, Cambridge, 1940.

Hinz, W., «Darius und der Suezkanal», en *Archaeologische Mitteilungen aus Iran*, 8 (1975), pp. 115-121.

Hölscher, W., «Libyer und Ägypter», *Ägypt. Forschungen*, 4, Glückstadt-Hamburgo-Nueva York, 1937.

Hoffmeier, J. K., «A new insight on pharaoh a priest from Herodotus, Diodorus and Jeremiah 46:17», en *J. Soc. Stud. Egypt. Antiquities*, 11 (1981), pp. 165-168.

Hogarth, D. G., «Excavations at Naukratis», en *Annual of the British School of Athens*, 5 (1898-1899), pp. 26-97.

—, H. L. Lorimer y C. C. Edgar, «Naukratis, 1903», en *Journal of Hellenic Studies*, 25 (1905), pp. 105-136.

Holm-Rasmussen, T., «Nektanebos II and temple M at Karnak (north)», en *Götting. Misz.*, 26 (1977), pp. 37-41.

Holz, R. K., D. Stieglitz, D. P. Jansen y E. Ochsenschlager, *Mendes I*, El Cairo, 1980.

Hopfner, T., *Der Tierkult der alten Ägypter, Denkschriften wien*, 57, 2, Viena, 1913.

Hornung, E., «Die Sonnenfinsternis nach dem Tode Psammetichs I», en *ZÄSA*, 92 (1965), pp. 38-39.

—, *Geschichte als Fest*, Darmstadt, 1966.

Hude, C., *Herodoti Historiae*, Oxford Classical Texts, Oxford, 1927³, 2 vols.

Hughes, G. R.,«Saite Demotic land leases», *Studies in Ancient Oriental Civilization*, 28, Chicago, 1952.

Jacobsohn, H., «Die dokmatische Stellung des Königs in der Theologie der Alten Ägypter», *Ägypt. Forschungen*, 8, Glückstadt-Hamburgo-Nueva York, 1939.

Jacoby, F., *Die Fragmente der grietischen Historiker. III*, Leiden, 1958.

Janssen, J. J., *Commodity prices from the Ramessid period*, Leiden, 1975 *a*.

—, «Prolegomena to the study of Egypt's economic history during the New Kingdom», en *SAK*, 3 (1975 *b*), pp. 127-185.

—, «Gift-giving in Ancient Egypt as an economic feature», en *JEA*, 68 (1982), pp. 253-258.

Jantzen, U., *Ägyptische und orientalische Bronzen aus dem Heraion Von Samos* (Samos, 8), Bonn, 1972.

Janvier, Y., «Pour une melleure lecture d'Hérodote: à propos de l'Égypte et du "Périple de Néchao"», en *Les Études Classiques*, 46 (1978), pp. 95-111.

Jelinková-Reymond, E., «Quelques recherches sur les réformes d'Amasis», en *ASAE*, 54 (1956), pp. 251-287.

Jenkins, G. K., «Greek coins recently adquired by the British Museum», en *The Numismatic Chronicle*, 6.ª serie, 15 (1955), pp. 131-156.

Johnson, J. H., «The Demotic chronicle as an historical source», en *Enchoria*, 4 (1974), pp. 1-17.

Josephus, *Jewish Antiquities*, traducido por H. St. J. Thackevay *et al.*, Cambridge.

Junge, P. J., *Dareios I. König der Perser*, Leipzig, 1944.

Kaiser, M., «Herodots Begegnung mit Ägypten», en S. Morenz, *Die Begegnung Europas mit Ägypten*, Berlín, 1968, pp. 205-246.

Kákosy, L., «Les sciences à l'époque saïte et persane», en *Annalis Universitati Budapestiensis, Sectio classica*, 3 (1975), pp. 17-22.

Kaplony, P., «Bemerkungen zum ägyptischen Königtum, vor allen in der Spätzeit», en *Chronique d'Égypte*, 46 (1971), pp. 250-274.

Katzenstein, H. J., *The history of Pire*, Jerusalén, 1973.

Kees, H., «Review of Fritz Heichelheim, *Die Auswartige* vevolkerung im Ptoiemäerreich», en *Göttingische Gelehrte Anzeigen*, 188 (1926), pp. 172-181.

—, *Ägypten (Kulturgeschichte des Alten Orients)*, Munich, 1933.

—, «Zur Innenpolitik der Saïtendynastie», en *Nach. Ges. Wiss. Göttingen Phil.-Hist. Kl.*, 1 (1934-1936), pp. 95-106.

—, «Naukratis», en *Paulys Real-Encyclopädie der Classischen Altertumswissenschaft*, 16, 1935, pp. 1.954-1.966.

—, «Das Priestertum im ägyptischen Staat», *Probleme der Ägyptologie*, 1, Leiden-Colonia, 1953.

—, *Der Götterglaube im alten Ägypten*, Berlín, 1956² *a*.

—, *Totenglauben und Jenseitsvorstellungen der alten Ägypter*, Berlín, 1956² *b*.

—, *Ancient Egypt. A cultural topography*, Londres, 1961.

Kemp, B. J., «A note on stratigraphy at Memphis», en *JARCE*, 13 (1976), pp. 25-29.

—, «The early development of towns in Egypt», en *Antiquity*, 51 (1977 *a*), pp. 185-200.

—, «The palace of Apries at Memphis», en *MDAIAK*, 33 (1977 *b*), pp. 101-108.

—, «Imperialism and empire in New Kingdom Egypt (*c.* 1575-1087 B.C.)», en P. D. A. Garnsey y C. R. Whittaker, eds., *Imperialism in the ancient world*, Cambridge, 1978 *a*, pp. 7-57, 284-297, 368-373.

—, «A further note on the palace of Apries at Memphis», en *Götting. Misz.*, 29 (1978 *b*), p. 61.

Kent, R., *Old Persian*, ed. revisada, New Haven, 1953².

Kienitz, F. K., *Die politische Geschichte Ägyptens vom 7. bis zum 4. Jahrhundert vor der Zeitwende*, Berlín, 1953.

—, «Die Saïtische Renaissance», en E. Cassin, J. Bottéro y J. Vercoutter, eds., *Fischer Weltgeschichte. Die altorientalischen Reiche. III. Die erste Hälfte des 1. Jahrtausends*, Frankfurt del Main, 1967, pp. 256-282.

Kitchen, K. A., *The Third Intermediate Period in Egypt (1100-650 B.C.)*, Warminster, 1973.

—, «On the princedoms of Late-Libyan Egypt», en *Chronique d'Égypte*, 52 (1977), pp. 40-48.

Klasens, A., «Cambyses en Égypte», en *Jaarber. Vooraziat-Egypt. Genoot. «Ex Oriente Lux»*, 10 (1945-1948), pp. 339-349.

Kornfeld, W., «Neues über die phönikischen und aramäischen Graffiti in den Tempeln von Abydos», en *Anzeiger Öst. Okad. Wiss. Phil.-Hist. Klasse*, 7 (1978), pp. 193-204.

Kraeling, E. G., *The Brooklyn Museum Aramaic papyri*, Nueva York, 1953, 1969².

Kuhlmann, K. P., «Ptolemais — queen of Nectanebo I. Notes on the inscription of an unknown princess of the XXXth dynasty», en *MDAIAK*, 37 (1981), pp. 267-279.

Lane, E., *The manners and customs of the modern Egyptians*, ed. de Everyman, Londres, 1966.

Leahy, A., «Egyptian geography and settlement patterns», en J. Bintliff, ed., *Mycenaean geography*, Cambridge, 1977.

Leclant, J., y H. de Meulenaere, «Une statuette égyptienne à Delos», en *Kémi*, 14 (1957), pp. 34-42.

—, «Montouembat quatrième prophète d'Amon prince de la ville», *Bibliothèque d'Étude*, 35, El Cairo, 1961.

—, «Les relations entre l'Égypte et la Phénicie du voyage d'Ounamon à l'expédition d'Alexandre», en W. A. Ward, *The role of the Phoenicians in the interactions of Mediterranean civilizations. Papers presented to the archaeological Symposium at the American University of Beirut, March 1967*, Beirut, 1968, pp. 9-31.

Lefebvre, G., *Le tombeau de Petosiris*, El Cairo, 1923-1924, 3 vols.

Libourel, J. M., «The Athenian disaster in Egypt», en *Am. J. Philology*, 92 (1971), pp. 605-615.

Lichtheim, M., *Ancient Egyptian literature*, I: *The Old and Middle King-*

doms, Berkeley-Los Ángeles, 1975; II: *The Late Period*, Berkeley-Los Ángeles, 1980.

—, «The Naucratis stele once again», en J. P. Allen y E. F. Wente, eds., *Studies in honor of George R. Hughes*, Chicago, 1976, pp. 139-146.

Lindsay, J., «The Babylonian kings and Edom, 605-550 B.C.», en *Palestine Exploration Quarterly*, 108 (1976), pp. 23-39.

Lipinski, E., «The Egypto-Babylonian war of the winter 601-600 B.C.», en *Ann. Ist. Orient. Napoli*, 32 (1972), pp. 235-241.

Lorton, D., «The juridical terminology of international relations in Egyptian texts through Dyn. XVIII», *The John Hopkins Near Eastern Studies*, 4, Baltimore-Londres, 1974.

Lucas, A., *Ancient Egyptian materials and industries*, ed. revisada por J. R. Harris, Londres, 1962[4].

Luckenbill, D. D., *Ancient records of Assyria and Babylonia*, Chicago, 1927, 2 vols.

Lloyd, A. B., «Perseus and Chemmis (Herodotus II 91)», en *Journal of Hellenic Studies*, 89 (1969), pp. 79-86.

—, «Triremes and the Saïte navy», en *JEA*, 58 (1972 *a*), pp. 268-279.

—, «The so-called galleys of Necho», en *JEA*, 58 (1972 *b*), pp. 307-308.

—, *Herodotus Book II, Introduction*, Leiden, 1975 *a*.

—, «Were Necho's triremes Phoenician?», en *Journal of Hellenic Studies*, 95 (1975 *b*), pp. 45-61.

—, *Herodotus Book II, Commentary 1-98*, Leiden, 1976.

—, «Necho and the Red Sea: some considerations», en *JEA*, 63 (1977), pp. 142-155.

—, «Two figured ostraca from North Sâqqara», en *JEA*, 64 (1978), pp. 107-112.

—, «M. Basch on triremes: some observations», en *Journal of Hellenic Studies*, 100 (1980), pp. 195-198.

—, «Nationalist propaganda in Ptolemaic Egypt», en *Historia*, 31 (1982 *a*), pp. 33-55.

—, «The inscription of Udjahorresnet: a collaborator's testament», en *JEA*, 68 (1982 *b*), pp. 166-180.

Macfarquhar, C. F., «Early Greek travellers in Egypt», en *Greece and Rome*, 13 (1966), pp. 108-116.

Magnanini, P., *Le iscrizioni fenicie dell'oriente*, Roma, 1973.

Mair, L., *An introduction to social anthropology*, Oxford, 1977[2].

Malamat, A., «The last wars of the kingdom of Judah», en *JNES*, 9 (1950), pp. 218-227.

—, «The last kings of Judah and the fall of Jerusalem», en *IJE*, 18 (1968), pp. 137-156.

—, «Josiah's bid for Armageddon. The background of the Judean-Egyp-

tian encounter in 609 B.C.», en *J. Ancient Near Eastern Soc. Columbia University*, 5 (1973), pp. 267-279.
—, «Megiddo, 609 B.C.: the conflict re-examined», en *Acta Antiqua*, 22 (1974), pp. 445-449.
—, «A twilight of Judah: in the Egyptian-Babylonian maelstrom», en *Vetus testamentum*, suplemento 28 (1975), pp. 123-145.
—, *A history of the Jewish people*, Londres, 1976.
Malinine, M., y J. Pirenne, *Documents juridiques égyptiens*, en *Archives d'Histoire du Droit Oriental*, segunda serie, 5 (1950-1951), pp. 11-91.
—, *Choix de textes juridiques en hiératique anormal et en démotique (XXV^e-XXVII^e Dynastie)*, París, 1953.
—, G. Posener y J. Vercoutter, *Catalogue des stèles du Sérapéum de Memphis*, París, 1968.
—, — y —, «Vente de tombes à l'époque saïte», en *Rev. Égypt.*, 27 (1975), pp. 164-174.
Mallet, D., *Le culte de Neit à Saïs*, París, 1888.
—, *Les premiers établissements des grecs en Égypte*, París, 1893.
—, *Les rapports des grecs avec l'Égypte*, El Cairo, 1922.
Manetho. Traducido por W. C. Waddeu, Cambridge, 1940.
Masson, O., «Les Cariens en Égypte», en *Bull. Soc. Français Égyptol.*, 56 (1969), pp. 25-36.
—, «Les chypriotes en Égypte», en *Bull. Soc. Français Égyptol.*, 60 (1971), pp. 28-46.
—, y J. Yoyotte, *Objects pharaoniques à inscription carienne (Bibliothèque d'Étude, 15)*, El Cairo, 1956.
Matthiae Scandone, G., «Il tempio di Neith in Sais e gli dei ΣΥΝΝΑΟΙ in epoca tarda», en *Oriens Antiquus*, 6 (1967), pp. 145-168.
Mauny, R., «Le périple de l'Afrique par les phéniciens de Nechao vers 600 av. J.C.», en *Archeologia*, 96 (1976), pp. 44-45.
Mauss, M., *The gift: forms and functions of exchange in archaic societies*, Londres, 1954.
Mazzarino, S., *Fra oriente ed occidente, ricerche di storia greca arcbaica*, Florencia, 1947.
Meiggs, R., «The crisis of Athenian imperialism», en *Harvard Studies Classical Philology*, 67 (1963), pp. 1-36.
—, *The Athenian empire*, Oxford, 1972.
Menu, B., «Les rapports de dépendance en l'Égypte à l'époque saïte et perse», en *Revue Historique de Droit Français et Étranger*, 55 (1977), pp. 391-401.
Meulenaere, H. de, *Herodotos over de 26ste Dynastie (Bibliothèque du Muséon*, 27), Lovena, 1951.
—, «De vestiging van de Saïtische dynastie», en *Orientalia Gandensia*, 1 (1964), pp. 95-103.

—, «Die Dritte Zwischenzeit und das äthiopische Reich», en E. Cassin, J. Bottéro y J. Vercoutter, eds., *Fischer Weltgeschichte. Die altorientalischen Reiche. III. Die erste Hälfte des I. Jahrtausends*, Frankfurt del Main, 1967, pp. 220-255.

—, «La famille du roi Amasis», en *JEA*, 54 (1968), pp. 183-187.

—, «Le clergé abydénien d'Osiris à la Basse Époque», en *Orientalia Lovaniensia Periodica*, 6-7 (Miscellanea Vergote) (1975-1976), pp. 133-151.

—, y P. Mackay, *Mendes II*, Warminster, 1976.

Meyer, E., «Ägyptische Dokumente aus der Perserzeit», en *Sitz. Preuss. Ak. Wiss. Phil.-Hist. Klasse*, 16 (1915), pp. 287-311.

—, «Gottesstaat, Militärherrschaft und Ständewesen in Ägypten», en *Sitz. Preuss. Ak. Wiss. Phil.-Hist. Klasse*, 28 (1928), pp. 495-532.

Millard, A. R., «The Scythian problem», en J. Ruffle *et al.*, eds., *Orbis Aegyptorum Speculum. Glimpses of Ancient Egypt*, Warminster, 1979, pp. 119-122.

Mitchell, B., «Herodotus and Samos», en *Journal of Hellenic Studies*, 95 (1975), pp. 75-91.

Montet, P., *Géographie de l'Égypte ancienne*, París, 1957-1961, 2 vols.

Morenz, S., *Ägyptische Religion*, Stuttgart, 1960.

Moret, A., «Du caractère religieux de la royauté pharaonique», *Annales du Musée Guimet. Bibliothèque d'Études*, 15, París, 1920 *a*.

—, *Le rituel du culte divin journalier en Égypte*, París, 1920 *b*.

Müller, C., «VIII. Drei Stelenfragmente», en W. Kaiser *et al.*, «Stadt und Tempel von Elephantine. Fünfter Grabungsbericht», en *MDAIAK*, 31 (1975), pp. 80-84.

Müller, H., «Die formale Entwicklung der Titulatur der ägyptischen Könige», *Ägyptischen Forschungen*, 7, Glückstadt-Hamburgo-Nueva York, 1938.

Müller, W., *Die Umsegelung Afrikas durch phönizische Schiffer ums Jahr 6000 v. Christ. Geb.*, Rathenow, s. f.

Murnane, W. J., «Ancient Egyptian coregencies», *Studies in Ancient Oriental Civilization*, 40, Chicago, 1977.

Muszynski, M., «Les papyrus démotiques de Ricci», en *Enchoria*, 6 (1976), pp. 19-27.

—, «Les "associations religieuses" en Égypte d'après les sources hiéroglyphiques, démotiques et grecques», en *Orientalia Lovaniensia Periodica*, 8 (1977), pp. 145-174.

Naville, E., *Bubastis*, Londres, 1891.

—, *The festival hall of Osorkon II in the great temple of Bubastis*, Londres, 1892.

—, *The store-city of Pithom*, Londres, 1903[4].

Oldfather *et al.*, *Diodorus Siculus*, Loeb Classical Library, Cambridge, Mass.-Londres.
Olmstead, A. T., *History of the Persian empire*, Chicago-Londres, 1959.
Oren, E., ['Informe sobre las excavacions en «Migdol»'], en *Qadmoniot*, 10 (1977), pp. 71-76 (en hebreo).
—, «Stratopeda —Biblical Migdol? A new fortress of the archaic period in the eastern Nile Delta», en *Greece and Italy in the Classical World (Acta of the XI International Congress of Classical Archaeology, London, 3-9 September 1978)*, Londres, 1979, p. 199.
Otto, E., «Die biographischen Inschriften der ägyptischen Spätzeit», *Probleme der Ägyptologie*, 2, Leiden, 1954.
Otto, W., *Priester und Tempel im hellenistischen Ägypten*, Leipzig-Berlín, 1905-1908, 2 vols.
Parke, H. W., *Greek mercenary soldiers*, Oxford, 1933.
Parker, R. A., «The length of the reign of Amasis and the beginning of the Twenty-sixth Dynasty», en *MDAIAK*, 15 (1957), pp. 208-214.
—, *A Saite oracle papyrus from Thebes*, Providence, 1962.
—, y W. H. Dubberstein, «Babylonian chronology 626 B.C.-A.D. 75», *Brown University Studies*, 19, Providence, 1956.
Parlebas, J., «Les égyptiens et la ville d'après les sources littéraires et archéologiques», en *Ktèma*, 2 (1977), pp. 49-57.
Pernigotti, S., «Ricerche su personaggi egiziani di epoca etiopica e saitica», en *Aegyptus*, 54 (1974), pp. 141-156.
—, «A proposito di Sais e delle sue divinità», en *Studi Classici e Orientali*, 28 (1978), pp. 223-235.
Pestman, P., *Marriage and matrimonial property in Ancient Egypt*, Leiden, 1961.
Petrie, W. M. F., *Naukratis I (1884-5)*, Londres, 1886.
—, *Tanis II. Nebesheh (Am) and Defenneh (Tahpanhes)*, Londres, 1888.
—, *A history of Egypt*, vol. III: *From the XIXth to the XXXth Dynasties*, Londres, 1905.
—, y J. H. Walker, *Memphis I*, Londres, 1909 *a*.
—, y —, *The palace of Apries (Memphis II)*, Londres, 1909 *b*.
—, E. Mackay y G. Wainwright, *Meydum and Memphis III*, Londres, 1910.
—, G. A. Wainwright y A. H. Gardiner, *Tarkhan I and Memphis V*, Londres, 1913.
Picard, Ch., «La *thoraké* d'Amasis», en *Hommages à Waldemar Deonna. Collection Latomus*, 28, 1957, pp. 363-370.
Pirenne, J., *Histoire de la civilisation de l'Égypte ancienne*, vol. III, París, 1963.
—, y A. Théodoridès, «Droit égyptien. (Introduction bibliographique à l'histoire du droit et à l'ethologie juridique)», Bruselas, 1966.

Poidebard, A., *Un grand port disparu. Tyr*, París, 1939.
Porten, B., *Archives from Elephantine*, Berkeley-Los Ángeles, 1968.
—, y J. C. Greenfield, *Jews of Elephantine and Arameans of Syene (5th century BC)*, Jerusalén, 1974.
—, y R. L. B. Moss, *Topographical bibliography of ancient Egyptian hieroglyphic texts, reliefs and paintings*, Oxford, 1927-1951, 7 vols.; vols. I-II, Oxford, 1960-1964²; vol. III, 1.ª parte, Oxford, 1974², ed. revisada y ampliada por J. Málek.
Posener, G., «Notes sur la stèle de Naucratis», en *ASAE*, 34 (1934), pp. 141-148.
—, «La première domination perse en Égypte», *Bibliothèque d'Étude*, 11, El Cairo, 1936.
—, «Le canal du Nil à la Mer Rouge avant les Ptolemés», en *Chronique d'Égypte*, 13 (1938), pp. 259-273.
—, «Les douanes de la Mediterranée dans l'Égypte saïte», en *Revue de Philologie*, 21 (1947), pp. 117-131.
—, *Littérature et politique dans l'Égypte de la XXII^e dynastie*, París, 1956.
—, «Le conte de Néferkarè et du général Siséné (recherches littéraires IV)», en *Rev. Égypt.*, 11 (1957), pp. 119-137.
—, *De la divinité du pharaon*, París, 1960.
Prinz, H., «Funde aus Naukratis», *Klio Beiheft*, 7, 1908.
Pritchard, J. B., ed., *Ancient Near Eastern texts relating to the Old Testament*, Princeton, 1969³.
Ranke, H., «Eine spätsaïtische Statue in Philadelphia», en *MDAIAK*, 12 (1943), pp. 107-138.
Ray, J. D., «The house of Osorapis», en P. J. Ucko, R. Tringham y G. W. Dimbledy (1972), pp. 699-704.
—, *The archive of Hor*, Londres, 1976.
—, «Ancient Egypt», en M. Loewe y C. Blacker, eds., *Divination and oracles*, Londres, 1981, pp. 174-190.
—, «The Carian inscriptions from Egypt», *JEA*, 68 (1982), pp. 181-198.
Redford, D. B., «The oases in Egyptian history to classical times. Part IV *c.* 1000-*c.* 630 B.C.», en *Newsl. Soc. Stud. Egypt. Antiquities*, 7 (4) (1977 *a*), pp. 7-10.
—, «Some observations on Egyptian in Egyptian chronology of the eighth and seventh centuries B.C.», en *American Journal of Archaeology*, 81 (1977 *b*), pp. 82-83.
Ritner, R. K., «Khababash and the Satrap Stela — a grammatical rejoinder», en *ZÄSA*, 107 (1980), pp. 135-137.
Roeder, G., *Altägyptische Erzählungen und Märchen*, Jena, 1927.
—, *Kulte, Orakel und Naturverehrung im alten Ägypten*, Zurich-Stuttgart, 1960.

Röllig, W., «Politische Heiraten im Alten Orient», en *Saeculum*, 25 (1974), pp. 11-23.
Rostovtzeff, M., *The social and economic history of the Hellenistic world*, Oxford, 1953, 3 vols.
Russmann, E. R., *The representation of the king in the XXVth dynasty (monographies Reine Élisabeth)*, Bruselas-Brooklyn, 1974.
Ruszczyc, B., «Le temple d'Amasis à Tell-Atrib», en *Études et Travaux*, 9 (1976), pp. 117-127.
Säve-Söderbergh, T., *Ägypten und Nubien: ein Beitrag zur Geschichte altägyptischer Aussenpolitik*, Lund, 1941.
Saffirio, L., «L'alimentazione umana nell'antico Egitto», en *Aegyptus*, 52 (1972), pp. 19-66.
Salmon, P., *La politique égyptienne d'Athènes (VI^e et V^e siècles avant J.-C.)*, Bruselas, 1965.
Sauneron, S., y J. Yoyotte, «La campagne nubienne de Psammétique II et sa signification historique», en *BIFAOC*, 50 (1952 *a*), pp. 157-207.
—, «Sur la politique palestinienne des rois saïtes», en *Vetus Testamentum*, 2 (1952 *b*), pp. 131-136.
—, *Les prêtres de l'ancienne Égypte*, Bourges, 1957.
—, «L'avis des égyptiens sur la cuisine soudanaise», en *Kush*, 7 (1959), pp. 63-70.
—, «Villes et légendes d'Égypte. VI. À propos du "toponyme" Achérou (*isrw*)», en *BIFAOC*, 62 (1964), pp. 50-57.
Sayed, R. el-, «Quelques éclaircissements sur l'histoire de la XXVI^e dynastie, d'après la statue du Caire CG. 658», en *BIFAOC*, 74 (1974), pp. 29-44.
—, «Documents relatifs à Saïs et ses divinités», *Bibliothèque d'Étude*, 69, El Cairo, 1975.
—, «Deux aspects nouveaux du culte à Saïs — un prophète du nain de Neïth— des châteaux d'Ageb», en *BIFAOC*, 76 (1976), pp. 91-100.
—, «Au sujet de la statue Caire CG. 662», en *BIFAOC*, 77 (1977), pp. 101-111.
—, «À propos de l'activité d'un fonctionnaire du temps de Psammétique I à Karnak d'après la stèle du Caire 2747», en *BIFAOC*, 78 (1978), pp. 459-476.
Schäfer, H., «Noch einmal die Inschrift von Neapel», en *Aegyptiaca. Festschrift für Georg Ebers*, Leipzig, 1897, pp. 92-98.
—, «Bruchstück eines koptischen Romans über die Eroberung Aegyptens durch Kambyses», en *Sitz. Preuss. Ak. Wiss. Phil.-Hist. Klasse*, 38 (1899), pp. 727-744.
—, «Die Auswanderung der Krieger unter Psammetik I. und der Söldneraufstand in Elephantine unter Apries», en *Klio*, 4 (1904), pp. 152-163.

Schaefer, H., «Die verfassungsgeschichte Entwicklung Kyrenes im ersten Jahrhundert nach seiner Begründung», en *Rheinisches Museum*, 95 (1952), pp. 135-170.

Schenkel, W., «Memphis, Herakleopolis, Theben», *Ägyptologische Abhandlungen*, 12, Wiesbaden, 1965.

Schiwek, H., «Der persische Golf als Schiffahrts- und Seehandelsroute in Achämenidischer Zeit und in der Zeit Alexanders des Groben», en *Bonner Jahrbücher*, 162 (1962), pp. 4-97.

Schlott, A., *Die Ausmabe Ägyptens nach altägyptischen Texten*, Tübingen, 1969, tesis doctoral.

Schnibel, M., *Die Landwirtschaft im hellenistischen Ägypten*, Munich, 1925.

Schott, A., «Rs-N.t und Mh-N.t als Häuser der Neith», en *Rev. Égypt.*, 19 (1967), pp. 99-110.

Schwab-Schlott, A., «Altägyptische Texte über die Ausmabe Ägyptens», en *MDAIAK*, 28 (1972), pp. 109-113.

Schwartz, J., «Les conquérants perses et la littérature égyptienne», en *BIFAOC*, 48 (1949), pp. 65-80.

Schweitzer, U., «Löwe und Sphinx im alten Ägypten», *Ägyptischen Forschungen*, 15, Glückstadt-Hamburgo, 1948.

Seidl, E., «Die Unterhaltspflicht der Töchter und die Kaufehe in den Papyrusurkunden», en *Atti dell'11mo Congresso Internazionale dei Papirologia, Milano, 2-8 sett. 1965*, Milán, 1949-1955.

—, «Ägyptische Rechtsgeschichte der Sainten- und Perserzeit», *Ägyptischen Forschungen*, 20, Glückstadt, 1968².

Senac, R., «Le périple africain par la flotte de Néchao», en *La Revue Maritime*, 241 (1967), pp. 281-293.

Seton-Williams, M. V., «Preliminary reports on the excavations at Tell el-Farâ'în (Buto)», en *JEA*, 51-53 (1965-1967, 1969), p. 55.

Simpson, W. K., ed., *The literature of Ancient Egypt*, New Haven-Londres, 1973.

—, «Egyptian sculpture and two-dimensional representation as propaganda», en *JEA*, 68 (1982), pp. 266-271.

Smith, E. Marion, «Naukratis, a chapter in the history of the Hellenization of Egypt», en *J. Soc. Orient. Research*, 10 (1926), pp. 119-206.

Smith, H. S., «La mère d'Apis. Fouilles récentes de l'Égypt Exploration Society à Saqqara-nord», en *Bull. Soc. Français Égyptol.*, 70-71 (1974 *a*), pp. 11-27.

—, *A visit to Ancient Egypt. Life at Memphis & Saqqara (c. 500-30 BC)*, Warminster, 1974 *b*.

—, «Aspects of the study of the Egyptian city», en D. Wildung, ed., *First International Congress of Egyptology. Cairo, October 2-10, 1976, Abstracts of Papers*, Munich, 1976, pp. 112-114.

Spalinger, A., «Assurbanipal and Egypt: a source study», en *JAOS*, 94 (1974), pp. 316-328.
—, «Foreign policy of the Saites — Egypt and Babylon», en D. Wildung, ed., *First International Congress of Egyptology. Cairo, October 2-10, 1976. Abstracts of Papers*, Munich, 1976 *a*, p. 117.
—, «Psammetichus, king of Egypt», en *JARCE*, 13 (1976 *b*), pp. 133-147.
—, «The concept of kingship in Dynasty XXVI», en *Newsl. Am. Res. Cent. Egypt*, 99/100 (1977 *a*), p. 9.
—, «Egypt and Babylonia: a survey (*c.* 620 B.C.-550 B.C.)», en *SAK*, 5 (1977 *b*), pp. 221-244.
—, «The concept of the monarchy during the Saite epoch — an essay of synthesis», en *Orientalia*, 47 (1978 *a*), pp. 12-36.
—, «The date of the death of Gyges and its historical implications», en *JAOS*, 98 (1978 *b*), pp. 400-409.
—, «The foreign policy of Egypt preceding the Assyrian conquest», en *Chronique d'Égypte*, 53 (1978 *c*), pp. 22-47.
—, «The reign of King Chabbash: an interpretation», en *ZÄSA*, 105 (1978 *d*), pp. 142-154.
—, «Addenda to "The reign of King Chabbash: an interpretation" (*ZÄSA*, 105, 1978, pp. 142-154)», en *ZÄSA*, 107 (1980), p. 87.
Spencer, A. J., «The brick foundations of Late-Period peripteral temples and their mythological origins», en J. Ruffle *et al.*, *Orbis Aegyptiorum Speculum. Glimpses of Ancient Egypt* ,Warminster, 1979, pp. 132-137.
Spiegelberg, W., *Der Papyrus Libbey* (*Schriften der Wissenschaftlichen Gesellschaft in Stabburg*), Estrasburgo, 1907.
—, «Der Sagenkreis des Königs Petubastis», *Demotische Studien*, 3, Leipzig, 1910.
—, «Die sogenannte Demotische Chronik des Pap. 215 der Bibliothèque National du Paris», en *Demotische Studien*, 7, Leipzig, 1911.
Stadelmann, R., «Das Grab im Tempelhof. Der Typus des Königsgrabes in der Spätzeit», en *MDAIAK*, 27 (1974), pp. 11-123.
Struve, W., «Die Hermotybier», en *Studies presented to F. Ll. Griffith*, Londres, 1932, pp. 369-372.
Tanner, R., «Untersuchungen zur ehe- und erbrechtlichen Stellung der Frau im pharaonischen Ägypten», en *Klio*, 49 (1967), pp. 5-37.
Théodoridès, A., «Les relations de l'Égypte pharaonique avec ses voisins», en *RIDA*, 22 (1975), pp. 87-140.
—, «Le droit Matrimonial dans l'Égypte pharaonique», en *RIDA*, 23 (1976), pp. 15-55.
Tresson, P., «La stèle de Naples», en *BIFAOC*, 30 (1930), pp. 369-391.
—, «Sur deux monuments égyptiens inédits de l'époque d'Amasis et de Nectanébo Ier», en *Kêmi*, 4 (1931), pp. 126-150.
Trigger, B., *Nubia under the pharaophs*, Londres, 1976.

Ucko, P. J., R. Tringham y G. W. Dimbledy, eds., *Man, settlement and urbanism*, Londres, 1972.
Vandier, J., *La religion égyptienne*, París, 1949².
—, «Une tête royale de l'époque saïte», en *ZÄSA*, 90 (1963), pp. 115-118.
Vittmann, G., «Zwei Königinnen der Spätzeit namens Chedebnitjerbone», en *Chronique d'Égypte*, 49 (1974), pp. 43-51.
—, «Die Familie der saitschen Könige», en *Orientalia*, 44 (1975), pp. 375-387.
—, «Neues zu Pabasa, Obermajordomus der Nitokris», en *SAK*, 5 (1977), pp. 245-264.
—, *Priester und Beamte im Theben der Spätzeit*, Viena, 1978.
Wainwright, G. A., «The date of the rise of Meroe», en *JEA*, 38 (1952), pp. 75-77.
Walcot, P., *Greek peasants, ancient and modern. A comparison of social and moral values*, Manchester, 1970.
Walek-Czernecki, T., «La population de l'Égypte à l'époque saïte», en *Bull. Inst. Ég.*, 23 (1941), pp. 37-62.
Wâsif, F. M., «Soundings on the borders of ancient Sais», en *Oriens Antiquus*, 13 (1974), pp. 327-328.
Wessetzky, W., «Zur Deutung des "Orakles" in der sogenannten Demotischen Chronik», en *Wien. Z. Kunde Morgenlandes*, 49 (1942), pp. 161-171.
—, «Die Familiengeschichte des Peteêse als historische Quelle für die Innenpolitik Psametiks I», en *ZÄSA*, 88 (1963), pp. 69-73.
—, «An der Grenze von Literatur und Geschichte», en J. Assman *et al.*, eds., *Fragen an die altägyptische Literatur*, Wiesbaden, 1977, pp. 499-502.
Wiedemann, A., *Geschichte Ägyptens von Psammetich I. bis auf Alexander den Grossen*, Leipzig, 1880.
—, «Les castes en Égypte», en *Le Muséon*, 5 (1886), pp. 79-102.
—, «Die Tierkult der alten Ägypter», *Der alten Orient*, 14, 1, Leipzig, 1912.
Wilkinson, sir John Gardner, «A tour to Bubastis, Sebennytus and Menzaleh», en *Miscellanea Aegyptiaca*, Alejandría, 1842.
Willcoks, W., y J. I. Craig, *Egyptian irrigation*, Londres, 1913³.
Winnicki, J. K., «Die Kalasirier der spätdynastischen und der ptolemaïschen Zeit», en *Historia*, 26 (1977), pp. 257-268.
Winter, E., *Der Apiskult im Alten Ägypten*, Maguncia, 1978.
Wiseman, D. J., *Chronicles of Caldaean kings (626-556 BC) in the British Museum*, Londres, 1961.
Woolley, C. L., *et al.*, *Carchemish*, Londres, 1914-1952, 3 vols.

Yoyotte, J., «Le martelage des noms royaux éthiopiens par Psammétique II», en *Rev. Égypt.*, 8 (1951 *a*), pp. 215-239.

—, «Sur le voyage asiatique de Psammétique II», en *Vetus Testamentum*, 1 (1951 *b*), pp. 140-144.

Zauzich, K., *Einige Karische Inschriften aus Ägypten und ihre Deutung nach der Entzifferung der Karischen Schrift*, Wiesbaden, 1972.

Zeissl, H. von, «Äthioper und Assyrer in Ägypten», *Ägyptischen Forschungen*, 14, Glückstadt-Hamburgo, 1944.

TRANSLITERACIONES

«los dos poderosos»	*sḫmty*
«Séquito de Horus»	*šmsw Ḥr*
«año del reinado»	*ḥsbt*
«casa del alma»	*ḥwt-k3*
«gobernador de una ciudad»	*ḥ3ty-ʿ*
mejenet («cornalina» o «jaspe»)	*mḫnt*
aceite	*ḥknw*
mirra o incienso	*ʿntyw*
«gobernantes de tierras extranjeras»	[*ḥq3w*] *h3swt*
«comisiones»	*wpwt*
imi-er ajenutí	*imy-r ʿḫnwty*
jerep seku	*ḫrp skw*
Medyay-es «hombre medya»	*Mḏ3y-s*
Ruin	*Rwiw*
Runa	*Rwn3*
Reka	*R-k3*
Ruin/Ruia	*Rwiw/Rwi3*
«puerta»	*ʿrryt*
«entrada del templo»	*sb3*
«ciudades»	*niwt*
«pueblos»	*dmi*
«aldeas»	*wḫyt*
«propiedad del noble»	*bḫn*
«casa (¿caserío?) de *x*»	*ʿt n x*
alcalde	*ḥ3ty-ʿ*

consejo . . . . . *qnbt*
jefes («comandantes») de las aldeas . . . . *ṯsw*
jar *ḫ3r*
seniu . . . . . *sniw*
deben . . . . . *dbn*
«farfulleros» soldados nubios) *3ᶜᶜw*
tributo *ḫ3kw*
Ureshe[k] . . . . . *Wrš[k]*
Aushek *3wšk*
Turek . . . . . *Twrk*
Amu . . . . . *ʿmw*
Nemayu *Nm3yw*
«representante» . . . . . *ỉdnw*
funcionario militar . . . . . *ṯsw, ḫry pḏt* o
(gobernador de ciudades de tipo militar) . . *imy-r mr ḫ:m*
«jefes» . . . . . *wrw*
Hut-shay . . . . . *Ḥwt šᶜy*
iteru . . . . . *ỉtrw*
Upet-ta *Wpt-t3*
«Casa de la Arena» . . . . . *Ḥwt šᶜy*
«el comienzo de la Tierra» *Wpt-t3*
«habitantes del desierto» *ḫ3styw*
orden cósmico *mᶜ3ᶜt*
'percepción' *sỉ3*
'voz de mando' . . . . . *ḫw*
«su majestad» . . . . . *ḫm·f*
«señor de los dos países» . . . . . *nb t3wy*
«gran gobernante de Egipto» . . . . . *ḫq3 ᶜ3 n Kmt*
lesonis . . . . . *ỉmy-r šnw*
«sirvientes del dios» . . . . . *ḫmw nṯr*
sacerdotes-lectores,
literalmente «portadores de los rollos» . . *ḫryw-ḥbt*
«custodios» *s3w*
«padres del dios» . . . . . *ỉtw nṯr*
«sacerdotes ueb» . . . . . *wᶜbw*

«sacerdotes laicos»	*wnwt*
«abridores del santuario (?)» (en griego, *pastophoroi*)	*wnw*
'servidores del alma'	*ḥmw k3*
escanciadores de agua	*w3ḥw-mw*
extensión de tierra, aproximadamente 3,2 ha	*st3t*
«documento de manutención»	*sḫ n sᶜnḫ*
«acta de transmisión»	*ỉmt-pr*
siervos	*mrt*
esclavo	*b3k*
lago	*ỉšrw*
Peru-nefer	*Prw nfr*
trigo con envoltura	*bḏt*
trigo sin envoltura	*swt*
madera	*ᶜš*
jueces	*wpyw*
«director del shena»	*imy-r šnᶜ*
«visir»	*t3ty*
«director de las granjas»	*ỉmy-r 3ḫ*
«escriba de cuentas»	*zš ỉw·f ỉp*
«Casa del Juicio»	*ᶜy n wpyw.*
«comandante del ejército»	*ỉmy-r mšᶜ*
«jefes de policía»	*ḫryw mḏ3y*
«comisarios»	*rmt p3 shn*
escriba de la escuela	*sḫ n ᶜ-sb3*
«gobernador de la Tebaida»	*stratēgos tēs Thēbaidos*

ÍNDICE DE FIGURAS

1.1	Cronología relativa de Egipto y de las regiones vecinas	22
1.2	Mapas que indican la distribución de los asentamientos predinásticos en Egipto y en la Baja Nubia en diferentes períodos	47
1.3	Mapa general de la zona de Hieracómpolis . . .	57
1.4	Empuñadura de cuchillo de marfil de Dyebel el-Araq	59
1.5	Anverso de la llamada «paleta libia»	67
1.6	Las tumbas y palacios funerarios reales de Ábido .	77
1.7	Primeros restos en la necrópolis de Saqqara . . .	78
1.8	Anverso de la paleta de pizarra del rey Narmer . .	84
2.1	Volúmenes de las pirámides desde las Dinastías IV a XIII	119
2.2	Tres ejemplos de la distribución, por nomos, de las propiedades en las fundaciones piadosas para los cultos mortuorios	122
2.3	El templo del valle del faraón Micerino en su fase final, hacia finales del Imperio Antiguo	125
2.4	Plano de la ciudad de Hieracómpolis durante el Imperio Antiguo, tal como aparece a raíz de las excavaciones parciales realizadas	129
2.5	Plano de los restos del recinto de la ciudad y el templo de Ábido	131
2.6	Plano de la ciudad de Elefantina del Imperio Antiguo	132
2.7	Restos de Tell Edfu	134
2.8	Extensión comparativa de asentamientos del Imperio Antiguo y del Imperio Medio	135
2.9	La frontera egipcia en Semna durante el Imperio Medio, con el plano de la frontera de Uronarti . . .	172

2.10 El norte de Egipto, Sinaí y Palestina en el Calcolítico, la Edad del Bronce Antiguo, a finales del Período Predinástico y durante el Período Protodinástico . . 181
2.11 Duración de los reinados de los primeros cincuenta faraones hasta la Dinastía XII 195
2.12 Castillo de Kerma (Duffufa occidental, KI) . . . 209
2.13 Parte del cementerio real en Kerma, contemporáneo del período de los hicsos en Egipto 210
2.14 Mapa del Egipto del Imperio Antiguo y del Imperio Medio 214
2.15 Mapa de Nubia durante los Imperios Antiguo y Medio 218
3.1 Planos de una villa de un noble en Tell el-Amarna y de la casa de un artesano en Deir el-Medina. Ambas del Imperio Nuevo 243
3.2 Vista de una sección de un típico templo egipcio . 250
3.3 Petición de un oráculo a un dios local del Imperio Nuevo, el faraón divinizado Amenofis I 252
3.4 Esquema de la estructura del gobierno del Imperio Nuevo 262
3.5 El modelo cambiante de las relaciones exteriores egipcias en el Imperio Nuevo y el Tercer Período Intermedio 264
3.6 Mapa político de Egipto en el Imperio Nuevo y el Tercer Período Intermedio 266
3.7 Reconstrucción del modelo típico de asentamiento provincial durante el Imperio Nuevo 267
3.8 Planos de las ciudades de Tell el-Amarna y Tebas . 270
3.9 Genealogía de la Dinastía XX 281
3.10 Los valores fluctuantes del trigo emmer y de la cebada en las Dinastías XIX y XX 285
3.11 Diagrama de la historia de la familia Merybast y sus relaciones con otras dos poderosas familias de la Dinastía XX 288
3.12 Mapa político de Egipto en el Tercer Período Intermedio, y modelo actual de densidad de población y producción agrícola 292
3.13 Genealogías e interrelaciones de la Dinastía XXI . 293
3.14 Las Dinastías XXII y XXIII y sus relaciones con los grandes sacerdotes de Amón de Tebas y los goberna-

dores de Heracleópolis 295
3.15 Simplificación de la figura 3.14 para mostrar el modelo básico de relaciones 296
3.16 Un pasaje de la Estela de Amada de Mireptah que describe el empalamiento de unos libios en las proximidades de Menfis 297
3.17 Escenas grabadas en los muros de un templo construido por Taharqa (Dinastía XXV) en Kawa . . 304
3.18 Versión esquemática del modelo actual de población en el nordeste de África, probablemente similar al que existía en los milenios segundo y primero a.C. . . 315
3.19 Egipto durante el Imperio Nuevo en Uauat i Cush . 319
3.20 Funcionarios de la administración de Nubia en tiempo de Tutankhamón, llevando regalos al virrey Huy . 325
3.21 Nubios egipcianizados (?) entregando tributo al virrey Huy y nubios entregando tributo a Tutankhamón . 328
3.22 Los tres principados de la Baja Nubia (Uauat) en la Dinastía XVIII 329
3.23 Genealogías y cargos de las «familias de los reyezuelos» de Tejet y Miam 331
3.24 Comerciantes de Opone que llegan a la costa egipcia del mar Rojo, donde son recibidos por funcionarios egipcios 336
3.25 Los libios y Egipto en el Imperio Nuevo . . . 338
3.26 Libios mashauash huyendo del ejército de Rameses III durante la campaña del año 11 de su reinado . . 340
4.1 Egipto en el Mediterráneo oriental y el Próximo Oriente en el primer milenio a.C. 350
4.2 Egipto en el primer milenio a.C. 358
4.3 La genealogía de Peteisis III 374
4.4 El emplazamiento de Menfis 392
4.5 El emplazamiento de Nebesheh 393
4.6 Plano del palacio de Apries en Menfis 395
4.7 El templo-ciudad de Saqqara en el Período Ptolomaico 397
4.8 Dibujo esquemático que ilustra los principios del sistema de riego de cisternas 400
4.9 El Levante mediterráneo en el primer milenio . . 414
4.10 Libia y los oasis 420

ÍNDICE DE CUADROS

2.1	Nombres de faraones hallados en templos del Alto Egipto y Kanun	192
3.1	Nombres y años de reinado de los faraones egipcios entre 1552 y 664 a.C.	232
3.2	Pequeños propietarios registrados en el Papiro Wilbour	242
3.3	Duraciones comparativas de los reinados en el Imperio Nuevo	280
4.1	Nombres y años de reinado de los faraones egipcios entre 664 y 323 a.C.	347

Agradecimientos

Fig. 4.4 es reproducida por cortesía del Departamento de Egiptología, University College Londres; figs. 4.5 y 4.7 con autorización de Egypt Exploration Society; fig. 4.6 con autorización del autor y editor de *Mitteilungen des deutschen archäologischen Instituts Abteilung Kairo*; y fig. 4.10 con autorización de American University in Cairo Press.

ÍNDICE ALFABÉTICO

«Aamu», «asiáticos», 183n., 199
Aauserre Apofis, 203 y n., 220
Aba, faraón (Dinastía VIII), 100, 147
Abidos, 30, 70, 128, 130, 143, 145, 216, 430; cementerio, tumbas de, 18, 69, 75-76, 190, 199; «templo» de, 86n.; templos de, 136, 140, 143, 203, 360, 387; zona norte y sur de, 31, 56, 56, 61, 203
Abisko, grafitos de, 150n., 168
Abkan (Nubia), 64
Abu Ghalid (Delta), 133
Abu Hor, grafito de, 215
Abu Roash, 106
Abusir, 108, 120; pirámide, templo, 362, 366
Abusir el-Meleq, 69
Acceso del faraón al trono, 99
Acoris, faraón (Dinastía XXIX), 347, 349, 416
Actividad militar, 352, 424
Actividades de la población, 242, 244, 246
Áctoes, Director del trabajo de las canteras, 183
Áctoes I, faraón (Dinastía IX/X), 147; «la casa de Áctoes», 147
Áctoes II, faraón (Dinastía IX/X), 150
Aculturación: Cush, 316-319; Uauat, 316-319, 330
Adaptaciones, Baja Época, 345
Administración: archivos de la, 107, 147, 191, 223; centros de la, 62, 74, 79; defectos de la, 411; divisiones de la, 68; local, provincial, 144, 286-288, 409; macedónica, 355-356, 411; de Nubia, 170, 212, 323-325, 330; de Persia, 355, 408-409, 410; real, central, 74, 80, 109-114; saíta en Menfis, 409-411
Admoniciones de Ipuur, 103, 151, 228
Adopción, 384
África, contactos con, 431
Afych (Baja Nubia), 87
Aghurmi (Templo de Siwa), 421
Agordat (norte de Etiopía), 216
Agricultura, 31, 39, 40, 44, 45, 63, 95, 247, 263, 399-401; contratos de aparcería, 381, 401; innovaciones agrícolas, 369, 400
Agricultores, 89, 240; *véase también* cultivadores
«Aguas de Re» (brazo oriental del Nilo), 341
Aha, faraón (Dinastía I), 73, 79, 87, 96
Ahhiyawa, 343
Ain el-Muftella (oasis de Bahriya), 363
Ain Fogueiya, 180
Ajenatón, faraón (Dinastía XIX) = Amenofis IV, 236, 253, 258, 271, 275-278, 279, 290, 323, 337
Akasha (Alta Nubia), 162n., 211n., 213
Akuyta, 323
Alabastro, 91, 185, 189n.
Alara, rey de Cush, 334
Alcaldes, 268, 272, 303, 313, 326, 410
Aldeas (*whyt*), 41, 160, 178, 180, 217, 267-268, 390; alcalde de la aldea, 268
Alejandro Magno, 345, 347, 355, 366, 421
Alianzas, aliados, 311, 353, 388, 415-418, 421-422, 424
Alikosh (Irán), 36
Almacenamiento: cámaras y tumbas reales,

76, 79; jarros, vasijas, 42-43, 90; pozos, 43-44
Almirante de la flota, 407
Alta Nubia, 160, 163, 173-174, 175-176, 316, 320, 330
Alto Egipto, 26, 29, 33, 39, 45, 72, 351, 427; cementerios del, 16, 42; control del, 357, 373, 410-411, 415; industrias en el, 18, 20, 46-61; tierra en el, 399
Alto y Bajo Egipto, rey de, 99
Amara, 320, 326; templo de, 174
Amara-Ukma, zona de, 174
Amarna, *véase* Tell el-Amarna
Amasis, faraón (saíta, Dinastía XXVI), 347-348, 353, 357, 382, 400, 415, 418-419; administración de, 406-407, 440; campañas de, 440-441; comercio en el reinado de, 403-404; estela de, 360; política exterior de, 353 y n., 418-419, 422; según Heródoto, 353 y n., 360, 364, 369; templos de, 362-363, 418, 421
Amekni (Ahaggar), 33
Amenemes I (Dinastía XII), 101, 126-127
Amenemes III, faraón (Dinastía XII), 119, 137n., 192
Amenemes-ankh, príncipe, 207
Amenemes-Ittawy («El rey Amenemes conquista los dos países»), 109, 118
Ameninseb, estela de, 114n.
Amenmeses, faraón (Dinastía XIX), 280
Amenofis I, faraón (Dinastía XVIII), 318
Amenofis II, faraón (Dinastía XVIII), 276, 335;
Amenofis III, 270-271, 276, 301, 323-324, 337
Amenofis, gran sacerdote de Amón, 288, 289
Ameny Aamu, faraón (Dinastía XIII), 192, 199n.
Amer, 18
«Amigo del rey», título, 407
el Amir, 438
Amirteo, faraón (Dinastía XXVIII), 347, 354, 368
Amón, dios, 225, 257, 276; posesiones de, 261, 326, 382; sacerdotes de, 274, 278, 295, 349
Amón-Re, dios: en Hibis (Jarga), 362; en Karnak, 228, 376; en Siwa, 366-388; en Tanis, 307; en Tebas, 111, 138, 371, 373; en Teuzoi, 375, 376; gran sacerdotisa de (Tebas), 360, 362, 371, 373, 410
Amosis I (Dinastía XVIII), 202n., 318, 324
Amosis-Paheri, familia, 217, 217n.
Amosis Turo, virrey de Cush, 324
El-Amra, 56; amuletos de, 87, 90-91; cerámica de, 17, 20, 52
Amratiense, cultura (= Nagada I), 18, 22, 23, 23n., 26, 37, 41, 50-52, 427
Amuq (Mesopotamia), 53, 60, 179
Anath, diosa, 188
Anath-her, faraón (Dinastía XVI), 202
Anatolia, 190, 256
Andyib (Anedyeb, Enezib), Dinastía I, 96
Aniba (Baja Nubia), 162n., 165, 213, 221n., 326, 332; cementerio de, 205, 213; fuertes de, 169, 170, 205
Animales, 201, 270, 273, 334, 339; en el arte, 37, 165; comercio, intercambio de, 65, 153, 286; culto, cementerios de, 44, 48, 363, 398; domésticos, 34, 36, 39, 48, 154, 401; en Nubia, 65, 171; salvajes, 25
Anjenesnefertibre, hija de Psamético, 373
Anjtifi, gran sacerdote y nomarca, 148
Antepasados, culto, 424
Antiguo Testamento, 430, 437
Antila, 405
Antropología, 426, 429
Apepi (Apofis), faraón (hicsos), *véase* Aanserre
Apis, buey, 361; en el Serapeo, 363
Apries, faraón (saíta, Dinastía XXVI), 347, 352, 360, 367, 387, 414, 415, 418, 419; estela de, 356, 371, 387
Arquitectura, 434; bóveda de cañón en la, 396; de juncos, 396; de ladrillos, 58, 92, 123, 130, 136, 207, 283, 396; de piedra, 396, 423; en Nubia y en el Sur, 212, 332; tumbas de ladrillos, 58, 73, 76, 79
Arabeh, 283
Arabia, Sur, 176
Arcaísmo, 239, 246, 356
Areika, 219
Arenisca nubia, 62
Argo, isla de, 168n., 204n.
Armant, 20, 46, 51, 145, 153, 161, 221n., 427
Arminna, 221
Arpones, 33, 40, 63
Arsafes, dios, 374, 379
Arsenales, 269, 398
Arsés, faraón (persa, Dinastía XXXI)

Artajerjes, faraón (persa, Dinastía XXVII), 347; Artajerjes II, 417; Artajerjes III (Oco), 347, 349, 355, 367, 372, 396, 417
Arte rupestre, 153
Arte y cultura material, 27, 52, 58, 75, 432, 435, 437; en la corte, 62, 68, 70, 74, 85, 89-94, 231; historia del, 431
Artesanía, 45, 54, 55, 71
Artesanos, 74, 80, 85, 86, 89, 93, 117, 370, 382; asiáticos, 62; domésticos, 178
Arura (unidad de medida), 121n., 370
Asentamiento, modelo de, 26, 128, 307-310, 329, 390, 435
Asentamientos, 45; desaparición de, 179-180; emplazamiento de los, 42, 162, 189, 236, 390-398, 433; nomenclatura de los, 268; en Siria y Palestina, 432
Asentamientos militares, 86, 242, 259, 269, 284, 294
Ashkeit (Nubia), 227
Asia, 15, 19, 27-28, 34, 36, 58, 94; actividad militar en, 179, 352, 434; contactos con Egipto, 30, 46, 53, 58-61, 71, 74; presiones de, 151, 179, 278; proximidad de, 201; pueblo de, 158n., 182, 183n.
Asia Menor, 342
Asiria, 245, 294, 305, 306, 311, 314, 349, 412, 413, 421; alianzas, 306, 311; vasallos, 311
Asiut, 139, 150
Askut, isla, 171, 204
Asnos, 34, 36, 160, 286; enterramiento de, 200
Asuán, 32, 165, 189, 302, 308, 313, 410-411; granito de, 76
Atchana, 186
Atenas, atenienses, 396, 410, 441
Atenea, templo de (Lindos, Rodas), 418
Atón (disco solar), 276-277; templo de, 271
Atribis-Heliópolis, 300, 306, 308
Atum, creador, 248
Auibre Hor, faraón (Segundo Período Intermedio), 192
Aushek (reino medyau), 174
Ausim, 339
Autonomía local, provincial, 114, 136, 294, 311; centros provinciales, capitales, 268
Avaris, 198, 200, 202n., 206, 220n., 221n.; rey, 206
Avestruces, 25, 38, 155

Bab el-Mandeb, 317
Babilonia, 245
El-Badari, zona de, 46, 56, 216
Badariense, cultura y pueblo, 17, 20-21, 26, 32, 46, 64, 156n.; cronología, 19
Bagdad, 202
Bahr Yusuf, 400
Bahriya, oasis de, 156, 220, 421
Baja Época, 241, 246, 253, 310, 313, 317, 333, 345, 440
Bajo Egipto, 144, 178, 363, 408; fronteras del, 86; corona del, 66, 96; rey del, 99; *véase también* Delta
Bajorrelieves tallados, 118
Balabish, 216
Balat, Dajla, 157, 163
El-Ballas, 18, 54; inscripción de, 157, 168
Barcos, 58, 60, 211; construcción de, 85, 176
«Barcos de Biblo», 189
Barqueros, 181
Basalto, 44, 51, 91, 391
Bases militares, 349-352, 424
Bastis, diosa, templo de, 391
Batn el-Hagar (Alta Nubia), 165, 173
Bayuda, desierto de, 321
Beckerath, von, 106, 112, 147, 197, 198, 199n., 203n., 430-431
Beda, 69-70
Behbet el-Hagar, templo de Isis, 362
Beirut, 186
Beja, pueblo, 158 y n.
Beni Hasan, 145, 183
Beth-Shan (Palestina), 186
Biblo, 167-168, 176, 182, 185, 187-190, 211, 403-404; príncipe de, 188
Bifacial, técnica, 35, 40, 51, 55
Bir Nasd, 182
Bir Nejeila, 157
Birket Habu (Tebas), 154n.
Biyahmu, coloso, 228
Boghazköi, 202
Bos (ganado bovino), 155
Bosquecillo sagrado, 391
Botín, 259, 271, 339
Bránquidas (templo griego), 418
Brazaletes de nácar, 216
Bronce, 213; objetos de, 342
Bronce Antiguo (Edad), 158n., 177-178, 180

Bronce Antiguo y Medio (Edad), 180, 186
Bronce Medio (Edad), 177-178, 180, 184, 200-201
Bubastis, 198, 363, 391, 439
Bugdumbush (Nubia), 213
Buhen, 88, 174n., 204, 213, 221; cementerios y estelas de, 206-207; fortalezas de, 168-169, 205n.; oro de, 160
Buhen Norte, 163
Burocracia, 83, 112, 223 y n., 278, 281-282; local, 294
Burócratas, 74, 260, 300, 303; en Uauat, 329
Busiris, 300
Butana, 321
Buto (Bajo Egipto), 81, 311, 367, 372

Caballería, 380, 424
Caballo, 240, 242, 343
Cabañas, 39-43, 49
Cabeza de Jano, 246
Cabezas de maza, 41, 52-53, 68, 73, 75, 87, 91
Cabezas de hacha de bronce, 200
Cabras, 34, 37-39, 48, 63, 65, 429; pieles de, 37; salvajes (*capra bircus aegagras*), 37
Cairo, El, 42
Calasirios hermotibios, 381
Calcolítico, período, 53-54, 158n., 177-178
Caldeos, los, 352-353, 413-415, 419, 441
Caliza, 44, 62, 79, 391; esculturas de, 91-92
Cámaras subterráneas, 44
Cambio ecológico, 229-230
Cambio histórico, explicación, 221-230
Cambises, rey (persa, Dinastía XXVII), 233, 347, 353n., 354, 366-367, 372, 416
Cambridge Ancient History, 97, 255, 422n., 431, 434, 437
Camino procesional, 391
Campamentos nómadas, 154, 178
Campesinado, campesinos, 80, 110, 244, 246, 370, 382; arrendatarios, 244; libres, 381; *véase también* cultivadores
Canaán, 203n.
Canal (Nilo-mar Rojo), 404-405, 422
Canciller (persa), 408
Canibalismo, 51
Canteras, extracción en las, 117, 146, 159, 203n.
Canteros, 110
Capital, 109, 111, 118, 390
Caravanas de asnos, 157, 160
Carios, los, 351, 390 y n., 439
Carpintería, 90
Carros, 240, 242, 259, 326; libios, 343
Cartas, 206, 235, 257, 434
Cartucho, 199
«Casa de la Arena», fortaleza, 341
Casa del Juicio, 407
Casa de Jun, 148
Casa de la Vida, 366
Casas, 41, 48, 50, 56, 65, 87, 129-130, 332; *véase también* Arquitectura
Cataratas, 62; Primera, 87, 130, 175; Norte de la Segunda, 169; Primera y Segunda, 316; Segunda, 64, 161-162, 165, 170-171, 318; Segunda y Cuarta, 318; Tercera, 166, 207, 316, 318, 320, 352; Cuarta y Quinta, 321; Quinta, 323; Sur de la Quinta, 316; Quinta y Sexta, 320-321; Sexta, 323
Caza: declive de la, 44-45; salvaje, 94, 179; trampas de, 155
Caza de cabezas, 51
Cazadores-recolectores, sociedades de, 38, 40
Cebada: cultivada o doméstica, 34, 36, 48, 65, 401; de seis carreras, 40; silvestre (*Hordeum spontaneum*), 36, 40
Cedro, madera de, 283
Celtis integrifolia (árbol silvestre), 33
Cementerios, 26, 48, 161, 236; de Abido, 69, 73, 75, 78; del Alto Egipot, 16, 34, 46, 69; del Bajo Egipto, 42-43, 45, 69, 73, 75, 78; del Alto Egipto, 16, 34, 72; en el Imperio Nuevo, 234, 308-309; de Nubia, 76, 165; reales menfitas, 116-126; de Saqqara, 19, 78-79, 80; en el Tercer Período Intermedio, 307
Censos: de ganado, 82, 111; de hogares, 112; de posesiones personales, 112
Centralización de la autoridad, 100, 179, 210, 255, 257, 291
Cerámica, 53, 89; en la Alta Nubia, 208, 211; del Alto Egipto, 49, 56; de la Baja Nubia, 62, 165, 211, 216; decoración de la: de boca negra, 65; de borde negro, 49; bruñida, 49, 152; bruñida de color naranja, 154, 161; bruñida peinada, 49, 154, 156 y n., impresa e incisa, 152; incisa, 88, 154, 165, 216;

pintada, 52-53, 87-88; formas de la: con asas estrechas, 53-54, 64; con asas triangulares, 53; cuencos, tazas, 49, 64, 87, 89, 152, 165, 216; con pitorro, 43, 53; de saco, 40; importaciones de, 46, 60, 64; de Egipto en Nubia, 87, 165; imitación de, 52; de Jartum/Nilo Blanco, 33, 63-64, 88; del Norte de Egipto, 39-40, 42-43, 88, 155; del Oriente Medio, 45, 85; producción masiva de, 53, 89; secuencia de la, 19, 427; técnica, torno de alfarero, 54
Cerdo, 34, 37, 46; salvaje, 26
Cereales: pozos de, 44, 48; precio de los, 286; *véase también* agricultura
Cestas, cestería, 40, 42-43, 48
Cimitarra, la (Biblo), 188
Circunnavegación, 352
Cirenaica, 190, 314, 337, 341
Cirene, 352, 404, 419-421, 441
Ciro, rey persa, 353n., 366, 415-416
«Ciudad de oro» (Nagada), 61
Ciudades, 61, 71, 136, 169, 267, 309, 390, 409, 433; de Egipto, 61, 72, 74, 178, 201, 226, 391; emplazamiento de las, 390, 439; planificación de las, 394; de Palestina, de Mesopotamia, 72, 74-75, 179, 201; reales, 269, 307
Ciudades-fortaleza, 298, 299, 308, 320
Civilizaciones de las llanuras aluviales, 222
Civilización faraónica, 15, 61, 74, 116, 152, 227
Clases sociales: alta, 74, 82; baja, 244; media, 244, 247
Clima, variaciones climáticas, 35, 50, 226-230
Cnoso (Creta), 186, 190, 202
Cnumhetep, nomarca, 183
Cnumhetep, profeta, 215n.
Cobras, figuras de (Biblo), 189
Cobre: «asiático», 183; extracción del, 50, 54, 90; fundición, 45, 54, 90; instrumentos de, 45, 53-54, 90, 167; minas de, 45, 54-55, 180, 182, 283; uso del, 50, 85, 159, 162, 170n., 182
Cocodrilos, 38, 40
Cofres, 90, 188
«Comandantes» (Tercer Período Intermedio), 299-300, 308
«Comandantes de batallón», 261; de Cush, 326
Comerciantes, egipcios, 65; fenicios, 403-404; griegos, 403; del Sudoeste de Asia, 61-62
Comercio: ámbito del, 94, 165, 174, 180, 309-310; con el delta oriental, 321; con Egipto, 31, 117; exterior, 84, 160, 283; de larga distancia, 45, 49, 71, 85; con Libia, 342-343; con el mar Mediterráneo, 306, 439; con el mar Rojo, 49, 60-61, 351, 404, 422, 440; marítimo, 85, 176; con el mundo griego, 439; con Nubia, 160, 171, 175, 232; con Opone, 334; con el Sudoeste de Asia, 60, 72, 95; factorías comerciales, 45, 46, 53, 72, 130, 175, 403, 424; intermediarios en el, 160; productos del: aceite, 160; cerámica, 213; cereales, 31, 175, 309; cobre, 180; electro, 176; ganado, 65, 175, 332; incienso, 160, 175, 176, 335; madera, cedro, 49, 283; ébano, 65, 87, 160, 171; materias primas, 89; oro, 95, 175-176, 339, 426; plata, 402; resina, 187; vestido, 136; vino, 403; relaciones comerciales, griegos, fenicios, 351; rutas del, 72, 316; Arabia, 404; Darb el-Arba'in, 157, 175, 206, 212; Egipto-Palestina, 45, 413; marítimas, 415; Nilo, 88; oasis del desierto, 157, 163, 316, 514
«Cometas del desierto» (trampas para gacelas), 179
«Comisarios», 409
Conquista: administración de la (Imperio Nuevo), 261; del Bajo Egipto por el Alto Egipto, 68, 96; macedónica, 355, 370, 410; pérdida de las conquistas (Imperio Nuevo), 256
Consejos y comités, 113
Consejos locales (kenbet), 251, 268, 273
Construcción: materiales de, 289; proyectos de, 105, 133, 136, 352-353
Consumo, 224
Continuidad, 17, 20, 231, 424
«Controlador de todos los cargos divinos», 376
Coptos, 18, 61, 109n., 138 y n., 140 y n., 203, 432; nomo de, 141, 148
«Cornalina», 149 y n.
Corona, propiedades de la, 112, 332, 401
Corregencia, 107, 160, 274
Corte: cultura en la, 94, 98, 229; de Cush, 167, 212; diario de la, 111; listas de la, 106, 110; real, 75, 84, 93, 95, 110, 222, 269

Corvée (prestaciones personales), 75, 146
Costumbres funerarias, 42-43, 48, 55
cráneos, 216
Creación, mitos de la, 101, 248, 303
Creación literaria, 70, 110
Creta, 186, 189-190
Crónica Demótica, 253, 359-360, 364, 368, 372, 380, 437
Cronología, 19-23, 166, 231-234, 346, 348 y n., 427-428, 431, 436
Cuarzo, 91
Cucharas de marfil y de hueso, 48, 90
Cuentas, 188, 207; amazonita, 40; cornelina, 44; oro, plata, 53, 55; lapislázuli, 55; esteatita, 49
Cuento de Amasis y el capitán, 360-361, 365
Cuento del sacerdote-setem Jaemuese, 361
Cultivadores, 242, 284, 382
Cultos: creencais, 235, 389, 423, 435; funerarios, 377, 382; lugares de culto, 186; mantenimiento, 115; monumentos, 76, 78-79, 92, 276, 309; objetos y símbolos, 81, 111, 115, 377; religiosos, 72, 124-127, 249
Cultura, desarrollo cultural, 30, 74, 165, 426; de los cementerios, 153; material, 327, 330, 343, 432; meroítica, 334; secuencias culturales, 433; separación cultural, 152, 160; unidad cultural, 70
Cusas, frontera de los hicsos, 206
Cush, 166, 173, 296-297; pueblo de, 314, 335; campañas de, 173, 220-221; egipcios residentes en (Segundo Período Intermedio), 206, 212, 219; en el Imperio Nuevo, 261, 289-290, 316-320, 323-324, 326; en el Tercer Período Intermedio, 291, 306, 308, 333
Cushita, dinastía, 302-303, 311-312
Cushitas, expulsión de los, 245

Chipre, 252, 404, 414, 416, 441; cerámica de, 200
Chechi, 365
Chehenu (Libia), 156, 314, 337, 341, 344
Chemeh (desierto occidental), 156, 314
Chuk libios, los, 341

Dafnas, *véase* Tell Defenneh
Dahshur, 107, 117, 121, 126, 140, 192
Dajla, oasis de, 157, 433
Dakka (Baja Nubia), 165
Dal (Alta Nubia), 160, 162, 166, 173, 213
«Damas», pastores, 382
Damasco, 413
Dandara, 138 y n., 141, 149, 203, 432; nomo de, 141, 149
Darío I, rey (persa, Dinastía XXVII), 347, 351 n., 354, 362, 366, 380, 388-389, 406; templo de Jarga, 421
Darío II (Dinastía XXVII), 337
Darío III (Dinastía XXXI), 347
Debeira Oeste (Nubia), 227
Deben (unidad de plata = 10 kite), 402
Debono, 18
Decadencia (Baja Época), 423
Decoración, 55, 58; *véase también* cerámica
Decretos, reales, 123-124
Ded, jefe libu, 343
Deir el Bahari, 150
Deir el Ballas, 203
Deir el-Gabraui, 26
Deir el-Medina, 273
Deir Rifeh, 150, 216
Deir Tasa, 50
Delfos, 404, 418
Delta, 61, 297; asentamientos, 136, 202, 226, 262; brazos, 200, 339; central/interior, 24, 39, 339; conquista del, 302, 305, 311; eje del, 39, 307; noroccidental, occidental, 18, 40, 156, 289, 302, 314, 337, 342, 344; norte, nororiental, oriental, 24, 69, 70, 150, 178, 200, 398; occidental-central, 381; poco conocido, 133, 238,337; príncipes del, 349, 351, 355; hicsos, 199-202, 220; libios, 256, 294, 380; pueblo, tierra del, 22, 30, 38, 48, 95, 399; reino del, 67; Sur y Este del, 381
Dendrocronología, 430
«Departamento de la Cabeza del Sur», 111 y n.
Derechos de los padres, 384
Desarrollo urbano, 74-75, 95, 128-136, 145, 177-178, 234, 326-327, 435
Descentralización, 83
Desecación, 24, 33, 38
Deshasha, 184
Desierto: campamentos en el, 153; cementerios al borde del, 117; fauna del, 226, 229; de Nubia, 159, 321; occidental, 155-157, 316; oriental, 17, 54-55, 85, 95, 158-159, 183 n., 315-316;

pueblos del, 17, 31, 33, 152, 153, 154 n., 216, 227, 316
Desintegración (Tercer Período Intermedio), 255, 278
Deuda, 384, 387
Difusión, 17, 52-53, 63, 71, 93; de ideas, 60
Dinastía, 197, 259, 429-430; I, 18, 25, 58, 75-79, 87 y n., 92; en el Nilo, 25, 38; en Nubia, 88; en el Sinaí, 179; II, 18, 22, 59, 78, 80, 85-86, 92; en Nubia, 88; en Libia, 86; III, 18, 91-92, 180; IV, 99, 101, 105, 118-119, 163; V, 104, 106, 118, 120, 144, 162, 185, 222; VI, 98, 144, 157, 159-160, 178, 410; en Nubia, 163, 165, 167, 174, 321; en Sinaí, Palestina, 182, 184; VIII, 100, 147, 226; IX/X (Heracleópolis), 147-148, 150, 157, 159, 177, 180, 183-184, 198, 225, 365; XII, 105, 107-108, 118, 160, 167, 357, 364, 376; en el Nilo, 228; en Opone, en Nubia, 163, 167, 177; en el Sinaí, 180; XIII, 109, 111, 159, 192-193, 196, 199, 202, 226; en el Nilo, 226; en Nubia, 187, 204, 205, 207; en Biblo, 188; orígenes asiáticos de la, 199; XIV, 197; XV (hicsos), 104, 118, 196-197, 199-201, 202, 222; en Nubia, 166, 206, 212-213, 222; en Biblo/Asia Occidental, 186-187; en Creta, 189; XVI, 197, 202; XVII (tebana), 146, 157, 197-198, 203; en Nubia, 204, 206, 212, 213, 217 n., 219; XVIII, 114, 202 n., 219, 232, 238, 258, 272, 434; en Cush/Opone, 322, 329, 337; en Libia, 337; XIX, 232, 258, 274, 276-280; en Libia, 297, 337, 344; XX, 232, 238, 258, 274, 276, 278, 280, 283, 308-309, 381; en Cush, 324; en Libia, 297, 337, 341, 344; XXI, 233, 272, 274, 291, 298, 300, 308; XXII (libia), 198, 223, 291, 298-300, 302, 308, 341, 344; XXIII (libia), 233, 294, 298, 299-301, 303, 308, 344; XXIV (libia), 233, 294, 308, 344; XXV (cushita), 233, 255, 302, 307-308, 333; XXVI (saíta), 291, 297, 317, 349, 370, 376, 406, 410; cronología, 231, 348; tumbas, 308, 394; XXVII (persa), 231, 310, 314, 346; XXVIII (saíta), 311, 314, 346-347, 357; XXIX (mendesiense), 311, 346-347, 394; XXX (sebenítica), 191, 311, 314, 341, 346, 359, 369, 398; XXXI (persa), 192, 346
Dinastías colaterales, 294, 299-300
Dineigil, oasis de, 155
Diodoro Sículo, 348, 365, 368, 372, 380, 383 y n., 396, 403, 416, 437
Diorita, 91, 185; canteras de, 159, 163, 168, 182
Dios carnero (Mendes), 363
Dios creador, 248
Dioses, 56, 71, 248, 253, 308; estatuas, templos, 241, 253; *véase también* los dioses individuales, templos, etc.
Diplomacia, 171 n., 185, 212, 351, 422; Mari-Biblo, 187; Palestina, 184-185; Persia, 417
Dira Abu el-Naga, necrópolis (Tebas), 203
Director: «de las comisiones», 141; «del ejército de Satyu», 163; «del ganado», 269; «de las granjas», 407; «de la puerta de las tierras extranjeras meridionales», 407; «de todos los sacerdocios», 265; «de los trabajadores del cobre», 170 n.; «de las tropas extranjeras», 163; «de las tropas extranjeras de Satyu», 163
Disco alado, 212
Distribución de alimentos: abusos, 286; excedentes, 94-95.
Divorcio, 384
«Documento de manutención», 384
Dogma político-teológico, 68
Domesticación: de animales, 18, 33-35, 94, 429; de plantas, 18, 32, 34, 94, 429
Dominación extranjera, 366-367; influencia extranjera, 402; «reyes extranjeros», 196-197, 199, 202
Dongola, 54, 88, 168 n.; región de, 63, 207
Dorak (noroeste de Anatolia), tumba de, 190
Dotes, 402
Dungul, oasis de, 33, 155; zona de Dungul-Najlai, 156
Duweisbat, 160
Dyau, visir, 108, 143
Dyebel Ataqa, 45
Dyebel el-Mawta (siwa), 421
Dyebel Sheij Suliman, 87
Dyebel Silsilia, 62, 87
Dyed Esnofru (pueblo), 120
Dyedefre, faraón (Dinastía IV), 120, 160
Dyedkare Izezi, faraón (Dinastía V), 160, 162, 176, 187

Dyehuty-hetep, estatuilla de, 186
Dyer, faraón (Dinastía I), 76, 86, 87 n., 90, 96

Ébano, 65, 87, 335
Ebla, 185
Economía, 53, 88, 143, 223, 390-406, 435, 439; actividad económica, 82, 116; bases de la, 294, 349, 351, 353, 398, 420; cambios en la, 88, 240, 427; monetaria, 424; necesidades económicas, 284; pastoril, 64-66, 72, 89, 321; pueblos productores de alimentos, 31, 33, 95, 228, 428-429; recursos económicos, 282; subsistencia, 38, 51, 64-65; en el Sudeste de Asia, 15, 31
Echinochloa colonum, 34
Edfu, Tell Edfu, 61, 85, 133, 141, 146, 154, 206, 216; nomo de, 148; templo de, 133, 203, 362, 399
Edyo (dyet), faraón (Dinastía I), 96
Egeo, mar, 189, 256, 416, 418; y el oeste de Anatolia, 342
Egipcios en Nubia, 215
Egipto: divisiones, 220, 268, 279, 290, 306; salita, 349, 351-352, 410; unificado, unificación, 66-75, 79, 88, 94
Egiptología, base intelectual, 432
Egypt Exploration Society, 154 n., 213
Ejército, 71, 259, 261, 353, 380, 389, 435; comandante del, 407; libio, 339; nubio, 66, 76, 261
«El comienzo de la tierra», fortaleza, 341
Elam, 17
Elefantes, 38, 51
Elefantina, 130 y n., 136, 190, 206, 388-389, 394, 402, 416; gobernadores de, 164, 175, 189; nomo de, 148
Élite, 242, 244; cultura de, 85, 92, 95-96
Enanos de la corte, 76; de Opone, 176
Enemigos, 86; «el enemigo» (Ajenatón), 236, 253
Enezib (Andyih), faraón (Dinastía I), 96
Ennedi, 16
Enterramientos: reales, 57, 75; reales en Nubia, 166, 208, 211, 330, 333, 427; en el Valle del Nilo, 42-44, 215
Epigrafía, 15-16
Escarabeos, 188, 196, 203 n., 205, 208
Escitas, 413
Esclavos, esclavitud, 121, 244, 370, 382, 384, 386, 438; egipcios, 387
Escorpión (Ka), faraón (Período Predinástico), 68-69, 73, 96
Escribas, 93, 242, 284, 326, 371, 380, 382, 408; de los asiáticos, 199; de la ciudad, 410; de cuentas, 407; escuela de los, 103; del nomo, 409; del príncipe (Alto Egipto), 411; reales, 408; de Uauat, 323
Escritura, 15, 59, 62, 81, 83, 93, 240; cuneiforme, 436; demótica, 408, 424, 436; jeroglífica, 436
Escultura, 46, 89, 91, 124, 394
Esfinges, 186, 198
Esh-Shaheinab, 37, 63, 429
Esmendes, faraón (Dinastía XXI), 283, 290, 299
Esna, 199
Esnofru, faraón (Dinastía IV), 104, 121, 126, 140, 163, 189; culto de, 126
Esparta, 354, 381, 404, 416, 418-419
Espejo de plata, 188
«Esposa divina», 373
«Esposa divina de Amón», 260, 300, 303
Esposos reales, 272
Esquisto, 91-92
Essemteu, 374
Estatuas, 21, 110, 115, 137, 138 y n., 253, 373, 377; de cobre, 90, 137, 138 y n.; fabricación de las, 137; de individuos privados, 137, 182, 186; de madera, 205; de marfil, 90; de los reyes, 115, 121, 124, 128, 137, 182, 198, 204, 357
Esteatita, 49-50, 91
Estelas, 76, 91, 107 n., 128, 137, 170, 204, 206
Esteras, 43
Etiopía, 349, 429
Etiquetas, 81, 83
El-Etmanieh, 46
Etnocentrismo, 32; terminología étnica, 153
Éufrates, río, 352, 413; estela fronteriza del, 318, 320
Evágoras de Chipre, 416, 419
Evidencias históricas: antropológicas, físicas, 29-30, 201, 216, 217 n., 429; arqueológicas, 234, 390, 426; astronómicas, 231, 346; monumentales, 234-236, 257, 430; Testamentos y archivos, 234-236, 279, 386; Textos, 431, 436-437
Excedentes agrícolas, 223-224, 230

Expediciones militares y comerciales, 163, 173, 241, 403-404, 432
Extranjeros, 371, 388-390; actitudes hacia los, 245-246, 388-389, 438; egipcianización de los, 390
Ezber Rushdi (Delta), 133, 137

Familia, 382-386; real, 76, 80, 82, 104-109, 111, 300
Familias egipcio-libias, 354
Farafra, oasis de, 157
Faraón: actitudes hacia el, 348, 368, 424; como administrador, 356, 363, 406-407; como sacerdote, 301-305, 356, 363, 373; como soldado, protector, 356, 363
Faraones extranjeros, 199, 367
Faras, Baja Nubia, 162n., 165, 326
Farqus, 195
Fauna predinástica, 32
Favorito del rey, 407
Fayenza, 91, 188, 211 y n.
Fayum, 35, 40, 137, 150, 229, 410
Fayum A, cultura, 17, 21, 32, 35, 40, 41, 427, 433
Fenicia, fenicios, 351, 404, 414-415, 439
Fiestas religiosas, 435
Figy, «maestro de escuela», 410
Filas, 362-363
Filipo II de Macedonia, 367
Filistea, 352, 404, 413
Fiope I, faraón (Dinastía VI), 108, 136, 138, 140, 157, 167, 184-185, 187, 189 n.
Fiope II, 104, 140 y n., 146, 157, 167 y n., 176, 180, 187, 189 n.; culto y pirámide de, 100, 106 n., 126-127
Flota, 398; Arquitectura naval, 423; arsenal naval, 398, 413; galeras de guerra, 423; política naval, 440
«Fortaleza del Oeste», 341
Fortificaciones, 169, 171, 306, 308, 396; palestinas, 183, 185
Fragmentación de Egipto, 195, 202-203, 224
Funcionarios, 74; altos, 80, 83, 85, 240, 279, 284, 288; menores, 79-80, 160, 244, 288; provinciales, 82; propiedades de los, 82, 398, 401; en la Baja Época, 360, 367, 406
Fundaciones piadosas, 112-113, 115, 139, 144, 223; cultos de estatuas en las, 138; hereditariedad de los cargos en las, 140; importancia económica de las, 131, 223; tierras de las, 139

Gacelas, 25, 34, 38; enterramiento de, 44; trampas de, 155, 179
Galena, pigmento, 183
Gasuliense, cultura, 50, 52
Giges de Lidia, 413
Gilf el-Kebir, 155
Gobernador de ciudad, 139, 146
«Gobernador del Alto Egipto», 144, 149
«Gobernador de Biblo», 188
«Gobernador de el-Kab», 204
«Gobernador del oasis», 157
«Gobernador del país de los bueyes», 157
Gobernadores: cushitas, 303; del Norte, 262; del Sur, 262; de los territorios exteriores, 298
«Gobernantes de Cush», 318
Gobierno, 239-241, 260-273, 406-412, 435-439
Grafitos, 183 n.; del Período Protodinástico, 162; del Imperio Antiguo, 160; del Imperio Medio, 156, 159; del Primer Período Intermedio, 215
«Gran Consejo», 268, 273
«Gran esposa», 261
«Gran general del ejército», 259, 261
«Gran jefe», título, 312
«Gran jefe de un nomo» (nomarca), 141
Gran Río (brazo sebenítico del Nilo), 339
Gran Tradición, 70, 74, 75, 96
Gran sacerdote, 139, 141-142, 149, 254, 271-272; de Karnak, 289, 376; de Menfis, 299, 308; de Amón en Tebas, 254, 265, 288, 299-300, 308; y gobernador de la ciudad, 144, 146; y nomarca, 143, 148; *véase también* primer sirviente del dios
Grandes sacerdotisas, *véase* Nitocris
Graneros, 40, 42, 43-44
Grecia, ciudades-estado, 351, 415
Griegos, 388, 438; egipcianizados, 365
Grieshammer, 102 n.
Grifo alado, 58
Grupo de Karat, 63
Guardafui, cabo, 317
Guardianes de puertas, 110
Guarniciones, 259-260, 271, 298, 314, 326
Gueb, dios, 99
Guebelein, 198, 203 y n., 307

Guerra civil, 98, 150, 180, 206, 238, 255, 300, 416
Guerreros, 259, 370, 372, 380; del período salta, 369; *véase también machimoi*
Guerzeense (Nagada II), cultura, 18, 26, 34, 53, 61, 89, 427; contactos externos de la, 58, 61; cronología de la, 19, 21, 23 y n., 63, 177; oro en la, 61, 95; utensilios/productos de la, 46, 53, 58, 64, 71, 90
Guezer, 186
Guiza, necrópolis de, 105, 107, 126, 142

Haaland, R., 429
Ha-anjef, soldado, 206
Hager, 199
Hambre, 149 n., 228-229, 286
El-Hammamiya, 19-20, 23, 27, 46, 50
Hamy (Harim), 182
Hapdyefa, 139; estatua de, 166 n.
Har, canciller, 211
Haractes, dios, 102
El-Haraga, 190-191, 199
Hardai, 307
Hardudya, 375, 378
Harér. real, 76, 280
Harim, 182
Hathor (diosa), 137, 138, 142; señora de Biblo, 187, 189; señora de Imaau, 168 y n.; Señora de la Turquesa, 182
Hatshepsut, reina (Dinastía XVIII), 198, 274, 317, 318, 334, 336
Hawara, 118; canal de, 228
Hazor, 187
Heka-ib, santuario de, 139, 133
Hekanefer, jefe de Uauat, 330
Heliópolis, 143, 200, 339
Heluan, 19, 35, 42, 79
Hepu, príncipe, 107 n.
Heracleópolis, 300, 308, 312, 351, 410
Heracleopolitano, período, 148, 177, 365; «heraldo», 146
Herencia, 389-390
Herihor, visir, gran sacerdote de Amón, generalísimo, 290, 332; dinastía de, 290, 300
Herjuf, 140, 157, 163, 168
Hermontis, 411
Hermópolis, 294, 300, 307, 377
Hermotibios, guerreros, 381
Heródoto, 242, 348, 380, 383 y n., 388, 391, 401, 437; comentarios sobre agricultura, regadío, 31, 39, 400; comentarios sobre Amasis, 360, 365, 369; comentarios sobre la familia real (persa), 253 n., 366; comentarios sobre Menfis, 78, 362; comentarios sobre los sacerdotes, 371, 375
Hetep, nomarca, gran sacerdote, 148
Hetepi, 149
El Hibeh (=Teuzoi), 291, 300, 308, 351 n., 372
Hibis (oasis de Jarga), 362
Hicsos, los, 104, 196-198, 200 n., 201, 203 n., 245, 318, 431, 433; en Cush, 206, 220, 222
Hieracómpolis, 18, 47, 50, 216, 426, 428; cementerio de, 58; ciudad de, 27, 78, 92, 129, 136, 225; faraones de, 69, 73, 148; nomo de, 148; santuario de Horus, 69, 72
Hierro, 94, 403, 423
«Hijo de Re» (Alara de Cush), 334
«Hijo del rey de Cush», 326
Hipopótamo, 38, 40, 45; colmillos de, 52
Historia del Campesino Elocuente, 113 n., 151, 411
Historia de Sinuhé, 107, 184
Hititas, los, 256
Hoces de sílex, 40, 49
«Hocico de la Gacela», 184
Hogares, 44, 50
Hojas de piedra, 43, 55
Horemheb, faraón (Dinastía XIX), 278, 323
Horemjauef (¿Dinastía XIII?), 192
Horus, dios, 69, 73, 99, 100, 356, 359, 363; imagen (de oro), 137 n.; mito, leyenda, 69, 99, 116; nombres, 16, 69, 76, 81, 97, 104, 137 n.; en Nubia, 168, 263; Señor de Buhen, 206
Hotepsejemuy, faraón (Dinastía II), 97
Hu, 56; nomo de, 141
Hueso, 33; objetos de, 90
Huy, virrey de Cush, 324, 329

Iat-hehu, templo de, 379
Ibhet, 322
Íbices, 25, 38, 45
Iconografía, ritual de la monarquía, 71, 100; *véase también* símbolos de la corte
Ideología, 423-424
Ieruron (padre de Peteisis I), 374
Ihy y Hetep, tumba de, 127 n.

Iib-jent-Re (nombre real), 215
Ijernefret, 137 n.
Ikkur (Baja Nubia), 169
Illahun, 108, 120, 121, 123, 199
Imperialismo, 189, 314, 415, 434
Imperio Antiguo, 15, 80, 85, 94, 104, 106, 177, 189, 226, 433; administración en el, 83, 109, 112; administración del templo en el, 376-380; en Nubia, 65, 153, 163, 303, 329; Titulatura en el, 356
Imperio Medio, 17, 100-101, 103, 118, 127, 177, 189, 229, 303, 396, 433; administración en el, 105, 112, 114, 225; el desierto oriental durante el, 158; Nubia en el, 162, 167, 174, 213, 215, 321, 332; el Sinaí en el, 178, 182, 185
Imperio Nuevo, 229, 255-290, 294, 298, 301, 376, 434-435; Cush en el, 261, 316, 317, 326, 333; expansión en el, 169, 254; Libia en el, 314, 344; población en el, 240, 369; el Sinaí en el, 182, 189-190; templos, ciudades del, 237, 309
Importaciones: de Egipto en Nubia, 211; de la Baja Nubia en Egipto, 211-212; de Nubia en Egipto, 62-65, 320; de la Baja Nubia en la Alta Nubia, 211; de Egipto en Mesopotamia, 58; imitaciones de, 110
Impuestos, imposición, 111, 112, 271, 272, 284, 402, 408, 410, 411; en especie, 75, 83, 86; exención de, 113, 115, 140, 371, 381; recaudación de, 268-269, 283, 324
Inaro, rebelde, 354, 396, 418
Incienso, 317, 337
Ineni, reina de los hicsos, 209
Infantería, 259, 380
Inflación, 286
Informes de inteligencia, 172-173
Inmigración, Cirenaica, Delta occidental, 341-342
Innovaciones técnicas, 93-94
«Inquisidor» (funcionario persa), 408
Inscripciones, 76, 81, 428
Insibya (nombre), 2, 81
Inspección real, 269, 289
«Inspector de Nejbet», 142 n.
«Inspector de sacerdotes», 142
Instituto Arqueológico Alemán de El Cairo, 427
Instrucción del rey Amenemes, 101
Instrucciones para Merikare, 101, 148, 151, 178
Instrucciones al visir, 244
Instrucciones al visir Ptahhotep, 104 y n.
Instrucciones a los visires, 114, 241
Intén, príncipe de Biblo, 188
Intermediarios nubios, 88
Intérpretes, 244
Inti, tumba (Dinastía VI), 184
Inundación, 41
Invasión: de Egipto, 198, 299, 416; de Levante, 414-415; de la Baja Nubia, 87; rutas de, 306
Inyotef el Grande, 149 y n.; gobernador del Alto Egipto, 149 n.; nomarca y gran sacerdote, 149
Inyotef, faraón (Dinastía XI), 149, 184; estela de, 166
Ipuur, sabio, 103
Iqen (Mirgissa), 171, 175
Irán, 36
Irchet (Nubia), 164, 174
Irem, 168, 320, 323, 334
Irenre, princesa, 120
Irrigación, 36, 38, 399-401, 429, 439; canales, 400
Isi, visir (Dinastía VI), 133
Isis, diosa, 362, 363, 424
It-ibi, sacerdote/funcionario, 150
Itruri, 217 n.
Ittauy (capital de la Dinastía XII), 109, 192
Iuput (madre de Pepi I), 109 n., 140
Iushedejui, 120
Izezi-anj, príncipe, 106

Jababarh, 333, 353
Jaemhet, 326
Jakbaal, faraón (hicsos menores), 201
Jakeb-her, faraón (hicsos), 208
Janeferre Sebekhotep, faraón (Dinastía XIII), 159, 186, 204 n.
Jarga, oasis de, 157, 362, 366, 421
Jarras, vasos palestinos, 200; de Teil el-Yahudiya, 213 y n.
Jartum, 429; Mesolítico de, 33; Neolítico de, 17, 63; Variante de, 63, 64
Jasejem, faraón (Dinastía II), 86, 92, 97
Jasejemre Neferhotep, faraón (Dinastía XIII), 204
Jasejemuy, faraón (Dinastía II) (= Jasejem?), 78, 90, 97, 187

«Jaspe», 159 n.
«Jefe del ejército», 312
«Jefe de los templos y de todos los profetas de todo el país», 376
«Jefes de los buques» de Heracleópolis, 351, 410
Jefes locales, 41, 44, 71, 79-80, 81 n.; de Cush, 327, 329; de Nubia, 87
«Jefes de los Ma», 291, 294
Jebdeb, príncipe de Palestina, 182
Jendyer, faraón (Dinastía XIII), 192, 199 n.
Jent-hen-nefer (= Nubia), 207
Jentkaus, reina (Dinastía V, antecesora), 107, 121
Jenty-amentiu, templo (Abido), 86 n., 130, 140, 143
Jenuka, 139
Jeper, jefe mashauash, 343
Jerarquía, 80, 241
Jericó, 36
Jerjes, rey (Dinastía XXVII, persa), 347, 367, 372
Jeroglíficos, 83; en Biblo, 188; textos, 436; *véase también* Escritura
Jerusalén, 414
Jesu, príncipe, 106
Jirafas, 25, 38, 51, 63
Jirbet el-Mshash, 182
Joam, faraón (hicsos menores), 201
Jonios, griegos, 351
Jor Bahan (Nubia), 64
Jor Daud, 65
Jornaleros, 382
Josefo, 197, 437
Joyas, 46, 85, 87, 90, 200 n.
Jubileo real, 99
Jueces, 407, 409
Judá, 414
Judíos (mercenarios en Elefantina), 387, 389-390 y n., 402, 439
Jui, 108
Justicia, 113 y n., 263, 268, 409, 440; véase también *mat*, leyes, derecho; reconciliación, 407, 412
Jutauyre Ugaf, faraón (Dinastía XIII), 204 y n.

Ka, faraón (Período Predinástico), 69, 73, 96
Ka, estela (Buhen), 206
Ka-aper, escriba, 185
Ka-em-cherent, 106
El-Kab, 61, 149, 166 n., 204, 216, 217, 366; templo de, 81, 137 n., 142 y n., 146
Kadero (Sudán), 63
Kadesh, 185
Kahun (Illahun), 123, 133, 145, 146, 190, 191, 199, 216; papiros de, 112, 140, 190, 431
Kakare In (nombre real), 215
Kameni, 142
Kamose, faraón (Dinastía XVII), 204, 216, 219, 221, 318, 324; estela de, 157, 203 y n., 204, 206, 212, 217, 220 y n., 221
Karkemish, 352, 413
Karnak, 137, 138 n., 195, 216, 220, 228, 362, 376, 393
Karoy (Nubia), 321; oro de, 323
Kashta, rey de Cush, 334
Kasr el-Ghoueita, 362
Kasr el-Megysbeh (Bahariya), templo, 421
Kassala, 34, 216
Keftiu (= Creta), 190
Kerma: ciudad de, 166, 167, 174, 186, 207 y n., 208, 212, 213; oro de, 160, 213; estatuas de la, 186, 204; cultura de, 160, 166, 211 n., 212, 213, 217, 332; cementerio de la, 166-167, 207 n., 208, 211
Kiman Faris, templo (Farum), 228
Kite, unidad de medida de plata, 402
Kom K (Fayum), 23
Kom W, 41
Kom el-Hish, 200 n., 339
Kom Ombo, 26, 61
Königsnovelle («Cuento de las hazañas reales»), 359
Korosko, 169
Kubaniya, 165
Kubban, 159, 163, 169, 170, 173, 175, 216
Kulb (cerca de Dal), 160
Kumu (Nubia), 76, 333
Kurdas, colians, 36
Kurgus (Nubia), estela de, 318, 320
Kürüga Kale (Turquía), 186

Laberinto egipcio, 118
Lago (templo), 393
Lago, nivel del (Fayum), 433
Lago Moeris, 228, 400

Lamentación de Jajeperre-seneb, 103 n.
Lapislázuli, 55, 85, 90, 183, 188
Lascas, 40, 43; con muescas, 40
Legados reales, 326
Lenguas: substrato «africano», «negro», 27, 29; afroasiática (camito-semítica), 28, 29, 35, 428-429; protoafroasiática, 28; acadia, 28; aramea, 240, 408, 436-437; asiria, 437; babilónica, 437; bereber, 28; cádica, 28; camita, 28; caria, 436-437; fenicia, 436-437; griega, 436; hebrea, 436-437; latina, 436; omótica, 28; persa, 437; portuguesa, 28; rumana, 28; semítica, 27-28, 59, 158 n.
Leontópolis, 294, 302, 307, 308
Leopardo, pieles de, 335
Lesonis, 377 y n.
Levante, 258, 318, 412, 440; campañas, conquistas, 256, 305, 311; relaciones comerciales y políticas, 289, 294, 301
Leyes, derecho, 113-114; egipcias, 114, 407, 420, 435; musulmanas, 115; romanas y atenienses, 386
Líbano, 187
Liberalidad real, 86
Libia, 233, 315; actitudes y relaciones de Egipto con, 297, 315, 317, 336, 404, 419, 441
Libios, 52, 86, 245, 256, 291; campañas de los, 297, 305, 339, 341; jefes, 291, 294; presión, amenazas de los, 289, 314, 337, 339, 349, 419; prisioneros, 297; tropas de los, 419
Libu, 314, 337, 342-344; gran principado, 294, 302; jefe, 342
Licia, 342
Lidia, 413, 415
Lindos (Rodas), 404, 418
Lino, 34, 36, 40; silvestre (*Linum bienne*), 36
Listas de reyes, 430
Literatura, obras literarias, 235, 359, 431
El Lisht, 109, 190, 205 n.
Llanura aluvial nubia, 25, 95; Baja Nubia, 62, 153, 216, 219, 429; frontera con Egipto, 50, 56, 64
Luckenbill, 437
Lukki (Licia), 342

Ma, jefes de los, grandes principados, 291, 297, 302, 306, 380
Maadi, 18, 21, 43, 44, 45, 53, 60, 70, 72
Maat, 102-104, 113, 239, 248, 253, 279, 281, 302-303; diosa de, 102, 236; sacerdote de, 113
Maatibre, faraón (hicsos), 205, 208, 211 n.
Machimoi (guerreros), 370, 380-381, 389, 401, 409, 419, 438
Madera, 50, 160; de pino, 404; para construcción, 85, 187, 415; trabajo de la, 63
«Madre de Apis», complejo, 363; *véase también* animales, culto
Magistrado, 244
El-Mahasma, 51
Malaquita, 50
Malkata (zona occidental de Tebas), 276
Manetón, 15, 66, 75, 147, 149, 192, 196, 203, 346
Mano de obra: para la construcción de las pirámides, 116; emigrante, 66; «Oficina de trabajo del gobierno», 111; trabajos obligatorios, 272
Mapas, 431
Maratón, batalla de, 354
Marcas de vasos, 89
Marco Fabio y Tito Quincio, cónsules, 349
Marcus, 437
Marfil, 46, 49, 58, 65, 81, 86, 90, 335; talla del, 52, 90, 91
Mari (Alto Éufrates), archivo de, 187
Marinos, 380
Marismas, 371
Mármol, 91
Maru-Atón, 272
MASCA (calibración de las fechas del radiocarbono), 156 y n.
Mashauash, 297, 308, 344, 380; ganado, animales, 337, 342; grandes jefes de los, 380; invasiones de los, 337, 342-344; migración de los, 342
Mastaba, 79, 157, 334
Materias primas, 415, 434
El-Matmar, 46, 309
Matrimonio, 382-388; real, 353 y n.; alianzas matrimoniales, 298, 301, 415, 419-420; «contratos matrimoniales», 383
Mazghuna, 192
Medamud, 111, 136, 203
Medicina, 92
«Medidores de tierras», 407, 409
Medio ambiente, 24-27, 434-435
Medik, grafito de, 215 n.
Medinet el-Ghurab, 199
Medinet Habu, 393, 398

Medinet Maadi (El Fayum), 137, 228
Medio Egipto, 351, 372, 376
Mediterráneo, mar, 37, 177-189, 314, 372; oriental, 314, 343, 345, 418
Medyau, los, 158, 171-173, 176, 229, 322; llegada a Egipto, 106, 158, 171, 229; y las *Pan-grave*, 153, 217, 316; tropas, 216-217
Medyayu, los, fuerza de policía, 263
Meguiddo, 186; batalla de, 404
Meidum, 109, 117
Mejillones, 40, 63
Mendes (Delta), 133, 144, 310, 355, 363, 391, 394, 439
Menes, faraón (Dinastía I), 73-79
Menfis: área de, 349, 399; batalla de, 421; cementerios, tumbas de, 78, 79, 82, 116-117, 144, 146, 196; centro provincial, 133, 198, 268, 269, 294, 306-307, 339; corte, capital, 79, 85, 99, 198, 225, 291, 302, 383; Ptah, dios protector de, 92; puntos estratégicos de, 163, 202, 302, 306; sacerdotes de, 388; templos de, 361, 364, 366, 372
Mentuhotep, faraón (Dinastía XI), 149, 410
Menthuhotep, faraón (Dinastía XI), 149, 174 n.
Mercados, 110, 338
Mercenarios, 157, 164, 253, 388, 390, 418, 441; carios, 311, 351; griegos y jonios, 351, 418; judíos, 387; libios, 380, 419
Merenre, faraón (Dinastía VI), 108, 123, 187
Merikare, faraón (Dinastías IX y X), 101, 148
Merimda, 18, 19, 21, 23, 29, 36, 41-43, 427
Merneferre Ay, faraón (Dinastía XIII), 195
Metneit, reina, 76, 91, 96
Merrillees, R. S., 211 n.
Mersa Gawasis, 177
Merybast, familia, 288
Meryey, jefe libu, 339, 343
Merymose, virrey de Cush, 322, 324
Meryre-anjnes, reina, 140
Meshesher, jefe mashauash, 343
Meshken, jefe libu, 343
Mesopotamia, 23 n., 30, 37, 39, 72, 74, 75, 426; influencia de, 51-52, 58-59, 74-75, 85, 92-93
Metal, 21, 415; trabajo del, 212; *véase también* cobre, hierro
Metalurgia, 50, 55
Miam (= Aniba, principado de Uauat), 330, 332
Micerino, faraón (Dinastía IV), 123-126, 139, 162; pirámide de, 123-126, 140
Migración, 17-18, 27, 29, 34, 93, 165, 201, 216, 219
«Migración solutrense», 17
Mijo, 34, 63
Min, divinidad de la «Casa de la Arena», 341; templo de, 138, 203, 374
Mineptah, faraón (Dinastía XIX), 278, 323, 337, 339, 341-343
Minoico Medio, 189-190
Minoico Reciente, 189
El-Minya, 225
Mirgissa (= Iqen, fuerte), 170 y n., 171, 175, 204, 205, 213, 216, 403; cementerio de, 167 n., 211 n., 213
Mit Rahina, 109; estela de Apries, 356, 361, 371, 387
Mitanios, 256, 258, 275
Mitos, 16, 245, 247-248, 251, 431
Miu, 221 n., 320
Moab, 183
Moalla, 148
Mobiliario, 85, 90
Momificación, 187
Monarquía, 75, 99, 249-253, 311, 356-365, 437; divina, 99, 356, 365, 368; iconografía de la, 56, 99, 100, 357, 362-363; política de la, 100-101, 269-272
Monopolios, 259, 283; reales, 84, 279
Montu, dios, 111
Mose, caso judicial, 435
Mose, inscripción de, 368
El-Mostaguedda, 46, 216
Motines, 352
Mujer, posición de la, 383
Muro de contención, 56, 76
Muros, 126, 136-137, 309, 394
Músicos, 121
Mut, dios, 393

Nabucodonosor II, rey caldeo, 353
Naga ed-Deir, 34, 36, 52, 81 n., 83, 228 n.
Naga el-Arab, 154 n.
Nagada («Ciudad de Oro»), 18, 50, 57, 61, 69, 73, 136, 225, 427; Nagada I,

18; Nagada II, 18, 177; aldea sur de, 56; cementerio, 56, 69, 79, 82, 427; mastabas de, 79
Najthorheb, 360
Najlai, 155
Napata (Sudán), 303, 308, 316, 320, 326, 333
Napatiense, cultura, 334
Narmer, faraón (Dinastía I), 18, 68, 69, 73, 75, 96; objetos de, 85, 91; paleta de, 68, 69, 179
Náucratis, 362, 401, 403
Naumann, R., 137
Nebesheh, 393
Nebhepetre Mentuhotep II, faraón (Dinastía XI), 128 n., 150, 157, 168, 169; culto de, 128 n.; tumba de, 128 n., 150
Nebtauyre Mentuhotep IV, faraón (Dinastía XI), 159
Nebty, nombre, 16, 81
Necao I, faraón (saíta, Dinastía XXVI), 306, 313, 314, 349, 421-422, 439
Necao II, faraón (saíta, Dinastía XXVI), 352, 403, 418, 422
Nectánebo, faraón (sebenita, Dinastía XXX), 347, 357, 362, 440
Nectánebo II, faraón (sebenita, Dinastía XXX), 347, 359, 363, 367, 368, 380, 416, 421, 422
Nechet-aperef, sacerdote oficial, 141
Nedyeh, rey de Cush, 206
Neferebre, faraón, 120
Neferhotep I, faraón (Dinastía XIII), 187-188, 197
Neferibrenefer, 360
Neferirkare, faraón (Dinastía V), 108, 120, 121, 162
Neferites I, faraón (Dinastía XXIX, mendesiense), 347, 416
Neferites II, 347
Neferkare, faraón (Imperio Nuevo), cuento, 103, 361 y n.
Neferseshemre, visir, 104n.
Nefer-seshem-seshat, príncipe, 106
Nefer-shemen, sacerdote, 142
Nefrusy, 220
Nehasyu («meridional», nubio), 316, 322, 324
Nehesy, faraón (Dinastía XIII), 195
Neirab (Palestina/Siria), 180
Neit, diosa, 82, 393
Neit, reina, 140
Nejbet, diosa, 137, 142 y n.
Nejen, 109, 326
Neolítico, 37, 63; Medio, 427; en Palestina, 42; subpluvial, 229
Nesuhor, «director de la puerta de las tierras extranjeras meridionales», 367, 407
Nesu-Montu, general, 184
Niibunisut, sacerdote, 142
Niuserre, faraón (Dinastía V), 187
Nika-anj, familia, 138, 143
Nilo, río: agua del, 333, 405; como arteria de comunicación, 62, 79, 265, 315; brazo pelusíaco del, 403-414; inundaciones del, 25, 71, 79, 83, 204, 227, 228n., 229-230, 400, 428; llanura aluvial del, 24, 25, 30, 33, 62, 94, 428; pueblos del, 15, 30, 152, 153; Valle del, 25, 33
Nilo-Mar Rojo, región productora de oro, 61; canal, 403
Nimlot, gobernador, 299
Nineter (Ninecher), faraón (Dinastía II), 97
Ninetis, princesa, 366
Nitocris, sacerdotisa de Amón-Re, 360, 362, 373, 401; estela de adopción de, 360, 362, 387, 401, 409, 410, 440
No (= Tebaida), 411
Nómadas y seminómadas, 152, 158, 161; pastoreo, 33
Nombres personales, adopción de, 297, 390
Nomos, 68, 141, 142, 143, 371, 409, 410, 440; grandes sacerdotes de los, 148, 149, 150; jefes de los (nomarcas), 141, 142, 143, 145, 148, 149, 226, 376, 409
Nubia: agricultura y ganadería del Grupo C en, 165, 175; arte en, 152; cementerios del Grupo C en, 165, 219; centros de ocupación, cabañas, del Grupo C en, 164, 219, 332; cerámica del Grupo C en, 89, 161, 165; comercio en, 140, 160, 163, 171, 174, 175, 178-179, 185, 198; cultura del Grupo A en, 64, 87, 88, 161, 165, 166, 172, [illegible], cultura del grupo B en, 88, 161, 429; cultura del Grupo C en, 153, 164, 166, 167, 205, 217, 227, 332; historia cultural de, 152, 429; del Imperio Antiguo al Segundo Período Intermedio, 152, 157, 163, 164, 168, 204-219, 221, 231; en el Imperio Nuevo, 231, 275; en el Período Predinástico, 74-89; población de, 52, 62, 88, 94, 216, 261, 332; producción de alimentos en, 33, 62-66, 95,

153, 429; tributo en, 130n.; tropas en, 289; último período en, 353, 357, 421-422, 441
Nubjeperre Inyotef, faraón (Dinastía XVII), 203, 211n.
Nut, diosa, 188

Oasis, 156, 157, 160, 316, 421, 441; *véase también* Kharga, etc.
El-Obeid, Período (Mesopotamia), 53, 58
Obeliscos (Biblo), 188
Objetos votivos (Biblo), 187
Obsidiana, 186, 202
Ocupación extranjera, 246; *véase también* Persia, etc.
«Oficial encargado de las tropas asiáticas», 199
Oficiales militares, 269, 278, 280, 294
Oficina de trabajo del gobierno, 111
«Oídos del rey», «Ojos del rey», 408
Olimpia (esposa de Filipo de Macedonia), 367
El-Omari, 18, 21, 23, 29, 36
Omdurman, 63, 82
Onos, faraón (Imperio Antiguo), 100; complejo de pirámides, 127
Opone, 161, 176-177, 189, 233, 317, 320, 334-335, 403, 422, 436; barcos de, 335; pueblo de, 335
Oráculo del alfarero, 102n.
Oráculos, 251, 273, 311, 435, 440
Orden cósmico, 356
Organización militar, 86, 261
Oriente Medio, 431
Oriente Próximo, 38, 60; civilización, 345; contactos, 256; interdependencia, 432
Origen libio, 108
Oro: del «desierto de Coptos», 61; del desierto oriental, 63, 75, 323; en Libia, 341; en Nubia, 61, 159-160, 206, 212, 283, 317, 321-322, 324; objetos de, 53, 55, 157, 211; en Opone, Irem, 322, 334; en la política y comercio con Levante, 61, 90, 317, 321, 333
Orontes, río, 60
Osiris, dios, 99, 276, 374, 387
Osiris-Horus-Set, 100
Osorcón I, faraón (Dinastía XXII), 291
Osorcón II, 299
Oveja, 34, 37, 40, 48
ovejas y cabras, 63, 155

«Padres del Dios», 377
Pagos en especie, 402
Palacio real, 109, 117, 131, 259, 270, 394-395; administración, 75, 83; economía, tierras, 398, 401
Paleolítico Superior, 20-22, 216
Palermo, piedra de, 25, 66, 83, 92, 112, 137, 176, 189, 227, 430
Palestina, 352, 414, 432; Bronce Antiguo, 37, 158n., 178; I, 45, 53, 55n., 180; II, 85, 180, 200 y 200n., 201; Calcolítico, 65, 158n., 178, 180; ciudades, 179, 183, 184, 189; Neolítico, producción de alimentos, 36-37, 41-42; relaciones con Egipto, 49, 72; Sinaí, 178, 183, 184, 185, 189
Palestina-Menfis, ruta, 306
Paletas de pizarra, 18, 48, 52, 55, 58, 65, 68, 87, 91, 427
Pan-Grave, pueblo, cultura, 216, 217, 227, 229, 316; cementerios, 153, 154, 216
Panehesy, virrey de Cush, 324
Panicum, 34
Pantera, pieles de, 335
Papiro Berlín, 102n., 365, 422
Papiro Brooklyn, 199
Papiro Bulaq, 107, 174, 217
Papiro Harris, 284, 372
Papiro Dramático del Rameseo, 99
Papiro Rhind, 203n.
Papiro Rylands IX, 351n., 379, 396, 407, 409, 411, 437
Papiro Sallier I, 198, 220
Papiro Westcar, 105, 361, 361n.
Papiro Wilbour, 244, 284, 372, 381, 382, 390
Paravientos, 41, 44, 51
Parcelas, 370
Pastoreo, 44, 45, 63, 95, 342
Pastores, 242, 284, 382
«Pastores» de la tierra, pueblo, 102, 102n.
Paternalismo, 412
Pectorales, 188
Pefchuaneit, funcionario, 367, 409
Peines de marfil, 48, 52
Pekrur, jefe de los Ma, 306
Peloponeso, 190
Penehasy, virrey de Cush, etc., 289, 290, 332
Pennut, tumba, Aniba, 221n.
Pepi-najt, 183n.
Pequeñas propiedades, 284, 286
Percutores de piedra, 43

Peribsen, faraón (Dinastía II), 78, 81, 97
Perros, 34, 37
Perrot, 52
Persia, persas, 333, 353-354, 406, 408, 415; amenaza de los, 353-354, 412; aristocracia, realeza de, 346, 353, 408; colaboración con, 440; gobierno de, 403, 410, 440; ocupación de, 346, 354, 371, 390, 405, 437
Pesca, 33, 38, 40; anzuelos, 40, 49, 63
Pescadores, 381
Peteisis, «jefe de los buques», 312, 351, 374-375, 378
Peteisis II, 374-375
Petición de Peteisis, 351 y n., 372, 374-375, 378, 411
Peticiones, 113n.
Petosiris, sacerdote, 372 y n., 378, 401
Petubastis, Ciclo de cuentos, 437
Peye, faraón (cushita, Dinastía XXV), 302-303, 309
Phylae, «custodios» (sirvientes del templo), 377
Pi-Rameses, 265, 269, 289, 291, 307
Pi-Soped, 306
Pi-yer, fortaleza de, 341
Pianj, gran sacerdote de Amón, generalísimo del Sur de Egipto, 257
Pianj, hijo de Herihor, 290, 332
Piedra: mampostería rústica, 155; modelado y trabajo de la, 91, 94, 117; reutilización en las construcciones, 128, 136; utensilios de, 21, 40; vasos de, 51, 87, 91, 167
Piedras de moler, 33, 44, 152, 155
Piedras preciosas, semipreciosas, 90, 147, 186; *véase también* turquesa, lapislázuli
Piezas para juegos, 90
Pilotos, 244
Pinedyem I (Tercer Período Intermedio), 240
Pinedyem II (Dinastía XXI), 333
Pintura verde del rostro, 48, 50
Pinturas, templos cushitas, 212, 305
Pirámide Escalonada, 19, 91
Pirámide de Napata, 303
Pirámide Romboidal, 126
Pirámide de Userkaf, 118
Pirámides, 75-76, 117, 126; cementerios de las, 116, 148; ciudades de las, 123, 126, 128, 398; complejos de las, 120, 123, 147; construcción de las, 117-120, 141, 144; cultos, estatuas en las, 115, 120, 123, 126, 192; templos de las, 106, 115, 120, 126, 136; tumbas de las, 108, 203, 303
Plantas leguminosas, 65
Plata, 55, 188, 191; aleación de oro y, 55
Plumas pintadas, 52
Pluralismo (sacerdotes), 379
Población, 17, 38, 240, 368-369, 434, 438; densidad de, 268, 315-316; estimaciones de, 42, 75, 133, 240; movimientos supuestos de, 28-29; presión de la, 342
Poder, índice de, 116-117
Poder real, 257, 277, 279
Policía, 263, 269; jefe de, 272
Polícrates, 418
Política exterior, 86-88, 255, 282, 294, 412-422, 434, 440-441; defensiva, 415, 418, 419, 422; expansionista, 245, 255, 258, 278, 300
Política interna: cambios políticos, 234; dicotomía política, 153; instituciones, organización política, 72, 79-86; unificación de Egipto, 15, 67-68, 95; vida política, 434
Posesiones (tierras), 371, 372, 378, 401, 439; del gobierno, 283-284; privadas, 110, 283; de los templos, 120, 139-140, 283-284
Precios y salarios, 435
Precipitaciones, modelo de, 37, 226; cambios en las, 25, 62; en el Sahara, 33
Predinástico, período, 15, 18, 26, 30-66, 426-427; final, 34, 40, 178, 426
Primer Período Intermedio, 98, 101, 103, 127, 144, 146-151, 222-224, 368; hambre en el, 368; en Nubia, 164-165
«Primeros servidores del dios» (= grandes sacerdotes), 373, 376
Princesas, 105, 106n., 107, 298, 373, 410; *véase también* Nitocris
Príncipe Coronado, 260, 298
Príncipe heredero, 300, 302
«Príncipe de Hieracómpolis», 148
Príncipes, 107
Prisioneros de guerra, 387
Procedimientos judiciales, 235, 236, 273
Productos de lujo, suntuarios, 53, 58, 62, 65, 79, 85, 89, 93-94
Profecía de Neferti, 103
Propiedad, derechos de, 268, 273, 384
Protodinástico, período, 17, 22, 44, 46, 66-96, 226, 229, 426-427; en Nubia, 64,

86-89, 154, 162, 179, 181; en el Sinaí, 179-180
Protoliterario, período (Mesopotamia), 53, 58, 60
Provisiones: aceite, 65; buey, 371, 378; cereales, 120; cerveza, 111, 120, 371, 378; carne, 111, 120; fruta, vegetales, 120, 401; hierbas, 371; leche, 371; miel, 65; ocas, 378; pan, 48, 111, 120, 371, 378; pasteles, 371; queso, 65, 91; vino, 378
Psamético (luego Psamético I), príncipe coronado, 306, 368
Psamético I, faraón (saíta, Dinastía XXVI): administración, reunificación, 305-306, 311-312, 347, 349, 351, 380, 432; política exterior, comercio, 344, 357, 403, 413, 419, 421, 441; templos, estatuas de, 357-359; 361, 372-373, 387
Psamético II (saíta, Dinastía XXVI), 333, 347, 352, 360, 373, 403, 441; campaña nubia de, 348, 352, 422
Psamético III (saíta, Dinastía XXVI), 347, 353, 407
Psamutis, faraón (mendesiense, Dinastía XXIX), 347
Pseudo-Aristóteles, *Oeconomica*, 372, 418
Psusenes II, faraón (Dinastía XXI), 299
Ptah, dios, 79, 92, 99, 248, 276; culto de, 137, 297; en Menfis, 361, 372; en Mit Rahina, 387
Ptahhotep, visir (Dinastía V), 104, 113n.
Ptolemaico, período, 246, 253, 317, 332-333, 339, 369, 404
Ptolomeo IV, 333
Ptolomeos, los, 246
Ptores, «El país del Sur», 410
Pueblos del Mar, los, 256, 314
Puestos de observación, 171
Puertos fluviales, 398
Puntas de flecha, 40, 49, 90, 333
Punzones, 40, 63
Pureza ritual, 377, 379

Qaa, faraón (Dinastía I), 96
Qadan, 42
Qarabona, 339
Qasr el-Sagha, 137n., 216
Qau, 199; Qau el-Kebir, 145
El-Qaw, 18
Qubbet el-Haua, 130
Quefrén, faraón (Dinastía IV), 105, 118, 127, 162, 187, 359
Quena, 54
Quéope, faraón (constructor de la Gran Pirámide) (Dinastía IV), 105, 108, 120, 127, 160, 187, 361, 400
Quiosco de Sesostris I, 137
Qustul, 88

Ra-em-ka, príncipe, 106
Radiocarbono, datación, calibración, 21, 156n., 428, 430; en Egipto, 21-22, 23n., 33, 119, 162 y n., 231-234; en Nubia, 63, 162 y n.
Rameseo, 398
Rameses I, faraón (Dinastía XIX), 279-280
Rameses II, 256, 269, 273, 276-277, 280, 362; en Libia, 337
Rameses III, 280, 282, 286; intento de asesinato de, 256, 279, 289; y Libia, 278, 289, 337, 341, 343; y Nubia, 323, 330
Rameses IV, 280-281, 284
Rameses V, 280, 283
Rameses VI, 280, 283
Rameses VII, 280
Rameses VIII, 280
Rameses IX, 128n., 280, 283, 289-290, 323
Rameses X, 280, 286, 289
Rameses XI, 257, 280, 283, 289-290, 324, 332
Ramésida, período, 127, 278, 435
Raneb, faraón (Dinastía II), 97
Rasgos culturales, 16-17
Raspadores, 49
«Raza Dinástica», 17, 30, 429
«Raza Madre», 17
Razzias, 157, 162, 223n.
Re (dios solar), 100, 137, 143
«Re de las tierras extranjeras», 189n.
Re-Haractes, rey de los dioses, 188, 249
Rebelión, *véase* revueltas, rebeliones
Recolección, 33
Recursos, ingresos, 83, 112; reales, 111-112, 259, 282; de las fundaciones piadosas, 110
Recursos del río, 63
Regalos, 328, 404-405 y n.; reales, 191, 272, 275
Rehenes, 320, 327, 330
El-Rizeikat, zona de, 170
Reinado: año de, 112, 345; duración del, 346, 349

Reina Merneit, 76, 91, 96
Reinas, 99, 107, 111, 298
Representante de la monarquía, 326, 330
«Representante de Uauat», 323
Retenu (= Palestina), 182, 203n.; productos, tributos procedentes de, 203n.
Revueltas, rebeliones, 354, 389, 413, 417-418; contra los persas, 417
«Rey» (título, Tercer Período Intermedio), 303, 312
«Rey productor de lluvias», 71
Reyes clientes, 226
Reyes predinásticos, 82
Rinoceronte, 25, 320
Ritual, 76, 251
Rojo, mar, 17, 176-177, 314, 316, 322, 335, 440; colinas del, 25, 50, 72, 158 y n., 316; minerales en las colinas, 61; piratería en el, 403
Ruru, 217n.

Sabacón, faraón (Dinastía XXV), 303
Sabaloca (cerca de Jartum), 62
Sabana nubia, 316
Sacerdotes, 142, 242, 284, 326, 371-380, 382, 401, 438; en el Bajo Egipto, 123; del culto de Esnofru, 126, 141; funcionarios, 138-139, 142-145, 148, 149; jefes del ejército, 141-142; del culto de Teti, 126, 144 y n.; *neb*, 377-378
Sacmis, dios, 376
Sacrilegio, 204
Sachu, príncipe, 106, 163, 174
Saft el-Henna, templo de Horus, 363
Sahara, 25; influencias del, 31; tribus del, 65
Sahure, faraón (Dinastía V), 105, 118, 138n., 160, 162, 176, 190
Sai, isla de, 162n., 166, 168n., 174, 213, 318
Sais, 349, 367, 391, 439; centros provinciales de, 300; diosa de (Neit), 82; Gran Principado de, 294, 302, 305, 306, 308; monumentos de, 360; templos de, 360, 362, 366; tumbas de, 308
Saíta, período, 357, 365, 371, 380, 404, 412, 415, 421, 437, 439; agricultura, 399; cronología, 346, 356; Dinastía, 305, 306; funcionarios, 440; nomo, 372
Sako, 220
Sal (como tributo), 405
El-Salhiya, 200n.
Samos, 404, 418, 441
Sanajt, faraón (Dinastía III), 180
Sanjkare Mentuhotep, santuario de, 137
Saqqara, 19, 78-80, 126, 143, 147, 184, 192, 211n.; estelas de, 91; listas de reyes de, 430; *ostrakon* de, 387
Saqqara Norte, 439
Saras, 160, 162n.
Sarcófagos, 85, 211
Sátira de los Oficios, 110
Sátrapa, gobernador, 408; este del, 367, 372
Sauer, 36
Sayala, 87, 216
Sebek-ju, 184
Sebek-najt, 146
Sebeknefrure, faraón (Dinastía XII), 192
Sebenito, 310, 355
Secuencia predinástica del Norte de Egipto, 18, 21, 39, 40n., 46, 64, 70
Sed, fiestas de, 73, 81, 301
Sedecías de Judá, 414
Sedentarismo, 32, 34, 41, 53
Sedyefakare, faraón (Dinastía XIII), 204
Segundo Período Intermedio, 102, 103, 191-204, 258, 430; en Nubia, 164, 166, 174, 204-220, 332
Sejemkare, visir, 77
Sejemre-Jutauy Amenemes Sebekhotep, faraón (Dinastía XIII), 204
Sejti (Dyer), faraón (Dinastía I), 96
Sekenenre Taa II, faraón (Dinastía XVII), 220
Seker, festividad de, 120
Sekmem, 184
Sellos, impresiones, 81, 202, 204; de barro, 205, 208; babilónicos, 191; cilíndricos, 58, 189; «planos», 164; de las vasijas, 60, 83; poseedores de, 82
Semainiense, cultura, 20
Semerjet, faraón (Dinastía I), 96
Semidioses, 67
Semillas: de algodón, 65; castóreas, 48
Semna (Segunda Catarata), 165, 171, 204, 215n., 228 y n., 434; estela de, 403n.; garganta de, 171, 174
Sened, faraón (Dinastía II), 97
Senmet (Primera Catarata), 175
Señores y vasallos, 202
Sepedher, estela de, 206
Sequence dating, 19-20
Serapeo, 363
Serjs, 70

Seriación, 19
Serpientes, motivo decorativo, 58
Serra, 162n., 170
Servicio militar, 112
«Servidores del alma», 378
Sesonquis I, faraón (Dinastía XXI), 291, 301, 333
Sesonquis II, 299
Sesonquis III, 300
Sesonquis, gran sacerdote tebano, 299; descendientes de, 299
«Sesostris», faraón, 388
Sesostris I, faraón (Dinastía XII), 107, 119, 137n., 167, 169; asociación con Amenemes I, 107, 160; culto de, 126; documentos, inscripciones de, 99, 139, 159-160, 182, 184
Sesostris II, 103n., 108, 120, 123, 191
Sesostris III, 107, 123, 145, 159, 170, 184, 362, 364, 403n.
Set, dios, 56, 69, 73, 81, 99, 201, 225, 248
Sethe, 16, 67, 104n., 113n.
Setnajt, 278
Setos I, faraón (Dinastía XIX), 280, 309, 323, 337
Setos II, 279-280
Seuadyenre Nebiriau, faraón (Dinastía XVII, Tebas), 204
Seuserenre Jyan, rey hicso, 202
Shaat (isla de Sai), 174
Shamarkiense, período, 62
Shardan, 342
Sheb, 155
Schechem, 184
Shechem, 184
Sheij Nabi Salan, 180
Shilluk, 71
Shurafa, 308
Siamón, tumba de, 390 y n.
Siamun, faraón (Diñastía XXI), 301, 333
Sidón, 414
Siervos, 243, 371, 382, 386, 387; voluntarios, 387
Sílex, 45, 49, 64; instrumentos de, 90
Simbiosis grecoegipcia, 246-247
Símbolos de la corte: *ames*, cetro, 44; barba, 357; cola de buey, 357; corona, azul, 357; doble (del Bajo y el Alto Egipto), 67, 96, 357; roja (del Bajo Egipto), 73-74; fada, 357; *nemes*, tocado, 357; indígenas en Uauat, 330
Sinaí, 45, 49, 54, 126, 158n., 178-183, 283, 403
Siptah, faraón (Dinastía XIX), 279
Siria, 30, 37, 49, 85, 414, 432; relaciones con Egipto, 177, 179, 184n., 186-187, 223
«Sirvientes del dios», 373, 376-377
Sistro, 203n.
Siwa, oasis de, 390, 421; templo, oráculo de, 366, 388, 421
Sobek, dios, 203n., 374
Sociedad: cambio, desarrollo social, 5, 89, 234, 427; estratificación, divisiones sociales, 46, 57, 71, 80, 217, 242, 368, 370, 427; instituciones, organización social, 53, 60, 74; revueltas sociales, 102, 151; sistema socioeconómico, 345, 355-390
Soldados, 74, 110, 242, 244; nubios, 217; *véase también* guerreros, *machimoi*
Soleb (= Jaemhet), 326
Somtus (Sematany), dios, 379
Somtutefnajt, 351, 367-368, 376, 378
Speos Artemidos, inscripción de, 198
Sucesión al trono, 82, 148, 273, 279
Sudán, 28, 40, 88, 311, 313; meridional, 51
Sudán-Eritrea, 176
Suez, canal de, 178
Suez, golfo de, 404
Sumenu, 203n.
Sumeria, civilización, 29
«Superior del portal», 109
Susa I, cultura: cerámica de, 52; motivos artísticos de, 58, 60

Tabúes religiosos, 389
Taco/Teo, faraón (Dinastía XXX, sebenítica), 347, 372, 380, 416-417
Taharqa, faraón (Dinastía XXV), 305
Tacelotis I, faraón (Tercer Período Intermedio), 299
Tacelotis II, 300
Takiis, 155
Tanis (puerto de Pi-Rameses), 291, 294, 299, 300, 302, 307, 391n., 393-394
Tanutamón, faraón (Dinastía XXV), 305, 306, 422
El-Tarif, zona de, 149
Tarjan, 18, 79
Tasiense, cultura, 20
Tausert, «faraón femenino», 279

Tebas, 268, 269, 271, 291, 307, 308, 373, 378; capital, corte, 111, 148, 199, 203, 217, 307; centro del Alto Egipto, 147, 149, 226, 268, 294, 299, 300, 312; inscripciones de, 149-150, 182, 203; oeste de, 137, 154, 276; revueltas en, 220; templo-estado tebano, 351, 374, 410; tumbas reales en, 128n., 203, 308
Tecnología, 35, 50, 51, 116, 423, 434
Tecnactis, faraón (Dinastía XXIV), 302, 303, 309
Teelo (Tesalo), 349
Tehneh, 138
Telas, prendas de vestir, 40, 48, 65, 121, 211
Tell el-Amarna, 270, 277
Tell Arad, 180, 182
Tell el-Ayyul, 180, 186
Tell-el-ayyul — Tell Arad, línea, 180, 182
Tell Basta, 133, 136, 138
Tell ed-Daba, 200 y n., 201, 433
Tell-Defenneh (Dafnas), 396
Tell Edfu; *véase* Edfu
Tell Gath (Sur de Palestina), 85
Tell Hizzin, 166, 186
Tell el-Milh, 182
Tell Mor (parte de Ashdod), 413
Tell el-Yahudiya, 200; jarras de, 205
Templo: donaciones, concesiones al, 75, 86, 137-138, 254-255, 260, 361, 371-372, 377; economía, «días del templo», 140, 367; equipamiento del, 121; lago del, 393; personal del, 121, 139, 254, 376-377
Templos, 85-86, 115, 140, 142, 234, 249, 253-254, 393-394; del Alto Egipto, 79, 123-126, 130-131, 138, 139, 141, 272; de Cush, 211, 305; del Delta, 136, 394; del oasis de El Fayum, 137, 345; provinciales, 115, 123-124, 126; griegos, 418; mesopotámicos, 58; construcción de los, 156, 258, 282, 309, 360-361; de ladrillos de barro, 136; de piedra, 92, 237, 391; visitas reales a los, 86
Teología, legitimidad teológica, 98-104, 105, 106
Teología menfita, 92, 99, 225, 434
Tera, 190
Tercer Período Intermedio, 233, 257, 288, 291-310, 311, 312; Asiria y el, 309-310; Cush/Opone y el, 291, 302-303, 305, 316, 335; Libia y el, 294, 297, 314, 344; visión del mundo en el, 238-239
Teresh, pueblo, 342
Termoluminiscencia, datación por, 23, 233, 428
Tesoro, 111, 269
Tesorero real, 271
Teti, faraón (Dinastía VI), 126, 141, 147; (= Teti Mineptah), divinidad menor, 127
Teti, visir, 106n.
Teti, hijo de Pepi, gobernador de Nefrusy, 220
Teti em-Saf, 126; familia de, 126, 127n.
Teuzoi (El-Hibeh), 372, 375, 378, 379
Textos de Execración, 158, 174, 182-183, 185
Textos de las Pirámides, 99, 104
Textos religiosos, 16, 235
Textos de los Sarcófagos, 102n.
Tibesti, 40
Tierras: disponibilidad de, 283, 371, 381, 399, 438; mantenimiento de las, 81-82, 110, 111, 284, 381-382; registros de, 235, 273, 289, 404
Tierras de los dioses y de las diosas, 372
Tierras del Norte (costa mediterránea), 261
Tigris-Éufrates, ríos, 30, 222
Tinis, 297; nomo tinita, 149; norte de, 150
tipo humano, raza, 29-30, 201, 216-217
Tiro, 414
Topónimos, 317, 320, 322, 330
Toshka, 159, 216
Tot, dios, 363
Títulos, 81, 83, 99, 106, 109
Tod, tesoro de, 191
Tomas, 163
Tomas-Toshka, zona de, 163
Tombos, 318
Tradiciones culturales, 74
Transporte, 117, 398
Tríadas de pizarra, 124
«Tribu del Halcón», 17
Tributos, 283, 324, 327, 337, 405
Trigo, 34-35, 48, 65, 76, 401; almidonero (*Triticum dicoccoides*), 36, 40, 378, 401; carraón (*Triticum monococcum*), 36; como medio de intercambio, 402; silvestre, 36
Tropas, 261; *véase también* Ejército
Tshetres, 411
Tukh, 37
Tumbas, 45, 56, 80; familiares, 205; de los funcionarios, privadas, 110, 128, 139,

141, 144, 147, 223; de ladrillos de barro, 147; objetos depositados en las, 43-44, 48; con pinturas y relieves, 58, 120; reales, 57, 73, 75, 85, 115, 223, 393; revestimientos en las, 76, 85, 90; robos de, 286, 309; rupestres decoradas, 142, 145, 147
Tuna el-Gebel, 401
Túmulos, 391, 394, 423
Turín, lista real de, 66, 192, 195-197, 199, 276, 430
Turquesa, 49-50, 85, 90, 180, 182, 183; minas de, 126
Tutankhamón, faraón (Dinastía XVIII), 277, 279, 323-324, 326
Tutimeo, ¿faraón? (Dinastía XV), 198
Tutmosis I, faraón (Dinastía XVIII), 318, 324
Tutmosis II, 318
Tutmosis III, 221n., 257, 259, 274, 320, 335; cuento demótico de, 361 y n.
Tutmosis IV, 276, 322

Uadi el-Allaqi, 66, 153, 159, 163, 173, 322
Uadi el-Allaqi-Uadi Gabgaba, minas de oro, 159, 321
Uadi Baaba, 182
Uadi Gabgaba, 159, 321
Uadi Gasus, 177
Uadi Hagar Shams, 173
Uadi Halfa, 62, 87, 217
Uadi Hammamat, 46, 60, 61, 146, 323, 390, 403
Uadi Hof, 42
Uadi Howar, 156n.
Uadi el-Hudi, 159, 182, 183n.
Uadi Jarit, 182
Uadi Maghara, 182
Uadi Mia, 85
Uadi Natrum, 421
Uadi el-Qash, 85
Uadi es-Sebva, 156, 219
Uadi Tumilat, 404
Uadyi, faraón (Dinastía I), 85, 96; estela de, 91
Uahanj Inyotef, faraón (Dinastía XI), 149n., 150
Uahibre Yayebi, faraón (Dinastía XIII), 191
Uauat: control de, 261, 320, 323-324, 326, 330; desierto, oro de, 323-324; pueblo de, 326-327, 330, 335; relaciones con Egipto, 164, 168, 174, 316, 318
Udimu, faraón (Dinastía I), 76, 81, 83, 86, 96
Udyahorresnet, inscripción de, 362-363, 366-367
Ugarit, 186, 190
Ukma, 174
Umm Ebeideh (Siwa), templo de, 421
Umm el-Qaab, zona de (Abido), 75
Uneg, faraón (Dinastía II), 97
Uni, inscripciones de, 140, 159n., 184
«único compañero», título, 407
Upe, 185
Upuaut, 139
Uronarti (Nubia), 173, 175, 205, 208
Userkaf, faraón (Dinastía V), 104, 139, 162, 190
Userkaf-Anj, funcionario, 144n.

Valle de los Reyes, 394
Vasos: de marfil, 48; de piedra, 45, 48, 51, 55
Vaticano, esculturas del, 357
Vestido, 58, 298, 335, 337
Vida rural, 75
Vida sedentaria : semisedentaria, 32, 34, 41, 46, 88, 256
Vida seminómada, 152, 158, 161, 202
Vida de ultratumba, 100; «democratización» de la, 151
Vino, 156; vasijas de, 87, 89
Virrey de Cush, 261, 279, 289, 322, 323-326, 333
Visión del mundo de los egipcios, 238-255, 426, 435
Visires, 105, 108, 111, 114, 268-269, 271, 294, 407; familias de, 143, 146, 197; *vease también* Instrucciones
Vitrificado, técnica, 49, 208, 212

Xenofobia, 389

Yacimientos, minas, 155-157, 159, 182, 183
Yahvé, templo judío de (Elefantina), 389
Yam (? = Irem), 164, 168, 174
Yapa-shemu-abi, príncipe de Biblo, 188

Zaouyet um el-Rakham, 341

ÍNDICE

Nota a la edición castellana, por Josep Padró 7

Prólogo 11
Capítulo 1. — *Los comienzos de la civilización egipcia* (B. G. Trigger) 15
Orientación 15
El Egipto Predinástico 30
El Egipto Protodinástico 66
Conclusión 94
Apéndice: Cronología del Período Protodinástico . . 96
Capítulo 2. — *El Imperio Antiguo, el Imperio Medio y el Segundo Período Intermedio* (c. *2686-1552 a.C.*) (Barry J. Kemp) 98
La monarquía divina 98
La familia real 104
La administración central 109
Las fundaciones piadosas 115
Los cementerios reales menfitas 116
El Egipto provincial 128
El Primer Período Intermedio 146
El hinterland africano 151
Egipto y el mundo mediterráneo 177
El Segundo Período Intermedio en Egipto . . . 191
El Segundo Período Intermedio en Nubia . . . 204
La derrota de los hicsos y de Cush a manos de Tebas . 219
Explicación del cambio histórico en los Imperios Antiguo y Medio 221
Capítulo 3. — *El Imperio Nuevo y el Tercer Período Inter-*

medio, 1552-664 a.C. (David O'Connor) 231
Introducción 231
La visión del mundo de la sociedad egipcia, 1552-664 a.C. 238
La historia interna 255
El Imperio Nuevo (1552-1069 a.C.) 256
El Tercer Período Intermedio 291
El comienzo de la Baja Época 310
Las relaciones de Egipto con África 313
Las relaciones con Cush y el desierto oriental . . . 318
Egipto y Opone. 334
Egipto y Libia 336
Capítulo 4. — *La Baja Época, 664-323 a.C.* (Alan B. Lloyd) 345
Introducción 346
La organización 355
La estructura económica 390
La administración del Estado 406
La política exterior 412
Conclusiones 423
Comentario bibliográfico 426
Bibliografía 442

Transliteraciones 517
Índice de figuras 519
Índice de cuadros 521
Índice alfabético 522